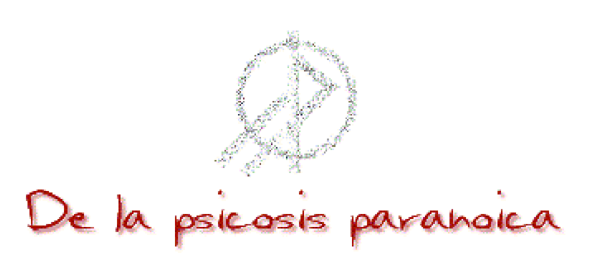

Otros trabajos de
Jacques Lacan





Introducción

Entre los estados mentales de la enajenación, la ciencia psiquiátrica ha distinguido desde hace mucho la oposición de dos grandes grupos mórbidos, a saber (y no importa con qué nombre se les haya designado, según las épocas, en la terminología): el grupo de las demencias y el grupo de las psicosis.

El método clínico que ha permitido oponerlos, ha dado con ello una prueba de su fecundidad. Al orientarlo con gran fuerza sobre criterios de evolución y de pronóstico, Kraepelin ha hecho producir a este método sus frutos supremos y más jugosos. La historia de las doctrinas y las discusiones más recientes muestran, sin embargo, que el valor de la clínica pura sólo es aquí aproximativo, y que s puede hacer sentir lo bien fundado de una oposición nosológica que es capital para nuestra ciencia, es en cambio incapaz de sustentarla.

Es por eso por lo que, en la concepción de la demencia, se está abandonando cada vez más el criterio del pronóstico para buscar apoyo en la medida de un *déficitcapacitario.* La correlación, grosera al menos, de este déficit con una lesión *orgánica,* probable al menos, es suficiente para fundar el paralelismo psicoorgánico de los trastornos demenciales.

La psicosis, tomada en el sentido más general, adquiere por contraste todo su alcance, que consiste en escapar de este paralelismo y en revelar que, *en ausencia de todo déficit* detectable por las pruebas de capacidades (de memoria, de motricidad, de percepción, de orientación y de discurso), y en ausencia de toda lesión orgánica solamente probable, existen trastornos mentales que, relacionados, según las doctrinas, con la "afectividad", con el "juicio", con la "conducta", son todos ellos trastornos específicos de la síntesis psíquica.

Por eso, sin una concepción suficiente del funcionamiento de esta síntesis., la psicosis seguirá siendo siempre un enigma: el enigma expresado sucesivamente por las palabras *locura, vesania, paranoia, delirio parcial, discordancia, esquizofrenia.*

A esa síntesis la llamamos *personalidad, y tratamos* de definir objetivamente los fenómenos que le son propios, fundándonos en su *sentido humano* (parte I, cap. 2).

Lo cual no quiere decir que desconozcamos ninguna legitima concepción de los *factores orgánicos* que aquí intervienen. En efecto, así como no se están olvidando las determinaciones físico-quimicas de los fenómenos vitales cuando se subraya su carácter propiamente orgánico y cuando se las define de acuerdo con él, así tampoco se está descuidando la base biológica de los *fenómenos llamados de la personalidad* cuando se tiene en cuenta una *coherencia* que le es propia y que se define por esas *relaciones de comprensión en* las que se expresa la común medida de las conductas humanas. El determinismo de estos fenómenos, lejos de desvanecerse, aparece ahí reforzado.

Lo que planteamos es, pues, el problema de las *relaciones de la psicosis con la personalidad. Al* hacer esto, no nos extraviamos en una de esas vanas investigaciones sobre las incógnitas de una cadena causal, que han motivado en medicina la mala reputación del término "patogenia". Y tampoco nos entregamos a una de esas especulaciones que, por mucho que respondan a irreprimibles exigencias del espíritu, son relegadas siempre a la metafísica, y por algunos no sin desprecio.

Nada más positivo que nuestro problema: es eminentemente un problema de hechos, puesto que es un problema de *orden de hechos,* o, por mejor decir, un problema de *tópica causal.*

Para abordarlo, hemos escogido la psicosis paranoica. Históricamente, en efecto, los conflictos de las doctrinas, y cotidianamente las dificultades del peritaje médico-legal, nos demuestran en qué ambigüedades y en qué contradicciones desemboca toda concepción de esta psicosis que pretenda prescindir de una definición explícita de los fenómenos de la personalidad.

En la primera parte de nuestro trabajo pretendemos dar ante todo una definición objetiva de estos fenómenos de la personalidad. Después recorremos la historia de las doctrinas, en especial de las más recientes, sobre la psicosis paranoica.

¿Representa esta psicosis el *desarrollo* de una personalidad, y entonces traduce una *anomalía constitucional, o* una *deformación reaccional?* ¿O es, en cambio, una *enfermedad autónoma,* que recompone la personalidad al quebrar el curso de su desarrollo? Tal es el problema que plantea la presentación misma de las doctrinas.

Si hemos puesto algún cuidado en esa presentación, no es solamente por un interés de documentación (a pesar de que sabemos el precio que tiene para los investigadores), sino porque en ella se revelan unos progresos clínicos incontestables.

Las antinomias en que desemboca cada una de esas doctrinas, y que están contenidas en la incertidumbre de sus puntos de partida, quedan puestas así más de manifiesto.

En la segunda parte tratamos de mostrar que la aplicación de un método teóricamente más riguroso conduce a una descripción más concreta, al mismo tiempo que a una concepción más satisfactoria de los hechos de la psicosis.

Hemos creído que la mejor manera de llevar a cabo esta demostración era elegir, de entre el gran número de hechos clínicos de que disponemos, uno de nuestros casos, explorándolo -historia de la vida e historia de la enfermedad, estructura y significación de los síntomas- de manera exhaustiva.

Pensamos que nuestro esfuerzo no habrá sido estéril. Nos da como resultado, en efecto, un tipo clínico nosológicamente más preciso, descriptivamente más concreto, pronósticamente más favorable, que los tipos hasta hoy reconocidos.

Además, este tipo tiene por si mismo un valor manifiesto de solución particular en nuestro problema.

Esto, finalmente, es lo que le da a nuestro trabajo su valor metodológico. En un capitulo de conclusiones doctrinales indicamos qué alcance general puede tener en el estudio de las psicosis el método de investigaciones cuyo fruto es ese tipo clínico.

Es verdad que, en el estudio de las psicosis, cada día parece aportar alguna correlación orgánica nueva; si se presta atención, se verá que estas correlaciones, que no pensamos discutir, tienen sólo un alcance parcial, y el interés que ofrecen les viene únicamente del punto de vista doctrinal que pretenden reforzar. No bastan, sin embargo, para construirlo. No se hagan ilusiones quienes acumulan esa clase de materiales: los hechos de nuestra ciencia no permiten hacer a un lado la preocupación por el hombre.

Damos las gracias al profesor Claude por el padrinazgo que ha concedido a la elaboración de nuestra tesis. Nos atrevemos a decir que las posiciones generales que ésta defiende, así en doctrina como en clínica, están en la línea recta de su pensamiento y de su escuela.

Estamos igualmente muy agradecidos con el doctor Heuyer, que accedió a prestar oídos benévolos a la presentación de nuestra tesis, y que de esa manera nos confirmó en la manifestación de algunas de nuestras tendencias extremas.

Queremos también dar aquí las gracias a algunos maestros de psiquiatría de quienes no hemos tenido el honor de ser discípulos, pero que nos han hecho el favor de escuchamos acerca de algún punto de nuestro plan, y de poner a nuestra disposición sus servicios



1. Formación histórica del grupo de las psicosis paranoicas

Tres escuelas, en primer plano, han trabajado, no sin influencias mutuas, en la delimitación del grupo: la francesa, la alemana y la italiana. Nuestra intención no es exponer su labor en una relación histórica que, no pocas veces rehecha sobre prototipos notables,, ha encontrado su sitio en otras partes y no interesa a nuestro estudio más que en sus puntos de llegada.

Recordemos que la denominación del grupo se deriva del término paranoia, empleado primero en Alemania

A decir verdad, el término tenía entonces una extensión que hacia que su empleo estuviera singularmente alejado del moderno. Kraepelin en su tratados Bouman (de Utrecht) también en un artículo reciente, y no sin cierta ironía, evocan los tiempos en que entre 70 y 80 % de los casos de asilo se catalogaban como casos de paranoia. Esta extensión se debía a las influencias de Westphal y de Cramer.

La paranoia era entonces, en psiquiatría, el término que tenía "la significación más vasta y la peor definida"; era también la noción más inadecuada desde el punto de vista de la clínica. Con Westphal, acaba por hacerse más o menos sinónimo, no solamente de delirio, sino de trastorno intelectual. Esto nos remonta a una época en que los investigadores se inclinaban a admitir ciertos delirios larvados o "en disolución" *(zerfallen)* como causas de toda índole de estados singularmente diferentes de un trastorno intelectual primitivo. Kraepelin se ríe de la facilidad con que se solía aplicar el diagnóstico de "viejos paranoico? a casos que respondían a la demencia precoz, a estados de estupor confusional, etc. De hecho, además de la *Verrücktheit* primaria, Westphal (1876) hacia entrar en la paranoia, bajo las designaciones de *Verwirrung y de Verrücktheit aguda,* casos de confusión mental aguda, de psicosis tóxicas o de evoluciones demenciales. Ampliaba incluso el marco para meter también una *Verrücktheit abortiva cuyos* síntomas eran de naturaleza obsesional.

Observemos, sin embargo, que entre los autores anteriores la discusión había tenido ante todo por objeto el mecanismo primitivamente afectivo o primitivamente intelectual del delirio Griesinger (1867) hablaba de una *Verrücktheit secundaria,* precedida regularmente por un periodo primario de perturbación afectiva con síntomas primero melancólicos y después maníacos. Este punto de

doctrina muestra de qué manera se presentaron los hechos a los primeros observadores. A partir de Sander (1868) se admite una *"originäre Verrücktheit"* de trastorno intelectual primitivo.

Sobre este trastorno intelectual era sobre lo que se apoyaba Cramer en su informe a la Sociedad de Berlín para proponer una concepción única, que abarcaba la *Verrücktheit, el Wahnsinn y la Amentía.* Se fundaba en las interferencias clínicas de estas formas y en la ideogénesis viciosa que les es común. La falsedad radical de esta manera de ver ha quedado demostrada por toda la evolución de la psiquiatría, con sus conquistas definitivamente adquiridas: el concepto de confusión mental, preparado por la escuela de Viena y afirmado en Francia por Chaslin continuador a su vez de Delasiauve la noción de las psicosis tóxicas y orgánicas diversas, epilépticas, sifilíticas, involutivas; la creación del vasto marco de la demencia precoz, la cual acarreó la renovación de las concepciones sobre la demencia.

La acmé del periodo de confusión corresponde precisamente al informe de Cramer y a las discusiones que suscitó en las sesiones ulteriores de la Sociedad de Berlín, discusiones en que se enfrentan concepciones y nosologías en una diversidad digna de Babel.

Finalmente vino Kraepelin, diremos, para la claridad de las concepciones alemanas. 11 mismo no llego a definir la paranoia sino en la edición de 1899 de su tratado; hasta entonces se había mantenido muy cerca de las concepciones que coman (eds. de 87, 89 y 93).

En la edición del 99 es donde aparece la definición (no modificada hasta 1915) que limita la paranoia al desarrollo insidioso, bajo la dependencia de causas internas y según una evolución continua, de un sistema delirante duradero e imposible de sacudir y que se instaura con una conservación completa de la claridad y del orden en el pensamiento, el querer y la acción

La índole de la enfermedad, según el método kraepeliniano, se desprende ante todo del estudio de su evolución. Nada, en ésta, debe revelar ulteriormente alguna causa orgánica subyacente, lo cual excluye la evolución demencial. Por otra parte, mediante la exclusión de las paranoias agudas, a las cuales niega Kraepelin toda existencia autónoma, quedan eliminadas del marco de la paranoia todas aquellas formas cuya evolución se demostraría como curable, abortiva o remitente. Sobre este último punto teórico, según veremos luego, Kraepelin hizo algunas precisiones posteriores.

A la descripción kraepeliniana le dedicaremos cierto espacio. Representa, en efecto, la madurez del trabajo de delimitación operado sobre la noción de paranoia. Pero antes tenemos que hacer un resumen de la evolución de las demás escuelas.

El término "paranoia" no fue adoptado sino tardíamente en Francia; la cosa, en cambio, fue- conocida con cierta anticipación. Cramer lo reconoce así en su informe. Está ya visible, con toda nitidez, en el estudio de Laségue sobre el "delirio de las persecuciones, aparecido en 1852.

Tampoco podemos hacer aquí una historia completa de las sucesivas precisiones que se fueron aportando a la entidad. Indiquemos sólo un rasgo común que Kraepelin destaca como característico de los trabajos franceses sobre el tema. Su esfuerzo se ha orientado ante todo "a pintar las particularidades clínicas mediante la descripción más viva posible". El homenaje va dedicado a Laségue (cuyos "perseguidores-perseguidos" corresponden muy de cerca a los "reivindicadores" de la clasificación actual a Falret, a Legrand du Saulle, Y también a los autores contemporáneos.

Estos últimos aislaron formas sintomáticas tan estrechas, que dan la ilusión de estar fundadas sobre mecanismos de la psicología normal: es lo que hicieron Sérieux y Capgras para el delirio de interpretación., y Dupré y Logre para el delirio de imaginación, Los reivindicadores, separados de los interpretadores por Sérieux y Capgras, sin quedar por ello excluidos de las psicosis paranoicas acabaron por constituir una entidad clínica especial. Se intentó finalmente relacionar ésta, después de haberla asociado bastante extrañamente al delirio de celos y a la erotomanía, con los mecanismos pasionales.

Tales asimilaciones de patogenias sólo fueron posibles gracias al trabajo de disociación clínica que los investigadores precedentes habían aplicado w la entidad antigua de los delirios sistematizados. Esta reducción nosológica previa había sido efectuada mediante la exclusión de los delirios "secundarios", pero sobre todo mediante el aislamiento de las formas alucinatorias. Las especificidades mórbidas de las formas dejadas como residuo por semejante progreso vinieron a ser, a causa de ello, más difíciles de discernir para los investigadores.

Las únicas concepciones que hubieran podido oponerse a su desconocimiento eran las de Magnan. Estas concepciones, como se sabe, no separaban del problema de conjunto de los "delirios de degenerados" las cuestiones de patogenia planteadas por las actuales psicosis paranoicas. Por otra parte, las oponían muy justamente al cuadro del "famoso delirio crónico", el cual respondía a una verdadera neoformación psíquica, que invadía, de acuerdo con un itinerario riguroso, una personalidad previamente sana. Cuando la doctrina de Magnan cayó en olvido, ya nada se oponía a que los investigadores se refirieran a las psicosis paranoicas como al tipo mismo de los delirios de origen psicológico, para poner de relieve, por contraste, los rasgos de "automatismo" de las psicosis alucinatorias.

A partir de entonces, las concepciones de patogenia sobre las psicosis paranoicas debían encontrar su expresión natural en la noción de constitución psicopática, concebida como una disposición determinada de aquellos rasgos psicológicos que constituyen el objeto de estudio del "carácter"' y se revelan a la vez como los más accesibles a la observación y los más susceptibles de variaciones normales. Dupré contribuyó a la empresa por la confianza que concedía a la explicación constitucionalista. La última palabra sobre el asunto ha sido dada, con una claridad de afirmación digna de elogio si no de nos muestra concordante en las tres escuelas; H. Claude ha destacado este hecho en un estudio publicado en *L´Encéphale* en 1925, al oponer, mediante características estructurales comunes, las psicosis paranoicas a las psicosis paranoides. También nosotros, en un artículo de divulgación, hemos presentado una agrupación unitaria de las psicosis paranoicas repartida en tres rubros. la pretendida "constitución paranoica" el delirio de interpretación y los delirios pasionales, Claude y Montassut, en una recensión general publicada en *L´Encéphale,* insisten, con Peixoto y Moreira en que se reserve el titulo de "paranoia legitima" a los casos que corresponden a la descripción de Kraepelin.

Así, pues, ahora indicaremos los rasgos esenciales 22 de la descripción kraepeliniana.

No se puede negar, en efecto, el extremado rigor nosológico de la obra de Kraepelin. En cierta forma, nosotros contamos con encontrar en ella el centro de gravedad de una noción que el análisis francés, a través de las ramificaciones múltiples que ha elaborado, ha vuelto a veces bastante divergente.

Kraepelin describe dos órdenes de fenómenos en la psicosis: los trastornos elementales y el delirio.

Entre los primeros, está de acuerdo con Sérieux en señalar la ausencia o el carácter completamente episódico de las alucinaciones pero insiste en la frecuencia de las *"experiencias visionarias"* bajo forma onírica o durante la vigilia, y las describe en unos términos que las hacen responder a los sentimientos de influencia, a las "autorrepresentaciones aperceptivas", a las "inspiraciones", a las intuiciones delirantes que nos hemos enseñado a distinguir.

Muy en el primer plano -y nuestro autor subraya el hecho de que así les devuelve aquello de que equivocadamente se les despoja- coloca las *ilusiones de la memoria,* a la vez que subraya el papel que éstas tienen en la construcción del delirio.

Luego viene el *delirio de relación,* bajo el cual describe las subversiones múltiples aportadas por el paciente en la significación de los gestos. las- palabras, los hechos menudos, así como de los espectáculos, formas y símbolos que aprehende en la vida cotidiana. En otras palabras, describe (con menos finura analítica que Sérieux y Capgras, pero con mayor objetividad) el síntoma *interpretación.*

Da en seguida como síntoma común de la psicosis las "imaginaciones mórbidas". Niega, en efecto, toda realidad clínica al "delirio de imaginación". Según él, la forma sintomática descrita bajo ese nombre por Dupré nunca es pura.

En cuanto al delirio, se elabora de acuerdo con "dos direcciones. opuestas que a menudo se combinan la una con la otra". Son el "delirio de prejuicio en su sentido más general y el delirio de grandeza". Bajo el primer rubro se agrupan el delirio de persecución, el de celos y el de hipocondría. Bajo el segundo, los delirios de los inventores de los interpretadores filiales, de los místicos, de los erotómanos. La vinculación entre todas estas manifestaciones es estrecha; el polimorfismo, frecuente; la asociación bipolar de un grupo con el otro, ordinaria.

El delirio está, por regla, sistematizado. Es "elaborado intelectualmente, coherente en una unidad, sin groseras contradicciones internas" Es, dice Kraepelin, "una verdadera caricatura egocéntrica de su situación en los engranajes de la vida" lo que el enfermo se construye para si mismo en una especie de "visión del mundo". Por último, el delirio es asimilado a la personalidad intelectual, y es tomado incluso como una de sus constantes. Se ponen de relieve otros dos caracteres de la evolución: la aparición progresiva del delirio durante un período de preparación en el cual su lenta invasión se traduce en manifestaciones de duda en oscilaciones de la creencia, y su permanencia. al menos en lo que se refiere a *cierto nú*cleo delirante- Aunque estos rasgos están incluidos en la definición, Kraepelin no se olvida de mencionar los hechos que a ello opone la clínica.

Queda el "delirio de querulancía" de los alemanes, o sea nuestro delirio de reivindicación en la terminología de Sérieux y Capgras. Sabido es que Kraepelin, en su edición de 1915, lo pone aparte de la paranoia para clasificarlo entre las psicosis psicógenas.

Sin embargo, él mismo reconoce los caracteres que lo acercan a la paranoia: La sistematización del delirio, su uniformidad, su carácter inquebrantable, más aún, la limitación del proceso mórbido a ciertos ciclos de representación, la conservación duradera de la personalidad psíquica, la ausencia de manifestación de debilitamiento intelectual"

La vinculación prevalente de este delirio con una ocasión exterior determinada, con cierto prejuicio real o pretendido, es lo que lo hace entrar en el grupo de las psicosis psicógenas, donde lo vemos figurar al lado de la psicosis carceral y de la neurosis de renta, nuestra neurosis traumática.

"La distinción-añade, sin embargo- no tiene ninguna importancia real, pues la paranoia también es de causa psicógena, pero la diferencia consiste en que, en la paranoia, las fuerzas que actúan realmente en la elaboración mórbida de los acontecimientos vitales son puramente endógenas al enfermo, mientras que, en los diversos querulantes, la ocasión exterior da el sustrato decisivo para la aparición del cuadro mórbido."

Pero, añade, hay que indicar la importancia esencial de la predisposición en la determinación de la querulancia, lo cual lo lleva a concluir que "toda la diferencia consiste en cierto desplazamiento de las condiciones exteriores e interiores".

Fácil es ver, pues, hasta qué punto la delimitación depende aquí de la concepción misma de la enfermedad. Nosotros nos atendremos, de manera provisional, a la unidad entre el delirio de reivindicación y las otras formas de delirio paranoico que reconocen Sérieux y Capgras ellos mismos a pesar de las distinciones esenciales que han aportado con sus trabajos entre los dos tipos de procesos. Nuestra posición definitiva acerca del asunto la reservamos para un apéndice de nuestro estudio.

El dato clínico de la evolución sin demencia, el carácter contingente de los factores orgánicos (reducidos, por lo demás, a trastornos funcionales) que pueden acompañar a la psicosis, y, finalmente, la dificultad teórica de explicar sus particularidades (el delirio parcial) por la alteración de un mecanismo simple, intelectual o afectivo, todos estos elementos, y otros todavía más positivos, hacen que la opinión corriente de los psiquiatras, como se sabe, atribuya la génesis de la enfermedad a un trastorno evolutivo de la personalidad.

La noción de personalidad es compleja. La psicología científica se ha esforzado por despegarla completamente de sus orígenes metafísicos, pero, como suele suceder en casos análogos, ha llegado a definiciones bastante divergentes entre si. Lo que la psiquiatría tiene que tomar en cuenta son, en primerisimo lugar, certidumbres clínicas globales, más seguras, pero también más confusas que las definiciones analíticas; la psiquiatría, además, pone de relieve ciertos vínculos de una importancia capital entre los diversos puntos de vista de la psicología. El uso que hace de la noción no es, sin embargo, unívoco entre los distintos autores, lo cual enturbia los datos ciertos y permite edificar sobre los dudosos. Por eso, antes. de pasar a la presentación y a la critica de las teorías expresadas, quisiéramos precisar el valor psicológico, en el sentido más general, de un término que, demasiado cargado por las aportaciones así de la observación científica como de las creencias populares, y surgido a la vez de las especulaciones de la metafísica y de la experiencia acumulada en la sabiduría de los pueblos, es sumamente rico, pero se presta a toda clase de confusiones.

I. La personalidad según la experiencia común

La personalidad es, en primer lugar, un hecho de experiencia psicológica ingenua. A cada uno de nosotros se nos muestra como el elemento de *síntesis* de nuestra experiencia interior- La personalidad no solamente afirma nuestra unidad, sino que también la realiza; lo que hace, para ello, es armonizar nuestras tendencias, es decir, las jerarquiza e imprime un ritmo propio a su acción; pero también escoge entre ellas, adoptando unas y rechazando otras.

Su operación es, pues, compleja. Se presenta ante todo bajo un modo intelectual, el más elevado que existe, o sea el del juicio, el de la afirmación categórica. Pero este juicio no se refiere a una realidad efectuada; se refiere a una realidad *intencional.* La personalidad no es solamente un hecho dado; orienta al ser hacía cierto acto futuro, compensación o sacrificio, renunciación o ejercicio de su potencia, mediante el cual se conformará a ese juicio que uno ejerce sobre si mismo. En la medida misma en que los dos elementos (el de síntesis y el de *intencionalidad)* divergen el uno del otro, la personalidad se resuelve en imaginaciones sobre nosotros mismos, en "ideales" más o menos vanos: esa divergencia, que existe siempre en cierta medida, ha sido aislada como una función

esencial al hombre, e incluso, para cierta filosofía, a toda vida.,

La manera como la personalidad se las arregla con esa divergencia engendra una serie de diversidades que, como tales, pueden ser la base de una clasificación natural (personalidades verdaderas o falsas, armónicas o románticas etc.).

Pero, por otro lado, en la medida en que esa divergencia se reduce, constituye el fundamento de nuestra continuidad en el tiempo: la personalidad es entonces la garantía que, por encima de las variaciones afectivas, asegura las constancias sentimentales y, por encima de los cambios Se situación, el cumplimiento de las promesas. Es el fundamento de nuestra *responsabilidad.* En la medida en que esta función de continuidad es suficiente -y la práctica demuestra que la admitimos como tal en una medida amplísima- se nos confiere una responsabilidad personal y nosotros mismos les atribuimos una igual a los demás. La noción de responsabilidad desempeña probablemente un papel primordial en el hecho de que reconocemos la existencia de la personalidad en los otros

Síntesis, intencionalidad, responsabilidad: tales son los tres atributos que la creencia común reconoce en la personalidad.

a] La personalidad en la metafísica tradicional

De esa primera experiencia es de donde han brotado las concepciones de los metafísicos tradicionales y de los místicos. Como es sabido, éstos dan a la personalidad una existencia *sustancial, y oponen al individuo,* simple colección de las tendencias y de los caracteres propios de todo ser vivo dado, la *persona,* dignidad que sólo el hombre posee, y cuyo triple carácter de unidad sustancial, de portador en el psiquismo de una entidad universal (voz aristotélico, *razón o naturaleza* para los estoicos, *alma* sometida al orden divino, *imperativo categórico,* etc.), y de árbitro moral, refleja exactamente las tres propiedades que el conocimiento de la experiencia común nos da acerca de la autonomía personal. No podemos hablar detalladamente acerca de los desarrollos de la metafísica tradicional. Su presentación se sale de nuestro tema, y ni siquiera la hubiéramos abordado si no fuera porque el solo hecho de que haya existido ese desarrollo, y de que sus caracteres hayan estado de tal manera calcados sobre los datos inmediatos de nuestra conciencia, constituye el origen de las dificultades que presenta la depuración científica de la noción.

b] La personalidad en la psicología científica

Las dificultades provienen de dos riesgos. El primero es el de una contaminación subrepticia por implicaciones metafísicas que se encuentran en la naturaleza misma del espíritu: quienes caen de lleno allí son, las más de las veces, aquellos mismos que, diciéndose fieles a los "hechos" y nada más que a los hechos, creen protegerse de la metafísica desconociendo los datos que ella aporta. El segundo riesgo amenaza a aquellos que, persiguiendo con conocimiento de causa la eliminación de todo residuo metafísico. acaban por perder de vista la realidad experimental (la cual queda recubierta por las nociones confusas de la experiencia común) y se ven llevados a reducirla hasta el punto de hacerla irreconocible, o hasta el extremo de rechazarla totalmente; como tales se revelan esas teorías extremas de la psicología científica en las que el sujeto no es ya nada, excepto el lugar de una sucesión de sensaciones, deseos e imágenes.

Las creencias comunes sobre la personalidad, su sustancialización por la metafísica, la imposibilidad de fundar sobre ellas una definición científica rigurosa, he ahí el camino que nuestra presentación acaba de recorrer.

Estas creencias comunes son el fruto de una experiencia ingenua que se formula en un pensamiento espontáneo. En ese terreno no se deja ver todavía una diferenciación clara entre lo que es experimentado subjetivamente y lo que puede ser comprobado objetivamente. A estas dos fuentes de conocimiento vamos a recurrir ahora en busca de, apoyos más firmes para la concepción de la personalidad.

II. Análisis restrospectivo de la personalidad

A decir verdad, la introspección disciplinada no nos da sino perspectivas muy decepcionantes. A la pretendida síntesis de la personalidad, responde con esas sorpresas y esas decepciones que nos aportan sin cesar nuestros pensamientos y nuestros actos por la intervención, imprevista o habitual, de fuerzas interiores que nos resultan unas veces completamente nuevas y otras, en cambio, demasiado conocidas. Las fuerzas son, las más de las veces, de naturaleza afectiva, y su conflicto con nuestra personalidad organizada nos lleva a desaprobarlas, cualquiera que sea, por lo demás, su valor real, perjudicial para nosotros o para los demás, o sujeto a duda, o incluso benéfico.

La introspección no nos da tampoco nada seguro acerca de la función intencional (reguladora o voluntaria) de la personalidad. Al contrario: las informaciones que nos brinda se refieren ante todo a su fracaso constante.

¿No podríamos, por lo menos, colocar este fracaso dentro de la divergencia constante que existe entre el yo real y el ideal que lo orienta? ¿Concederemos a este ideal cierto margen de degradaciones posibles? Pero entonces no será más que una simple creencia. Esta creencia misma, ¿será más o menos coherente con el conjunto de creencias del sujeto? Pero entonces este ideal va a desvanecerse en la simple imaginación de uno mismo, la más fugitiva, la más desprovista de adhesión interior.

¿O, por el contrario, este ideal es más sólido? Entonces es el choque con la realidad lo que va a romperlo. La realidad, para combatirlo, podrá simplemente cubrirse con una máscara intelectual: será un nuevo ideal del yo, que sacará su fuerza de un nuevo humor, o de una nueva motivación

afectiva. Pero también estas contradicciones podrán ser de un valor intelectual auténtico, o sea que podrán expresar correctamente la realidad objetiva: es lo que se ve cuando la reflexión metódica sobre las revelaciones afectivas que el sujeto ha experimentado, o cuando una observación científica de lo real o incluso la dialéctica interna de las ideas vienen a sacudir, con el conjunto de las creencias, la imagen que se hace de si misma la personalidad.

¿No se tiene, entonces, la impresión de que lo que se produce son más bien tentativas de síntesis, susceptibles de fracasos y de renovación, y que, más que de una personalidad, habría que hablar de una sucesión de personalidades? ¿No son esas transformaciones mismas lo que, según los casos, llamamos enriquecimiento o abandono de nosotros mismos, progreso o conversión?

¿Qué subsiste aquí de nuestra *continuidad*? Después de algunas de esas crisis no nos sentimos responsables ya ni de nuestros deseos antiguos, ni de nuestros proyectos pasados, ni de nuestros sueños, ni siquiera de nuestros actos.

Basándose en estos nuevos datos de la introspección, a la crítica psicológica le resulta demasiado fácil concebir la persona como el lazo siempre pronto a romperse, y por lo demás arbitrario, de una sucesión de estados de conciencia, y apoyar en ello su consideración teórica de un yo puramente convencional.

III. Análisis objetivo de la personalidad

Es aquí donde debe intervenir el punto de vista objetivo, devolviendo su peso verdadero a la noción que parece evaporarse.

El punto de vista objetivo verifica en primer lugar el *desarrollo* de la persona. La personalidad, que se pierde, misteriosa, en la no. che de la primera edad, se afirma en la infancia de acuerdo con un modo de deseos, de necesidades, de creencias que le es propio y que como tal ha sido estudiado. Se alborota en las ensoñaciones y las esperanzas desmesuradas de la adolescencia, en su fermentación intelectual, en su necesidad de absorción total del mundo bajo los modos del gozar, del dominar y del comprender; se tensa en el hombre maduro en una aplicación de sus talentos a lo real, en un ajuste impuesto a los esfuerzos, en una adaptación eficaz al objeto, y puede llegar a su realización más alta en la creación del objeto y el don de si mismo; en el viejo, finalmente, en la medida en que hasta ese momento ha sabido liberarse de las estructuras primitivas, se expresa en una seguridad serena, que domina la involución afectiva.

En este progreso tienen una influencia determinante los acontecimientos, que son los choques y las objeciones de la realidad (de la realidad afectiva y de la realidad objetiva). Pero se trata de una influencia ordenada: ese progreso es un *desarrollo,* es decir que descansa sobre estructuras reaccionales típicas y que tienen una sucesión fija, común a la normal de los seres humanos. Estas engendran las actitudes, que modelan el sentido según el cual son vividos esos acontecimientos, al mismo tiempo que reciben de ellos determinaciones progresivas o regresivas. Estas estructuras y su sucesión constituyen el fondo *regular* de las evoluciones atípicas y de las crisis anacrónicas.

Así, pues, encontramos aquí una ley evolutiva en lugar de una síntesis psicológica.

Pero incluso esta última se encuentra hasta cierto punto bajo una forma objetiva. En efecto, esos estados sucesivos de la personalidad no están separados por rupturas puras y simples, sino que tanto su evolución como el paso de uno a otro son *comprensibles* para nosotros, los observadores. Incluso si, tratándose de alguien ajeno a nosotros, no llegamos a participar de ellos afectivamente *(einfühlen),* tienen para nosotros un sentido *(verstehen),* sin que nos sea preciso descubrir en ellos la ley de sucesión causal que nos es necesaria para explicar *(erklären)los* fenómenos de la naturaleza física.

Este sentido se refiere, por ejemplo, a la concordancia de tal o cual matiz sentimental con tal o cual contenido representativo (de la tristeza con la idea de la pérdida de un ser amado), a la adaptación de una serie de acciones a una meta determinada, a la compensación ideo-afectiva acarreada por cierta constricción de las tendencias.

Este sentido está tal vez tan poco fundado como la interpretación homogénea *(participacionista)* que da el primitivo al conjunto de los fenómenos naturales. Pero es, desde luego, la común medida de los sentimientos y de los actos humanos

Estas *relaciones de comprensión* tienen un valor objetivo innegable: sin la nueva concepción del trastorno mental permitida por ellas, no hubiera podido aislarse esa realidad clínica que es la esquizofrenia. Son esas relaciones, en efecto, las que permiten señalar un orden fragmentario en las reacciones emocionales, las representaciones, los actos y el simbolismo expresivo que se encuentran en el curso de esa dolencia, así como poner de relieve, por ello mismo, su característica principal, que es la discordancia.

Así, pues, los datos objetivos confieren a la personalidad cierta unidad, la de un *desarrollo regular y comprensible.*

¿Dónde queda su *intencionalidad?* Evidentemente, de ningún "dato inmediato" se puede deducir la existencia objetiva del acto voluntario y del acto de libertad moral. Además, desde el momento en que se trata de conocimiento científico, el determinismo es una condición *a priori* y hace que semejante existencia sea contradictoria con su estudio. Pero queda por explicar la existencia *fenomenológica* de esas funciones intencionales: a saber, por ejemplo, que el sujeto diga "yo" que crea obrar, que prometa y que afirme.

El acto voluntario puede, evidentemente, ser definido por una concatenación causal más compleja que la del acto reflejo."" La creencia puede ser descrita como un sentimiento vinculado con disposiciones emocionales y activas, de estructura adquirida y elevada.

La imagen ideal del yo que forma parte de nuestra experiencia interior es reducible a complejos afectivos que dependen de la ontogenia del psiquismo (si es que no de su filogenia). Esto explica que pueda ser uno de los polos de una tensión interior del yo, y esta tensión parece vinculada con ciertas determinaciones del fenómeno mismo de la consciencia.

Estos fenómenos intencionales se manifiestan, pues, ante todo como una organización de reacciones psico-vitales. Son el fruto de una *educación* en la cual se traduce todo el desarrollo personal. Por otra parte, estos fenómenos recaen bajo las *relaciones de comprensión* de manera

mucho más inmediata que las reacciones elementales que nos es preciso desprender de ellos mediante el análisis. Se revelan, así, conformes a la primera definición que nos ha permitido nuestro ensayo de objetivación de la personalidad.

Pero estas funciones intencionales afirman, por su naturaleza misma, sus contenidos como objetos así es como lo expresaban espontáneamente aquellas creencias mismas sobre la personalidad de las cuales partió nuestro análisis. Hemos disuelto tales creencias para encontrarnos, a fin de cuentas, con que esas funciones tienen propiedades objetivas. Este progreso es de índole dialéctica, y por lo tanto tiene que ver con los problemas generales del conocimiento. Su base es la función identificadora del espíritu y allí estamos ante un campo de estudio que se aparta de nuestro tema." Queremos únicamente hacer notar que los progresos de la personalidad misma pueden estar condicionados por el progreso dialéctico del pensamiento, como vemos que ocurre, por ejemplo, por la vía de la reflexión, en el hombre adulto y que sabe meditar. Digamos, pues, que este carácter de progresividad dialéctica (virtual por lo menos) debe ser exigible de las formas acabadas de la personalidad.

En cuanto a la noción de *responsabilidad* personal, ¿no parece disolverse en este análisis? ¿0 acaso conserva algún contenido objetivo? Volvamos a la experiencia; busquémosla en las acepciones comunes del lenguaje. ¿Qué es lo que se entiende cuando se dice que determinado individuo "tiene personalidad? ¿Acaso esta fórmula no significa ante todo la autonomía de la conducta en cuanto a las influencias accidentales, y al mismo tiempo su valor ejemplar, o sea moral? Esta indicación del lenguaje se funda en lo real.

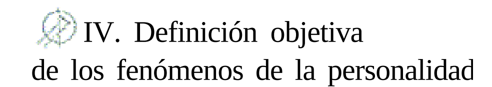
La tarea de cada día, y la parte más preciosa de la experiencia de los seres humanos, consiste en enseriarse a distinguir, bajo las promesas que formulan, las promesas que van a cumplir. Éstas, totalmente distintas a menudo de aquéllas, son la realidad *personal* que un ojo avezado reconoce, y a la cual cada quien rinde homenaje al ufanarse de reconocerla.

Pero bajo ese crédito moral, bajo ese valor representativo que concedemos al individuo, hay ciertamente una garantía y, por así decir, un valor-oro. Este valor, más que percibirlo, lo sentimos en los demás, bajo la forma de esas *resistencias* "morales" que, en nosotros, imponen limites a las influencias de lo real. Nosotros, por lo demás, experimentamos esas resistencias bajo una forma ambivalente, sea que nos protejan contra la emoción que se apodera de nosotros o contra la realidad que nos presiona, sea que se opongan a que nos conformemos a tal o cual idea, a que nos sometamos a tal o cual disciplina, por normativos que ese ideal o esa disciplina puedan parecernos. Piedras de tropiezo de la personalidad, fuentes de conversiones y de crisis, son, además, la base de una síntesis más sólida. Es por eso por lo que nuestros actos nos pertenecen y nos "siguen".

Los demás nos tienen a nosotros por legítimamente responsables de esos actos, puesto que esta aparente autonomía del individuo es esencialmente relativa al grupo, sea que se apoye claramente sobre el juicio que tienen o tendrán de nosotros los demás, sea que descanse sobre el modo de pensamiento prelógico de la *participación*[24] que ha amasado los orígenes de la raza humana y que, permaneciendo inscrito en los mecanismos afectivos de esas resistencias morales, conserva en ellos la huella de intereses ancestrales.

Esta génesis social de la personalidad explica el carácter de Í alta tensión que en el desarrollo personal adquieren las relaciones humanas y las situaciones vitales que a ellas se refieren. Es ella, muy probablemente, la que da la clave de la verdadera naturaleza de las *relaciones de comprensión.*

Tal nos parece el orden en que se impone a todo estudio psicoclínico la realidad de la personalidad. Ninguna teoría que descuide o prefiera una de sus estructuras objetivas será suficiente.



IV. Definición objetiva de los fenómenos de la personalidad

Así, pues, toda manifestación humana, para que la conectemos con la personalidad, deberá implicar:

1] un *desarrollo biográfico,* que definimos objetivamente por una evolución típica y por las *relaciones de comprensión* que en él se leen. Desde el punto de vista del sujeto, se traduce en los modos objetivos bajo los cuales vive su historia *(Erlebnis);*

2] una *concepción de sí mismo,* que definimos objetivamente por actitudes vitales y por el progreso dialéctico que en ellas se puede detectar. Desde el punto de vista del sujeto, se traduce en las imágenes más o menos "ideales " de si mismo que hace añorar a la consciencia;

3] una cierta *tensión de relaciones sociales,* que definimos objetivamente por la autonomía pragmática de la conducta y los lazos *de participación ética* que en ella se reconocen. Desde el punto de vista del sujeto, se traduce en el valor representativo de que él se siente afectado con respecto a los demás.

V. Posición de nuestra definición con respecto a las escuelas de la psicología científica

Pongamos de relieve el hecho de que., en virtud de tal conjunto de funciones, nuestra definición no se confunde con las usadas en diversas escuelas de la psicología científica.

La nuestra no se funda, en efecto,

* ni sobre el *sentimiento* de la síntesis personal, tal como se le ve perturbado en los trastornos subjetivos de despersonalización, sentimiento que depende de mecanismos psico-orgánicos más estrechos,

* ni sobre la unidad psicológica que da la *consciencia individual,* unidad que es desbordada, y en no pequeña medida, por los mecanismos de la personalidad.

* ni sobre la extensión de los fenómenos de la *memoria,* extensión demasiado vasta o demasiado reducida, según que lo que se esté designando con la palabra "memoria" sea una propiedad biológica sumamente general o los solos hechos de la rememoración .

VI. Definición de la psicogenia en psicopatología

La personalidad así definida funciona sobre mecanismos de *naturaleza orgánica* (repitamos que distan mucho de ser todos ellos conscientes). No es otra cosa que una organización de esos mecanismos, de acuerdo con los diversos modos de coherencia que acabamos de definir. Esta organización da su sentido a aquello que se puede llamar la *psicogenia* de un síntoma.

Es *psicógeno* un síntoma -físico o mental- cuyas causas se expresan en función de los mecanismos complejos de la personalidad, cuya manifestación los refleja y cuyo tratamiento puede depender de ellos.

Tal es el caso:

* cuando el acontecimiento causal no es determinante sino en función de la historia vivida del sujeto, de su concepción de si mismo y de su situación vital con respecto a la sociedad;

* cuando el síntoma refleja en su forma un acontecimiento o, un estado de la historia psíquica, cuando expresa los contenidos posibles de la imaginación, del deseo o del querer del sujeto, cuando tiene un valor demostrativo que apunta a otra persona;

* cuando el tratamiento puede depender de una modificación de la situación vital correspondiente, sea que esta modificación se produzca en los hechos mismos, en la reacción afectiva del sujeto frente a ellos o en la representación objetiva que de ellos tiene.

El síntoma de que se trata no deja por ello de descansar sobre bases orgánicas, fisiológicas siempre, patológicas las más de las veces, en algunas ocasiones sobre lesiones notables.

Una cosa, sin embargo, es estudiar su causalidad orgánica, lesiona o funcional, y otra cosa estudiar su causalidad psicógena.

Sobre tales premisas es como habrá de juzgarse, por ejemplo, el valor psicógeno de una neurosis de renta o de una psicosis carceral, y como habrá de determinarse la parte que corresponde al factor orgánico.

Por lo que se refiere al peritaje, que es el criterio práctico de la ciencia del psiquiatra, es sobre esas bases sobre lo que se fundan, más o menos implícitamente, las evaluaciones de responsabilidad, según nos las pide la ley. No podemos insistir acerca de este particular, y sólo lo abordaremos en la medida en que se relacione con nuestro propio asunto. Pero basta algo de reflexión para convencerse de ello.

Así, pues, en cada entidad psicopatológica habrá que distinguir entre mecanismos orgánicos y mecanismos psicógenos. A menudo no podremos precisar igualmente los unos y los otros.

Para fijar las ideas, comparemos los casos

1] en que un trastorno orgánico evidente (lesión destructiva de la corteza cerebral) causa un trastorno psíquico grave sin alteración notable de la personalidad (amnesia afásica) o destruyéndola (demencia);

2] en que un trastorno orgánico no detectado causa un trastorno psíquico grave sin alteración notable de la personalidad (alucinosis) o perturbándola profundamente (esquizofrenia);

3] en que un trastorno orgánico a veces mínimo (¿emotividad? ¿hipomanía?), sin acarrear ningún trastorno psíquico grave (funciones afectivas, perceptivas e intelectuales conservadas), altera toda la personalidad (delirio de querulancia).

¿Qué parte atribuir, en los dos últimos casos, a los mecanismos de la personalidad? He ahí una pregunta que da su sentido y su valor a las investigaciones psicógenas.

No por ello es menos merecedora de estudio la estructura de los fenómenos originados por la espina orgánica.

Por lo demás, apenas será necesario subrayar lo mucho que el conjunto de estas consideraciones se aleja del falso paralelismo psicofísico según Taine.



VII. Fecundidad de las investigaciones psicógenas

De hecho, estas investigaciones han demostrado ser fecundas en psicología. Han conducido al estudio de las formas ontogenéticas y filogenéticas de los mecanismos que llamamos personales, de las ,diversas degradaciones de esos mecanismos, de las perversiones instintivas, de su significación y de su vínculo con las neurosis. Han agrandado considerablemente el alcance que, en el organismo individual y en el grupo social, tienen los mecanismos de la personalidad. La masa de hechos nuevos que en tal sentido aporta la técnica psicoanalítica no permite saber hasta dónde llegará esta ex. tensión, la cual pide una delimitación crítica.

¿Puede fundarse sobre estas investigaciones, ya ahora, un sistema de la personalidad que esté de acuerdo con la complejidad de los hechos? Hace falta ordenar un número inmenso de tales hechos, sin descuidar ninguna de sus variadisimas fuentes, desde la patología hasta la sociología, desde las producciones intelectuales de todas las épocas hasta los datos de la psicología práctica.

No obstante, muchos autores se han arriesgado a hacerlo. Ellos han esbozado las líneas generales de una ciencia nueva a la cual se le plantea ante todo el problema de las diferencias individuales de la personalidad: es la caracterología.

Esta ciencia, en su alcance general, tropieza con gravísimas dificultades. La menor de ellas no es ciertamente la de distinguir, entre la gran riqueza de términos que ofrece el lenguaje para designar las particularidades personales (4000 palabras en alemán, según Mages), aquellos que la realidad ordenaría elegir como caracteres esenciales, determinantes, de aquellos que no son más que accesorios y dependientes.

La multiplicidad de los sistemas caracterológicos es, por lo demás, significativa de su valor problemático.

No obstante, algunos de ellos pueden considerarse como esquemas generales válidos para poner orden en las investigaciones, e interesantes para la práctica clínica y la psicoterapia.

VIII. Valor problemático de los sistemas caracterológicos y de la doctrina constitucionalista

Se pueden proponer en primer lugar ciertas condiciones generalísimas con las cuales debe cumplir todo sistema de la personalidad para ser aceptable.

Todo sistema de la personalidad tiene que ser estructural, con lo cual queremos decir que en él la personalidad debe estar compuesta a partir de elementos, que son primitivos con respecto a su desarrollo, o sea á partir de relaciones orgánicas relativamente sencillas, cuyo registro variará en calidad, en amplitud, etc., y su alcance. en dirección, en intensidad, etc., según los individuos.

Aquí, en efecto, una experiencia psicológica somera y los estudios más profundos estarán de acuerdo en reconocer que los tipos diferenciables de personalidad están lejos de abarcar en los mismos individuos las diversidades comprobables de las dotes innatas, de los talentos, de los temperamentos, y distan mucho más aún de responder a las variaciones cuantificables de las propiedades orgánicas primarias, por ejemplo de la agudeza sensorial o de la reacción emotiva .

Sin duda, la economía de la realización personal depende en último análisis de cierto equilibrio de esas dotes innatas, pero el valor constructivo del desarrollo, las necesidades bipolares de la acción y las condiciones formales de la expresión hacen que las variaciones de esa economía no sean ni correlativas a las variaciones de los elementos, ni continuas como la mayor parte de estos últimos.

Bajo reserva de la crítica experimental, podremos sacar de esas investigaciones algunos apoyos para nuestro problema particular, que no atañe a la personalidad sino desde un ángulo relativo, que es el de su papel propio en las psicosis paranoicas.

Pero si es tentador buscar, como se ha hecho, alguna relación entre la psicosis y un tipo de personalidad definida (la constitución paranoica por ejemplo), no deberemos olvidar el valor sumamente problemático de esas definiciones caracterológicas

El problema que se plantea aquí es el mismo que se le ha presentado a cada una de las ciencias naturales en sus comienzos, y que se le sigue presentando a cada instante. Es el problema de la jerarquía de los caracteres, a saber: decidir cuál es el carácter determinante para la estructura, distinguiéndolo de los que no corresponden más que a una variación sin repercusiones sobre el conjunto. Pero, más aún, es el problema de la identificación del carácter: en efecto, lo que en un principio se toma por una identidad de carácter puede no ser más que una homología formal entre aspectos vecinos que traducen una estructura del todo diferente: tales son, en botánica, los radios de las flores compuestas, que pueden representar, según los casos, los pétalos de la flor simple o sus hojas de envoltura.- Un mismo carácter estructural, por el contrario, puede presentarse -y ahí, está, para demostrarlo, todo el estudio de la morfología- bajo aspectos muy diferentes.

Este es, en suma, el problema que pretende resolver en psicopatología la doctrina de las constituciones.

La doctrina constitucionalista se basa en el hecho incontestable de las diferencias innatas," en cuanto a las propiedades biopsicoló-gicas, entre los individuos, así como en el hecho, no menos cierto, de que tales diferencias son a veces hereditarias, y pretende que estos datos característicos tienen un valor clasificador de las diferencias individuales y son determinantes de la organización de la personalidad.

No es aquí el lugar para hacer la critica de la doctrina constitucionalista.

Presentemos simplemente dos puntos de método. No deberá, a prior¡, admitirse sino en último análisis el carácter innato de una propiedad llamada constitucional, cuando se trata de una función cuyo desarrollo está ligado a la historia del individuo, a las experiencias que en ella se inscriben, a la educación que ha tenido.

Por esa razón nos parece eminentemente discutible que los factores de la personalidad innata se expresen en funciones tan complejas como bondad, sociabilidad, avidez, actividad, etc. Con mucha mayor razón nos opondremos a la idea de fundar no ya una constitución, sino incluso (corno intentan algunos) toda una patología, sobre una entidad tal como la "pérdida de contacto vital con la realidad" que tiene que ver con una noción metafísica muy elaborada, y que en el hecho clínico no puede relacionarse con nada preciso, a no ser con un progreso de la personalidad de orden igualmente

complejo.

Por otra parte, es bien conocido el carácter problemático de los hechos de herencia psicológica. Es en esta materia donde se muestra al máximo la dificultad de distinguir entre lo que es propiamente hereditario y lo que es influencia del medio, o, según los términos de Thonison, entre *nature y nurture.*

 IX. Personalidad y constitución

Hay, sin embargo, el hecho de ciertos complejos clínicos que se imponen a la atención, en el orden de las fijaciones instintivas, de los temperamentos y también de los caracteres. Tal es -para poner como ejemplo el tema mismo que nos interesa- la constitución paranoica, a saber, el complejo: orgullo, desconfianza, falsedad de juicio, inadaptabilidad social. Todos los esfuerzos, no estará de más observarlo, se han enderezado a deducir estas manifestaciones complejas de una propiedad psíquica simple, que tenga alguna verosimilitud de *innatidad.* la psicorrigidez, por ejemplo.

Estudiaremos la relación de estas supuestas constantes caracterológicas con la génesis de las psicosis paranoicas.

Pero debemos plantear sobre este punto las observaciones preliminares que se desprenden de la materia del presente capitulo.

Es posible que no se le reconozca a la psicosis ningún lazo unívoco con una disposición caracterológica definible, y que sin embargo predominen en su determinismo los mecanismos de la *personalidad,* a saber: desarrollo, experiencias y tendencias de orden personal.

De manera inversa, la existencia de una correlación de la psicosis con determinada predisposición constitucional no demuestra por sí misma una determinación *psicógena.* La *constitución,* en efecto, puede no traducir sino una fragilidad orgánica con respecto a una causa patógena exterior a la personalidad, es decir, con respecto a cierto proceso psíquico, para emplear el concepto general elaborado por Jaspers, y sobre el cual volveremos más tarde.

Determinar, por una parte, en qué medida las psicosis paranoicas en su evolución y su semiología ponen en juego la personalidad, relacionar, por otra parte, la psicosis paranoica con una predisposición constitucional caracterológicamente definible, son dos problemas diferentes.

Los problemas de la relación de la psicosis con la *personalidad* y con la *constitución* no se confunden.

Veamos qué posiciones han tomado en cuanto a estos problemas los diferentes autores.



2. Concepciones de la psicosis paranoica como desarrollo de la personalidad

I. Las psicosis paranoicas afectan a toda la personalidad

Las consideraciones precedentes podrán haber parecido muy generales, pero son indispensables para un planteamiento justo del problema de las psicosis paranoicas.

Estas psicosis, en efecto, no presentan ningún fenómeno elemental de una anomalía grosera (la alucinación, por ejemplo) cuyo aislamiento teórico pueda permitir la construcción más o menos artificial del delirio.

No se ve, pues, ninguna razón para ver en el delirio paranoico una reacción a determinado fenómeno llamado "nuclear" o "basal" y mucho menos para afirmar que éste, a su vez, es un mecanismo orgánico.

Las refundiciones sistemáticas de los recuerdos y las interpretaciones de la realidad parecen difíciles de someter a semejante tratamiento. En efecto, si la anatomo-fisiologia cerebral nos ha suministrado toda clase de nociones nuevas acerca de las localizaciones funcionales, no estamos ya en los tiempos de las localizaciones mitológicas de las imágenes y de los conceptos;' y estos fenómenos se emparientan con los más originales del dominio psicológico.

Por lo demás, si es verdad que la realidad está pervertida en la psicosis, también es verdad que guarda en ella un orden, "conservado-como dice Kraepelin- en el pensar, el obrar y el querer".

Así, pues, la transformación de la personalidad entera no es separable del trastorno primitivos si es que lo hay.

Cualquiera que sea, en efecto, la relación del delirio con la personalidad, es sorprendente ver cómo la economía general de ésta queda conservada.

Nada más impresionante que comparar simplemente:

por una parte los tres rasgos esenciales de la descripción kraepeliniana de la psicosis: 1] evolución insidiosa *(schleichend)* del delirio, que surge, sin hiato, de la personalidad anterior;

2] y 3] las dos formas mayores, "de dirección opuesta, pero de combinación frecuente" (Kraepelin) del delirio: delirio de grandeza y delirio de persecución;

por otra parte, la triple función estructural que nuestro análisis de la personalidad ha destacado bajo las tres rúbricas:

1] de un desarrollo;

2] de una concepción de si mismo;

3] de una cierta tensión de relaciones sociales.

La economía de lo patológico parece as¡ calcada sobre la estructura de lo normal. Adquiere con ello una coherencia que le quita mucho de su paradoja a la antinomia subrayada por los antiguos autores que usaban el término *delirioparcial.*

No hay entonces razón para sorprenderse de que el enfermo conserve todas sus capacidades de operación, y que por ejemplo funcione bien en una cuestión formal de matemáticas, de derecho o de ética. Aquí los aparatos de percepción, en el sentido más general, no están sometidos a los estragos de una lesión orgánica. El trastorno es de otra naturaleza; lo que hay que discutir es su psicogenia.

II. Las psicosis no solo heredan tendencias de la personalidad: son el desarrollo de la personalidad, y este desarrollo está ligado a su historia. De Krafft-Ebbing a Kraepelin

Esta homología del delirio y la personalidad no fue vista en un principio sino de manera incompleta e imprecisa. Lo que primero se observó fue la continuidad de los ideales y de las tendencias personales (para decirlo con precisión: de los fenómenos intencionales) antes y durante la psicosis

Este hecho, oscuramente percibido por el vulgo, que en él funda la génesis de la locura hablando de abusos pasionales, entrevisto más científicamente en las primeras investigaciones sobre la herencias y en las teorías de la degenerescencia, se destaca muy claramente en una doctrina como la de Krafft-Ebbing, el cual escribe: "Desde siempre, el ser íntimo, la evolución toda del carácter de oeste candidato a la paranoia se habrán manifestado como anormales; más aún: no se puede negar que, con frecuencia, la anomalía específica de la orientación del carácter es determinante para la forma especial que tomará más tarde la *Verrücktheit* primaria, de tal manera que ésta equivale a una 'hipertrofia del carácter anormal. Así vemos por ejemplo que un individuo anteriormente desconfiado, encerrado en si mismo, aficionado a la soledad, un buen día se imagina perseguido; que un hombre brutal, egoísta, lleno de falsos puntos de vista sobre sus derechos, llega a convertirse en un querulante; que un excéntrico religioso cae en la paranoia mística"

Semejante observación, luminosa en un tiempo en que el concepto de paranoia estaba lejos de su depuración actual, ha ido perdiendo poco a poco su valor.

Una diversidad del delirio que tiene su origen en la diversidad de las experiencias anteriores del sujeto, la encontramos también en el curso de enfermedades como la parálisis general o la demencia precoz en las cuales un proceso orgánico, conocido o desconocido, gobierna de manera tan rigurosa toda la evolución, que sería imposible traer a cuento ninguna otra causa. Por lo demás difícilmente se puede ver adónde iría a buscar el nuevo psiquismo (sea éste una neoformación o una ruina) su material de imágenes y de creencias, si no es a la experiencia antigua del sujeto.

Por eso trasforma Kraepelin el estudio de los delirios, enderezando su atención, no ya, como sus predecesores, a los contenidos o a las estructuras de esos delirios, sino a su evolución. Toda la concepción kraepeliniana de las demencias paranoicas y de las parafrenias surge de allí.

Tanto más notable es, así, la posición adoptada por Kraepelin respecto a la paranoia legítima.

Vamos a estudiar con detalle esta posición, porque es un índice de todo el rigor que adquiere, a principios de este siglo, la concepción de las relaciones entre el delirio y la personalidad.

Según veremos, es únicamente a partir de este progreso como puede ceñirse la cuestión de la relación del delirio con el carácter anterior del sujeto.

Mediante el estudio de las teorías francesas y alemanas, veremos que el segundo problema está mucho menos avanzado que el primero.

Para la exégesis de la concepción kraepeliniana de la paranoia legítima y de sus relaciones con la personalidad, nos serviremos de la última edición de su libro, que es la de 1915. Hagamos notar que en esa fecha la concepción de Kraepelin se ha beneficiado, por una parte, con una elaboración que es obra de gran número de autores y, por otra parte, con una aportación muy considerable de investigaciones nuevas, orientadas por esas discusiones.

Lo importante es que, desde los comienzos de su evolución, la concepción kraepeliniana no ha dejado de progresar en el sentido psicógeno.

La primera descripción clínica, como se sabe, estaba centrada en el delirio de querulancia. Si no se olvida que éste ha pasado al rango de afección puramente psicógena, y si tenemos presente la última definición de la paranoia legítima, tal como la hemos expuesto fielmente en el primer capitulo del presente libro, vamos ahora a ver cómo la psicogenia ha ganado terreno en la teoría kraepeliniana de la paranoia. Para mayor rigor, citaremos mucho.

Kraepelin critica en primer lugar la teoría demasiado vaga de los "gérmenes mórbidos de la cual se

sirven Gaupp y también Mercklin para instituir los inicios del delirio en la personalidad, y que en resumidas cuentas se reduce a la teoría de Krafft-Ebbing. Y continúa: "Sin embargo, se tiene evidentemente el derecho de defender el punto de vista de que la vinculación del delirio con la especificidad personal es mucho más esencial e intima en la paranoia que en las formas mórbidas que acabamos de mencionar."

Pone de relieve 'la tonalidad fuertemente afectiva" de las experiencias vitales en el delirio, 'la congruencia (ante-, del delirio y durante el delirio) del color personal de las reacciones hostiles o benévolas con respecto al mundo exterior, la concordancia de la desconfianza del sujeto con el sentimiento experimentado por él de su propia insuficiencia, y también la de su aspiración ambiciosa y apasionada hacia la fama, la riqueza y el poder, con la sobrestimación desmesurada que tiene de sí mismo".

Para Kraepelin, la fuente principal del delirio, más aún que en la discordancia duradera entre los deseos y la realidad, está en la repercusión que tales o cuales conflictos interiores tienen sobre la experiencia. Y recuerda el hecho (ya señalado por Specht) de su frecuencia en las situaciones sociales eminentemente favorables para esos conflictos, como por ejemplo la de profesor de primera enseñanza.

He aquí una génesis que nos lleva al meollo de las funciones de la personalidad: conflictos vitales, elaboración intima de estos conflictos, reacciones sociales.

Avanzando en su análisis, Kraepelin examina la estructura de las diversas formas del delirio.

El delirio de persecución descansa sobre "disposiciones deficientes, de las cuales resulta una insuficiencia en la lucha por la vida". Un testimonio clínico de esta insuficiencia lo encuentra el autor en la conducta del paranoico. "A menudo -dice Kraepelin-, cuando tiene medios para ello, el enfermo, consciente de su vulnerabilidad, no se ocupa más que en huir de los combates serios de la existencia, y en lugar de adoptar alguna posición firme se dedica más bien a vagar por ahí, no atendiendo sino a bagatelas, y evitando el contacto con la vida."

En semejante terreno, el delirio se desarrolla a partir de los fracasos, los cuales no pueden menos de presentarse a resultas de "esas armas insuficientes para superar las dificultades de la vida" y de la consiguiente oposición para con los demás".

En apoyo de esa concepción aduce Kraepelin el ejemplo de la "psicosis carceral" en la cual se desarrollan y desaparecen ideas de persecución bajo un determinismo de las circunstancias exteriores, "cuyo valor -dice- es el de una prueba experimental".

En la paranoia, lo que explica la cronicidad del delirio es la permanencia de las disposiciones deficientes para la lucha vital.

Por lo demás, lo que establece una distinción entre la reacción del paranoico y las de tantos otros psicópatas afectados por la misma insuficiencia, es su "resistencia" es "su combate apasionado contra los rigores de la vida, en los cuales él ve influencias hostiles". En esta lucha es donde está el origen del reforzamiento del amor propio. Como puede verse, concluye Kraepelin, "el delirio viene a ser aquí una parte constitutiva de la personalidad" *(Bestandteil der Persónlichkeit).*

Para el delirio de grandeza, la explicación kraepeliniana es quizá todavía más significativa de la naturaleza del mecanismo psicógeno invocado. En la descripción clínica misma se encuentran líneas como las siguientes: "Sólo, nos resta indicar en pocas palabras el hecho de que el desarrollo aquí trazado de la personalidad paranoica representa simplemente la deformación patológica de episodios que son de lo más común en la vida de los hombres y que se marcan a la vez en su pensamiento y en sus tendencias. La exuberancia, de la juventud, tendida toda ella hacia las grandes acciones y hacia las experiencias intensas, refluye poco a poco frente a las resistencias de la vida, o bien es canalizada por una voluntad consciente de su meta a lo largo de vías ordenadas Las desilusiones y los obstáculos llevan a la acritud, a las luchas apasionadas, o bien a un renunciamiento que encuentra su refugio en menudas actividades de aficionado y en planes consoladores para el porvenir.

"Pero poco a poco decrece la fuerza de tensión; el pensamiento y la voluntad se entumecen en el círculo estrecho de la vida cotidiana, y sólo de cuando en cuando reviven, en el recuerdo, las esperanzas y las derrotas del pasado."

Así, pues, el delirio de grandeza es esencialmente para Kraepelin 'la trama, proseguida en la edad madura, de los planes de alto aliento del tiempo de la mocedad". (También habla de ese "delirio juvenil de grandeza, embriagado con el sentimiento de su fuerza".) Cuando se carece de las armas que pueden echar abajo los obstáculos. levantados por la vida, se le ofrecen a la persona dos caminos para reprimir las experiencias que la contrarían: "negarse a aceptar el juicio de los demás, o esquivarse en esperanzas de porvenir incapaces de disolverse por ningún fracaso!'. Son ésos los dos caminos por los que avanza el pensamiento delirante.

Kraepelin -y lo único que estamos haciendo es seguir sus palabras- llega incluso a esbozar una distinción de las formas clínicas del delirio de grandeza según las etapas de la vida en que aparecen. Esta "ectopia" de un momento de la personalidad, se podría decir sin traicionar su pensamiento, toma una atipia especial de acuerdo con el punto de la evolución en que se produce.

En la juventud, la psicosis, "nacida de ensoñaciones complaciente", se distingue, según Kraepelin, "por su color romántico, el predominio de las ilusiones de la memoria y un delirio de inventor". Si se manifiesta en la edad madura y va vinculado con ideas de persecución, el delirio parecerá ante todo una medida de defensa contra las influencias contrariantes de la vida, y se distinguirá esencialmente por una sobrestimación sin medida de las propias capacidades. Y si sobreviene en una etapa aún posterior, con ideas de persecución o sin ellas, el delirio se asemejará a la primera forma por su aspecto de delirio de compensación.

Haciendo una asimilación análoga a la que él mismo ha establecido con las psicosis carcerales, Kraepelin aduce aquí los *delirios de* gracia preseniles.

Si insiste en las "tensiones afectivas" que se hallan en la base de los trastornos del juicio, es igualmente para subrayar su relación con esos mecanismos normales que constituyen la fuerza de ciertas convicciones, de las convicciones políticas y religiosas por ejemplo, "en la medida en que, más que consistir en la razón, obedecen a impulsos del corazón".

En correlación con estas tensiones afectivas, Kraepelin llama la atención sobre la incompletud de las operaciones del entendimiento, 'lo cual hace más difícil la resistencia a la invasión delirante". El modelo de este "pensamiento detenido en su desarrollo" lo va a encontrar Kraepelin, una vez más, en el sueño de aventuras y de omnipotencia de la juventud, en las construcciones irrealizables del niño fascinado por las maravillas de la técnica.

Al final de su trabajo Kraepelin cita con aprobación la psicología de la interpretación dada por Dromard, la cual expondremos nosotros más adelante.

Dejamos a su autor toda la responsabilidad de unas concepciones que nosotros nos hemos limitado a resumir literalmente.

Estas concepciones nos interesan por la manera como revelan el progreso alcanzado en el análisis

de la psicogenia del delirio. Mucho más que sobre una comparación de los contenidos del delirio con las tendencias anteriores del sujeto, el acento recae allí sobre la elaboración interna de las experiencias en un momento dado de la personalidad. Ciertamente, el carácter desempeña aquí un papel predisponente, pero no más que los acontecimientos a los cuales se reacciona, o que el medio en que esta reacción se inserta. Desde este punto de vista es significativa la referencia constante a la psicosis carceral.

Persiste, no obstante, cierta ambigüedad entre la noción de un desarrollo por "causas interna? y la de reacción a "causas externas". Nuestra definición de la personalidad le quita mucho de su fuerza. Algo de ambigüedad subsiste sin embargo en Kraepelin. Ya hemos visto cómo se manifiesta a propósito de las relaciones nosológicas de la paranoia con el delirio de querulancia, aunque al mismo tiempo se muestra en nuestro autor una tendencia muy clara a borrarla, concluyendo que "toda la diferencia entre estos delirios" consiste, en resumidas cuentas, "en cierto desplazamiento de la proporción entre las influencias externas (psicógenas) y las causas internas".

Esta tendencia puramente psicógena se acentúa todavía más cuando Kraepelin emprende la refutación de una teoría de la paranoia que nosotros expondremos en el capítulo siguiente -a saber, la teoría que se funda en la brusquedad frecuentemente observada del inicio de la afección, en la originalidad, impenetrable a la intuición común y corriente, de las *experiencias* iniciales, en la evolución por empujones, para dar a la afección en su conjunto el valor no ya de un *desarrollo,* sino de un proceso mórbido, que, cualquiera que sea. su naturaleza, introduce en la personalidad algo heterogéneo y enteramente nuevo y determina las etapas de la evolución.

Semejante concepción es rechazada por Kraepelin. Para explicar las discontinuidades de evolución sobre las cuales se funda, él se refiere al desarrollo normalmente discontinuo de la experiencia interior. Ninguna ambigüedad subsiste aquí en cuanto al sentido decididamente psicógeno de su concepción.

Para concluir, Kraepelin expone a su vez el dilema que se ofrece a la investigación, y lo expresa en la oposición de esos dos términos.

"¿Se trata, en el delirio, del desarrollo de gérmenes mórbidos en procesos patológicos autónomos que hacen una irrupción destructiva o perturbadora en la vida psíquica?"

¿O bien el delirio representa "Las transformaciones naturales a través de las cuales una deficiente formación psíquica sucumbe bajo la influencia de los estímulos vitales" Kraepelin opta por la segunda de estas patogenias. Al hacerlo, sin embargo, no deja de lamentar que no exista hasta el presente sobre esta cuestión ninguna investigación suficiente. Semejante investigación-añade-tendría que chocar con dificultades casi insuperables"

Esa investigación difícil ha sido intentada por varios autores desde el momento en que se escribieron las citadas líneas, y ojalá nuestra modesta contribución encuentre allí la excusa de su insuficiencia.

Mencionemos, por último, que Kraepelin no reconoce *ninguna unidad* en los rasgos del carácter anterior al delirio.

Vamos a estudiar ahora las diversas teorías emitidas por los auto. res que conciben las psicosis paranoicas unidas a la personalidad por relaciones dé desarrollo *comprensible.*

De entre los diversos autores sólo nos fijaremos en algunos, o sea los que en nuestra opinión marcan momentos típicos de la evolución de las teorías. Nos limitaremos, por necesidad, al estudio de esta evolución en las escuelas francesa y alemana.

No pretendemos, desde luego, que estas' distinciones nacionales sean científicamente válidas. Prueba suficiente de nuestra actitud es el lugar preponderante que nosotros, al igual que Claude, damos a la nosografía kraepeliniana. Sin embargo, en el tema de que nos estamos ocupando, la rareza relativa de los casos (1/100 de los casos de asilo según Kraepelin, 1/200 según Mercklin en Treptow), y la rareza aún mayor de los casos publicados, hacen concebir que los límites de expansión de la lengua en que son registradas las observaciones pueden desempeñar un papel no desdeñable en la evolución de las teorías.

Así, pues, bajo el título de las escuelas francesa y alemana agruparemos las investigaciones sobre la psicogenia de las psicosis paranoicas publicadas desde el momento en que Kraepelin estableció su marco nosológico, o sea desde comienzos del siglo (1899).

III. En la psicogenia de las psicosis paranoicas,

la escuela francesa se ocupa de la determinación de los factores constitucionales.
Sérieux y Capgras.
Dificultades de una determinación unívoca.
De Pierre Janet a Genil-Perrin.

Se ha visto en nuestro primer capitulo cómo la escuela francesa desprendió el conjunto de las psicosis llamadas actualmente paranoicas del marco antiguo de los delirios sistematizados, o sea "de los delirios crónicos de evolución sistemática y de las psicosis de los degenerados". Pensamos en los trabajos sobre los delirios que en gran número se publicaron en la última década del siglo pasado. En este terreno, es a Magnan a quien se deben las primeras discriminaciones sólidas Ya en esa época comienza a tomar forma en su discípulo P. Sérieux la concepción del delirio llamado de interpretación. A partir de 1902, Sérieux y Capgras publican en diversas revistas los grandes lineamientos de su doctrina.

En 1909 aparece su libro magistral sobre las locuras razonantes *(Les folies raisonnantes).* En la teoría de la génesis del delirio, el acento recae nítidamente, desde el primer momento, sobre factores constitucionales determinados, En apoyo de nuestra aseveración, examinemos la doctrina

de esos autores.

La autonomía de la entidad mórbida que describen se funda, evidentemente, en el predominio del síntoma del cual toma su nombre: la interpretación. Los dos autores -basta leerlos para convencerse de ello--- no hacen distinción alguna entre el mecanismo de esa entidad mórbida y los mecanismos normales de la creencia de la asociación normal, de la *cristalización pasional,* de la constelación afectiva del razonamiento erróneo, de las modificaciones de la atención bajo la influencia de un estado emocional etcétera. Aducen la influencia favorecedora de estados muy diversos, entre ellos la timidez, y toda clase de estados afectivos débiles o fuertes, desde la ansiedad hasta la pasión, sin omitir la tensión atenta del sordo.

Rechazan las tentativas de autores como Griesinger, Dagonet, Féré, Specht y Nacke para diferenciar en su mecanismo la interpretación mórbida de la normal. La interpretación no es mórbida más que por la orientación y la frecuencia que le impone la ideología de base afectiva, propia no solamente del delirio, sino también M carácter anterior del sujeto. Ideas de persecución, ideas de grandeza son combinadas de manera diversa en intensidad y en sucesión, pero de acuerdo con un orden fijo para cada enfermo. "El plan del edificio no cambia, pero sus proporciones aumentan" pues el delirio progresa "por acumulación, por irradiación, por extensión", y "su riqueza es inagotable".

El delirio se vincula con el estado anterior de la personalidad mediante un período de incubación meditativa, y, por mucho que parezca desencadenarse súbitamente, revela una larga preparación en las tendencias antiguas del carácter.

Por eso, dicen nuestros autores, "en el delirio de interpretación la importancia de esta constitución paranoica es capital, puesto que, al contrario de lo que sucede en las psicosis demenciales, no hay, según nos consta, ni modifica radical, ni disolución del carácter. sino un desarrollo hipertrofiado y unilateral de ciertas tendencias preexistentes. No se da ruptura alguna entre la personalidad anterior del sujeto y la personalidad del interpretador. Esta no es más que la expansión de la primera, que, persistiendo con sus tendencias, su carácter y sus modos de reacción acostumbrados, influye en la elaboración del delirio, en. la elección de las concepciones y en la actividad toda del sujeto. Así, pues, lo que importa investigar es cuáles son los elementos esenciales de esa constitución".

Esta constitución comporta lagunas intelectuales y anomalías afectivas". Las primeras son la disminución de la autocrítica y la paralógica circunscrita; las segundas, el carácter egocéntrico y la hipertrofia del yo, que, según subrayan nuestros autores, lejos de ser (como algunos quieren) "secundarios a las ideas de persecución, son en realidad el fondo mismo de la mentalidad de gran número de interpretadores.

De ahí se desprende la conclusión:

"El delirio de interpretación es, en resumen, una psicosis constitucional (funcional, añaden en otro lugar nuestros autores) que se desarrolla gracias a una anomalía de la personalidad caracterizada por la hipertrofia o la hiperestesia del yo y por la falla circunscrita de la autocrítica. Bajo la influencia de conflictos sociales determinados por la inadaptabilidad al medio, esta constitución psíquica anormal provoca el predominio de un complejo ideo-afectivo, así como su persistencia y su irradiación."

Si todavía quedara alguna duda en cuanto al mecanismo psicógeno que los autores asignan al delirio, nada precisaría mejor su pensamiento que la diferenciación diagnóstica y nosológica que establecen entre el delirio de interpretación y el primer periodo, llamado de inquietud, de la psicosis alucinatoria que, a su vez, puede ser que no comporte otra cosa que interpretaciones. "El delirante alucinado-dicen- experimenta *un cambio que lo inquieta;* en un principio rechaza los pensamientos que lo asaltan; *tiene conciencia de su desarmonía con la mentalidad que hasta entonces ha sido la* suya, y se muestra indeciso. Sólo llega a la certidumbre, a la sistematización, el día en que la idea delirante se ha convertido en sensación."

Tomando todavía como tipo de la psicosis alucinatoria la descripción del delirio crónico de Magnan, Sérieux y Capgras se expresan así: "El primer período del delirio crónico, período interpretativo, se nos ha mostrado como una manifestación de la confusión mental provocada por una brusca ruptura entre el pasado y el presente, por las modificaciones de la actividad mental y los "sentimientos de incompletud que de ello resultan' (Pierre Janet). El enfermo que se pone a buscar una explicación para ese estado de malestar forja interpretaciones que no le satisfacen, etc. "

"Nada parecido ---concluyen los autores- se ve en el delirio de interpretación, cuyo origen se pierde en la lejanía.

Por otra parte, sobre esta noción de un terreno constitucional común se fundan los autores para afirmar la unidad nosológica del delirio de interpretación con el delirio de reivindicación, cuya oposición clínica son ellos, por cierto, los primeros en definir, y de manera magistral.

Sérieux y Capgras ponen de relieve, en el delirio de reivindicación, entre otros mecanismos, el de "la idea fija que se impone al espíritu de manera obsesiva, que orienta ella sola la actividad toda... y la exalta en razón de los obstáculos que encuentra". Es el mecanismo mismo de la pasión.

Distinguen aquí dos formas:

1] el delirio de reivindicación egocéntrica y

2] el delirio de reivindicación altruista.

Estos delirios descansan sobre la idea prevalente de un perjuicio real o aparente. El *carácter obsesivo* de esta idea prevalente es destacado por ellos, así como la *exaltación maníaca* característica."

Las interpretaciones erróneas quedan aquí mucho más circunscritas.

A pesar de las diferencias de mecanismo, este delirio, al igual que el anterior, está esencialmente determinado por la constitución paranoica, definida antes en términos unívocos.

Con Sérieux y Capgras prevalece, en efecto, no sólo la patogenia constitucional del delirio paranoico, sino también la unicidad de está constitución.

La doctrina de nuestros dos autores iba a hacer olvidar en Francia ciertos hechos que se hablan puesto sobre el tapete en el momento turbio de la formación del grupo nosológico. Estos hechos cuya fecundidad teórica sería mostrada únicamente por la escuela alemana, ya hablan sido vistos por Pierre Janet; no son los únicos 45 que, expuestos en sus trabajos tan sólidos, lo hacen aparecer como un pionero de la psicopatología. En 1898 observa la aparición de unos delirios de persecución, que él llama *paranoia rudimentari*a, en los mismos sujetos que presentan el síndrome al cual dio él el expresivo nombre de "obsesión de los escrupulosos". Los modos de invasión de este delirio, sus mecanismos psicológicos, el fondo mental sobre el cual se desarrolla, todo ello se muestra idéntico al fondo mental y a los accidentes evolutivos de la psicastenia. Hagamos notar que, en sus observaciones, Janet insiste en el hecho de que el delirio aparece como una reacción a ciertos acontecimientos traumatizantes. En cuanto a las predisposiciones constitucionales, son las mismas del psicasténico: el sentimiento de la insuficiencia de la propia persona, la necesidad de apoyo, el descenso de la tensión psicológica, rasgos todos ellos bastante diferentes de los de la constitución

paranoica, tal como ésta había de quedar fijada ulteriormente.

Sin embargo, los investigadores que en los años subsiguientes estudiaron en Francia los factores, no ya constitucionales, sino reaccionales del delirio, quedaron polarizados por los que Sérieux y Capgras habían puesto de relieve en su descripción, a saber: la interpretación y la reacción pasional.

En cuanto a la interpretación, nos limitaremos a la teoría psicológica perfectísima que de ella dio Dromard, y que Kraepelin cita con gran elogio.

La interpretación delirante, dice Dromard, es "una inferencia de un precepto exacto a un concepto erróneo, en virtud de una asociación afectiva". La afectividad es normalmente dueña y señora de nuestras asociaciones. Pero, para fundar el juicio que da su sentido a la asociación de dos imágenes, tenemos dos bases: lo que Dromard llama residuo empírico y lo que llama valor afectivo.

El residuo empírico consiste en "esas síntesis múltiples que son almacenadas por el espíritu como resultantes de las relaciones entre nuestras conjeturas pasadas y las respuestas del mundo exterior"; es, en suma, el recuerdo de lo que hemos llamado antes bs choques y las objeciones de lo real.

Por valor afectivo entiende Dromard la importancia que, para un sujeto dado, posee el contenido de una sensación o de un pensamiento, en razón de las tendencias permanentes o de los sentimientos actuales que pueden encontrarse combinados con ese contenido de manera mediata o inmediata, es decir, por asociación o implícitamente". Esto representa, según nuestros términos, una gran parte de las funciones intencionales y de las resistencias de la personalidad.

Sea como fuere, en la regulación del juicio, de la convicción y de la creencia esos dos elementos desempeñan un papel opuesto. La sumersión completa de los residuos empíricos por los valores afectivos es la base de la interpretación delirante. Se engendra de ese modo una forma de pensamiento que se asemeja más a una *penetración intuitiva* de los signos que a un verdadero razonamiento. Con esta forma de pensamiento, según nuestro autor, están emparentadas la del hombre primitivo y la del niño. De todo ello resulta una lógica especial que regula el acrecentamiento del delirio:

*por *difusión, o* sea que las interpretaciones se encadenan las unas a las otras, se llaman las unas a las otras para consolidarse;

*por *irradiación,* pues no es raro ver cómo ciertos sistemas interpretativos aberrantes se forman a distancia del núcleo principal, para luego venir a acomodarse alrededor de éste, el cual representa su centro de gravitación.

Ya veremos si esta concepción responde o no a los datos del análisis clínico.

En su conclusión, Dromard destaca con toda claridad el sentido de la doctrina constitucionalista del delirio: "La paranoia -dice- *no* es, a decir verdad, un *episodio mórbido:* es la expansión natural y en cierto modo fatal de una constitución. Lo *que con esto quiero decir es que, siendo todas las otras cosas iguales, los acontecimientos se llevan a cabo aquí de acuerdo con el orden que regularía su desarrollo en un cerebro normal.* El terreno es primitiva y congénitamente defectuoso, y las reacciones que presenta al contacto del mundo exterior son, por consiguiente, *lógica y racionalmente defectuosas. Así* como un pie deforme crece armoniosamente con relación al germen en que preexista, así los errores del interpretante *crecen tal como deben crecer* en un cerebro que los implica a todos en potencia desde su origen. En verdad no existe aquí ni principio ni fin."

En cuanto al otro mecanismo reaccional de la paranoia, a saber la *reacción pasional,* Dide y su escuela destacan su importancia en excelentes estudios, nacidos en la pura fuente de la clínica, sobre el "idealismo apasionado". Son estos autores los primeros que exponen de qué manera la interpretación "apasionada" y la interpretación "delirante" se oponen, tanto en sus bases afectivas como en su génesis intelectual.

C. G. de Clérambault intenta fundar sobre estos datos la autonomía patógena de un grupo que, según él, es distinto de la paranoia: el grupo de los delirios pasionales. En él incluye el delirio de reivindicación, la erotomanía y el delirio de celos. Para analizar el determinismo psicológico de estos delirios, el autor toma como tipo descriptivo la erotomanía.

En la base de las ideaciones y de los comportamientos anormales (tan diversos en apariencia) de los pasionales, el autor pone un "elemento generado". Si Este elemento es un complejo ideo-afectivo, según lo admiten todos los autores, los cuales lo designan generalmente con el nombre de idea prevalente, término que a nuestro autor le resulta insatisfactorio, por sentir que en él predomina demasiado el elemento ideativo. El prefiere el término postulado, en razón del valor de "embrión lógico" que le concede.

El postulado, en la erotomanía, es el orgullo, "el orgullo sexual", y asimismo el sentimiento de imperio total sobre el psiquismo sexual de una persona determinada".

A partir de este postulado se van deduciendo rigurosamente todas las anomalías de ideas y de acciones en el delirio. En otro lugar hemos expuesto nosotros el plan de esta deducción, tal como fue presentado por su autor.

Clérambault, sin embargo, se ve obligado a reconocer que, en la mayoría de los casos, el delirio as organizado va asociado con otros sistemas delirantes, o sea que es, en su terminología, un delirio polimorfo.

De ahí que Capgras haga notar que este polimorfismo de los delirios obliga a acomodarlos de nuevo en la gran unidad constitucional de la paranoia, o, a lo sumo, a localizarla en esa clase especial del delirio de reivindicación que él mismo, junto con Sérieux, ha individualizado por la obsesión y la hiperestenia. Por lo demás, en los raros casos puros, descritos por el propio Clérambault, Capgras demuestra que la evolución del delirio es muy diversa y no sigue las etapas invariables que el autor le asigna. El autor necesita echar mano de toda una exégesis para demostrar ese orden en un caso dado.

Con razón Dupré, para concluir, recordaba que al hablar de delirio a base de interpretación, de intuición o de alucinación, de lo que se hablaba era de mecanismos, no de causas. Estas causas, según él, debían buscarse en la predisposición constitucional.

A partir de ese momento, las investigaciones francesas se han empeñado en precisar esta constitución. Según hemos visto ya, Sérieux y Capgras definían la constitución paranoica por la autofilia, el aprecio exagerado de sí mismo y la paralógica afectiva.

Para Montassut, en cuya tesis se nos muestra ya madura la concepción, los rasgos esenciales del carácter paranoico son los siguientes:

* sobrestimación de sí mismo;

* desconfianza;

* falsedad de juicio;

* inadaptación social.

En tomo de estos rasgos esenciales se agrupan algunos rasgos contingentes: orgullo, vanidad, susceptibilidad, autodidactismo, idealismo apasionado, amor de la naturaleza, etc

El valor constitucional de estos rasgos no puede establecerse más que sobre la discutible regularidad clínica de su correlación, o sobre su relación constante con una propiedad psíquica más fundamental. Montassut cree reconocer esa propiedad en una actitud psíquica primaria, bastante enigmática por cierto, y sobre cuya verdadera naturaleza, psicoemocional o psicomotriz, el entendimiento se queda vacilante: él la llama *psicorrigidez.*

A pesar de su aparente rigor, esta concepción deja, clínicamente, mucho que desear. Basta evocar los casos que Montassut expone en su tesis como de *pequeños paranoicos* para sentir hasta qué punto su estado mental es distinto del que presentan los paranoicos delirantes, lo mismo antes del delirio que durante él.

Por otra parte, estos rasgos de la constitución están a menudo disociados, y cada autor tiene su concepción de la tendencia paranoica: ¿es la psicorrigidez? ¿es la vanidad y el orgullo? ¿es la rebelión y la inintimidabilidad? ¿es la desconfianza celosa? ¿es la desconfianza ansiosa? ¿es el egoísmo y la falta de amor? ¿es el replegamiento sobre si de una emotividad inhibida? ¿es un modo complejo del carácter o una perversión instintiva? ¿es la agresividad? ¿o simplemente la inadaptabilidad social? La sobrestimación de sí mismo ¿tiene acaso el mismo valor cuando descansa sobre una falta de autocrítica por hiperestenia fundamental que cuando compensa un sentimiento permanente de inseguridad y de insuficiencia? 67

Estas dificultades se perfilan con toda claridad cuando se trata por ejemplo de aplicar la noción al niño. Explican lo enormemente difícil que es sacar conclusiones firmes de las estadísticas que ofrecen los diferentes autores sobre la existencia de la constitución paranoica en el niño. Pero, desde luego, estas dificultades mismas hacen más que dudoso el valor constitucional del carácter así definido.

Más aún: cuando se trata de aplicar la noción al adulto, se encuentra uno con idénticas dificultades El último trabajo que ha aparecido sobre el particular, debido a Genil-Perrin, es característico desde este punto de vista. La constitución paranoica comienza en el delirio, y adquiere una extensión que le hace englobar las manifestaciones psicológicas llamadas de bovarysmo. Esta entidad, como es sabido, se debe a un filósofo psicólogo: Jules de Gaultier. Por mucho que admitamos que se tome una entidad metapsicológica universal como base de una unidad descriptiva, no podemos menos de maravillamos (como se maravilla el autor mismo) de ver reunidos en el mismo cuadro clínico a Madame Bovary y a Homais, a Don Quijote y al San Antonio de Flaubert, a nuestros delirantes y a Prometeo (!). Genil-Perrin concluye, en efecto, su libro con una evocación de este último mito, pidiéndole al lector que reconozca en él el símbolo de la mentalidad paranoica en sus formas elevadas. ¿No es más bien el símbolo del drama mismo de la personalidad?

En resumidas cuentas, el único punto que une a esos interpretadores, a esos hipocondríacos, a esos erotómanos, a esos rebeldes, es que sus errores de pensamiento y de conducta se insertan en el desarrollo de una personalidad atípica. ¿Qué tienen de común estas personalidades? El tono de zumba (poco simpático para el enfermo) que reina en el libro de Genil-Perrin parecería indicar que no se trata de otra cosa que de una forma especial de debilidad mental. Esta debilidad, por supuesto, no podría identificarse con aquella que se mide con los métodos clínicos de test. Así, pues, si fuera preciso definirla, sin duda no se hallarla otro criterio que esos juicios peyorativos, donde unas reacciones que son de origen esencialmente social, y sin duda significativas, se describen en términos de gran energía expresiva pero de un valor analítico más discutible.

Como se ve, se imponen ciertas reservas en cuanto al valor de la pretendida constitución paranoica.

Esta corresponde, desde luego,. a cierta realidad clínica. Pero la observación nos hace ver predisposiciones de carácter completamente distintas, a veces, en los antecedentes de los delirantes. Muchos autores han subrayado este hecho, para deducir de él, en cuanto a la naturaleza del delirio paranoico, unas concepciones que nosotros vamos ahora a estudiar.

IV. En la psicogenia de las psicosis paranoicas,

la escuela alemana se interesa por la determinación de los factores reaccionales. Bleuler. Progresos de esta determinación. De Gaupp a Kretschmer y a Kehrer.

A partir de la retirada del marco de la paranoia frente a la concepción kraepeliniana de la demencia precoz, se puede decir que, en Alemania, uno de los movimientos más importantes se ha dedicado a dar una concepción psicógena de las psicosis paranoicas. Insegura al principio en sus términos, esta concepción, gracias a los trabajos de Bleuler, es hoy aceptada sin discusiones por gran número de investigadores, y ha quedado consagrada por la adhesión explícita de Kraepelin, cuyas ideas hemos expuesto al comienzo de este capitulo.

Al contrario de Sérieux y Capgras, que remiten la, génesis del delirio a las predisposiciones constitucionales del enfermo, Bleuler encuentra la explicación del delirio (explicación exhaustiva, según él) en las *reacciones del sujeto a situaciones vitales.*

Bleuler pone de manifiesto estos mecanismos reaccionales mediante el estudio minucioso de la vida del enfermo. El enfermo, en efecto, está implicado en una situación vital (sexual, profesional) que sobrepasa sus medios de hacerle frente y que influye sobre su afectividad de manera profunda, muy

frecuentemente humillándolo en el plano ético. El enfermo reacciona como reaccionaria un sujeto normal, ya sea negándose a aceptar la realidad (delirio de grandeza), ya explicando su fracaso por una malevolencia del exterior (delirio de persecución). La diferencia entre el paranoico y el normal es que, al paso que el individuo sano corrige muy pronto sus ideas bajo la influencia de una mejora relativa de la situación o de una atenuación secundaria de la reacción afectiva, el paranoico perpetúa esta reacción mediante una estabilidad especial de su afectividad.

Esa es la razón por la cual el estudio de la paranoia se inserta en primer lugar en un estudio general de la afectividad normal y patológica. Y éste es, justamente, el fin que persigue el libro inaugural de Bleuler acerca de la cuestión. Bleuler dedica la primera parte a la presentación de una doctrina de la afectividad (PP. 10-74 de la 2 edición). Hace allí un análisis critico rigurosisimo de los problemas planteados por la noción de afectividad, y este análisis, por muchos que sean los puntos que deja pendientes, es precioso. La noción de afectividad, que a veces parece ser "el pastelillo de crema" de la psiquiatría, no pierde nada de su prestigio con introducir en ella un poco de precisión.

La afectividad, según Bleuler, se define por reacciones psíquicas dotadas de una tonalidad especifica (alegría, pena), por síntesis de reacciones somáticas (secretoria, cardiaca, respiratoria), por su acción sobre los mecanismos de la asociación de las ideas (inhibiciones, iniciativas). Influye, además, en las pulsiones activas (donde la acción puede presentarse como negativa bajo forma de perseverancia): es lo que Bleuler llama la acción de circuito de la afectividad. No daremos razón aquí de los desarrollos que siguen, sobre la irradiación de la afectividad, sobre su durabilidad, sobre su interacción con los procesos intelectuales. Bleuler estudia las variaciones de todos estos mecanismos en el curso de las diversas afecciones mentales. En seguida intenta definir su fundamento biológico (pp. 64-70), y afirma que las definiciones así psíquicas como biológicas que él da están de acuerdo con los conceptos deducidos por Freud de una experiencia diferente (pp. 70-74).

Insistamos únicamente en el hecho de que, con este estudio, la afectividad queda desprendida del conjunto indeterminado que la lengua agrupa bajo el nombre de *sentimientos.* Estos pueden estar asociados a las reacciones propias de la afectividad, pero de ninguna manera son proporcionales a la intensidad biológicamente definida de tales reacciones. Lo que se designa con el nombre de *sentimientos* es, en efecto,

A] una muchedumbre de procesos centrípetos del orden sensorial o perceptivo (sentimiento de esfuerzo, etc.);

B] formas de conocimiento indeterminado u oscuro (intuición), de percepción interior (sentimiento de seguridad);

C] procesos perceptivos intra-centrales ligados a ciertos acontecimientos exteriores (sentimiento de certidumbre, de credibilidad) o a ciertos acontecimientos interiores (sentimiento de tristeza, sentimiento de ceguera).

Bleuler sitúa en esta última clase en particular los *sentimientosintelectuales,* que tan finamente analizó Janet.

Bleuler mismo analiza de manera muy rigurosa un concepto empleado por los psiquiatras, el *sentimiento de desconfianza, y mues*tra que, lejos de representar un proceso afectivo original, es cierto estado perceptivo indeterminado que puede tomar, según los casos, valores afectivos muy diversos.

Llamemos la atención sobre un punto más de esta teoría. Los mecanismos verdaderos de la afectividad comportan dos tipos de reacción: la reacción *holotímíca,* que consiste en variaciones generales del humor (las que se observan, por ejemplo, en la mamá y en la melancolía), y la reacción *catatímica,* vinculada con determinados acontecimientos de alcance vital y con los complejos representativos que se forman en tomo a esos acontecimientos o "vivencias". Estos dos tipos de reacción interfieren lo mismo en el hombre sano que en el enfermo, en cada momento de la vida. Cada entidad mórbida puede caracterizarse por -cierto predominio de una de esas reacciones sobre la otra.

En la segunda parte de su libro estudia Bleuler la sugestibilidad, considerándola como uno de los como uno de los varios rostros de las reacciones generales de la afectividad.

En la tercera parte ofrece su teoría de la paranoia. Recojamos sus conclusiones:

La tentativa -dice Bleuler- de hacer derivar el cuadro de la paranoia de un estado afectivo basal de índole patológica no ha tenido éxito hasta ahora. Concretamente, la desconfianza, en la cual suele verse el fundamento de la paranoia, no tiene nada de un estado afectivo verdadero. Y, en efecto, no en todas las formas de la paranoia se presenta la desconfianza.

En resumidas cuentas, nunca se ha demostrado que en la paranoia exista una perturbación general y primaria del humor. Hay, sí, indicaciones pasajeras o duraderas de variaciones del humor, que sobrevienen de la misma manera que en los individuos normales. Pero estas variaciones no son el fundamento de la enfermedad, sino únicamente momentos evolutivos que ponen en su cuadro tales o cuales matices; los .estados afectivos que observamos con nitidez en la paranoia son efectos secundarios de las ideas delirantes.

No hay tampoco ningún fundamento para afirmar que en la paranoia exista un trastorno general de la percepción o de la percepción, como tampoco una alteración general de las imágenes del recuerdo. Ni siquiera se ha demostrado, en modo alguno, que la hipertrofia del yo sea un síntoma de regla en la paranoia.

Lo que suele señalarse como hipertrofia del yo, carácter egocéntrico, es en parte una consecuencia del hecho de que la paranoia comporta un complejo de representaciones cargado afectivamente que se mantiene en el primer plano de la psique. Este hecho se observa en sujetos normales que, por una razón afectiva cualquiera o bien a causa de un complejo, se quedan agarrados a determinadas ideas. En la paranoia, es con este complejo con el que van a relacionarse de manera prevalente los acontecimientos de la vida, así los cotidianos como los menos habituales. En la medida en que, de esa manera, muchas cosas que no tienen relación alguna con el enfermo son puestas falazmente en relación con el complejo, aparece el delirio de relación. En la medida en que es preciso que todos los complejos cargados afectivamente tengan una relación cercana con el yo, el yo es empujado al primer plano, hecho para el cual no es de ninguna manera adecuado el término de hipertrofia del yo. Además, todo paranoico tiene aspiraciones y deseos que se salen de los límites de sus fuerzas: tampoco esto puede considerarse como una hipertrofia del yo.

El examen más riguroso del origen del delirio muestra que, bajo la influencia de un estado afectivo crónico (del estado afectivo que corresponde al complejo mencionado), toman nacimiento ciertos errores según un mecanismo muy semejante al que se observa en las personas sanas cuando las exalta una pasión. El elemento patológico consiste en que estos errores quedan en la imposibilidad de ser corregidas, y se extienden por propagación.

Semejante comportamiento supone estados afectivos de una acción *decircuito* muy fuerte, y que poseen una gran estabilidad, burlando la resistencia de las funciones lógicas. Así, las asociaciones que responden al estado afectivo se benefician de iniciativas excesivamente poderosas y duraderas, mientras que las asociaciones que le son opuestas quedan marginadas; de ello resulta cierto debilitamiento lógico, pero sobre todo resultan también relaciones personales falsificadas e ilusiones

de la memoria. El eufórico ve allí sus deseos colmados en el delirio de grandeza; el sujeto de humor normal y el depresivo, que se hallan en situación de sentir su insuficiencia para alcanzar sus metas encuentran allí un consuelo a través de un rodeo, pues los mecanismos afectivos excluyen de la conciencia la representación insoportable de la propia debilidad, y entonces ellos, en el delirio de persecución, consiguen transferir las causas de su fracaso al mundo exterior; en la lucha emprendida contra éste, el enfermo no tiene ya necesidad de rebajar su estimación de sí mismo, sino que, por el contrario, puede exaltarla de la manera más directa tomando posición de luchador en pro del derecho. El carácter invasor (comparable al del cáncer) y la incurabilidad del delirio están determinados por la persistencia del conflicto entre el deseo y la realidad.

Estas conclusiones se complementan con la respuesta de Bleuler a las teorías opuestas de las cuales daremos razón en el capítulo siguiente, y también, según veremos, con la concesión de un papel eventual a los mecanismos esquizofrénicos en ciertos delirios.

El fondo de la doctrina de Bleuler es una demostración rigurosa de la psicogenia de la paranoia. Esta depende ante todo de una situación a la cual reacciona el enfermo con su psicosis, y del conflicto interior entre una inferioridad sentida y una exaltación reaccional del sentimiento de sí mismo, sin olvidar, naturalmente, que este conflicto está exacerbado por las circunstancias externas.

No obstante, Bleuler se ve obligado a admitir, al lado de esas condiciones eventuales, ciertas predisposiciones, como por ejemplo: una afectividad de fuerte *acción de circuito;* una *estabilidad* de las reacciones afectivas; y una *resistencia* proporcional de las funciones lógicas.

La doctrina conserva, pues, algunos datos emparentados con las concepciones de la constitución. Esos datos son aquí tanto más sólidos cuanto que son los residuos de un análisis psicológico que se ha llevado lo más lejos posible. Por lo demás,, los acontecimientos y las situaciones vitales no tienen nada que ver con esas formaciones predisponentes.

Vamos a ver cómo los trabajos alemanes se han adentrado en el camino abierto tan osadamente por Bleuler. Observemos sin embargo, antes de despedimos de éste, su acuerdo con la concepción kraepeliniana central de la paranoia como afección *crónica.*

De Bleuler a nuestros días, muchisimos trabajos se han dedicado en Alemania a la psicogenia de las psicosis paranoicas. Llamemos la atención sobre el hecho de que, desde el origen, los autores alemanes han reconocido siempre en los delirantes una gran diversidad en cuanto a las disposiciones del carácter. Zichen había descrito una paranoia de los neurasténicos. Tiling clasifica según tres tipos diferentes las disposiciones de carácter anteriores al delirio.

Entre ellos, ciertos autores han puesto especialmente de relieve la predisposición al delirio que Janet había descubierto en los psicasténicos. Además, esos autores les dan a estos delirios una evolución relativamente buena y los consideran curables.

Tenemos que insistir sobre los casos así descritos, que ulteriormente han venido a colocarse en el primerisimo plano de la clínica y de la doctrina psiquiátrica en Alemania.

Tenemos que considerar, además, el problema nosológico planteado por la evolución curable.

Ya en 1905, Friedmann llama la atención sobre cierto número de casos con los que él constituye un subgrupo de la paranoia de Kraepelin. En estos casos, el delirio aparece muy claramente como reacción a una vivencia determinada, y la evolución es relativamente favorable. P,1 los designa con el nombre de *paranoia benigna,* e indica tres rasgos de carácter propios de tales sujetos: son "sensitivos, tenaces, exaltado?.

En 1909, Gaupp da el nombre de "paranoia abortiva" a ciertos delirios de persecución que, en los mejores casos, pueden sanar; y la descripción magistral se que de ellos da nos muestra la evolución de un delirio paranoico sobre un terreno típicamente psicasténico.

Se trata -escribe- de hombres instruidos, cuya edad está entre los 25 y los 45 años, que se han mostrado durante toda la vida de humor benévolo, modestos, poco seguros de sí mismos, un tanto ansiosos, muy concienzudos, escrupulosos incluso, hombres, en una palabra, que por toda su manera de ser se nos muestran emparentados con los enfermos que sufren de obsesiones Naturalezas reflexivas, inclinadas a la autocrítica, seres sin ninguna sobrestimación de sí mismos, sin humor combativo. En ellos se instala de una manera completamente insidiosa, sobre la base de una asociación especifica mórbida, y, por lo que toca a la mayoría de los casos, en un vínculo temporal más o menos estrecho con una vivencia de fuerte carga afectiva, un sentimiento de inquietud ansiosa con ideas de persecución; junto con esto se da en ellos cierta conciencia de la enfermedad psíquica; se quejan de síntomas psicasténicos. Estos seres, cuya naturaleza es moralmente delicada, se ponen a pensar, por principio de cuentas, si sus enemigos no tendrán efectivamente razón al pensar mal de ellos, si incluso ellos mismos, por su conducta, no habrán dado ocasión para una crítica maligna o para una intervención de la policía, o hasta para un juicio en los tribunales.

Pero no se manifiesta ningún estado melancólico, ningún delirio de autoacusación; aparecen, por el contrario, ideas de persecución de un significado cada vez más y más preciso, coherentes, bien fundadas lógicamente, y que van orientadas contra personas o contra determinados organismos profesionales (la policía, etc.). El delirio de relación no se extiende a todo el círculo que rodea al enfermo; así, por ejemplo, el médico mismo nunca será incluido en la formación delirante durante una permanencia de varios meses en la clínica; el enfermo, por el contrario, experimenta cierta necesidad del médico, porque la seguridad de que ningún peligro lo amenaza y de que en la clínica le están garantizadas la ayuda y la protección actúa algunas veces sobre él de manera apaciguadora. Una charla seria con el médico puede aliviarlo durante cierto tiempo, pero seguramente no en forma duradera. Hacen a veces algunas concesiones, y admiten que se trata de una desconfianza patológica, de una asociación particular mórbida; pero nuevas percepciones en el sentido del delirio de interpretación aportan entonces precisamente un nuevo material al sistema de persecución. Con el progreso de la afección ansiosa, teñida de desconfianza, que evoluciona a lo largo de grandes oscilaciones, las ideas de persecución se van haciendo más precisas, y ocasionales ilusiones sensoriales refuerzan el sentimiento de su realidad. En momentos más tranquilos se muestra cierta lucidez sobre las ideas de persecución anteriores: "Evidentemente, eso es entonces algo que he imaginado"; así prosigue la enfermedad durante años, cediendo unas veces, exacerbándose otras; subsiste siempre el fondo de humor de pusilanimidad ansiosa, y el enfermo está dominado por esta reflexión: "¿Qué he hecho para merecer esas señales de hostilidad?" Si alguna vez llega a rebelarse contra esa tortura perdurable, o incluso a defenderse contra la agresión delirante, es sólo de manera pasajera.

Nunca hay en estos enfermos actitudes altivas ni orgullo, nunca hay ideas de grandeza, elaboración enteramente lógica de las ideas mórbidas de relación, ninguna huella de debilidad mental, sino, al contrario, una conducta del todo natural. Los enfermos que vienen libremente a la. clínica y que salen de ella cuando bien les parece tienen hasta el fin toda su confianza en el médico, y se complacen en regresar para consultarlo cuando, en la práctica de su profesión, se sienten de nuevo más perseguidos e importunados. Vienen entonces con esta pregunta: "¿Es posible que esto no sea realmente más que cosa de la imaginación?" Lo más frecuente es que no se observe ninguna progresión clara de la enfermedad, aunque esto no siempre sea así. En uno de los casos observados, las asociaciones mórbidas típicas existen desde hace doce años, y sin embargo no ha llegado a constituirse ningún sistema delirante rígido; se trata más bien de ideas de persecución que varían en su fuerza; con todo eso, el enfermo es capaz de desempeñar la profesión en que está ocupado. En períodos relativamente buenos no deja de hacerse sentir una semiconciencia de la

enfermedad; la idea prevalente no domina al sujeto en su totalidad, o sea en la medida en que lo hace en el delirio de reivindicación. En todos los casos, la disposición depresiva escrupulosa existía desde siempre. Así, pues, se trata de un cuadro delirante caracterógeno, que en cierta forma viene a ser el paralelo del cuadro delirante caracterógeno, coloreado de manía, de buen número de querulantes.

Gracias a la introducción de esos casos se amplia el marco de la paranoia, como se ensancha también el campo que se ofrece al estudio de sus mecanismos. Muchos de esos casos de evolución benigna, remitente o incluso curable, ni siquiera son tratadoweri un asilo, sino que son bien conocidos en los consultorios particulares.

Pero la cuestión que se plantea es la de si esos casos se deben o no admitir en el marco kraepeliniano.

Es preciso observar, en primer lugar, que Kraepelin mismo, en su edición de 1915, admite casos curables en el cuadro por él descrito.

En principio -escribe- está fuera de discusión la posibilidad de que la evolución de esta enfermedad, en un caso dado, no prosiga más allá del período premonitorio, en el cual el cuadro delirante todavía está oscilando.

Y más adelante:

No se puede oponer ninguna objeción fundamental a la, producción de una paranoia benigna, psicógena, con camino abierto hacia la curación. Lo único que decimos es que en estos casos debería admitirse la, persistencia de una paranoia *latente,* la cual no conduce al delirio bajo todas las coyunturas, sino únicamente en ciertas ocasiones particulares; se comprende así que el delirio regrese a un estado de serenidad cuando la ocasión ha quedado liquidada o cuando sus efectos se han visto compensados. Cualquier otro acontecimiento vital podría entonces, ulteriormente, desencadenar la enfermedad de manera. análoga. Así, lo que se nos ofrece es más bien una tendencia duradera del delirio, con etapas delirantes aisladas, y no se trata, como en la paranoia expresada, de un trastorno, inexorable en su progreso, del conjunto de puntos de vista sobre las cosas según una orientación delirante determinada.

Por lo demás, estos casos benignos tienen, por una parte, manifestaciones duraderas, y por otra parte una evolución suficientemente pura de todo elemento confusional, de toda variación ciclotímica, una etiología suficientemente desnuda de toda aportación tóxica o infecciosa, de toda determinación endócrina o involutiva, de manera que su existencia no impide que se plantee de nuevo la cuestión de la paranoia aguda. Es sabido, en efecto, que Kraepelin le niega toda autonomía a esta entidad, y que los casos que otros clasifican como tales los tiene él como formas delirantes puramente sintomáticas.

Independientemente de las opiniones kraepelinianas, conocemos ahora las particularidades de la evolución de la paranoia crónica, de sus oscilaciones sintomáticas iniciales, de los empujones sucesivos que se producen todavía en su período de estado, de su normal culminación en una forma residual, y finalmente, y sobre todo, de sus posibilidades de atenuación, de adaptación y de desarme; y todos estos hechos nos quitan por completo la repugnancia a asimilares los casos llamados abortivos o curables, puesto que en éstos observamos la misma etiología, los mismos modos de aparición, los mismos síntomas y la misma estructura.

En un estudio notable publicado en 1924, Lange hace una especie de repaso general de los casos clínicos presentados después de Kraepelin bajo el encabezado de paranoia. el mismo aporta el formidable material clínico del asilo de Municli-Schwabing. Este material comprende nada menos que noventa y un casos. En su conclusión sostiene que la paranoia crónica tipo Kraepelin es sumamente rara y que es legitimo asimilar al grupo kraepeliniano los casos llamados curables. Admite, en otras palabras, la unidad nosológica del conjunto así constituido. Y esto no solamente por el examen de las observaciones mismas, sino también después de un estudio esta-distico de las correlaciones entre las evoluciones diversas por una parte, y por otra parte los contenidos delirantes, los acontecimientos determinantes, las diferencias caracterológicas, los coeficientes orgá-nicos y las concomitancias psicopatológicas. Y concluye:

Una mirada de conjunto a estas correlaciones nos permite responder con un sí limpio de reservas a la pregunta de si las formas evolutivas particulares pueden ser consideradas bajo un ángulo común...

En ningún lugar, en efecto, podemos trazar una delimitación clara entre estas formas, ni desde el punto de vista clínico y descriptivo, ni tratando de distinguir formas evolutivas particulares a base del contenido delirante, ni a partir de las experiencias determinantes *(Erlebnis),* como tampoco de acuerdo con la estructura. del carácter... o por cualquier otro dato más contingente.

Una vez precisados los anteriores puntos de nosografía, prosigamos nuestro estudio de la evolución de las teorías psicógenas de estas *psicosis en la escuela alemana.

Hemos visto ya el valor caracterógeno de la concepción de Gaupp. Independientemente de lo que haya que pensar de ese término vamos a ver cómo la concepción bleuleriana del mecanismo reacciona de la psicosis prevalece en Kretschmer en el estudio de esas psicosis de los psicasténicos, y cómo relega a segundo plano todos los factores de predisposición caracterológica.

Entre los delirios paranoicos, Kretschmer se propone aislar un grupo absolutamente caracterizado por sus causas, su forma y su evolución". A este grupo le da el nombre de *sensitive Bez¡ehungs-wahn,* término que podría traducirse como *"delirio de relación de los sensitivos".*

Su análisis no se refiere más que a una variedad clínica de la paranoia, pero él lo considera como un modelo válido para otras formas, cuyos marcos indica.

Estudiemos, pues, con Kretschmer, el delirio de relación de los sensitivos.

Nuestro autor no deja de admitir una base biológica para esa psicosis. Por ejemplo, llama la atención sobre la herencia psicopática de los sujetos observados, una herencia siempre cargada, y la disposición congénita a presentar síntomas de agotamiento nervioso debidos ya sea al trabajo, ya a estados afectivos. Pero toda la manifestación clínica del delirio, así como sus *causas, sus síntomas y su evolución,* quedan suspendidos de determinaciones puramente psicógenas. Es eso lo que demuestra Kretschmer.

En las causas determinantes del delirio, Kretschmer distingue tres elementos: el *carácter,* la *vivencia* y el *medio* (social).

El carácter responde al tipo designado por Kretschmer con el término *sensitivo;* de él toma su nombre el delirio descrito.

El carácter sensitivo, nos dice Kretschmer, no tiene nada de un estado innato y fijo, de un estado constitucional: es una disposición adquirida a lo largo de la evolución, y en la que tienen el papel principal ciertos traumas afectivos determinantes.

Son los datos psiquiátricos los que han permitido definir este carácter entre cuatro tipos caracterológicos homólogos. Los otros tres tipos son:

1] El *carácter primitivo,* que presenta reacciones primarias, de corto circuito, y en el cual la afectividad se libera en actos impulsivos. En él se incluyen gran número de "degenerados perversos".

2] El *carácter expansivo* que, entre otros rasgos, se distingue por su reacción explosiva a cierta acumulación de la carga afectiva. Es, en cierta forma, la imagen inversa del sensitivo.

3] El *carácter asténico puro* que, si se quiere, es al sensitivo lo que el primitivo es al expansivo, y que se distingue por una atonía reaccional completa.

Observemos que estos tipos son definidos, no a partir de reacciones elementales a estimulaciones experimentales, sino a partir de reacciones psíquicas totales a las vivencias, o sea a los acontecimientos vividos *(Erlebriís)* en todo su alcance vital y en todo su valor significativo.

De la misma manera, el tipo sensitivo que nos ocupa es definido a partir de reacciones propias frente a acontecimientos de fuerte carga afectiva: esta reacción en el orden del comportamiento se distingue por una *falta de conducción* que detiene la descarga por la acción; a esta detención corresponde la *contención (Verhaltung)* en la conciencia de ¡as representaciones correspondientes. Esta *contención'* no es sino una exageración de la función de *retención (Retention)* de los complejos ideo-afectivos en la conciencia. La representación del acontecimiento y el estado afectivo desagradable que con ella va ligado tienden a reproducirse indefinidamente *en la conciencia.* Este modo reaccional de la *contención* es, as¡, todo lo contrario de la "represión" *(refoulement)* que en la histeria, por ejemplo, relega al inconsciente el "recuerdo" penoso.

Mientras que en la neurosis obsesional Janet ve ante todo *mecanismos* fundados en insuficiencias fisiológicas, Kretschmer reconoce en ella un *desarrollo,* determinado por los acontecimientos de la vida, principalmente por aquellos que tienen un alcance ético, acontecimientos de la vida sexual o de la vida profesional. Su influencia es la que hace que el sujeto forme su tipo de reacción personal; que, por ejemplo, de la reacción trivial de la ansiedad [107] pase a la representación obsesiva, y finalmente, por una especie de sensibilización a los choques triviales, a la neurosis obsesional. La representación consciente del trauma inicial se trasforma en representaciones parasitarias que le han estado asociadas, pero que no tienen ya ningún vínculo significativo con ella. Es ése el mecanismo de la *inversión.* Kretschmer aduce en apoyo de su teoría algunos casos de obsesiones hipocondríacas, los cuales legitiman su conclusión de que a menudo es menor la distancia entre obsesión y delirio que entre un delirio y otro.

Estos mecanismos representativos son los que dominan en los tipos obsesivos. En los delirantes sensitivos prevalecerán, por el contrario, las insuficiencias afectivas y activas, no presentadas por los primeros sino en esbozo.

En efecto, si los estados afectivos se clasifican en *esténicos y asténicos* según su intensidad, su duración y su capacidad de exteriorización, en los sensitivos se puede comprobar una curiosa mezcla de tendencias esténicas (intensidad de los sentimientos interiorizados) y asténicas (dificultad de exteriorización, falta de conducción, retención y contención). Estas últimas son las que dominan, pero al precio de una viva tensión producida por la sobrestimación esténica de los fracasos, de orden ético. Esta *tensión* es la que constituye el factor psicológico determinante en los delirantes sensitivos, los cuales, en suma, están completamente subyugados por las tensiones sociales y éticas, en las que hemos visto un componente esencial de la personalidad.

El conflicto central, en estos sujetos, está formado en efecto por el sentimiento que experimentan de su inferioridad en el orden ético, sentimiento que viene a ser reavivado por cada fracaso vital y que es reanimado sin cesar en la conciencia por la *contención.* De ello resulta una exaltación puramente reaccional del amor propio, completamente distinta de la exaltación primaria del amor propio en el sujeto esténico.

Así, pues, el sensitivo se distingue del expansivo por la inferioridad considerable de su fuerza psíquica y por el conflicto interno que de ahí resulta a causa de sus predilecciones éticas; esta estructura "se comprende por si sola", dice Kretschmer, que recurre así directamente a las *relaciones de comprensión.*

En la pintura que Kretschmer hace de estos sujetos de tipo sensitivo vemos que les da, por una parte, "una extraordinaria impresionabilidad, una sensibilidad sumamente accesible y vulnerable, pero también, por otra parte, cierta dosis consciente de ambición y de tenacidad. Los representantes acabados de este tipo son personalidades complicadas, muy inteligentes, de valor muy alto, hombres de sensibilidad fina y profunda, de una ética escrupulosa, y que en las cosas del corazón son de una delicadeza excesiva y de un ardor completamente interiorizado; son víctimas predestinadas de todas las durezas de la vida. Mantienen en si mismos profundamente encerradas la constancia y la tensión de sus sentimientos. Poseen capacidades refinadas de introspección y de autocrítica. Son muy susceptibles y tercos, pero, al mismo tiempo, particularmente capaces también de amor y de confianza. Se tienen a si mismos en un justo aprecio, y sin embargo son tímidos y están llenos de inseguridad cuando se trata de producir algo suyo; vueltos hacia sí mismos y sin embargo abiertos y filántropos, modestos pero de una voluntad ambiciosa, poseen, por lo demás, altas virtudes sociales.

Lo que se desprende muy claramente de esta descripción es que el carácter sensitivo no puede considerarse como una disposición constitucional o afectiva simple, sino que representa una personalidad en toda su complejidad. Si nos hemos detenido algún tanto en este punto, es porque queríamos llamar la atención sobre él.

El segundo elemento descrito por Kretschmer en la etiología de la psicosis es un determinado *acontecimiento:* un acontecimiento esencialmente caracterizado por el modo como es vivido, porque es eso lo que expresa directamente el término alemán *Erlebnís* ("vivencia") que se opone a *Ceschelinis.* La vivencia, la experiencia original que determina la psicosis, es aquella que le revela al sujeto "su propia insuficiencia", aquella que "lo humilla en el plano ético". El sentimiento del fracaso moral conduce al sensitivo, con su falta absoluta de egoísmo robusto, con su profundidad y su delicadeza, con su vida interior concienzuda, a un conflicto consigo mismo, y lo arrastra inexorablemente a luchas interiores que van cada vez más lejos, y que son tan secretas como inútiles.

Bajo la influencia del regreso obsesivo de la serie de representaciones reprimidas, se crea una tensión sentimental que llega hasta la desesperación; este estado culmina en una reacción crítica, en la cual la experiencia primaria se cristaliza. en un *delirio de relación* que representa manifiestamente el calco exterior del desprecio interior de sí mismo. La interacción entre el carácter y la vivencia representa en el delirio de relación sensitivo la causa esencial de la enfermedad.

Entre los hechos capaces de provocar una experiencia como la descrita, Kretschmer sitúa en primer plano los conflictos éticos de orden sexual (conflictos de conciencia de los masturbadores; amor tardío de las solteronas; caída en una perversión contra la cual se combate). Pero estos conflictos no tienen un papel exclusivo: en ciertos casos, por ejemplo, son los fracasos profesionales los que desempeñan el papel determinante.

El tercer factor etiológico es el *medio* social. El medio actúa sobre la manifestación de la enfermedad "según una fórmula única: tensión del amor propio en una situación oprimente". Tal es, por ejemplo, según Kretschmer, la situación de las jóvenes solteras que tienen una actividad profesional" de "las solteronas provincianas a la moda antigua", de 'los autodidactos ambiciosos de extracción proletaria". La situación más típica es 'la situación social y espiritual, tan ambigua, del maestro de escuela, fértil en pretensiones y que sin embargo no recibe ninguna consagración, situada en un plano superior y sin embargo no bien asegurada, a causa de una formación espiritual incompleta".

Kretschmer termina este examen de la *etiología* de la psicosis concluyendo que el delirio tiene su origen en "la acción acumulativa de vivencias típicas sobre una disposición de carácter típico, con la añadidura frecuente de una constelación social típica". Y agrega: "Cuando, estos tres factores psicológicos han acarreado una *contención* mórbida, entonces el factor biológico del agotamiento (véase supra) ofrece un concomitante esencial para la manifestación de la enfermedad, del mismo modo que, a la inversa, el estado de fatiga neurasténico puede facilitar en primer lugar la aparición de *contención* en los caracteres sensitivos!"

Acabamos de ver los tres factores psicológicos que dominan la etiología. Pasemos al estudio de los síntomas.

Sobre la semíología, Kretschíner escribe:

El núcleo del cuadro mórbido es un delirio de relación concéntrico, fundado sobre una base afectiva que presenta todos los grados, de la inseguridad humillante a la. autoacusación, experimentada hasta la desesperación. Toda la semiología se concentra en tres motivos:

1] El contenido representativo y el estado afectivo están absolutamente centrados, durante el período de estado de la enfermedad, en torno a la experiencia patógena;

2] Los síntomas de la psicosis sensitiva representan el efecto exaltado de las propiedades del carácter sensitivo;

3] El cuadro mórbido suele estar coloreado de síntomas de agotamiento.

Veamos cómo desarrolla Kretschmer esos tres puntos

1] "La experiencia decisiva, con la situación vital que subyace a ella, lo es simplemente todo. Si la quitamos, la enfermedad quedará reducida a nada. Con su repetición en la obsesión, la vivencia constituye el objeto siempre nuevo de los remordimientos represivos, de los miedos hipocondríacos..., de los accesos de ansiedad y de desesperación, de los vanos esfuerzos de la voluntad; es ella la fuente del humor y la meta de los pensamientos; todas las ideas de perjuicio y de inquisición por parte de la familia y de los camaradas, del público y de los periódicos, todas las angustias de persecución provocadas por la policía y la justicia, proceden de ese acontecimiento inicial y a él vuelven."

2] Todos los rasgos de la personalidad sensitiva reaparecen, exagerados, en el delirio, y explican los contenidos mismos del delirio, las oscilaciones de la convicción (vaivenes entre la representación obsesiva y la convicción delirante), la intensidad afectiva de los paroxismos, la ausencia ordinaria de reacciones agresivas, su carácter únicamente defensivo en los casos puros, el acento hipocondríaco del cuadro, la amargura que se experimenta a causa de la propia inutilidad, el esfuerzo hacia el restablecimiento y la confianza con que se acude al médico.

En el desarrollo de estos síntomas entran en juego los mismos mecanismos de contención y de inversión que Kretschmer describe como propios del neurótico, pero, al paso que en el neurótico el proceso de la inversión hace que se forme en la consciencia un complejo representativo que no está sino asociado con el complejo del trauma inicial y que es sentido como algo parasitario, en el caso del psicótico ese mismo mecanismo, al proyectar sobre el mundo exterior un complejo de formación análoga, lleva a cabo contra el sentimiento de insuficiencia ética una defensa "superior, con mucho, a la primera".

3] El estado nervioso de agotamiento psíquico, finalmente, da al cuadro, siempre según nuestro autor, "un giro completamente distinto de la instalación pura y simple en la enfermedad, que es lo que se observa en el parafrénico. . ., y distinta, sobre todo, de esa derrota representada al cabo de una semi-lucha, que luce irónicamente a través de las psicosis más complicadas de los histéricos. Refleja el estado de seres humanos que, a menudo durante años, han mantenido en el extremo de la tensión sus débiles fuerzas para atormentarse a sí mismos con sus conflictos. Lo que de allí resulta no es solamente la acentuación dominante de los síntomas corporales neurasténicos que introducen la psicosis y la acompañan, ni la fatiga del cuerpo y las resistencias que manifiestan con una rapidez cada vez mayor en la ejecución de los trabajos profesionales, ni el profundo sentimiento de insuficiencia, sino, además, esos estados intermitentes de inquietud y de incapacidad para concentrarse, el aire de sufrimiento traicionado por la mímica, la habilidad lacrimosa de los sentimientos y las alternancias características entre la hiperexcitabilidad y el relajamiento profundo y apático".

El delirio de relación sistemático, con conservación de la lógica y de la reflexión, no es descrito por Kretschmer más que como la forma sintomática más frecuente, si no la más típica, de la relación delirante del sensitivo. El autor llama la atención "sobre la masa enorme de las ideas de relación, que son de una abundancia sin otro ejemplo, y sobre la delicadeza de sus ramificaciones, sobre el espíritu de combinación que nunca se harta de construir las correspondencias más ingeniosas a propósito de conversaciones de la más cotidiana trivialidad, de artículos de periódico, de la profesión y de los ires y venires de los vecinos, de un roce de ropa, de una puerta que se abre, de un ruido de la calefacción, etc."

Pero, al lado de esta forma típica, el autor distingue otras tres formas de psicosis sensitivas. La primera de ellas es la confusión aguda sensitiva (akuter dissoziativer Walinsinn), que aparece como una etapa crítica de corta duración y responde a los casos más graves de la psicosis sensitiva. Este Wahnsinn agudo se manifiesta por esbozos ' de disociación psíquica, "es decir, por síntomas intelectuales emparentados con la catatonia y con la esquizofrenia, como por ejemplo sentimientos de influencia, de acción a distancia, de transmisión del pensamiento y de extrañeza, por un relajamiento de las asociaciones, y por tendencias a pasar al delirio de grandeza". El diagnóstico puede ser difícil si hay un acceso evolutivo esquizofrénico verdadero.

Las otras dos formas son la racha *delirante* emparentada con el tipo neurótico obsesional *(sprunghafte W*ahnbiidung nach Art einer Zwangsneurose), que se caracteriza por su fugacidad y sus reincidencias, y por último la neurosis de situación que abarca todos aquellos estados "en que el valor de realidad concedido a las ideas de relación permanece más acá de los limites asignados a la psicosis. Estos estados son, en suma, las formas atenuadas del delirio, frecuentes en las formas más ligeras (por ejemplo en el grupo del llamado delirio de los masturbadores), y sobre todo en las secuelas secundarias que suele dejar el delirio.

Estos mismos tres factores, determinados por la etiología y por los síntomas, son los tres con que nos vamos a encontrar de nuevo en el estudio de la evolución.

La evolución, dice Kretschmer, confirma la psicogenia de la enfermedad. "Esta evolución es relativamente favorable!' Las psicosis ligeras no suelen caer en las manos del médico de asilo, sino en las del médico de consultorio particular. Tratadas por él en tiempo oportuno, tienen que desaparecer completamente, dejando una corrección completa del delirio.

De ciertas formas, como el delirio de los masturbadores ~121 incluso después de manifestaciones graves, parece que puede decirse que son completamente curables.

En los casos que están a medio camino, "la concepción delirante pasa al segundo plano sin que aparezca, no obstante, la consciencia de la enfermedad"

Por último, incluso en las psicosis sensitivas que han mostrado manifestaciones graves de confusión aguda, no hay que desesperar, y tres casos de esa índole, observados por Kretschmer, han culminado, después de una evolución que ha durado de tres a seis años más ' o menos, en una neurosis de situación, resultado que se puede considerar como favorable, si se compara la gravedad de los síntomas con el estado actual, que ha permitido la reanudación de la actividad profesional. Parece, sin embargo, que el delirio puede tener una reincidencia en el terreno de la neurosis.

El comienzo de la evolución es mucho más nítido de lo que da a entender la noción de insidiosidad en la que insisten las descripciones clásicas de Kraepelin y de Gaupp.

Un punto notable está constituido por la viva reactividad psicológica de la enfermedad; ciertos estados afectivos normales en si mismos están menos sometidos que la psicosis a la influencia de las constelaciones exteriores: cambio de domicilio, cambio del lugar en que se trabaja, regreso a ciertos medios sociales críticos. En los casos graves sobre todo se manifiestan oscilaciones de la curva semiológica. En los casos ligeros se distingue mejor una dominante depresiva.

Como puede verse, la evolución no tiene nada de esquemático: curaciones rápidas, reacciones agudas evolución prolongada durante muchos años con curación relativa, evolución con reincidencias motivadas por ocasiones absolutamente determinadas, o bien oscilaciones que se extienden a lo largo de años en la frontera entre el brote delirante y su base neurótica.

Es posible, sin embargo, indicar para el delirio de relación sensitivo "tres rasgos característicos":

1] la vivacidad de su reactividad psicológica en todos los estadios de la enfermedad;
2] su tendencia a la curación en los casos puros y ligeros;
3] la completa conservación de la pertonalidad, incluso en los casos graves.

Si hemos dedicado un espacio tan amplio a esta descripción, es porque nos parece una de las expresiones más elaboradas del. punto de vista que exponemos en el presente capítulo, a saber: la paranoia considerada como *reacción de una personalidad y como momento de su desarrollo.*

Estos tres factores, carácter, vivencia y medio, que determinan la etiología, los síntomas y la evolución, deberán ahora relacionarse con los tres términos de la definición que hemos dado de los fenómenos de la personalidad. Encontramos

1] En la determinación de la enfermedad, un carácter que es concebido esencialmente como un momento del *desarrollo típico y comprensible* de una personalidad; la evolución del delirio no aporta al cuadro ninguna discontinuidad psicológica fundamental.

2] En la determinación de la enfermedad encontramos una experiencia vivida ("vivencia") constituida por *actitudes vitales* asténicas y por la proyección sobre el plano de los valores éticos *(progresodialéctico)* del sentimiento de insuficiencia concomitante. Este proceso ideo-afectivo se manifiesta en los fenómenos de represión y de inversión que constituyen el cuerpo de los síntomas; estos fenómenos son, esencialmente, una hipertrofia y una atipia de las *imágenes ideales* del yo en la consciencia; la evolución típica no muestra fenómenos de despersonalización.

3] En las causas determinantes, encontramos finalmente la influencia del medio, traducida por esa *tensión de las relaciones sociales* que es característica de los fenómenos de la personalidad; la apreciación ética de la lucha por la vida *(autonomía de la conducta) y los* instintos éticos primarios manifestados en la afectividad (hechos de *participación)* desempeñan un papel decisivo en la formación del carácter, en la manifestación de los síntomas y en su organización. El mecanismo de la inversión entra en juego en el registro de esta tensión social. Por último, la evolución reacciona en el más alto grado a las modificaciones de esa tensión.

La concepción kretschmeriana de la psicosis es, pues, enteramente psicógena. Vemos, es verdad, que en ella intervienen ciertos factores puramente. biológicos, pero esto sólo a causa de su influencia sobre el carácter, que lo es todo en la reacción delirante. En esta concepción, manifestación del mal, síntomas y evolución están esencialmente determinados por el conjunto de los factores (historia, medio) que han concurrido a la formación de la personalidad, y también por la estructura misma de esta personalidad en un momento dado.

Por esa razón, Kretschmer no se muestra de ninguna manera preocupado, en sus consideraciones doctrinales, por no haber descrito más que un tipo particular de psicosis paranoica. No ha querido, en efecto, como él mismo nos lo dice, demostrar otra cosa sino que "cuanto más sensitivo es un carácter, tanto más específicamente reaccionará, en dado caso, a un complejo de culpabilidad por un delirio de relación *de estructura fina.*

Es esa mismo lo que Lange expresa al decir que, en los mecanismos sensitivos, se trata de leyes psicológicas comunes que "en los caracteres sensitivos operan con mayor frecuencia que en los demás".

En los otros tipos de reacciones paranoicas, Kretschmer esboza la demostración de que todas sus particularidades se explican de manera análoga, a partir de una evolución caracterológica diferente. Entre ellos está el *delirio de combate* (identificable en parte con el delirio de reivindicación), que se desarrolla sobre el fundamento de la personalidad expansiva. En forma parecida, los *delirios imaginativos llamados de los degenerados,* para cuya nosología se remite Kretschmer a la doctrina de Bimbaum, se manifiestan sobre el fondo de las personalidades llamadas primitivas (entre las cuales se cuentan los impulsivos, los amorales, etc.). En efecto, al contrario de lo que es la estructura ética del delirio de relación sensitivo, estos delirios imaginativos fugaces, que Kretschmer compara pintorescamente con 'las hojas que se desprenden en remolinos de un árbol mal enraizado" parecen ser ciertamente "los productos lábiles fantásticos, semi-lúcidos, de los deseos y de los miedos superficiales", en los cuales se manifiesta el carácter sin profundidad y sin coherencia que se ha desarrollado en los degenerados cualquiera que sea la concepción que uno se haga del fondo biológico de este tipo.

Entre esos tipos de personalidad hay formas intermedias en las cuales indica Kretschmer el camino de la investigación, por ejemplo ese tipo caracterológico de la *intrigante refinada,* intermedio entre tipo primitivo y tipo expansivo, en el que Kretschmer reconoce aquello que a veces se designa con el nombre de carácter histérico. Ofrece también una forma especial de reacción paranoica para la cual indica Kretschmer ejemplos en la literatura.

De la misma manera, un tipo a medio camino entre el primitivo y el sensitivo es realizado por la racha delirante de *manifestaciones* graves, de estructura sensitiva fina, seguida de una curación total, controlada por una larga catamnesia, del famoso caso del doctor Kluge.

Señalemos, por último, las relaciones estrechas que existen entre el tipo sensitivo y el tipo expansivo, bajo la forma de una proporción tan exactamente inversa de las tendencias esténica y asténica, que el uno parece la imagen en espejo del otro.

Bajo la influencia de la reactivación esténica propia del delirio, se puede ver cómo el tipo sensitivo suele invertirse momentáneamente y actuar como el expansivo. Tal es la explicación que da Kretschmer del caso (discutido por toda la psiquiatría alemana) del pastor Wagner.

Las indicaciones de Kretschmer sobre esas otras formas de la paranoia no pretenden ser exhaustivas. No hacen más que abrir el campo para investigaciones ulteriores. Dejan pendiente, por ejemplo, el problema del tipo caracterológico correspondiente a la forma de delirio que es el centro de la descripción kraepeliniana, y que se puede designar con el nombre de delirio de deseos (Wunschparanoia). Sin embargo, Kretschmer se confiesa, y con toda razón, en la línea de desarrollo del pensamiento kraepeliniano.

Por diferente que sea de la doctrina constitucionalista, la concepción kretschmeriana de la predisposición del carácter deja, sin embargo, una acción determinante (que puede parecer ambigua) al carácter anterior a la psicosis.

Este paso mismo ha quedado franqueado en las investigaciones de Kehrer, que se orientan más francamente aún en el sentido indicado por Bleuler. Kehrer avanza en el camino preparado por la luminosa demostración kretschmeriana de la relatividad entre el carácter y las vivencias. Deja atrás muy claramente la concepción del *sensitiver Beziehungswahn* demostrando que, para la comprensión de la génesis de la paranoia, la diferenciación típica del carácter no importa tanto como la *reacción de comportamiento* especifica de los conflictos vitales típicos.

Los mencionados trabajos de Kehrer, contienen observaciones que se distinguen, como dice Lange, "por la minucia inigualable de la investigación en tomo a la historia del enfermo, y por el rigor con que, en el curso de esta historia, sabe el autor poner de relieve los puntos patotrópicos".

He aquí cómo concluye la última observación publicada por él a este respecto (caso Else Boss):

Gracias a la observación de todo el conjunto de la personalidad, observación realizada con el máximo de uniformidad que nos ha sido dado alcanzar, hemos llegado en nuestro caso a una plena comprensión del nacimiento, de la estructura y del cuadro mórbido, [lo cual quiere decir] que, gracias a ese conocimiento de la estructura psíquica de la personalidad de que se trata, tal como se expresa en el psicograma completo, hemos podido imprimir las marcas de la mayor verosimilitud a la siguiente conclusión: que, de todas las *reacciones* psíquicas que ofrece a nuestro conocimiento la vida de las personas sanas y de las enfermas, las reacciones que han aparecido son exactamente las que se hubieran previsto.

La conclusión de esta serie de trabajos se expresa en una fórmula debida a Bleuler, suscrita por Kretschmer, y que Kehrer lleva a su máximo de eficiencia: "No hay paranoia, sólo hay paranoicos."

A veces, en efecto, se manifiesta un parentesco mucho más grande entre el delirio y una reacción psicopática que figura como muy alejada de él en la nosografía actual (delirio y neurosis de relación, por ejemplo) que entre dos tipos vecinos de delirio (delirio de relación y delirio de reivindicación, por ejemplo).

Tal es la conclusión, muy distinta de las tesis constitucionalistas, a la que ahora nos es preciso oponer las objeciones de otros observadores, antes de alertar por último a este problema las conclusiones de nuestra propia observación.

Señalamos, para terminar, el hecho de que esos progresos han sido posibles en Alemania gracias a la genial penetración clínica de un Bleuler, pero también gracias al celo de toda una generación de trabajadores que se ha empeñado en dar de estas psicosis observaciones precisas y completas, en las cuales se registran no sólo los síntomas del delirio en vista de un diagnóstico y de una clasificación cuyo valor queda sujeto a reservas, sino la vida toda del enfermo. Por nuestra parte, trataremos de que nuestra contribución no sea indigna de esos trabajos.



3. Concepciones de la psicosis paranoica como determinada por un proceso orgánico

En el capitulo anterior mostramos hasta dónde han avanzado las concepciones de eminentes autores en su---esfuerzo por reducir las psicosis paranoicas a reacciones de la personalidad. Estas reacciones se caracterizan por su inserción en un desarrollo psicológicamente *comprensible,* por su dependencia de la *concepción* de, si mismo que tiene el sujeto y de la *tensión* propia de sus relaciones con él medio social, Al precisar los términos de tal definición, lo único que hemos pretendido es destacar los puntos en que hay unanimidad entre los distintos autores acerca de los rasgos propios de los fenómenos *psicógenos.*

Estas investigaciones psicogénicas acerca de las psicosis paranoicas, independientemente de sus éxitos, son fecundas desde más de un punto de vista.

En primer lugar nos induce a no olvidar el valor propio de los síntomas de la psicosis. Porque un delirio no es un objeto de la misma naturaleza que una lesión física, que un punto doloroso o que un trastorno motor. Traduce un trastorno electivo de ' los comportamientos más elevados del enfermo: de sus actitudes mentales, de sus juicios, de su conducta en sociedad. Más aún: el delirio no expresa este trastorno directamente: lo significa a través de un simbolismo social. Este simbolismo no es unívoco, y tiene que ser interpretado.

En efecto, por muy sobre aviso que estemos en cuanto a los errores propios del interrogatorio, siempre nos toparemos en él con obstáculos intrínsecos. Estos consisten en que, para expresar la convicción delirante, síntoma de su trastorno, el enfermo no puede servirles más que del lenguaje común y corriente, que no está hecho para el análisis de los matices mórbidos, sino sólo para el uso de las relaciones humanas normales. 0 sea que la convicción expresada sigue siendo problemática.

Por eso no es superfluo que nos informemos sobre el conjunto de la personalidad del enfermo. La concepción subyacente, que él *tiene de sí mismo* trasforma el valor del síntoma: una convicción

orgullosa, si se funda sobre una hiperestenia afectiva primitiva, no tiene el mismo valor que s traduce una defensa contra la obsesión de un fracaso o de una culpa; controlaremos asimismo los datos del lenguaje mediante el simbolismo más grosero, pero quizá más seguro, de los actos del enfermo, de sus reacciones sociales, donde aparecerán nuevas diferenciaciones capitales.

Así nos enseñaremos a juzgar la evolución de la psicosis, no a base de la mera persistencia de afirmaciones delirantes, más o menos solicitadas por el interrogatorio, sino a base de hechos- de. actitud práctica del enfermo, de adaptación de su conducta social y profesional. De ese modo la evolución hacia la atenuación, la adaptación e incluso la curación de la psicosis -hechos, en suma, reconocidos por todos los autores- vendrán a corregir la primera noción de la irreductibilidad del delirio.

Esta irreductibilad, más o menos duradera, más o menos profunda, se manifiesta sin embargo. No por ser relativa deja de ser menos cierta. La acción perturbadora que normalmente ejerce la afectividad sobre la aprehensión normal de lo real explica en parte la irreductibilidad del error. Aquí radica lo esencial de la psicogenia reaccional del delirio, tal como el análisis de casos concretos se lo ha revelado a observadores minuciosos. No obstante, vemos que en sujetos normales estas reacciones de la afectividad van seguidas de variaciones contrarias, las cuales atenúan y permiten corregir las ilusiones nacidas de las primeras.

Si, en cambio, se admite (con Bleuler) la *permanencia del conf*licto generador, la clínica nos hace saber que este conflicto está condicionado, las más de las veces, por las disposiciones íntimas del enfermo. En tal caso hay que recurrir (con ese autor) a una *estabilidad particular de la afectividad.* Quienes adopten cualquiera de estas dos explicaciones deberán sostener el reproche de elevar a la categoría de causa la simple transposición verbal de los hechos., No creemos, sin embargo, que sea una ganancia desdeñable el haber hecho retroceder lo más posible el *ultimum movens* mórbido, y demostrado sobre qué elemento conocido del funcionamiento psíquico es preciso situarlo.

Existen. ciertamente, factores orgánicos de la psicosis. Pero entonces nuestra obligación es precisarlos en toda la medida de nuestras fuerzas. Y si se nos dice que ésos son factores *constitucionales,lo* admitiremos de buena gana, con tal que no sea eso el pretexto para una satisfacción meramente verbal, y con tal que a la existencia de tales factores respondan, si no certidumbres biológicas actualmente difíciles de conseguir, por lo menos verosimilitudes clínicas.

Ahora bien: la sola exposición de las teorías que acabamos de resumir revela que semejante *constitución* está lejos de imponerse a todos los clínicos con señales unívocas. Por el contrario: allí donde esa concepción ha triunfado, parece haber acarreado una distorsión de los hechos más bien que un descubrimiento de hechos nuevos.

Es aquí donde se introduce la concepción de una génesis completamente distinta de la psicosis paranoica. Lejos de ser una reacción de la personalidad comprensible psicógenamente, la paranoia vendría a estar condicionada por un *proceso de naturaleza orgánica.* Este proceso es menos grave o menos aparente que los que se impone reconocer en la psicosis maniaco-depresiva, en la esquizofrenia o en las psicosis de origen tóxico. Pero es de la misma naturaleza. En todas estas psicosis el laboratorio ha revelado aliteraciones humorales o neurológicas, funcionales si no lesionales, que no por quedar insuficientemente aseguradas dejan de hacer lícito afirmar el predominio del determinismo orgánico del trastorno mental. Aunque falten tales datos en las psicosis paranoicas, su andadura clínica puede hacemos admitir su identidad de naturaleza con las psicosis orgánicas. Tal es la tesis de gran número de autores que se oponen a los partidarios de la psicogenia.

Esa tesis pretende estar fundada en el examen atento de la evolución clínica de la psicosis. Lejos de mostrarles a sus autores un desarrollo psicológico regular, lo que este examen les revela es que los momentos de la evolución en que se crea el delirio, los *puntos fecundos* de la psicosis, cabria decir, se manifiestan con trastornos clínicamente idénticos a los de las psicosis orgánicas, si bien es verdad que son más deleznables y más pasajeros.

Cuando se trata de precisar cuáles son esos trastornos característicos, las respuestas difieren con los autores. No obstante, el estado actual de la psiquiatría puede explicar la incertidumbre de estas respuestas, y no permite descartar la hipótesis que les es común, o sea la de un determinismo no psicógeno. Como, por otra parte, esta hipótesis puede basarse en principios heurísticos bien probados parece que al psiquiatra no le queda más que aceptarla como ley.

Expondremos, por principio de cuentas, las ideas de los autores franceses y alemanes que han querido reducir la psicosis paranoica a los mecanismos de uno de los grandes grupos de psicosis orgánicas, a saber: trastornos del humor, más o menos larvados, de la psicosis maniaco-depresiva; disociación mental, más o menos borrosa, de los estados paranoides y de la esquizofrenia; -determinismo, más o menos detectable, del delirio debido a estados tóxicos o infecciosos.

Después veremos cómo otros autores, ante la imposibilidad de reconocerle un valor constante a ninguno de estos mecanismos, se han contentado con poner de relieve aquello que en el análisis sistemático *resiste a todo comprensión* psicógena. Estas investigaciones han gravitado en Francia en tomo a la concepción del *automatismo psi*cológico, mientras que en---Alemania han culminado &¡'la formación de un concepto analitico: el de *proceso,* que ha sido creado muy especialmente para las investigaciones sobre las psicosis paranoicas. Estos dos conceptos, el de *automatismo y el* de *proceso,* se definen por su oposición a las *reacciones* de la personalidad.

Nosotros creemos, en resumidas cuentas, que las investigaciones psicógenas siguen conservando todo su valor. Si deben de hecho, como es probable, renunciar a penetrar un elemento orgánico irreductible, en todo caso habrán servido para determinar el punto de aparición de ese elemento, as como su papel y tal vez su naturaleza, por el único camino que actualmente nos está permitido en esta clase de estudios: la *observaciónclínica.*

I. Relaciones clínicas y patológicas de la psicosis paranoica con los trastornos de humor

De la psicosis maníaco-depresiva

La relación de las variaciones del humor (maníaco y melancólico) con las ideas delirantes es una cuestión que no ha dejado nunca de estar en el orden del día de las discusiones psiquiátricas.

El día en que Laségue trazó una raya divisoria entre su delirio de las persecuciones y las lipemanías, con las cuales lo confundía Esquirol, se obtuvo ciertamente un progreso capital de la nosografía. Basta, sin embargo, evocar el esfuerzo de análisis [8] que tuvo que emplearse posteriormente en la tarea de discriminar a los perseguidos melancólicos de los perseguidos verdaderos, para ver hasta qué punto las variaciones depresivas del humor aparecen trabadas con las ideas delirantes, y viceversa. Señalemos (independientemente de lo que en nuestros días podamos pensar al respecto) la importancia que los autores antiguos daban a un *período hipocondríaco* en los delirios de persecución.'

Por otra parte, la *exaltación maníaca* forma parte del cuadro clásico de los perseguidos perseguidores. Los autores modernos -Köpen, Sérieux y Capgras-, fundados en una nosografía precisa del delirio de reivindicación, reconocen en ella uno de los rasgos esenciales del síndrome.

Importa distinguir dos órdenes de concepciones

Las primeras sacan partido de aquellos hechos clínicos incontestables en que las señales diagnosticas entre la psicosis maniaco-depresiva y la psicosis paranoica se revelan insuficientes, es decir, aquellos hechos clínicos en que incontestablemente hay combinación de los dos síndromes.

Las segundas, inspiradas en esos hechos, tratan de encontrar los rasgos de la psicosis maniaco-depresiva bajo las apariencias clínicas de la paranoia típica, y de dar a esos rasgos un valor patogénico.

Expongamos en primer lugar las concepciones sobre los hechos de asociación o de combinación de las dos psicosis.

Estos hechos son reconocidos desde hace mucho por los investigadores. En 1888, Séglas expone un caso en que el delirio de persecución se combina con la melancolía ansiosa, de tal manera que se hacen imposibles las discriminaciones que él mismo ha fijado. En el congreso de Blois, de 1892, Gilbert Ballet llama la atención sobre ciertas formas que él considera como transiciones entre la melancolía y el delirio de persecución, e insiste sobre los contenidos de ideas hipocondríacas que están presentes en ellas. Taguet se fija en ciertas formas intermitentes del delirio, que aparecen sobre estados de sobreexcitación periódica de la inteligencia, de la sensibilidad y de la voluntad.

Hacia 1900 estos hechos están sobre el tapete y son objeto de un debate apasionado. Lo que provoca las discusiones es la confianza demasiado absoluta que ciertos autores han concedido al progreso clínico representado por el aislamiento de la noción de *deliriosistematizado* en Francia, de *Verrücktheit o paranoia primaria* en Alemania. Se multiplican sobre todo las disputas de palabras en torno al término de *deliriosistematizadosecundario* en Francia' y en tomo al de *paranoiaperiódica* en Alemania. Este último término, "paranoia periódica" era una *contradictio in adjecto* para Kraepelin, el cual no vacila en esa época en decir que quienes lo emplean pecan de "candidez". Bleuler, que publica once hermosísimos casos de delirio periódico, prefiere calificarlo de *periodischer Walínsinn,* término que en alemán tiene un valor vecino de la *Verwirrtheit* y de la *Amentia, o* sea de nuestra *confusión mental.* Kraepelin mismo, en sus recopilaciones de casos clínicos cita un caso magnífico, en el que se ve cómo el delirio de interpretación, en su forma más típica, alterna con un delirio místico mezclado de sentimiento de influencia y tendencias expansivas, según oscilaciones de humor depresivas y eufóricas de aspecto típicamente ciclotímico.

La escuela de Burdeos ha sido particularmente pródiga en trabajos acerca de estos hechos. Regís, muy orientado hacia la investigación de las determinaciones orgánicas del delirio, inspira la tesis de Lalanne acerca de los perseguidos melancólicos. Anglade, sobre cuyas ideas tendremos que volver, inspira las tesis de Dubourdieu y de Soum sobre las relaciones de la psicosis periódica con la paranoia.

Todos los autores anteriormente citados, desde Séglas hasta Anglade y sus discípulos, tienden a ver en estos hechos una determinación del delirio por las variaciones maniaco-depresivas. El pronóstico favorable de los accesos delirantes en dichas formas da una gran fuerza a su punto de vista.

Sea lo que fuere, esta interpretación, que podríamos llamar unitaria, nos parece más fecunda que la concepción de una simple coexistencia o asociación de las dos psicosis, tal como se muestra en la teoría de Masselon sobre las psicosis asociadas y en las conclusiones de la tesis de Bessiére sobre esos mismos hechos.

Es un hecho que la clínica muestra casos en que determinados accesos típicos de la psicosis maniaco-depresiva se combinan con el brote de sistemas delirantes más o menos organizados, particularmente bajo la forma de delirios de persecución. Este brote se produce en los periodos premonitorios de los accesos o en los momentos en que los accesos declinan. El delirio se extiende más o menos sobre los intervalos de los períodos y ofrece remitencias más o menos completas. A veces el delirio se presenta ' como un verdadero equivalente del acceso maníaco o depresivo.

Estos hechos manifiestos son los que permiten introducir el segundo orden de concepciones que ahora nos corresponde exponer, o sea el de aquellas que tratan de encontrar la patogenia esencial de la paranoia legitima en tales o cuales variaciones ciclotimicas, o, dicho en otras palabras aquellas que intentan hacer de la paranoia una manifestación particular de la psicosis maniaco-depresiva. La tentativa más caracterizada de este género se ha producido en Alemania, y es la de Specht.

En su primer trabajo, Specht sostiene que no cabe hacer distinción entre la mamá crónica y la paranoia crónica, tal como ésta se presenta en los reformadores religiosos, políticos o filosóficos, en los inventores delirantes, etc. Encuentra asimismo en los querulantes no solamente, a la zaga de Köppen, la alteración maníaca del humor, sino también la logorrea, la grafomanía, la inquietud, la impulsión a obrar, la ideorrea, la distracción, características de la mamá.

En otro trabajo sostiene que ciertos accesos de mamá, evolucionando por periodos típicos, conducen en casos favorables a la instalación permanente de un delirio paranoico sobre el fondo de sub-excitación persistente en los intervalos

En cuanto a los delirios de persecución, considerados por los autores antiguos como secundarios a estados melancólicos, Specht *los* relaciona con *los estados mixtos* de la concepción kraepeliniana. En esos delirios predomina, según él, la tonalidad depresiva, y el factor maníaco eleva el sentimiento del *yo y da* impulso a las ideas delirantes.

Esta concepción, que sólo hemos indicado en *sus* rasgos más generales, fue rechazada por Kraepelin y criticada severamente por *sus* discípulos en Alemania y por Expósito en Italia.

Es preciso observar que, sin que se exprese de manera tan dogmática, esta concepción *no* ha dejado nunca de tentar a ciertos investigadores. En particular nos parece encontrarla, ciertamente no en forma de afirmación, pero de todos modos muy activa, en las orientaciones teóricas de Anglade. Es posible reconocerla en algunos de *sus* escritos así como en las conclusiones de las tesis que él ha inspirado; pero sobre todo hay que buscar esta orientación patógena en *los* auténticos tesoros de hechos y de datos estadísticos que este autor dejó confinados en unos informes administrativos verdaderamente notables.

Nosotros, desde luego, creemos que hay que cuidarse mucho de confundir la variación ciclotímica con los estados afectivos que son secundarios a las ideas delirantes. O, por mejor decir, creemos que es preciso distinguir, con Bleuler, entre la variación afectiva holotímica y la variación afectiva *catatimica, o* sea entre el trastorno global del humor (depresivo o hiperesténico) y los estados afectivos *ligados a ciertos* complejos representativos, que representan una situación vital determinada.

Un autor como Ewald afirma que determinadas variaciones holotímicas -"oscilaciones del *biotonus"*- desempeñan un papel esencial en el determinismo de los delirios paranoicos, al mismo tiempo que, por otra parte, reserva el papel de los factores caracterológicos y reactivos. Esas oscilaciones forman, según él, la base de la constitución *"hipoparanoica",* que representa una tentativa de precisar, de manera distinta que a base de rasgos caracterológicos tan contradichos a menudo por la clínica, el factor biológico constitucional. Lange subraya las dificultades de semejante tentativa. No obstante, él mismo aporta unos casos en que el factor hipomaníaco es manifiesto, y otros en que la diversidad de los diagnósticos formulados sobre el mismo sujeto muestra bien el parentesco de los dos tipos de trastornos.

Salta a la vista la complejidad de los factores que aquí entran en juego; sin embargo, no creemos que sea estéril volver a empren-der el estudio de los trastornos de humor de tipo maniaco-depresivo en la paranoia, teniendo en cuenta esas precisiones nuevas.

Con el doctor Petit, que nos ha hecho el honor de asociamos a él para exponer la abundante colección de hechos que él ha precisado en este camino, vamos a emprender luego el estudio comparado de los mecanismos ideativos en la manía y en la paranoia. Por otro lado, nos proponemos demostrar que, incluso en ciertos casos de paranoia querulante, que a primera vista parecen representar un tipo mismo de la psicorrigidez hiperesténica, se descubren períodos de atenuación en. los sentimientos agresivos y en la convicción delirante, que responden a estados periódicos de depresión. Un caso así, observado durante varios años, nos permite afirmar la naturaleza holotímica de esos estados.

No nos extenderemos sobre - tales hechos ni sobre su interpretación, que están destinados a arrojar luces nuevas sobre el valor psicológico de la manía y de la paranoia.

II. Relaciones clínicas y patogénicas de las psicosis paranoicas con la disociación mental de las psicosis

Paranoides y de la esquizofrenia, según los autores.

Sabido es que, en la descripción kraepeliniana, la paranoia se diferencia de las parafrenias y de los estados paranoides por *"el orden que en ella queda mantenido en el pensamiento, en los actos y en el querer",* por su invasión *sin ruptura (schleichend)* con la personalidad anterior, por su *duración* sin evolución demencial. La concepción de Sérieux y Capgras refleja, hasta en el término *locura razonante,* la misma idea, o sea la de la coherencia lógica del delirio consigo mismo y con la personalidad anterior, y subraya en la evolución la *ausencia de debilitamiento demencial.*

Los casos que se han descrito como típicos de esos caracteres diferenciales no se han mostrado bajo el mismo ángulo a todos los autores, y no han faltado los que reconocen, a través de sus síntomas, un parentesco de naturaleza con los estados de *disociación mental* mucho más manifiesta que presentan los casos de demencias paranoides.

Desde los tiempos en que se estaba definiendo el grupo nosológico hubo autores que sostenían ese punto de vista. Citemos a Schneider, para quien la paranoia, lejos de ser una especie clínica, no es más que un síndrome que aparece sobre el terreno de otras enfermedades, y que, en consecuencia, describe uno de esos casos (señalado como tipo por Kraepelin) como el residuo, en forma de un déficit del juicio, de una demencia precoz abortiva.

De manera análoga, Heilbronner clasifica en la demencia paranoide los casos llamados de paranoia legitima de Kraepelin.

Lévy-Bianchin reduce la paranoia exclusivamente al marco de los enfermos a quienes él llama mattoïdes, o sea los reformadores, los inventores, etc. Según él, todos los delirios de filiación, de imaginación, de persecución, no son más que demencias paranoides.

MacDonald destaca los siguientes rasgos: el delirio más o menos agudo, los períodos de confusión íntimamente vinculados con la enfermedad, las alucinaciones episódicas, la sistematización imprecisa e incompleta del delirio, cuya fijeza no es más que aparente, la incoherencia que algunas veces se descubre en el lenguaje y en los escritos, y el auténtico debilitamiento de que dan muestras el raciocinio y la conducta.

Según Dercum, no existen más que grados, sin diferencia radical de naturaleza, en la gama de trastornos que va de la hebefrenia a la paranoia simple.

Tal como hicimos en la parte precedente de nuestra exposición, nos atendremos a la nosografía adquirida, y trataremos de reconocer aquello que en las teorías puede ponerse en relación con los hechos.

También aquí es preciso distinguir dos órdenes de concepciones. Las unas se fundan sobre *ciertos casos* en los cuales son detectables en el enfermo algunas manifestaciones esquizofrénicas pasajeras o duraderas, ya sea antes, ya después del momento en que un examen ha permitido plantear el diagnóstico de psicosis paranoica. Estos casos, al igual que aquellos en que aparece la combinación con la psicosis maniaco-depresiva, plantean un *problema patogénico* general, que los autores resuelven de maneras distintas.

De modo inverso, el estudio comparativo de ciertos síntomas típicos de la paranoia empuja a ciertos autores a disociar de la entidad clínica algunas de sus formas, para relacionarlas con los delirios parafrénicos y paranoides.

Está fuera de duda la existencia bastante frecuente de hechos en que un brote *fugaz* de síntomas *esquizofrénicos* ha precedido algunos años a la aparición de una psicosis paranoica que se establece y que se hace duradera.

Por otra parte, ciertos *brotesalucinatorios,* admitidos como episodios evolutivos por todos los autores (sin excluir a Sérieux y Capgras), así como algunos otros síntomas sobre los cuales tendremos que volver, pueden en ciertos momentos plantear la cuestión de una parafrenia o de un estado paranoide de evolución más o menos larvada. Finalmente, no es raro que el resultado de una psicosis paranoica típica sea una evolución hacia una *disociación* mental manifiesta, de tipo paranoide.

Khan, en Alemania, aporta hechos que demuestran "que no pocos paranoicos legítimos atraviesan en un periodo precoz por un proceso esquizofrénico, y que de ello les queda un ligero déficit sobre el cual se instala la paranoia". Khan se apoya en esos hechos para oponerse a las teorías psicógenas y para sugerir que tal vez un déficit ligero, debido a un proceso esquizofrénico, es un terreno predisponente para la psicosis paranoica, y 'probablemente su condición necesaria.

Claude, en 1925, publica un caso magnífico, en que una psicosis paranoica comprobada, compatible durante largo tiempo con una vida profesional eficaz, aunque fecunda en conflictos, evoluciona hacia una psicosis paranoide.

Lange, en el articulo que ya hemos citado, evoca diversos casos de la misma naturaleza. Observemos que Lange defiende la autonomía clínica de la paranoia. No obstante, varios de los casos descritos como delirios de interpretación por Sérieux y Capgras a él le parece que deben diagnosticarse como procesos *esquizofrénicos* (en particular el de Strindberg) .

Bleuler, en la última edición de su obra se ve obligado a tomar partido en cuanto a esos casos. Admite que al lado de la paranoia verdadera, determinada por mecanismos puramente psicógenos exis-ten en efecto casos clinicos de aspecto semejante, que pueden de-pender de un proceso esquizofrénico ligero, pero dice que éste "no presenta todavía ninguno de los síntomas permanentes específicos de la esquizofrenia".

No se trata, entonces, más que de cierto debilitamiento de los vínculos asociativos, sin ninguna de las graves alteraciones de los vínculos lógicos que puede mostrar un proceso más avanzado.

Recordemos que los factores psicógenos que Bleuler distingue en la paranoia son, además del conflicto interior del sentimiento ético de insuficiencia y del sentimiento reactivado del yo, y además del juego de los acontecimientos que agudizan este conflicto,

1] una afectividad de *fuerte acción de circuito,* que se distingue además por la *estabilidad* de sus reacciones; y

2] cierta *desproporción* entre la afectividad y el entendimiento.

Bleuler, por consiguiente, admite que esta misma desproporción puede realizarse en sentido inverso mediante un proceso esquizofrénico ligero, que disminuye la resistencia de los vínculos asociativos intelectuales, lo cual hace concebir que el cuadro de la paranoia puede realizarse mediante un proceso esquizofrénico.

Así, pues, Bleuler reconoce que "si por regla general no se puede poner en evidencia ningún debilitamiento de la coherencia de los vínculos lógicos, ciertamente tiene que existir en todo paranoico alguna tendencia a la disociación, o hacia una coordinación menos fuerte que en el hombre normal; si así no fuera, no reaccionaría con una marca catatimica tan unilateral y tajante". De esa manera le atribuye al paranoico rasgos del esquizoide, sin querer con ello "designar nada realmente patológico, ni tampoco nada esquizofrénico propiamente dicho".

'Tara engendrar la afección paranoica, esta disposición esquizoide tiene que combinarse con una afectividad de tipo estable y de fuerte acción de circuito."

Bleuler, por lo demás, menciona los trabajos de Hoffmann y de Von Economo, que pretenden demostrar correlaciones hereditarias válidas entre paranoia y esquizoidia.

Cualquiera que sea el valor de estas consideraciones, Bleuler se atiene en sus conclusiones al terreno de los hechos. Ninguna tentativa de reducción de la paranoia a mecanismos esquizofrénicos puede fundarse más que sobre casos clínicos demostrativos, casos en que la verdadera naturaleza de la afección se haya revelado con la suficiente claridad para *reformar un diagnóstico* propuesto. Ahora bien, dice Bleuler, "tales inversiones de diagnóstico no son lo bastante frecuentes para que se tenga el derecho de hacer entrar gran parte de las paranoias en el proceso esquizofrénico.

Y completa en los siguientes términos las conclusiones cuya parte sustancial ya hemos expuesto antes:

La disposición al delirio paranoico no carece de correlación con la esquizoidia y la esquizofrenia.

Ciertas formas poco frecuentes de delirio en esquizofrenias ligeras y estabilizadas no pueden, actualmente, diferenciarse de las paranoias. Tenemos, por otra parte, razones para admitir que en la esquizofrenia existe siempre un proceso anatómico, pero no en las paranoias.

Ciertos autores, como Hoffmann, llevando al extremo las inducciones clínicas que se pueden obtener de esos casos complejos, no vacilan en colocar las psicosis paranoicas en el marco de las afecciones esquizofrénicas.

Nosotros pensamos, con Lange, que no es nada lo que se gana con extender tan indefinidamente un marco clínico al cual se le puede ya reprochar legítimamente su demasiada amplitud. Hay ciertas asimilaciones que no tienen interés sino a condición de que nos conduzcan, por el contrario, a establecer discriminaciones clínicas más rigurosas. Cuando en un mecanismo aparentemente subnormal descubrimos una forma degradada de un mecanismo de naturaleza mórbida bien reconocida, tenemos materia para un análisis semiológico más fino, única manera de hacer que la observación vaya de acuerdo con los mecanismos reales.

Es ésta la ruta que, a partir de 1921, decidió emprender Guiraud.

Guiraud se opone a *los* autores que en el síntoma *interpretación,* propio del delirante paranoico, no quieren ver otra cosa más que los mecanismos mismos del error normal de base afectiva. Para demostrarlo, hace recaer su estudio sobre una de las formas que los clásicos ponen entre las más frecuentes de la interpretación típica del delirante: la interpretación sobre las formas verbales. Elabora por principio de cuentas un catálogo de orden formal de esos hechos: alusiones verbales, relaciones cabalísticas, homonimias, razonamientos por juegos de palabras. Pero, en el momento de situar tales hechos en relación con la personalidad del enfermo, se le impone por sí mismo un contraste clínico entre las interpretaciones que hallan una justificación en la lógica pasional, y las interpretaciones que no se fundan en ninguna justificación de ese orden.

La clínica demuestra que el primer orden de hechos depende de la intensidad de un estado afectivo

prevalente, que polariza la asociación de los contenidos verbales en un sentido determinado y acarrea una pérdida localizada del sentido critico.

En los otros hechos, por el contrario, no se manifiesta "ningún intento de verificación, ninguna explicación general, ningún sistema. De la consonancia de las palabras o de sus fragmentos brota una certidumbre indiscutida, que el enfermo no trata de coordinar lógicamente con procesos intelectuales."

Tales ejemplos, dice el autor, "merecen el nombre de interpretaciones sólo a causa de los así pues los por consiguiente y otros giros de relación lógica que se conservan, lo cual da al lenguaje una marca silogística. Pero detrás de esta máscara no hay ni duda, ni crítica, ni intento de agrupaciones sistemáticas; la asociación de dos ideas distintas se hace de un golpe, y con la certidumbre de la evidencia. Esta certidumbre ha sido elaborada en las profundidades del inconsciente afectivo, de donde sale como un absoluto. La función lógica no queda aquí más que como un residuo: el hábito de expresar nuestro pensamiento en forma de razonamiento."

El autor no puede menos de -evocar, a propósito de estos casos, la subversión de las leyes citológicas a la cual se debe la proliferación de un neoplasma, y habla, metafóricamente, de "neoplasma psicológico".

Mecanismos pasionales por una parte, y, por otra, subversión de la estructura mental, demasiado profunda para que no se imponga la idea de su estructura orgánica: tales son los dos órdenes de hechos que el análisis de Guiraud permite distinguir en las interpretaciones de los paranoicos.

En todo caso, nada más alejado de los hechos, en opinión suya, que la explicación según la cual "el espíritu falso del interpretador tiene, independientemente de todo factor emocional, una tendencia espontánea a andar buscando sentido en las coincidencias fortuitas la explicación que sostiene que, dejando a un lado las causas provocadoras del delirio, "es la perversión intelectual la que trasforma el juicio pasional en idea delirante y lo deja fijado irrevocablemente". Nuestro autor dista tanto de la noción de una falsedad del juicio como de la idea de "locura razonante".

El análisis de los síntomas que hace Guiraud no sólo precisa las distinciones clínicas, sino que toca el terreno de las distinciones patogénicas.

Con razón concluye nuestro autor que "el orden conservado en los pensamientos, los actos y el querer" no es más que un rasgo semiológico global, con sólo un valor de aproximación grosera.

En un articulo que ya hemos citado, Bouman, sin dejar desde luego de mantener la autonomía de la paranoia, señala en los paranoicos cierta falta de *sentido de lo real* (donde el término "real" designa aquello que es prácticamente accesible a la acción). Estos enfermos, en efecto, comienzan por negarse a admitir la imposibilidad de alcanzar las metas que se proponen, dada la situación que ocupan (la situación social sobre todo). El autor relaciona este hecho con "la pérdida de su autocrítica y de la critica de su propio sistema". Y, refiriéndose a la tesis según la cual los paranoicos conservan la lógica de su sistema de defensa, dice que, si se mira de cerca, se encontrará que las relaciones entre los contenidos, en esa pretendida lógica, son "mucho menos lógicas de lo que se dice y que "hacen pensar a menudo en la causalidad aglutinante de Monakow".

Al final del presente capitulo, en el resumen que haremos de las investigaciones de análisis semiológico, veremos cómo un discípulo de Bouman, Westerterp, cree poder separar de los demás delirios paranoicos el delirio de persecución, para clasificarlo entre los estados esquizofrénicos.

III. Relación clínica y patogénica de la psicosis paranoica con las psicosis de intoxicación y de autointoxicación. Papel del onirismo y de los estados oniroides. Relación entre los estados pasionales y las embriagueces psíquicas. Papel de los trastornos fisiológicos de la emoción

Si hemos introducido este apartado en nuestra exposición ha sido sólo para dejar una especie de memorándum. No parece, en efecto, que los problemas que aquí se van a evocar puedan resolverse sino una vez que se hayan conseguido muchisimos progresos en el campo de cuya exploración se trata.

Sin cesar encontramos, en las páginas de no pocos autores, el deseo de que un estudio mejor de las secuelas delirantes que persisten después de los delirios agudos, después de los estados confusionales, después de las borracheras delirantes y de los diversos tipos de onirismo, venga a aportamos nuevas clarificaciones acerca del mecanismo de los delirios

El estudio del alcoholismo nos ha hecho descubrir hechos sumamente sugestivos de ideas fijas post-oríricos, de delirios sistematizados post-orínicos, de delirios sistematizados de sueño a sueño, de delirios con elipses (Legrain). Se conoce la existencia de verdaderos estados paranoicos secundarios al alcoholismo. Y sabida es la frecuencia de delirios de celos alcohólicos.

Estos hechos parecen ajenos al marco de nuestras psicosis, del cual están eliminados, por definición, los casos de etiología tóxica manifiesta.

Lo tocan, sin embargo, y muy de cerca. Se sabe, en efecto, que en el determinismo de los accidentes subagudos y crónicos del alcoholismo se ha podido invocar, con razones fortísimas, un mecanismo diferente de la acción directa del tóxico: por ejemplo, el de la insuficiencia hepática secundaria a la intoxicación.

En vista de eso, es licito plantear la cuestión de si determinados estados de autointoxicación, como por ejemplo los que pueden deberse a diferentes trastornos digestivos, al exceso de fatiga (*surmenage),* etc., no podrán desempeñar un papel esencial en las *psicosis.*

Esto equivale a postular para las psicosis unos *estadosiniciales* completamente distintos de los estados de consciencia aparentemente normales que observamos en el momento en que las secuelas delirantes vienen a nuestro examen. Adelante veremos que la observación parece en efecto mostrar estados iniciales de esa índole, que, con Kretschmer, podríamos llamar *estados*

hipnoides.

Los alemanes, por otra parte, se han dedicado a definir los *estados de onírísmo,* separándolos de los estados confusionales, con los cuales se tiende demasiado habitualmente a confundirlos, según se vio en 1920 en el informe de Delmas sobre las psicosis postoníricas y en la discusión que a él Siguió. Entre estos estados llamados *oníroídes,* se ofrece al análisis toda una gama de formas fenomenológicas de la vida mental cuyo estudio parece indispensable para la comprensión de los trastornos psicospatológicos.

Pero el hecho de que tanto la intoxicación exógena como la endógena provoquen la aparición de esos estados no es todo. Hay que tener en cuenta las disposiciones anteriores del sujeto.

En primer lugar, hay ciertas disposiciones fisiológicas, tales como el equilibrio neurovegetativo anterior del sujeto, que desempeñan aquí un papel comprobado. El *desequilibrio parasimpático,* particularmente, parece tener un papel determinante en la aparición de las borracheras atípicas y de los estados subagudos alcohólicos. Con nuestro maestro el doctor Heuyer, nosotros tenemos que aportar hechos nuevos en tomo a este particular.

Por otra parte, las disposiciones psicológicas parecen ser no menos importantes, y muchisimos autores, particularmente alemanes, reconocen que los trastornos mentales del alcoholismo dependen, mucho más que de la intoxicación, de las disposiciones psicopáticas anteriores del sujeto.

Es preciso, en efecto, ver. en la intoxicación misma no una causa primera, sino a menudo un síntoma de trastornos psíquicos, ya sea por representar una tentativa del sujeto para compensar un desequilibrio psíquico, ya por ser el estigma mismo de una deficiencia moral. En ambos casos, las fallas psíquicas del terreno se manifiestan en las consecuencias de la intoxicación.

Señalemos, por otra parte, el interés teórico de las comparaciones que la observación impone entre las *borracheras psíquicas y los estados pasionales,* particularmente en lo que atarle a la exaltación patológica del sentimiento de la creencia. James, para quien la creencia comporta un elemento afectivo esencial, subrayó ya el hecho de que ciertas borracheras parecen determinar experimentalmente el sentimiento de la creencia. Por lo demás, la creencia delirante en las borracheras psíquicas parece ser tanto más duradera cuanto más elaborada ha sido en el sentido perceptivo.

Se ha querido atribuir en nuestras psicosis un papel, muy particular a la intoxicación por el café, tan frecuentemente observada en efecto en ciertos sujetos, por ejemplo mujeres menopáusicas en las cuales estalla de pronto un delirio paranoico. Tampoco aquí es posible hablar de una determinación exclusiva por el tóxico.

Debemos conceder un lugar importante al papel patógeno atribuido a la *emoción.* Los trastornos orgánicos concomitantes de la emoción han sido objeto de gran número de investigaciones. Al lado de los trastornos vasculares, el laboratorio ha revelado la existencia de los trastornos humorales: *shock* hemoclásico, variaciones del quimismo sanguíneo. La clínica aporta hechos bien averiguados de psicosis que estallan bajo la acción de la emoción. Son conocidos, por otra parte, los trabajos teóricos de la señorita Pascal y de sus discípulos sobre las psicocoloidoclasias y sobre las psicosis de sensibilización. Según esta investigadora, donde hay que buscar la génesis de la psicosis es en una "reacción de alergia mental". En este sentido es como interpreta ella toda la descripción de Kretschmer.

Llamemos la atención, finalmente, sobre los lazos de la psicosis *con los trastornos endocrinos.* Las observaciones ponen de relieve el hecho de que muy a menudo la psicosis se declara en el momento en que se vive un periodo critico de la evolución genital. Hay aquí un vínculo causal que no es, desde luego, puramente psicológico. El papel de la menopausia ha sido puesto en evidencia por autores como Kant y Kleist, que le otorgan un papel esencial en el determinismo de la paranoia.

Estos determinismos no pueden ser ajenos a los delirios que estamos estudiando. No olvidemos, sin embargo, que desbordan el marco nosológico que habitualmente se les asigna. Por lo demás, aunque estos determinismos humorales estuvieran afirmados en los hechos con toda la claridad deseable, dejarían siempre intacto el problema de la estructura psicológica compleja de los delirios paranoicos, que es el problema que a nosotros nos atrae.

El conjunto de los trabajos que hemos pasado en revista en lo que va del presente capítulo tiende, en suma, a someter el determinismo de la paranoia a factores orgánicos. En otras palabras, lo que esos trabajos hacen es mostrar el parentesco de la paranoia con determinadas psicosis en las cuales, por lejos que estemos de poder medir o a veces ni precisar siquiera tales factores, parecen incontestablemente predominantes.

Pero el problema no puede ser resuelto en su fondo si se sigue un camino como ése. De hecho y de derecho se opondrá siempre la objeción de que se trata de hechos de *asociación mórbida,* objeción tanto más válida cuanto que las combinaciones semiológicas que presentan esos hechos son diversísimas, y no permiten la postulación de una patogenia orgánica unívoca de la paranoia. Así, pues, se podrá siempre hacer la reserva de los casos clásicos de *evolución pura.* En éstos, la reconocida imposibilidad de detectar una alteración orgánica o un déficit bien claro de alguna función psíquica elemental, la evolución coherente del delirio, su estructura conceptual y su significación social se presentarán con todo su valor y pondrán sobre el tapete la cuestión de las relaciones entre psicosis y personalidad.

En vista de ello, ciertos autores han decidido emprender otro camino y han buscado, en el *análisis psicológico* mismo de los síntomas y de la evolución de la psicosis, la demostración negativa de que ésta depende de mecanismos diferentes de los del desarrollo de la personalidad.

Vamos a estudiar ahora esas investigaciones en las escuelas francesa y alemana.

IV. Análisis franceses del "automatismo psicológico" en la génesis de las psicosis paranoicas.
La cenestesia, aducida por Hesnard y Guiraud.
El automatismo mental, de Mignard y Petit.
Significación de los "sentimientos intelectuales" de Janet.
La noción de estructura en psicopatología, según Minkowski

El tema de la génesis orgánica de los *delirios crónicos* ha estado siempre en el orden del día de las investigaciones francesas. Éstas comenzaron por estudiar el conjunto entero del cuadro nosográfico, sin ocuparse de distinguir entre las psicosis alucinatorias y las psico-sis interpretativas. La falta de diferenciación sigue dejando en ellas una huella visible, como es fácil de comprobar en ciertos artículos recientes de autores muy entendidos, en los cuales no se ve que haya quedado especialmente demarcado el grupo que nos interesa. Se explica, pues, que no haya aparecido todavía ningún estudio plenamente satisfactorio del síntoma que, por lo que hace a nuestro tema, plantea el problema psicológico de mayor importancia, a saber: el síntoma de la *interpretac ión.*

Los titubeos que aparecen en dichos estudios en cuanto a las demarcaciones nosológicas están, por lo demás, justificados. En efecto, las doctrinas recientes acerca de la psicosis alucinatoria crónica han ensanchado desmesuradamente el dominio de la alucinación, y han tendido a hacer entrar en él todos los fenómenos que la consciencia percibe como *xenopátícas.* Hay en esto una verdadera regresión respecto de análisis anteriores, de una calidad clínica e intelectual superior; de ello resulta, naturalmente, una discordancia entre las teorías y los hechos clínicos. Los alemanes, en gran número de trabajos, han insistido en la crítica severa a que hay que someter el diagnóstico del fenómeno alucinatorio. Los últimos trabajos de Claude y de sus discípulos señalan una nueva y mejor clarificación de esos hechos, y nuestro trabajo tiene el mismo sentido.

Sea como fuere, las investigaciones acerca de las cuales vamos a hablar ahora tienen este rasgo en común: el haberse dedicado a estudiar el periodo *primitivo* de la psicosis, a señalar en él el carácter *irruptivo* de los trastornos en relación con la personalidad, a insistir en que esos trastornos no son resultado de las tendencias prexistentes de la personalidad, sino que provocan en ella reacciones *secundarías,* las cuales constituyen el delirio, y, finalmente, a subrayar ese carácter secundario del delirio aduciendo la *perplejidad* provocada al principio por los trastornos primitivos, y las oscilaciones de la elaboración delirante.

El único lazo teórico entre estas investigaciones es la noción sumamente flexible de *automatismo psicológico,* que no tiene nada en común, salvo la homonimia, con los fenómenos de automatismo neurológico. Debido a la complejidad de los sentidos del término "automatismo", éste puede aplicarse perfectamente a toda una serie de fenómenos psicológicos que, como bien lo ha demostrado nuestro amigo H. Ey, son de muy diverso orden.

Ahora bien: si de lo que se trata es de encontrar una definición que sea lo suficientemente amplia para comprender las acepciones de una diversidad súbita que comporta el mencionado término, lo único que cabe hacer es establecerla en relación con la definición *positiva* que hemos dado de los *fenómenos de la personalidad.* Cuando el orden de la causalidad psicógena, tal como lo hemos definido antes, se modifica con la intrusión de un fenómeno de causalidad orgánica, se dice que hay un *"Fenómeno de automatismo.* Este es el único punto de vista capaz de resolver la ambigüedad fundamental del término *automático,* permitiendo comprender a la vez su sentido de *fortuito* y de *neutro,* que se entiende en relación con la causalidad psicógena, y su sentido de *determinado,* que se entiende en relación con la causalidad orgánica.

La opinión de los autores se ha mostrado, por el contrario, muy divergente en cuanto a la naturaleza precisa de los *fenómenos de automatismo* por los cuales están condicionados los delirios crónicos. Por lo demás, no tomaremos de estas investigaciones sino aquello que se aplica a las psicosis paranoicas.

Fuerza nos es señalar en primer lugar el papel concedido por los autores a los trastornos de la *cenestesia.* Con este término se designa el conjunto de las sensaciones proprioceptivas e interoceptivas, por ejemplo las sensaciones viscerales y las sensaciones musculares y articulares, pero solamente en la medida en que siguen siendo vagas e indistintas y también, propiamente hablando, en la medida en que, tal como ocurre en el estado de salud, permanecen en el estado de sensaciones puras, sin llegar a la percepción consciente.

Se sostiene, pues, que estas sensaciones difusas son la base del sentimiento psicológico del yo individual. Tal es, al menos, la teoría que Ribot hizo admitir.

Era tentador en consecuencia, buscar en una alteración más o menos controlada de esa cenestesia el origen de los *sentimientos* mórbidos llamados de *despersonalización, y a* extender en seguida sus efectos a los *sentimientos de inhibición* y de *depresión,* a los *sentimientos de influencia,* así como a los *sentimientos de extrañeza y* de *transformación del mundo exterior.* 0 sea que en la base de todos estos fenómenos lo que había eran determinados trastornos de la cenestesia, cuya diversidad, por cierto, quedaba sin explicar. Semejante concepción conserva todavía su prestigio. Constituye, por ejemplo, el punto de apoyo central de una doctrina general de la génesis de los trastornos mentales ingeniosamente construida por Hesnard. En efecto, lo que sostiene esta doctrina es que, en virtud de una modificación de la cenestesia, un trastorno humoral de origen tóxico o infeccioso subvierte o trastorna -la afectividad subconsciente. Muchas veces, dice Hesnard, después de la curación del trastorno humoral es cuando la transformación afectiva viene a expresarse en la consciencia, y esto bajo una forma intelectual, por la ley del "simbolismo natural a todo estado afectivo". De esa manera nacen convicciones delirantes primitivas, a las cuales la lógica y la imaginación del enfermo vendrán a agregar una sistematización explicativa.

Es inútil llamar la atención sobre el carácter oscuro del papel desempeñado en esta teoría por la pretendida "Ley del simbolismo" fundada de manera completamente analógica sobre la experiencia psicoanalítica. Se trataría de explicar por qué algunos de los trastornos afectivos que se traen a cuento son experimentados unas veces como puramente subjetivos, otras veces como impuestos desde fuera, y otras veces, por último, están enteramente objetivados.

La teoría cenestopática sigue siendo seductora debido a que muchos casos de delirio paranoico muestran un período de ideas hipocondríacas, para el cual esa teoría parece resultar particularmente adecuada. Sin embargo, si se procede a un examen atento, nada permite afirmar que en la base de tales ideas existan realmente trastornos cenestopáticos. Las ideas hipocondríacas, en efecto, pueden depender de un mecanismo mucho más complejo, del orden por ejemplo de la ideogénesis de las formaciones delirantes que se refieren al mundo exterior.

Falta, en verdad, todo vínculo seguro entre las cenestopatías comprobadas y las diversas psicosis. Se explica, así, que Janet haya criticado vigorosamente esta explicación, y que no vacilara en hablar de su carácter puramente verbal.

La teoría ha sufrido buen número de retoques en manos de Guiraud el cual modifica el sentido del término cenestesia" sirviéndose de él para designar una hipótesis: *la sensación del "tonus" nervioso íntra-central. A* partir de esta hipótesis, Guiraud explica las ideas hipocondríacas como cenestopatías originadas en los centros nerviosos, superiores a los centros mesocefálicos y tuberianos, de los cuales dependen las regulaciones neurovegetativas y humorales de la afectividad. La situación de estos centros explica, según él, la imposibilidad de toda objetivación somática de las cenestopatías hipocondríacas. Para explicar, por otra parte, las anomalías de la percepción objetiva, el sentimiento de extrañeza, los fenómenos seudoalucinatorios, etc., Guiraud hace intervenir unos *trastornos de la cronaxia* que afectan electivamente, según él, ciertos sistemas neuronales de dichos centros superiores: así, lo que habría en la base del delirio serían unas *cenestopatías distónicas.* La explicación, ingeniosa sin duda, sigue siendo insuficiente para explicar fenómenos como la interpretación o la ilusión de la memoria. Por elemental que se suponga ser el trastorno primario que sirve de núcleo a esos fenómenos en nuestras psicosis, su carácter objetivado y sobre todo su relación electiva con los factores *sociales* de la personalidad no puede, en efecto, explicarse con ninguna teoria-neuronal.

En cuanto a las teorías supuestamente neurológicas que se declaran adeptas del automatismo mental, son *a fortiori* ajenas a nuestro tema.

Con todo, este término, automatismo mental, les sirvió a Mignard y a Petit [7,1] desde 1912 como titulo de una doctrina que se atenía a los hechos clínicos. Utilizando esa designación, Mignard y Petit ponen de relieve la autonomía relativa del sistema delirante con respecto a la personalidad. Los hechos por ellos estudiados se relacionan directamente con el marco de nuestro trabajo. La discontinuidad del delirio con la personalidad anterior del sujeto no es, dicen nuestros autores, patrimonio exclusivo de las psicosis alucinatorias crónicas. Se la puede observar asimismo en los delirios interpretativos, en los cuales la constitución paranoica dista mucho de ser la regla. Pero, sobre todo, "es en el curso de la fase delirante propiamente dicha cuando cabe observar, al lado de la antigua personalidad variable pero continua en su pasado y su presente, la coexistencia de un segundo sistema más o menos coordinado de sentimientos y de tendencias que sirven de sostén a las concepciones mórbidas, especie de nueva personalidad delirante en oposición más o menos marcada con la primera". La génesis de este sistema tiene que ser buscada en las tendencias afectivas reprimidas, principalmente a causa de las compulsiones sociales. 'Favorecida por un estado de confusión, de excitación o de depresión, o simplemente por un estado afectivo un poco intenso o prolongado, una corriente psíquica que se ha ido formando de manera más o menos subconsciente aparece a la luz de la consciencia, y, repentina o lentamente, pero siempre de manera imperiosa, con Jus tendencias, sus sentimientos y sus creencias propias, viene a oponérsele o a imponérsele al sujeto." [11,1] Estos autores hablan del auténtico "neoplasma mental que la personalidad del sujeto tiene que tomar en cuenta. En la medida en que sólo se trata de la revelación de una parte de dicha personalidad, ésta puede, al parecer, adherirse completamente al "neoplasma", pero semejante evolución, por clásica que sea, dista de ser la regla. Lo que hay, las más de las veces, es un combate entre la personalidad y el sistema que nuestros autores llaman parásito. Este combate puede permanecer indeciso durante largo tiempo. Puede terminar con una especie de inmovilización y, neutralización del delirio, el cual pasa a segundo plano y, aunque quizá conserve alguna apariencia de convicción y de organización, es a partir de entonces algo puramente retrospectivo o, en todo caso, sin alcance eficiente. En estados de este tipo, los autores ven formas de curación de un trastorno inicial que hubiera podido tener un desenlace más grave, y en apoyo de su concepción ofrecen algunas observaciones del delirio de interpretación.

Gracias a estas precisiones hechas por Mignard y Petit, se restituye su valor típico, su alcance significativo y su frecuencia a las formas llamadas atenuadas o resignadas de los delirios. Mignard, por cierto, había de dar, años más tarde, una doctrina acerca de este tema clínico. No nos podemos detener en ella, como tampoco en la teoría de la *polifrenia* de Revault d'Allonnes, etc.

Desde hace ya bastante tiempo, Janet: habla lanzado una concepción de los delirios que no ha dejado de perfeccionar posteriormente. La idea se la debe a la observación de unos pacientes cuyas disposiciones delirantes fue él quien tuvo el mérito de mostrar por vez primera, según vimos antes. Nos referimos a los obsesos psicasténicos.

Son estos enfermos, en efecto, los que le revelaron a Janet la importancia semiológica de algo que él llamó *sentimientosintelectuales.* En una de sus primeras obras los agrupa en las diferentes variedades del *sentimiento de incompletud:* incompletud en la acción, que comprende a su vez los sentimientos de dificultad, de inutilidad de la acción, y luego de automatismo, de dominio, de descontento, de intimidación, de rebelión; incompletud en las operaciones intelectuales, donde hallan su lugar los sentimientos de extrañeza, de "nunca visto", de falso reconocimiento, de duda; incompletud en las emociones; y finalmente incompletud en la percepción de la propia persona, o sea extrañeza del yo, desdoblamiento, despersonalización.

Este catálogo, que ha sido completado ulteriormente, tiene un alto valor sugestivo por el hecho de agrupar accidentes homólogos del desarrollo psíquico. No tendría, sin embargo, más que un valor meramente semiográfico si Janet no hubiera mostrado la correlación de los síntomas con toda una serie de insuficiencias psicológicas, que se manifiestan en las operaciones voluntarias intelectuales y emocionales de orden elevado y complejo: por ejemplo, ineficacia de los actos sociales, abulia, especialmente profesional, etc., trastornos de la atención, amnesia, etc., necesidades de dirección moral, de estímulos, necesidad de ser amados, etc. El conjunto del cuadro constituye algo que recibe el nombre de *estigmaspsicasténicos.*

A las teorías que explican los síntomas mencionados a base de trastornos intelectuales o emocionales, Janet opone otra que le es propia: la *teoríapsicasténica.* Esta teoría se funda en un conjunto de investigaciones que Janet no ha dejado nunca de acrecentar. Sus observaciones establecen la jerarquía de los fenómenos psicológicos, -no sobre una distinción escolástica de *facultades* llamadas emocionales, intelectuales, voluntarias, etc., sino sobre el estudio de los *-actos concretos y sobre* el *desarrollo* que se puede colegir de su -complejidad progresiva. Se da uno cuenta entonces de que los actos concretos conservan la huella de las colaboraciones sociales que -han permitido adaptarlos.

Esta colaboración es primitiva en relación con la aparición de los fenómenos mentales complejos. Permite clarificar algunos de los enigmas que presentan los fenómenos de consciencia, como por ejemplo juicios de valor, volición, sentimientos depresivos o triunfantes, y en particular su carácter notable de *desdoblamientointencional.* Para ello es preciso poner en relación esos fenómenos con los actos precedidos o acompañados normalmente por ellos, así como con las correlaciones sociales de esos actos. Se ve entonces el papel formador que en la elaboración del pensamiento psicológico han desempeñado los hechos primitivos del mando y de la ejecución, del "dar" y del "tomar", del "mostrar" y del "ocultar".

Se concibe, de ese modo, que las actividades complejas y sociales, las adquiridas en época más tardía, sean las primeras afectadas en toda insuficiencia del psiquismo, y se concibe que estas insuficiencias se revelen electivamente con ocasión de las relaciones sociales.

Por otra parte, se comprende no sólo que los estados así provocados sean percibidos en la consciencia como mal integrados a la personalidad del sujeto, sino también que se atribuyan tan fácilmente a una acción exterior, y a una acción humana ajena.

En un artículo reciente, notable por su atención minuciosa a los hechos clínicos, Janet aplica ese método de análisis al estudio de los sentimientos de imposición, de influencia, de penetración, de sustitución; de vuelo, de adivinación y de eco del pensamiento, de extrañeza del mundo exterior. No se pueden negar las claridades que su método proyecta sobre la significación de esos fenómenos. Aún más: es evidente que este método permite rectificar la descripción a menudo inexacta que de tales fenómenos suele hacerse a base de las expresiones forzosamente sumarias del enfermo.

No es nada raro observar esos sentimientos en nuestros interpretantes más típicos. Sérieux y Capgras destacan ciertos síntomas episódicos de esta serie en su descripción, pero esos síntomas aparecen sobre todo en gran número de sus observaciones. Los síntomas de que se trata son, sin embargo, más típicos de la psicosis llamada alucinatoria crónica. Al ocuparse del delirio de persecución, Janet se concentró en lo más difícil, o sea en todos esos fenómenos seudoalucinatorios que otros investigadores se sienten inclinados a representarse groseramente como los productos de una lesión o de una irritación cerebral.

El autor proyecta vivas claridades sobre el mecanismo de la ilus*ión de la memoria,* fenómeno que depende, y en el más alto punto, de las insuficiencias de la adaptación a lo real; pero no ataca por sí mismo el fenómeno tan delicado de la *interpretación.* Así y, todo, brotan de su análisis sugestiones muy valiosas acerca del tema. Y, gracias a él, es más fácil de concebir cómo la interpretación mórbida, muy diferente del mecanismo normal de la inducción errónea o de la lógica pasional,

puede depender de una perturbación primitiva de las actividades complejas, perturbación que la personalidad imputa naturalmente a una acción de índole social.

Las necesidades del lenguaje no dejan de imponer, tanto para el enfermo como para el observador, algunas expresiones intelectuales. Pero esto no debe hacer olvidar la verdadera naturaleza de los *sentimientosintelectuales:* hay que concebirlos como estados afectivos casi inefables, para los cuales el delirio no representa más que la explicación secundaria, a menudo forjada por el enfermo después de una perplejidad prolongada.

Un punto teórico importante está constituido por la concepción patogénica que semejante análisis le impone a su autor. Contrariamente a lo que a veces se cree, esta concepción es fisiológica, lo cual nos hace comprobar que un análisis psicológico minucioso no tiene por qué atentar contra los derechos de una concepción organicista del psiquismo. Es verdad, en efecto, que el autor se niega -emitir una conclusión prematura hablando de alguna alteración dé determinado sistema especializado de neuronas -cuya existencia sigue siendo científicamente mítica-, y sin embargo él se adhiere a una concepción biológica de esos trastornos. Concepción energética ante todo, se expresa mediante metáforas como pérdida de la función de lo real, baja de la tensión psicológica, descenso del nivel mental o crisis de psicolepsia, que corresponden a hechos clínicamente observables. Los actos complejos son los primeros en quedar afectados por esos fenómenos patológicos, y los sentimientos mórbidos, arriba descritos, marcan el trastorno con su regulación.

La causalidad biológica de estos hechos está bien subrayada por la influencia de determinadas condiciones, como las enfermedades, la fatiga, las emociones, las sustancias excitantes, los cambios de ambiente, el movimiento, el esfuerzo, la atención, que actúan no como factores psicógenos, sino como factores orgánicos.

Estos sentimientos intelectuales, normalmente encargados de la regulación de las acciones (sentimiento de esfuerzo, de fatiga, de: fracaso o de triunfo), parecen asimismo traducir a menudo de manera directa una modificación orgánica. En uno y otro caso, sin embargo, tenderán a mostrársele al sujeto como condicionados por los valores socialmente vinculados con el buen éxito de los actos personales (estima propia, autoacusación), y entonces aparecerá una conclusión delirante, correspondiente a esas ilusiones.

Observemos, para volver sobre un punto ya abordado antes, que un control preciso de estos datos podría ser aportado por el estudio psicológico atento de los fenómenos subjetivos de la psicosis maniaco-depresiva.

Pongamos de relieve, antes de despedimos de Janet, el hecho de que los psicólogos modernos más economizadores de hipótesis se ven forzados a hacer intervenir, en varios puntos de la teoría de las funciones psicológicas, esos mismos sentimientos reguladores. Parece como si, contrariamente a las doctrinas intelectualistas de Spinoza y de Hume, la teoría de la creencia no pudiera prescindir de una intervención específica de tales sentimientos (james). Los hechos clínicos de una determinación psicopatológica de la creencia por ciertas borracheras, como ejemplo, vienen a apoyar esa teoría.

Estos sentimientos, por otra parte, parecen indispensables no solamente para la teoría del recuerdo y de la identificación del pasado, sino incluso para la teoría misma de la percepción (véase el Análisis de la mente de Bertrand Russell). Pero no podemos dedicar mucho espacio a teorías de pura psicología. Señalemos sólo que pueden aclarar el verdadero valor de trastornos como la ilusión de la memoria y la interpretación en nuestras psicosis.

En Francia, según lo hemos dicho, son pocos los estudios que se han opuesto a la concepción reinante de una "interpretación" mórbida, cuyo mecanismo no sería diferente del de la "interpretación" normal. Sin embargo, en este sentido tenemos que llamar la atención sobre un notabilísimo artículo de Meyerson y Quercy acerca de las interpretaciones mancas.

Según la concepción clásica, dicen los autores, la interpretación impresiona "por su carácter de refinamiento y de complejidad psicológica". En ella distinguen:

Un trastorno de la afectividad;

Un trabajo de reconstrucción, de coordinación y de explicación, que, cuando llega hasta el fin, produce una idea delirante, y que cuando se queda en estado de esbozo constituye el sentimiento de extrañeza y de automatismo;

Una materia de hechos: percepciones, recuerdos de percepciones o recuerdos afectivos que servirán de punto de referencia: la actividad delirante se enganchará en esos hechos y se detendrá en ellos un instante para poder rebotar;

Y finalmente una expresión verbal: un esquema, un símbolo o una fórmula.

Un trastorno de la afectividad ha revolucionado el equilibrio del enfermo y le ha dado el sentimiento de inseguridad. La necesidad de lo familiar demanda una labor de reclasificación, de reorganización. Esta reorganización se hace en tomo de algunos hechos, tomados a menudo al azar, y que desempeñarán el papel de los cristales o de los polvos en una mezcla en sobrefusión. La cristalización, por cierto, será poco estable al comienzo; sólo más tarde llegará a un sistema coherente, a expresiones verbales fijas.

Fácil es ver lo mucho que este análisis está en oposición con el punto de vista clásico sobre la interpretación considerada como "la inferencia de un precepto exacto a un concepto erróneo". Aquí, por el contrario, nos encontramos con la alteración de un- percepto por una interferencia afectiva fortuita, aparecida bajo la forma de un sentimiento intelectual patológico, y después, de manera secundaria, la tentativa (lograda o no) de reducción del trastorno mediante las funciones conceptuales, más o menos organizadas, de la personalidad.

Los autores se ven inducidos a semejante concepción por los hechos que ellos mismos aportan bajo el nombre de "interpretaciones mancas" (frustes), que son interpretaciones en las que faltan ciertos elementos de la interpretación completamente desarrollada.

Tal es el caso de ese enfermo en el cual, después de un período alucinatorio, el delirio de persecución se ha ido reduciendo poco a poco a puras interpretaciones. Sucede que un día, una vecina, al mismo tiempo que se ocupa en limpiar y recortar un emparrado, emite a su oído estas palabras: "Todo esto está salvaje." El enfermo queda muy turbado al oírlas. Sin embargo, no puede afirmar que esas palabras se hayan dicho por él. "La cosa le ha parecido chistosa." La cosa le sigue pareciendo chistosa. Está seguro de que la vecina no tiene nada en contra de él. El interrogatorio del enfermo, que vale la pena de ser leído en todo su detalle, traduce a la vez su buena voluntad (la evidente falta de reticencia) y su impotencia para explicar lo que le ha sucedido.

El enfermo se halla en ese momento perfectamente orientado, y conserva reacciones intelectuales y mnésicas que están en la media normal.

Nos encontramos aquí en presencia de una actitud mental que se caracteriza por un estado afectivo casi puro, y en el cual la elaboración intelectual se reduce a la percepción de un *significadopersonal* imposible de precisar.

Semejante reducción del síntoma se presenta como un hecho de demostración notable, pero, para

que toda elaboración conceptual esté ausente, parece que tenemos que habérnosla con un caso en que la reacción de defensa psicológica es mala, y la observación nos indica en efecto que el caso se agrava ulteriormente y presenta un cuadro con visos de esquizofrénico.

En otro de los casos que nos citan los autores vemos una interpretación manca de mecanismo diferente, que pone en mejor relieve los alcances del primer caso: en efecto, al paso que en éste se trataba de un sentimiento vivido casi inefable, pero que el estado intelectual del enfermo permitía evocar y discutir con precisión, en el segundo caso, que es un caso de debilidad mental senil, la interpretación es manca a causa de una presentación estereotipada, unida a un debilitamiento intelectual y también a la evanescencia del fenómeno.

De muy buena gana concedemos que los casos presentados por estos autores no entran en el marco nosológico de los delirios que nos ocupan. Plantean, sin embargo, el problema de la génesis exacta de las interpretaciones en éstos.

Toda asimilación de un fenómeno mórbido a la experiencia introspectiva de un sujeto normal tiene, en efecto, que sufrir una crítica severa. Blondel, que en su libro sobre la consciencia mórbida nos ha mostrado el método para ello, concluye diciendo que la mayor parte de las experiencias vividas por los enfermos mentales, inclusive algunas que nos resultan muy parecidas a las reacciones psicológicas del individuo sano, comportan una parte impenetrable a la intuición que guía la introspección normal."

Las conclusiones de ese estudio han guiado posteriormente a muchos investigadores, y algunos de ellos han tratado de definir la estructura de las propiedades de la consciencia mórbida. Tal es, por ejemplo, el sentido de las investigaciones de Minkowski sobre las intuiciones temporales y espaciales en diversas formas de enfermedades mentales.

Así, para Minkowski, los sentimientos de influencia, de extrañeza del mundo exterior y de transitivismo que experimenta el enfermo, lo único que hacen es expresar las modificaciones patológicas de sus intuiciones del espacio, del tiempo, de la causalidad, de su contacto con el mundo y con los seres.

El delirio de relación vendría de algún modo a moldearse naturalmente en estas formas. Para comprender, por ejemplo, un delirio de celos, es preciso cuidarse de imputar a la enferma, celosa de otra mujer, una construcción deductiva o inductiva más o menos racional: lo que hay que hacer es comprender que su estructura mental la fuerza a identificarse con su rival cuando la evoca, y a sentir que ésta se está sustituyendo a ella. En otras palabras, las estereotipias mentales son consideradas en esta teoría como mecanismos de compensación no de orden afectivo, sino de orden fenomenológico. Gran número de hechos clínicos han sido interpretados por Minkowski en esa forma, y de manera brillante."

Nosotros creemos que toda distinción entre unas estructuras a formas de la vida mental y unos contenidos que las llenarían, descansa sobre hipótesis metafísicas inciertas y frágiles. Semejante distinción, en opinión de algunos, fue impuesta por las psicosis orgánicas y las demencias, pero éstas presentan una desorganización psíquica profunda, en la cual no subsiste ya ningún vínculo psicogénico, y a decir verdad, como muy bien lo observa Jaspers, no se trata entonces de auténticas psicosis.

En las psicosis que nosotros estudiamos, por el contrario, es imposible decidir si la estructura del síntoma está o no determinada por la experiencia vital cuya huella parece ser; dicho en otras palabras, contenido y forma no podrán disociarse sino de manera arbitraria mientras no se haya despejado el papel que el trauma vital tiene en las psicosis

V. Análisis alemanes de la "vivencia" paranoica. La noción de proceso psíquico, de Jaspers. El delirio de persecución es engendrado siempre por un proceso, según Westerterp

Desde hace mucho los autores alemanes han reservado la originalidad de la vivencia (Erlebnis) paranoica. Neisser encuentra el síntoma primitivo de la paranoia en experiencias de "significación personal. Así también Cramer ve en ellas la característica del delirio; de manera análoga, Tiling encuentra en un sentimiento basal de malestar el origen de la modificación que sufre la personalidad entera.

Marguliés ofrece como carácter común a los síntomas centrales de la paranoia no la desconfianza, sino una inquietud imprecisa.

Heilbronner atribuye igualmente al paranoico verdadero, por oposición al reivindicador, un delirio muy difuso de "significación personal" de los hechos exteriores.

Además de esto, los alemanes han demostrado siempre el mayor interés por los documentos autobiográficos que permiten penetrar las experiencias mórbidas.

Jaspers ha concedido una atención particular a las vivencias paranoicas. En su Psicopatología general se expresa así:

De ahí la inanidad de las objeciones que se suelen lanzar contra las investigaciones psicógenas, inanidad que podría quedar demostrada mediante el aislamiento de una entidad como la parálisis general por ejemplo. Son verdaderas objeciones de pereza.

La vieja definición de la paranoia. un juicio *falso imposible de corregir*, ha dejado de ser válida desde el momento en que se han puesto de relieve determinadas *vivencias subjetivas* de los enfermos vivencias que son la fuente del delirio (ideas delirantes auténticas), mientras que en otros casos los estados de alma, los deseos y los instintos son los que hacen nacer las ideas erróneas (ideas de sobrestimación, etc.) de una manera más o menos comprensible.

Estas vivencias se presentan por ejemplo así:

Muchos acontecimientos que sobreviven al alcance de los enfermos y atraen su atención, despiertan en ellos sentimientos *desagradables apenas comprensibles. Este* hecho los preocupa mucho y los fastidia. Hay veces en que todo les parece *tan fuerte,* en que la.- conversaciones resuenan con

demasiada vehemencia en sus oídos; hay veces incluso en que cualquier ruido, cualquier suceso común y corriente basta para irritarlos. Tienen siempre la impresión de que son *ellos el* blanco al que se dirigen esas cosas. Acaban por quedar completamente convencidos. Observan que la gente murmura de ellos, que a ellos precisamente es a quienes se echa la culpa de algo. Puestas bajo forma de juicio, estas experiencias engendran el delirio de relación.

"Los enfermos -continúa Jaspers- tienen, además, gran número de *sentimientos* que uno trata de expresar con términos como espera indefinida, inquietud, desconfianza, tensión, sentimiento de un peligro amenazante, estado temeroso, presentimientos, etc." Señala la aparición episódica de fenómenos seudoalucinatorios. "A pesar de todos estos trastornos no se llega, sin embargo, a un verdadero estado de psicosis aguda. 'Los enfermos, orientados, reflexivos, accesibles, a menudo incluso aptos para el trabajo, tienen todo el ocio y todo el celo necesarios para elaborar, como explicación de sus experiencias, un sistema bien organizado, así como toda clase de ideas delirantes explicativas, a las cuales ellos mismos no les reconocen a menudo sino un carácter hipotético. En los casos en que tales vivencias se han desvanecido después de un tiempo bastante largo, lo único que se encuentra son los contenidos delirantes de juicios petrificados; la vivencia paranoica particular ha desaparecido." Jaspers no deja de observar el tinte psicasténico de esto-. fenómenos iniciales. Presenta en seguida dos observaciones típicas de esas vivencias o experiencias subjetivas. En un caso se trata de un reivindicante de tinte depresivo. En el otro se muestra el desarrollo extensivo, primitivamente incoherente, de las interpretaciones delirantes en un sujeto cuya personalidad es trasformada por ese delirio. Jaspers opone estas auténticas *vivencias paranoicas* al carácter sistematizado y concéntrico de las ideas de sobrestimación y de las *ideas erróneas.*

Sobre hechos como los descritos se funda Van Valkenburg para sostener que la psicosis no está determinada nunca por una reacción afectiva.

Van Valkenburg aprecia al comienzo de la psicosis un sentimiento de despersonalización y toda una serie de pequeñas señales somáticas en las cuales se basa para admitir un proceso cerebral, no accesible todavía, por cierto, a la observación directa. Con todo, los casos que él aduce no parece que se puedan considerar como psicosis paranoicas verdaderas.

Para el análisis de éstas contamos con unos principios analíticos de gran prudencia que han sido dados por Jaspers. En nuestra opinión, estos principios derivan de un método sano y pueden servir para aclarar los hechos.

El concepto central es el de proceso psíquico.

El concepto de *proceso psíquico* se opone directamente al de desar*rollo* de la personalidad, que puede ser expresado siempre en *relaciones de comprensión.* Introduce en la personalidad un elemento nuevo y heterogéneo. A partir de la introducción de este elemento se forma una síntesis mental nueva, una personalidad nueva, sometida de nuevo a las *relaciones de comprensión.* El *proceso psíquico* se opone así, por otra parte, al curso de los procesos orgánicos cuya base es una lesión cerebral: éstos, en efecto, van acompañados siempre de desintegración mental.

Jaspers describe de ese modo varios tipos formales de evolución que quizá, como él lo confiesa, no tengan más que un valor puramente descriptivo, pero que poseen el interés de permitir una clasificación de los hechos.

Para que un fenómeno psicopático sea considerado como una *reacción*- de la personalidad, es preciso demostrar que "su contenido tiene una relación comprensible con el acontecimiento original, que no habría nacido sin ese acontecimiento, y que su evolución del acontecimiento, de su relación con él". Reacción inmediata o descarga en que culmina una larga maduración, la psicosis reactiva depende del destino del sujeto, está ligada a un acontecimiento que tiene un valor vivido *(Erlebniswert).*

Semejante reacción-sostiene Jaspers-, a pesar de las huellas que deja en la vida sentimental y afectiva, es, en principio, reductible.

El carácter del *proceso* psíquico es completamente diferente: es, en esencia, un cambio de la vida psíquica, pero un cambio que no va acompañado de ninguna desintegración de la vida mental. Determina una vida psíquica nueva, que se mantiene parcialmente accesible a la comprensión normal y que parcialmente le sigue siendo impenetrable. "Hay en el enfermo-dice Jaspers- ilusiones que él no somete a ninguna crítica. Estas ilusiones desempeñan un papel, y el enfermo asimismo tiene una manera propia de tomar posición con respecto a las fases agudas anteriores. Todo esto hace que se imponga nuestra conclusión: se trata de una alteración general de la personalidad y de la consciencia."

Sin embargo, este desarrollo nuevo conserva caracteres típicos que es preciso distinguir en cada caso. Bleuler ha descrito algunos de esos tipos en sus estudios sobre la vida esquizofrénica. Mayer-Gross ha descrito otros y ha aportado algunas diferenciaciones: hay, dice, casos de dominio taimado y apenas perceptible de la enfermedad, casos en que la personalidad primitiva lucha por su continuidad, casos en que los estados nuevos son acogidos con un átono encogimiento de hombros y casos en que, a la inversa, provocan un entusiasmo extraordinario.

Estas modificaciones psíquicas, causadas por *procesos,* son en principio definitivas.

Jaspers distingue, asimismo, unas modificaciones que están a medio camino entre la reacción y el *proceso.* Son aquellas que, a pesar de estar determinadas de manera puramente biológica y a pesar de no tener relación con las vivencias del enfermo, son sin embargo restaurables y dejan intacta la personalidad: tales son los *accesos,* las fases y los *períodos,* de los cuales encontramos ejemplos en tantas enfermedades mentales. Reiss ha estudiado la evolución de la personalidad en el curso de las fases maníacas.

En todos estos casos persiste una organización de la vida psíquica. Es.0ta organización queda totalmente destruida en los procesos orgánicos groseros: las lesiones evolutivas del cerebro, a decir verdad, provocan trastornos mentales que de una auténtica psicosis no tienen más que el nombre. La observación nos muestra, en efecto, que a cada instante de su evolución intervienen alteraciones psíquicas siempre nuevas, heterogéneas entre sí, sin lazo estructural común.

En su primer trabajo, que es donde presentó estos conceptos, fundándolos en la observación comparada de cuatro casos de delirio de celos, Jaspers concluía con el cuadro siguiente:

Desarrollo lento de los síntomas, según un modo análogo al progreso normal de la vida, tal como se ha manifestado desde la infancia.	A partir de un momento determinado, se inaugura un nuevo desarrollo. Injerto parasitario único, comparable al progreso de un tumor.	Irrupción siempre nueva de instancias psíquicas heterogéneas.
Los episodios agudos no acarrean ninguna perturbación duradera. Se restablece el *statu quo* restaurable.	Los episodios agudos tienen como consecuencia una perturbación no *ante.*	El que la perturbación sea pasajera o duradera depende del proceso físico subyacente, no de las propiedades del proceso psíquico paralelo directo.
Cuando un episodio agudo culmina en la curación y no depende de un proceso físico-psicótico, nos encontramos ante una *reacción* o un episodio *periódico. Los* sujetos que presentan estos episodios agudos pertenecen, por lo demás, al primer grupo.		
A partir de una predisposición personal unívoca es posible deducir la vida entera.	Esta deducción tropieza con límites cuando se llega al momento preciso en que sobreviene el elemento nuevo, la perturbación heterogénea.	Esta delimitación se sigue, en último análisis, de las particularidades dadas del proceso físico.
Cierta determinación regular, concebible en términos psicológicos y comparable al progreso de la vida psíquica normal, se muestra en la evolución y el decurso del proceso, en el cual existe una nueva unidad coherente y un encadenamiento muy racional y penetrable intuitivamente.	Ausencia anárquica de regularidad en el decurso de los síntomas mentales. Todas las manifestaciones se continúan en transiciones en las cuales no aparece ninguna derivación psicológica, puesto que dependen secundariamente no sólo del proceso psicológico paralelo dírecto, sino también, y en medida mucho mayor, del proceso físico de la lesión cerebral.	

Cuatro casos de delirio de celos, agrupados de dos en dos, ilustran de manera notable esta concepción de la psicosis como un proceso, en oposición a las que la presentan como un desarrollo.

En los dos primeros casos aducidos, se pueden observar, según Jaspers, los rasgos clínicos siguientes:

1] Se trata ciertamente de personas un poco particulares, que dan muestras de terquedad son bastante excitables, sin que, no obstante, se las pueda distinguir le los miles y miles de personas que presentan los mismos rasgos

2] El delirio de celos seguido muy pronto de ideas de persecución) se declara en un lapso relativamente corto, sin límites claros, pero que no va más allá de un año o algo así.

3] Esta formación delirante va acompañada de síntomas diversos: inquietud ("¿no has oído nada?"); idea delirante de ser observado por los demás ("están hablando en voz baja y se están burlando del asunto"); ilusiones de la memoria ("las escamas se le están cayendo de los ojos"); síntomas somáticos interpretados ("¿vértigo? ¿cefalea? ¿trastornos intestinales?").

4] Estos enfermos saben relatar de manera muy expresiva las circunstancias de su envenenamiento y los estados aterradores que a él han seguido. No se tiene ningún punto de apoyo para afirmar la existencia de alucinaciones, si se somete este diagnóstico a la crítica conveniente, que lo hace tan raro [sic].

5]No se encuentra ninguna causa exterior para el estallido de todo el proceso (o sea, ni modificación alguna de las circunstancias de la vida, ni el más trivial accidente).

6] En el curso ulterior de la vida (observado siete años y ocho años en estos dos casos) no se encuentra ninguna adición de nuevas ideas delirantes, pero el sujeto conserva su delirio antiguo, no lo olvida; considera el contenido de ese delirio como la clave de su destino, y traduce su convicción mediante sus actos. Es posible y verosímil que se completen las ideas delirantes, pero esto se limita a antedatar ciertos sucesos en la época fatal relativamente corta y en los tiempos que la precedieron; y, si bien estos sucesos llegan a añadir algunos contenidos nuevos al delirio, nada nuevo aparece en su modo. El sujeto no es reticente.

7] La personalidad, en la medida en que se pueda juzgar del asunto, permanece sin alteraciones, y no se encuentra la menor traza de debilitamiento demencial *(Verblödung).* Hay un desajuste delirante que se puede concebir como localizado en un punto, y la personalidad antigua lo elabora racionalmente con sus sentimientos y sus instintos antiguos.

8] Estas personalidades presentan un complejo de síntomas que es posible asimilar a la hipomanía: consciencia de sí mismo que nunca falla, irritabilidad, tendencia a la cólera y al optimismo, disposiciones que a la menor oportunidad se invierten en su contrario: actividad incesante, alegría de emprender cosas.

Tal se presenta el delirio de celos que es condicionado por un .proceso. Este delirio está esencialmente caracterizado por la ruptura que representa en el desarrollo de la personalidad. La ruptura, a su vez, está constituida por la aportación de esa experiencia nueva, bastante corta por lo demás, a partir de la cual el desarrollo de la personalidad se prosigue de acuerdo con relaciones que vuelven a hacerse comprensibles.

Este proceso se opone radicalmente a los casos cuyos tipos son los otros dos ejemplos de Jaspers:

Aquí se trata de individuos cuyas tendencias celosas se remontan a la juventud. Jaspers señala la frecuencia de anomalías instintivas, particularmente sexuales. El cuadro delirante aparece de manera comprensible con ocasión de acontecimientos susceptibles, en efecto, de irritar la pasión del sujeto. Las ideas delirantes así aparecidas son reanimadas cada vez que se presentan nuevas ocasiones y, con el tiempo, se olvidan en parte y en parte se trasforman; lo único que persiste es la tendencia a explosiones nuevas cuando hay ocasiones apropiadas. Aquí no hay nada de ideas de persecución ni de envenenamiento; lo que si hay es una fuerte tendencia al disimulo.

Análisis como estos de Jaspers están marcados con el cuño de la mejor observación clínica, y nosotros mismos podríamos comunicar una observación notablemente conforme con el primer tipo descrito por él.

El interés teórico del concepto de proceso no es menor. Parece en efecto que permite establecer una oposición entre las formas de paranoia determinadas psicógenamente y un grupo de afecciones más emparentadas con las parafrenias. Y parece que una clasificación como ésa resulta en efecto más conforme a la naturaleza real de los mecanismos en juego, por poco precisa que se nos muestre todavía.

Westerterp, discípulo de Bouman, en un trabajo reciente, ha intentado sumar a ese grupo de paranoias no psicógenas todas las paranoias que se manifiestan en forma de delirio de persecución. Mientras que las demás formas del grupo kraepeliniano tienen, según Westerterp, una evolución en la que no se rompen nunca las relaciones de comprensión, y representan el desarrollo normal de una personalidad, el delirio de persecución se presenta siempre de manera distinta. En apoyo de sus palabras aporta el autor observaciones detalladas.

Westerterp insiste en la necesidad de un interrogatorio riguroso y detallado. Dice, en efecto, que si se deja que sea el enfermo quien exponga a su gusto el sistema del delirio, o, peor todavía, si se le sugiere esta sistematización, se deja escapar la verdadera evolución clínica. El interrogatorio deberá consagrarse de manera especialisima a precisar las experiencias iniciales que determinaron el delirio. El observador verá entonces que esas experiencias presentaron siempre, al principio, un carácter enigmático. El enfermo percibe "que algo en los acontecimientos le concierne a él, pero no entiende qué cosa es".

Es preciso no tomar por primitiva la explicación secundaria y tardía que el enfermo se da a si mismo de su persecución, explicación que, sin embargo, es tentador aceptar por su valor afectivo cuando el enfermo atribuye el origen de su persecución a una falta por él cometida.

Westerterp pone aquí en evidencia, de manera minuciosa, las trampas que le pone al observador la tendencia a querer comprenderlo todo; en algunos casos en que se ejerció la penetración psicológica demasiado hábil de investigadores que lo precedieron, detecta él con gran finura las fallas de armadura de esas explicaciones psicogénicas demasiado satisfactorias. Las encuestas sobre el carácter anterior del sujeto tienen que someterse igualmente a una critica minuciosa.

Westerterp resume así sus observaciones :

1] En un período circunscrito que los enfermos pueden delimitar bien, comienzan a aparecer los fenómenos patológicos en sujetos que en todo lo demás no presentaban nada de particular;

2] los enfermos creen notar una actitud hostil y un interés particular de parte de quienes los rodean, cosas que ellos sienten al principio como hechos extraños;

3] esta trasformación no está ligada ni indirectamente ni de manera comprensible a una experiencia para ellos significativa;

4] después de un breve lapso los enfermos encuentran una explicación, que los deja más o menos satisfechos, para. los fenómenos que describimos en el párrafo 2, en la idea delirante de estar siendo perseguidos por cierta categoría de seres humanos a causa de una acción precisa;

5] entonces, una fuerte desconfianza se hace cada vez más visible en el primer plano;

6] el delirio, nacido así secundariamente, permanece alimentado por la continuación de las manifestaciones del proceso, pero saca también de sí mismo interpretaciones comprensibles, como toda idea prevalente;

7] no existe ninguna alucinación.

Después de haber expuesto as¡, en la primera parte de nuestro trabajo, las diversas concepciones de los autores sobre las relaciones de la psicosis paranoica con el desarrollo de la personalidad, vamos ahora a presentar la nuestra, sobre la base de nuestras observaciones clínicas

VI. El caso "Aimée" o la paranoia de autocastigo

Acabamos de exponer los fundamentos teóricos y las soluciones históricas del problema que constituye nuestro objeto de estudio, a saber, las relaciones de la psicosis paranoica con la personalidad.

La contribución que a ese tema vamos a aportar está fundada en el estudio personal de unos cuarenta casos, veinte de los cuales pertenecen al cuadro de las psicosis paranoicas

Lejos de creer que estemos obligados a publicar (de manera forzosamente compendiada) el conjunto de nuestros materiales, pensamos, por el contrario, que mediante el estudio (lo más integral posible) del caso que nos ha parecido el más significativo es como podremos dar a nuestros puntos de vista su máximo de alcance intrínseco y persuasivo.

Así, pues, escogemos el caso que ahora vamos a estudiar por dos razones. En primer lugar, por razón de nuestra información: hemos observado a esta enferma casi día a día a lo largo de cerca de un año y medio, y hemos completado este examen con todos los medios que nos ofrecían el laboratorio y la indagación social.

El segundo motivo de nuestra elección es el carácter particularmente demostrativo del caso: se trata, en efecto, de una psicosis paranoica cuyo tipo clínico y cuyo mecanismo merecen, en nuestra opinión, ser individualizados, pues nos parece que tanto el uno como el otro ofrecen la clave de algunos de los problemas nosológicos y patogénicos de la paranoia, y particularmente de sus relaciones con la personalidad.

1. Examen clínico del caso "Aimée"

Historia y cuadro de la psicosis. Análisis de escritos literarios. Diagnóstico. Catamnesia.

El Atentado

El 10 de abril de 193..., a las ocho de la noche, la señora Z., una de las actrices más apreciadas del público parisiense, llegaba al teatro en que esa noche iba a actuar. En el umbral de la entrada de los artistas fue abordada por una desconocida que le hizo esta pregunta: "¿Es usted la señora Z" La mujer que hacia la pregunta iba vestida correctamente; llevaba un abrigo con bordes de piel en el cuello y en los puños, y guantes y bolso. En el tono de su pregunta no habla nada que despertara la desconfianza de la actriz. Habituada a los homenajes de un público ávido de acercarse a sus ídolos, respondió afirmativamente y, deseosa de acabar pronto, se disponía a pasar adelante. Entonces, según declaró la actriz, la desconocida cambié de rostro, sacó rápidamente de su bolso una navaja ya abierta, y, mientras la miraba con unos ojos en que ardían las llamas del odio, levantó su brazo contra ella. Para detener el golpe, la señora Z. cogió la hoja con toda la mano y se cortó dos tendones flexores de los dedos. Ya los asistentes hablan dominado a la autora de la agresión.

La mujer se negó a dar explicaciones de lo que habla hecho, excepto ante el comisario. En presencia de éste, respondió normalmente a las preguntas de identidad (en lo sucesivo la llamaremos Aimée A.), pero dijo algunas cosas que parecieron incoherentes. Declaró que desde hacia muchos años la actriz venia haciendo "escándalo" contra ella; que la provocaba y la amenazaba; que en estas persecuciones estaba asociada con un académico, P. B., famoso hombre de letras, el cual, "en muchos pasajes de sus libro?, revelaba cosas de la vida privada de ella, Aimée A.; desde hacia algún tiempo, ésta habla tenido intenciones de habérselas cara a cara con la actriz; la atacó porque vio que huía; si no la hubieran detenido, le habría asestado otro navajazo.

La actriz no presentó demanda.

Conducida a la comisarla, y luego a la cárcel de Saint-Lazare, la señora A. estuvo presa dos meses. El ... de junio de 193 ... era internada en la clínica del Asilo Sainte-Anne en vista del peritaje médico legal del doctor Truelle, en el cual se llegaba a la conclusión de que "la señora A. sufre de delirio sistemático de persecución a base de interpretaciones, con tendencias megalomaniacas y sustrato erotomaniaco". En esa clínica de Sainte-Anne la hemos observado durante un año y medio aproximadamente.

Estado Civil

La señora A. tiene treinta y ocho años en el momento de su ingreso. Nació en R. (Dordogne), en 189..., de padres campesinos. Tiene dos hermanas y tres hermanos, uno de los cuales ha llegado a la situación de maestro de escuela primaria. Trabajaba como empleada en la administración de una compañía ferroviaria, en la cual entró a la edad de dieciocho años, y, hasta la víspera del atentado, ha desempeñado bien su empleo, excepto una licencia de diez meses que se vio obligada a pedir por razón de trastornos mentales.

Está casada con un empleado de la misma compañía, el cual tiene un puesto en P., en la región parisiense. Pero la enferma, desde hace casi seis meses, tiene su puesto en París, en donde, por lo tanto, vive sola. Tiene un hijo, que se ha quedado a vivir con el padre. Ella les hace visitas más o menos periódicas

Esta situación se ha establecido por la voluntad de la enferma, la cual trabajaba primitivamente en la misma oficina que su marido y, al reintegrarse a su empleo después del periodo de licencia que acabamos de mencionar, pidió su traslado.

Citemos a continuación los testimonios oficiales sobre los trastornos mentales que ha mostrado.

El expediente médico y policial de los trastornos mentales anteriores

Seis años y medio antes de su ingreso en la clínica, la enferma había estado ya internada, por solicitud de sus familiares, en la casa de salud de E., donde permaneció seis meses.

Más adelante referiremos a consecuencia de qué hechos tomaron los familiares esa decisión.

Los certificados nos ofrecen algunas informaciones. El certificado de internamiento, firmado por el doctor Chatelin, dice: "Trastornos mentales cuya evolución data de más de un año; las personas con quienes ella se cruza en la calle le dirigen injurias groseras, la acusan de vicios extraordinarios, incluso personas que no la conocen; quienes la tratan de cerca dicen de ella las peores cosas posibles; toda la ciudad de Melun está enterada de su conducta, la cual, en opinión de todos, es depravada; en vista de eso ha tenido ganas de irse de la ciudad, incluso sin dinero, para vivir en cualquier otro lugar. En estas condiciones, el estado de la señora A." . . ., etc.

El certificado inmediato de la casa de salud dice así: "Fondo de debilidad mental, ideas delirantes de persecución y de celos, ilusiones, interpretaciones, declaraciones ambiciosas, alucinaciones mórbidas, exaltación, incoherencia por intervalos. Creía que todo el mundo se burlaba de ella, que se le lanzaban injurias, que le reprochaban su conducta; tenia intenciones de irse a los Estados Unidos."

Se registraron por escrito algunas de las cosas que la enferma decía. . Por ejemplo:

"No vayan a creer que envidio a las mujeres que no dan qué hablar, a las princesas que no se han encontrado con la cobardía en calzones y que no saben lo que es la afrenta."

"Hay quienes construyen establos para poder tomarme mejor como una vaca lechera."

"Muchas veces me juzgan por otra de la que soy."

"Hay también unas espantosisimas lejanas cosas acerca de mi que son verdaderas, verdaderas verdaderas, pero el llano está al viento" (sic, en el informe).

"Hay también chismes de comadres de prostíbulos y cierto establecimiento público" (sic, *Ibid.).*

"Por esa razón no le respondo al señor X., el caballero de la Naturaleza y también por otra."

"En primer lugar, ¿qué quieren ustedes de mi? ¿Que les suelte frases grandiosas? ¿Que me permita leer con ustedes ese cántico: Escucha desde lo alto del cielo, el clamor de la Patria, católicos y franceses siempre?"

Algunas de estas frases permiten reconocer con bastante claridad ciertos temas delirantes permanentes que volveremos a encontrar en fecha más reciente. Otras, en cambio, presentan un aspecto de incoherencia cuyo carácter, a lo que alcanzamos a presumir, es más bien discordante que confusional.

Aimée salió de la casa de salud de E., "no curada", a petición de sus familiares.

Posteriormente, en dos ocasiones al menos, tuvo que ver con la policía.

En su expediente encontramos, en efecto,, la copia de los informes dados "en blanco" por los servicios de la policía judicial, en una fecha situada cinco años después del primer internamiento de Aimée (un año y medio antes del atentado), a un periodista comunista que había tenido varias veces que quitársela de encima. Aimée, en efecto, asediaba su oficina para obtener de él la publicación de algunos artículos en los cuales exponía sus agravios, completamente personales y delirantes, contra la señora C., la célebre escritora.

Poco más de un año después (cinco meses antes del atentado.), encontramos huellas de un hecho mucho más grave.

Después de varios meses de espera, Aimée se presenta en las oficinas de la casa editorial C., a la cual le ha ofrecido un manuscrito, y una de las empleadas le notifica que éste no ha sido aceptado. Aimée le salta al cuello a la empleada y le causa lastimaduras de tal gravedad, que posteriormente le será reclamada una indemnización de 375 francos, a causa de la incapacidad temporal de trabajo que ha sufrido la víctima. El comisario que la interroga después de este gesto se muestra indulgente con la emoción de la vanidad literaria herida; hay que creer, por lo menos, que no distingue en su estado nada más, pues la deja en libertad después de una severa reprimenda.

Por otro lado tenemos los borradores de unas cartas, enviadas poco antes al comisario de su barrio, para presentar demanda contra P. B. y contra la casa editorial que iba a ser el teatro de su hazaña.

Actitud mental actual de la enferma en cuanto a la historia de su delirio y en cuanto a sus temas

Apresurémonos a decir que los temas del delirio en su conjunto, y no únicamente los agravios de la enferma contra su víctima, quedan completamente reducidos en el momento del internamiento ("¿Cómo he podido creer eso?"). Más exactamente: hay una reducción completa de las convicciones formuladas en otro tiempo acerca de esos temas. Aimée expresa esta reconsideración mediante palabras nada ambiguas, al mismo tiempo que refiere con precisión no sólo los episodios principales de su vida, con su fecha, sino también sus trastornos mentales, e incluso se muestra capaz de analizar estos trastornos con bastante penetración introspectiva. En cuanto a todos estos puntos, su buena voluntad es evidente. Se puede decir que Aimée está plenamente orientada, que da muestras de una integridad intelectual completa en las pruebas de capacidad. Nunca aparecen en el interrogatorio trastornos del flujo del pensamiento; muy al contrario, la atención está siempre vigilante.

El tener que recordar los temas delirantes provoca en ella cierta vergüenza (a propósito de ciertos escritos, groseros en sus términos, o a propósito de ciertas acciones reprensibles), un sentimiento de ridículo (a propósito de sus empresas erotomaniacas y megalomaniacas), y también sentimientos de pena... Estos, sin embargo, resultan tal vez desiguales en su expresión (así, por lo que se refiere particularmente a su víctima, el tono de los términos que emplea resulta más frío que su sentido).

Hay aquí una serie de reacciones afectivas que plantean,, a justo titulo, la cuestión de su influencia sobre la sinceridad de la enferma. Cuando está exponiendo ciertos contenidos, su reticencia e incluso su disimulo son bien evidentes. En los comienzos de su permanencia en la clínica, preocupada por su suerte futura, Aimée mostraba alguna desconfianza, y se esforzaba por descubrir las intenciones que llevaba el interrogatorio. Pero, por lo demás, ella sabe cuáles son nuestras informaciones y cuáles nuestros medios de control, y ve lúcidamente el interés que para ella representa la franqueza. De hecho, adelante veremos cómo Aimée nos dijo muchas cosas acerca de las tendencias profundas de su naturaleza y acerca de ciertos puntos ocultos de su vida, confidencias inapreciables, que de ninguna manera estaba obligada a hacer, y cuya sinceridad está fuera de duda.

Pero hay un tercer plano, que no podemos pasar por alto si queremos juzgar bien el estado actual de la enferma. Aunque los temas de su delirio ya no arrastren ahora ninguna adhesión intelectual, hay algunos que no han perdido del todo un valor de evocación emocional en el sentido de las creencias antiguas. "Hice eso, porque querían matar a mi hijo", dirá todavía en el momento actual. Empleará una forma gramatical de ese tipo, directa, y conforme a la creencia antigua, durante un interrogatorio excepcional a que la somete una autoridad médica superior, o en presencia de un público numeroso. En el primero de estos casos, su emoción se traduce en una palidez visible y un esfuerzo perceptible por contenerse. En presencia del público, su actitud corporal, siempre sobria y reservada, será de una plasticidad altamente expresiva y de un valor extraordinariamente patético en el mejor sentido del término. Con la cabeza levantada, los brazos cruzados tras la espalda, habla ea voz baja, pero vibrante; ciertamente se rebaja al excusarse, pero invoca la simpatía que se debe a una madre que defiende al hijo.

Aunque nos sea imposible presumir nada en cuanto al grado de consciencia de las imágenes interiores así reveladas, sentimos que éstas conservan toda su potencia sobre la enferma.

Hay, por otra parte, ciertos fenómenos que no habría que confundir con la reticencia: ciertas amnesias y ciertas fallas de reconocimiento que, según veremos, se refieren de manera absolutamente sistemática a sus relaciones con ciertos actores del drama delirante.

Durante los primeros interrogatorios, la voz de Aimée era plana, sin tonalidad. la modestia de su actitud ocultaba mal la desconfianza. No obstante, se traslucían fácilmente los impulsos de esperanza para el porvenir. Es verdad que tales impulsos los apoyaba ella en razonamientos justificativos dudosos ("Una persona en el asilo es una carga para la sociedad. No puedo quedarme aquí toda la vida"); sin embargo, una consciencia justa de la situación estaba lejos de poder quitarles todo carácter plausible.

De la misma manera dejaba ver impetuosamente su angustia más grave, la de un divorcio posible. Este divorcio, deseado en otro tiempo por ella, según veremos, es ahora lo que teme más que nada; en efecto, si se dicta sentencia de divorcio contra ella, esto significará que deberá separarse de su hijo. El hijo parece ser el objeto único de sus preocupaciones.

En los interrogatorios ulteriores la enferma da muestras de mayor confianza, y a veces hasta de jovialidad, con alternancias de desaliento algunos días. El humor, sin embargo, se mantiene siempre en una tonalidad media, sin la menor apariencia ciclotímica.

Por lo demás, sus relaciones con el médico no están exentas de un eretismo imaginativo vagamente erotomaniaco.

Historia y temas del delirio

El delirio que ha presentado la enferma Aimée A. ofrece la gama casi completa de los temas paranoicos. En él se combinan estrechamente los temas de persecución y los temas de grandeza. Los primeros se expresan en ideas de celos, de prejuicios, en interpretaciones delirantes típicas. No hay, en cambio, ideas hipocondríacas, ni tampoco ideas de envenenamiento. En cuanto a los temas de grandeza, se traducen en sueños de evasión hacia una vida mejor, en intuiciones vagas de tener que llevar a cabo una excelsa misión social, en idealismo reformador, y finalmente en una erotomanía sistematizada sobre un personaje de sangre real.

Tracemos brevemente los rasgos más prominentes de estos temas y la historia de su aparición.

La historia clínica permite situar a la edad de veintiocho años, o sea diez años antes de su último internamiento, el comienzo de los trastornos psicopáticos de Aimée. Lleva a la sazón cuatro arios de casada, tiene un trabajo en la misma oficina de su marido, y está embarazada.

Aimée tiene, por esos días, la impresión de que cuando charlan entre si sus compañeros de trabajo, es para hablar mal de ella: critican sus acciones de manera insolente, calumnian su conducta y le anuncian desgracias. En la calle, los transeúntes cuchichean cosas contra ella y le demuestran su desprecio. En los periódicos reconoce alusiones dirigidas asimismo contra ella. Según parece, ya anteriormente le habla hecho a su marido una escena de celos muy desprovista de base. Las acusaciones se vuelven precisas y netamente delirantes: "¿Por qué me hacen todo eso? Quieren la muerte de mi hijo. Si esta criatura no vive, ellos serán los responsables."

La nota depresiva es bien clara. En el momento de su ingreso en la clínica, en una carta dirigida a nosotros (junio de 193 ...), la enferma escribe: *"Durante mis embarazos yo estaba triste,* mí marido me tomaba a mal mis melancolías, los pleitos vinieron, y me decía que estaba enojado conmigo porque yo habla andado con otro antes de conocerlo. Esto me hizo sufrir mucho."

Su sueño está atormentado por pesadillas. Sueña con ataúdes, y los estados afectivos del sueño se mezclan con las persecuciones diurnas.

Presenta toda clase de reacciones, las cuales son observadas con creciente alarma por las personas con quienes vive. Un día, revienta a navajazos los dos neumáticos de la bicicleta de un compañero de oficina. Una noche se levanta, coge una jarra de agua y se la echa a su marido en la cabeza; en otra ocasión, lo que sirve de proyectil es una plancha doméstica.

A todo esto, Aimée colabora ardientemente en la confección de la canastilla del bebé esperado de todos. En marzo de 192 ... da a luz una niña que nace muerta. El diagnóstico habla de asfixia a causa de haberse enredado el cordón umbilical. Este episodio produce una enorme conmoción en la enferma. Aimée imputa la desgracia a sus enemigos; bruscamente, parece concentrar toda la responsabilidad de esta desgracia en una mujer que durante tres años ha sido su mejor amiga. Esta mujer, que trabajaba a la sazón en una ciudad muy lejana, telefoneó poco después del parto para saber noticias, y Aimée encontró muy extraña la cosa. La cristalización hostil parece haberse iniciado allí

Por esos mismos días Aimée interrumpe bruscamente las prácticas religiosas que hasta entonces conservaba. Por otra parte, hace ya mucho tiempo que quienes están en relación con ella la rechazan en sus tentativas de expansión delirante. Así, pues, permanece hostil, muda, encerrada en sí misma durante días enteros.

El segundo embarazo la pone en un estado depresivo análogo al anterior, con la misma ansiedad, con el mismo delirio de interpretación. Finalmente nace un niño, en julio del año siguiente. La enferma (que tiene ahora treinta años) se entrega a él con un ardor apasionado; nadie más que ella se ocupa del bebé hasta que éste cumple cinco meses. Le da el pecho hasta la edad de catorce meses. Durante el amamantamiento, Aimée se va haciendo cada vez más interpretante, hostil para con todo el mundo, peleonera. Todos amenazan a su hijito. Provoca todo un incidente con unos automovilistas a quienes acusa de haber pasado demasiado cerca del cochecito del bebé. Estallan escándalos de toda índole con los vecinos. Ella habla de llevar el asunto a los tribunales.

Así las cosas, le llegan un día al marido, una detrás de la otra, estas dos noticias: a espaldas suyas Aimée ha presentado una carta de renuncia a la compañía que les da trabajo a los dos, y ha pedido pasaporte para los Estados Unidos, utilizando un documento falsificado para presentar la autorización marital que pide la ley. Lo que ella contesta es que tiene deseos de ir a buscar fortuna en los Estados Unidos: va a ser novelista. En cuanto al niño, confiesa que hubiera tenido que abandonarlo. En la época actual, esta confesión no provoca en ella una excesiva reacción de vergüenza: si se hubiera lanzado a esa empresa, habría sido por el bien de su hijo. Sus familiares le suplican que renuncie a sus locas imaginaciones. De estas escenas, la enferma conserva un recuerdo penoso. "Mi hermana -nos cuenta- cayó de rodillas y me dijo: Ya verás lo que te sucederá si no renuncias a esa idea." "Entonces -añade- tramaron un complot para arrancarme a mi hijo, niño de pecho, e hicieron que me encerraran en una casa de salud."

Conocemos ya su internamiento en el asilo privado de E., su permanencia de seis meses en ese lugar, y el diagnóstico que se pronunció: delirio de interpretación. Es difícil precisar actualmente los rasgos de discordancia que parecen colorear entonces el cuadro clínico. Tenemos una carta escrita por ella desde la casa de salud a un escritor (diferente de su futuro perseguidor) muchas veces mencionado por ella, como atestiguan sus familiares:

Domingo por la mañana, E...., Seine.

Señor:

Aunque yo no lo conozca a usted, le dirijo una ferviente súplica para pedirle que emplee la potencia de su nombre en ayudarme a protestar contra mi internamiento en la casa de salud de E ... Mi familia. no podía entender que yo pudiera salir de M ... y abandonar mi hogar, de ahí un complot, un verdadero complot y heme aquí en una casa de vigilancia, el personal es encantador, el doctor D. también, mi médico, le ruego que examine mi expediente con él y haga cesar una permanencia que no puede ser más que dañosa para mi salud. Señor novelista, usted se sentiría tal vez muy contento de estar en mi lugar, para estudiar las miserias humanas, interrogo a mis vecinas algunas de las cuales están locas, y otras tan lúcidas como yo, y cuando hubiera (sic) salido de aquí, ¡me propongo reventar verdaderamente de risa a causa de lo que me sucede¡ pues termino por divertirme realmente de ser siempre una eterna víctima, una eterna desconocida, Virgen santa, ¡qué historia la mía! usted la conoce, todo el mundo la conoce más o menos, se cuentan de mí tantos chismes, y como sé por sus libros que usted no es amigo de la injusticia, le pido que haga algo por mí. Señora A..., casa de salud, avenida de .... E .... Seine.

Llama la atención en esta carta una jovialidad bastante discordante con el conjunto de lo que se dice, y la frase 'Todo el mundo conoce más o menos mi historia" deja planteada la cuestión de si no se expresarán en ella ciertos sentimientos de penetración o de adivinación del pensamiento.

En todo caso, después de salir de la clínica "no curada", sino sólo mejorada, descansa durante algunos meses en el seno de la familia y vuelve a hacerse cargo del niño. Según parece, se ocupa de él en forma satisfactoria.

Se niega, sin embargo, a reasumir su trabajo en la oficina de la ciudad de E ... Más tarde le contará al médico experto que sus perseguidores la forzaron a salir de esa ciudad. En sus conversaciones con nosotros, lo que dice es que no tenía ánimo de reaparecer ante sus compañeros de trabajo con la vergüenza de un internamiento. Sometida a un interrogatorio más apretado, nos confía que en realidad seguía conservando una -inquietud profunda. "¿Quiénes eran los enemigos misteriosos que parecían estar persiguiéndola? ¿No tenía ella un alto destino que llevar a cabo?" Si quiso salir de su casa y trasladarse a la gran ciudad fue para buscar la respuesta de esas preguntas.

Así, pues, se dirige a la administración de la compañía y pide ser trasladada a París. Obtiene una respuesta afirmativa, y en agosto de 192 ... (cerca de seis años antes de su atentado) se viene a vivir en París

Es aquí donde construye progresivamente la organización delirante que precedió al acto fatal.

Según ella, la señora Z., su víctima, amenazó la vida de su hijo.

Cien veces se le hizo la pregunta de cómo habla llegado a abrigar semejante creencia.

Un hecho es patente: antes del atentado, la enferma no tuvo ninguna relación directa o indirecta con la actriz.

"Un día -dice Aimée- estaba yo trabajando en la oficina, al mismo tiempo que buscaba dentro de mí, como siempre, de dónde podían provenir esas amenazas contra mi hijo, cuando de pronto oí que mis colegas hablaban de la señora Z. Entonces comprendí que era ella la que estaba en contra de nosotros.

"Algún tiempo antes de esto, en la oficina de E..., yo habla hablado mal de ella. Todos estaban de acuerdo en declararla de fina raza, distinguida... Yo protesté, diciendo que era una puta. Seguramente por eso la traía contra mi."

Uno no puede menos de sentirse impresionado por el carácter incierto de semejante génesis. Una encuesta social muy cuidadosa que hicimos no pudo revelamos que Aimée le hubiera hablado a nadie de la señora. Z. Una sola de sus compañeras de trabajo nos refiere algunas vagas invectivas suyas contra "la gente de teatro".

La enferma nos hace notar, con exactitud, que poco después de su llegada a París los periódicos estaban llenos de los ecos de un proceso muy sonado, que ponía bajo los reflectores a su futura víctima. Y seguramente, al lado de las intuiciones delirantes, hay que dejarle un lugar al sistema moral de Aimée (cuya exposición coherente habremos de encontrar en sus escritos), o sea, en concreto, a la indignación que siente al ver la desmedida importancia que en la' vida pública se da a 'los artista?.

Por otra parte, Aimée reconoce que, a raíz de su llegada a París, vio por lo menos en dos ocasiones a la señora Z. en sus funciones de actriz, una vez en el teatro y la otra vez en la pantalla. Pero es incapaz de recordar qué obra se representaba en el teatro, a pesar de que sabe que pertenecía al repertorio clásico y de que, dada la amplitud de sus lecturas, debe resultarle bastante fácil dar con el titulo. El argumento de la película se' le escapa igualmente, si bien tenemos razones para pensar que no puede tratarse más que de una novela cuyo autor es precisamente P. B., su principal perseguidor. ¿Habrá aquí un disimulo destinado a ocultamos un acoso pasional asiduo? Creemos más bien que se trata de una especie de amnesia electiva, cuyo alcance trataremos de demostrar más tarde.

Sea como fuere, el delirio interpretativo prosigue su marcha. No todas las interpretaciones giran en torno a la actriz, pero si un gran número de ellas. Estas interpretaciones surgen de la lectura de los periódicos y de los carteles, así como de la vista de las fotografías publicitarias. "Ciertas alusiones, ciertos equívocos en el periódico me fortificaron en mi opinión", escribe la enferma. Un día, Aimée lee en el periódico *Le Journal (y* la enferma precisa el año y el mes) que su hijo va a ser asesinado "porque su madre era una maldiciente" y una "inmoral" y había alguien decidido a "vengarse de ella". Así estaba escrito, con todas sus letras. Había, además, una fotografía que mostraba el frontón de su casa natal en la Dordogne, donde su hijo pasaba entonces sus vacaciones, y se le veía aparecer, en efecto, en una esquina de la fotografía. Otra vez, la enferma tiene noticia de que la actriz viene a actuar en un teatro que está muy cerca de donde ella vive, y la noticia la agita muchisimo. "Es para provocarme."

Todos los elementos turbios de la actualidad son utilizados por el delirio. El asesinato de Philippe Daudet es evocado con frecuencia por la enferma. Alude a él en sus escritos.

Los estados de ansiedad onírica desempeñan un papel importante. La enferma ve en sueños a su hijo "ahogado, asesinado, raptado por la G. P. U." Cuando despierta, se halla en un estado de ansiedad extrema. Está en verdad esperando de un momento a otro el telegrama en que se le va a decir que la desgracia ya ha ocurrido.

Más o menos un año antes del atentado, según nos cuenta una de sus compañeras de trabajo, Aimée está obsesionada por la amenaza que la guerra significa para su hijo. Este miedo se expresa con tal inminencia que, considerando la corta edad de su hijito, todos se burlan de ella, y esta conversación llega a ser una de sus raras ,expansiones.

"Temía mucho por la vida de mi hijo -escribe la enferma-, si no, le sucedía una desgracia ahora, le sucedería más tarde, a causa de mi, y yo seria una madre criminal."

Estos temores, en efecto, presentan en el espíritu de Aimée un grado variable de inminencia. En las ansiedades post-oniricas son amenazadores de una manera inmediata; otras veces, por el contrario, se refieren a un futuro indeterminado. "Harán morir a mi hijo en la guerra, lo harán batirse en duelo." En ciertos periodos, la enferma parece haberse tranquilizado. Persiste, sin embargo, la idea obsesiva. "Nada es urgente -se dice a si misma-, pero *allá se está amasando la tormenta."*

La futura víctima no es la única perseguidora. Así como ciertos personajes de los mitos primitivos se revelan como "dobletes" de un tipo heroico, así detrás de la actriz aparecen otras perseguidoras, cuyo prototipo último, según habremos de ver, no es ella misma. Esas otras perseguidoras son Sarah Bernhardt, estigmatizada en los escritos de Aimée, y la señora C., esa novelista contra la cual quería publicar artículos en un periódico comunista. Así pues, es fácil ver cómo la perseguidora "seleccionada" por Aimée, o sea la señora Z., tiene un valor más representativo que personal. La señora Z. es el tipo de la mujer célebre, adulada por el público, la mujer que "ha llegado" y vive en el lujo. Y si la enferma emprende en sus escritos una invectiva vigorosa contra tales vidas, hay que subrayar la ambivalencia de su actitud, pues, como veremos, ella misma quisiera ser una novelista, vivir la vida en grande, tener influencia sobre el mundo.

Parecido a ese enigma es un segundo enigma, o sea el planteado por la implicación del novelista P. B. en el delirio de Aimée. Ya hemos visto cómo, en sus primeras declaraciones, hechas bajo el impulso de la convicción todavía persistente, este perseguidor figuraba en el primer plano de su delirio.

Se podría pensar, de acuerdo con ciertas expresiones empleadas por la enferma, que la relación delirante, en un principio, fue aquí de naturaleza erotomaniaca, y que posteriormente pasó a la etapa de despecho. En el informe del doctor Truelle se puede leer, en efecto, que según ella fue P. B. quien "la obligó a abandonar a su marido"; "se daba a entender que ella estaba enamorada de él, se decía que eran tres". Si vemos las cosas más de cerca, no nos es difícil descubrir que desde un principio se trató de una relación ambivalente, no distinta, salvo en algún matiz, de la relación que vincula a Aimée con su principal perseguidora. "Yo creía -nos escribe la enferma- que me iban a obligar a tornarlo como por una liaison espiritual: encontraba eso odioso, y si hubiera podido, me hubiera ido de Francia." En cuanto a las relaciones que Aimée imagina entre esos dos perseguidores principales, no nos dan mayores luces. Ella no creía que fuesen amantes, "pero hacen como si fuera eso... pensaba que allí había intrigas, como en la corte de Luis XIV'.

También la fecha de aparición del perseguidor masculino en el delirio sigue siendo un problema. Contrariamente al contenido del informe médico-legal, la enferma siempre ha sostenido en sus conversaciones con nosotros que no fue sino después de su llegada a París cuando él ocupó un lugar en su delirio.

Nos encontramos aquí frente a la misma imprecisión en las conjeturas iniciales, la misma amnesia en la evocación de sus circunstancias, aspecto sobre el cual ya hemos insistido. A pesar de estas particularidades, la revelación del perseguidor ha dejado bien grabado en la enferma el recuerdo de su carácter iluminativo. "Aquello dio una especie de rebote en mi imaginación", nos ha declarado en varias ocasiones al evocar ese instante. Y añade esta explicación, probablemente secundaria: "Pensé que la señora Z. no podía ser la única en estarme perjudicando tanto y tan impunemente, sino que de seguro estaba sostenida por alguien importante." Lectora asidua de novelas recién aparecidas, y ávidamente al corriente de los éxitos de los autores, Aimée veía, en efecto, como algo inmenso el poder de la celebridad literaria.

Aimée creyó reconocerse en varias de las novelas de P. B. Veía en ellas alusiones incesantes a su vida privada. Se cree aludida por la palabra choléra ["el cólera"], que aparece a la vuelta de un renglón, y se cree escarnecida por la ironía del escritor cuando en alguno de sus párrafos aparecen estas exclamaciones: "¡Qué porte, qué gracia, qué piernas!"

Estas interpretaciones parecen tan fragmentarias como inmediatas e intuitivas. No es menos deleznable la argumentación que emplea Aimée en otra ocasión. Le ha pedido con insistencia a una amiga que lea cierta novela de P. B.; "Es exactamente mi historia" le ha dicho. Pero la amiga se ha quedado sorprendida por no hallar ningún parecido, y ella le contesta: "¿No le roban unas cartas a la heroína? Pues a mí también me las han robado", etcétera.

Se puede descubrir, por lo demás, que el perseguidor tiene los mismos "dobletes" que la

perseguidora. Son R. D. y M. de W., redactores en *Le Journal.* En artículos de ellos, Aimée ha reconocido alusiones y amenazas. En algunos borradores de escritos que hemos podido estudiar, encontramos sus nombres cubiertos de invectivas. A veces, un sobrenombre de intención estigmatizante enmascara a la persona a quien quiere designar: as¡, "Robespierre', personaje aborrecido por ella, designa a veces a P. B., "que dirige contra ella escándalos, mancomunado con las actrices". Estos personajes la han plagiado, han copiado sus novelas inéditas y su diario íntimo. "Hay que ver-escribe- las copias que han hecho a mis espaldas." "El periódico *L´Oeuvre* -escribe asimismo- ha sido lanzado contra mis espaldas." Piensa, en efecto, que este periódico ha sido subvencionado para oponerse a su misión benéfica.

Sobre los temas delirantes llamados de grandeza, se hace más difícil recabar informaciones mediante el interrogatorio. Pero sabemos que, en la época en que su delirio estaba floreciente, Aimée sostenía categóricamente, frente al encogimiento de hombros de sus familiares, sus acusaciones megalomaniacas contra el periódico *L´Oeuv*re. Por otra parte, han llegado a nuestras manos algunos borradores de panfletos calenturientos en los cuales se lanzaba contra aquellos que ("ella lo comprendía") estaban envidiosos de "su cetro!'. Actualmente, cada vez que mencionamos esas o parecidas palabras, ella nos suplica que no sigamos: las encuentra inmensamente ridículas.

La ideología implicada con esa actitud podrá parecemos muy pobre e inconsistente; sin embargo, es importante que nos esforcemos por penetrar en ella, porque es una manera de hacer comprensibles, en parte, las persecuciones que aquejan a la enferma.

En efecto, todos estos personajes, artistas, poetas, periodistas, son odiados colectivamente como fautores prominentes de las desgracias de la sociedad. "Es una mala raza, una ralea"; esos seres "no vacilan en provocar con sus fanfarronadas el asesinato, la guerra, la corrupción de las costumbres, con tal de conseguir un poco de gloria y de place?. "Viven --,escribe nuestra enferma- de la explotación de la miseria que ellos mismos desencadenan."

Ella, Aimée, se sabia llamada para reprimir semejante estado de cosas. Esta convicción estaba fundada en las aspiraciones vagas y difusas de un idealismo altruista. Quería realizar el reinado del bien, La fraternidad entre los pueblos y las razas".

Acerca de estos temas., Aimée se expresa con suma repugnancia, y fue apenas pasado casi un año de su entrada en la clínica cuando un día se confesó a nosotros, a condición de que no pusiéramos en ella nuestra mirada durante la confesión. Nos revelé entonces tus ensoñaciones, verdaderamente conmovedoras, a causa no sólo de su puerilidad, sino también de un como candor entusiasta que sería difícil describir. "Debía ser el reinado de los niños y de las mujeres. Todos debían andar vestidos de blanco. Era la desaparición del reinado de la maldad sobre la tierra. No debía ya haber guerra. Todos los pueblos debían estar unidos. Debía ser hermoso', etc.

En gran número de escritos íntimos manifiesta Aimée los sentimientos de amor y de angustia que le inspiran los niños, sentimientos que se hallan en una relación evidente con sus preocupaciones y sus temores en cuanto a su propio hijo. Se siente en ella una participación muy emotiva en los sentimientos de la infancia, en sus tormentos, en sus penalidades físicas. Lanza entonces invectivas contra los adultos, contra el descuido de las madres frívolas.

Ya hemos visto que Aimée se siente alarmada por la suerte futura de los pueblos. La persiguen obsesivamente las ideas de la guerra y del bolchevismo, que se mezclan con sus responsabilidades para con su hijo. Los gobernantes olvidan el peligro de la guerra; sin duda bastará con recordárselo: para ese papel se cree destinada ella. Pero los pueblos han caído en manos de malos pastores. Ella recurrirá entonces a autoridades benéficas, al pretendiente de Francia, al príncipe de Cales. A este último le suplica que haga un viaje a Ginebra para pronunciar un gran discurso.

La importancia de su papel en todo esto es inmensa, de una inmensidad proporcionada a su imprecisión misma. Sus ensueños, por lo demás, no son puramente altruistas. Le está reservada una carrera de "mujer de letras y de ciencia?. Los caminos más diversos están abiertos para ella: novelista ya, cuenta también con "especializarse en química". Más adelante llamaremos la atención sobre el esfuerzo, desordenado pero real, que hizo entonces para adquirir los conocimientos que le faltan.

Al mismo tiempo sabe "que debe ser algo en el Gobierno", ejercer una, influencia, ser una guía para determinadas reformas. Esto es independiente de sus otras esperanzas de gloria: la cosa tendrá que producirse por la virtud de su influencia, o de alguna predicación. "Debía ser algo así como Krishnamurti", nos dice, ruborizándose.

Mientras tanto, la idea de este apostolado la arrastra a empresas bastante extrañas. Durante un período (breve, por cierto), esta mujer, de costumbres muy regulares, según lo ha comprobado la encuesta que hicimos, se cree en la obligación de "ir a los hombres" lo cual quiere decir que detiene al azar a los transeúntes y les dice cosas brotadas de su vago entusiasmo. Aimée nos confiesa que de esa manera trataba también de satisfacer la "gran curiosidad" que tenia de 'los pensamientos de los hombre?. Pero los pensamientos de los hombres no le permiten detenerse a medio camino: más de una vez se ve arrastrada por ellos a hoteles en los cuales, quiéralo o no, le es preciso desempeñar su parte. Este período, que ella llama "de disipación", es corto. Aimée lo sitúa en 192... (tres años antes de su internamiento). Por lo demás, su alcance psicológico exacto es algo complejo; en una carta dice que de ese modo trataba de olvidar a P. B. (?).

A medida que nos acercamos al término fatal, se va precisando un tema: el de una erotomanía que tiene por objeto al príncipe de Gales. ¿Qué papel desempeñó, en la instalación de ese tema, la necesidad de recurrir a una personalidad benévola? Es difícil decirlo. Lo que es seguro es que una parte del delirio (una parte difícil de elucidar) lleva esa nota de necesidad de benevolencia. Aimée le dijo al médico legista que, poco antes del atentado, había en París unos carteles de gran tamaño en los cuales se le hacia saber a P. B. que, si continuaba, sería castigado. Así, pues, la enferma cuenta con protectores poderosos, pero por lo visto no los conoce bien. Con respecto al príncipe de Gales, la relación delirante es mucho más precisa. Tenemos un cuaderno en el que Aimée escribe cada día, con la fecha y la hora, una pequeña efusión poética y amorosa que le dirigí.

28 de enero de 193...

Voy corriendo al Quai d'Orsay
Para mirar a mi dueño
Mi dueño, mi bien amado
Por la ventana he saltado

Pelo rubio como el sol
El infinito en sus ojos
Una silueta alta y fina
¡Ay¡ yo deseo seguirla

Yo quedo toda turbada,
Día y noche se trastornan
El río helado no puede
Anegar todo mi anhelo
Con su Alteza la distancia
Es inmensa, y nadie puede

Vencerla de un aletazo.
El corazón no es rebelde.
Abro, tranquila, mi puerta
Desfila toda mí escolta
Están allí mis asiduos
La tristeza, el desaliento
Pero ese día se sienta
Muy cerca de mi ventana
En persona de mi dueño
El valor sin abandono.
Los viajes, qué azoramiento
Atentados, accidentes
¡Cómo todo se acumula
y las salidas de mulas
Que su Alteza me permita
Decirle cuanto le digo
Me preocupa lo indecible
la perfidia de esas bestias

Cuando las águilas vuelen
Por sobre la Cordillera
Los Windsor se medirán
Con los Grandes de la Tierra.

Aimée mezcla a la Alteza augusta con sus preocupaciones sociales y políticas; a ella se dirigirá al final, intentando un último recurso. El cuarto del hotel en que vivía estaba tapizado de retratos del príncipe; coleccionaba igualmente recortes de periódico en los cuales se hablaba de su vida y de sus andanzas. No parece haber tenido la tentación de acercarse a él durante unos días que pasé en París, a no ser mediante un vuelo metafórico (poema citado). En cambio, parece haberle mandado por correo,, y no pocas veces, sus poemas (un soneto cada semana), así como peticiones y cartas, una de ellas con ocasión de un viaje del príncipe a América del Sur, instándolo a cuidarse de las trampas de M. de W. (ya mencionado antes), director de la agencia Presse Latine, que "da la consigna a los revolucionarios en los periódicos con palabras en cursiva". Pero, detalle significativo, excepto ya casi al final, Aimée no firma sus cartas.

Nos encontramos -y vale la pena hacerlo notar- en presencia del tipo mismo de la erotomanía, según la descripción de los clásicos, suscrita por Dide. La característica mayor del platonismo se muestra aquí con toda la nitidez deseable.

Así constituido, y a pesar de los brotes de ansiedad aguda, el delirio -hecho digno de consideración- no se tradujo en ninguna reacción delictuosa durante más de cinco años. Es verdad que en los últimos años se producen ciertas situaciones alarmantes. La enferma experimenta la necesidad de "hacer algo" pero, cosa notable, esta necesidad se traduce primeramente en un sentimiento de estar faltando a deberes desconocidos, que ella relaciona con los imperativos de su misión delirante. Sin duda, si consigue publicar sus novelas, sus enemigos retrocederán espantados.

Ya hemos mencionado sus quejas a las autoridades, sus esfuerzos por lograr que un periódico comunista acepte sus ataques contra una de sus enemigas y su importuna insistencia ante el director de este periódico, conducta que le vale incluso la visita de un inspector de policía, el cual procede a una intimidación bastante ruda.

Por lo menos, Aimée quiere tener una explicación con sus enemigos. Encontramos, anotadas en hojas sueltas, las direcciones de sus principales perseguidores. Un episodio bastante pintoresco fue la entrevista que obtuvo, durante el primer año, de su permanencia en París, del novelista P. B., a quien ella quería "pedirle explicaciones?. Por esa época la enferma está todavía lejos de la etapa de las violencias; pero es muy fácil imaginar la sorpresa y el malestar del escritor a través del breve relato que ella nos hizo de esa entrevista: "Fui a la librería a preguntar si lo podía ver, el librero me dijo que cada mañana pasaba por allí para recoger su correspondencia y lo esperé delante de la puerta, me presenté a él y él me propuso dar una vuelta por el bosque [el Bois de Boulogne] en coche, cosa que acepté; durante este paseo lo acusé de andar diciendo cosas malas de mi, él no me respondió, al final me trató de mujer misteriosa' y luego de impertinente, y nunca más volví a verlo."

En los ocho últimos meses antes del atentado, la ansiedad va creciendo más y más. Aimée siente entonces cada vez más la necesidad de una acción directa. Le pide al gerente de su hotel que le preste un revólver, o, ya que él se lo niega, cuando menos un bastón "para espantar a esas gente?, o sea los editores que se han burlado de ella.

Aimée ponía sus últimas esperanzas en las novelas que había ofrecido a la editorial G. De ahí su inmensa decepción, su reacción violenta, en el momento en que se las devuelvan con una negativa. Es deplorable que no se la haya internado entonces

Se vuelve entonces a quien es su último recurso, o sea el príncipe de Gales. En estos últimos meses comienza ya a mandarle cartas firmadas. Al mismo tiempo le envía sus dos novelas, mecanografiadas, encuadernadas con una pasta de cuero de un lujo conmovedor. Estas piezas le fueron devueltas, acompañadas de la fórmula protocolar siguiente:

Buckingham Palace.

The Private Secretary is returning the typed manuscrípts which Madame A. has been good enough to send, as ¡t ís contrary to Their Majestíes' rule to accept presents from those with whom they are not personally acquainted.

April, 193 ...

Este documento está fechado la víspera del atentado. La enferma estaba en la cárcel cuando le llegó.

En los últimos meses, por otra parte, los conflictos con sus familiares se estaban haciendo verdaderamente alarmantes. Las cosas que hacia o decía no podían ser acogidas con el discernimiento que hubiera sido menester. Algunas tentativas de explicación de sus tormentos son rechazadas brutalmente. Entonces toma la resolución de divorciarse y de salir de Francia con el niño. En el mes de enero que precede al atentado, manifiesta sus intenciones a su hermana, en una escena en que muestra una agitación interior y una violencia de expresión tales, que la hermana las recuerda todavía con espanto. "Es preciso -le dijo Aimée- que estés dispuesta a atestiguar que André [su marido] me golpea y golpea al niño. Quiero divorciarme y quedarme con el niño. Estoy

dispuesta a todo. Si no, lo mataré." Una cosa digna de notarse es que los familiares de la enferma no temen menos sus amenazas para el niño que para el marido.

A partir de entonces hay escenas continuas, en las cuales ella insiste en el divorcio. Además, sus visitas a la casa conyugal en la ciudad de E..., que se hablan ido espaciando, se hacen de una frecuencia casi cotidiana. No se despega ya de su hijo, lo acompaña hasta la escuela y viene a recogerlo a la salida, cosa que, evidentemente, el niño no encuentra muy de su gusto.

Aimée nos dice que en esos meses vivía en el temor perpetuo e inminente del atentado que se estaba tramando contra su hijo. Su familia, claro, no ve en su nueva actitud más que un celo intempestivo, y le ruega, sin miramientos, que se deje de unas importunidades que perjudican al niño.

La enferma está cada vez más trastornada. Un mes antes del atentado, va "a la manufactura de armas de Saint-Etienne, en la plaza Coquillére" y escoge una "navaja grande de caza que habla visto en el escaparate, con una vaina".

Mientras tanto, en su estado de emoción extrema, Aimée se forja verdaderos razonamientos pasionales. Le es preciso ver a su enemiga cara a cara. "¿Qué pensará de mí-se dice, en efecto- si no me hago presente para defender a mi hijo? Que soy una madre cobarde." No encontró la dirección de la señora Z. en la guía telefónica, pero averiguó en qué teatro estaba actuando cada noche.

Un sábado de abril, a las siete de la tarde, se disponía a salir, como venía haciendo cada semana, a casa de su marido. 'Todavía una hora antes de ese desdichado acontecimiento, no sabia todavía adónde iría, y si no tomaría el camino de costumbre para estar cerca de mi muchachito."

Una hora después, empujada por su obsesión delirante, Aimée se encuentra en la puerta del teatro y hiere a su víctima. "En el estado en que me hallaba yo entonces -nos ha dicho más de una vez la enferma- habría atacado a cualquiera de mis perseguidores, si hubiera podido dar con alguno de ellos o si me lo hubiera encontrado de casualidad." Más de una vez, hablando con nosotros, Aimée hará aquí una pausa y, no sin un gesto de escalofrío, reconocerá que hubiera sido capaz de atentar contra la vida de cualquiera de esos inocentes.

Ninguna sensación de alivio sigue al acto. Aimée se muestra agresiva, esténica, y sigue expresando su odio contra su víctima. Sostiene sus afirmaciones delirantes con todo lujo de detalles ante el comisario, ante el director de la cárcel y ante el médico egista. "El director de la cárcel y su mujer vinieron a preguntarme por qué había hecho eso, a mi me sorprendía ver que nadie reconocía el mal proceder de mí enemiga." "Señor Doctor escribe asimismo en un recado de un tono sumamente correcto, fechado quince días después de su encarcelamiento-, yo quisiera pedirle que haga rectificar el juicio que los periodistas han echado sobre mi, me han llamado *neurasténica,* eso puede perjudicarme para mi futura carrera de mujer de letras y de ciencias."

"Ocho días después de mi entrada -nos refiere posteriormente-, en la prisión de Saint-Lazare, le escribía al gerente de mi hotel, para decirle que me sentía muy desgraciada porque nadie quería oírme, ni creer lo que decía, le escribía también al príncipe de Cales para decirle que las actrices y las gentes de letras me estaban haciendo cosas graves."

Hemos examinado el borrador de esa carta al príncipe; se destaca entre las demás por la incoherencia de su estilo.

En largas conversaciones con sus compañeras de cárcel -"una bailarina rusa que había disparado contra el comisario de policía porque era una bolchevique, una ladrona de tiendas y una danesa acusada de estafa" (según precisa ella)-, les habla de las persecuciones que ha sufrido. Las tres mujeres hacen señales de asentimiento, la alientan, la aprueban. "Veinte días después -nos escribe la enferma-, a la hora en que todo el mundo estaba acostado, hacia las siete de la tarde, me puse a sollozar y a decir que esa actriz no tenía nada contra mi, que yo no hubiera debido asustarla, mis vecinas quedaron tan sorprendidas que no querían creerlo y me hicieron repetir: ¡pero ayer todavía usted estaba diciendo horrores de ella! y se quedaron aturdidas. Fueron a decírselo a la Superiora de las religiosas que quería a toda costa mandarme a la enfermería."

Todo el delirio se derrumbó al mismo tiempo, "el bueno como el malo". nos dice ella. Se le muestra toda la vanidad de sus ilusiones megalomaniacas al mismo tiempo que la inanidad de sus miedos.

Aimée ingresa en el asilo veinticinco días después.

Examen y antecedentes físicos

La enferma es de una estatura superior a la media. La constitución del esqueleto es amplia. Osamenta torácica bien desarrollada, por encima del término medio observado entre las mujeres de su clase. Ni adiposidad ni flacura. Cráneo regular. Las proporciones cráneo-faciales son armoniosas y puras. Tipo étnico bastante hermoso. Ligera disimetría facial, que queda dentro de los limites en que se la observa constantemente. Ninguna señal de degenerescencia. No hay señales somáticas de insuficiencia endócrina.

Ligera taquicardia (n = 100), en los primeros días de su internamiento. La palpación revela la existencia de un ligero bocio, de índole endémica, que afecta asimismo a la madre y a la hermana mayor. En el periodo que precedió al primer internamiento, ese bocio estaba bajo tratamiento médico (¿extracto tiroideo?). Aimée solía tomar la medicina "sin seguir las recetas y por cantidades masiva?.

Un mes después de su ingreso, el pulso ha vuelto a 80. La presión en los globos oculares, ejercida durante un minuto, da en el segundo cuarto de minuto una caída de la frecuencia a 64.

Durante varios meses conserva un estado subfebril ligero, cripto-genético, de tres o cuatro décimas por encima de la media matinal y vesperal. Poco antes de su matrimonio contrajo una congestión pulmonar -de origen gripal (1917)-, y hubo sospecha de bacilosis. Exámenes radioscópicos y bacteriológicos repetidos han arrojado un resultado negativo. La radiografía nos muestra una opacidad biliar a la izquierda. Los demás exámenes, negativos. Pérdida de cuarto kilos de peso durante los primeros meses de su permanencia; peso recuperado más tarde, y luego vuelto a perder; estabilizado en los últimos meses en 61 kilos.

Examen neurológico negativo B. W. y otras reacciones serológicas negativas en la sangre y el liquido cefalorraquideo. B. W. del marido, negativo también. Durante los seis primeros meses de su

internamiento, interrupción de las reglas, por lo general normales. Metabolismo basal medido en varias ocasiones: normal.

Dos partos, cuyas fechas ya hemos registrado. Una criatura nacida muerta por asfixia debida a estrangulamiento con el cordón umbilical. No se encontró ninguna anomalía fetal ni placentaria. Caries dentales en gran número durante los dos embarazos. La enferma lleva dentadura postiza en la mandíbula superior.

Segundo hijo, varón bien desarrollado, de buena salud. Tiene actualmente ocho años. Normal en la escuela.

A propósito de los antecedentes somáticos, vale la pena señalar este hecho: la vida que llevaba la enferma desde que se instaló en París, trabajando en su oficina de las siete de la mañana a la una de la tarde, y luego preparando su bachillerato, corriendo a alguna biblioteca y leyendo desaforadamente, está marcada por un evidente *surmenage* intelectual y físico. Aimée se alimentaba de manera muy defectuosa, sucinta e insuficiente por la prisa, y a horas irregulares. Durante años, aunque solamente desde que se trasladó a París, estuvo tomando cada día cinco o seis tazas de café, preparado por ella misma y muy fuerte.

El padre y la madre, campesinos, viven todavía. Dentro de la familia, la madre tiene fama de estar afectada de "locura de persecución". Hay una tía que ha roto con todos y ha dejado fama de revoltosa y de desordenada en su conducta.

La madre tuvo ocho embarazos: tres hijas antes de nuestra enferma, un aborto después de ella, y por último tres varones. Sólo viven seis de los hijos. La familia insiste mucho en la importancia que debe haber tenido una emoción violenta sufrida por la madre durante la gestación de nuestra enferma, un accidente trágico que

le costó la vida a la mayor de las hijas, la cual, a la vista de su madre, se cayó en la boca abierta de un horno ardiendo y murió muy rápidamente de quemaduras graves

Antecedentes de capacidad y fondo mental

Inteligencia normal, por encima de las pruebas de test empleadas en el servicio.

Estudios primarios buenos. Obtiene su certificado simple. Es reprobada en un examen destinado a dirigirla hacia la enseñanza primaria. No persevera. A los dieciocho años, después de un examen de admisión, es aceptada en la compañía en que ha seguido trabajando, y a los veintiún años obtiene un lugar excelente en el examen público que asegura su opción a un titulo y sus derechos. Durante su permanencia en París es reprobada en un examen más elevado; al mismo tiempo preparaba (a la edad de treinta y cinco años) sus exámenes de bachillerato. En éstos es reprobada tres veces.

Es considerada por sus jefes y sus compañeros como muy cumplidora, un verdadero "caballo de labor" y a causa de ello es tratada con consideraciones en sus trastornos de humor y de carácter. Se le da una ocupación que le permite trabajar aislada en parte de los demás. La encuesta que se hizo entre sus jefes no revela ninguna falla profesional hasta los últimos días de su libertad. Todo lo contrario: el día que siguió al atentado llegaba a su oficina una carta en la cual se le notificaba que habla sido ascendida.

Hemos descrito en páginas anteriores la reducción actual de su delirio. En sus respuestas a los interrogatorios se expresa con oportunidad y con precisión. Las vaguedades y los amaneramientos no se introducen en su lenguaje sino en los momentos en que se le hace evocar ciertas experiencias delirantes, hechas a su vez de intuiciones imprecisas e indecibles por las vías de la lógica. Lo mismo cabe decir de las cartas que nos dirige. En cierto momento le pedimos que nos contara su historia por escrito. El título que dio a esta autobiografía es "Las confesiones de Bécassine" ["Agachadiza": pájaro]. Pero en el relato mismo, la frase es breve y bien redondeada; no hay ningún rebuscamiento, el ritmo del relato, hecho notable tratándose de una enferma como ella, no está retardado por ningún circunloquio, ningún paréntesis, ninguna repetición, ningún raciocinio formal. Más adelante reproduciremos largos pasajes de sus escritos del período delirante.

Comportamiento en el asilo. Trabajo y actitud mental

Aimée nunca ha dado motivo para ningún trastorno en el buen orden del servicio. Reduce el tiempo que podría consagrar a sus trabajos literarios para dedicarse a hacer gran número de labores de aguja que luego reparte entre el personal de servicio. Estas labores son de hechura delicada, de ejecución cuidadosa, pero de un gusto poco educado.

Recientemente la hemos adscrito al servicio de la biblioteca, con resultados satisfactorios

En sus relaciones con las demás enfermas muestra tacto y discernimiento. Nada más gracioso que las satisfacciones diplomáticas que ha sabido dar a una delirante paranoica grave, erotómana, como ella, del príncipe de Gales, pero que, a diferencia de ella, se ha quedado firme en sus convicciones delirantes. Por supuesto que nuestra enferma tiene la superioridad, si no de la actitud, por lo menos de la indulgencia y de la ironía. Sin embargo, la otra enferma se ha negado a todo diálogo a raíz de unas discusiones muy agitadas sobre el reciente proceso del asesino del presidente Doumer.

Las anomalías de comportamiento son raras; son sobre todo risas solitarias que parecen inmotivadas, y bruscas caminatas por los corredores: son fenómenos poco frecuentes, que no han

sido observados más que por las enfermeras.

Ninguna variación ciclotímica apreciable.

La enferma mantiene de manera habitual una gran reserva en su actitud. Detrás de ésta, da la impresión de que sus incertidumbres interiores distan mucho de haberse apaciguado. Vagas reapariciones de la erotomanía pueden adivinarse bajo sus efusiones literarias, pero allí se quedan. No se puede hablar de reincidencia en el delirio.

"Regresar a la oficina, trabajar, volver a ver a mi hijo-suele decirnos-: ésa es toda mi ambición."

No obstante, los proyectos literarios pululan dentro de su cabeza: quiere escribir "una vida de Juana de Arco, unas cartas de Ofelia a Hamlet". "¡Cuántas cosas no escribiría yo en estos momentos si estuviera libre y tuviera libros!"

Citemos una carta que nos mandó durante el segundo mes de su permanencia en la clínica. El tono es curioso y, por debajo de las retractaciones que expresa, la autenticidad del renunciamiento parece ambigua.

Después de hablar de su hermana en términos muy curiosos (sobre los cuales tendremos que volver), añade: "Ella sabe que soy muy independiente, yo me habla consagrado a un ideal, una especie de apostolado, el amor del género humano al cual yo lo subordinaba todo. Lo he perseguido con una perseverancia renovada día tras día, llegaba hasta el extremo de desprenderme de todos los lazos terrestres o de despreciarlos y dedicaba toda la agudeza de mi sufrimiento a las fechorías que azotan a la tierra... Ahora que los acontecimientos me han reintegrado a mi modestia, mis planes han cambiado y no pueden ya trastornar en nada la seguridad pública. No me voy a atormentar ya por causas ficticias, y cultivaré la calma y la expansión del espíritu. Haré de manera que mi hijo y mi hermana no tengan ya motivos de queja contra mi a causa de mí desinterés, que ha sido excesivo."

Actualmente, Aimée, parece encontrar su satisfacción en la esperanza de salir de la clínica, salida que ella no concibe como muy próxima, pero si como segura.

Producciones literarias

Ya hemos mencionado e incluso citado ciertos escritos de la enferma. Vamos a detenernos ahora en las producciones propiamente literarias que ella destinaba a la publicación.

El interés de su singularidad justificarla ya por si solo el lugar que les concedemos; pero es que, además, tienen un alto valor clínico desde un doble punto de vista. Estos escritos nos informan acerca del estado mental de la enferma en la época de su composición; y, sobre todo, nos permiten captar en vivo ciertos rasgos de su personalidad, de su carácter, de los complejos afectivos y de las imágenes mentales que la habitan, y estos puntos de vista suministrarán unos materiales preciosos para nuestro estudio de las relaciones del delirio de la enferma con su personalidad.

Tenemos, en efecto, la fortuna de poder publicar, siquiera sea parcialmente, esas dos novelas que la enferma, después de recibir la negativa de varias editoriales, envió como último recurso a la corte real de Inglaterra.

Las dos novelas fueron escritas por la enferma en los ocho meses que precedieron al atentado, y ya hemos dicho en qué relación con el sentimiento de su misión y con el de la amenaza inminente contra su hijo.

La primera está fechada en agosto-septiembre de 193... y, según la enferma, fue escrita de un solo tirón. El conjunto del trabajo hubiera podido llevarse a cabo en un lapso no mayor de ocho días, pero hubo una interrupción de tres semanas, de cuya causa nos ocuparemos más adelante; la segunda fue compuesta en diciembre del mismo año, en un mes más o menos, y "en una atmósfera de fiebre".

Digamos, ante todo, que las dos novelas han llegado a nuestras manos en forma de ejemplares mecanografiados, en los cuales no aparece ninguna particularidad tipográfica. Este rasgo queda confirmado por los borradores y manuscritos que tenemos de ellas, y es lo opuesto de la presentación habitual de los escritos debidos a la pluma de paranoicos interpretantes: mayúsculas iniciales en sustantivos comunes, subrayados, palabras que se destacan de las demás, tintas diversas, rasgos simbólicos, todos ellos, de las estereotipias mentales."

El grafismo mismo impresiona ante todo por su rapidez, su altura oscilante, su línea discontinua, la falta de puntuación. Todos estos rasgos se acentúan en los períodos correspondientes a una exaltación delirante.

Hemos propuesto algunas muestras de ese grafismo a la atención de nuestro amigo Guillaume de Tarde, que, iniciado desde hace mucho por su padre (el eminente sociólogo) en el análisis grafológico, suele practicarlo para divertir sus ocios. He aquí, anotados al correr de la palabra, los rasgos por él observados:

"Cultura. Personalidad. Sentido artístico instintivo. Generosidad. Desdén por las cosas pequeñas y por las intrigas menudas. Nada de vulgaridad.

"Fondo de candor, de virginidad de alma, con rasgos de infantilismo. Reacciones, sueños, miedos de niño.

"Vuelo interior, no sin capacidad de irradiación. Agitación, no sin lado simpático. El uno y la otra, sin embargo, de una calidad más intelectual que afectiva.

"Gran sinceridad para consigo misma. Indecisión. Voluntariosa a pesar de todo.

"Ternura. Muy poca sensualidad. Accesos de angustia, que desarrollan en ella un cierto espíritu de maquinación, posibilidades de maldad.

"Fuera de los accesos persiste en la enferma, no una hostilidad, ni una desconfianza verdadera, sino más bien una inquietud continua, fundamental, sobre sí misma y sobre su situación."

Nos excusamos ante nuestro amigo por transcribir, sin haberlas sometido a su revisión, estas

expresiones completamente verbales, que quizá no suscribiría él en todo rigor. Las hemos encontrado demasiado notables para no reproducirlas aquí, aunque sea bajo una forma imperfecta que no debe imputarse más que a nosotros mismos.

El valor de estas obras es desigual; no cabe duda de que la segunda traduce un descenso de nivel, tanto en el encadenamiento de las imágenes como en la calidad del pensamiento. Hay, sin embargo, un rasgo que tienen en común ambas novelas, y es que las dos presentan una notable unidad de tono y en las dos hay un ritmo interior sostenido, que garantiza su unidad de estructura. En cuanto al plan, por el contrario, no hay nada prestablecido: en el momento de comenzar a escribir, la enferma ignora adónde va a ser llevada. En esto sigue, sin saberlo, el consejo de los maestros ("Plan, nunca. Escribir antes de desnudar al modelo... La página en blanco debe ser siempre misteriosa": Pierre Louys).

La primera novela podría muy bien intitularse "Idilio". No está, ni mucho menos, desprovista de valor intrínseco. Más de una vez el lector encontrará en ella imágenes de verdadero valor poético, en las que una visión justa encuentra su expresión en un afortunado equilibrio de precisión y de sugestión. Y, más de una vez, en el pasaje siguiente se observará la irrupción desmañada de un movimiento impulsivo de su sensibilidad. Casi nada es desdeñable entre pasaje y pasaje. La expresión incompleta, mal precisada, es resultado de falta de habilidad, rara vez parece encubrir un déficit del pensamiento.

Sin que se trate aquí siquiera de expresiones de origen *automático impuesto,* el lector no experimenta en ningún pasaje esa impresión de *estereotipia* del pensamiento sobre la cual hemos llamado la atención al analizar, en otro lugar, ciertos escritos mórbidos [2]

En cuanto a los circunloquios de la frase -paréntesis, oraciones incidentales, subordinaciones intrincadas- y a esos latiguillos, machaconerías y repeticiones de la forma sintáctica que en la mayor parte de los escritos de paranoicos expresan estereotipias mentales de orden más elevado, es muy notable comprobar su ausencia total no sólo en el primero de los escritos, sino también en el segundo.

Las dos novelas están hechas, por el contrario, de una sucesión de frases breves, que se encadenan con un ritmo que impresiona desde el principio por su naturalidad y su tono elocuente.

Señalemos, para comenzar, algunas de las tendencias afectivas que se revelan en estos escritos.

En el primer plano aparece un sentimiento de la naturaleza que tiene que ver con las raíces profundas de la personalidad, con experiencias infantiles muy plenas y que no han sido olvidadas.

Al lado de él se expresa una aspiración amorosa cuya manifestación verbal es tanto más tensa cuanto más discordante está en realidad con la vida, y cuanto más condenada al fracaso. En esa aspiración se revela una sensibilidad que podemos calificar de esencialmente "bovarista", refiriéndonos directamente con esta palabra al tipo de la heroína de Flaubert. Esta discordancia afectiva se aviene muy bien con la aparición incesante de movimientos que se acercan a la sensibilidad infantil: revelaciones repentinas de un pensamiento fraternal, salidas en busca de una aventura, pactos, juramentos, vínculos eternos.

Pero estos extravíos del alma romántica, que tan a menudo no pasan del nivel verbal, no son estériles en nuestra enferma, sino que tienen como contrapartida el hecho de que ella ha conservado una comprensión muy inmediata y muy fresca del alma de la infancia, de sus emociones, de sus placeres, de sus sinsabores y de sus secretos. La expresión de estas vivencias infantiles se nos da a cada instante, y a menudo en forma muy bien lograda.

Todos estos rasgos nos están indicando, bajo maneras diferentes, alguna fijación infantil de la sensibilidad. Otro hecho notable: Aimée no ha conservado únicamente el sentimiento de la naturaleza en cuyo seno se desarrolló su infancia -las riberas y los bosques de la Dordogne-, sino también el de la vida campesina, con sus trabajos y sus días. Ya veremos cómo acuden a su pluma los términos de agricultura, de caza y de cuidado de los bosques.

Estos toques de "regionalismo", por otra parte, adolecen de bastante torpeza, pero eso no es más que prueba de su ingenuidad, y es un rasgo que puede ser atractivo incluso para los no muy aficionados a los artificios de tal literatura. Además, se siente en ella la presencia de una auténtica cultura del terruño. La enferma conoce el habla dialectal de su región lo bastante bien para leer la lengua de Mistral. Si Aimée hubiera sido menos autodidacta, habría podido sacar mejor partido de todo eso.

Citemos ahora algunos pasajes. No hemos seleccionado los mejores, sino los más significativos. Las palabras y frases subrayadas lo han sido por nosotros. Deformamos así ligeramente el aspecto del texto, pero, si por una parte tenemos confianza en que el lector sabrá distinguir el alcance de cada una de esas indicaciones, por otra parte creemos que él nos agradecerá esos llamados de atención. El titulo de la novela es El *detractor;* está dedicada a Su Alteza imperial y real el Príncipe de Cales.

He aquí el comienzo:

CAPÍTULO PRIMERO

La Primavera,

En los límites nordeste de Aquitania en primavera, las cimas están grises de cierzo, pero los vallecitos son tibios, pálidos, encajonados: conservan el sol. Las desposadas toman belleza para sus hijos entre los colores del valle pardo. Allí los tulipanes no se hielan en invierno, en marzo son largos, delicados, y coloreados por completo de sol y de luna. Los tulipanes toman sus colores en el suelo pingüe, ¡las futuras madres los toman en los tulipanes! ...

En este Valerio los niños guardan las vacas al son de los cencerros.

Los niños juegan, se extravían, el son de los cencerros los llama de nuevo a su guardia.

Es más fácil de guardar que durante el otoño cuando los encinares engolosinan a las bestias, entonces hay que correr, seguir los rastros de la lana corderil enganchada en los zarzales, los deslizamientos en la tierra que se hunde bajo los pies córneos, los niños buscan, se emocionan, lloran, no escuchan ya el son de los cencerros.

En abril, las bestias tienen sus secretos, entre los arbustos la hierba juega en el viento, es fina, *hocicos lechosos la descubren.* ¡Qué suerte feliz! La leche será buena esta noche, yo me beberé un trago, dice el perro, la lengua colgante. Todo el día, los niños han jugado entre sí y con las bestias jóvenes, se acarician, se aman.

¿Qué hay, el rebaño se despide de ellos? Los niños miran el cielo, ¡Una estrella! Volvamos a casa, hasta mañana tulipanes, arroyo, fuentes, volvamos a casa, sigamos el son de los cencerros.

¿Cuántas fuentes conoces tú, cuántas fuentes para vaciar de una aguada, a ver, tú, le dice el pequeño al mayor de los hermanos que es profeta? ¡Yo! ¡Todas las que tú quieras! pero no te las diré, te descalzarías para bañarte. *¡Ah! no profanar mis fuentes. Yo* puedo llevarte a la orilla del arroyo si me prometes responder siempre cuando te llame. *Siempre te responderé, dice el más pequeño, y no nomás una vez, siempre.* Los ojos de los niños son fuentes vivas; son más grandes que los tulipanes.

Ruido en la casa, a la hora de la cena, las hermanas mayores están vigilantes; el padre dice: "David ha regresado del regimiento esta misma tarde." La mayor ha dejado de comer, a hurtadillas está escuchando.

Acuesta a los niños, los más pequeños se quedan dormidos en cuanto ella los coloca sobre la almohada. ¿Es eso lo que la hace sonreír? Ella sonríe. Ella se sienta en recogimiento a la ventana sin lámpara. Ella piensa en el novio desconocido. ¡Ah! ¡si hubiera uno que la ame, que la espere, que diera sus ojos y sus pasos por ella!

Ella lo pide en voz alta, ella piensa en él, ¡ella lo quisiera

Él no me hará preguntas sino cuando conoce ya las respuestas, él no tendrá nunca una mirada de ira, yo me reconoceré en su rostro, ¡quienes se aman se parecen el uno al otro!

Pensamientos osados, pensamientos fuertes, pensamientos celosos, pensamientos tiernos, pensamientos alegres, todos van a él o vienen de él.

No hay nadie más que ellos dos en el claro oscuro, su corazón quema como tila los planetas envueltos en llamas baten alas, la luna envía flores purpurinas a la habitación.

Ella piensa en todo cuanto la deslumbra, en el peñasco adamantino de la cueva, en la corona inmarcesible del abeto, ella escucha su murmullo, es el preludio.

En los manzanos un fauno hace muecas sosteniendo un carcaj.

"El amor es como el torrente, no trates de detenerlo en mitad de su carrera, de aniquilarlo, de ponerle diques, lo vas a creer subyugado y él te anegará. ¡Las fuentes son tan inmutables cuando vienen del corazón de la tierra que cuando vienen del corazón del hombre!" [...]

Aimée trabaja como una verdadera campesina. Sabe *deshilacharlos* vestidos viejos, parear los calcetines, *despercudir una* montaña de ropa después de la cosecha, conoce el mejor queso de la encella, no toma una gallina demasiado *huevada para* matar, mide las almorzadas de grano, hace camatones de ramillas para las bestias delicadas en invierno, trincha en pedacitos el pollo para los niños, confecciona para ellos personajes en perlas, en cartón, en pastas, crujientes o de viento, sirve una comida fina en las ocasiones solemnes, las truchas de -torrente a la crema, las castañas -en la gallina gorda y el guiso de pescado.

Con ella los peligros de la vida campestre están evitados: no ano*checerse* contando con la luciérnaga, encontrar refugios durante la tormenta para no verse inmovilizada por la falda hecha estorbo, o arrastrada por las quebradas. [...]

Al llegar a Les Ronciers ["los Zarzales"] se domina una quebrada boscosa. De todas partes los árboles suben. ¿Van a moverse, van a aplastar el encaje de los helechos, la alta lana de los musgos? ¿Van a ir a colocarse a la hora del crepúsculo en la línea de horizonte donde los árboles son gigantes? *¡Conquistar, qué* justa se siente esta palabra hasta en las plantas, vivir cerca del cielo!

Y las colinas no le ceden en nada, las colinas se alinean para la ofensiva, ebrias por los aromas de la maleza malva.

David descubre su camino. Lleva firme su traje de soldado. Este huérfano que vive con hombres ha conservado toda la rudeza de ellos. Después de haberse saciado de agua turbia, la madre se derrumbó en el campo, en un verano caluroso en que los peces mueren en el lecho encogido del torrente.

Su pelo está echado hacia atrás como la cabellera de una espiga de centeno, es tal un magnífico abejorro color de alba *y de* crepúsculo.

Este campesino es muy amañado. No tiene igual para dejar, en un abrir y cerrar de ojos, removido de arriba abajo un prado; reconoce al segador por el guadañazo, *desmocha los* bosques, doma los toros, hace traíllas finas, designa el sesteadero de la liebre hembra, los rastros del jabalí, levanta las talegadas de grano, conoce la edad de las praderas, evita los abrojos, el precipicio, las rebabas, y protege siempre las safenas de sus piernas desnudas.

Sabe también sostener su pluma, evitar las heridas gramaticales, envía sus pensamientos a Aimée.

La primavera se ha puesto sus envolturas, envolturas granza, envolturas añil, pálidas o vivas, chapas, odres, zarcillos, vasos, campanas, copas del tamaño de alas de mariquitas, los insectos van a beber en los ojos de las flores. En el seto, el ciruelo florece y el cerezo balancea sus coronas blancas. Las lianas que lo recubren están caladas por orugas colocadas en bucles o apretadas por grupos, baldosas de mosaico. *Bajo este enmarañamiento hay la nota viva del coral de W límazas y de los sombreritos de musgo pegados al matorral,* los jaramagos tropiezan en las hojas con pequeños choques de saltamontes o caen sobre la hierba seca que chilla como un gozne. [. . .]

A la sombra de tus pestañas como a la sombra de los vallados, se siente la frescura de la senda ignorada, el lodo del camino se borra cuando tú apareces, hasta el color del tiempo lo cambias tú.

Ya he confiado mi secreto a la nube que rueda en el vallecito, aliento del arroyo refrescado por la noche, nivela las colinas y galopa al viento.

Al ver las coronas en el cerezo, he encontrado que no te amaba lo bastante, sus florecillas eran blancas, nunca las he visto tan blancas, revolotean alrededor de mí como revolotean mis pensamientos, ¡yo les he dicho mi secreto así como a las estrellas que lo han esparcido por el mundo olvidado!

De mañana al alborear abro mis postigos, los árboles que distingo están aureolados de alabastro, la penumbra los envuelve, estoy emocionada, esta aurora es dulce como un amor.

Toma mi mano, te la doy
Pues desde el día en que te vi
No amo a Dios como solía
Lo amo más, lo amo menos
¿Es él o eres tú a quien amo?
¡Tú eres, sin dudar, el mismo

[...] Ella, sueña. ¡Un marido! El un roble y yo un sauce cambiante, a quienes el entusiasmo del

viento une y hace murmurar. En la selva, sus ramas se cruzan, se entremezclan, se persiguen en los días de viento, las hojas aman y vibran, la lluvia les envía los mismos besos

¡Oh! ¡estoy celosa sí mi marido es un roble y yo un cerezo blanco! ¡Estoy celosísima si él es un roble y yo un sauce cambiante! En la selva movediza, la lluvia les manda los mismos besos.

Me encorvo para tomar una espada, he encontrado una en mi camino; ¡hay que conquistar el derecho de amar!

Mientras tanto la alegría está en la casa, el padre, la madre son dichosos. Estos dos adultos ágiles, cuyo cuerpo ha sido curtido por la tierra terca con Y en las mejillas y con arrugas en la frente, aman a sus hijos igual que a la tierra y a la tierra igual que a sus hijos.

Se recibe a unas visitas, se les muestran vestidos, unas pobres alhajas mal hechas, y en seguida los gallos de raza fina, los habitantes del tejadillo, el secadero de frutas perfumadas, las plantas aromáticas del jardín.

Se calcula que habrá que perder cuatro días para casarse, les mucho en plena temporada!, un día para comprar las telas, el otro para comprar el oro, el otro en casa de la costurera y el cuarto para firmar el contrato.

Es mucho cuando el heno urge y cuando todos, chicos y grandes, se arrancan las uñas en el trabajo.

Aimée observa a los niños y escucha su canción divina.

¡Escucha lo que dice el hermanito! ¡Escucha lo que dice el niño!

En la orilla del torrente pongo a flote la leña muerta y estoy lleno de risas cuando resbalan mis esquifes en los cuales se ha posado toda una hornada de abejorros o de escarabajos que van tontamente a la muerte.

Esparzo brazadas de estelares, de ojos, de juncos sobre el agua, al punto mis flores tienen piernas, sus colores se mezclan, se diría la cola de una falda descendida del cielo.

En los huecos, durante el invierno escarchado, las escolares tiemblan con todas sus boquitas haciendo un ruido soberbio, dulce, yo las extiendo sobre diez centímetros de nieve florida, sus cuerpos, sus brazos dejan un vaciado en cruz, dedos redondos, y sus cabellos líneas armónicas en todos sentidos; ellas se incorporan sin sus codos *poniendo tiesa la rótula,* después de recobrar así el calor, felices, no tienen ya frío durante el día. ¡Ahí no hay cosa mejor que *violinear* en la nieve en invierno,

A las muchachas golosas siempre en fraude de gaterías, les enseño a guardar en la boca una manzana roja o una nuez, incluso si la glotis se les levanta, en seguida les pelo un muslo de nuez bien blanca, ellas se lo comen sin pensar nunca en mis ardides inocentes. [...]

Irrumpe una curiosa fantasía de metamorfosis de su sexo:

Me voy a recibir de muchacho, iré a ver a mi novia, ella estará siempre hundida en pensamientos, ella tendrá hijos en los ojos, yo me casare con ella, ella se pondría demasiado triste, nadie escucharía sus canciones.

Si ella se lamenta, yo la insultaré en el umbral de la puerta, le diré que hago un viaje por agua, ella dejará caer su dedal, !ohé! al regresar le contaré historias épicas.

Yo conozco todas las piedras de mi terruño, las azules, las blancas, las pardas: son mis amigas, yo les hablo. ¿Qué haces tú ahí?

Yo sirvo de escalera para frecuentar el bosque, si te estorbo, arróllame, dame impulso, de salto en salto, lo hollaré todo, el torrente me recibirá. Yo te guardo, tú me sirves de asiento cuando estoy cansado, tú pones cuñas a mi pie cuando subo, tú eres hermosa y yo te amo, a ti que has quebrado a menudo mis zuecos y has ensangrentado mis tobillos desnudos! Yo quisiera, que se diga que soy lindo como una piedra en el agua, ¡oh mis amigas las piedras, no olvidéis mis oraciones! [...]

Citemos ahora una fantasía cuyo alcance quisiéramos apreciar bien. El término "sentimiento panteísta" que tal vez se les ha ocurrido ya a algunos al leer ciertos pasajes, nos parece a nosotros que debe reservarse para intuiciones más intelectuales

Digamos que lo que a nosotros nos parece es que aquí se encuentra un sentimiento de la naturaleza de una calidad más profunda que el que se despierta en el corazón de todas las modistillas en los domingos de primavera.

En el caso de Aimée, por otra parte, esa efusión afectiva no significa la pérdida del yo, sino, por el contrario, su expansión ¡limitada. En este registro se expresaba curiosamente, en uno de los pasajes citados, incluso el tema de los celos.

Tengo un sueño: las bestias de los bosques dimiten de sus fuerzas, de sus alas, de su veneno, yo las congrego, las empujo por la larga carretera; las primeras de todas, las gruesas, están hechas expresamente para colarse por debajo de los árboles, las pequeñas siguen, ¡cuidado con las perezosas! Yo las apachurro con mis zapatos nuevos, el rebaño avanza, ¡hop! todos en vagones y la luna también está contentísima de viajar, yo acompaño como dueño y señor a mis extraños amigos: en mis comidas como carne de león, bebo savia en la corteza de un roble joven, aspiro el cucurucho de la madreselva, desescamo el rizoma del helecho y desdoblo las hojas del álamo temblón para tocar aires de victoria.

Cuando la tempestad sopla y abate los nidos encumbrados demasiado arriba yo me arremolino como ella. Vestido para vencer al cielo, vuelvo a dar calor a esos náufragos, ellos viven, yo los salvo porque amo el huracán con su venida perturbadora, sus secretos, sus temblores, su espanto, y, tras de su partida, sus efluvios de polen derramado.

Yo les he avisado cuando el incendio ha estallado en el bosque. ¡Había que escuchar la pedorrera Las bayas de enebro daban un chasquido seco y las pavesas me seguían, el terror me había dado alas y el espino blanco espuelas, yo hacía el pájaro aviador, en torno a mis hélices el aire roncaba, más rápido que las nubes llegaba hasta el viento.[...]

De pasada se deja leer claramente una alusión al príncipe de Gales, identificado con el ruiseñor *(nightingale).* Después de eso regresamos a las imaginaciones de la infancia, que ofrecen una nota tan de acuerdo con el delirio de la enferma. (Véanse las reflexiones de Kraepelin sobre este particular.)

Otras veces el niño quiebra pértigas con la rodilla y las alisa, construye granjas, con todos esos cilindros se acrecentarían todas las madréporas muricinas del mar para tener árboles interplanetarios, puentes intercontinentales. Su espíritu viaja por encima del océano, sobre la cresta del zumo y conecta el universo. Sus largas pestañas palpitan de felicidad. [...]

En seguida, a manera de un motivo musical, una prosopopeya anuncia la llegada de los

representantes del mal.

¿Queréis diamantes para vuestras coronas? Están en lo alto de las ramas, a vuestro alcance, bajo vuestras pisadas. ¡Tened cuidado al caminar¡ Si encontráis alguno, no lo digáis. Las beatas los querrían para sus rosarios, la cortesana en su recámara llena de espejos hasta el cielo raso se cubriría de ellos, la multimillonaria en su palco en el espectáculo los convertiría en su única gala, pues no está vestida, su funda es del color de su carne, no se ve dónde comienza. [...]

En el capitulo siguiente, "El verano", aparecen en efecto los seres extraños cuya influencia seductora va a perturbar la armonía de esa inocencia, "un desconocido" y "una cortesana".

Ella, acicalada como un rosal de otoño con rosas demasiado vivas para sus ramas negras y deshojadas. El colirio de piel de serpiente tiñe sus ojos viciosos. Tiene zapatos para no caminar, sombreros de cañas, de crin, de seda bordada, de tul, ella se los pone de una manera alborotadora. Sus faldas están bordadas de canutillos: es todo un museo, una colección de modelos inéditos o excéntricos, donde domina lo grotesco, pero en fin, hay que cubrir ese cuerpo sin encanto, es preciso que la gente la mire. Todas esas cosas hechizas sorprenden, ella ha expulsado la naturalidad, los aldeanos no miran ya a las demás mujeres. ¡Vaya que conoce ella bien el arte de manejar a los hombres! Ella se pasa los días, en su tina de baño, y luego en cubrirse de cosméticos; ella se muestra intriga, maquina. [...]

A partir de ese momento hay "cuchicheos, cloqueos, apartes, complotes" que constituyen la pintura expresiva del ambiente del delirio de interpretación.

Fijémonos ahora en esta expresión tan directa del sentimiento de los celos:

Cuando te he perdido aunque sólo sea en imaginación, mi respiración se acelera, mi cara se contrae, mi frente se arruga. Pánico en el corazón, pánico de las multitudes, es siempre espantoso, es el pisoteo y la muerte.

En la cita los dos novios están perturbados, su corazón palpita con tal fuerza que no oyen el ruido de la cascada que cae a sus pies. David raspa su pértiga o explora los zarzales: ¿la confianza? ¿Existe?

El trabajo de enfriamiento continúa y cada uno hacia el final toma parte en él.

Aimée se ve reducida a escuchar las confidencias impúdicas y ligeras de la criada Orancia.

Verdaderamente el mal está alrededor de ella, pero no en ella. [...]

Llamemos la atención sobre esa participación universal, y también sobre la última frase, que reproduce una de las dichas por la enferma y registradas por escrito durante su primer internamiento.

Ahora, una pintura de la angustia:

El arroyo corre, se enfría sobre el pómulo, va a refrescar el lóbulo de la oreja, moja el cuello, en seguida es una cascada, oigo su caída sobre el paño, el ruido llena la habitación. El silencio es horrible, muerde, es un perro rabioso, no se le oye venir, pero su paso es maldito, el recuerdo de un silencio se queda en el alma para perturbarla, ¡adiós los espejismos, las esperanzas [...]

En el capitulo tercero, "El otoño" la desgracia se extiende alrededor de la heroína. "La coalición ha deshecho lo que los dos prometidos hicieron." "La madre está enferma, los niños nerviosos, fuera de la casa los sarcasmos llueven" "la multitud adora el mal, lo aclama, se queda maravillada".

Una vez más, la heroína se refugia en una elevación del alma hacia las grandezas de la naturaleza.

Su corazón se emociona ante la hermosura de los plátanos cargados de oro que bordean la carretera, una calzada de reina con sus alabarderos poderosos.

Ella levanta su corazón hacia los cielos, él está arriba, muy arriba hacia las regiones solitarias.

Colores blancos y azules de mi inocencia que llenaban mi alma, ¿qué seréis mañana?

¿Seréis mudados en el verdor sombrío del Océano? ¿Seréis atravesados por ese bólido de fuego que se aplasta en tierra para nunca revivir?

Ella no puede rebelarse ya contra su cuerpo.

Por el camino va una pareja con un ruido enorme de zapatos claveteados tan grandes que los vacíos se quedan resonando. El marido es altivo y fuerte, tiene un hijo, él lo está mirando, la mujer lleva al niño que se aferra a su cuello y a sus senos colgantes, el niño sonríe, la madre tiene un rostro de bestia feliz, se aman. Aimée envidia a la pareja. [...]

Al llegar "el invierno", los extraños han salido de la región.

David duerme poco, muy de mañana camina alrededor de la casa, ella escucha cómo se alejan sus pasos pesados, que hacen eco en su corazón.

En las noches heladas del invierno el cielo tiene demasiadas estrellas, pone algunas de ellas en los vidrios de las habitaciones frías para que el despertar de los pobres sea más dulce. Aimée viste a los niños y todos se reúnen para la primera comida matinal compuesta de castañas blanqueadas con una rama de acebo. ¡La madre mira a los niños, los niños miran a la madre! Cuando hace mal tiempo, la hermana mayor los acompaña a la escuela, es preciso colmar el barranco, romper los resbaladeros, evitar las velas en la falda, la nieve que se adhiere al calzado, los atajos a pico, los juegos en el camino.

El frío crea los colores inmovilizando la savia en las ramas, este amante de las noches le devuelve a la naturaleza su tinte mate de recién casada, y luego la reviste con la capa blanca de la inocencia hasta los próximos amores.

Afuera una carga de nieve sobre los árboles, y un silencio tal que la gente se detiene para escucharlo y tiene miedo de que sea interrumpido.

Este reposo tranquiliza a Aimée. Ella puede escucharse a sí misma. Romper, devolver su palabra, pero entonces ¿qué hacer con este corazón ardiendo, con este corazón ávido que sin cesar estaría persiguiendo sombras?

¿Y por qué contener durante toda la vida sus impulsos?

¿Por qué no confesar, no amar?

¡A quién amar

¡A él, pero claro está que a él! y decirle hasta sus celos, hasta las torturas de su cuerpo casto.

Desnuda, totalmente desnuda, ella a quien un gesto vulgar lastima. Ella hablará, ellos volverán a verse, él ha dicho: "¡Que sea como tú quieres!"

¡Ahora, yo quiero amarte, David, ahora soy yo quien quiere amarte

¿Qué son esos copos lechosos sobre el agua, esos despojos cutáneos en las hojas muertas, esas plumas esparcidas? En la tierra la simiente estalla, la flor era del color del tiempo, será del color de la sombra; en el vergel la corteza se rompe, se vuelve luciente.

El fenómeno de la muda se perpetúa a través de las edades. Todos los reinos susceptibles de vida sufren sus sacudidas, su agitación desordenada que desgarra para liberar o para esclavizar. [...]

Según lo que nos ha contado la enferma, este último pasaje acerca de la muda la tuvo "embotellada" a lo largo de tres semanas, siendo así que todo el escrito no le llevó arriba de ocho días. Le era necesario documentarse -nos dice-, y el pasaje era requerido "por la transición". Se ve bien ahí esa interferencia de arrebatos impulsivos, probablemente "forzados", y de inhibiciones escrúpulo. escrupulosas, que, como veremos, caracteriza el ritmo psíquico de Aimée.

Esta reconciliación da materia a una expresión directa del sentimiento de culpabilidad:

¿Sería algún castigo por venir, alguna culpa posible por temer, los árboles desgreñados se balancean, mi corazón sigue el ritmo y se encorva con los sollozos?

El remordimiento los hostiga. Se encuentran a menudo en la carretera larga.

Los ojos de Aimée están rodeados de negro, un día ya no se levanta. [...]

La novela termina con la muerte de la heroína y especialmente con el tema de los sentimientos de la madre ante la muerte de la niña.

Oh vosotros cuya maldad es inmunda, pensad en el calvario insensato de una madre que siente cómo el viento comprime y extingue el soplo de su soplo, y cómo la ola humana ahoga al pequeño grumete que lucha con un rostro morado de dolor o blanco de agotamiento.

Oh niña, oh muchachas que mueren, flores blancas derribadas por una guadaña sorda, riente ojo de agua secado, ocultado por el negro y sublime misterio del globo, paloma caída del nido y que hila su sudario sobre el suelo asesino, frágil pecho de pájaro expirante en el pico ensangrentado del gavilán, negra visión, ¡cómo sois amadas

Estrechad el cadáver de esa niña
Antes de que lo pongan en el féretro,
Llorad, llamad tanto, tanto
Tendréis como consuelo
Un metro cúbico en el cementerio
Adonde vuestro cuerpo vendrá a orar
Descubriréis entonces
Que la tierra bien puede ser muy querida
Cuando os pone en contacto con la niña.
Caéis de rodillas bendiciéndola
¡Y alguna vez la, abrís con vuestros ojos
Para encontrar un camafeo blanco!

Ya volveremos sobre el valor de ese grito singular, "¡cómo sois amadas!" *(que Fon vous* aímel), con que termina la visión de muerte.

El segundo escrito, como ya lo hemos dicho, está bastante lejos del primero en cuanto a valor estético, pero no le cede en nada en cuanto a "pintoresquismo". Es una sátira que aspira a pergeñar un cuadro de los escándalos y de las miserias de nuestro tiempo; pero así como en el idilio penetraban los malos, así también la sátira está atravesada por una aspiración hacia un estado mejor.

Es preciso tomar aquí en cuenta las dificultades propias del género y reconocer aquello que se debe a las faltas de cultura de la autora, a sus torpezas de oficio. El autodidactismo se revela en esta novela a cada paso: perogrulladas, declaraciones triviales, lecturas mal entendidas, confusiones en las ideas y en los términos, errores históricos.

A estos frutos de una intoxicación de literatura se suman ciertos rasgos de desorden mental. El estilo deja ver rastros de "automatismo", en el sentido muy amplio de un eretismo intelectual sobre un fondo de déficit. Aparecen aquí verdaderos esbozos de "fuga de idea", aunque esto sólo de manera episódica.

Por lo demás, el comienzo de la novela no es menos impresionante que el de la primera, por su ritmo, su carácter incisivo, su exuberancia. En la continuación del escrito se dejan ver algunas señales de fatiga conceptual ;[4] no faltan, sin embargo, otros pasajes bien logrados.

En cuanto a las anomalías sintácticas clásicas de los escritos paranoicos, también aquí están ausentes.

Encontramos el mismo rebuscamiento preciosista en la elección de las palabras, pero esta vez con un resultado mucho menos feliz. Hay palabras extraídas de un diccionario explorado al azar, que han seducido a la enferma, verdadera "enamorada de las palabra?, según expresión de ella misma, por su valor sonoro y sugestivo, sin que vayan siempre acompañadas de un discernimiento ilustrado de su valor lingüístico ni de su alcance significativo. Algunos pasajes están atestados de tales palabras, mientras que otros se salvan; y la alternancia se acentúa con unas impulsiones mentales cuyo carácter "forzado" aparece aquí más nítidamente, y con una minucia escrupulosa que se señala en un trabajo de taracea verbal.

En cuanto a los temas explotados, son los temas mismos del delirio, que aquí se ostentan libremente; pero el escrito hace percibir mejor la coherencia de esos temas con la personalidad de la enferma.

He aquí el comienzo de la novela, dedicada igualmente al Príncipe de sus pensamientos e intitulada "Salvo vuestro respeto":

Mi familia habla vendido un asno en el mercado. Al día siguiente quedamos muy sorprendidos de verlo regresar de noche a la casa. Nosotros ocho lo rodeamos con nuestras atenciones, el asno fue mimado, comió azúcar y extremamos nuestro enternecimiento hasta querer darle una recompensa digna de su corazón y de su ingenio.

Yo tomo la decisión de conducirlo a. París. El camino es largo desde Les Ronciers. Mis hermanos enjaezan sólidamente al solípedo y cambian el ronzal por unas riendas. Abandonó el mantel hecho por las agramaderas familiares, la comida frugal. Me pongo mi falda coralina, mi boina vasca, *tomo mi daga y mi* hermana mayor me alarga mi capa, para llevarla bajo la brumazón. Digo adiós a los seres a quienes amo; estamos muy unidos y no he conocido con ellos más que generosidad, amistad y deferencia.

Sin tardar, monto a horcajadas en mi hemión ensillado.

¿Adónde vas a ese paso, me dice un campesino?, después otro, después otro. Estando triste, me quiebro.

Me detengo en el mesón donde la criada complaciente me insta para saber adónde voy. Cepilla mí bestia, la encuentra vivaracha, despabilada.

La Academia, dice, mirándome al sesgo.

Yo hago una señal de asentimiento y sonrío.

¿De veras?

¿Señor? ¿Señorita?, ¿el hermano?, ¿la hermana?

Es así como me saludan a mi paso, yo respondo valientemente.

El conoce su oficio y sabe perfectamente bien lo que debe decirles a las mujeres. Toma un aire soberbio, conquistador.

Una adulta gime por la muerte de su hijo en la guerra y pregunta si no habría modo de evitarla.

Claro que lo hay, siéntese usted allí a la orilla de este camino, no se mueva, *espere a que el agua del río remonte la corriente.* La luna la ha visto siempre en ese sitio.

En el camino encontramos una bestia horrorosa, que tiene por nombre *aka.* Envía proyectiles en todos los sentidos, nadie queda indemne con él, de manera que tomamos el trote.

Aplastamos los escarabajos y me inclino para observar dos singulares insectos que se frotan las antenas.

¿Desiste usted en favor mío?, dice el uno.

¿Desiste usted en favor mío?, dice el otro.

El uno quiere la clientela del otro. No le hace falta más a mi solípedo para tomar modelo. Encontramos a un amolador y él le dice: "¿Desiste usted en favor mío?" La cosa se hace, y la clientela del amolador pasa al Académico. [...]

La vivacidad del estilo es impresionante. El procedimiento del viaje que ha de servir de vinculación para los temas heterogéneos de la sátira, y el tópico del indio piel roja que asiste, a la vez irónico y cándido, a los espectáculos de la civilización, recursos ambos tan viejos como la retórica, son utilizados aquí con bastante naturalidad. Observemos de pasada el regreso del fantasma de metamorfosis masculina, y también de la imagen obsesiva que determinará, sin duda, la elección del arma blanca, "Me encorvo para tomar una espada"), y finalmente la ironía amarga que aquí remplaza la efusión afectiva.

Hay todavía algunas canciones de los caminos y de los bosques; notemos de nuevo la búsqueda preciosista de palabras raras. (Los "anátidos" son los patos: cf. "ánade".)

A lo largo de los vallados, cerca del suelo, las baccíferas, en lo alto las andróginas. Sobre el estanque, los anátidos se han puesto su cuello en vela de bauprés y se zambullen en Anfitrite. Los yentes y vinientes tienen todos la librea de la miseria, les han arrancado demasiadas plumas del ala. Con frecuencia me hospitalizan, y en la noche, me hundo en las sábanas de dril detrás del reps de la única pieza campesina. A mí me gustan sus costumbres agrestes en su propiedad ribereña, cerca de los viveros de la naturaleza. Admiro el thalweg del valle hecho de viburnos y de juncos. [...]

Camino así entre ellos durante largos días, me refugio bajo las carretíllas cuando la lluvia se precipita de las pendientes en declive y arrastra *desmochos* de árboles; continúo recorriendo hasta el anochecer la carretera asfaltada, luciente de agua, donde el arcoíris se ha quebrado, triturando sus colores por regueros, por manchas.

Soy aguerrida: a la hora del crepúsculo, cuando mi sombra se proyecta sobre la colina, no me asusto de los ruidos de alas a la orilla de los bosques, del crucero de los caminos, del beagle que ladra, de la manada en huida, del jabalí que pace cerca de los hozaderos, del paso de la perdiz; mi bestia aguza la oreja bajo la estrige y las falenas y piafa cerca de las chamiceras. Me entrego a un soliloquio. [...]

Sigue entonces la llegada a Paris ("el filibustero" designará en lo sucesivo al perseguidor principal) :

Llego a París y apenas creo lo que ven mis ojos; el estrépito de la calle me impide el reposo. Contemplo los altos hornos con sus bocas abiertas, sus escaparates y las mujeres todas emperifolladas de vestidos de seda. Nunca me he puesto uno de ésos, les digo y ellas parlotean mucho.

Adondequiera que voy llamo la atención, la gente me mira con aire receloso, de tal manera que la muchedumbre a mi puerta no tarda en lapidarme. El filibustero la amotina. Quiero salir y me disparan unas ráfagas de reculada y pago un derecho de muellaje.

Sufro algunas afrentas. Es un *caballo de labor,* dice una mujer. Los demás la miran, ella habla de Jaime I, dice otra.

Duermo muy mal, cazo las fieras en la jungla con Su Alteza. Es algo que se lee en mis ojos.

En este desorden, aparecen las interpretaciones delirantes sobre los comentarios que acerca de ella hacen sus colegas (por ejemplo la expresión "es un caballo de labor", cuya autenticidad hemos podido comprobar) y algunos sentimientos episódicos de adivinación del pensamiento (la gente adivina sus sueños).

Y he aquí las declamaciones reivindicadoras

Alguien llama a mi puerta al día siguiente:
"Baje, es para usted la carreta",
Ella responde *Príncipe* cuando se le dice *Poeta.*
Abrazo a un niño que tiembla junto a mi puerta
Tan fuerte es el abrazo, que hacemos uno solo.
La vieja, con moco en la nariz, sostiene las varas del carro,
Infecta, sórdida, me abruma de cuchufletas.
Sigue la multitud de las mujeres ebrias
Hocicos sangrantes o lenguas asesinas
En los muslos inscripciones cifradas
Siguen las sufragistas, peripatéticas
Las abogadas, burócratas, mundanas,
Tirando de mis ropas para envolverse.
De repente, veo, en la plaza del Trono
Ondeando en el suelo, los blasones, las espadas,
Los mantos, los broqueles, los colmenares
Tomo la bandera blanca de las flores de lis
El niño empujando mi brazo eleva el asta
Flotan sobre París lejos de las serpientes que reptan
Van vencedoras las flores de lis.
El corazón me conduce, la sangre me llama
Beso el suelo, todo bañado en su sangre
La multitud turbada, parlamenta y al huir,
Me lanza una espada en lustre rebelde
Nos vamos de allí solos, y la multitud recelosa
Del rincón de las ventanas nos espía al pasar.
El desierto, el silencio está más lejos
Las zapas, los antros, las hechiceras operando
Y nadie quiere ser testigo.
Culo de palo, coge la guillotina.

Es un incorruptible, dice el historiador; no bebe, no tiene mujeres, ha matado miles de ellas como un cobarde, la sangre corre desde la plaza del Trono hasta la Bastilla. Ha sido necesario Bonaparte apuntando sus cañones sobre París para detener la matanza

Ser libre o morir, han añadido ...
Pero no se puede ser libre.
Yo digo que en la sociedad si un hombre es libre es que los demás no lo son.
Así cuando leáis las inepcias de la historia, deberéis grabar en la memoria este pasaje:
La Revolución deificó a la Razón.
Una estatua, pronto, ¡paf! Ya está. Queda plantada.
¡Tiene unos arranques! Pero es la Razón del mal. [...]

El discurso contra la gente del gremio literario comienza como el de Petit-jean:

Los poetas son *todo lo contrario de los Reyes,* éstos aman al pueblo, los otros aman la gloria y son enemigos de la felicidad del género humano.

Si cito a Demóstenes y el tesón que puso en zapar la autoridad de Filipo de Macedonia, a Aristóteles preceptor de Alejandro Magno y en seguida su enemigo mortal. La retórica de Aristóteles no descansa sobre ninguna base, es siempre el tema, de la licencia, de los subterfugios con la virtud por fachada, es una traición para con su rey. He aquí también a Cicerón cómplice del asesinato de César y Shakespeare poniendo al asesino a la. altura del gran hombre. En el siglo XVIII, los filósofos pérfidos atacan a los soberanos y a los nobles que los protegen y que los hospedan. Otras veces acuden a los grandes y sacan unos sentimientos que ellos no tienen y con los cuales se adornan. Y el pueblo no reacciona. Por eso es por lo que las naciones se hacen tachar de la historia del mundo, y si no hubiera más que París en Francia, muy pronto lo estaríamos nosotros. Si hay una isla que no está habitada más que por bestias monstruosas y horribles, es ella, es la ciudad misma con sus prostitutas por centenares de miles, sus chulos, sus zahurdas, sus casas de placer cada cincuenta metros, mientras que la miseria se apila en la pieza única del cuchitril.

Yo podría enumeraros desde la guerra en Francia, e incluso en el extranjero, lo que las agitaciones desalmadas de los poetas han desatado. *Me matan en efigie y los* bandidos matan; cortan en pedazos y los bandidos cortan en pedazos, andan con secretos y los pueblos andan con secretos, preparan las sediciones, excitan en lugar de apaciguar, saquean, destruyen y vosotros destruís: sois unos vándalos.

Cuando tenéis noticias de una rebelión, de un crimen, buscad bien. ¿Qué hace Fulano? quiere imprimiros su influencia peligrosa y vana de hombre sin costumbres y sin bondad. No hay acontecimientos malos de los cuales no sean más o menos culpables los amadores de gloria, en el interior del país o incluso en el extranjero. No hay escándalo que no haya sido sugestionado por la conducta o las maquinaciones descaradas de algunos aficionados a las letras o al periodismo. [...]

La enferma añade después, de manera pintoresca:

Quienes leen los libros no son tan estúpidos como quienes los hacen: añaden una parte.

¿Fuga de ideas?:

Mi hemión se tropieza al pasar delante de las Cámaras, yo quiero hacerlo zarpar de nuevo a fuerza de citas, de sentencias, de exaltaciones líricas, tomo unas veces el tono de un vicario que sostiene el hisopo, otras veces el tono de un abogado afecto a las parrafadas sublimes. Nada sirve. En República, cuando no se puede hablar cada quien satisface sus necesidades como puede, el hemión se obstina.

Llovía, seguía lloviendo
En el restaurante, los cocineros revuelven la ensalada.
Cien veces en el telar
Reponed vuestra labor
Pulidla sin cesar y repulidla
Agregad alguna vez y borrad a menudo.

Mi hemión me apostrofa con este vicio refrán. Me hubiera reído mucho' más si no hubiera comprendido que se trataba de bordado, es la única cosa en que las mujeres tienen paciencia.

Parto tan aprisa que con mis suelas de hule me doy una caída y me levanto presto súbito pero echando maldiciones. ¡Quién vende sus zapatos, esas novedades¡ ¡Yo toso, yo estornudo! ¿Los americanos? No me fío de mis zapatos amarillos; yo presento mi queja, yo examino mi zapato. ¿De qué número calza usted, me pregunta un extraño, y usted de qué número, le digo yo? Nos entendemos a fuerza de mímicas. Los americanos tienen a la recién casada, ella tomó su maleta para irse con ellos cuando se le hablaba de Jérome, sacúdanse ustedes a esa idiota.

Vendedor de ropa,
Vendedor de pieles de conejo,
Vendedor de pieles de osos, de lobos, de cocodrilos,
Vendedor de cetáceos,
Vendedor de ropa,
¡Vidriero!

He aquí ahora una idea del progreso social que, como es bastante común, se inspira en los gustos de la enferma, poco dada a apreciar el comunismo de la vida moderna. Ella desea que llegue el día en que cada cual tenga en su casa los medios de servirse y no tenga que contar con una solidaridad que no ha existido todavía, en que cada cual tenga su cercado, en que la gente trabaje por rotación, lejos del agrupamiento de las ciudades, en que cada ciudad se extienda -de ello da Londres un ejemplo único- y se disponga en línea para llegar hasta el campo, en que el suelo convertido en bienes muebles devuelva los rebeldes a la tierra. Cambiaréis igualmente las historias de carbón en historias de carboneros.

Aunque haya matices, las mujeres de provincia son más potables que las de las ciudades, el ambiente las guarda. [...]

Oigámosla disertar acerca de la religión y saboreemos el pasaje sobre el milagro:

El sermón continúa. Cásese usted en la iglesia para que tenga el derecho de contar con una segunda vida, para hacerse perdonar el haber sido desabrida con su marido, el haberle hecho escenas por un listón, el haberlo obligado a convertirse en un burro. Asípodrá usted arrepentirse delante del altar, perderse en una profunda meditación, abrir su corazón al cielo y cerrárselo a su esposo, descuidarse hasta hacer tonterías para tener el derecho de apuntar a pedir gracias ante el altar y de dejar para más tarde el pagar el tributo que debe en bondad, en inteligencia.

Las mujeres entendieron y a punto estuvieron de ser arrebatadas por el entusiasmo, el sombrero ya no se les sostenía en la cabeza.

Implore usted a la vez a las valientes cohortes del cielo y admire todo cuanto es indigno sobre la tierra. No se tome el trabajo de tratar de conocer la verdad, no hable nunca de sus hijos, es decir ignore la meta de su destino, viva en la indiferencia, coloque bien sus muslos, evite su gran preocupación: la de no ser una mujer casada. Tolere todo salvo el bien y no ponga la mirada más allá de su puerta. Las mujeres hacen señales de asentimiento, se santiguan y se sienten satisfechas de haber faltado a todos sus deberes, salvo al de estar presentes ante el púlpito. Despilfarran su tiempo en trabajos inútiles, en complicaciones vanas.

Mientras que la religión la tiene cogida así en su soberano dominio, no se fíe usted de su candor, las injurias se amontonan a su puerta y cuando despierte, ya no podrá abrirla, se quedará muy sorprendida, la religión no es una. garantía contra las luchas de la vida.

No todos los milagros ocurren entre los cristianos. Pero es difícil explicarle a usted esta verdad evidente reconocida por la medicina; sin duda acude con tanta emoción delante de su ídolo, que él la influencia hasta el punto de hacerle olvidar sus sufrimientos y de darle un vigor nuevo; dos seres vivos pueden de la misma manera conocer el sentimiento del bien llevado hasta el extremo si la sensibilidad se presta a ello. Sin duda le ha sucedido quedar curada de una jaqueca porque una amiga le cuenta una historia divertida, y si mide la extensión de las emociones por el tamaño del sentimiento, está usted en presencia del milagro, es la relatividad de las influencias frente a la relatividad del sentimiento.

He aquí la invectiva más fuerte contra sus enemigas, las "mujeres de teatro":"

Las cortesanas son la escoria de la sociedad, ellas zapan sus derechos y la destruyen. Hacen de las demás mujeres las ilotas de la sociedad y arruinan su reputación.

Al salir del teatro miro pasar otro cortejo. Al acercarme se me opone la vieja despiernada que tenía muslos de un millar de millones, sus delegadas, y éstas con sus mantenedores, sus chulos, sus ojeadores en la persona de los periodistas. Han encaramado sobre el carro su cuerpo fláccido. Ponte a leer debajo del sobaco, le dice un descargador al otro: belleza, ponte a leer en el cóccix: generosidad: ponte a leer en la ingle: inteligencia, ponte a leer en el dedo chiquito del pie: grandes ideas. El filibustero detenta las guías.

¡Cuál no fue mi sorpresa! Me explican la cosa, es una intriga en el reino de los lemúridos, de manera que ¡a empujar!, hay que poner a ese pellejo de loba a la altura de la reina; sigue la diosa de las maquinaciones infernales, la de pelos de perro en el vientre, sigue a los delegados con *tufaradas* que apestan, en seguida *una cabra salida del teatro francés* con una rosa húmeda y pegajosa expuesta completamente hacia fuera y un tupé rubio entre los cuernos, los periodistas le hacen triscar las más bonitas flores del jardín de París, era ha regado sus virtudes por todas partes. ¡Es como para huir!

Los poetas hacen turno para hablarle, el público sostiene los muslos con complacencia, el patrón del periódico se sirve de ellos delante del auditorio. Yo no puedo avanzar más, el cortejo me cierra el paso, pregunto lo que eso significa, se callan, es un secreto de comedia, está etiquetado: "Honor y Patria."

!Es demasiado crudo, señora!, pero usted prefiere hacerlo que confesarlo, yo le he hablado como en el burdel volante que se vende en las librerías especiales. [...]

Observemos que esta soñadora de idilio no retrocede ante invectivas bastante escatológicas: "hocico de puerca" y "cagajón" son sus menores lindezas.

El escrito termina con el regreso al redil:

En el torrente, la verdad mana de fuente y el cielo concentra su cólera si se toca allí. El día se dispersa, el cielo y la tierra, lampadéforos, se armonizan. Yo llego a Les Ronciers; algunos niños deletrean el silabario mientras que se aromatiza la comida. La familia está de pie alrededor de mí, consternada, ansiosa, nos cogemos por el cuello todos a la vez, llenos de espanto del Reinado de la Vergüenza.

Diagnóstico

¿Qué diagnóstico emitir acerca de semejante enferma, en el estado actual de la nosografia? Lo que domina el cuadro, y muy evidentemente, es el delirio. Este delirio merece el epíteto de *sistematiz*ado en toda la acepción que daban a este término los autores antiguos. Por importante que sea tomar en cuenta la inquietud difusa que está en su base, el delirio impresiona por la organización que conecta sus diferentes temas. La extrañeza de su génesis, la ausencia aparente de todo fundamento en la elección de la víctima, no le confieren rasgos particulares. Los encontramos en el mismo grado en las erotomanías puras más "ideológicamente" organizadas.

Este carácter, sumado al conjunto de las demás señales somáticas y mentales, nos hace eliminar de una vez por todas los diagnósticos de demencia orgánica, de confusión mental. El único con que nos quedaremos es el de demencia paranoide.

No puede tratarse aquí de un delirio crónico alucinatorio. Ya volveremos sobre la existencia de algunas alucinaciones episódicas, admitidas por todos los autores (véanse Sérieux y Capgras) en el cuadro del delirio de interpretación.

Es preciso eliminar igualmente las diversas variedades de parafrenias kraepelinianas. La *parafrenia expansiva* presenta alucinaciones, un estado de hipertonía afectiva, esencialmente eufórica, y una exuberancia del delirio, que son extraños a nuestro caso.

La *parafrenia fantástica* no ofrece más que mitos cósmicos, místico-filosóficos, seudocientificos, metafísicos, tramas de fuerzas divinas o demoniacas, que sobrepasan con mucho, por su riqueza, su complejidad y su extrañeza, lo que vemos en nuestro delirio. Además, la relación de todos esos temas está ahí muy relajada. En esos casos, no queda ya ninguna medida común entre las creencias delirantes y las creencias aceptables dentro de los limites normales, incluso cuando han sido empujadas hasta el extremo. Las creencias que se refieren al mundo exterior no se expresan tanto en temas de relación cuanto en temas de trasformación, cuyo tipo es la cosmología absurda. En cuanto a las creencias del sujeto acerca de su propio yo, se refieren, en las parafrenias, no a capacidades que el futuro debe revelar, a ambiciones más o menos idealistas que el porvenir debe realizar, sino a atributos de omnipotencia, de enormidad, de virginidad, de eternidad, concebidos como presentes y realizados.

No se trata tampoco en nuestro caso de *parafrenia confabulante,* delirio de imaginación rico en aventuras innumerables y complicadas, en historias de raptos, de matrimonios falsos, de permutaciones de niños, de enterramientos simulados, casos de los cuales conocemos espléndidos ejemplos

También hay que eliminar, y por las mismas razones, la psicosis *paranoideesquizofrénica* de Claude. Nuestra paciente ha conservado dentro de limites normales la noción de su personalidad; su contacto con lo real ha mantenido una eficacia suficiente; la actividad profesional se ha desarrollado hasta la víspera del atentado. Estas señales descartan dicho diagnóstico.

En consecuencia, nos quedamos reducidos al amplio marco definido por Claude con el nombre de psicosis *paranoicas.* Nuestro caso entra perfectamente en sus límites generales por su sistematización, su egocentrismo, su desarrollo lógico, sobre premisas falsas, y la movilización

tardía de los medios de defensa.

Nuestro caso se adapta no menos perfectamente a la descripción kraepeliniana que hemos tomado como criterio. La "conservación del orden en los pensamientos, los actos y el querer" puede ser afirmada aquí dentro de los limites clínicos en que la reconoceremos valedera. Encontramos aquí "la combinación intima, anudada en el plano ambivalente de la afectividad, de los temas de persecución y de grandeza. El delirio nos muestra, a pedir de boca, toda la gama de esos temas, con excepción de las ideas hipocondríacas, sobre cuya rareza se llama la atención en la concepción kraepeliniana de la paranoia. Según veremos, nuestro caso demuestra las relaciones coherentes de los temas del delirio con la afectividad.

Por lo que se refiere a los mecanismos elementales, generadores del delirio, digamos, antes de presentar el estudio minucioso que de ellos vamos a intentar, que su fondo está formado por ilusiones, interpretaciones y errores de la memoria, y que permanecen exactamente en el marco de la descripción clínica de Kraepelin.

Paranoia (Verrücktheit): he ahí el diagnóstico en que nos, detendríamos ya en este momento, si no nos pareciera que en contra de él podría suscitarse una objeción, basada en el hecho de la evoluc*ión curable* del delirio en nuestro caso.

Ya hemos presentado las referencias teóricas que nos permiten descartar semejante objeción. Hemos mostrado cómo el método comparativo, aplicado a un número muy grande de casos, les ha permitido a varios autores concluir que, si se exceptúa su evolución misma, nada autoriza a distinguir entre los casos curables y los casos crónicos de la paranoia *legítima. La* mayor parte de los autores -y, punto decisivo, Kraepelin mismo- han abandonado el dogma de la cronicidad de la psicosis paranoica. A lo sumo Kraepelin admite que después de la remisión, relacionada por él con la solución del conflicto generador, persiste una disposición *latente* a la reincidencia del delirio. Nada se opone a esa concepción.

Sea como fuere, la descripción magistral de Kretschmer ha mostrado un tipo de delirio paranoico en que se observa la curación, y, si se acepta el análisis que vamos a intentar de nuestro caso, se verá el parentesco que presenta con ese tipo.

¿Es posible, sin embargo, en relación con el hecho de la evolución favorable, sugerir otros diagnósticos?

Acceso delirante de los degenerados, podrá decir alguien. Pero, si se quiere dar a esa designación, actualmente tan discutible, un sentido clínico que pueda discutirse en nuestro caso, éste se definirá por señales tales como la brusca invasión, la variabilidad y la inconsistencia de los temas, su difusión, sus discordancias señales todas que se oponen a la organización antigua, progresiva, constante del delirio en nuestra paciente.

Con toda seguridad, Magnan hubiera clasificado nuestro caso entre los *delirios de los degenerados.* Este marco respondía en sus tiempos a una entidad clínica que se oponía al delirio crónico, como la paranoia a la parafrenia, y el diagnóstico, si prescindimos de la parte de hipótesis que implica el término de "degenerescencia" va de acuerdo con el nuestro. Pero, como se sabe, la doctrina de la degenerescencia no se apoyaba más que en referencias imprecisas a hechos globales y mal controlados. Ahora ha perdido ese apoyo; y nuestra meta debe ser definir entidades mórbidas de un valor clínico más tangible.

¿Nos ofrecerá ese marco clínico más riguroso, en nuestro caso, la *esquizofrenia* de Bleuler? Como se sabe, esta designación abarca algunas de las variedades de psicosis que ya hemos descartado -parafrenias, psicosis paranoides-, pero también las desborda en gran medida. La evolución curable de nuestro caso ¿nos dará derecho a situarlo entre esas esquizofrenias de evolución remitente y curable de que habla Bleuler? Seguramente, el punto de vista podría ser discutido invadiendo el terreno del análisis de los mecanismos.

La esquizofrenia, como es bien sabido, se caracteriza por el "relajamiento de los vínculos asociativos" *(Abspannung der Assoziations-bíndungen).* El sistema asociativo de los conocimientos adquiridos es sin duda el elemento de reducción más importante de esas convicciones erróneas, que el individuo normal elabora sin cesar y conserva de manera más o menos permanente. La ineficacia de esta función puede ser considerada como un mecanismo esencial de un delirio como el de nuestro sujeto.

Pero aquí tenemos un punto de vista doctrinal que carecería de valor si la esquizofrenia no coordinara de manera muy clínica un gran número de hechos. Para conservar este valor, la concepción debe guardarse de pretender una extensión indefinida.

Ahora bien: ninguno de los trastornos definidos de la ideación, de la afectividad y del comportamiento, que son los síntomas fundamentales de la esquizofrenia, es verificable clínicamente en nuestro caso, ni tampoco localizable en la anamnesia. En cuanto a los trastornos episódicos que ha presentado nuestra enferma, y sobre los cuales vamos a seguir hablando, por ejemplo sentimientos de extrañeza, de *déjá* vu, probablemente de adivinación del pensamiento, e incluso las muy contadas alucinaciones, pueden manifestarse entre los síntomas accesorios de la esquizofrenia, pero de ninguna manera le pertenecen como cosa propia. Los trastornos mentales del primer internamiento han podido obligarnos a considerar durante un instante la cuestión de un estado de discordancia. Pero ningún documento que poseamos nos permite afirmar su existencia.

Queda la hipótesis de una forma de la psicosis *maniaco-depresiva.* En nuestra exposición de las teorías hemos insistido ciertamente sobre las intermitencias que se encuentran a menudo en los delirios, así como sobre las notas de hiperestenia maníaca, o de depresión, entremezcladas a veces, que en ellos desempeñan seguramente un papel esencial. Pero, a pesar de ciertos rasgos sospechosos de los trastornos en la época del primer internamiento, ninguno de esos caracteres aparece en nuestro caso con la suficiente nitidez para que le demos algún valor diagnóstico.

Estos últimos puntos de nuestra diagnosis permanece, sin embargo, a merced de la evolución futura de la enferma. Nosotros nos proponemos seguir la catamnesia, y comunicar cualquier hecho nuevo y significativo.

En el interior del marco existente de la paranoia, nuestro diagnóstico se detendrá evidentemente en el *delirio de interpretación,* "Las interpretaciones delirantes, múltiples y diversas, primitivas y predominantes" "las concepciones delirantes variadas, en las cuales parece secundaria la idea directriz" el entremezclamiento de los temas de grandeza y de persecución, "la falsedad y la inverosimilitud flagrante de la novela delirante" "la actividad normal", "las reacciones, en fin de cuentas bien conectadas con su móvil" 'la ausencia de señales de degenerescencia", "la conservación del sentido moral", "la extensión progresiva del delirio, la trasformación del medio exterior", en una palabra, todos aquellos rasgos mediante los cuales Sérieux y Capgras, con un espléndido rigor, caracterizan el delirio de interpretación distinguiéndolo del de reivindicación, están presentes en nuestro caso.

Sólo falta el signo de la incurabilidad. Pero ya hemos descartado la objeción que plantea esta falta.

Observemos como rasgo negativo, conforme a los clásicos, la ausencia, en nuestro caso, de esa organización "en sector", suspendida íntegramente de la idea de un perjuicio pretendido o real, que caracteriza al delirio de reivindicación, y la ausencia también del signo tan importante de la exaltación hipomaniaca.

Precisemos, por el contrario, ciertos rasgos que, en relación con la descripción clásica, constituyen la particularidad del delirio de nuestro caso. No es absolutamente centrípeto, puesto que exactamente sus amenazas están centradas en tomo al hijo. Interviene en él una nota de autoacusación (el niño está amenazado porque su madre ha merecido más o menos ser castigada). En el clásico cuadro diagnóstico de Séglas, estos dos rasgos pertenecen a los delirios melancólicos, y, por ambiguo que hagan aparecer el delirio de nuestro caso, están de acuerdo con la nota depresiva que en él domina. Esta se complementa con una nota de ansiedad, bien evidente en el carácter de inminencia, manifestado por paroxismos, por miedos delirantes. Ya volveremos sobre estos diversos caracteres y sobre las luces que proyectan sobre el mecanismo particular de nuestro caso.

Copiemos aquí, para terminar el capitulo, el certificado de quincena que nosotros mismos redactamos cuando la enferma ingresó en la clínica:

"Psicosis paranoica. Delirio reciente, que ha- culminado en una tentativa de homicidio. Temas aparentemente resueltos después del acto. Estado oniroide. Interpretaciones significativas, extensivas y concéntricas, agrupadas en torno a una idea prevalente: amenazas a su hijo. Sistema pasional: deber que cumplir para con éste. Impulsiones polimorfas dictadas por la angustia: gestiones ante un escritor, y ante la futura víctima. Ejecución urgente de escritos. Envío de éstos a la Corte de Inglaterra. Escritos panfletario y bucólico. Cafeinismo. Desviaciones de régimen. Dos exteriorizaciones interpretativas anteriores, determinadas por incidentes genitales y complemento tóxico (tiroidina): Actitud vital tardíamente centrada por un apego maternal exclusivo, pero en el cual dominan antiguamente valores interiorizados, permitiendo una adaptación prolongada a una situación familiar anormal, a una economía provisional. Bocio mediano. Taquicardia. Adaptación a su situación legal y maternal presente. Reticencia. Esperanza."

Por este certificado, y por la discusión toda del diagnóstico, se ve que hemos sido introducidos en la investigación de los mecanismos de la psicosis. ¿Podemos permitimos la empresa de precisar esos mecanismos? Es lo que vamos a intentar mediante un análisis sintomático minucioso de nuestro caso. En efecto, el caso único no existe, y estamos convencidos de que en psiquiatría, particularmente, todo estudio en profundidad, si está sostenido en una información suficiente, tiene asegurado un alcance equivalente en extensión.

2. ¿Representa la psicosis de nuestro caso un "proceso" orgánico-psíquico?

Análisis de los sintomas elementales del delirio: interpretaciones, ilusiones de la memoria, trastornos de la percepción. Su valor igual de fenómenos representativos simples. Sus dos tipos: síntomas oniroides y síntomas psicasténicos. Su relación con los trastornos orgánicos.

Para penetrar en el mecanismo de la psicosis, analizaremos en primer lugar cierto numero de fenómenos llamados *primitivos o elementales.* Bajo este nombre, en efecto, según un esquema frecuentemente recibido en psicopatologia (lo hemos visto en el cap. 4 de la parte I), se designan síntomas en los cuales, según la teoria, se expresan primitivamente los factores determinantes de la psicosis y a partir de los cuales el delirio se construye de acuerdo con reacciones afectivas secundarias y con deducciones en si mismas racionales. Confundida actualmente en Francia con las hipótesis neurológicas de una doctrina particular, esta concepción ha encontrado en Alemania una expresión de valor puramente clinico y analitico en la noción de *proceso* psiquico (véase la parte I, cap. 4, parágrafo quinto).

Esta noción se funda en el dato clinico de un elemento *nuevo, heterogéneo,* introducido en la personalidad por la X mórbida. Sobre ese dato nos guiaremos para discernir el valor *primitivo* de los fenómenos que vamos a estudiar ahora.

Intentaremos al mismo tiempo precisar la naturaleza del agente mórbido demostrando los factores orgánicos que aparecen en correlación con esos fenómenos.

Observemos el mecanismo elemental que parece regular el acrecentamiento del delirio, o sea la *interpretación.* Para la doctrina clásica, según es sabido, la interpretación es un acto, psicológico que, a partir de las tendencias propias determinado tipo de personalidad -falsedad del juicio, hostilidad en el trato con los demás-, se cumple según mecanismos normales. Basta un estudio atento de un caso como el nuestro para ver que ese punto de vista es insostenible.

Para convencerse de ello, basta seguir el método de examen que diseña con tanto rigor Westerterp. Lo que importa hacer que precise el enfermo -guardándose uno mucho, por supuesto, de sugerirle nada- es, no su sistema delirante, sino su estado psíquico en el periodo que precedió a la elaboración del sistema. Se puede entonces comprobar la importancia de los fenómenos que hemos descubierto en el curso de nuestra observación en el período anterior al primer internamiento. La ansiedad, los sueños terroríficos son a menudo los engendradores del delirio. Pero detrás de éste hay, además, toda una serie de fenómenos, cuya autenticidad está garantizada por la descripción espontánea que de ellos nos ha hecho la enferma. Hemos hablado ya de algunos, señalando su existencia o, la huella dejada por ellos. Es, ante todo, un sentimiento de trasformación del ambiente moral. *"Durante el amamantamiento* -dice la enferma- *iodo el mundo estaba cambiado* alrededor de mi...

Me parecía que mi mando y yo nos hablamos convertido en extraños el uno para el otro"; Aimée denuncia también fenómenos más sutiles, sentimientos de *extrañeza del medio,* de déjá vu y, muy probablemente, un sentimiento de *adivinación del pensamiento. A* propósito de este sentimiento de adivinación tenemos que

hacer constar, sin embargo, que si la enferma -lo reconoció fue sólo después de las preguntas precisas que sobre el particular le hicimos nosotros: en efecto, un documento escrito nos invitaba a buscar su presencia; y, por lo demás, no podemos- afirmar en todo rigor la calidad absolutamente típica del fenómeno.

Nos parece imposible descuidar esos fenómenos en el estudio del mecanismo de las *interpretaciones* que vienen a agregarse al cuadro. Pero estudiemos por principio de cuentas la

evolución general de los trastornos.

No podemos analizar los trastornos que presentaba la enferma en la época del primer internamiento. Lo único que podemos afirmar es su carácter de *brote agudo y,* en el orden de la discordancia, su *intensidad máxima* con respecto a la secuela -de la evolución. La salida de la casa de salud marca un mejoramiento del estado mental. Pero persiste un estado fundamental de inquietud, hasta la organización del, delirio.

Reconocemos que esta evolución en tres fases -que, por nuestra parte ' designaríamos con los nombres de fase aguda, fase de meditación afectiva y fase de organización del delirio- armoniza singularmente con el esquema clínico de la doctrina de Hesnard; y, aunque por otra, parte, creamos que sus complementos teóricos son susceptibles de objeciones importantes, queda sin embargo en pie la indicación, muy general, de que semejante curva evolutiva parece traicionar la acción esencial de factores orgánicos.

En nuestro caso, el papel de los *estados puerperales* es clínicamente manifiesto y parece haber actuado como detonador. A los dos embarazos respondieron los dos brotes iniciales del delirio, Hay que tomar en cuenta, además, el *estado distiroideo* que desempeña su papel en la aparición de los trastornos precedentes, y tal vez también el abuso del tratamiento tiroideo, abuso que, según declaración de los familiares, fue masivo. En el período ulterior del delirio, el *ritmo menstrual* determinaba regularmente las recrudescencias de la ansiedad, y es significativo que la enferma haya tenido su regla el día siguiente del atentado. A pesar de las muchas reservas que tenemos, no descartaremos toda acción posible del cafeinismo, que, por lo demás, no data más que de la época en que Aimée vino a vivir en París. En esta acción, el desequilibrio neurovegetativo sería, por lo demás, más importante que el tóxico mismo.

Examinemos ahora más de cerca la naturaleza de esos trastornos mentales primitivos que parecen determinados por el conjunto de factores que acabamos de enumerar.

La *interpretación* se presenta aquí como un trastorno primitivo de la percepción que no difiere esencialmente de los fenómenos seudo-alucinatorios sobre cuya existencia episódica en nuestro caso ya hemos llamado la atención desde un principio. Que se nos entienda bien. No estamos pensando en ninguna acción local o electiva de un trastorno de los humores sobre algún sistema de neuronas, cuyo juego produciría la interpretación, según una imagen que hace del cerebro una especie de 'molino de pensamientos". Dejamos a un lado esas hipótesis, que no son más que verbalismo.

En lo que pensamos es en mecanismos clínicamente más controlables, y que, por lo demás, no son unívocos. Ciertas interpretaciones dependen de mecanismos fisiológicos emparentados con los de los sueños. Según es sabido, en los sueños el juego de las imágenes parece puesto en movimiento cuando menos en parte, por un contacto con el ambiente. reducido a un mínimo de sensación pura. Aquí, por el contrario, hay percepción del mundo exterior, pero esta _percepción presenta una doble alteración que la asimila a la estructura de los sueños: se nos muestra como refutada en un estado psíquico intermedio entre los sueños y el estado de vigilia; además, el umbral de la creencia, cuyo papel es esencial -en la percepción, está aquí por debajo de lo normal. En vista de ello proponemos, provisionalmente y a falta de algo mejor, para esos estados especiales de la consciencia, el término de *estado oniroide* del objeto por ella trasformado, dejan inexplicados ciertos .otros rasgos característicos de las *interpretaciones típicas.*

Se puede incluso observar en nuestra enferma una especie de balanceo entre los estados ansiosos oniroides y esas interpretaciones auténticas. Precisemos los caracteres propios de la *interpretación delirante.*

Encontramos en ella, ante todo, un carácter de *electividad muy* especial, que se produce a propósito de una coyuntura absolutamente particular. Se presenta, además, como una experiencia sob*recogedora,* como una *iluminación* específica, carácter que los autores antiguos, cuya mirada no estaba velada por ninguna teoría psicológica, tenían muy en cuenta cuando designaban este síntoma con el término excelente de "fenómeno de *significación personal*. Es manifiesto su parentesco con los sentimientos de *extrañeza* inefable, de *ya visto (déjá* vu), de *nunca visto,* de *falso reconocimiento,* etc., que se muestran correlativamente en gran número de observaciones (de Sérieux y Capgras en particular), y que están presentes en nuestra enferma. Por otra parte, ciertas interpretaciones se parecen al *error de lectura* hasta el punto de ser' casi imposibles de distinguir de él. , Sabido es el papel que tienen en todos esos fenómenos los estados de *fatiga psíquica* en el sentido más general.

Si una *significación personal* viene a trasmutar el alcance de determinada frase que se ha escuchado, de determinada imagen que se ha entrevisto, del gesto de un transeúnte, del "filete" al cual se engancha la mirada en la lectura de un periódico, ello no es, como parece a primera vista, de manera puramente fortuita.

Si consideramos el fenómeno más de cerca, vemos que el síntoma no se presenta a propósito de cualquier clase de percepciones, de objetos inanimados y sin significación afectiva por ejemplo, sino muy especialmente a propósito de *relaciones de índole social:* relaciones con la familia, con los colegas, con los vecinos. La lectura del periódico tiene un alcance muy parecido: las personas sencillas (e incluso individuos cultos) ni siquiera sospechan a veces el poder representativo que adquiere esa lectura por el hecho de ser un signo de unión con un grupo social más vasto. El delirio de interpretación, como hemos escrito en otro lugar, es un delirio de la vivienda, de la calle, del foro.

Estos caracteres nos llevan a admitir que los fenómenos considerados dependen de esos estados de insuficiencias funcionales del psiquismo que afectan electivamente a las actividades complejas y a las actividades sociales, y de los cuales dio Janet una descripción y una teoría en su doctrina de la psicastenia. La referencia a este síndrome explica la presencia, manifiesta en nuestro caso, de trastornos de los *sentimientos intelectuales*. La teoría, además, permite comprender qué papel tienen en los trastornos las relaciones sociales en el sentido más amplio, cómo la, estructura de estos síntomas, perfectamente integrados a la personalidad , refleja su génesis social, y por último cómo determinados estados orgánicos de fatiga, de intoxicación, pueden provocar su aparición.

Ciertos hechos de nuestro caso, sin embargo, parecían inconciliables con nuestras dos teorías: lo mismo con la del *estado oníroide* que con la del *fenómeno psicasténico.* Eran hechos que seguían siendo enigmáticos para nosotros. Este, por ejemplo: un día del año 1927, la enferma -según precisaba ella misma- había *leído* en el periódico *Le Journal* un articulo de uno de sus perseguidores que anunciaba que su hijo sería asesinado porque ella era una maldiciente, que se acercaba el día de la venganza, etc. Además, en el mismo periódico habla *visto* una fotografía que era la del frontón de su casa natal. A la sazón el niño pasaba allí sus vacaciones y, en el jardín cercano, su imagen fácil de reconocer lo designaba a los golpes de los asesinos.

La significación de tal fenómeno, para el cual todas nuestras hipótesis (pero mucho más aún las teorías clásicas) seguían siendo inadecuadas, nos vino por pura casualidad.

Un día (exactamente un 2 de marzo) estábamos conversando con nuestra enferma. Los métodos de interrogatorio, que se ufanan a veces de aportar luces preciosas a la psiquiatría, no tienen en realidad sino escasas ventajas, al lado de muy serios inconvenientes. El de enmascarar los hechos no reconocidos no nos parece menor que el de imponer al sujeto la confesión de síntomas conocidos. Estábamos charlando, pues, sin ningún plan preconcebido, cuando de pronto tuvimos la sorpresa de oír el siguiente comentario de nuestra enferma: "Sí, es como cuando yo iba a las oficinas del periódico a comprar números atrasados, de uno o dos meses antes. Yo quería encontrar

ciertas cosas que habla leído, por ejemplo que iban a matar a mi hijo, y quería ver también la foto en que lo había reconocido. Pero nunca encontré ni el artículo ni la foto, a, pesar de que recordaba las dos cosas. Al final estaba mi cuarto atestado de aquellos periódicos!'

Interrogada por nosotros, la enferma reconoció que no podía acordarse más que de un hecho, y es que, en un instante dado, *había creído recordar* ese artículo y esa fotografía.

Así, pues, el fenómeno se reducía a una ilusión *de la memoria.* Y, una vez estudiado, se comprobaba que encajaba perfectamente en nuestras hipótesis precedentes. Estos trastornos mnésicos son, en efecto, muy deleznables: nosotros no hemos comprobado nunca, tras un examen clínico sistemático y minucioso, trastornos mnésicos de evocación, salvo aquellos que hemos señalado en nuestra observación, y que recaen electivamente sobre el momento en que se introducen en el delirio los principales perseguidores. Ya veremos ulteriormente de qué manera se pueden concebir tales trastornos. Por lo demás, nosotros mismos hemos sometido a nuestra enferma a los *test* especiales de la memoria de fijación y hemos obtenido los resultados más normales, lo cual responde muy bien al hecho de que la actividad profesional de la enferma siguió siendo satisfactoria hasta el final.

Estos trastornos consisten, pues, únicamente en una insuficiencia de la rememoración, que permite, que una imagen-fantasma (evocada a su vez por las asociaciones de una percepción, de un sueño o de un complejo delirante) se trasforme en imagen-recuerdo. Ciertos clínicos, en particular Arnauld, hablan entrevisto ya la importancia de estos trastornos en la génesis del delirio.

Para comprenderlos, remitámonos durante un instante a las doc. trinas de los psicólogos. Nos enteramos de que la constitución de la ímagen-recuerdo está subordinada a regulaciones psíquicas muy delicadas. Estas regulaciones no sólo comprenden la coordinación asociativa de las imágenes y de los acontecimientos, sino que además descansan esencialmente sobre ciertas intuiciones temporales, que podemos llamar *sentimientos del pasado,* así como sobre sentimientos de origen afectivo que confieren, si se puede decir, su *peso* no sólo al recuerdo, sino a la percepción misma: llamémoslos, aunque su, etiqueta no importe mucho, *sentimientos de familiaridad, o* bien *sentimientos de realidad.* Bertrand Russell (ya citado), con ese vigor concreto de expresión que sigue conservando el pensador anglosajón incluso cuando filosofa, se expresa así sobre este sentimiento original de realidad, sin el cual tanto la percepción como el recuerdo permanecen inciertos e incompletos: "Es análogo -dice- al sentimiento de respeto." Fácil es ver hasta qué punto esta referencia de índole social abunda en el sentido hacia el cual tendemos nosotros.

Por lo demás, la autonomía psicofisiológica de esos *sentimientosintelectuales* y de esos *sentimientos del tiempo* ha sido demostrada por sus disociaciones psicopatológicas, tal como lo han observado, en gran número de, enfermedades mentales, investigadores como Bleuler, Blondel y, a su zaga, Minkowski.

Pero fue Janet quien, primero que nadie, demostró la función fisiológica reguladora de esos sentimientos intelectuales en las actividades humanas complejas, y muy particularmente en las que llevan la marca de una génesis social.

De entre estos sentimientos reguladores, aquellos que se refieren al tiempo están vinculados esencialmente con la eficacia de la síntesis psíquica que es la generadora del momento presente en su alcance para la acción, instancia designada por Janet con el término de función de presentificación.

Por ello, en el orden patológico, las ilusiones de la memoria que estamos describiendo son asimilables a los fenómenos descritos por Janet bajo el titulo de descensos de tensión psicológica o de crisis de psicolepsia.

Si queremos hacernos una imagen más precisa del mecanismo de estas ilusiones, pensemos en un hecho pertinente al sueño, y bien conocido en psicología: la persona a quien despierta bruscamente un ruido provocado, se acuerda de haber formado en sueños una concatenación de imágenes cuyo remate ha sido el ruido; tiene la impresión de que el sueño ha tenido una duración importante, y sin embargo todo el orden de la concatenación está manifiestamente destinado a meter el ruido; éste, de hecho, es lo que ha provocado el despertar, y además el sujeto no podía prever ni que iba a haber el ruido ni cómo iba a ser. Este hecho, como todos los que dejan tan enigmático el problema de la duración de los sueños, hace palpar muy bien la dificultad que presenta una orientación temporal objetiva en el desarrollo representativo de las imágenes.

En todo caso, después de nuestro descubrimiento, se nos mostraron en su pleno valor no pocos hechos que la enferma nos había revelado sin que nosotros les prestáramos una atención suficiente.

Aimée nos refiere por ejemplo que un día, muy excitada por una discusión que ha habido, se presenta ante su hermana mayor y le enseña una cajita de perfumes que la hermana misma le había regalado y que. estaba destinada al armario de la ropa blanca. Le enseña esa cajita para demostrarle que está intacta, al mismo tiempo Janet ha puesto admirablemente de relieve el papel de estos trastornos de la memoria en los sentimientos llamados sutiles, experimentados por los perseguidos alucinados (véase Janet, "Les sentiments dans le délire de persécution" *art. cit., p.* 442). No hemos tenido conocimiento de este artículo sino algo tarde, después de haber verificado, interpretado e incluso comunicado (en una conferencia pública) los hechos un poco diferentes que estamos describiendo. Pero el artículo de Janet nos ha confirmado en nuestras opiniones, y en el cap. 4 de la parte i hemos integrado una indicación, demasiado breve en verdad, de su doctrina, que le hace reproches por haber dicho, equivocadamente, que estaba rota. La hermana afirma entonces no haber pronunciado esas palabras ni ningunas otras parecidas. Y nuestra enferma, que de tiempo atrás viene sufriendo sin cesar parecidas rectificaciones de los hechos, retira su reclamación y se queda profundamente inquieta sobre su propio estado.

El carácter electivo del trastorno, ligado a la contradicción para con la hermana, se nos mostrará mejor aún cuando sepamos el papel afectivo desempeñado por ésta.

Otro hecho: nuestra enferma, como tantos otros psicópatas en el período de incubación o de eflorescencia de la enfermedad, consultaba abundantemente a uno de esos pronosticadores del porvenir cuya propaganda se despliega con toda libertad en las páginas de anuncios de los periódicos. A uno de ellos, un tal profesor R...., de La Haya, se dirigía periódicamente Aimée para solicitarle, a cambio de dinero, una consulta horoscópica. En una de sus respuestas el profesor R.... le anunció que una mujer rubia desempeñaría un papel muy importante en su vida, como fuente de desgracias: tal es la creencia en que la enferma, durante su psicosis, estuvo apoyando en parte su convicción delirante en lo que se refería a su principal perseguidora. Pero el hecho es que hoy, después de verificarlo todo, le consta a ella que el profesor R.. . . jamás le escribió semejante cosa.

Estos hechos son diferentes de las *interpretacionesretrospectivas* de los clásicos, las cuales, por cierto, también han hecho su aparición en el pasado de la enferma. Aimée nos dice, por ejemplo, que se acuerda de haber visto un día, sin prestar mayor atención, un cartel de propaganda antituberculosa que representaba a un niño amenazado por una espada suspendida encima de él. Fue solamente algunos meses después (de esto conserva ella un recuerdo, distinto del primero) cuando comprendió que el dibujo del cartel apuntaba al destino de su hijo.

No multiplicaremos los ejemplos. Sólo hemos querido poner de relieve nuestra observación de que (dejando aparte estos últimos hechos de interpretación retrospectiva) gran número de interpretaciones son *ilusiones de la memoria,* es decir, representan objetivaciones ilusorias, en el pasado, de imágenes en que se expresan, ya la convicción delirante (la casa y el hijo), ya los complejos afectivos que motivan el delirio (conflicto con la hermana: véase infra).

Para ser escrupulosos, señalemos finalmente algunos fenómenos alucinatorios que han sido del todo episódicos. Los designamos en Plural porque pensamos que no hay ningún hecho mental errático. Pero lo único que la enferma nos ha dicho es que, a continuación de cada uno de los trastornos que experimentaba, había tenido *"mucho miedo* de oír cosas que no existían" *y dos veces,* estando en su habitación, había escuchado la injuria clásica de las perseguidas alucinadas: *"Vachel"* [literalmente, "¡Vaca!"]. Estas alucinaciones episódicas en el delirio de interpretación son conocidas de todos los autores. No tenemos intención de abordar a este propósito el problema complejo de las alucinaciones, ni tampoco los problemas que plantean las alucinaciones muy especiales de que, aquí se trata. Digamos sólo que, en opinión nuestra, las nociones patogénicas aportadas aquí no tienen por qué limitarse exclusivamente a los fenómenos que hemos estudiado, y que, en particular, pueden arrojar algunas luces sobre los mecanismos oscuros de la psicosis alucinatoria crónica.

Con este análisis que hemos hecho, creemos haber puesto de relieve el verdadero carácter de los *fenómenos elementales* del delirio en nuestra enferma. Podemos agruparlos bajo cuatro encabezados: *estados oniroides* (coloreados a menudo de ansiedad); trastornos de *"incompletud" de la percepción; interpretaciones propiamente dichas; ilusiones de la memoria. A* nosotros nos parece que estos dos últimos grupos de fenómenos, como también el segundo, dependen de mecanismos *psicasténicos,* es decir que se presentan como trastornos de la percepción y de la rememoración, ligados efectivamente a las relaciones sociales.

Esta concepción es diferente de la doctrina clásica, que ve en la - interpretación una alteración razonante, fundada en elementos constitucionales del espíritu. Creemos que nuestro análisis significa un progreso real respecto de esa doctrina clásica, aunque sólo fuera para entender los casos frecuentes en que el pretendido factor constitucional hace falta de manera manifiesta y en que es imposible captar, en el origen del delirio, el menor hecho de razonamiento o de inducción delirantes.

Nuestra concepción, por otra parte, permite entender la relación de las interpretaciones con ciertos estados orgánicos, relación que, fuera de toda correlación clínica, podría sospecharse ya en la evolución a empujones de esos fenómenos.

¿Quiere decir que los mecanismos que estamos demostrando dan suficiente razón del conjunto del delirio? Los organicistas tienden a dar al sistema del delirio el alcance de una elaboración intelectual de valor secundario y sin mayor interés. *A* pesar del refuerzo que nosotros les hemos aportado hasta aquí, en eso no los seguiremos.

Los, fenómenos llamados primitivos podrán ser primarios en el tiempo, e incluso aceptamos que puedan servir de desencadenadores del delirio, pero no por eso explican la fijación ni la organización de éste. ¿Diremos incluso que han aportado para su construcción toda la materia, o sea ese elemento *nuevo, heterogéneo* a la personalidad, que permitiría definir nuestra psicosis como un *proceso?*

Es ésa una pregunta a la cual no podremos contestar sino después de haber estudiado las relaciones del delirio con la historia y con el carácter de la enferma, o sea con lo que vamos a intentar conocer de su personalidad.

El estudio que en seguida haremos de las estructuras conceptuales reveladas por la organización del sistema del delirio nos permitirá quizá penetrar aún más lejos en la naturaleza real de los mecanismos que acabamos de analizar.

3. ¿Representa la psicosis de nuestro caso una reacción a un conflictoo vital y a traumas afectivos determinados?

Complemento de la observación del caso Aimée: historia del desarrollo de la personalidad del sujeto. Su carácter: los rasgos psicasténicos son en él primitivos y predominantes, los rasgos llamados paranoicos son en él secundarios y accesorios. El conflicto vital y, las experiencias con él relacionadas.

Nos es preciso ahora completar la observación de la enferma, resumiendo los hechos que en gran número hemos recogido en nuestras investigaciones sobre los acontecimientos de su vida y sobre sus reacciones personales. Para estas investigaciones no hemos descuidado ningún medio, ninguna pista. Hemos interrogado oralmente tanto a la enferma como a su marido, a su hermana mayor, a uno de sus hermanos, a una de sus compañeras de trabajo en la oficina; hemos mantenido correspondencia con otros miembros de su familia. Finalmente, a través de una asistente social ilustrada, hemos completado nuestras observaciones ante los superiores jerárquicos de la enferma, ante el gerente de su hotel, sus vecinos, etc.

De todos estos hechos acumulados, sólo extraeremos aquellos que hemos controlado con una verificación al menos, tomando en cuenta por lo demás, en la apreciación y la jerarquía de nuestras fuentes, las reglas comúnmente recibidas de la critica del testimonio.

Las dificultades con que nos hemos topado para obtener de la familia algunos hechos precisos *sobre* la infancia de la enferma sugieren una observación general: podríamos decir que, acerca de la infancia de un sujeto, los aparatos registradores familiares parecen sufrir los mismos mecanismos de censura y de sustitución que el análisis freudiano nos ha enseñado a conocer en el psiquismo del sujeto mismo. La razón de esto es que la observación pura de los hechos está enturbiada en ellos por la participación afectiva estrecha que los ha mezclado en su génesis misma. En cuanto a los colaterales, entra además en juego la discrepancia vital que unos pocos años bastan para producir en la época de la infancia.

Hemos podido entrevistar a dos de ellos: la hermana mayor, que tiene cinco años más que Aimée, y uno de los hermanos, que es diez años menor. Ciertas necesidades económicas, por otra parte, agregaron su efecto a los factores psíquicos: la hermana, que se ocupó de la crianza de Aimée durante sus primeros años, tuvo que abandonar el techo paterno a los catorce, y la enferma misma a los dieciocho, lo cual nos muestra los limites de observación de la hermana y del hermano.

Hay, sin embargo, rasgos generales de la personalidad de la enferma que han sido conservados por la tradición de la familia, y el trabajo de trasformación casi mítica que es común observar en esos rasgos no los descarta, sino que revela mejor aún su valor característico y profundo.

La enferma, se nos dice, era ya muy "personal". Era, en toda la casa, la única que sabia contradecir la autoridad un tanto tiránica, y en todo casó incontestada, del padre. Estas contradicciones, para precisar, se referían en general a detalles de conducta. Ahora bien, por insignificantes que sean en si mismos, se sabe qué valor afectivo pueden representar, muy particularmente, los detalles de significación simbólica, como por ejemplo los que se refieren al arreglo personal: manera de llevar el pelo, manera de ajustarse un cinturón. Las esperanzas que daba a sus padres la inteligencia reconocida de nuestra enferma le valían sobre estos puntos ciertas concesiones, e incluso ciertos privilegios más positivos. Algunos de estos privilegios, como el de usar prendas interiores más finas que las de sus hermanas, parecen provocar todavía en éstas una amargura que no ha perdido su punzada.

La autora responsable de esta diferencia de trato parece haber sido la madre. El lazo afectivo intensísimo que unió a Aimée muy particularmente con su madre nos parece digno de algunas consideraciones.

Aimée misma confiesa la existencia de ese lazo: "Eramos dos amigas", nos dice. Todavía ahora no piensa en ella sin que se le salten las lágrimas, mientras que la idea misma de estar separada de su hijo nunca se las ha provocado en presencia nuestra. Ninguna reacción es comparable en ella a la que suscita la evocación de la pena actual de su madre: "Debía haberme quedado al lado de ella" tal es el tema constante de las, deploraciones de la enferma.

Ahora bien, por lo visto la madre habla dado señales desde mucho tiempo atrás de ser una interpretativa, o, para decirlo con mayor precisión, manifestaba en las relaciones pueblerinas una vulnerabilidad con fondo de inquietud, muy pronto trasformada en suspicacia. Citemos, como ejemplo, el siguiente hecho que se nos ha referido: hablando sobre uno de sus animales enfermos, una vecina le ha predicho que no sanará; la madre, por principio de cuentas, resiente mucho la amenaza implícita en esas palabras, y la percibe como una amenaza mágica; en seguida se muestra convencida de que hay en la vecina una voluntad de perjudicarla; después sospecha que ella ha emponzoñado al animal, etc. Esta disposición, antigua y reconocida, se ha precisado desde hace más de diez años en un sentimiento de ser espiada y escuchada por los vecinos, temor que la lleva a pedir que la lectura de las cartas se haga en voz baja (como es analfabeta, alguien tiene que leérselas). Finalmente, a raíz de las recientes calamidades que le han ocurrido a su hija, se ha encerrado en un aislamiento huraño, imputando formalmente a la acción hostil de sus vecinos directos la responsabilidad del drama.

Más adelante precisaremos lo que pensamos acerca del alcance de la semejanza entre el desarrollo psíquico de la hija y el de la madre.

Observemos que Aimée, desde que se acuerda, no tuvo intimidad de infancia más que con sus hermanos, todos ellos menores; con los mayorcitos la unieron unas relaciones de camaradería de juegos, etc., que ella no evoca sin enternecerse. En cuanto a sus hermanas mayores, hablan ejercido sobre ella una autoridad maternal, y luego, de acuerdo con las necesidades de todos, hablan salido del hogar.

Hay un rasgo particular de la conducta que aparece desde la infancia en Aimée: "Nunca está lista cuando lo están los demás. Ella está siempre atrasada." Este rasgo clínico manifiesto, *lentitud y retraso* de los actos, cuyo alcance en el orden de los síntomas psicas-ténicos ha sido mostrado por Janet, tomará todo su valor a medida que se le vayan agregando los muchos rasgos del mismo orden que aparecerán en el curso del desarrollo.

Los escrito! de la enferma nos han conservado la huella de la influencia profunda que sobre ella ha ejercido la vida del campo. Son conocidas las cualidades educativas superiores que presenta esta vida en comparación con la que se lleva en las ciudades. "Los trabajos y los días de los campos, gracias a su alcance concreto lo mismo que a su valor simbólico, no pueden menos de ser favorables al desarrollo, en el niño, de un equilibrio afectivo y de relaciones vitales satisfactorias.

Los escritos ulteriores de Aimée nos dan testimonio de que, sin precisión de tiempo pero seguramente desde antes de la adolescencia, el contacto con el medio agreste propició la formación de unos rasgos de su sensibilidad que no son comunes: la expansión casi erótica que la niña Aimée encuentra en la naturaleza tiene todos los caracteres de una pasión y, cultivada o no, esta pasión ha engendrado el gusto de la ensoñación solitaria.

Según confesión de la enferma, este cultivo de la ensoñación fue precoz. Es posible que una parte de las promesas intelectuales que dio se haya derivado de ahí, y tal vez esa particularidad fue la que la hizo parecer a sus familiares como designada entre todas para llegar a la situación superior de maestra de escuela.

Pero este desarrollo de la actividad imaginativa tomó en Aimée la forma de una verdadera derivación de la energía vital. No es tamos todavía capacitados para definir las relaciones de la psicosis con esa anomalía. Digamos esto por ahora: el, hecho de que la anomalía haya tenido nacimiento en relaciones con lo real marcadas con un valor positivo, puede haber desempeñado un papel en la evolución favorable de la psicosis misma.

Del estado psicológico de la pubertad, manifestada a los quince años, no tenemos nada que decir.

La deficiencia psíquica cuyo origen estamos tratando de precisar manifiesta sus primeras señales en el orden escolar hacia la edad de diecisiete años. Al parecer, se puede afirmar que su naturaleza fue afectiva y no capacitaria. Aimée, en efecto, recibió en la escuela comunal unas calificaciones lo bastante buenas para ser enviada, la primera de su casa, a la escuela primaria superior de la ciudad vecina. Allí, sus educadoras la creen destinada a satisfacer las ambiciones de su familia entrando en la carrera de la enseñanza primaria.

Ahora bien, después de un fracaso en exámenes. Aimée se descorazona y renuncia a continuar por ese camino. A partir de entonces asombra a su familia pretendiendo aspirar a caminos más libres y más elevados. Da así señales al mismo tiempo de esa *abulia profesional* y de esa *ambición inadaptada* que Janet describe también entre los síntomas psicasténicos. En correlación con su indocilidad, Aimée parece manifestar ese otro síntoma reconocido que es la *necesidad de dirección* moral. Dejemos sin embargo a ese sentimiento el valor puramente retrospectivo y tal vez justificativo que tiene, cuando la enferma nos confía, por una parte, su decepción y su censura de las educadoras laicas, "que dan sus clases y no se ocupan de una" y su añoranza, por oídas, de una escuela de monjas, que, "ellas sí, formaban a las señoritas, velan lejos" etc.

Ya en ese momento, el carácter ambiguo de su personalidad es interpretado por una de sus profesoras como un rasgo de disimulo natural. "Cuando uno cree agarrarla, ella se escapa."

En esta época se sitúa el florecimiento, y luego el fin desdichado, de la primera de las relaciones de amistad que han dejado huella en la vida de la enferma. Una camarada de infancia, candidata con ella a los exámenes de enseñanza, sucumbe en unos cuantos años a la evolución de una bacilosis pulmonar. Esta muerte precoz, que Aimée, de acuerdo con la visión de la adolescencia, vincula con algún drama sentimental, la conmueve profundamente y, según hemos visto, inspira la mejor de sus dos novelas.

Después de regresar durante un tiempo a la casa natal, Aimée sale de ella de nuevo para entrar en la Administración de la cual dependerán sus desplazamientos en lo sucesivo.

No abandonemos el período de infancia y de adolescencia (que llega por entonces a su final) sin mencionar un episodio que vale, a nuestro parecer, no tanto por la emoción, viva, todavía, que provocó en la enferma, cuanto por el valor casi mítico que conservó en la tradición familiar. Todos los rasgos característicos de la conducta de Aimée se encuentran reunidos en esta historia: se ha retardado en su arreglo personal cuando los demás, terminados los preparativos para un desplazamiento en común, han salido ya de casa; para alcanzarlos, ella toma una vereda a campo traviesa y tiene la torpeza de irritar a un toro, del cual se salva por un pelo. Este tema del toro corriendo para atacar reaparece frecuentemente en los sueños de Aimée (en compañía de un sueño de víbora, animal que pulula en su tierra natal), y es siempre de nefasto agüero. El tema aparece asimismo en sus escritos. Tal vez el psicoanalista conseguirla penetrar más en el determinismo de ese acontecimiento, en sus secuelas afectivas e imaginativas, y podría descubrir relaciones simbólicas sutiles entre esos elementos.

Aimée entra en contacto con el vasto universo en una capital provinciana alejada de su región natal. Allí no vive sola. Vive en casa de un tío, cuya mujer no es otra que la hermana mayor de Aimée, la cual se ha casado con el anciano a los quince años, después de haber trabajado como empleada suya. Esta persona, que. ha ejercido ya su autoridad sobre la Primerisima infancia de Aimée, reaparecerá más tarde en su vida para desempeñar en ella un papel que, según veremos, será decisivo.

Esta vez el contacto será breve: no durará más que un trimestre.

Después de ese breve periodo, en el que Aimée ha sido puesta, a ensayar sus nuevas funciones, Aimée aprueba, y "en las primeras filas" el examen administrativo que le da una situación titular, y es destinada inmediatamente a una comunidad bastante retirada, donde permanecerá durante tres años. Pero su estancia en la pequeña capital provinciana le habrá dejado una huella.

En efecto, es allí donde se decide el primer amor de Aimée. Para atenernos a las reglas criticas que nos hemos impuesto, deberíamos dejar a un lado este episodio, puesto que nuestras informaciones acerca de él se reducen sólo a lo que Aimée nos ha contado. Por poco riguroso que pueda ser su relato, éste es sin embargo tan revelador de las reacciones de nuestra paciente -y estas reacciones son tan típicas en ese acontecimiento-, que no podemos pasarlo por alto.

Un análisis como el que estamos intentando está condenado al fracaso si el observador no se ayuda con toda su capacidad de simpatía. Es difícil, sin embargo, evocar la figura del seductor de Aimée sin que se nos cuele una nota cómica. Don Juan de poblacho y poetastro de camarilla "regionalista", este personaje sedujo a Aimée con los encantos malditos de un porte romántico y de una reputación bastante escandalosa.

Aimée manifestó en esta ocasión la reacción sentimental típica de su carácter. Ella nos dice: 'Tara haber hecho de eso lo que hice en mi espíritu y en mi corazón, necesitaba estar seducida hasta un punto extraordinario." Es ante todo una delectación sentimental completamente interiorizada. La desproporción con el alcance real de la aventura es manifiesta; los encuentros a solas, bastante raros puesto que se escaparon del espionaje de una ciudad pequeña, le han desagradado al principio; Aimée cede al fin, pero para enterarse al punto, y de boca de su seductor, hombre decididamente enamorado de su papel, que todo ha sido una simple apuesta, cuyo objeto ha sido ella. En total, la aventura abarca sólo el último de los tres meses que Aimée permaneció en la pequeña ciudad. Sin embargo, esta aventura, que lleva en si las marcas clásicas del entusiasmo y de las cegueras propias de la inocencia, va a decidir por tres años el camino de la vida afectiva de Aimée. A lo largo de tres años, en el pueblecito alejado adonde la confinará su trabajo, mantendrá activo su sueño mediante una asidua correspondencia con el seductor, a quien, por cierto, nunca más volverá a ver. El es el objeto único de sus pensamientos, y sin embargo es capaz de no revelar nada de eso a nadie, ni siquiera a la colega, medio paisana suya, que es por entonces la segunda gran relación amistosa de su vida. Completamente dada a la acción moral a que se ha consagrado para con su ídolo, y consciente sin embargo de ser engañada, se complace en un ardor cuya materia no consiste más que en sueños: en ellos se aísla, "descartando-como ella nos dice- a todos los que se hubieran ofrecido como partidos conveniente?. Su desinterés es entonces entero, y se expresa de manera conmovedora en un pequeño rasgo: declina las satisfacciones de vanidad que le ofrece la colaboración literaria en la revistilla provinciana cuyas puertas están guardadas por su amante.

Interiorización exclusiva, gusto del tormento sentimental, valor moral, todos los rasgos de esta historia de amor se muestran de acuerdo con las reacciones que Kretschmer da como propias del carácter *sensitivo.* Puesto que hemos presentado su descripción muy detalladamente, nos será licito remitir a ella. Las razones del fracaso de semejante episodio afectivo no parecen deberse más que a la elección desdichada del objeto. Esta elección traduce, al lado de impulsos morales elevados, una falta de instinto vital de la cual, por otra parte, es testimonio la impotencia sexual que la continuación de la vida de nuestra paciente permite afirmar, dentro de los límites de certidumbre que una encuesta así comporta.

De repente, cansada de sus complacencias, tan vanas como dolorosas, Aimée no tiene ya más que odio y desprecio por el objeto, indigno de sus pensamientos. "Paso bruscamente del amor al aborrecimiento" nos dice ella de manera espontánea. Ya tendremos. ocasión de ver lo bien fundado de esa observación.

Estos sentimientos hostiles no se han extinguido aún. Se siguen señalando, por la violencia del tono con que habla de él cuando contesta, haciendo un esfuerzo, a las preguntas que le hacemos: "Triste individuo" lo llama, poniéndose todavía pálida. "Por mi, que reviente. No me vuelva a hablar de ese rufián, de ese bueno para nada." Encontramos aquí esa duración indefinida, en la conciencia, del complejo pasional que Kretschmer describe como mecanismo de *contención.*

En el momento en que se lleva a cabo esta inversión sentimental, Aimée ha cambiado una vez más de residencia. Trabaja ahora en una ciudad en la cual seguirá viviendo hasta la época de su primer internamiento.

Vivirá en este nuevo puesto durante cuatro años (hasta su matrimonio) en una relación de gran intimidad con una compañera de oficina sobre cuya personalidad creemos necesario detenemos un instante.

En una primera aproximación, esta personalidad puede ser clasificada dentro del tipo kretschmeriano del carácter *expansivo.* Se, complementa con algunos rasgos de actividad lúdica y de afición al dominio por si mismo, rasgos que la aproximan, para no salirnos de los marcos de Kretschmer, a la subvariedad que él designa con el nombre de *intrigante refinada.*

Todo esto quiere decir que su actividad y sus reacciones, tal como lo escribe Kretschmer acerca de los tipos correspondientes, se oponen a las de nuestra paciente "a la manera como se opone al objeto su imagen invertida en el espejo".

Vamos a mostrar esto con una comparación de la actividad de las dos mujeres, y este contraste nos hará captar mejor la actitud social de nuestra paciente, tal como se presentaba antes de cualquier brote propiamente mórbido. Digamos, de una vez por todas, que nuestros informes proceden de varias fuentes opuestas.

Estamos antes de la guerra de 1914. La señorita C. de la N. pertenece a una familia noble que ha decaído socialmente desde no hace mucho y que no ha perdido del todo sus lazos con familias de parientes que siguen conservando un rango elevado. Ella considera el trabajo que está obligada a desempeñar como muy inferior a su condición moral, y no le dedica más que un mínimo de atención, a regañadientes. Toda su actividad está consagrada a mantener bajo su prestigio intelectual y moral al mundillo de sus compañeras de trabajo: es ella quien guía sus opiniones, es ella quien gobierna sus tiempos libres, y por cierto que no descuida acrecentar su autoridad mediante el rigorismo de sus actitudes. Gran organizadora de reuniones en que la conversación y el bridge continúan hasta altas horas de la noche, las aprovecha para desplegar gran número de relatos sobre las relaciones pasadas de su familia, y no desdeña hacer alusión a las que todavía le quedan. Sabe manipular muy bien, entre esas muchachas sencillas, el incentivo de las costumbres en cuyo conocimiento las inicia. Por lo demás, sabe imponer el respeto gracias a una gazmoñería y a unos hábitos religiosos no desprovistos de afectación.

De labios de esta, amiga, hagámoslo notar ahora (pues nuestros interrogatorios no nos lo revelaron sino después de varios meses y, además, sin que nosotros hayamos solicitado de una manera directa la reminiscencia), llegaron por primera vez a oídos de Aimée el nombre, los hábitos y los éxitos de la señora Z., que era a la sazón vecina de una tía de C. de la N., y también el nombre de Sarah Bernhardt, de quien ella decía que habla sido compañera de su madre en un internado de monjas. 0 sea que es entonces cuando entran en escena las dos mujeres a quienes la enferma designará más tarde como sus dos perseguidoras principales.

Todo preparaba a Aimée para sufrir las seducciones de esa persona, comenzando por las diferencias con que ella misma se siente marcada en relación con su medio. "Era -nos dice ella- la única que se salía un poco de lo ordinario, en medio de todas aquellas muchachas fabricadas en serie."

De las dos amigas, la una es sombra de la otra. Profundamente influida en su carácter, Aimée no está, sin embargo, dominada por C. de la N. hasta el punto de no "reservarse una parte de sí misma". "Con esta amiga -nos dice, oponiéndola a sus dos primeras amistades- siempre conservaba yo un jardín secreto»: es el reducto en que se defiende la personalidad sensitiva contra las acometidas de su contraria.

Con respecto a su medio, sin embargo, Aimée reacciona de una manera completamente opuesta. Lo que domina en sus relaciones con sus compañeras de trabajo es un sentimiento de desacuerdo. Las señales de este desacuerdo, muy objetivas en resumidas cuentas, son expresadas por Aimée al decirle a su amiga cosas como ésta: "Tu tienes suerte. Tú adivinas siempre todo lo que ellas van a decir. Cuando una emite alguna opinión, ¿la mía es siempre diferente?"

En esos casos, la amiga le da a Aimée por su lado contestándole: "Hasta donde yo recuerdo, tú no te pareces a las demás. Cuando hay una discusión, las respuestas que tú das son completamente inesperadas." Este desacuerdo, sin embargo, no es querido, y en un principio le causa mortificación a la enferma. Posteriormente, ella lo trasforma en desprecio por su sexo: "Las mujeres no se interesan más que por las menudencias, las intrigas pequeñas, las menudas fallas de cada quien." A ello agrega, por otra parte, un sentimiento de su superioridad. "En cuanto a ella, nunca presta mayor atención a esas menudencias de que hablan las otras. Lo que a ella le llama la atención es un rasgo significativo del carácter?, etc. "Yo me siento masculina." La palabra fuerte ha sido soltada. La amiga conjuga: "Tú eres masculina." Ciertamente, en un caso como éste, la *inversión psíquica* no se halla sino en estado de esbozo. Y, aun así, nos pondríamos en guardia contra un verbalismo imaginativo sí los rasgos sospechosos no sacaran alguna confirmación de la impotencia sexual constante en Aimée, así como de sus ulteriores accesos de *donjuanismo, cuyo* valor sintomático de inversión sexual larvada (tanto en el hombre como en la mujer) está bien averiguado gracias a las indagaciones de los psicoanalistas." Ya se han leído, en efecto, las consideraciones que la enferma nos ha comunicado sobre uno de sus "accesos de disipación". Es el mismo sentimiento que expresa Aimée en dos ocasiones muy diferentes, una cuando quiere explicamos las maneras de pensar que la distinguen de las demás mujeres, y otra cuando nos cuenta las singulares impulsiones que la llevan al desorden: el sentimiento de una afinidad psíquica con el hombre, cuya índole es muy distinta de la necesidad sexual. "¡Tengo -nos dice- tal curiosidad por el alma masculina! ¡Siento que me atrae tanto!"

Este carácter de juego en la actitud sexual parece haberse afirmado, en la época a que nos estamos refiriendo, en una serie de aventuras que ella disimula muy bien al círculo de sus conocidos. En esta mujer joven y deseable, el gusto de la experiencia se armoniza con una frigidez sexual real. Por añadidura, su virtud (cuando menos en el sentido farisaico) suele quedar a salvo de esa manera. Sin embargo, no podemos menos de establecer alguna conexión entre la nueva actitud amorosa de Aimée y el fracaso doloroso de su primera aventura.

Al mismo tiempo, sus búsquedas sentimentales no parecen desprovistas de un bovar- sino en el cual desempeñan su papel los sueños ambiciosos. La influencia de la amiga no es la más adecuada para calmar su imaginación. En todo caso, varios fracasos de su amor propio la devuelven a la realidad. Aimée siente que ha llegado el momento en que la vida le ordena hacer una elección. Ella la hace en una atmósfera turbia, que, descontado el deseo de impresionar, se expresa bastante bien en esta réplica dada por Aimée a las objeciones de su familia. "Si no lo agarro yo -dice de su novio-, otra lo agarrará."

En efecto, la cordura de la familia, no desnuda de intuición psicológica, le objeta su poca aptitud para el estado conyugal. Sus lentitudes de acción, sus deficiencias prácticas, su abulia psicasténica, todo esto sumado a su afición, ahora ya bien manifiesta, a la ensoñación imaginativa, forman el núcleo de esas objeciones: "Tú nunca vas a ser exacta. Los quehaceres domésticos no son para ti, etcétera.

Sin embargo, nuestra paciente, no sin valor, hace recaer su elección en uno de sus compañeros de trabajo, que le ofrece como marido las mejores garantías de equilibrio moral y de seguridad práctica.

La influencia de la amiga se hace sentir todavía en las sugerencias suntuarias que, usando a Aimée como instrumento, consigue imponer a los novios. Pero termina con ese detalle, que quedó para todos como algo memorable, gracias al azar afortunado de un desplazamiento administrativo.

Aimée se encuentra ahora ante los deberes de una mujer que tiene un marido de quien ocuparse. Al principio, según parece, se dedicó muy honradamente a esa tarea. La falta de entendimiento se introduce por primera vez entre los dos en el terreno de los gustos. Aimée le reprocha al marido el no manifestar ningún interés por los intereses de ella. Nosotros hemos podido hacemos alguna idea de la personalidad del marido; no hemos tenido necesidad de emplear grandes estratagemas para que nos suministrara acerca de su mujer una serie de informaciones tan prolijas como benévolas. Es un hombre muy ponderado en sus juicios y muy probablemente también en su conducta, pero que no hace nada por disimular la orientación muy estrechamente positiva de sus pensamientos y de sus deseos, y la repugnancia frente a toda actitud vanamente especulativa; por el contrario, una exuberancia de lenguaje cien por ciento meridional viene a dar a esos rasgos un carácter agresivo, que desde luego tenia que lastimar a nuestra enferma.

Por otra parte, la frigidez sexual de Aimée hace que el conflicto carezca de todo elemento frenador. Ya en esta época, según oímos, Aimée llega a hacerle a- su marido escenas de celos; pero estas escenas también suelen ser provocadas por él. Los dos esposos sacan la materia de sus reproches de las confesiones recíprocas que se han hecho acerca de su pasado. Así, pues, parece que estos celos no son en Aimée otra cosa que lo que han seguido siendo en el marido, a saber, armas en que se expresa una falta de entendimiento cada vez más visible. No son todavía más que ese tipo de celos calificado por Freud de *celos de proyección* .

Muy pronto reincide Aimée en "ese vicio, la lectura", no siempre tan "sin castigo' como lo creen los poetas. Se aísla, nos dice su marido, en mutismos que a veces duran semanas. La negligencia de los quehaceres domésticos no es notable en los primeros tiempos, pero el marido observa con mucha agudeza la importancia de rasgos de conducta que le conocemos ya bien a Aimée: retrasos *en la acción, abulia, perseveraciones.* Cambiar de ocupación es la operación que le resulta más difícil; Aimée suele aferrarse al pretexto más fútil para quedarse en la casa si, por ejemplo, se la está invitando a dar un paseo, y en cambio, cuando está fuera y se le dice que es hora de regresar, pondrá toda clase de obstáculos.

El marido nos llama la atención sobre estos síntomas más impresionantes aún, que sobrevienen por accesos: impulsos bruscos de echarse a caminar, o de echarse a correr, risas intempestivas e inmotivadas, accesos paroxisticos de fobia de mancharse, la costumbre de lavarse interminable y repetidamente las manos, fenómenos, todos ellos, típicos de las *agitacionesforzadas* de Janet.,

Es entonces cuando se produce un acontecimiento que será decisivo en el desarrollo de la vida de Aimée: ocho meses después de su matrimonio, la hermana mayor viene a vivir bajo el techo conyugal. Las más nobles intenciones, sumadas a esa inmunidad temible de que goza -tanto para el sujeto mismo como con respecto a los demás- la virtud afligida por la desgracia, tales son las armas irresistibles con que este nuevo actor interviene en la situación.

Lo que la hermana mayor aporta a Aimée es el apoyo de su cariño solícito, de su experiencia, así como los consejos de su autoridad, y más todavía una enorme necesidad de compensación afectiva. Viuda de un tío que, después de tenerla un tiempo a su servicio como empleada, la hizo su mujer a la edad de quince años, esta Ruth de un Booz tendero ha cargado desde entonces con la frustración de una necesidad de maternidad que su naturaleza resiente muy profundamente. A raíz de una histerectomía total que sufrió a la edad de veintisiete años por causas que no conseguimos aclarar, esta insatisfacción, exaltada, además, por la idea de que es sin esperanza, y sostenida por el desequilibrio emotivo de la castración precoz, ha llegado a convertirse en la nota dominante de su psiquismo. Por lo menos es eso lo que ella nos confiesa, sin ningún disfraz, cuando nos dice de la manera más candorosa que encontró su consuelo en el papel de madre del hijo de su hermana, y que esta situación de madre la conquistó ella cuando el niño estaba a punto de cumplir un año, o sea justamente en los meses que precedieron al primer internamiento de Aimée.

Hemos podido entrar en contacto directo con esta persona convocándola para una conversación cuya finalidad expresa era no sólo oír de ella informes acerca del estado de su hermana, sino también planear algunas medidas eventuales para su porvenir.

A causa de esto último, la hermana de Aimée llegó a la cita en un estado de emoción extrema, que no cesó de exaltarse durante la conversación; a decir verdad, fue más bien un puro monólogo, pues nosotros permanecimos estrictamente pasivos.

Durante casi una hora, esta mujer nos presentó un estado de agitación extrema, sin una sola ruptura. El cretismo verbal y gestual con que se expresaba es, a nuestro parecer, la manifestación de un fondo de estenia auténticamente hipomaniaca. Espasmos glóticos, esbozos de sollozos sin cesar inminentes, revelaban por otra parte su carácter esencial de paroxismo emotivo; todo eso acompañado de señales neuropáticas manifiestas, tics de la cara, mímica gesticulante cuya existencia habitual nos fue luego confirmada por el marido de Aimée, presente en la entrevista.

La hermana de Aimée nos expresó por principio de cuentas un temor sin medida de una eventual liberación de nuestra enferma, cosa que ella consideraba ni más ni menos que como una amenaza inmediata para su propia vida lo mismo que para la del esposo y del hijo de Aimée. De esa manera pasó luego a una serie de súplicas -bastante fuera de lugar, por cierto- para que se hallara la manera de evitar tamaños males. Y concluyó su discurso con. un cuadro apologético de su abnegado cariño para con Aimée, de la vigilancia sin falla que siempre había demostrado, y finalmente de las angustias por las que había pasado. El conjunto, con su tono de defensa lacrimosa, no dejaba de revelar cierta incertidumbre de conciencia.

Hemos podido observar, sin embargo, algunas señales aparentes de insuficiencia glandular, envejecimiento precoz, tinte ictérico bocio, cuya existencia concomitante en Aimée y en su madre es índice de su naturaleza endémica y, finalmente, el desequilibrio emotivo mismo cuyos efectos hemos referido.

Cualquiera que sea el papel que haya que atribuir a los acontecimientos en la motivación de semejante actitud, lo que se desprende de la confrontación de todos nuestros informes es que la intrusión de la hermana fue seguida del derrocamiento de Aimée en cuanto a la dirección práctica del hogar. Se comprende que, por benéfica que haya podido ser esa acción de la hermana en sus resultados materiales, los esfuerzos de adaptación psíquica de nuestra enferma se haya visto bastante dificultados, tanto más cuanto que ahora ya no había prácticamente nada que hiciera necesarios esos esfuerzos. Los lazos afectivos con su marido se fueron haciendo más y más inasibles y problemáticos.

"Me daba cuenta de que yo no era ya nada para él. Pensaba a menudo que él seria más feliz si le devolvía su libertad para que pudiera hacer su vida con otra."

Sin embargo, mujer de carácter sensitivo y psicasténico como es, Aimée no puede aletargarse simplemente en tal abandono, ni siquiera contentarse con el refugio de la ensoñación. Experimenta la situación como una humillación moral y la expresa en los reproches permanentes que su conciencia le formula. Por lo demás, no se trata aquí de una pura reacción de su fuero interno; esta humillación se objetiva en la reprobación, muy real, que su hermana le impone sin cesar por sus actos, sus palabras y hasta sus actitudes.

Pero la personalidad de Aimée no le permite reaccionar de manera directa con una actitud de combate, que sería la verdadera reacción paranoica, entendida en el sentido que ha tomado este término a partir de la descripción de una constitución así designada. En efecto, la fuente de donde la hermana saca su principal fuerza contra Aimée no son los elogios que de ella hacen los amigos y conocidos, ni la autoridad que le confieren, sino la conciencia misma de Aimée. Aimée reconoce en todo su valor las cualidades, las virtudes y los esfuerzos de su hermana. La hermana representa para Aimée, bajo cierto ángulo, la imagen misma del ser que ella es incapaz de realizar, de manera que está dominada por ella, tal como lo estuvo, aunque en un grado menor al parecer, por aquella amiga C. de la N., la de las cualidades de lideresa. La lucha sorda de Aimée con esa hermana que la humilla y le quita su lugar no se expresa más que en la ambivalencia singular de los comentarios que hace acerca de ella. Es impresionante, en efecto, el contraste entre las fórmulas hiperbólicas que emplea para rendir homenaje a lo buena que es su hermana, y el tono helado con que las expresa. A veces, sin que ella se dé cuenta, estalla la confesión: "Mi hermana era demasiado autoritaria. No estaba de mi parte. Siempre ha estado del lado de mi marido. Siempre contra mí."

Actualmente, si por una parte se declara contenta de que, gracias a la presencia de la hermana, su hijo esté protegido de lo que ella llama la dureza irritante de, su marido, por otra parte no deja de confesar que, desde un principio, "nunca ha podido soportar" los derechos tomados por la hermana en la educación del niño.

Pero el hecho más notable es que Aimée no deja salir semejantes confesiones sino en las ocasiones en que su atención, ocupada en otro objeto, les permite en cierta forma resbalarse espontáneamente fuera de su control.

Si nosotros, haciendo lo contrario, tratamos de atacar activamente el enigma de esta hermana que ha venido desde hace varios años a suplir a Aimée de una manera tan completa que la opinión de su pequeña ciudad admite que la ha suplantado del todo, entonces chocamos contra una reacción de denegación (Verneinung) del más puro tipo, reacción cuyos caracteres y cuyo valor nos ha enseñado a reconocer el psicoanálisis.

Esta reacción se señala por su violencia afectiva, por sus fórmulas estereotipadas, por su carácter de oposición definitiva. Es redhibitoria de todo libre examen, y pone regularmente un término a la continuación de la plática.

Debemos reconocer que la denegación no es sino la confesión de aquello que tan rigurosamente se está negando, a saber, en el caso presente, el agravio que Aimée imputa a su hermana de haberle arrebatado a su hijo, agravio en el que es impresionante reconocer el tema sistematizador del delirio.

Ahora bien (y es aquí adonde es preciso llegar), ese agravio en el delirio ha sido apartado de la hermana con una constancia cuyo verdadero alcance va a sernos mostrado por el análisis.

Hemos visto en primer lugar cómo, bajo la influencia meioprágica del primer embarazo, ocurrido cinco años después del matrimonio, se manifiestan en Aimée esos síntomas oniroides e interpretativos cuyo carácter difuso y asistemático ha sido puesto de relieve por nuestro estudio. Con el trauma moral del bebé que nació muerto, aparece en Aimée la primera sistematización del delirio en tomo a una persona a la cual le son imputadas todas las persecuciones que la enferma sufre. Esta especie de cristalización del delirio se ha llevado a cabo con una instantaneidad sobre la cual el testimonio de Aimée no deja duda; y se ha operado en tomo a la amiga de antaño, aquella señorita C. de la N. cuya acción en la vida de Aimée ya nos es conocida. Hay, ciertamente, un elemento fortuito que la enferma misma pone en el primer plano de ese descubrimiento iluminativo: la amiga llama por teléfono para pedir noticias en el momento mismo en que el parto ha terminado, con el infeliz desenlace que sabemos. Pero ¿acaso no es preciso ver una relación más profunda entre la persona d- la perseguidora y el conflicto moral secreto en que vive Aimée desde hace largos años? La persona así designado ha sido para Aimée al mismo tiempo la amiga más querida y la dominadora a quien se tiene envidia; aparece como un sustituto de la hermana misma.

Si Aimée se resiste a reconocer a su enemiga en su hermana, es que aquí intervienen resistencias afectivas cuya potencia queda todavía por explicar. Sobre esto volveremos en nuestro siguiente capítulo. Pero, por lo dicho hasta ahora, la naturaleza familiar del lazo que la une a su enemiga más íntima hace comprensible el desconocimiento sistemático en que Aimée se ha refugiado.

Está fuera de duda que la estructura psicasténica de la personalidad de Aimée desempeña su papel en esa fijación desviada del objeto de su odio. Cuando, por primera vez, Aimée pasa a una reacción de combate (a una reacción conforme a la descripción vigente de la constitución paranoica), no lo consigue, en efecto, sino mediante una desviación: al objeto que se ofrece directamente a su odio le sustituye otro objeto, que ha provocado en ella reacciones análogas por la humillación experimentada y por el carácter secreto del conflicto, pero que tiene la ventaja de estar fuera del alcance de su agresión.

A partir de ese momento, Aimée no cesará de derivar su odio sobre objetos cada vez más alejados de su objeto real, pero también cada vez más difíciles de alcanzar. Lo que la guiará en la elección de estos objetos será siempre la conjugación de coincidencias fortuitas y de analogías afectivas profundas. El nombre de la señora Z. (según lo hemos sabido por reminiscencias de la enferma, hechas por cierto en época algo tardía) ha venido a su conocimiento por los relatos de la amiga misma, convertida en perseguidora suya. A partir de entonces, la persona que lleva la batuta" de todo el complot es esa señora Z. de quien la amiga le ha hablado; es en efecto una persona "más poderosa" pero también más inalcanzable. Durante años el delirio aparece, pues, como una *reacción de huida* ante el acto agresivo; lo mismo hay que decir de la partida de Aimée lejos de su familia, del hijo a quien ama. Y los temores mismos que la hermana manifiesta actualmente por su vida, siendo así que la enferma misma jamás la ha amenazado, tienen todos los caracteres de una advertencia de su instinto. Sin duda, en ocasión de aquellas escenas postreras en que Aimée quería forzar su testimonio y hablaba de matar a su marido si no obtenía el divorcio, la hermana pudo sentir, por la violencia del tono de la enferma, adónde iban realmente sus amenazas asesinas.

En el punto a que hemos llegado del desarrollo de nuestra enferma, entramos en la historia de su delirio, que hemos trazado detalladamente en el cap. 1 de esta parte.

Queremos sólo insistir en dos puntos:

1] La relación de« los *brotesdelirantes* con los acontecimientos que atañen al conflicto central de la personalidad de Aimée;
2] La evolución de su carácter bajo la influencia del delirio.

En cuanto al primer punto, la relación es evidente. El brote delirante difuso que se manifiesta con el segundo embarazo sigue siendo compatible con una vida profesional y familiar sensiblemente normal hasta los primeros meses del amamantamiento. Observemos de paso que la menor amplitud de los desórdenes y la disminución en la intensidad de la inquietud, notas que distinguen este brote del primero, parecen conectadas con el primer esbozo de sistematización, cuyo mecanismo acabamos de describir.

Por otra parte, hasta el quinto mes del amamantamiento, es Aimée exclusivamente quien tiene el cuidado de su hijo (testimonio del marido).

Todos están de acuerdo en reconocer que este cuidado es regular, oportuno y satisfactorio en todos los sentidos. Quizá lo único que merezca señalarse son ciertas brusquedades de actitud, unos abrazos repentinos, una vigilancia demasiado tensa.

Pero muy pronto, tomando apoyo en ciertas inexperiencias de Aimée, la hermana impone su dirección para criar al niño. Las grandes reacciones interpretativas (pleitos, escándalos, ideas delirantes) se multiplican entonces, hasta llegar a los planes de fuga, a base de ensoñaciones ambiciosas. Esta reacción, que parece de naturaleza esencialmente psicasténica, hace que el conflicto llegue a su acmé ("Me han arrancado a mi hijo") y justifica el internamiento.

Durante su permanencia en la casa de salud es cuando la pérdida de contacto con lo real se manifiesta al máximo en la enferma: poco antes de su salida, es todavía un tejido de sueños megalomaniacos lo que forma el cuerpo de sus intenciones, de sus pensamientos ("Será una gran novelista, hará de su hijo un embajador" etc.).

La calma que se manifiesta durante los meses de descanso que entonces le son concedidos, responde a un período en que, lejos de los conflictos de su hogar, asume sola el cuidado de su hijo, sin que, por lo demás, resulte de eso ningún inconveniente.

Sin embargo, con una reacción que no está determinada sólo por instancias mórbidas, sino en la que aparecen razones oportunas, Aimée se niega a reanudar su trabajo en el mismo medio y la vida hogareña en las mismas condiciones.

Se la deja entonces vivir sola, de su salario, en París. Este aislamiento puede haber sido favorable como garantía inmediata contra un peligro de hecho, pero como medicación psicológica es

ciertamente muy discutible.

Aimée, en efecto, durante dos meses, visitará regularmente cada semana a su hijo en la casa conyugal. Se nos dice que en esa época (según el mejor uso burgués) aparta cada mes de su salario una pequeña cantidad para constituir un ahorro destinado a la mayoría de edad de su hijo. Todo indica entonces un esfuerzo de coordinación de la conducta. Pero la insuficiencia psicasténica se traduce en un abandono rápido de ese programa de deberes. Seguramente le sobran los pretextos para descuidarlos.

Al conflicto moral han venido a sumarse su alejamiento material y sus intermitencias de presencia, de manera que todo en su medio familiar -ambiente, dirección, menudos hechos cotidianos- se le convierte en algo completamente extraño. Sus intervenciones y su presencia misma serán recibidas cada vez peor en la casa conyugal. Durante sus visitas toma la costumbre de ignorar al marido; después irá espaciando más y más estas visitas y se encerrará en las actividades compensadoras y quiméricas que se creó en su aislamiento parisiense. Las creaciones delirantes crecerán en proporción.

Las variaciones de la "situación vital" tomada en su conjunto parecen también determinar en cada punto del tiempo las fluctuaciones de la convicción de realidad y del carácter de inminencia que la enferma confiere a las amenazas de su delirio.

En los períodos en que vuelve a hacerse cargo de su papel maternal, en que su habitual fiebre de actividad se interrumpe (vacaciones de 192...), las creencias delirantes se reducen al estado de simples ideas obsesivas.

Finalmente, sus intentos (infructuosos) de resolver el conflicto mediante un divorcio que le devuelva a su hijo parecen corresponder a un sobresalto supremo de la enferma ante la *sobrevenida impulsiva* del delirio, ante el tope ineluctable que la espera en el camino de derivación afectiva en que su psiquismo se ha metido. Estos esfuerzos supremos, que racionalmente parecen brotados de fantasmas del delirio, responden sin embargo a un esfuerzo oscuro y desesperado de las fuerzas afectivas hacia la salud.

Entre los familiares de Aimée, nadie estaba preparado para darse cuenta de la urgencia de la situación. Con la misma falta de comprensión (muy excusable, desde luego) con que habían acogido en varias oportunidades sus intentos de confesión delirante, los familiares rechazan rudamente unos proyectos en los cuales lo único que pueden ver es su carácter inoportuno.

Y en esa forma, con el carácter apenas consciente de una necesidad alimentada durante largo tiempo, después de un último titubeo crepuscular, en el momento mismo en que unos instantes antes la enferma pensaba todavía que iba a trasladarse para ver a su hijo, lleva a cabo el acto fatal de violencia contra una persona inocente, en la cual hay que ver el símbolo del "enemigo interior?, de la enfermedad misma de la personalidad."

El, segundo punto en que queremos insistir es el de la conducta de la enferma durante su delirio, y de manera particular durante su vida solitaria en París.

Ya hemos dicho cómo todo ha llevado a Aimée a realizar progresivamente un aislamiento casi completo. Parece haber habido de su parte algunos intentos dé expansión delirante ante sus nuevas compañeras de trabajo, pero el resultado fue que esto la aisló aún más.

Observemos la conservación eficaz de la actividad profesional, si bien con un carácter excesivo ("caballo de labor") y con altibajos, según ha quedado consignado en las notas periódicas de su expediente administrativo. Por otra parte, se manifiestan trastornos del carácter que parecen depender secundariamente de las ideas delirantes: actitudes injuriosas para con sus superiores (a 'una inspectora: Las instrucciones de una mujer como usted sólo sirven para 1... el c... con ellas" acusaciones calumniosas dirigidas contra sus compañeras de trabajo a las autoridades superiores (carta denunciadora de malversación al director del departamento de contabilidad). El carácter impulsivo y discordante de estas gestiones hace que, muy cuerdamente, no se les dé curso. Se toma, sin embargo, la decisión de confinar a la enferma en un empleo en que trabaja sola, y en el que eventualmente sus errores tendrían menos consecuencias. Observemos, con todo, el balance favorable de sus esfuerzos, que se traduce en la notificación de ascenso que llegó a su oficina el día mismo de su encarcelamiento.

Las interpretaciones delirantes mismas, que están vinculadas estrechamente con esos trastornos de la conducta, se expresan con frecuencia como tormentos éticos objetivados, emparentados con los escrúpulos psicasténicos. La enferma siente que los demás aluden a sus "estupideces" y a sus faltas, y que la amenazan para castigarla por su conducta reprobable.

Al lado de esta vida profesional en que la adaptación está relativamente conservada, la enferma vive otra vida "irreal", como ella nos dice, o "enteramente imaginaria" "La enferma -nos dice una de sus compañeras de oficina- vivía una vida absurda." o bien: "Estaba encerrada en sus sueños!'

Esta vida, sin embargo, no se queda limitada a las angustias y a las ensoñaciones de su delirio. Se traduce en una actividad ciertamente ineficaz, pero no vana del todo. Terminadas las horas de su trabajo profesional, la enferma, como ya hemos dicho, se consagra a una actividad intelectual en la que se traducen de la manera más impresionante el desorden y la falta de cohesión que son las características permanentes de sus esfuerzos. Prepara su bachillerato, toma lecciones particulares, pasa largas horas en las bibliotecas públicas. Descuida en consecuencia su alimentación y se habitúa al café "para vencer una necesidad grandísima de sueño". Después de tres años, se negará a hacer otro uso de sus vacaciones que consagrarlas enteramente a esas actividades: "Pasé los veinte días de una de mis licencias sin salir de la Biblioteca Nacional." Fácil es reconocer aquí el carácter forzado de las *preservaciones psicasténicas:* alguna vez, como nos dice el marido, sucede que Aimée desaprovecha una ocasión particularmente favorable de volver a ver a sus padres tras una larga separación, alegando que prepara el examen de bachillerato.

Estas actividades se muestran ineficaces: tres veces es reprobada en los exámenes de bachillerato.

Cada vez más confinada en estas quimeras que, por condenadas que estén al fracaso, representan sin embargo esfuerzos de adaptación, Aimée descuida entonces incluso a su hijo, y no da muestras de gran preocupación durante dos crisis de apendicitis que presenta el niño. Se percibe allí el mecanismo central de esas discordancias de la conducta en. que insiste Blondel: la salud del niño, que constituye el tema ansioso central de su delirio, la deja indiferente en la realidad. Su familia formula entonces un juicio definitivo sobre esa conducta que no puede menos de entender como una radical indiferencia moral. Sin embargo, en esta época, su marido mismo es para ella "el remordimiento personificado" (escrito por ella).

El veredicto desfavorable de la familia se refuerza con el descubrimiento. de varias mentiras. En esta vida psíquica dominada más que a medias por lo irreal, por los sueños y por el delirio, el disimulo mana como de una fuente. En enfermos de este tipo disimulo y reticencia no son sino el envés de una creencia delirante, y sirven para compensar su carácter incompleto. Las mentiras les sirven a estos enfermos para ajustar su vida al sentido que conservan de la realidad. Para pagar la indemnización que tiene que entregar a los representantes de la empleada a quien ha agredido, les inventa a sus familiares una historia de incendio provocado por su torpeza. Varias veces comete en la casa conyugal menudos robos destinados a tapar los agujeros de su presupuesto: alhajas o libros, que son del patrimonio, son sustraídos por ella sin que nadie se dé cuenta.

Sólo en el último período de semejante evolución es cuando aparecen los rasgos "paranoicos" de reivindicación familiar (divorcio) y de reivindicación social, tal como aparece en el detalle siguiente.

Quien nos comunica este detalle es el hermano menor (que, dicho sea entre paréntesis, ha llegado a titularse de profesor de primera enseñanza gracias a la ayuda moral y material de nuestra enferma). Algunos meses antes del atentado, durante un descanso que están tomando en común, Aimée se dirige de pronto a él en un estado de exaltación que la hace aparecer como fuera de si, y le hace estas o parecidas preguntas: "¿No es verdad que tú vas a abandonar tu oficio?, ¿que te vas a vengar con la pluma?, ¿que vas a publicar todas las injurias que te han hecho sufrir?"

Estos temas de rebelión y de odio aparecen como rasgos secundarios al delirio mismo. Subrayemos el hecho de que hacia la misma época la enferma consigue dar una forma literaria bastante apreciable no sólo a los impulsos mejores de su juventud, sino también a las experiencias más válidas que ha sabido vivir, o sea las de su infancia.

En su situación actual de internada, nos parece que la enferma encuentra en las fallas permanentes de su adaptación a lo real, así como en la actividad imaginativa que les corresponde, los recursos exactos de compensación afectiva y de esperanza que le permiten tolerar su encierro. Este, por cierto, le ha sido suavizado gracias a unas medidas que hacen confianza en su propio control (y ninguna de sus acciones ha desmentido esa confianza).

Es imposible dejar de subrayar las cualidades muy especiales de sus creaciones imaginativas: no sólo le dan a la enferma unas sensaciones de serenidad que se adelantan al porvenir, sino que además se distinguen por su extraordinaria plasticidad, cercana a las representaciones infantiles, y por su tono especialísimo de efusión entusiasta, ya señalado por nosotros, y que añade afectividad a esa impresión de infantilismo.

Mencionemos algunos de sus planes para el futuro. La primera persona a quien visitará después de su liberación será la señorita C. de la N., su antigua amiga, para excusarse de todo el mal que equivocadamente le ha deseado. De esta actitud de hostilidad, que hubiera podido tener tan graves consecuencias, no le ha dado Aimée ninguna muestra exterior, salvo el hecho de haber roto toda correspondencia con ella. Varías otras entrevistas, como al final de una novela sentimental, tendrán como objeto dar una vuelta de llave al pasado. Irá a ver a la mujer que hace la limpieza en su hotel: 'T entonces -nos dice Aimée- ella se echará a llorar, y me contará de qué manera me ha defendido. Sabré entonces todo lo que ha pasado, todo, todo, todo." Tal es la nota -mucho más imaginativa que emocional, no exenta sin embargo de valor afectivo- que domina actualmente en la vida interior de la enferma.

En el siguiente capítulo expondremos las discusiones que suscita el diagnóstico de curación. Lo único que aquí diremos es que toda tentativa actual de readaptación en libertad está descartada a causa de los obstáculos insuperables que son propios del medio.

La hermana mayor se opone formalmente a la simple idea de ver a la enferma, aunque sea en presencia nuestra. A una iniciativa epistolar de Aimée, la hermana ha contestado en tales términos, que nos ha parecido inconveniente darle a leer la respuesta y sólo le hemos comunicado la sustancia. Después de algunas breves entrevistas con su marido, nuestra enferma ha decidido por sí misma que ya no se repitan, y lo dice muy enérgicamente: habría necesidad de "Ponerle la camisa de fuerza para arrastrarla" a una entrevista con él. Sólo conserva contacto con un hermano que la visita regularmente; vive en la esperanza de reunirse algún día con su hijo.

Acerca de su vida, la enferma expresa juicios que no dejan de ser bastante atinados. Se expresan a menudo en deploraciones que, sin embargo, no tienen el carácter - de las complacencias íntimas del remordimiento. "Yo soy una atormentada por naturaleza -nos dice-, y siempre lo he sido." "En resumen, nunca he sabido aprovechar los momentos buenos de la vida. He sido desdichada todo el tiempo." Y también: "Siempre he tenido la impresión de haber echado a perder mi vida por cosillas que no valen la pena." "Hubiera debido quedarme al lado de mi madre": tal es su conclusión.

Señalemos también el hecho, ya mencionado, de que la enferma habla a menudo de proyectos literarios. Pero a pesar de que se le han dado ciertas facilidades de documentación, ella pospone toda esa actividad para el futuro: "¡Qué cosas no escribiría si estuviera fuera de aquí" El balance de esta actitud se traduce prácticamente en una producción que, a pesar de nuestras palabras de aliento, ha permanecido casi nula desde su ingreso en la clínica. Se reduce a unas cuantas poesías breves, que son por cierto de una calidad muy inferior no sólo a la que tienen sus producciones mayores, sino también a la que tenían sus ensayos anteriores del mismo género, en los cuales había momentos felices.

En cambio, se entrega a labores de bordado cuya ejecución satisfactoria ya ha quedado mencionada. Ella ejecuta estos trabajos para obsequiarlos. Pero los compromisos que de esa manera se impone a si misma son tales, que no le dejan literalmente ningún tiempo libre.

Llegados al final de este análisis, que no oculta a la crítica de nuestros lectores ningún elemento de nuestra investigación, terminaremos este capítulo con algunas conclusiones.

Nada nos permite hablar, en el caso de Aimée, de una disposición congénita, ni siquiera adquirida, que se expresaría en los rasgos definidos de la constitución paranoica.

Para admitir eso, habría que confundir sistemáticamente una con otra dos series de síntomas muy diferentes entre si. Comparemos, en efecto, los rasgos más destacados del carácter de nuestra enferma con aquellos que se nos ofrecen como esenciales de la constitución paranoica:'

A] La *sobrestimación de si mismo* se nos describe esencialmente como orgullosa, vanidosa y con tendencia a la teatralería; no Podemos confundirla ni con la *autoscopia inquieta* del psicasténico ni con los *tormentos éticos* del sensitivo.

B] La actitud mental de la *desconfianza,* que se nos describe como primitiva al delirio, es completamente distinta de las *crisis de ansiedad* que ponen realmente en marcha ese delirio: nosotros creemos haber puesto bien de relieve el carácter paroxístico de estas crisis, así como su dependencia de trastornos episódicos de naturaleza orgánica (véase el cap. *2* de esta parte).

C] En cuanto a la *falsedad de juicio,* nos es presentada como idéntica a ese vicio congénito de la actividad racional que caracteriza al espíritu sistemático, al espíritu falso y, de manera general, a todos aquellos que caen en el error debido a su "amor desdichado de la lógica".

Lo que vemos en el caso de Aimée son, por el contrario, *expansiones imaginativas* que ciertamente originan un descenso en el rendimiento y la eficacia de las actividades mentales inferiores (Janet), pero que sin embargo representan un contacto intuitivo positivo con lo real (y nos remitimos a los escritos de nuestra enferma). Aquí nos topamos con la concepción blondeliana de la consciencia *mórbida:* Lejos de ver en ella una simple *capitisdiminutio* de la conciencia normal, el eminente psicólogo nos la describe como la actividad psíquica tal como puede presentarse en su integridad, antes de que las necesidades sociales la hayan reducido a los únicos elementos que son comunicables y que están orientados hacia la acción práctica. El *sentimiento de la naturaleza,* que Montassut señala con mucho acierto como característica frecuente de los paranoicos, no es, como él lo dice, una simple consecuencia de su inadaptación social. Representa un sentimiento de un valor humano positivo, cuya destrucción en el individuo, incluso si acarrea una mejora en su adaptación social, no puede ser considerada como un beneficio psíquico.

Sea como fuere, los trastornos del juicio que en un sujeto como el nuestro provienen de ese predominio de la actividad imaginativa, no revelan una estructura racional ni en su origen ni en su desarrollo. Tanto su fuente como su expresión son esencialmente de naturaleza afectiva. No responden a nada abstracto, sino a una posición determinada del sujeto frente a la realidad interior y a la realidad exterior. A propósito de ellos diríamos de buena gana que el sujeto no ha podido *tomar susdistancias* de manera suficiente: permanece dominado por sus fantasías, las expresa en formas forzadas, y, por lo demás, en vista de su carácter incomunicable, no puede expresarlas sino bajo una cobertura simbólica.

En cuanto a la *inadaptación social,* aducida como característica de la constitución paranoica, se presenta de hecho como resultado de trastornos psíquicos sumamente diversos. Su carácter de *reacción común* es muy explicable por la naturaleza de las síntesis de que depende, y que son la culminación misma de la personalidad. Este carácter mismo es el que nos exige precisar en cada caso las insuficiencias psíquicas que están en su base.

Todos los *rasgos* que, en nuestra enferma, podrían relacionarse con los caracteres atribuidos a la constitución llamada *paranoica-sob*restimación megalomaniaca, desconfianza, hostilidad al medio, errores de juicio, autodidactismo, acusación de plagio, reivindicaciones sociales-, aparecen en ella sólo *secundariamente a la eclosión delirante.*

¿De qué naturaleza son, pues, las insuficiencias psíquicas particulares que hemos podido notar en el desarrollo de nuestra paciente y de su carácter? En opinión nuestra, es posible encontrar la expresión más aproximada de ellas en las descripciones vecinas de Janet y de Kretschmer, que se refieren la una a la psicastenia, y la otra al carácter sensitivo.

Por lo demás, todo cuanto vemos en la evolución de la psicosis misma, en sus oscilaciones, en su reactividad psicológica, en su curabilidad aparente, nos inclina a confirmar esa asimilación mediante las descripciones que esos dos autores han dado de los delirios manifestados por sus sujetos.

Las descripciones magistrales de esos dos autores, clínicamente convergentes en gran número de puntos, son sin embargo muy diferentes una de otra por su concepción patogénica. Del trastorno fundamental de la psicastenia Janet tiene una concepción *estructural y energética, y parece* atribuirlo a una falla congénita. Del carácter sensitivo, Kretschmer tiene una concepción *dinámica y evolutiva, y lo* relaciona esencialmente con la historia del sujeto.

Estas dos concepciones tienen en común, sin embargo, el, hecho de apuntar exclusivamente a fenómenos de la personalidad, según hemos demostrado ya.

Apoyándonos en sus puntos de vista y en un análisis clínico que hemos hecho de la manera más completa que nos ha sido posible, ¿podremos tratar de precisar la naturaleza del trastorno inicial que, en nuestro caso, vicia el desarrollo de la personalidad?

Es lo que vamos a procurar hacer en el capítulo siguiente.

Para aclarar este problema, tenemos antes que subrayar las relaciones que pensamos haber hecho evidentes entre la evolución del delirio y ciertos *acontecimientos traumáticos* vinculados con un conf*licto vital* del sujeto.

¿Quiere decir que esos acontecimientos determinan de manera exhaustiva el delirio? Es ésta la misma cuestión que nos hemos planteado a propósito de los procesos de naturaleza orgánica que provocan, al parecer, el estallido de los accesos *hiponoides* en el sentido más general.

Aquí, en cambio, en opinión nuestra, seguramente hemos hecho un progreso. *Los procesos agudos* que hemos estudiado dejaban difíciles de explicar la fijación y la sistematización de las ideas delirantes: pero, por el contrario, la permanencia del *conflicto,* al cual se refieren los *acontecimientos traumáticos,* ciertamente explica la permanencia y el acrecentamiento del delirio, tanto mejor cuanto que sus síntomas mismos parecen reflejar la estructura de ese conflicto.

Sin embargo, la misma objeción vale, por una parte, para los proc*esos hiponoides* cuya observación es común no sólo entre enfermos de muy diversos tipos, sino también entre sujetos normales, y, por otra parte, para esos *traumatismos* psíquicos que constituyen la trama de toda vida humana: ¿por qué unos y otros determinan en un caso dado una psicosis, y una psicosis *paranoica, y no* algún otro proceso neurótico o algún desarrollo reaccional?

Tal es el difícil problema que acometemos en una última parte del estudio de nuestro caso, sin que esperemos aportar a él luces definitivas ni apenas nuevas. Cuando mucho, trataremos de precisar qué ideas directrices nos parecen las más adecuadas para organizar las investigaciones clínicas sobre esa cuestión.

En resumidas cuentas, cuanto mayores sean las luces que esas ideas directrices nos den sobre el problema que plantea nuestro análisis de la personalidad de Aimée-a saber, cuál es la mejor manera de captar la naturaleza exacta de su anomalía-, tanto más capacitados estaremos para dar una respuesta válida a la cuestión de su psicosis y de su personalidad.

4. La anomalía de estructura y la fijación de desarrollo de la personalidad de Aimée

son las causas primeras de la psicosis

El prototipo "caso Aimée", o la paranoia de autocastigo. Autonomía relativa del tipo clínico y sugerencias teóricas.

I. Que la psicosis de nuestra paciente se realiza por los mecanismos de autoccastigo

que son prevalentes en la estructura de supersonalidad

Para abordar los problemas difíciles que nos planteamos en el presente capítulo, esforcémonos por echar sobre el caso que estamos estudiando una mirada tan directa, tan desnuda, tan objetiva como nos sea posible. Estamos observando la conducta de un organismo vivo: y este organismo es el de un ser humano. En cuanto organismo, presenta reacciones vitales *totales* que, cualesquiera que puedan ser sus mecanismos íntimos, tienen un carácter dirigido hacia la armonía del conjunto; en cuanto ser humano, una proporción considerable de esas reacciones adquieren su *sentido* en función del medio social, que en el desarrollo del animal-hombre desempeña un papel primordial. Estas funciones vitales sociales, que, desde el punto de vista de la comunidad humana, se caracterizan por directas *relaciones de comprensión, y que* en la representación del sujeto están polarizadas entre el ideal subjetivo del yo y el juicio social de los demás, son aquellas mismas que hemos definido como *funciones de la personalidad.*

En una porción importante, los fenómenos de la personalidad son conscientes y, como fenómenos conscientes, revelan un carácter i*ntencional.* Dejando aparte cierto número de *estados,* por lo demás discutidos, todo fenómeno de consciencia tiene, en efecto, un *sentido,* en, una de las dos connotaciones que la lengua da a este término: de significación y de orientación. El fenómeno de consciencia más simple, que es la imagen, es símbolo o es deseo. Ligado a la acción,, se hace percepción, voluntad y, en una síntesis última, juicio.

Las *intenciones* conscientes han sido desde hace mucho el objeto de la crítica convergente de los "físicos" y de los moralistas, los cuales han mostrado todo su carácter ilusorio. Es ésa la razón principal de la duda metódica que la ciencia ha arrojado sobre el *sentido* de todos los fenómenos psicológicos.

Pero, por ilusorio que sea, este sentido, al igual que cualquier otro fenómeno, no carece de ley.

El mérito de esa disciplina nueva que es el psicoanálisis consiste en habernos enseñado a conocer esas leyes, o sea las que definen la relación entre el sentido subjetivo de un fenómeno de consciencia y el fenómeno objetivo al cual responde: positiva, negativa, mediata o inmediata, esa relación está, en efecto, siempre determinada.

Gracias al conocimiento de esas leyes hemos podido devolver as¡ su valor objetivo hasta a aquellos fenómenos de consciencia que muchos, de manera tan poco científica, se habían propuesto despreciar, por ejemplo los sueños, cuya riqueza de sentido, con ser tan impresionante, se consideraba como puramente "imaginaria", o asimismo esos "actos fallidos" cuya eficacia, con ser tan evidente, se consideraba como "carente de sentido!'.

Incluso conductas inconscientes y reacciones orgánicas se han revelado, a la luz de las investigaciones psicoanalíticas, evidentemente provistas de un sentido psicógeno (conductas organizadas inconscientes; confinamiento en la enfermedad, con su doble carácter de autocastigo y de medio de presión social; síntomas somáticos de las neurosis).

Este método de interpretación, cuya fecundidad objetiva se ha revelado en campos muy amplios de la patología, ¿podrá perder su eficacia en el umbral del dominio de las psicosis?

No estamos poniendo en tela de juicio las clasificaciones clínicas, y queremos guardarnos de toda síntesis (incluso teórica) prematura. Pero aquí no se trata más que de aplicar a los fenómenos de la psicosis un método de análisis que ha demostrado su validez en otros terrenos.

En efecto, si una psicosis, entre todas las entidades mórbidas, se expresa casi puramente por síntomas psíquicos, ¿le negaremos por eso mismo todo sentido psicógeno? Nos parece que seria abusar del derecho de prejuzgar, y que la cuestión no puede zanjarse sino después de haber sido sometida a prueba.

Observemos, pues, la conducta de nuestra paciente sin temor de *comprenderla* demasiado; pero, para cuidamos de las "proyecciones" psicológicas ilusorias, partamos del estudio de la psicosis afirmada.

Tomemos este estudio por la extremidad opuesta a nuestros asedios precedentes: examinemos el problema de la curación clínica del delirio.

Semejantes curaciones instantáneas del delirio no se observan más que en un solo tipo de casos, o sea, eventualmente, en los delirantes llamados pasionales después de la realización de su obsesión criminal. El delirante, después del crimen, experimenta en este caso un alivio característico, acompañado de la caída inmediata de todo el aparato de la convicción delirante.

No se encuentra aquí nada parecido en el período que sigue inmediatamente a la agresión. Ciertamente, esta agresión ha fracasado, y la enferma no da señales de ninguna satisfacción especial por la evolución favorable que rápidamente se comprueba en el estado de su víctima; pero este estado persiste todavía veinte días después.

Así, pues, nada ha cambiado del lado de la víctima. Nos parece, por el contrario, que algo ha cambiado del lado de la agresora. Aimée ha realizado su castigo: ha experimentado lo que es esa compañía de delincuentes diversas a que se ha visto reducida; ha entrado en contacto brutal con sus hazañas, sus costumbres, sus opiniones y sus exhibiciones cínicas para con ella; ha podido palpar la reprobación y el abandono de todos los suyos; y de todos, con excepción de esas mujeres cuya vecindad le inspira una viva repulsión.

Lo que Aimée comprende, entonces, es que *se ha agredido a si misma, y paradójicamente* sólo entonces experimenta el alivio afectivo (llanto) y la caída brusca del delirio, que caracterizan la satisfacción de la obsesión pasional.

Se ve adónde estamos llegando. El atentado contra la señora Z. seguiría siendo enigmático si un número enorme de hechos objetivos no impusieran ya ahora a la ciencia médica la existencia y el inmenso alcance de los mecanismos psíquicos de *autocastigo.* Estos mecanismos pueden traducirse en conductas complejas o en reacciones elementales; pero, en todo caso, la inconsciencia en que se halla el sujeto acerca de la meta de esos mecanismos le da todo su valor a la agresión que de allí emana, dirigida contra las tendencias vitales esenciales del individuo. El análisis de sus correlaciones subjetivas u objetivas permite demostrar que estos mecanismos tienen una génesis social, y es eso lo que expresa el término de *autocastigo* con que se les designa, o bien el de *sentimientos de culpabilidad,* que representa el lado subjetivo.

Si estos hechos se han impuesto en primer lugar a los practicantes del psicoanálisis, ello se debe simplemente a la apertura psicológica de su método, pues nada implicaba semejante hipótesis en las primeras síntesis teóricas de esta doctrina.. No podemos acometer aquí la empresa de demostrar este punto, que pensamos dejar para otra ocasión: el análisis de los determinismos autopunitivos y la teoría de la génesis del super-ego, engendrada por él, representan en la doctrina psicoanalítica una síntesis superior y nueva.

Pero las primeras teorías, concernientes a la semiología simbólica de las represiones afectivas, se apoyaban en hechos que no eran demostrables en su plenitud más que por los datos *experimentales* de la técnica psicoanalítica. Aquí, por el contrario, la hipótesis se desprende de manera mucho más inmediata de la *observación* pura de los hechos, cuya sola confrontación es ya demostrativa, desde el momento en que, como ocurre en toda observación de hechos, se ha enseñado uno a verlos

Aquí no podemos más que remitir a los trabajos que se han publicado sobre el tema. Estos trabajos podrán convencer al lector del alcance psicopatológico considerable de tales mecanismos, aunque es probable que algunas veces se quede perplejo, por ejemplo cuando se le dice que la teoría abarca incluso ciertas reacciones mórbidas de mecanismo puramente biológico. En efecto: lo que nos parece original y precioso en semejante teoría es el determinismo que permite establecer en ciertos fenómenos psicológicos de origen y de significación sociales, o sea de aquellos que nosotros definimos como *fenómenos de la personalidad.*

Examinemos qué luces puede aportar semejante hipótesis en nuestro caso. Ante todo, explica el *sentido* del delirio. En él, de alguna manera, la tendencia al autocastigo se expresa directamente. Las persecuciones amenazan al hijo "para castigar a la madre" "que es una maldiciente, que no hace lo que debe" etc. El valor afectivo primario de esta tendencia se expresa muy bien en la ambivalencia de las concepciones delirantes de la enferma sobre el particular. Lo vamos a ver en el siguiente detalle.

Frente al enigma planteado por el delirio asesino de Aimée, es inevitable que todo el mundo asedie a la enferma con las mismas preguntas, aparentemente vanas. "¿Por qué -le preguntan un día por centésima vez en presencia nuestra-, pero por qué creía usted que su hijo estaba amenazado?" Impulsivamente, ella responde: *"Para castigarme."* "¿Para castigarla de qué?" Aquí Aimée titubea: Porque yo no estaba cumpliendo mi misión..."; y, un instante después: "Porque mis enemigos se sentían amenazados por mi misión..." A pesar de su carácter contradictorio, ella mantiene el valor de ambas explicaciones.

Muchas de las *interpretaciones* delirantes de la enferma, como hemos estado observándolo de pasada, no expresan otra cosa que sus escrúpulos éticos: se alude a sus menudas faltas de conducta, y más tarde a desórdenes secretos.

Pero llevemos más adelante nuestro análisis, y observemos el carácter tan particular de los perseguidores de Aimée, es decir ante todo de sus perseguidoras. Su multiplicidad, la ausencia de toda relación real entre ellas y la enferma, ponen bien de relieve su significado puramente simbólico. Son, como ya lo hemos dicho, los "dobletes" "tripletes" y sucesivos "tirajes" de un *prototipo.* Este prototipo tiene un valor doble, afectivo y representativo.

La potencia afectiva del prototipo está dada por su existencia real en la vida de la enferma. Quien lo encarnaba, según hemos hecho ver en páginas anteriores, era esa hermana, mayor por cuyo conducto sufrió Aimée todos los grados de la humillación moral y de los reproches de su conciencia. En un grado menor, la amiga íntima, C. de la N., que para Aimée representaba tan eminentemente la adaptación y la superioridad para con su medio, objetos de su íntima envidia, desempeñaba un papel análogo, pero esto según una relación ambivalente, propia precisamente de la envidia, sentimiento que comporta una parte de identificación. Y esto nos conduce a la segunda significación del prototipo delirante.

¿Cuál es, en efecto, para Aimée el valor representativo de sus perseguidoras? Mujeres de letras, actrices, mujeres de mundo, representan la imagen que Aimée se hace de la mujer que, en un grado cualquiera, goza de la libertad y el poder sociales. Pero aquí hace explosión la identidad imaginaria de los temas de grandeza y de los temas de persecución: ese tipo de mujer es exactamente lo que Aimée misma sueña con llegar a ser. La misma imagen que representa su ideal es también el objeto de su odio.

Así, pues, Aimée agrede en su víctima su ideal exteriorizado, tal como la pasional agrede el objeto único de su odio y de su amor. Pero el objeto agredido por Aimée no tiene sino un valor de puro símbolo, y así su acción no le produce ningún alivio.

Sin embargo, con e1 mismo golpe que la hace culpable frente a la ley, Aimée se siente golpeada en sí misma: y, cuando lo comprende, es cuando experimenta la satisfacción del deseo cumplido: el delirio, ya inútil, se desvanece.

La naturaleza de la curación demuestra, en nuestra opinión, la naturaleza de la enfermedad.

Ahora bien, ¿no es bastante claro que hay identidad entre el mecanismo fundamental del delirio y los rasgos salientes de la personalidad de la enferma? Esos tipos clínicos, el psicasténico, el sensitivo, con los cuales el carácter de nuestra enferma ha revelado una congruencia precisa, ¿qué hacen sino revelarse a sí mismos por sus reacciones más prominentes, sus escrúpulos obsesionales, la inquietud de su ética, el carácter absolutamente interior de sus conflictos morales? Pensamos en los espléndidos tipos de *heautontímo*-roumenoí que hemos conocido: toda su estructura parece poder deduciré de la prevalencia de los mecanismos de autocastigo.

Siendo esto así, al paso que en la personalidad normal los procesos orgánicos ligeros y los acontecimientos comunes de la vida dejan sólo la huella de una oscilación compensada luego con mayor o menor rapidez, en la *personalidad* autopunitiva esos mismos procesos y acontecimientos tienen, lógicamente, un alcance muy distinto. En los efectos de degradación afectiva e intelectual que comportan momentáneamente, todo cuanto es propicio para los mecanismos autopunitivos quedará solidificado y retenido por ellos: estos efectos, aunque sean menudos, parecen sufrir aquí una verdadera adición. El desequilibrio primitivo se va acrecentando así siempre en el mismo sentido, y es fácil entender cómo la anomalía, traducida en el carácter, se va convirtiendo en psicosis.

En efecto, si los trastornos orgánicos y los acontecimientos de la historia no nos muestran más que el estallido del proceso mórbido, la fijación y la estructura de la psicosis sólo son explicables en función de una anomalía psíquica anterior a esas instancias. Nosotros hemos tratado de precisar esta anomalía sin partir de ninguna idea preconcebida. Y adonde nos ha llevado nuestra investigación es -insistamos en ello- a un trastorno que no tiene sentido sino en función de la

personalidad o, si se prefiere, psicógeno.

II. Que al concebir estos mecanismos autopunitivos, según la teoría freudiana, como cierta fijación evolutiva de la energía psíquica llamada libido, se explican las correlaciones clínicas más evidentes de la personalidad del sujeto.

Pero se nos objetará: ¿a qué viene eso de dar un nombre teórico, *autocastigo,* a los rasgos puramente clínicos revelados ya por el análisis que usted ha hecho del carácter y de la personalidad de su paciente? Concedemos que usted ha demostrado que la psicosis encuentra su determinismo esencial en una *anomalía de la personalidad, y que* su descripción presenta una imagen bastante aproximada de lo que es esa anomalía. Entonces, el término "autocastigo" no es más que una palabra para designarla. Indica, cuando mucho, su relación con una función psicológica normal, pero en ese caso desconfiaremos aún más de ese término, puesto que no explica la especificidad de la anomalía.

Es aquí donde vamos a demostrar el alcance científico de la doctrina freudiana, en cuanto esta doctrina refiere una parte importante de los trastornos mentales al metabolismo de una energía psíquica llamada *libido.* Nosotros sentimos que la evolución de la *libido* en la doctrina freudiana corresponde con mucha precisión, en nuestras fórmulas, a esa parte (tan considerable para la experiencia) de los *fenómenos de la personalidad cuyo* fundamento *orgánico* está dado por el *deseo sexual.*

En efecto, ¿qué es lo que nos aportan, para la investigación de las enfermedades mentales, las doctrinas psicológicas ajenas a las doctrinas freudianas? Descripciones clínicas, desde luego, algunas de las cuales son síntesis de observaciones valiosísimas, pero también, como contrapeso, unas visiones teóricas cuyos titubeos en cuanto a la naturaleza misma de lo mórbido no pueden dejar de llamarle la atención incluso al profano.

En un, caso como el nuestro, algunas de esas doctrinas explicarán el trastorno mórbido como una *pérdida del sentimiento de lo real;* pero lo que se entenderá con esa fórmula será únicamente el nivel inferior del *rendimiento social* del sujeto, de su *eficacia* en la acción práctica (Janet). Otras doctrinas invocarán por su parte la noción de un *contacto con la realidad,* pero esta vez se tratará de un contacto de índole *vital:* completamente opuesto al dominio sobre la realidad que es impuesto por la acción, o que la determina, ese contacto vital inefable está hecho de un intercambio de efusiones y de infusiones afectivas con un estado de lo real que se puede calificar de primordial. "Lo real", en efecto, según quienes teorizan así, responde a la experiencia tal como ésta se ofrecería en su totalidad intacta, antes de que esos marcos inferiores del pensamiento que están condicionados por el lenguaje la hayan reducido a las formas empobrecidas de lo real común, que no es más que el reflejo de las constricciones sociales. Reconocemos aquí a la falange de los bergsonizantes. Pero, hecho curioso, mientras que unos verían en nuestro caso una regresión de la conciencia al mencionado estado de indiferenciación primordial (Blondel), los otros no vacilarían en relacionar el trastorno inicial con una deficiencia de ese *contacto* vital con realidad que es, para ellos, la fuente primera de toda actividad humana; estos últimos hablarían de racionalismo mórbido (Minkowski), y nuestro maestro y amigo el doctor Pichón nos diría, citando a Chesterton: "El loco no es el hombre que ha perdido la razón; el loco es el que lo ha perdido todo, excepto su razón."

No seguiremos presentando estas contradicciones sugestivas.

La innovación de Freud nos parece capital por el hecho de haber aportado a la psicología una noción *energética,* que sirve de medida común para fenómenos muy diversos. Esta noción es la de *libido,* cuya base biológica está dada por el metabolismo del instinto sexual. La importancia teórica que se otorga a este instinto tiene que ser confirmada por el estudio de los hechos; en todo caso, acarrea consigo el beneficio inmediato de imponer la investigación sistemática de los trastornos del comportamiento sexual hasta en estados psicopatológicos que, como nuestras psicosis por ejemplo, habían sido descuidados durante mucho tiempo. Es, en efecto, muy digno de consideración el hecho de que esos trastornos, con ser tan evidentes, hayan quedado largo tiempo confinados, dentro de los terrenos que nosotros estudiamos, en una especie de segundo plano teórico e incluso clínico, hecho en el que nos sentimos tentados a reconocer la intrusión de "prohibiciones" de índole poco científica.

De hecho, la noción de *libido* se revela, en la doctrina de Freud, como una entidad teórica sumamente amplia, que desborda, con mucho, el deseo sexual especializado del adulto. Más bien tiende a identificarse con el *deseo,* con el eros helénico, pero entendido en un sentido vastísimo, a saber, como el conjunto de los apetitos del ser humano, que van mucho más allá de sus estrictas necesidades de conservación. La preponderancia enorme de esos instintos *eróticos* en el determinismo de un orden importante de trastornos y de reacciones del psiquismo es uno de los hechos globales mejor demostrados por la experiencia psicoanalítica. Diversos hechos de la observación biológica hablan permitido, desde hacia mucho, entrever esa preponderancia como una propiedad fundamental de toda vida.

En cuanto a la imprecisión relativa del concepto de *libido,* es, en opinión nuestra, justamente lo que constituye su valor. Tiene, en efecto, el mismo alcance general que los conceptos de *energía o* de *materia* en física, y a ese título representa la primera noción que permite entrever la introducción, en psicología, de *leyes de constancia* energética, bases de toda ciencia.,

Y precisamente hacia tales leyes energéticas es hacía donde convergen las sugerencias que un cúmulo de hechos nuevos, descubiertos cada día, está aportando a una ciencia que se halla todavía en la infancia. Las primeras concepciones psicoanalíticas fundaron la noción de las fijaciones anormales de la *libido* en órganos no sexuales (síntomas histéricos). Al mismo tiempo, indagaban los modos de trasferencia de la *libido* en sus proyecciones sucesivas sobre los objetos exteriores (complejo de Edipo; estadio de homosexualidad infantil normal; más tarde, fijación en el objeto heterosexual de la sexualidad adulta normal; mecanismos de trasferencia). Quedó establecido el

hecho de que gran parte de esta evolución se lleva a cabo antes de la pubertad, e incluso en un estadio muy precoz del individuo (sexualidad infantil).

Fue entonces cuando se añadió a estas concepciones un complemento que en un principio no habla podido ser más que sospechado a propósito de los hechos del simbolismo normal (sueños) y patológico (fobias, fetichismo): a saber, el papel capital de las fijaciones libidinales en la elaboración del *mundo de los objetos* en el sentido más general. La función del "contacto con lo real" se acomodaba así en la energética general de la *libido.* Esta concepción fue impuesta por el análisis de los síntomas de la demencia precoz tal como lo llevaron a cabo, en competencia unos con otros, los psicoanalistas y los miembros de la escuela misma que ha dado de esta entidad mórbida una síntesis a la vez más clínica y más psicológica con el nombre de *esquizofrenia.*

Gracias al estudio de los síntomas de esta afección se llega a la concepción siguiente: en el primerisimo estadio de organización erógena (orgasmo oral del niño de pecho)," la proyección libidinal está enteramente fijada en el propio cuerpo del bebé (estadio autoerótico primitivo); después, mediante sucesivas fijaciones de la *libido* en objetos de valor vital, y más tarde de valor sublimado, se crea progresivamente el mundo objetal. Se puede así comprender el determinismo de ciertos síntomas de *pérdida de los objetos (Obiektverlust;* síntomas hebefreno-catatónicos y esquizofrénicos más o menos deleznables) y de *fijaciones somáticas anormales* (hipocondría).

Esta concepción de una compensación entre las fijaciones narcis*istas y las* fijaciones *objetales* aportó luces incontestables para la comprensión del conjunto de las psicosis. Preciso es reconocer, sin embargo, que esas primeras síntesis esperan todavía su coordinación con un estudio sistemático de los hechos mismos que están permitiendo ver bajo un aspecto nuevo. Pensamos que la elaboración de monografías psicopatológicas, como la nuestra, es esencial para cualquier progreso en esta vía, y que el análisis comparativo de los trabajos de este tipo es lo único que permitirá aclarar los estadios de estructura del periodo oscuro del narcisismo.

Sea de ello lo que fuere, hay un estadio de la evolución de las tendencias narcisistas que es, con mucho, el mejor conocido de todos, y es el que responde a la aparición de las primeras prohibiciones morales en el niño, a la instauración de la independencia de estas prohibiciones frente a las amenazas de sanción exterior, o, dicho en otras palabras, a la formación de los mecanismos *autopunitivos o* del *super-ego.* Este periodo corresponde a un estadio de la evolución libidinal ya tardío, y separado del narcisismo autoerótico primitivo por toda una primera diferenciación del *mundo de los objetos* (complejo de Edipo - complejo de castración); el principio moral demuestra, en efecto, ser posterior al *principio de realidad.* Este período merece el nombre de *narcisismo secundario:* en efecto, el análisis de los casos de fijación mórbida en ese estadio evolutivo permite demostrar que equivale a una *reincorporación al yo* de una parte de la *libido* que ya había sido proyectada sobre los objetos (objetos parentales principalmente). Esta reincorporación tiene todo el carácter de un fenómeno orgánico y puede verse trastornada por diversas causas exógenas (anomalías familiares) y endógenas. Los trastornos quedan entonces ligados a una fijación afectiva de una economía llamada *sádico-anal* de la *libido* en este periodo.

Así, pues, el predominio mórbido de los mecanismos de autocastigo irá acompañado siempre de trastornos detectables de la función sexual. La fijación sádico-anal, que es la que esos trastornos representan las más de las veces, explica la correlación de éstos con trastornos *neuróticos obsesionales y s*íntomas llamados *psicasténicos.* Están, además, vinculados con ese periodo de *homosexualidad infantil* de que se nos habla en la doctrina, y que corresponde a la erotización de los objetos fraternos. En sus trabajos, así sociológicos como clínicos, Freud ha puesto de manifiesto la relación electiva de este periodo con la génesis de los *instintos sociales.*

En un sentido, el valor patogénico de una *fijación* dada puede ser asimilado al de una *constitución,* puesto que es siempre susceptible (y en eso insiste Freud constantemente) de ser referida, como ella, a un determinismo orgánico congénito; pero hay una diferencia importante, y es que la *fijación* deja siempre, igualmente, lugar para la hipótesis de un determinismo traumático, detectable históricamente, y evocable subjetivamente mediante una técnica adecuada.

En este caso, una *fijación* se traduce por huellas psíquicas que no se manifiestan sino en los límites fisiológicos mientras no haya sobrevenido un acontecimiento emparentado, en cuanto a su sentido, con el traumatismo primitivo. En ausencia de toda liquidación afectiva del trauma primitivo (psicoanálisis), semejante acontecimiento representa, en consecuencia, el papel de una represión, o sea que las *resistencias* inconscientes que desencadena acarrean una regresión afectiva hasta el estadio de la fijación.

Una vez recordados estos puntos teóricos, nos parece manifiesto que permiten captar las correlaciones clínicas más importantes que se presentan en nuestra enferma.

Explican, en primer lugar, la concomitancia de los rasgos patológicos propiamente psicasténicos y obsesionales.

Por otro lado, dan su valor clínico a las deficiencias, que son descuidadas en el cuadro de Janet, y que atañen a la esfera sexual. Ya hemos demostrado la importancia que esas deficiencias tienen en nuestro caso. En efecto, hemos encontrado en Aimée la *incertidumbre del pragmatismo sexual* (elección de compañeros de una incompatibilidad máxima), rasgo que sigue todavía cerca de las conductas psicasténicas; hemos podido señalar, en un terreno más cercano a lo orgánico, la *impotencia* para experimentar el orgasmo sexual, fenómeno que nuestra enferma nos confiesa como permanente; y por último, hemos insistido en toda una serie de rasgos de la conducta que, por su convergencia, han parecido imponemos, cuando menos bajo una forma reservada, el diagnóstico de *inversión psíquica:* predominio manifiesto de los afectos femeninos; vivacidad del atractivo intelectual que para la enferma tienen las reacciones del sexo opuesto; afinidades con este sexo experimentadas por la introspección, y que, aunque "bovaryanas", siguen siendo significativas; y asimismo esos desórdenes de la conducta, tan singulares por su carácter gratuito como por su discordancia con los pretextos éticos que les servían de cobertura, desórdenes que nosotros hemos designado con el término *donjuanismo,* que expresa bastante bien su carácter de búsqueda inquieta de sí mismo sobre una base de insatisfacción sexual. Al mismo tiempo, los complejos éticos, que dominan toda la personalidad de la enferma, están mezclados en el más alto grado con las reacciones psicosexuales que acabamos de mencionar.

En cuanto a la génesis histórica de la psicosis, nuestro análisis (véase el capitulo precedente) nos ha revelado que su núcleo está en el *conflicto* moral de Aimée con su hermana. ¿No adquiere este hecho todo su valor a la luz de la teoría que determina la fijación afectiva de tales sujetos en el *complejo fraternal?*

Finalmente, creemos poder encontrar la regresión libidinal típica en la estructura misma del delirio de Aimée. Es eso lo que ahora vamos a mostrar.

Freud, en un análisis célebre, ha hecho la observación de que los diferentes temas del delirio en la paranoia pueden deducirse, de una manera gramatical por así decir, de las diferentes denegaciones que pueden oponerse a la confesión libidinosa inconsciente:

Yo lo amo a él (el objeto de amor homosexual).

La primera denegación posible, Yo *no lo amo: lo odio,* proyectada secundariamente en £1 *me odia,* da el *tema de persecución.* Esta proyección secundaria es inmediata en la fenomenología propia del odio y, a nuestro parecer, puede prescindir de cualquier otro comentario.

La segunda denegación posible, Yo *no lo amo: es ella* (el objeto de sexo opuesto) a *quien amo,* proyectada secundariamente en *Ella me ama,* da el *tema erotomaniaco.* Aquí, a nuestro parecer, la proyección secundaria, por la cual la iniciativa amorosa viene del objeto, implica 12 intervención de un mecanismo delirante propio, que Freud deja en la oscuridad.

La tercera denegación posible, Yo *no lo amo: es ella quien lo ama,* da, con inversión proyectiva o sin ella, el *tema de celos.*

Hay en fin, dice Freud, una cuarta denegación posible, que es la que descansa globalmente sobre toda la fórmula y que dice: Yo *no lo amo. Yo no amo a nadie. Yo no amo más que a mí.* Esta denegación explicaría la génesis de los temas de grandeza que, en el caso analizado por Freud, son los temas de omnipotencia y de enormidad propios de la parafrenia. La regresión, en el caso estudiado por Freud, va en efecto a un estadio primitivísimo del narcisismo.

Según Freud, la distancia evolutiva que separa la pulsión homosexual, causa de la represión traumática, del punto de fijación narcisista, que revela la regresión llevada a cabo, da la medida de la gravedad de la psicosis en un caso dado.

Desprendidas de los casos a que se refieren, estas fórmulas resultan tan generales, que pueden dar la impresión de no ser más que un juego de ingenio. Sin embargo, al aplicarlas a nuestro caso vamos a comprobar no sólo que explican de manera luminosa la estructura del delirio, sino también que los modos especiales con que en él se presentan dan la base teórica de su relativa benignidad.

En primer lugar, no podemos menos de sentirnos impresionados por el hecho de que la primera que aparece en la sucesión de las perseguidoras 18 haya sido la amiga más intima de la enferma; y de que, por otra parte, el estallido del odio de Aimée contra la señorita C. de la N. haya coincidido exactamente con el fracaso de su esperanza de maternidad. Era ésa, en efecto, la esperanza última a que se aferraba su tentativa, ya semicomprometida, de realizar de manera redonda, desde el doble punto de vista sexual y social, su destino de mujer. No podemos menos de ver en su fracaso la represión que, al reactivar el componente psíquico homosexual, le dio al delirio su primera sistematización.

Ciertamente, esta perseguidora no será olvidada nunca (la enferma la habría agredido a ella, y no a la señora Z., si hubiera estado a su alcance). Hasta el final, es C. de la N. quien le da al delirio su peso afectivo. De manera muy rápida, sin embargo, cede el primer plano a personajes de categoría superior, esas grandes actrices, esas mujeres de letras que hacen del delirio de Aimée. una auténtica erotomanía homosexual. Estos personajes, según hemos visto, simbolizan además el ideal del yo de Aimée (o su super-ego), de la misma manera que la primera perseguidora, durante un instante, habla sido identificada con él.

El papel de los perseguidores, vagamente impregnado de atractivo erotomaniaco, y al mismo tiempo unido con lazos indiscernibles a la actividad de la perseguidora principal ("No son amantes Pero hacen como si asi fuera"), revela, por esa ambigüedad misma, su dependencia respecto del primer tema. En cuanto al tema francamente erotomaniaco que se forma tardíamente (amor por el príncipe de Gales), su carácter de *utopía* trascendental y la actitud mental de *platonismo puro* que en él adopta la enferma, según la descripción de los clásicos, adquieren todo su sentido si se hace una comparación con el primer apego amoroso de la enferma. En efecto, el exquisito cariño y la fidelidad prolongada que el príncipe de Gales ha inspirado en Aimée contrastan extrañamente con la brevedad y la mediocridad de las ocasiones que motivaron semejante elección amorosa, y también con el alcance sin esperanza e incluso sin respuesta de las relaciones que ella creyó mantener de lejos con su amante, sin tomar nunca una iniciativa para verb. La paradoja aparente de esta actitud se ilumina ahora para nosotros. Sin duda esta situación fue tanto más preciosa para Aimée cuanto que satisfacía su poca afición a las relaciones heterosexuales, al mismo tiempo que le permitía negar sus pulsiones hacia su propio sexo, cosa reprobada por ella. Por lo demás, esta comparación entre el delirio y la pasión "normal" en un mismo sujeto nos demuestra que, en una forma de la erotomanía que se podría llamar la forma simple, el rasgo de la *iniciativa atribuida a l objeto* está ausente, mientras que el de la *situación superior* del objeto elegido no sólo adquiere todo su valor, sino que tiende incluso a reforzarse. Pero aquí, en la génesis de las perseguidoras, se manifiesta además otra cosa: ese rasgo de la situación superior del objeto, lejos de ser atribuible, como se ha dicho, al "orgullo sexual" no es sino la expresión del deseo inconsciente de la no realización del acto sexual y de la satisfacción que se encuentra en un *platonismo* radical.

No menores son las luces que las fórmulas freudianas arrojan sobre los *temas de celos* de nuestra enferma. Las amantes que Aimée imputa sucesivamente a su marido son, a medida de los progresos de su delirio, aquellas mismas que su amor inconsciente designa a su odio delirante. El carácter delirante del odio es difícil de discernir allí donde las acusaciones de la enferma apuntan a las compañeras de oficina que son también compañeras de su marido; pero es ya notorio cuando a ese empleadito provinciano, modelo de las virtudes burguesas, le echa en cara el "tener relaciones con actrices". Freud ha demostrado muy bien que los delirios de celos propiamente paranoicos traducen un atractivo sexual inconsciente por el cómplice incriminado, y esto se aplica punto por punto al delirio de Aimée.

Por último, las *ideas de grandeza* de la enferma no han comportado nunca ninguna convicción presente de trasformación de su personalidad. No se ha tratado aquí más que de ensoñaciones ambiciosas, proyectadas sobre el porvenir; estas ambiciones, por lo demás, eran en gran parte de intención altruista y moralizante.

Estos dos rasgos reducen al mínimo el *alcance narcisista* de las ideas de grandeza. Además, las *pulsiones homosexuales,* reveladas por el delirio, poseen un carácter muy sublimado: tienden, en efecto, a confundirse con el *ideal del yo* de la enferma. Y esto concuerda muy bien con las reservas que nos ha inspirado ya el diagnóstico de *inversión psíquica.*

Así, pues, la *fijación narcisista y la pulsión homosexual* han brotado, en este caso, de puntos evolutivos muy cercanos de la *libido.* Ocupan lugares casi contiguos en el estadio de génesis del *super-ego.* Este hecho, de acuerdo con la teoría, indica un débil proceso regresivo y explica la *benignidad* relativa y la *curabilidad* de la psico-sis en nuestro caso.

Creemos, en consecuencia, haber contestado en este parágrafo a nuestros supuestos contradictores: al relacionar con los mecanismos de *autocastigo* el determinismo de la psicosis en nuestro caso, no nos estamos refiriendo sólo a las instancias psíquicas normales de la "conciencia moral" del "imperativo ético", o incluso, si se quiere, del "demonio de Sócrates": precisamos la significación mórbida de ese término con toda una serie de *correlaciones clínicas* que están previstas en la teoría. Suponiendo ese control de los hechos es como la teoría adquiere su triple valor de clasificación natural, de indicación pronostica y de sugerencia terapéutica.

III. El prototipo "caso Aimée", o la paranoia de autocastigo.

Frutos de su estudio: indicaciones de práctica médica y métodos de indagación teórica

Si se nos pide que resumamos ahora el balance del presente estudio, nos sentiremos tentados a responder remitiendo al estudio mismo. De ninguna manera tenemos, en efecto, la ambición de aumentar con una entidad nueva la nosología ya tan voluminosa de la psiquiatría. En ella, como a todos les consta, los marcos se distinguen demasiado a menudo por la arbitrariedad de su delimitación, por sus encabalgamientos recíprocos, fuentes de incesantes confusiones, sin hablar de aquellos que son puros mitos. La historia de la psiquiatría demuestra bastante lo vano y lo efímero de esos marcos.

La corriente mayor de las investigaciones médicas debe hacemos recordar que las síntesis sólidas están fundadas en observaciones rigurosas y de la mayor amplitud posible, es decir, mirándolo bien, en un número bastante pequeño de observaciones.

Esas condiciones se imponen tanto más a la psiquiatría, cuanto que ésta -y, por desgracia, no es ninguna perogrullada el recordarlo-, siendo como es la medicina de lo psíquico, tiene por objeto las *reacciones totales* del ser humano, o sea en el primer plano las *reacciones de la personalidad.* Ahora bien, no puede haber información suficiente acerca de este plano, según creemos haberlo demostrado, sino a través de un estudio lo más exhaustivo posible de la vida del sujeto. Sin embargo, la distancia que separa la observación psiquiátrica de la observación médica corriente no es tal que explique los veintitrés siglos que median entre Hipócrates, padre de la medicina, y Esquirol, a quien de buena gana concederíamos el diploma de padrastro de la psiquiatría. En efecto, el sano método de la observación psiquiátrica era ya conocido de Hipócrates y de su escuela. Y la ceguera de siglos que siguió no nos parece imputable más que al dominio cambiante, pero continuo, de los prejuicios filosóficos. Después de dominar durante quince siglos con Galeno,'" estos prejuicios fueron mantenidos de manera notable por la Enciclopedia, se reforzaron aún más gracias a la reacción comtista que excluye la psicología de la ciencia, y siguen siendo no menos florecientes entre la mayoría de los psiquiatras contemporáneos ya sean psicólogos, ya de aquellos que se dicen organicistas. El número uno de estos prejuicios consiste en decir que la reacción psicológica no ofrece en si misma ningún interés para el estudio, por ser un fenómeno complejo. Ahora bien, esto sólo es verdadero en relación con los mecanismos físico-químicos y vitales que esa reacción pone en juego, pero es falso en el plano que le es propio. Hay, en efecto, un plano que hemos tratado de definir, y en el cual la *reacción psicológica* tiene el valor de toda reacción vital: es *simple por su dirección y por* su significación.

La conspiración de tantas y tan diversas doctrinas para desconocer esa verdad es un hecho cuyo alcance psicológico merecerla a su vez algunas consideraciones, si éste fuera su lugar.

En todo caso, el hecho es que ahora, gracias a circunstancias históricas favorables, la observación del psiquismo humano -no de sus facultades abstractas, sino de sus reacciones concretas- nos está permitida de nuevo.

Pensamos que toda observación fecunda debe imponerse la tarea de monografías psicopatológicas tan completas como sea posible. Para realizar en esta materia un ideal, nos faltaban demasiados conocimientos, talentos y medios. Lo único que estamos afirmando es nuestro esfuerzo y nuestra buena voluntad.

En esta medida misma declaramos que nos repugna la idea de añadir, según la costumbre, a los marcos existentes una nueva entidad mórbida cuya autonomía, por cierto, no podríamos afirmar. En vez de eso, lo que propondríamos seria clasificar los casos análogos al nuestro bajo el título de un prototipo, que podrá ser "el caso Aimée" o algún otro, pero que sea una descripción concreta, y no una síntesis descriptiva que, por necesidades de generalidad, haya sido despojada de los rasgos específicos de esos casos -a saber, de los lazos etiológicos y significativos mediante los cuales la psicosis depende estrechamente de las vivencias del sujeto, de su carácter individual, en una palabra, de su personalidad. Y no vaya a creerse que nuestra proposición es utópica: una práctica como ésa se está aplicando actualmente en ciertas clínicas alemanas; el diagnóstico de acepción común está duplicado en ellas con una clasificación de orden científico mediante una simple referencia al nombre propio de una observación *princeps, cuyo* valor es controlable en los recuerdos o los expedientes del servicio mismo.

Además, nuestro trabajo, por su economía misma, está revelando nuestras intenciones, las cuales pueden expresarse ante todo de la siguiente manera: partiendo del último punto a que han llegado nuestros predecesores, pretendemos indicar un *método* para la solución de los problemas que plantean las psicosis paranoicas.

No creemos, con eso, haber perdido de vista los objetivos propios de la observación médica, o sea sus funciones *clínicas y pronosticas,* preventivas y curativas.

Nuestro trabajo nos permite, en efecto, conceder a ciertos rasgos semiológicos que presentan estas psicosis un valor de *indicación* pronostica y terapéutica. Así, pues, el *cuadro clínico* que a pesar de nuestras reservas vamos a dar de ellas, va a limitarse a este alcance puramente práctico.

Una vez hecho esto, podremos concluir algo en cuanto a las indicaciones *metódicas* que nuestro trabajo aporta a los problemas generales de la psicosis paranoica.

Tales son las dos cuestiones con que se terminará esta parte de nuestro estudio.

Si hace falta una designación para el tipo- clínico que vamos a describir, escogeremos el de *paranoia de autocastigo. Lo* justificaremos por la evidencia clínica de los mecanismos de autocastigo en los casos descritos. Cuestión aparte es la de si esos mecanismos les son específicos. Aquí nuestro pensamiento nos obliga a dar una respuesta negativa. En otras palabras: como el tipo que estamos aislando se define por su estructura y su pronóstico, las técnicas de examen y de tratamiento que se descubran en el futuro podrán aumentar su extensión de manera considerable. Por eso decimos que no pretendemos de ninguna manera dar los limites de una verdadera entidad mórbida.

A. Diagnóstico, pronóstico, profilaxia y tratamiento de la paranoia de autocastigo

Para la presente descripción nos basamos en el caso que acabamos de analizar, en otros cuatro casos análogos de nuestra experiencia personal, dos de los cuales presentaron reacción criminal, y

en diversos casos de la literatura que muestran, según nosotros, una congruencia evidente con el nuestro: señalemos entre ellos el famoso caso del pastor Wagner, cuya abundante bibliografía hemos dado ya, así como varios casos de Kretschmer, de Bleuler, de Westerterp y de Janet, repartidos en los trabajos que hemos citado.

El diagnóstico se funda en la estructura anterior de la personalidad del sujeto, y en ciertas particularidades etiológicas y sintomáticas de la psicosis en relación con el cuadro común de la paranoia.

La *personalidad anterior* del sujeto está marcada ante todo por un inacabamiento de las conductas vitales. Este rasgo está emparentado con la descripción que hace Janet de las *conductas psicasténicas;* se distingue de ellas en el sentido de que los fracasos no se refieren propiamente a la eficacia del rendimiento social y profesional (que a menudo se mantiene satisfactorio), sino a la realización de las relaciones de la personalidad que atañen a la esfera sexual, o sea de los lazos amorosos, matrimoniales, familiares. Anomalías de la situación familiar en la infancia de los sujetos (orfandad, ilegitimidad, educación exclusiva por parte de uno de los progenitores, con o sin aislamiento social correlativo, apego exclusivo a uno de los progenitores, odios familiares), hipertensión sentimental con manifestaciones correlativas de apragmatismo sexual en la adolescencia, fracasos matrimoniales, huida frente al matrimonio y, cuando éste se ha realizado, faltas de entendimiento y fracasos conyugales, desconocimiento de las funciones parentales: tal es el *pasivo* del balance social de estas personalidades.

Pero a él se opone un *activo* no menos notable. Estos mismos sujetos, que demuestran unas impotencias de apariencia diversa, pero de " resultado constante" en las relaciones afectivas con el prójimo mas inmediato, revelan en cambio, en las relaciones más *lejanas* con la comunidad social, unas virtudes de incontestable eficacia. Desinteresados, altruistas, menos encariñados con los seres humanos que con la humanidad, fácilmente utopistas, estas características no sólo expresan en ellos tendencias afectivas, sino también actividades eficaces: celosos servidores del Estado, profesores o enfermeras que verdaderamente viven su papel, empleados u obreros excelentes, trabajadores tenaces, aceptan con más gusto aún todas las actividades entusiastas, todos los "dones de uno mismo" que son utilizados por las diversas empresas religiosas, y de manera general por todas las comunidades, sean de índole moral, política o social, que se fundan sobre un vinculo supra-individual.

Su vida afectiva e intelectual es un reflejo de esas conductas. Añadamos a ellas ciertos rasgos: descargas afectivas espaciadas, pero sumamente intensas, que se manifiestan a veces con un viraje en redondo de todas las posiciones ideológicas *(conversión), y más* frecuentemente con la inversión brusca de una actitud sentimental: paso brusco, con respecto a una persona, del amor al odio, y viceversa.

Por otra parte, las cualidades imaginativas, las representaciones. predominantes y los temas electivos de las reacciones emocionales se relacionan muy estrechamente con las huellas de la *formación infantil.*

En el orden moral, estos sujetos dan pruebas de *honradez* en los contratos, de *fidelidad* en la amistad, de *tenacidad* en la hostilidad, el odio o el vituperio. Son unos *hipernormales,* no unos amorales. No carecen, sin embargo, de posibilidad de *disimulo,* principalmente en cuanto a sus reacciones afectivas más profundas.

Determinados *esbozos de trastornos psíquicos* son detectables en los antecedentes. Consisten en trastornos de la función sexual *(impotencia, frigidez o hiperexcitación psíquica),* en perversiones *(homosexualidad, donjuanismo),* perversiones de forma frecuentemente sublimada *(inversión sublimada, masoquismo moral),* en episodios neuróticos obsesionales *(obsesiones, fobias, agitaciones* forzadas, etc.), en *sentimientos neuróticos de despersonalización* (que llegan a veces al sentimiento o hasta la alucinación de desdoblamiento), en sentimientos de trasformación del mundo exterior *(sentimientos de ya visto [déja-vu], de nunca visto, de nunca conocido, transitivismo),* en *accesos de celos,* en *trastornos episódicos del carácter,* en *accesos de ansiedad.*

Debido a sus fracasos y conflictos afectivos, estos sujetos se ven a veces arrastrados a un tipo de vida *migrador, aventurero,* en el cual dan pruebas de grandes cualidades de aguante y de tenacidad.

Ni acceso esquizofrénico legitimo ni fase maniaco-depresiva son señalables en los antecedentes.

Los rasgos de la constitución paranoica siguen siendo míticos.

En la *etiología* inmediata de la psicosis, se encuentra frecuentemente un *proceso orgánico borroso* (intoxicación, trastorno endocrino, puerperalidad, menopausia), casi constantemente una *trasformación de la situación vital* (pérdida de una posición, de un sostén económico, jubilación, cambio de medio, pero sobre todo matrimonio, particularmente matrimonio tardío, divorcio, y electivamente *pérdida de uno de los progenitores)* y muy frecuentemente un acontecimiento con valor de *trauma afectivo.* Las más de las veces se descubre una relación manifiesta entre el acontecimiento crítico o traumático y un *conflicto vital* que persiste desde años atrás. Este conflicto, cuya *resonancia ética* es fuerte, va ligado muy a menudo a las relaciones *parentales o fraternales* del sujeto.

La acumulación de estos factores es, muchas veces, lo que parece determinar la eclosión de la psicosis.

El inicio de la psicosis es brutal. Los primeros síntomas que aparecen representan, tanto en intensidad como en discordancia, el punto *máximo* de la evolución de los fenómenos. Plantean entonces regularmente el diagnóstico diferencial con la disociación esquizofrénica. Van seguidos en general de una *remisión aparente,* que es un periodo de *inquietud y de meditación delirante.*

El *período de estado* aparece con la *sistematización* del delirio. En este momento la psicosis corresponde en todos sus puntos a la descripción kraepeliniana clásica de la paranoia. No le falta tampoco ninguno de los rasgos diferenciales que Sérieux y Capgras, en su descripción magistral, destacan para distinguir el delirio de interpretación del delirio de reivindicación.

Los *"fenómenos elementales"* de la psicosis, según lo han demostrado esos autores, están representados esencialmente por interpretaciones. Ya se ha visto que nosotros nos separamos de ellos al negar a estas interpretaciones todo valor "razonante" y al negarles toda preformación en una pretendida falsedad congénita del juicio.

Hemos demostrado, asimismo, que las interpretaciones forman parte de todo un cortejo de trastornos de la percepción y de la representación, en los cuales no hay nada que sea más "razonante" que ese síntoma, a saber: *ilusiones de la percepción, ilusiones de la memoria, sentimientos de trasformación del mundo exterior, fenómenos borrosos de despersonalización, seudo-alucinaciones,* e incluso *alucinaciones episódicas.* La presencia, en un caso dado, de *fenómenos alucinatorios llamados sutiles,* no parece tener ningún valor diagnóstico ni pronóstico especial, como ampliamente lo demuestran ciertas observaciones de Kretschmer.

Todos estos fenómenos elementales son comunes al conjunto de las psicosis paranoicas, y el único rasgo que los hace ocasionalmente específicos en la forma que estamos describiendo consiste en su "contenido". Frecuentemente, en efecto, expresan la misma nota de *autoacusación* que aparece en la convicción delirante sistematizada, *y significan* de manera más o menos directa los *reproches*

éticos que el sujeto se hace a si mismo, así como el *conflictoexterior* que el estudio del delirio revela como determinante.

Sería de todo punto equivocado considerar *a priori* como puramente secundarias a esos fenómenos las primeras *identificacionessistemáticas* del delirio. Por más que estas identificaciones, explicativas o mnésicas, sean posteriores a los fenómenos llamados primarios y al periodo de inquietud de que van acompañados, suelen tener la relación más directa con el conflicto y con los complejos realmente generadores del delirio.

Una vez sistematizado, el *delirio* merece un estudio atento. En los casos que estamos describiendo, *significa,* en efecto, y de manera muy legible, tanto el *conflicto afectivo* inconsciente que lo engendra como la actitud de *autocastigo* que en él adopta el sujeto. Este sentido se expresa en fabulaciones muy diversas. No se puede dar ningún esquema general de ellas, sino que su alcance deberá ser estimado en cada caso concreto. Para juzgar bien, bastará con sacudirse ciertos hábitos de desconocimiento sistemático que, dígase lo que se diga, no tienen ningún valor propedéutico.

Limitémonos a indicar ciertas particularidades constantes de estos delirios.

Las *ideas* delirantes *de persecución* suelen tener aquí el alcance de un temor *centrífugo* y el sentido de *autoacusación* que se reconoce en los delirios de la melancolía. Pero conservan el significado de amenazas siempre proyectadas en el *futuro,* aunque más o menos marcadas de *inminencia,* y el sentido ante todo *demostrativo,* que son los rasgos característicos de los delirios de persecución paranoicos.

El *perseguidor* principal es siempre *del mismo sexo* que el sujeto, y es idéntico -o en todo caso representa con claridad- a la persona del mismo sexo con la cual está más profundamente trabado el sujeto por su historia afectiva.

Las *ideas de celos* son manifiestamente gratuitas y absurdas, y frecuentemente se puede detectar un interés de valor homosexual por el cómplice incriminado.

Las *ideas de grandeza* no se expresan en la conciencia del sujeto con ninguna trasformación actual de su personalidad. Ensoñaciones ambiciosas, proyectos de reforma, inventos destinados a cambiar la suerte del género humano, tienen siempre un alcance *futuro,* como también un sentido netamente *altruista.* Presentan así unos caracteres simétricos de las ideas de persecución. En ellas es fácil de reconocer el mismo contenido simbólico: se relaciona, tanto en las unas como en las otras, con el *ideal del yo* del sujeto. Estas ideas pueden no estar desprovistas de toda acción social efectiva, y las ideas llamadas de grandeza pueden recibir así un inicio de realización. Ya hemos señalado en otro lugar el carácter convincente que las ideologías de los paranoicos deben a su raíz catatímica.

En cuanto a las ideas *erotomaniacas,* tienen siempre el carácter de *platonismo* descrito por los clásicos, y permanecen, junto con las ideas de grandeza, en el marco del *idealismoapasionado* de Dide.

Señalemos la *reactividad* del delirio a las influencias endógenas, sobre todo a los *ritmossexuales,* pero también a la *intoxicación,* al *surmenage,* al *estado general* -influencias exteriores psicológicas, *cambios de medio* principalmente-, y sobre todo a las modificaciones del *conflicto generador,* casi siempre *familiar.*

Se pueden observar, a propósito de estas diversas acciones intercurrentes, *oscilaciones* marcadas *de la creencia* delirante. En las oscilaciones favorables, la idea delirante suele quedar reducida al estado de la simple *obsesión* que se observa en el impulsivo-obseso.

Ninguna nota clínica propiamente melancólica es detectable en el curso del delirio; a pesar de la tendencia autoacusadora particular que hemos señalado en las ideas delirantes, no se encuentra ninguna señal de inhibición psíquica. No obstante, ciertos estados de exaltación pasajera parecen responder a *variaciones holotímicas y cíclic*as del humor. La convicción delirante está poderosamente sostenida por esas variaciones positivas esténicas.

El *disimulo* de estos sujetos no se debe propiamente a los fracasos de sus tentativas de expansión, sino más bien a una especie de incertidumbre residual de sus creencias. Ese disimulo y ese control parciales hacen dificilísimo un internamiento con que se pudiera prevenir la reacción peligrosa.

El *peligro* que suponen para los demás las *virtualídadesreaccionales* de estos sujetos es inversamente proporcional a la paradoja de su delirio. En otras palabras, cuanto más cerca de la normal estén las concepciones del sujeto, tanto más peligroso es éste. Sérieux y Capgras han subrayado ya el nivel mucho más elevado del peligro que significan los delirantes llamados reivindicadores (= querulantes de Kraepelin), a causa no sólo de la violencia y la eficacia de su reacción agresiva, sino también de su inminencia inmediata. Los paranoicos que estamos describiendo se sitúan entre estos últimos y los interpretativos, para los cuales señalan Sérieux y Capgras reacciones más tardías y menos eficaces.

Esto quiere decir que las *reacciones* suelen ser muy tardías entre nuestros sujetos (diez años en Aimée, contados desde el principio del delirio hasta su reacción más prominente). Pueden tener en un principio el carácter de *demostraciones,* no siempre inofensivas, mediante las cuales el enfermo procura atraer sobre su caso la atención de las autoridades. Estas suelen ser alertadas por cierto número de *quejas,* de una gran violencia de fondo cuando no de forma, que deben permitir una intervención preventiva. Es raro que estos sujetos pasen de golpe y porrazo a la *agresión* contra sus enemigos. La agresión es casi siempre de intención homicida, suele ser sumamente brutal, pero no tiene la eficacia de la agresión de los pasionales. Va precedida siempre de una larga premeditación, pero se lleva a cabo, en la mayoría de las ocasiones, en un estado semicrepuscular.

Además de esta reacción que constituye la peligrosidad mayor de tales enfermos, no es raro encontrar en su pasado *ultrajes o atentados contra las costumbres,* como por ejemplo manifestaciones episódicas de perversiones sexuales (homosexualidad, "picadores", "pellizcadores") ciertos *robosgratuitos,* sin más motivo que el gusto del riesgo, o *denuncias calumniosas anónimas.* Hemos observado *tentativa de suicidio* en dos casos, y creemos que es con el tipo aquí descrito con el que se relacionan muy especialmente los raros hechos de suicidio observados en los delirios de persecución verdaderos.

La *evolución* y el *pronóstico* de la psicosis comportan no la curación, sino la *curabilidad.*

Las *curacionesespontáneas* son, en efecto, incontestables; sobrevienen principalmente a raíz de una resolución cuando menos parcial del conflicto generador, y dependen también eventualmente de todas las *condicionesexternas* capaces de atenuar este conflicto, cambios de medio principalmente. Las observaciones de Kretschmer son bien demostrativas en cuanto este punto, de la misma manera que varias observaciones de Bleuler demuestran que el mantenimiento de la psicosis depende de la permanencia del conflicto generador.

Pero hay una *condicióninterna* que es la base primera de estas curaciones, a saber: la satisfacción de la *pulsión autopunítíva.* Esta satisfacción parece llevarse a cabo de acuerdo con una medida propia de cada caso, tan difícil de determinar como la intensidad de la pulsión agresiva, y que parece ser proporcional a ella. Las ocasiones más diversas pueden provocar dicha satisfacción: un *trauma moral,* un *shock, y también,* según parece, una *enfermedad orgánica.*

Hemos mostrado en qué medida la *reacción agresiva* misma podía satisfacer indirectamente el deseo de autocastigo, y dejar luego abierto el camino para la curación, como sucede en el caso de los pasionales. Esta curación *espontánea, repentina y total* está sujeta, sin embargo, a las mismas reservas de reincidencia, excepcional por lo demás, de que hay que usar para con los pasionales mismos.

No abordaremos en su fondo la cuestión de la *responsabilidad penal* de estos sujetos. La actualidad médico-legal nos hace ver cómo, en el caso de los paranoicos, es ésta una cuestión muy sujeta a controversias. Desde luego, los hechos nos hacen sentir que no podrá resolverse con las discriminaciones llamadas "de buen sentido", como por ejemplo "¿Delira o no delira el sujeto?", discriminaciones que es fácil proponer simplemente porque se parte de descripciones abstractas, forjadas al gusto de cada cual. Sería oportuno tener criterios más seguros, los cuales no pueden fundarse sino en un análisis teórico de la noción de responsabilidad. Sin tomar aquí ningún partido sobre el particular, sólo diremos que, en algunos de los casos que estamos describiendo y en el estado actual de las leyes, la *represión penitenciaria,* aplicada con el beneficio de la atenuación máxima, posee, en opinión nuestra, un valor terapéutico igual a la profilaxia asegurada por el asilo, al mismo tiempo que garantiza mejor los derechos del individuo, por una parte, y por otra las responsabilidades de la sociedad.

Indiquemos además que estos sujetos, incluso curados de su delirio, se ajustan mejor a la vida del *asilo* que los paranoicos. Salvo intervención del exterior, rara vez se trasforman allí en reivindicadores. Su *tolerancia* se funda en gran parte en una concepción "sublimada" que adquieren de su destino.

Todo indica la posibilidad de una *acción Psicoterapéutica* eficaz en nuestros casos. Nos vemos, sin embargo, reducidos en estas indicaciones a datos muy generales.

Algunas indicaciones *profilácticas* se imponen por principio de cuentas. Las medidas que se tomen en cuanto a nuestros sujetos deberán estar a medio camino entre un aislamiento social excesivo, que favorecerla o reforzarla sus *tendencias narcisistas, y tentativas* de adaptación demasiado completas, para las cuales no están ellos preparados afectivamente, y que les servirán más bien como fuentes de *represiones traumáticas.*

El aislamiento total en la naturaleza es una solución válida, pero cuya indicación es puramente ideal.

La permanencia prolongada en el medio familiar no haría más que provocar un verdadero *estancamiento* afectivo, segunda anomalía, cuyo efecto vendría a agregarse al trastorno psíquico, el cual ha sido determinado casi siempre en ese medio mismo. Finalmente, cuando este medio faltara (muerte de los progenitores), la psicosis encontraría su terreno óptimo. Es, pues, estrictamente contraindicada.

Por las razones generales que hemos indicado (insuficiencias básicas de la afectividad; ocasiones de represiones y de conflictos), el matrimonio no es aconsejable para estos sujetos. (Tal es, por cierto, la opinión tan cuerda que Aimée había oído de su familia, y que ella decidió contrariar.)

La fórmula de actividad más deseable para estos sujetos es su encuadramiento en una comunidad laboriosa con la cual los vincule un deber abstracto. Estos enfermos no merecen el desprecio con que los abruman ciertos autores; pueden, por el contrario, ser elementos de alto valor para una sociedad que sepa utilizarlos. Como profesores de escuela, como enfermeras, como ayudantes de laboratorio o de biblioteca, como empleados o capataces, revelarán cualidades morales muy seguras, así como dotes intelectuales nada mediocres por regla general. Pero la sociedad moderna deja al individuo en un aislamiento moral muy cruel, y que es particularmente sensible en esas funciones cuya situación intermedia y ambigua puede ser por sí misma la fuente de conflictos interiores permanentes. Nos remitimos a los varios autores que han subrayado la importancia del contingente aportado a la paranoia por aquellos a quienes se llama, con un nombre injustamente peyorativo, los "primarios": maestros y maestras de escuela, niñeras, mujeres dedicadas a empleos intelectuales subalternos, autodidactas de toda especie, etc.

Hemos dado razón, a este propósito, de las finas observaciones de Kretschmer. Por eso nos parece que este tipo de sujeto debe encontrar su mayor beneficio en una integración, acorde con sus capacidades personales, a una comunidad de índole religiosa. Allí encontrará además una satisfacción, sometida a reglas, de sus tendencias autopunitivas.

A falta de esta solución ideal, será recomendable cualquier otra comunidad que tienda a satisfacer más o menos completamente las mismas condiciones: ejército, comunidades políticas y sociales militantes, asociaciones de beneficencia y de emulación moral, o sociedades de pensamiento. Se sabe, por lo demás, que las tendencias homosexuales reprimidas encuentran en esas expansiones sociales una satisfacción tanto más perfecta cuanto que está a la vez más sublimada y más garantizada contra toda revelación consciente.

En estas indicaciones profilácticas, lo que damos son las soluciones comunes. Es evidente que no están excluidas las soluciones raras, disciplinas intelectuales superiores, relaciones parentales sublimadas de discípulo a maestro, etc.

¿Qué indicaciones *terapéuticas* se pueden proponer para antes y después de la psicosis? Desde luego, es el *psicoanálisis* el que nos parece que viene en primer lugar. Observemos, sin embargo, la prudencia extrema con que proceden los psicoanalistas mismos, particularmente en el estadio de psicosis *confirmada.*

De acuerdo con la confesión de los maestros, la técnica psicoanalítica conveniente para estos casos no está madura aún. Es éste el problema más actual del psicoanálisis, y es de esperar que encuentre pronto su solución, pues un estancamiento de los resultados técnicos en su alcance actual no tardaría en acarrear consigo el decaimiento de la doctrina.

Algunos casos, sin embargo, si han sido analizados. Se han obtenido resultados netamente favorables, y algunos de los análisis se han publicado con detalles. Subrayemos con elogio la extremada reserva que expresan los autores mismos acerca de esos resultados felices. No dejan de atribuirlos a coyunturas particularmente propicias, y siempre hacen persistir grandes reservas en cuanto al porvenir.

En efecto, el problema espinosisimo que la técnica actual le planeta al psicoanalista es el siguiente: es de absoluta necesidad corregir las tendencias narcisistas del sujeto mediante una trasferencia tan prolongada como sea posible. Por otra parte, la trasferencia sobre el analista, al despertar la pulsión homosexual, tiende a producir en estos sujetos una represión en la cual la doctrina misma nos hace ver el mecanismo más importante de la eclosión de la psicosis. Este hecho puede poner al psicoanalista en una postura delicada. Lo menos que puede ocurrir es el abandono rápido del tratamiento por parte del paciente. Pero, en nuestros casos, la reacción agresiva se endereza con mucha frecuencia contra el psicoanalista mismo, y puede persistir durante largo tiempo, incluso después de la reducción de síntomas importantes, y con gran asombro del enfermo mismo.

Por esas razones, muchos psicoanalistas proponen, como condición primera, la cura de esos casos en clínicas *cerradas. Observemos,* sin embargo, como una antinomia más del problema del psicoanálisis de las psicosis, que la acción de este tratamiento implica hasta aquí la buena voluntad de los enfermos como condición primera.

Y aquí aparece una tercera antinomia, consistente en el hecho de que el progreso curativo de un

psicoanálisis está esencialmente ligado al despertar de resistencias en el sujeto. Ahora bien, el delirio mismo expresa a veces de manera tan adivinatoria la realidad inconsciente, que el enfermo puede integrarle de golpe, como otras tantas armas nuevas, las revelaciones que el psicoanalista aporta sobre esta realidad .34 Cuando menos es eso lo que ocurre en tanto que las *fijaciones* narcisistas y las relaciones objetales del sujeto no hayan encontrado un equilibrio mejor. Por eso, en opinión nuestra, el problema terapéutico de las psicosis hace más necesario un psicoanálisis *del yo* que un psicoanálisis del inconsciente, lo cual quiere decir que deberá encontrar sus soluciones técnicas en un mejor estudio de las *resistencias* del sujeto y en una experiencia nueva de su *modo de operar. Y* es inútil aclarar que no estamos culpando del retardo de tales soluciones a una técnica que está apenas en sus comienzos. Nuestra impotencia profunda para indicar alguna otra psicoterapia dirigida no nos da para ello ningún derecho.

B. Métodos e hipótesis de investigación sugeridos por nuestro estudio

Nuestro propósito en este trabajo ha sido ofrecer un ensayo de estudio clínico lo más completo posible y que, sin desconocer nada de los planteamientos actuales del problema, se mantenga enteramente libre de todo sistema preconcebido.

Creemos que semejante tentativa habrá servido, ante todo, para damos algunas sugerencias muy generales.

Estas sugerencias se aplican inmediatamente a una serie de observaciones que nosotros hemos recogido tanto en la clínica de la Facultad como en los diversos servicios hospitalarios por donde hemos pasado o que nos han sido abiertos muy generosamente. Tenemos así delante de nosotros una veintena de casos de *paranoia verdadera,* cuya observación no ha podido ser llevada siempre a un grado idéntico de rigor, pero que han sido tomados o retomados todos ellos por nosotros, y siempre según el mismo método. Dentro del mismo espíritu, además, hemos observado (y en parte publicado)35 una veintena más de casos cuyos síntomas se sitúan en el limite de la paranoia y de los estados paranoides; entre estos últimos, unos diez, más o menos, representan la estructura delirante especial que hay que reconocer en las parafrenias kraepelinianas, independientemente de lo que se piensa en los tiempos actuales acerca de su autonomía evolutiva.

Los diversos puntos de semiología y de estructura psicológica que pone de relieve nuestra monografía nos parecen capaces de aportar algunas luces para la comprensión de esta gama de casos, que se cuentan entre los más enigmáticos de toda la psiquiatría.

Sólo querríamos indicar aquí las direcciones que vemos como más prometedoras para la hipótesis y para la investigación metódica.

Nuestro estudio nos ha impuesto, por principio de cuentas, la importancia de la *historia afectiva* del enfermo. Y hemos comprobado que las vivencias eran tanto más determinantes de esta historia cuanto más relacionadas estaban con la infancia del sujeto.

En el caso de nuestra paciente, hemos señalado el papel prominente que han desempeñado en la génesis del delirio las relaciones con su hermana mayor. Este papel se debe, en parte, a los aspectos personales de esas relaciones: seria incomprensible si no conociéramos la distribución de los caracteres de las dos hermanas, las situaciones morales recíprocas que les ha hecho vivir su pasado, las anomalías psíquicas manifiestas de la hermana mayor, y finalmente la preparación psicológica que le han dado a Aimée sus relaciones precedentes de amistad. Pero en las reacciones de Aimée aparecen con evidencia ciertas *resistencias* especiales con respecto a esa persona precisa; en efecto, no sólo abandona la lucha directa, sino que renuncia a toda reivindicación moral de sus derechos. No tiene otra reacción que la de sentirse inferior y más culpable. Más aún: en la psicosis misma a la que este conflicto la precipita, Aimée no se atreve, al parecer, a hacer uso de los recursos de la interpretación delirante para proveer de objetos mórbidos su reivindicación reprimida. Todo el delirio de Aimée, por el contrario, según lo hemos hecho ver, puede entenderse como una transposición cada vez más centrífuga de un odio cuyo objeto directo se rehusa ella a reconocer. Ha sanado del delirio, pero sigue negando formalmente cualquier culpabilidad que pudiera atribuirse a esa hermana, a pesar de la actitud plenamente inhumana que ahora está mostrando hacia ella.

Una paradoja tan constante de la actitud de Aimée no puede explicarse más que como una resistencia psicológica muy profunda. La enferma no ha vacilado en acusar a su amiga más querida de ser su perseguidora, y en seguida la principal informante de sus enemigas. Si se detiene delante de la hermana es porque es su hermana, la mayor, la que en un momento fue sustituta de su madre.

Por otra parte, ya hemos visto cómo la infancia de la enferma estuvo marcada por un cariño demasiado exclusivo a su madre. Esta madre, como sabemos, correspondió a ese enorme afecto; ni los años ni las "faltas" de nuestra enferma han disminuido el gran cariño que le tiene. (Por cierto que, después de varios años de estarla amenazando el delirio, ahora éste se ha declarado plenamente, a raíz de los sucesos recientes en que se metió la hija.)

Vale la pena que nos fijemos algo más en esos hechos, y que nos planteemos el problema de la relación de la psicosis con la sit*uación familiar infantil* de los enfermos.

Para la mayoría de los autores, hasta nuestros días, es evidente que esa relación les resulta de las más alejadas, y no le dedican mayor atención. Sin embargo, el carácter sucinto de sus observaciones sobre este punto de la historia de los enfermos, prescindiendo de lo mucho que en ellas echemos de menos, hace precisamente más significativa la casi constancia de las *anomalías de situación familiar* que revelan.

En nuestros días, el doctor A. Meyer, de Baltimore, ha fundado sobre la *constancia* bien comprobada de tales anomalías toda su doctrina intervencionista de profilaxia y de tratamiento de las psicosis paranoicas y alucinatorias. A pesar de la incertidumbre relativa de los resultados por él obtenidos, no podemos sino admirar el espíritu de iniciativa científica y la valerosa perseverancia de semejantes empresas, pero sobre todo su inspiración verdaderamente médica de ayuda al enfermo, actitud tan diferente de ciertas condenas sumarias cuya justificación no puede estar en el precario valor científico de la doctrina moderna que las lanza.

En cuanto a nosotros, no hemos encontrado un solo caso (ni entre los de paranoia ni entro los de parafrenia) en que falten las mencionadas anomalías familiares. En todos están siempre a la vista: educación del hijo por uno solo de los progenitores, las más de las veces por el progenitor del mismo sexo, ya sea que se trate de orfandad, o ya de divorcio, situación frecuentemente reforzada por un aislamiento social secundario (educación de la hija por la madre, seguida de celibato prolongado, con perpetuación de la vida en común); pleitos conyugales ruidosos, etc

Nos parece incluso que al conflicto agudo y manifiesto entre los padres es a lo que obedecen los raros casos de delirio paranoico precoz que nos ha sido dado observar, y que son los de un muchacho> de catorce años y uno de dieciséis: delirio netamente agresivo y reivindicador en el menor de los dos, delirio de interpretación típico en el mayor.

A la falta de uno de los padres parecen responder, en cambio, delirios más tardíos y también más disociados.

Pero hay un punto que nos parece capital y que ningún autor ha puesto de relieve, y es la frecuencia de una *anomalía psíquica, similar* a la del sujeto, en el progenitor del mismo sexo, que ha sido a menudo el único educador. La anomalía psíquica puede (como en el caso Aimée) no revelarse sino en época bastante tardía en el progenitor. No por ello deja de ser significativo el hecho. La

frecuencia de este fenómeno nos ha llamado la atención desde hace mucho. Lo que podía hacemos titubear un tanto son los datos estadísticos publicados por Hoffmann y por Von Economo de un lado, y por Lange de otro, los cuales llegan a conclusiones opuestas a nuestra observación y hablan de la *herencia* "esquizoide" de los paranoicos.

Pero el problema se nos presenta mucho más claro si eliminamos de su consideración los datos, más o menos teóricos, que se fundan en la investigación de las constituciones, y nos quedamos únicamente con los hechos clínicos y con los síntomas manifiestos. No puede entonces dejar de impresionamos la frecuencia de los *delirios a dúo,* que reúnen a madre e hija o a padre e hijo. Si estudiamos atentamente estos casos, nos daremos cuenta de que la doctrina clásica del contagio mental no los explica jamás. Es imposible distinguir entre el presunto sujeto *inductor,* cuya eficacia sugestiva radicaría en sus capacidades superiores (?) o en alguna estenia afectiva mayor, y el presunto sujeto *inducido,* que sería el que tiene que sufrir la sugestión a causa de su debilidad mental. Se habla entonces de locuras *simultáneas* o de *delirios convergentes.* Pero queda sin explicar el hecho de que tal coincidencia sea tan frecuente.

Nosotros hemos agrupado, en una publicación de la Sociedad Médico-Psicológica, dos de esas parejas familiares delirantes (madre e hija). En ambos hemos podido señalar la importancia del *aislamiento social* en pareja, y la *ley del reforzamiento* de la anomalía psicótica en el descendiente.

Es notable el hecho de que, en todos los casos de "delirios a dúo" registrados por Legrand du Saulle en su libro magistral, los codelirantes estén unidos entre si por un vínculo familiar o por una vida en común bastante prolongada.

Por otra parte, Lange, hostil a toda conclusión prematura en cuanto a la herencia de las psicosis paranoicas, ha demostrado la enorme frecuencia con que se encuentra, en los ascendientes directos de estos sujetos, un delirio cuya similaridad llega hasta el extremo de reproducir el contenido mismo del delirio.-

En efecto, cuando estudiamos de cerca estos casos, nos damos cuenta de que la noción de una transmisión hereditaria, tan discutible en psicología, no tiene ninguna necesidad de ser aducida. La anamnesis demuestra, invariablemente, que la influencia del medio se ha ejercido de manera ampliamente suficiente para explicar la transmisión del trastorno.

Pero si ha llegado a ser posible admitir lo anterior, es sólo porque nos hemos enseñado a conocer el papel primordial que desempeña en la psicogénesis ese medio eminentemente dotado de un valor vital electivo que es el medio *parental.*

Son hechos que están esperando el día en que se les pueda clasificar y juzgar sobre datos estadísticos. Pero éstos, por su parte, sólo serán válidos si cuentan con un estudio rigurosisimo de los casos concretos, que permita irlos agrupando con precisión en cierto número de *situaciones reaccionales típicas.*

De acuerdo con nuestras observaciones, las más determinantes son las situaciones familiares de la infancia, pero nuestro caso nos muestra que las demás situaciones vitales de la vida desempeñan igualmente un papel que, aunque suela depender de su relación con las primeras, no por ello deja de ser notorio en la organización de la psicosis. A medida que otros estudios como el nuestro vayan proporcionándonos más hechos nuevos, se irá viendo mejor de qué manera las *inter-reaccíones "inconscientes"* entre los individuos van mucho más lejos de lo que las experiencias mismas de la *sugestión dirigida* hablan permitido imaginar.

Semejante concepción genética de estas inter-reacciones es, por lo demás, la única que permitirá concebir los hechos incontestables de contagio mental que se observan en aquellos casos en que la "disociación" psíquica está lo bastante avanzada para oponerse a toda comunicabilidad social del psiquismo por las vías normales

Sobre la base de investigaciones históricas así concebidas es como podrá establecerse la parte que en las psicosis hay que conceder al elemento auténticamente *constitucional.*

No vamos nosotros a negar ese elemento, cuando el promotor mismo de las nociones que nos han permitido concebir en su verdadera medida la reactividad psicológica, Freud, se ocupa de él incesantemente en sus obras.

Sin embargo, pensamos que para conocer el valor exacto del *elemento constitucional* en las psicosis, es de buen método científico proceder por vía de reducción. En efecto, cuanto más se avance en la tarea de empujar las metamorfosis y las máscaras psicológicas secundarias hasta su último reducto, tanto mejor aparecerá en su simplicidad el elemento congénito último.

Un método como ése tendrá, además, derecho a nuestras preferencias en cuanto médicos. En un terreno en que se trata ante todo de curar *síntomas,* nos brinda, en efecto, una esperanza terapéutica tanto mayor cuanto más extenso demuestre ser en el psiquismo el campo del reflejo condicional.,"

El segundo orden de hechos a cuya indagación nos invita nuestro estudio es el de las formas *conceptuales* o de las *funciones mentales de representación,* en su sentido más general, que son propias de nuestros enfermos.

Para abordar este estudio, creemos que nunca nos guardaremos lo suficiente de la tentación de imaginar la estructura de las *funciones de representación* (tomadas en el sentido más vasto, en el cual queda incluida la actividad imaginativa pura) sobre el modelo de la arquitectura, modelo que nos revela la neurología en las vías motrices o en los centros del lenguaje. Semejantes analogías aventuradas son las que llevan a gran número de autores a concebir la psicosis como un *fenómeno de ~t* de los centros llamados de control o de síntesis, y de *liberación* correlativa de los centros inferiores: es lo que expresan al hablar de un fenómeno de *automatismo,* término tanto más seductor aquí cuanto que cada cual puede confundir en él, a su gusto, los sentidos completamente diferentes que presentan sus empleos precisos, en neurología por una parte, y en psiquiatría por otra.

Hay aquí una verdadera petición de principio, no confirmada en modo alguno por la observación concreta. ¿Por qué, según lo hemos indicado antes, la estructura de las representaciones mórbidas no habría de ser en las psicosis simplemente *otra,* distinta de lo que es en la situación normal? En su libro, verdadero dechado de prudencia intelectual, Blondel ha puesto muy de relieve este hecho: la consciencia mórbida se muestra dotada de una estructura radicalmente diferente de la de la consciencia normal, y esto mismo, según él, es lo que debe ponemos en guardia contra toda tentativa de *comprensión* aventurada. Pero eso no nos da derecho para declarar tajantemente que la consciencia mórbida no es más que una forma empobrecida de la consciencia normal. Nuestro autor, por el contrario, ve en la consciencia mórbida una representación del mundo más *indiferenciada,* es decir, más directamente *unitiva* con el ritmo de lo real, más inmediatamente surgida asimismo de las *relaciones vitales* del yo, sólo que, por eso mismo, *asocial e incomunicable.*

Una concepción como la de Blondel, en la cual se combinan el rigor y la prudencia, representa un orden de doctrinas psiquiátricas no menos importante que el primero, o sea el de las que se inspiran no ya en la neurología, sino en la sociología.

Los investigadores italianos modernos, según lo hemos indicado antes (cap. 1 de la parte i), esperan encontrar la clave de las estructuras mentales de la paranoia en una comparación con las *formas* (definidas por los sociólogos) *del pensamiento primitivo,* Ilamado por otro nombre *pensamiento*

prelógico. Son llevados a emprender ese camino por el espíritu que sobrevive de las teorías lombrosianas, y encuentran para ello el mejor apoyo en los trabajos de la escuela sociológica francesa contemporánea. Nosotros creemos que las investigaciones futuras, así sobre la paranoia como sobre la parafrenia, están destinadas a internarse más y más en ese camino. ¡Ojalá que estas reflexiones sirvan como de cebo!

Cualquiera que sea el futuro que tengan, subrayemos el hecho de que la inspiración misma de tales investigaciones le quita todo fundamento a una subestimación del valor humano de la psicosis, y particularmente de lo que produce bajo su imperio la imaginación creadora del enfermo. No de otra manera el canon griego de la belleza deja intacta la significación de un ídolo polinesio.

¿Quiere esto decir que hay un beneficio *positivo* en la psicosis? Si hemos de ser consecuentes, no podemos negar *a priori* tal posibilidad. El beneficio podrá realizarse a expensas de la adaptación social e incluso biológica del sujeto, pero eso no disminuye en nada el alcance humano de algunas representaciones de origen mórbido.

Ciertos rasgos exquisitos de la sensibilidad de nuestra enferma -su comprensión de los sentimientos de la infancia, su entusiasmo por los espectáculos de la naturaleza, su platonismo en el amor, así como su idealismo social, que no conviene tener por vacio a causa de haber quedado sin empleo- se nos muestran, evidentemente, como virtualidades de creación positiva; y no se puede decir que la psicosis haya dejado intactas esas virtualidades, puesto que, por el contrario, es la psicosis la que las ha producido directamente.

¿Diremos que la psicosis ha privado a la enferma de los *medios de expresión,* socialmente *eficaces,* de esos sentimientos? Pero ¿cómo demostrarlo? Ese gusto de la escritura gracias al cual Aimée, a semejanza de tantos otros, vuelve la espalda al estrecho circulo humano en que fracasa para dirigirse a una colectividad más vasta que la compensará de su fracaso, ese regodeo casi sensible que le producen las palabras de su lengua, ese carácter Í de urgente necesidad personal que adquiere en ella la elaboración de la obra literaria, ¿acaso todo eso es menos debido a la psicosis que los rasgos precedentes? Desde luego que no, puesto que Aimée no consiguió llevar a término lo mejor y lo más importante que ha escrito sino en el momento más agudo de su psicosis, y bajo la influencia directa de las ideas delirantes. Por lo demás, la caída de la psicosis parece haber determinado la actual esterilidad de su pluma.

¿No se puede decir, por el contrario, que lo único que le ha hecho falta a nuestra enferma, para llevar a cabo una obra válida, es una instrucción suficiente de los medios de información y de los medios de critica, en una palabra la ayuda social? Es algo que nos parece evidente al leer muchos pasajes de sus escritos.

Cualquiera que nos lea evocará aquí, sin duda, el caso de un paranoico de genio, Jean-Jacques Rousseau. Considerémoslo, pues, durante un instante en función de nuestra enferma.

Guardando todas las proporciones, no podemos menos de sentirnos impresionados por los rasgos de la personalidad de Rousseau que se encuentran en nuestra paciente: las fallas de su conducta familiar, el contraste de estas fallas con su pasión de idealismo ético y de reforma social (objetos, los dos, de requisitorias cuya inanidad ha sido puesta de manifiesto por nuestros conocimientos actuales de psicología), su preocupación por la infancia, su sentimiento de la naturaleza, su gusto de autoconfesión. Es difícil negar que estos rasgos están relacionados con el mismo determinismo del cual depende no sólo la psicosis *de interpretación típica* de que estaba afectado Rousseau (según está atestiguado por su conducta y por su correspondencia), sino también su *perversión masoquista,* limitada por lo demás a una actitud imaginativa. La comparación con nuestra enferma nos resulta tanto más tentadora cuanto que Rousseau mismo hace remontar la génesis de sus perversiones a un período y a un episodio de su infancia que se relacionan de manera directa con la integración personal de las constricciones punitivas.

En el caso de Rousseau, se plantea naturalmente la cuestión de cuál es la parte que debe su genio al desarrollo anómalo de la personalidad que revelan esos rasgos. No podemos detenernos aquí en esa cuestión, que ya ha sido objeto de monografías y de trabajos de conjunto considerables.

Limitémonos a subrayar estos dos puntos: primero, que de todas las acciones que recaen en el dominio social, la acción del genio es la que hace mayor uso del valor representativo de la personalidad; y segundo, que en la irradiación de la personalidad de Rousseau tuvieron un papel manifiesto los rasgos mismos que marcan su anomalía.

Por lo demás, sólo un estudio histórico minuciosísimo de la actividad social y de la actividad creadora del escritor podría damos la posibilidad de apreciar qué es lo que deben de positivo a su anomalía mental sus *medios de expresión* mismos, a saber, no únicamente su sensibilidad estética y su estilo, sino también su poder de trabajo, sus facultades de entrenamiento, su memoria especial, su excitabilidad, su resistencia a la fatiga, en una palabra los diversos resortes de su talento y de su oficio. Pero para determinar la parte que en tales elementos le corresponde a la psicosis, o sea, para nosotros, a la génesis anormal de su personalidad, la ausencia de informaciones sólidas sobre los factores neurobiológicos será aquí irremplazable, y constituirá siempre la fragilidad de tales estudios históricos.

A pesar de todo esto, nosotros creemos que esas investigaciones psiquiátricas acerca de los hombres cuya personalidad ha tenido un alto poder de sugestión social, tienen un valor muy grande para el estudio de los mecanismos de la personalidad. Pensamos, por lo tanto, que no deben ser condenados a causa de los defectos que les son inherentes. Ciertos espíritus no mediocres han querido que los dominios de la gloria le estén vedados a la psiquiatría: el mejor de sus argumentos el que dice que la enfermedad no puede dar ningún valor espiritual positivo, descansa íntegramente sobre una concepción doctrinal de la psicosis como *déficit,* y nosotros justamente hemos comenzado por demostrar lo mal fundado de semejante teoría.

Así, pues, los únicos obstáculos serios para tales investigaciones siguen siendo la idolatría natural por el vulgo y el mal uso que de ellas harán los espíritus mediocres, que son quienes más se han visto tentados a emprenderlas. Ninguno de esos obstáculos debe hacemos renunciar a los beneficios que de ellas cabe esperar para la *ciencia,* aún naciente, de la *personalidad.*

Consideremos ahora, entre las funciones psíquicas de representación, no ya la *imaginación creadora* que es la que nos ha ocupado hasta aquí de manera más particular, sino esas *funciones propiamente conceptuales* que son el fundamento de toda objetividad. Para uso de nuestro estudio, vamos a limitar su campo: vamos a tomar desde su acción en la *simple percepción* hasta las *operaciones discursivas* de la lógica, de manera que dejaremos excluidas las *funciones del juicio,* que representan síntesis de la conducta en la que se integran directamente otros componentes del psiquismo, como emociones, apetitos, sentimientos reguladores de la acción, etc.

La doctrina clásica de la paranoia da por supuesto que estas funciones quedan "conservadas". Sérieux y Capgras afirman que, en el delirio de interpretación, el percepto es exacto, si bien el juicio está pervertido. Y, según Kraepelin, "el orden lógico se conserva en los pensamientos, los actos y el querer".

Estas afirmaciones responden, evidentemente, al carácter clínico, según el cual los delirios paranoicos son delirios comprensibles. Tomadas en ese sentido, son acertadas; parecen sobre todo evidentes si nos atenemos a comparar los delirios que estamos describiendo con los delirios parafrénicos, por ejemplo.

Pero, según creemos haber demostrado (véase el cap. 2 de esta parte), si se estudian los delirios paranoicos en su estructura propia, ya esos criterios no se nos muestran dotados más que de un valor muy aproximativo.

Por principio de cuentas, la percepción ya no parece ser exacta; está profundamente trasformada. Hemos hecho ver la frecuencia (descuidada hasta ahora) con que en estos delirios intervienen trastornos cuyo valor de anomalías perceptivas está fuera de toda duda. Hemos puesto de relieve, asimismo, que las pretendidas interpretaciones pertenecen de hecho al número de esos trastornos perceptivos. Estos preceptos anormales han sido relacionados por nosotros con dos estructuras mórbidas de la aprehensión de lo real; nos ha parecido que una de estas estructuras depende de los mecanismos oníroidos, y que la otra se acerca más a los trastornos perceptivos de la psicastenia. Digamos aquí, para extremar plenamente nuestro pensamiento, que si la génesis de las percepciones e interpretaciones oniroides depende directamente, en opinión nuestra, de los trastornos orgánicos que determinan la aparición de la psicosis, en cambio los fenómenos del segundo tipo dependen, siempre según nosotros, de una forma conceptual específica de la psicosis paranoica. Sólo un estudio comparativo en que vayan a la par el escrúpulo científico y una documentación abundante podría revelamos en qué medida las percepciones psicóticas están emparentadas con la percepción llamada animista, en la cual el hombre primitivo carga de significación personal los fenómenos mismos de la naturaleza.

De cualquier modo que sea, nuestro análisis, al poner de manifiesto la inanidad de una génesis "razonante" de estos fenómenos, les quita todo valor a los argumentos puramente fenomenológicos en que ciertas doctrinas se fundan para oponer de manera radical la interpretación por una parte, y por otra parte los fenómenos "impuestos", xenopáticos, también llamados "alucinatorios", con una extensión. frecuente, pero discutible, del término "alucinación".

En este sentido, a pesar de nuestra actitud de oposición hacia las doctrinas constitucionalistas, suscribimos plenamente la fórmula con que Dupré ponía un término a la discusión en tomo a los delirios pasionales. Lo que Dupré dice es que es imposible fundar para los delirios ninguna clasificación sobre bases semiológicas, tales como interpretación, alucinación o pasión, que no representan nunca más que "mecanismos y no causas".

¿Y qué decir de esa "conservación del orden lógico en los pensamientos" que se presenta como característica, en nuestra psicosis entre todas, de la disposición de las ideas delirantes? ¿Podremos tener por válida cuando menos esa idea? Como va a verse, nuestra-respuesta , es negativa. En efecto, retornemos bajo este ángulo el estudio del delirio, tal como lo hemos descrito en su periodo de estado plenamente organizado (cap. 1 de esta parte). ¿Qué sucede allí con los principios lógicos fundamentales de la contradicción, de la localización espacial y temporal, de la causalidad?

Lo que durante un instante nos hace creer en su presencia organizadora es un primer rasgo característico del delirio, que es su claridad significativa. Pero ya hemos hecho ver que esta claridad es de una índole que no se parece a la de la lógica, y que sólo se refiere al sentido perfectamente congruente que tienen los temas delirantes, como expresión de tendencias afectivas no reconocidas por la consciencia del sujeto. Este primer carácter del delirio, o sea la evidencia de su significación, vale la pena de ser destacado. Muy diferente de la oscuridad simbólica de los sueños, esa claridad ha hecho decir que "en el delirio, el inconsciente se expresa directamente en el consciente". Hemos hecho notar las dificultades especiales que de ello resultan para el psicoanálisis de los delirios Puede decirse que, contrariamente a lo que ocurre con los sueños, que deben ser interpretados, el delirio es en sí mismo una actividad interpretativa del inconsciente. Y ahí tenemos un sentido completamente nuevo que se ofrece al término "delirio, de interpretación".

Sin embargo, si se interroga al enfermo acerca de los orígenes históricos de sus convicciones delirantes, aparecerá de golpe el segundo rasgo característico A-1 delirio, que es su imprecisión lógica. Nada más difícil de captar que el encadenamiento temporal, espacial y causal de las intuiciones iniciales, de los hechos originales, de la lógica de las deducciones en los delirios paranoicos, ni siquiera en el más puro de ellos. Hemos hablado de *amnesia electiva;* pero esta amnesia no parece referirse en realidad a los hechos, evocados siempre con una precisión satisfactoria, sino a sus circunstancias, a su localización, a su coordinación. As¡ nuestra enferma es capaz de asegurarnos que ha visto varias veces la persona y la imagen de la señora Z. a lo largo de su permanencia en París, pero en cambio es incapaz de recordar dónde y cuándo tuvieron lugar esos hechos. De la misma manera, es incapaz de situar la época ni las causas de la introducción de P. B. en su sistema delirante, pero recuerda con precisión que esta introducción se produjo como un rayo de luz. "Aquello dio una especie de rebote en mi imaginación."

Pero también es que ese término que empleamos, "amnesia", no tenia más que un valor provisional, y de hecho es completamente inexacto. De ninguna manera se trata aquí de trastornos de la rememoración, que se refieran a hechos que muy probablemente no han existido nunca. De lo que se trata en realidad es de un *trastorno de la creencia.* En efecto, para que el enfermo anexe a la imagen evocada por las asociaciones delirantes el *coeficiente de creencia* que la convierte en una imagen integrada a su pasado, o sea una *imagen-recuerdo,* es preciso que no se haya dejado estorbar por ninguna referencia a ese *sistema coherente* según el cual el hombre normal organiza su historia por medio de los *principios de lugar, de tiempo, de causa y de identidad.*

De hecho, la imagen no se le presenta al enfermo de otra manera que en el caso ideal forjado, por William James, según el cual: 'Todo objeto [imaginativo] que no se topa con contradicción se convierte *ipso facto* en un objeto de creencia y queda establecido como una realidad absoluta." Lo que encontramos en la génesis del delirio es, pues, una deficiencia del principio de contradicción, tomado en su sentido más general.

De esa manera, en la *organización de las creencias delirantes,* como también en las percepciones delirantes, nos encontramos con dos órdenes de trastornos: unos son debidos a estados tóxicos o autotóxicos que, como sabemos, pueden modificar directamente el *sentimiento de la creencia*, y los otros tienen que ver con *formas conceptuales* propias de la psicosis, formas en las cuales se manifiesta la falla de los marcos lógicos, llamados *a priori,* del pensamiento normal.

Pero esta *imprecisión lógica* del delirio no demuestra todo su alcance sino en la medida en que dejamos de ver en el delirio algo privado de *valor de realidad.* El delirio, según lo hemos demostrado, expresa *claramente* tendencias psíquicas cuya expresión *lógica* normal es lo único que está reprimido. Además, conduce a *identificaciones explicativas y mnésicas* que, si bien posteriores a los trastornos iniciales del delirio y racionalmente ilusorias, no por ello dejan de estar en una relación constante con un complejo o con un conflicto, de naturaleza ético-sexual, generador del delirio.

Nuestra posición acerca de este punto es tanto menos sospechosa cuanto que nos hemos visto llevados a ella sin tener ninguna idea preconcebida. Las investigaciones atentas que nos han mostrado de una parte la imprecisión lógica del delirio, y por otra parte su alcance siempre significativo de cierta realidad, nos han sido sugeridas, en efecto, por la idea absolutamente contraria de demostrar que la psicosis representarla un "proceso" extraño a la personalidad. Técnicas de interrogatorio e hipótesis teóricas nos eran aportadas en ese sentido por gran número de autores, a quienes hemos citado en el cap. 4 de -nuestra parte.

El estudio de los hechos nos ha llevado, por lo que se refiere cuando menos a una parte de las psicosis paranoicas, a conclusiones completamente opuestas a las de ellos, a saber: que las concepciones delirantes tienen siempre cierto *valor de realidad,* el cual se comprende en relación con el desarrollo histórico de la personalidad del sujeto.

En consecuencia, el delirio, caracterizado, según hemos visto, por *su imprecisión lógica,* no está

revelando formas conceptuales que le sean propias. Nos parece que, en nuestro caso, es posible determinarlas en parte. Ya hemos subrayado en el análisis del delirio el carácter de duplicación, triplicación y multiplicación que en él representan los perseguidores en su papel de símbolos de un prototipo real. Lo que aquí tenemos es la indicación de un principio de *identificación iterativa,* que es un modo de organización "prelógico" de un alcance muy general en los delirios de las psicosis.

En psicosis paranoicas relativamente benignas, este principio no es perceptible más que en ciertos detalles de la organización delirante, pero en cambio gobierna totalmente los delirios más graves de las grandes paranoias interpretativas esquizofrénicas y de las parafrenias. Es en ellos donde se ven florecer a montones las ideas de *vuelta a comenzar,* de *repetición indefinida* de los mismos acontecimientos en el tiempo y en el espacio, las *desmultiplicacíones ubicuis*tas de un mismo personaje, los *ciclos de muerte y resurrección* que el sujeto atribuye a su persona, las *dobles y triples realidades* que reconoce en competencia unas con otras. Hemos comprobado este carácter en no pocas observaciones, algunas de las cuales han visto la luz pública.

¿No es ése el mismo principio que se refleja hasta en los trastornos de la percepción, por la *repetición,* la *multiplicidad,* la *extensividad* de los fenómenos de falsos reconocimientos, de simbolismos amenazantes, de significaciones personales?

Por otra parte, es evidente el parentesco de las concepciones que estamos exponiendo con las producciones míticas del *folklore:* mitos de eterno regreso, sosías y dobles de los héroes, mito del Fénix, etc. No menos claro es su parentesco con las formas conceptuales que son características del *pensamiento "prelógico"* en las cuales se desconoce el principio de identidad.

Señalemos asimismo su parentesco (más inesperado aún) con ciertos principios generales de la ciencia, a saber, los principios de constancia energética, cuando menos en la medida en que no se ven complementados por los principios correlativos de caída y de degradación de la energía. Esta asimilación no sorprenderá a aquellos a quienes el espléndido libro de Meyerson les haya mostrado la identidad formal de los mecanismos profundos de todo pensamiento humano. Nos hará claro, por otra parte, un hecho señalado por Ferenczi, a saber, la predilección que manifiestan muchos paranoicos y parafrénicos (y también dementes precoces) por la metafísica y las doctrinas científicas colindantes con ella.

Creemos, pues, haber determinado los rasgos más generales de una *estructura conceptual* particular que se extiende a las psicosis paranoicas y a las psicosis vecinas. En nuestra opinión, el estudio de las variaciones de estos rasgos, según cada tipo de psicosis, tiene que suministrar a las investigaciones futuras un *criterio de clasificación* mucho más próximo a la causa real de las psicosis que los mecanismos completamente contingentes (interpretaciones, seudo-alucinaciones, etc.) en que se ha fundado hasta ahora.

Para esas estructuras fundamentales, proponemos el titulo de "formas del pensamiento paranoide".

Estas formas, que imponen su *estructura conceptual* al *sistema* del delirio, son las mismas que, en último análisis, trasforman la *percepción.* Pueden expresarse de acuerdo con cuatro principios:

1] Claridad significativa de las concepciones del delirio;

2] Imprecisión lógica y espacio-temporal de su desarrollo;

3] Valor de realidad de la expresión que dan de un complejo o de un conflicto desconocidos por el sujeto;

4] Organización de estas concepciones por un principio prelógico de *identificación iterativa.*

Por último, hay un tercer orden de investigaciones que no tiene que ser excluido de un estudio verdaderamente científico de estos enfermos. Es el orden de medida de su *peligrosidad social.* La última palabra de la ciencia consiste en prever, y si, como nosotros creemos, el determinismo se aplica en psicología, debe permitirnos resolver el problema práctico que cada día se le plantea al experto a propósito de los paranoicos, y que consiste en saber en qué medida un sujeto dado es peligroso, y especialmente en qué medida es capaz de realizar sus *pulsiones homicidas.*

Es éste un problema cuya consideración tiene gran interés por sí misma. No son raros, en la práctica del peritaje psiquiátrico, los casos en que el crimen constituye por si solo todo el cuadro semiológico de la anomalía psíquica presunta.

Un sujeto del cual puede decirse que ha vivido una vida ejemplar por el control de si mismo, la manifiesta suavidad del carácter, el rendimiento laborioso y el ejercicio de todas las virtudes familiares y sociales, se convierte de pronto en asesino: mata dos veces y a dos de sus deudos más cercanos, con una lucidez deducible de la ejecución minuciosa de los crímenes. Piensa matar todavía y matarse luego a si mismo, pero de repente se detiene, como saciado. Ve lo absurdo de sus crímenes. Una motivación, sin embargo, lo ha sostenido hasta ese momento: la de su inferioridad, la de su destino condenado al fracaso. Motivación ilusoria, pues en realidad nada en su situación andaba peor de lo que para él era costumbre, ni de lo que es común a cada persona. Sin embargo, durante un momento, epifenómeno de la impulsión-suicidio, le ha parecido que el porvenir se le cerraba. No ha querido abandonar a los suyos a las amenazas de ese futuro negro, y ha comenzado la matanza. El primer crimen ha sido impulsivo, como sucede las más de las veces, pero preparado por una larga obsesión; y en el segundo crimen la ejecución ha sido calculada, minuciosa, refinada. El examen psiquiátrico y biológico de los expertos, la observación prolongada durante varios meses por parte nuestra en una clínica, no han dado, a partir del drama, más que resultados totalmente negativos.

Se puede afirmar, por el análisis de la vida pasada del enfermo, la presencia de conflictos afectivos antiguos, reprimidos, y de un alcance enorme. En su infancia se revela una de las *anomalías de situación familiar* cuya acción traumatizante es más manifiesta. Además esta situación afectiva infantil aparece directamente calcada en su matrimonio. Pero la doble opresión de los imperativos morales, a través de la voz de su conciencia y a través de las virtudes de su esposa, le ha impuesto al sujeto la *represión* total del odio que esta situación implicaba, e incluso su *inversión* en un amor de manifestaciones atentas. Su conducta sin defectos, la suavidad casi humillada de todo su comportamiento, en particular conyugal, adquieren, después del drama, un valor sintomático.

Pero ¿quién hubiera podido discernir el síntoma antes del crimen? ¿Y quién no . e que, en el caso concreto cuyos rasgos más salientes acabamos de evocar, la impulsión homicida, en la cual se resume el cuadro clínico, resume igualmente en sí misma toda la patogenia?

¿No podemos, por consiguiente, concebir en cada sujeto esta impulsión homicida como directamente *evaluable,* a condición de que existan medios de investigación psicológica que vayan más allá de la simple observación?

Tal es el problema que día a día pone la clínica delante de nuestros ojos. Todos los observadores, en sus descripciones, tienden a precisar cuando menos de manera relativa la intensidad, la inmediatez, el alcance y la permanencia de la *impulsión homicida,* particularmente en las psicosis.

Sérieux y Capgras creen que es posible oponer bajo estos diferentes ángulos la peligrosidad social del *delirio de reivindicación y la* del *delirio de interpretación.* Nuestra concepción de los mecanismos del delirio puede hacer- comprender estos hechos: el peligro más grande, más inmediato, más dirigido también, que presentan los casos de querulancia, se explica por el hecho de que, en ellos, la impulsión homicida cuenta con el complemento energético de la conciencia moral, del *ideal del yo,* que aprueba y justifica dicha impulsión. Sin duda la forma sin máscara bajo la cual aparece aquí la *obsesión* criminal en la consciencia, y la *hiperestenia hipomaniaca* concomitante, se deben a esa situación afectiva, que se presenta como lo *inverso* del complejo de *autocastigo.*

Por el contrario, en las psicosis *autopunitivas* -que, como lo hemos mostrado, se traducen clínicamente en un delirio de interpretación-, las energías autopunitivas del *super-ego* se dirigen contra las pulsiones agresivas surgidas del inconsciente del sujeto, y retardan, *atenúan o desvían su* ejecución.

Se puede decir que el delirio mismo no es más que el *epifenómeno* de semejante conducta. Lejos de quejarse, como en efecto lo hace el querulante, de un perjuicio preciso, llevado a cabo, y que hay que hacerle pagar a su autor, el interpretativo cree sufrir de sus perseguidores unos agravios cuyo carácter *ineficaz,* siempre *futuro,* puramente *demostrativo,* es impresionante para el observador, si es que, por lo demás, escapa a la crítica del sujeto. Lo más frecuente es que necesite pasar un período no sólo *dubitativo,* sino también *longánimo,* para que los sujetos reaccionen. Aun así, esta reacción, como se ve claramente en el caso de nuestra, enferma, tendrá al principio un carácter a su vez demostrativo, un valor de advertencia, que debe permitir muchas veces la prevención de otras reacciones más graves (lo cual, según hemos visto, seguramente hubiera podido hacerse en el caso de nuestra enferma). Se ve finalmente que, en la medida misma en que la reacción criminal va a agredir a un objeto que no lleva más que la carga de un odio varias veces trasferido, la ejecución misma, aunque preparada, es muy a menudo ineficaz por falta de estenia.

Por todas esas razones se puede decir, con Sérieux y Capgras, que el peligro representado por los delirios de interpretación es menos grande, menos inmediato y menos dirigido que el representado por los querulantes. Pero cuando nuestros autores se expresan en esos términos, no están apuntando más que una verdad estadística por lo demás evidente. En cada caso mórbido, la peligrosidad debe considerarse prácticamente como igual de temible, a falta de un método seguro para *evaluarla* en el individuo.

Prosigamos nuestro examen de la *reacciónhomicida* en la serie de las psicosis

Consideremos en primer lugar esos *deliriosinterpretativos* en los cuales no son demostrables los mecanismos de autocastigo descritos por nosotros. Se puede observar que en ellos se acentúan ciertos caracteres que tienden a atenuar el peligro de la psicosis: represión y derivación del odio, alcance puramente demostrativo de la persecución delirante. Por eso las reacciones acarreadas por esos delirios están mucho menos *dirigidas y son* en sí mucho más *demostrativas* que en la forma precedente. Hay en ellas, pues, una pérdida proporcional de *eficacia.*

Pero esas reacciones están dotadas, por el contrario, de una brut*alidad* y de una *impulsividad* particulares, debidas sin duda a la *ausencia* de la instancia autopunitiva.,

Hay, pues, en este punto de la gama natural de los delirios una recrudescencia del peligro social, una especie de punto de enderezamiento de la curva pulsional homicida.

Tal es el caso de no pocos sujetos cuyo delirio paranoico no revela ninguna estructura autopunitiva, pero que deja aparecer nítidamente la significación de *homosexualidad* reprimida en la cual insiste Freud, y cuyo alcance, en efecto, muestra ser muy general en los delirios paranoicos.

Los ejemplos de esto se presentan en gran número a nuestra memoria. Uno de esos sujetos, de origen extranjero, después de diez años de persecución delirante, soportada sin reacción grave, visita un buen día a un banquero de su nacionalidad, a quien, sin conocerlo, ha implicado en la conspiración de sus enemigos, y le descerraja cinco balazos. Observemos que en estos casos, aunque se produzca el alivio afectivo después del crimen, la convicción delirante persiste.

Así, por una serie de degradaciones progresivas, llegamos a los delirios que están en el límite de la paranoia y de los estados paranoides,- a las parafrenias, y de ahí a los estados paranoides mismos.

La peligrosidad social de estos enfermos se acentúa de acuerdo con la dirección de la curva esbozada por las formas psicóticas precedentes, es decir en un sentido creciente, aunque poco sensible. Este acrecentamiento no se refiere a la dirección ni a la eficacia del crimen, sino sobre todo a su *impulsividad, a* su brutalidad y a su inmotivación.

Aquí, en efecto, entramos de lleno en el terreno cubierto por el magnífico estudio de Guiraud sobre los crímenes inmotivados Para explicar estos crímenes, Guiraud hace ver la necesidad de acudir a la doctrina freudiana y a la distinción generalísima que esta doctrina permite establecer entre los *crímenes del Yo* (en los cuales entran todos los crímenes llamados de interés) y los crímenes del Ello (en los cuales entran los crímenes puramente pulsionales, como los que se dan típicamente en la demencia precoz).

En cuanto a nosotros, creemos que podemos añadir una precisión absolutamente rigurosa a la frontera misma que delimita esas dos clases de crímenes. Entre esas dos clases, en efecto, nuestro estudio permite determinar un tipo de crímenes, los crímenes de los delirios de *querulancia* y de los delirios de *autocastigo,* que son *crímenes del Super-Ego.* Como es sabido, esta función psíquica, por su génesis y por su función, se revela como intermedia entre el Yo y el Ello.

Por lo que respecta a los crímenes inmotivados o crímenes del Ello, Guiraud muestra muy bien su carácter de agresión simbólica (lo que el sujeto quiere matar aquí no es su yo o su *super-ego,* sino su enfermedad, o, de manera más general, "el mal"; los casos que él cita muestran muy bien, por lo demás, la *distribución* de la peligrosidad social de estos sujetos: sus víctimas son en efecto, tal como permitiría preverlo la teoría, ya sus parientes cercanos, ya sujetos totalmente desconocidos de ellos.

Este rápido esbozo del problema de *profilaxia social* planteado por los delirantes debe bastar para justificar el que se le conciba bajo el ángulo completamente general de una *impulsiónhomicida primordial* en el psiquismo humano. Semejante concepción, que tiene de su parte la sabiduría de las naciones y la tradición más clásica, recibe de los estudios sociológicos modernos una confirmación sobre la cual no podemos extendemos aquí.

Sin duda no podemos llegar actualmente a ninguna conclusión práctica sobre el tema de la *medida individual* de peligrosidad homicida de un delirante determinado, medida implicada, sin embargo, en las decisiones profilácticas que se esperan del experto.

Nos parece que la introducción de las técnicas del *psicoanálisis* en el campo de la psiquiatría permite por vez primera concebir la posibilidad de encontrar para esa medida una *unidad* de evaluación científica.

El psicoanalista, en efecto, se apoya constantemente, en su tratamiento, sobre las *resistencias* del sujeto, las cuales son para él, si así puede decirse, el termómetro del tratamiento catártico, a la vez que permiten postular sus medicaciones y seguir sus progresos. El limite de esa resistencia es precisamente la *reacción agresiva, cuyo* peligro permanente en el psicoanálisis de las psicosis ya hemos señalado. Es concebible que en la técnica aplicable a las psicosis en clínica cerrada -técnica que permiten entrever los progresos del psicoanálisis- pueda encontrarse un test de *evaluación*

rigurosa de las *pulsionesagresivas* de un sujeto dado.

Semejante evaluación sería evidentemente esencial en la imputación de la *responsabilidadpenal,* según el ángulo puramente positivista de la profilaxia en que se sitúan actualmente muchisimos teóricos, y que es social tanto en medicina legal como en derecho.

Nosotros, según lo hemos indicado ya, no creemos que este punto de vista pueda bastar en todos los casos. En opinión nuestra, la definición general que hemos dado de la personalidad, así como la discriminación nueva que introducimos en los delirios de acuerdo con la presencia o la ausencia del determinismo autopunitivo, pueden suministrar la base *positiva* que requiere una teoría más jurídica de la aplicación de la responsabilidad penal. Este punto desborda de nuestro tema preciso, pero sin embargo hemos creído pertinente indicar sus lazos directos con el problema que constituye el objeto de nuestro estudio.

Sólo recordaremos que, fundados en el carácter mínimo y reductible de la peligrosidad social de las *psicosis de autocastigo,* así como en nuestra concepción de su mecanismo, hemos expresado nuestra preferencia por la aplicación mesurada de *sanciones penales* a estos sujetos.

Seríamos completamente afirmativos acerca de este particular si en las cárceles francesas pudieran aplicarse una *vigilancia y un tratamiento* psiquiátricos.-

Observemos, para terminar, que si no se ha aplicado el psicoanálisis en el caso de nuestra enferma, esta omisión, no debida a nuestra voluntad, delimita al mismo tiempo el alcance y el valor de nuestro trabajo.

Por lo que se refiere a la presentación de los hechos y a su elaboración teórica, hay que dar ahora por concluida esta monografía de un caso que nos ha parecido particularmente iluminador para nuestro tema.

Vamos ahora a presentar las conclusiones generales que, en opinión nuestra, pueden sacarse en cuanto al problema de las relaciones de las psicosis paranoicas con la personalidad.

VII. Presentación crítica, reducida a manera de apéndice, del método de una ciencia de la personalidad y de su alcance en el estudio de las psicosis

En esta parte de nuestro trabajo habíamos tenido la intención de ofrecer, con un mínimo de comentarios, algunos extractos demostrativos del material clínico relativamente considerable (cuarenta observaciones) en que se sostiene nuestra síntesis. Los límites de tiempo y de volumen que se nos imponen nos hacen reservar tal presentación para publicaciones ulteriores. Este aplazamiento, sin embargo, no nos causa ningún escrúpulo.

En efecto, si el valor de nuestra tesis consiste en estar alimentada de la meditación de los hechos y en asediarlos sobre un plano todo lo concreto que lo permite la objetivación clínica, estos hechos mismos, y las determinaciones de la psicosis sacados por ellos de la sombra, no nos son revelados sino a partir de un punto *de vista,* y este punto de vista, aunque más libre de hipótesis que el de nuestros predecesores, no por eso deja de ser un punto de vista doctrinal.

Por esa razón lo afirmamos aquí abiertamente: nuestra tesis es ante todo una *tesis de* doctrina. Es esta doctrina la que determina no sólo el sentido de los hechos que presentamos, sino también su relieve. De los hechos iluminados por ella, no hemos podido hacer otra cosa que dar el tipo. Lejos de nosotros pretender haber dado la suma. Para semejante tarea no puede bastarse un solo investigador, pero esta obra no podría ser proseguida sin la doctrina que le es fundamental.

Así, pues, lo que nos importa ante todo es fijar la naturaleza y el alcance de esta doctrina, así como su valor científico y su valor metodológico.

No insistiremos más en nuestra critica de las hipótesis que han servido hasta aquí en el estudio de las psicosis paranoicas. Su carácter unilateral está suficientemente demostrado por la presentación histórica que hemos ofrecido en nuestra parte i. Su inutilidad, además, ha quedado suficientemente en evidencia por el hecho de que, en nuestras propias investigaciones, hayamos podido prescindir de ellas por completo. Lo único que aquí queremos hacer es subrayar con un último trazo su alcance esterilizante.

¿Que la psicosis está determinada por una *"constitución"* Con esto queda dicho todo: nuestros delirantes son paranoicos "innatos". Para convencernos de ello, nos contentaremos con algunos rasgos particulares que detectaremos en el carácter manifestado por el sujeto en la época anterior a la psicosis. Por lo demás, estamos tan seguros de nuestra concepción, que atrevidamente supondremos la existencia de esos rasgos, incluso cuando no haya nada que nos la afirme. En efecto, ¿para qué ponerse a interrogar tan detalladamente los hechos, allí donde ya está bien entendida la causa de su naturaleza íntima, o sea el carácter "innato" de su determinismo? La única cuestión interesante es la de saber en qué momento se impone el internamiento de estos sujetos. Es verdad que semejante problema podrá ponemos en algunos aprietos, pero nos zafaremos siempre de ellos mediante la intuición y el tacto.

¿Que la psicosis, por el contrario, es una *enfermedad orgánica?* Esta vez tenemos en la mano la causa del mal; a decir verdad, no la tenemos todavía en la mano, pero la vamos a tener, puesto que, sea lo que sea, microbio, virus, tóxico o neoplasia, se trata de un agente que puede tener cabida en el microscopio o en la probeta. Es verdad que la naturaleza de este agente sigue siendo bastante incierta y que, cosa aún más extraña, nadie ha podido todavía captar la menor huella de las lesiones que podrían ser indicio de su presencia, pero ¿acaso no se impone reconocer su acción en los trastornos manifestados por el enfermo? Es el argumento mismo del reloj y el relojero, principio de las fes sólidas. Deberemos admitir, por lo demás, que este agente tiene la extraordinaria sutileza de estar "moliendo" al sujeto con los estribillos auto-acusadores de su conciencia, y que llega a veces a la sutileza aún más extraordinaria de no actuar sobre esas teclas sino cuando el sujeto, agarrado de alguna manera bajo la acción de sus semejantes, está en medida de imputarles a ellos dichas

formulaciones. Es verdad que una lesión orgánica de efectos tan *sutiles* nos deja desconcertados y desarmados, y el alienista, en consecuencia, no tendrá otra preocupación que la de certificar la enfermedad en las formas. Y si la Pobreza de esta intervención humilla su consciencia médica, le dará en cambio ciertas compensaciones en el plano especulativo, haciendo suyas (!aquí Helvecio y d'Holbach, Cabanis y Tamburíni, sombras de los grandes materialistas!) las perogrulladas, vaciadas de toda virtud heurística, de la organogénesis de lo mental .

En cuanto a nosotros, lo que creemos es que, si hemos podido dar aquí algún carácter concreto al cuadro de un tipo clínico, es en la medida misma en que hemos abandonado esas hipótesis, las cuales, dado caso que dejen sobrevivir el espíritu de investigación, enmascaran los hechos o los deforman, y hacen que queden no reconocidos los más sencillos de comprender.

Cuando decimos comprender, lo que queremos indicar es que tratamos de dar su sentido humano a las conductas que observamos en nuestros enfermos y a los fenómenos mentales que ellos nos presentan. Ciertamente, es éste un método de análisis lo bastante tentador en sí mismo para no presentar graves peligros de ilusiones. Pero sépase bien que, si el método hace uso de relaciones significativas, fundadas en el asentamiento de la comunidad humana, su aplicación a la determinación de un hecho dado puede estar regida por criterios puramente objetivos, aptos para protegerla de toda contaminación con las ilusiones, detectadas a su vez, de la proyección afectiva.

Sería vano negar el derecho de ciudadanía a semejantes investigaciones (aunque se haga en nombre de los principios heurísticos más sólidos), cuando están pidiendo ser aplicadas a unos terrenos en que toda tentativa propiamente explicativa se ve reducida a invocar las cualidades escolásticas de la constitución o los agentes mi. ticos del automatismo mental. Más vano aún sería desdeñarlas, cuando esas relaciones comprensivas brotan claramente de los hechos mismos.

Por lo demás, ¿quién merece más el reproche de estar cayendo en la "psicología"?

¿Es el observador deseoso de comprensión, que no aprecia los trastornos mentales subjetivos, más o menos vehementemente acusados por el enfermo, sino en función de todo el comportamiento objetivo del cual no son más que epifenómenos?

¿No lo es más bien el que se califica a si mismo de "organicista"? Lo que vemos, en efecto, es que éste trata las alucinaciones, los trastornos "sutiles" de los "sentimientos intelectuales?, las autorrepresentaciones aperceptivas y las interpretaciones mismas, como si se tratara de fenómenos independientes de la conducta y de la consciencia del sujeto que los experimenta, y que de todos estos acontecimientos hace *objetos en sí. Y si* a tales delitos les supone el cuerpo de alguna lesión (puramente mítica, por cierto), sin duda este doctrinario creerá haber demostrado así la inanidad de la "psicología" pero de hecho está erigiendo en ídolos los conceptos de la psicología. Las abstracciones del análisis se convierten para él en realidades concretas. Por lo demás, su desprecio de toda ideología lo dejará para siempre en la ignorancia de su extraño error, demostrando ser una actitud bastante propia para garantizar su tranquilidad.

En cuanto a nosotros, no vamos a tener miedo de confiamos a ciertas *relaciones de comprensión si* éstas nos permiten captar un fenómeno mental como la psicosis paranoica, que se presenta como un todo, positivo y organizado, y no como una sucesión de fenómenos mentales elementales surgidos de trastornos disociativos.

Tomaremos en primer lugar todas las garantías de una observación objetiva exigiendo, para reconocer esas *relaciones de comprensión* en un comportamiento dado, señales muy exteriorizadas, muy típicas, muy globales. No vacilaremos en hacer tan objetivos esos signos, que su esquema pueda llegar a confundirse con los esquemas mismos que se aplican al estudio del *comportamiento* animal.

El *deseo,* por ejemplo, lo definiremos como cierto cielo *de comportamiento.* Se caracteriza por ciertas oscilaciones orgánicas generales, llamadas afectivas, por una agitación motriz que, según los casos, está más o menos dirigida, y, finalmente, por ciertos fantasmas cuya intencionalidad objetiva será, según los casos, más o menos adecuada; cuando una experiencia vital dada, activa o sufrida, ha determinado el equilibrio afectivo, el descanso motor y la disipación de los fantasmas representativos, decimos por definición que el deseo ha sido satisfecho y que esta experiencia era el *fin y* el *objeto* del deseo. Poco nos importa que los fantasmas hayan quedado conformes o no a la imagen de este objeto o, dicho de otro modo, que el deseo haya sido consciente o inconsciente. El concepto mismo de *inconsciente* responde a esta determinación pura. mente *objetiva* del fin del deseo.

Es una clave *comprensiva* como ésa la que hemos aplicado al caso de la enferma Aimée, y la que, más que cualquier otra concepción teórica, nos ha parecido responder a la realidad del fenómeno de la psicosis, el cual debe ser entendido como la psicosis *tomada en su totalidad,* y no en tal o cual de los accidentes que de ella puedan abstraerse.

En efecto, la psicosis de nuestra enferma se presenta esencialmente como un ciclo de comportamiento; inexplicables si se los toma uno a uno, todos los episodios de su desarrollo se ordenan naturalmente con referencia a ese ciclo. Fuerza nos ha sido admitir que este ciclo y sus epifenómenos se organizan de hecho según la definición objetiva que acabamos de dar del deseo y de la satisfacción del deseo. Hemos visto cómo esta satisfacción, en la que se reconoce el fin del deseo, está condicionada por una experiencia muy compleja, si, pero esencialmente social en su origen, su ejercicio y su sentido. En esta experiencia, el factor determinante del fin del ciclo ha sido, según nosotros, aquello que fue sufrido por el sujeto, es decir la *sanción* del acontecimiento, y la índole específicamente social de ese factor no permite designarlo con otro término que el de *castigo.*

Así, pues, nuestras premisas metódicas nos imponían la necesidad de reconocer en la experiencia del *castigo* el objeto mismo de la *tendencia* manifestada en todo el cielo. Como, por lo demás, la existencia de tal tendencia y de tales ciclos significativos está demostrada en psicología humana por gran número de hechos, hemos concebido nuestro caso como una psicosis de *autocastigo.*

Al permitir revelar en el comportamiento del sujeto semejantes tendencias *concretas,* nuestro punto de vista no sólo da razón de los fenómenos de la psicosis de manera *mucho* más completa y rigurosa que las doctrinas clásicas, sino que, además, muestra su verdad por el hecho de estar dando una concepción, *mucho* más satisfactoria que esas doctrinas mismas, de aquella parte de realidad en que están sostenidos dichos fenómenos.

En efecto, allí donde las doctrinas del *automatismo mental,* fundadas esencialmente en el estudio de los fenómenos llamados *elementales,* fracasan notoriamente y sin remedio, a saber, en la concepción de los más enigmáticos de esos fenómenos, y particularísimamente del síntoma *interpretación* nuestro punto de vista permite, por el contrarío, dar una concepción coherente del papel que en ellos representan los factores orgánicos, ya sea a través de un oscurecimiento fisiológico de la consciencia *(estados oniroides),* ya en forma de una inmovilización de la energía psíquica, ligada a las tendencias concretas que notamos en el comportamiento *(estados psicasténicos).*

Por otra parte, allí donde las doctrinas de la *constitución psicopática* tropiezan, a saber, cuando se ven obligadas a dar razón de las diversidades *caracterológicas* manifiestas que revelan los antecedentes de la psicosis paranoica, nuestro punto de vista explica racionalmente este polimorfismo por una variación de intensidad de las *tendencias concretas* que la determinan. En efecto, la simple noción de un desplazamiento, que puede ser ínfimo, en la economía de la tendencia 'autopunitiva, permite concebir que determinados casos, cuya contigüidad genética está

demostrada por mil afinidades semiológicas, se manifiesten unas veces a través de rasgos del carácter llamado *paranoico y los* síntomas de una psicosis de *reivindicación, y otras* veces a través de un carácter *psicasténico* y una psicosis de *autocastigo.* Demostraremos esto claramente mediante un ejemplo.

Reconocer en los síntomas mórbidos uno o varios ciclos *de comportamiento* que, por anómalos que sean, manifiestan una tendencia concreta que se puede definir en *relaciones de comprensión:* tal es el punto de vista que aportamos para el estudio de las psicosis.

Ya antes, en nuestra definición de los fenómenos que llamamos *fenómenos de la personalidad,* hemos presentado los marcos más generales de estas *relaciones de comprensión.*

En efecto, lo que allí hacemos es definir un orden de fenómenos por su esencia humanamente *comprensible,* es decir por un carácter social, cuya existencia de hecho se explica por la génesis, social a su vez (leyes mentales de la participación). Sin embargo, estos fenómenos tienen por una parte el valor de *estructuras* fenomeno-lógicamente dadas (momentos *típicos* del *desarrollo* histórico y de la *dialéctica* de las intenciones) y dependen, por otra parte, de una especificidad sólo *individual* (momentos *únicos* de la *historia* y de la *intención* individuales). Estos tres polos, lo *individual, lo estructu*ral y lo social, son los tres puntos desde los cuales se puede ver el fenómeno de la personalidad.

El punto de vista de lo *individual,* en el fenómeno de la personalidad, es el más llamativo para la intuición; es él el que predomina en el uso de la lengua; pero es, por definición, científicamente inutilizable.

El punto de vista de lo *estructural* en el fenómeno de la personalidad nos lleva de golpe a la consideración metafísica de las esencias, o en todo caso a la *Aufhaltung* fenomenológica del método husserliano. En si mismo, es extraño al determinismo *existencial* que define toda ciencia.

De una confusión bastarda de estos dos primeros puntos de vista, el uno y el otro excluidos por las condiciones mismas de la ciencia, es de donde ha nacido la doctrina de las constituciones psicopatológicas. Así, pues, en el plano de los hechos esta doctrina estaba destinada a agotarse en ese verbalismo puro que ha podido echarse en cara a las especulaciones escolásticas más vacías.

El punto de vista de lo *social* en el fenómeno de la personalidad nos ofrece, por el contrario, un doble asidero científico: en las estructuras mentales de comprensión que engendra de hecho, ofrece una *armazón conceptual* comunicable; en las interacciones fenoménicas que presenta, ofrece *hechos* que tienen todas las propiedades de lo *cuantificable,* puesto que son movedizos, medibles, extensivos. Esas son dos condiciones esenciales para toda ciencia, y por lo tanto para toda ciencia de la personalidad.

Por eso, al definir la personalidad, hemos cargado todo el acento sobre el punto de vista, de lo social; es éste, en efecto, el que estamos expresando en las tres funciones que reconocemos en la personalidad, bajo los atributos de la *comprensibilidad* del desarrollo, del *idealismo* de la concepción de si mismo, y por último como la función misma de *tensión social* de la personalidad, en la que los dos primeros atributos del fenómeno se engendran de hecho por las leyes mentales de la *participación.*

Pero, inversamente, por el camino de estas *relaciones de comprensión,* es lo *individual* mismo y lo *estructural* la meta de nuestro empeño, y para llegar a ella nos esforzamos en precisar lo más posible lo concreto absoluto.

Para tender el fundamento de esa ciencia de los hechos concretos de la psicología disponemos según acabamos de decir, de una armazón conceptual y de un orden específico de fenómenos medibles. Nos falta todavía una condición, sin la cual no podemos fundar ninguna ciencia que tenga semejante objeto, sino sólo entregamos a una especie de lectura puramente simbólica de estos hechos. Nos referimos a la condición de un *determinismo* que sea *específico* de estos fenómenos.

Es aquí, y aquí únicamente, donde hacemos una hipótesis. (Y, por lo demás, si hemos rechazado las de las doctrinas clásicas, no por ello nos hemos comprometido nunca a no forjar algunas por nuestra cuenta.) Esta hipótesis consiste en decir que existe un determinismo que es especifico del orden definido en los fenómenos por las *relaciones* de comprensibilidad humana. A este determinismo lo hemos calificado de *psicógeno.* Nuestra hipótesis merece el titulo de *postulado;* es en efecto indemostrable, y pide un asentimiento arbitrario, pero es, punto por punto, homóloga de los postulados que fundan en derecho toda ciencia y definen para cada una a la vez su objeto, su método y su autonomía.

Según lo hemos mostrado, cada investigador se sirve de este postulado desde el momento en que estudia los fenómenos concretos de la psicología humana; es un hecho que el médico, el experto, el psiquiatra, a sabiendas o no, se refieren a él constantemente. Si este postulado expresara un error y no hubiera determinismo psicógeno, sería inútil hablar de otra manera que por figuras poéticas acerca del comportamiento del hombre, y por consiguiente acerca de esos fenómenos psicopatológicos que no son otra cosa que atipias de dicho comportamiento.

Pero el ingenio humano ha pasado ya más allá, y, gracias a la -utilización de diversas maquinarias, designadas con los títulos de psic*oanálisis,* de *psicología concreta,* de *Indívídualpsychologie* y de c*aracterología* (en el alcance que a esta última disciplina le da Klages), ha asentado ya sus puntos de esbozo una ciencia que no es otra cosa que la parte propiamente humana de la psicología: nosotros la llamamos *ciencia de la personalidad.*

Esta ciencia, según nuestra definición de la personalidad, tiene por objeto el estudio *genético* de las funciones intencionales, en las que se integran las relaciones humanas de orden social.

Es una ciencia *positiva.* Como tal, no abarca todo el estudio de los fenómenos de la personalidad, puesto que -según lo hemos puesto muy de relieve en el proceso dialéctico mediante el cual hemos definido su objeto- existe acerca de estos fenómenos un punto de vista, estructural y formal, que se le escapa. Este punto de vista constituye el objeto de una ciencia no positiva, sino *gnoseológica,* a la que se puede dar el nombre de *fenomenología de la personalidad.* Cabe decir que ésta es el complemento filosófico de la ciencia positiva, complemento tanto más útil cuanto que quienes ignoran su dominio se exponen a introducir graves confusiones metódicas en estas materias delicadas. (Más adelante señalaremos un ejemplo de ello.)

Habiendo quedado así definida la ciencia de la personalidad, se puede ver claramente la *naturaleza de nuestra tesis.* Nuestra tesis consiste en la siguiente afirmación doctrinal: los *fenómenos mórbidos situados* por la psicopatología dentro del marco de la psicosis dependen de los *métodos* de estudio propios de los *fenómenos de la personalidad.*

Tratemos ahora de hacer ver el alcance de esta afirmación.

Hemos podido mostrar una aplicación notable de ella mediante el estudio de un caso de psicosis. No vamos a seguir insistiendo aquí en la descripción clínica y en la concepción teórica que ya hemos dado del tipo de la *paranoia de autocastigo.* En opinión nuestra, su valor consiste en el hecho de que, tanto en el estudio de los síntomas como en el de las causas de la psicosis, a lo que nos estamos refiriendo es a lo *concreto,* en una medida muy superior a las descripciones y teorías anteriores, y en la medida misma en que hemos aplicado el método definido por nosotros como

comprensivo. En qué medida hemos conseguido eso en efecto, es algo de lo que cada cual juzgará remitiéndose a nuestra presentación misma, particularmente al cap. 4 de nuestra parte ir.

Lo que aquí queremos poner de relieve no es la fecundidad de este método---que, por lo demás, no puede ser puesto en tela de juicio por el trabajo de un solo investigador-, sino, de manera inversa, aquello que nuestro estudio de un caso, según un progreso que debe ir siendo asegurado por cada investigación nueva, aporta al método mismo como confirmación de sus premisas, y como conjunto de datos nuevos para la prosecución de su aplicación.

El tipo clínico de nuestro caso se revela de tal manera favorable para esa confirmación de las premisas del método, que sin duda ello se debe al hecho de que allí el problema de las relaciones de la psicosis con la personalidad llega a constituir un verdadero *punto geométrico.*

La psicosis paranoica de autocastigo, en efecto, no revela únicamente su valor de fenómeno de personalidad por su desarrollo coherente con la *historia vívida* del sujeto (véase el cap. 3 de la parte ir), su carácter de manifestación a la vez consciente (delirio) e inconsciente (tendencia autopunitiva) del *ideal del yo, y su* dependencia de las tensiones psíquicas propias de las *relaciones sociales* (tensiones traducidas inmediatamente tanto en los síntomas y contenidos del delirio como en su etiología y en su resultado reaccional).

La psicosis de nuestro caso muestra además, en su alcance integral, los caracteres más delicados que nuestra definición le reconoce a un fenómeno de la personalidad, a saber:

1] *Su significación humanamente comprensible,* comprobada en la dependencia exhaustiva que demuestran, tanto en su evolución como en su contenido, los síntomas mentales de la psicosis respecto de las vivencias de la enferma.

2] Sus *virtualidades de progreso dialéctico,* que se manifiestan en buen número de rasgos de la progresión delirante, pero al máximo en la curación del delirio, que tiene aquí el valor de toda *catarsis* con manifestaciones conceptuales. Esta curación, en efecto, representa para la paciente nada menos que el haberse liberado de una concepción de si misma y del mundo, cuya ilusión consistía en determinadas pulsiones afectivas no reconocidas por ella, y esta liberación se lleva a cabo en un choque con la realidad. Ciertamente, a diferencia de las *catarsis ascéticas,* propedéuticas o terapéuticas, esta *catarsis* espontánea no se produce en una entera toma de conciencia de la realidad; no obstante, su alcance de resolución conceptual basta para asegurarle, cuando menos en forma principal, el valor de un progreso dialéctico.

3] *Su apertura a la participación social.* Se ha podido ver, en efecto, que justamente por la vía de sus trastornos afectivos y mentales es como la enferma ha sabido tomar contacto con las ideas, los personajes y los acontecimientos de su tiempo (un contacto mucho más íntimo y amplio a la vez de lo que hubiera hecho esperar su situación social). Las concepciones mismas de la psicosis, cualquiera que sea el descrédito que les cause su motivación radicalmente individual (pues no consiste en otra cosa la acción del delirio), traducen curiosamente, sin embargo, ciertas formas, propias de nuestra civilización, de la participación social. Es, en efecto, nada menos que un papel de esa índole el que es asumido, para con las masas humanas características de esta civilización nuestra, por la imagen de la *vedette,* así la del periódico como la de la pantalla. No es aquí el lugar para juzgar si semejantes imágenes pueden satisfacer las necesidades de éxtasis espectacular y de comunión moral propias de la personalidad humana, y ser buenos sustitutos de los ritos orgiásticos o universalistas, religiosos o puramente sociales, que hasta determinado momento los han expresado. No es tampoco aquí el lugar para examinar si el prestigio de estas imágenes, a pesar de su alcance puramente cuantitativo, no estará vinculado con el carácter particularmente abstracto e inhumano del trabajo urbano e industrial, ya sea el del obrero atado a su cadena, ya el del contador o el de la empleada de correos. Ciertamente, es difícil no sentir qué desorden psíquico colectivo tiene que resultar para el hombre del hecho de haber sido separado violentamente de las satisfacciones vitales que desde los tiempos más remotos había encontrado en su trabajo de agricultor o de artesano, actividades que están profundamente ordenadas por un simbolismo nutritivo y sexual.

De cualquier modo, es evidente que el tema principal del delirio de nuestra enferma no es otra cosa que esa imagen que designamos como una forma moderna de la participación social, a saber la de *vedette* del teatro o del libro (de haber sido hombre el sujeto, la imagen hubiera sido la del astro del deporte o de la exploración). La situación vital de nuestra enferma, campesina desarraigada, nos hace concebir que una imagen como ésa haya podido servir de motivo común a su ideal y a su odio.

Un punto particular, que razones de discreción nos han obligado a no desarrollar, vendría a demostrar todavía más esta apertura a la participación social que nosotros caracterizamos en esta psicosis: nos referimos al crédito que en ciertos medios se ha concedido a las imputaciones de nuestra enferma contra sus principales perseguidores, principalmente en cuanto a la divulgación literaria de su vida. No es inconcebible que en una época menos escéptica que la nuestra, en un ambiente social de fanatismo moralizante por ejemplo, nuestra enferma hubiera podido pasar por una especie de Charlotte. Corday

De esta manera encontramos, para determinado tipo cuando menos, varias confirmaciones mayores a nuestra asimilación doctrinal de la psicosis a un fenómeno de la personalidad. Examinemos ahorra el alcance de nuestro estudio para el porvenir del método.

Este alcance consiste en gran parte en la concurrencia que se manifiesta entre los datos de nuestra observación y los de las investigaciones psicoanalíticas. Así, en efecto, como una *concurrencia* impuesta por los hechos, es como hay que considerar la ayuda que al parecer hemos sacado de los datos del psicoanálisis.

Pero si hacemos constar esta concurrencia de los hechos, es sólo a causa de la exigencia de nuestro propio método, a saber, la ley que nos imponía reunir una información tan exhaustiva como fuera posible acerca de la vida de la enferma. Dada esa exigencia, se nos han impuesto por su sola evidencia estos tres órdenes de hechos, descuidados hasta ahora en el estudio de las psicosis:

1] La preeminencia, en la *semiología concreta* de la personalidad de la enferma durante la época previa a la psicosis, de las anomalías del comportamiento tocantes a la *esfera sexual;* preeminencia manifestada por el apragmatismo de las relaciones familiares, de las relaciones amorosas heterosexuales y de las relaciones conyugales y maternales; señales de inversión psíquica; donjuanismo, platonismo, etc.

2] La preminencia, en el *determinismo etiológico* de la psico-sis, de *cierto conflicto;* preminencia que se señala tanto en la evolución del delirio (simetría de la evolución del conflicto y del delirio) como en su estructura misma (manifestación simbólica del conflicto).

3] La preminencia, en el *valor patogénico* de este conflicto, de su vinculación directa con la *historia afectiva infantil* de la enferma, en cuanto que se trata de un conflicto con su hermana; preeminencia que se revela tanto por el desconocimiento sistemático del conflicto en la realidad, como por la ausencia electiva, en el análisis lógico" tan claro y completo que de él da el delirio, de ese único rasgo, que lo convierte en un conflicto fraternal.

En la triple preeminencia de estos datos no reconocidos hasta ahorra en la psicosis -a saber, el de las anomalías del comportamiento sexual, el del papel electivo de ciertos conflictos y el de su vinculación con la historia infantil- no podemos menos de reconocer los descubrimientos del psicoanálisis acerca del papel primordial que la sexualidad y la historia infantiles tienen desde el punto de vista de la psicopatología.

De esa manera es como se presenta nuestra posición con respecto a los datos de observación del psicoanálisis; nos parece esencial definirla igualmente en relación con los otros dos órdenes de datos del psicoanálisis: los datos de técnica y los datos de doctrina.

La *técnica* del psicoanálisis, según es sabido, tuvo su nacimiento en el estudio, de los síntomas de las neurosis y se expresa en gran parte en una *semántica* del comportamiento y de los fantasmas representativos. Esta semántica saca su valor de los datos inmediatos de la *experienciacatártica* a la que está integrada, o de una referencia a tales datos, pero sus interpretaciones se presentan con mucha frecuencia envueltas en un simbolismo bastante complejo y lejano. Esto basta para establecer que nuestro método, fundado en las *relaciones de comprensión* inmediatamente captables en los fenómenos, se abstiene en principio de utilizar dichas relaciones simbólicas. Por lo demás, prescinde de esa utilización con tanto mayor facilidad en la interpretación de las psicosis, cuanto que los síntomas de éstas, según hemos mostrado, no dejan nada que desear desde el punto de vista de su claridad significativa.

El único dato de la técnica psicoanalítica que hemos tenido directamente en cuenta es el valor significativo que hemos concedido a las *resistencias* de la personalidad de la paciente, o sea, particularmente, a sus sistemáticos desconocimientos y denegaciones. Pero se trata aquí de una reacción psicológica cuyo alcance, si bien ha sido utilizado de manera muy brillante por el psicoanálisis, no ha dejado de ser reconocido desde épocas muy anteriores a la aparición de esta ciencia. Por lo demás, el valor critico de las *resistencias* de la personalidad ha sido planteado por nosotros como uno de los puntos fundamentales de nuestro estudio dialéctico de su fenomenología. Basta remitir a ese punto al lector para hacer ver el valor que le concedemos.

Queda la cuestión de los préstamos que hemos tomado, o que podríamos haber tomado, de la *doctrina* propia del psicoanálisis.

Si se hace un examen serio, estos préstamos se reducen a dos postulados dogmáticos que tienen el valor de conceptos sumamente generales, a saber:

1] Que existe cierta *tipícidad del desarrollo* de la personalidad, es decir, cierta coherencia típica entre su *génesis y su estructura.*

2] Que existe cierta *equivalencia o común medida* entre los diversos fenómenos de la personalidad, equivalencia que se expresa en el uso común del término -impreciso, pero impuesto por las necesidades del pensamiento- *"energía psíquica".*

Estos dos postulados, como luego habremos de recalcar, son idénticos a los postulados cuyo valor fundamental para la ciencia de la personalidad ya hemos establecido, y se imponen, de manera más o menos implícita, a todos los psicólogos que se ocupan de la conducta humana concreta, a causa de su necesariedad epistemológica. Pero, en vista de la poca realidad captada hasta ahora por la ciencia naciente de la personalidad, estos postulados no parecen ofrecer sino muy poca presa al pensamiento, sobre todo desde el punto de vista de las inteligencias que se han formado exclusivamente en las representaciones de la clínica, y cuya reflexión no puede, a causa de ello, prescindir de imágenes intuitivas. Es en este sentido, pero en este sentido únicamente, como hablamos de préstamos que hemos hecho del psicoanálisis. Su doctrina, en efecto, da a esos. postulados una forma intuitivamente más captable al materializarlos, es decir:

1] al dar a la noción de energía psíquica el contenido del instinto sexual o de la entidad de la *libido,* entidad, por otra parte, acerca de la cual hemos mostrado en qué sentido sumamente amplio hay que entenderla;

2] al dar, de la estructura de la *libido* en los diferentes *estadios* del desarrollo de la personalidad, una descripción cuyo carácter es igualmente muy general (cosa que es preciso no desconocer), pero que sirve para precisar ciertos rasgos reconocidos de dicha estructura. Gracias a esta descripción podemos, en el ejemplo de nuestro caso, referir inmediatamente la anomalía genética de la intención autopunitiva a un estadio de organización de la *libido* descrito por la doctrina como una erotización correlativa del órgano anal, de la tendencia sádica y del objeto fraterno según una elección homosexual.

Pero tales datos, según se ha visto, nos han sido aportados directamente por el examen de los hechos. Lo que en el reconocimiento de estos hechos le debemos al psicoanálisis se limita a su confirmación por los datos adquiridos en el estudio de las neurosis y por las correlaciones teóricas establecidas sobre esos datos.

Pero hay que decir, por otra parte, que nuestra investigación de las psicosis toma el problema en el punto al que el psicoanálisis ha llegado en nuestros días.

La noción misma de *fijación narcisista,* en la cual funda el psicoanálisis su doctrina de las psicosis sigue siendo muy insuficiente, como bien lo manifiesta la confusión de los debates permanentes sobre la distinción entre el *narcisismo y el autoerotismo* primordial, sobre la naturaleza de la *libido* asignada al yo (dado que el yo se define por su oposición al ello, ¿de dónde emana la libido narcisista: del yo o del ello?), sobre la naturaleza misma de ese yo, tal como lo define la doctrina (se le identifica con la consciencia perceptiva, *Wahrnehmung-Bewusstsein, y con* las funciones preconscientes, pero es también en parte *inconsciente* en el sentido propio de la doctrina),6 sobre el valor económico mismo de los síntomas en que de manera más sólida se funda la teoría del narcisismo (síntomas de *despersonalización,* ideas *hipocondríacas:* ¿se trata aquí de hechos de *sobrefijacióno* de *desfijacíónlibidinal?* Es ésta una cuestión sobre la cual las opiniones difieren de todo a todo).

La concepción del *narcisismo* descansa sobre interpretaciones de síntomas, cuya audacia y cuyo valor incontestablemente exaltante para las investigaciones podrán ser reconocidos si tomamos en cuenta no sólo el campo de las psicosis en que esas interpretaciones se ejercieron, sino también la época prematura en que se produjeron. Se sabe, en efecto, que las primeras bases de esta concepción fueron echadas en un estudio de Abraham sobre la demencia precoz fechado en 1908. Seguramente, la concepción del narcisismo saca su verdad del hecho de estar fundada en la significación evidentísima -incluso desde el punto de vista que es el nuestro- de ciertos síntomas, como por ejemplo el de la "pérdida de los objetos" *(Obíektverlust),* tal como se la encuentra bajo formas un tanto diferentes en la hebefrenocatatonia y en la melancolía. Pero el carácter malformado de esta concepción se señala bien en el estancamiento de su elaboración y en la demasiada elasticidad de su aplicación.

Hay que reconocer, en efecto, que la teoría relaciona con ese estadio narcisista de la organización libidinal todo el terreno de las psicosis, sin distinción asegurada, desde la paranoia y la paranoidia hasta la esquizofrenia, pasando por la psicosis maniaco-depresiva. De hecho, el narcisismo se presenta en la economía de la doctrina psicoanalítica como una *terra íncognita* que los medios de investigación emanados del estudio de las neurosis han permitido delimitar en cuanto a sus fronteras, pero que en su interior sigue siendo mítica y desconocida.

En cuanto a nosotros, lo que pretendemos es llevar más adelante el estudio de este terreno, siguiendo una doctrina cuyas *premisas* ya hemos definido, y mediante el *método* científico común, es decir, fundándonos en la observación de los hechos y en los postulados epistemológicos que, en toda ciencia, confieren su valor a las correlaciones observadas.

Dado que estas premisas descansan esencialmente en la comprensibilidad del comportamiento

humano, y que este método nos prescribe ir de lo conocido a lo desconocido, partiremos de las psicosis que son más accesibles a la comprensión para luego ir penetrando, en virtud de la progresión sistemática de nuestro método, en las psicosis que lo son menos, y que son calificadas (con un titulo que refleja ya ese criterio) como psicosis discordantes.

No nos ayudaremos, para esta investigación, más que de uno de los postulados fundamentales que hemos expuesto en páginas anteriores, a saber, que existe cierta coherencia natural entre los diversos elementos que va a revelarnos nuestro análisis de la personalidad en las psicosis: esta coherencia define estructuras, y no puede concebirse sin alguna relación con su génesis.

En cuanto a estos elementos, su importancia relativa en la psicosis se irá revelando en el progreso mismo de las investigaciones. Sobre la base de nuestro estudio los hemos agrupado ya bajo tres rúbricas de importancia primordial (véase el parágrafo ni. B del cap. 4 de nuestra parte n), a saber:

1] las situaciones de la historia infantil del sujeto;

2] las estructuras conceptuales reveladas por su delirio;

3] las pulsiones y las intenciones traducidas por su comportamiento social.

Hay, sin embargo, un punto de la teoría psicoanalítica que nos parece particularmente importante para nuestra doctrina y que, en opinión nuestra, se integra a ella de manera inmediata. Es precisamente la concepción que esa doctrina ofrece de la génesis de las funciones de autocastigo o, según la terminología freudiana, del Super-Ego.

En un estudio notable, cuya repercusión enorme, tanto en el interior como en el exterior de su escuela, no está cerca de agotarse, definió Freud la diferenciación fundamental, en el psiquismo, de las funciones del Yo y del Ello. Se puede ver en esto la virtud del método freudiano, tan profundamente comprensivo en el sentido en que venimos empleando este término. Digamos sin embargo que, a nuestro parecer, la oposición freudiana del Yo y del Ello adolece de una de esas confusiones, cuyo peligro hemos subrayado páginas atrás, entre las definiciones positivas y las definiciones *gnoseológicas* que pueden darse de los fenómenos de la personalidad. En otras palabras, la concepción freudiana del Yo peca, en opinión nuestra, de una insuficiente distinción entre las tendencias concretas Por las cuales se manifiesta ese Yo, y que sólo en cuanto tales se remontan a una génesis concreta, y la definición abstracta del Yo como sujeto del conocimiento. Basta, en efecto, remitirse al estudio de Freud para comprobar que él hace de la *"consciencia-percepción" (Wahrnehmung-Bewusstsein)* el "núcleo mismo" del Yo, pero que, con todo, no se cree obligado a diferenciar el Yo por una génesis distinta de la génesis *tópica.* El Yo, según eso, no es más que la "superficie"- del Ello y no se engendra sino por contacto con el mundo exterior; no obstante, Freud invoca en su génesis la virtud de un *principio de realidad,* que evidentemente se opone al *principio del placer,* por el cual son reguladas las pulsiones del *Ello* humano, como de toda vida. Ahora bien, este *principio de realidad* no es de ninguna manera separable del *principio del placer, si* no comporta cuando menos la raíz de un *principio de objetividad.* Dicho en otras palabras, este *principio de realidad* no se distingue del *principio del placer* más que en un plano *gnoseológico, y,* en cuanto tal, es ¡legitimo hacerlo intervenir en la génesis del Yo, puesto que implica al Yo mismo en cuanto sujeto del conocimiento.

Sería erróneo imputar estas proposiciones críticas a alguna falta de reconocimiento del inmenso genio del maestro del psicoanálisis. No figuran aquí más que para poner más de relieve el valor pos*itivo* de su doctrina acerca de la génesis del *Super-Ego.*

Freud sitúa la génesis de este *Super-Ego o Ideal del Yo (über-Ich, Ich-Ideal)* en un momento evolutivo posterior a la diferenciación del Yo. Debemos entender que en ese momento el Yo y, por implicación, el mundo exterior están ya diferenciados "en la superficie" del *Ello, o* sea de la suma de las pulsiones ciegas en que se manifiesta la vida durante la época en que, en su adherencia primordial al mundo, no se conoce aún a si misma como distinta de él.

Freud concibe este *Super-Ego* como la *reincorporación* (término aquí justificado, pese a su extrañeza aparente en el estudio de fenómenos psíquicos), como la *reincorporación* al Yo, dice él, de una parte del mundo exterior. Esta *reincorporación* se refiere a los objetos cuyo valor *personal,* desde el punto de vista genético social en que nosotros mismos estamos definiendo este término, es el mayor de todos: se refiere en efecto a esos objetos que resumen en sí todas las constricciones que la sociedad ejerce sobre el sujeto, o sea los padres y sus sustitutos. Por lo menos, es a este titulo como son reintegrados en ese momento en la estructura individual según una *identificación secundaria* del Yo, cuya diferencia genética radical respecto de la *identificación primaria* del *"Edipo"* tiene Freud buen cuidado de señalarnos

¿Cómo explicar esa reintegración? Por una finalidad *puramente económica,* es decir, enteramente sometida al *principio del placer.* Esta identificación se hace totalmente en beneficio del Ello, y le resulta doblemente conveniente: en primer lugar, el Ello encuentra en tal reintegración una compensación parcial a la pérdida, que le va siendo infligida de manera cada vez más ruda, de los objetos parentales en que estaban fijadas sus primeras pulsiones libidinales; y por otra parte, en la medida misma en que esta identificación sustituye a las constricciones represivas al reproducir su instancia en el sujeto mismo, el Ello siente aliviarse la dureza de esas constricciones. As¡, pues, el fenómeno esencial es el de una *introyección* libidinal en el sujeto, lo cual le permite a Freud definir todo el proceso con el término de *narcisismo secundario* -término sobre cuyo alcance hemos llamado la atención en el momento en que hacía falta.

Podemos observar que el sujeto queda aliviado de la tiranía de los objetos exteriores en la medida en que se realiza esta introyección narcisista, pero también, por otra parte, que debido a esa introyección misma el sujeto *reproduce esos objetos y les obedece.*

¿No ilumina semejante proceso, y de manera concluyente, la génesis económica de las funciones llamadas *intencionales?* Vemos aquí, en efecto, cómo éstas tienen su nacimiento en *tensiones* energéticas creadas por la *represión social* de las pulsiones orgánicas inasimilables a la vida del grupo. Al mismo tiempo, demuestran su equivalencia energética con esas pulsiones reprimidas, puesto que unas y otras dependen de un principio evolutivo de economía que no es otro que la definición objetiva del principio del placer.

Por lo que toca a la función de autocastigo, este proceso tiene para nosotros la calidad de una certidumbre. Mil hechos de la psicología infantil y de la psicopatología del adulto nos están confirmando su solidez. Es inmediatamente comprensible.

En qué medida todas las funciones intencionales del Yo y las primeras definiciones objetables mismas se engendran de una manera análoga, es cosa cuyo conocimiento no podrá llegar a nosotros sino por las vías de investigaciones venideras, entre las cuales parece que el estudio de las psicosis llamadas discordantes nos da esperanzas mayores.

Lo único que podemos afirmar es que la génesis de la *función de autocastigo* nos revela con claridad la estructura concreta, de índole imitativa, de uno de los fundamentos vitales del conocimiento. Por otra parte, el determinismo social de esta génesis adquiere un alcance muy general debido al antropomorfismo primordial de todo conocimiento, fenómeno reconocido tanto en el niño como en el "primitivo". Digamos, para que esto quede expresado más rigurosamente de acuerdo con nuestra terminología, que se plantea la cuestión de si todo conocimiento no será por principio de cuentas

conocimiento de una persona antes de ser *conocimiento de un objeto,* y de si la noción misma de *objeto* no es en la humanidad una adquisición secundaria.

Independientemente de lo que valgan tales conclusiones teóricas, esta presentación de las doctrinas freudianas sobre el Yo y el *Super*-Ego hace resaltar muy bien la accesibilidad científica de toda investigación sobre una tendencia concreta, la *tendencia autopunitiva* por ejemplo, oponiéndola a la confusión engendrada por toda tentativa de resolver *genéticamente* un problema de orden *gnoseológ*ico, como lo es el del Yo, si se le considera como sede de la percepción consciente, es decir, como sujeto del conocimiento.

Hemos visto, por otra parte, cómo en el estudio genético y estructural de estas tendencias concretas se nos han impuesto unas nociones de *equivalencia energética* que no pueden menos de ser fecundas. Además, tales nociones se introducen por sí mismas en toda investigación psicológica, a condición de que ésta apunte a los fenómenos concretos.

Basta, en efecto, hojear los estudios de cualquiera de los investigadores que trabajan en este terreno para comprobar que el uso que en ellos se hace de estas nociones desborda,, con mucho, del alcance de la metáfora. Sin esta utilización del *concepto energético,* por ejemplo, la concepción kretschmeriana de los caracteres sería ininteligible. Este concepto es el único que da un sentido a ciertas nociones que, en los escritos de Kretschmer, tienen un alcance ya precisado antes por nosotros, como la de *conducción y la* de *retención* psíquica, la de *actividad intrapsíquica,* etc. Es el único que permite comprender, de manera muy especial, la concepción dada por Kretschmer del *carácter sensitivo,* y aquello que la diferencia de la de Janet acerca de la *psicastenia,* a saber: que el. desarrollo *sensitivo* del carácter comporta no una pura *degradación* de la energía psíquica, sino una *introyección* de esta energía, y que esta energía, al quedar inmovilizada, es susceptible de descargarse eventualmente en una *"eficacia social* a veces atípica, es verdad, pero demostrada por la clínica.

No podemos extendernos acerca de la presencia del *concepto energético* en toda *comprensión* manifestada del comportamiento; nos sería fácil revelarla bajo mil formas, tanto en las *fijaciones li*bidinales de la doctrina freudiana como en las diversas concepciones sobre la *esquizoidia o* la *introversión,* que han brotado de la escuela de Zurich.

Ello se debe a que la introducción de estos conceptos energéticos no depende de los hechos, sino de las necesidades mismas del espíritu. Las investigaciones epistemológicas más recientes han demostrado de manera sobreabundante que es imposible pensar científicamente, e incluso pensar pura y simplemente, sin implicar de alguna manera los dos principios fundamentales de una cierta *constancia y también* de una cierta *degradación* de una entidad, la cual desempeña un papel sustancial en relación con el fenómeno. Esta entidad encuentra en la noción de *energía su* expresión más neutra y la que se emplea de manera más común. Por nuestra parte, destaquemos en ella, de paso, el *aura* que parece conservar de la génesis de una *intencionalidad primitivamente social*-génesis que hay que atribuirle como a tantas otras formas de las estructuras conceptuales.

Sin embargo, en su alcance *gnoseológico,* tanto el *principio de conservación* de la energía como el *principio de la degradación* de la energía, según se ha demostrad o~15 no son, en último análisis, otra cosa que las afirmaciones emanadas de la *función identificadora* del espíritu por una parte, y por otra parte de la *irreductible diversidad* del fenómeno, es decir, de los fundamentos fenomenológicos más generales del conocimiento, En cuanto tales, no tienen nada que ver con una génesis de hecho.

Así, pues, se ve al mismo tiempo lo que las premisas de nuestra doctrina deben a la doctrina freudiana, y lo que procede simplemente de los fundamentos mismos de toda ciencia.

Se puede ver, en particular, que estos postulados energéticos del *desarrollo* y de la *equivalencia* de los fenómenos de la personalidad, en los cuales se mostró durante un instante lo más sustancioso de nuestra deuda con el psicoanálisis, no son más que una expresión de las bases epistemológicas sin las cuales seria vano hablar de ciencia de tales fenómenos, bases que ya hemos puesto en evidencia bajo otras formas.

Recordemos, en efecto, por una parte la definición que hemos dado del objeto de esta ciencia, o sea, en forma resumida, "como desarrollo *de* las funciones intencionales vinculadas en el hombre con las tensiones propias de sus relaciones sociales", y por otra parte el postulado de determinismo existencial sin el cual no hay ciencia. Se puede ver que basta, a partir de este postulado, elevar al índice de la realidad la fórmula definitiva de los fenómenos de la personalidad, para que ésta se trasforme en la doble noción de un desarrollo existencial, o sea irreversible, de esos fenómenos, y de una equivalencia igualmente existencial entre las funciones intencionales y las tensiones sociales de la personalidad, o sea entre una cierta energía respectivamente invertida y gastada en esos dos órdenes de funciones.

Habiendo quedado así determinadas las direcciones metódicas que imponen nuestras primeras indagaciones, tratemos ahora de indicar las vías de su aplicación más inmediata a los hechos conexos del estudio de las psicosis.

Ya hemos dicho que la paranoia de autocastigo, variedad por nosotros definida de la paranoia, ocupa en la solución del problema de las psicosis, a nuestro parecer, una situación excepcionalmente favorecida. Así es, en efecto, debido a que la integración de la función de autocastigo se lleva a cabo, en estos sujetos, en el momento de la fijación genética que es la causa especifica de la enfermedad; en consecuencia, puede decirse que en ese momento ha quedado formada la personalidad en sus funciones cardinales. Es entonces, en efecto, cuando queda terminada la repartición fundamental de las funciones intencionales subjetivas y de las tensiones sociales.

Esta variedad de psicosis paranoica no es, sin embargo, la única que responde a tales condiciones. En efecto, es preciso colocar inmediatamente a su lado otra forma de la psicosis paranoica, cuya situación nosológica, desde hace más o menos treinta años, ha sido objeto permanente de las discusiones de los teóricos, a saber, la psicosis paranoica *de* reivindicación.

Está fuera de duda que esta psicosis no es ni más ni menos psicógena que las demás psicosis paranoicas -como muy bien lo muestran las vacilaciones manifestadas por Kraepelin en sus propias discriminaciones sobre este punto-, y que respecto del conjunto de esas psicosis presenta mil afinidades de terreno, de causas y de síntomas. Pero no es menos verdadero que difiere netamente de ellas en todos esos mismos planos.

Nuestro método nos permite precisar la ambigüedad nosológica de esta psicosis, y mostrar cómo su raíz verdadera está en una orientación económica diferente de la misma tendencia autopunitiva que hemos promovido al rango' de factor determinante de la variedad por nosotros descrita.

Para demostrarlo, nos es forzoso entreabrir durante un instante nuestras carpetas.

Tomamos, al azar, el expediente de una reivindicadora típica, internada por tentativa de asesinato contra su marido. El conflicto con el marido tiene como tema aparente un litigio jurídico acerca de una atribución de adquisición. Este pleito ha llevado a nuestra enferma a nada menos que dispararle a su marido una bala de revólver, que por fortuna no le ha herido más que ligeramente, en el cuelo. Esta enferma, que siguió mostrándose sumamente querulante y esténica, fue internada en el servicio del doctor Petit, gracias al cual la hemos observado nosotros durante largo tiempo.

El certificado de internamiento fue redactado por el experto psiquiatra que, debido al interés que ha

sabido provocar en tomo a la concepción del delirio pasional, puede ser considerado como el especialista en la materia. Este certificado está escrito en no menos de 390 palabras, extensión que adquiere todo su valor si se toma en cuenta la extrema densidad del estilo. Por supuesto, su redactor está lejos de atenerse a las concepciones delirantes y a los hechos que bastan para motivar el internamiento. Analiza, por el contrario, no sin cierta complacencia, todos los paralogismos de la reivindicaciones pasional; no nos ahorra ninguno de los detalles materiales del conflicto, por ejemplo un loro que sirvió de pretexto para la cita fatal, a pesar de que la importancia de ese loro es bastante discutible.

En semejante descripción, que tiene un alcance evidentemente doctrinal, no faltan más que dos cosas, que son, por desgracia, los dos puntos esenciales para la comprensión de la psicosis, a saber: el *trauma determinante y la tendencia concreta* que constituye su estructura especifica. Completémoslos

1] Está demostrado sobreabundantemente que lo que determinó de manera efectiva el delirio fue un *trauma afectivo.* Este trauma no es otro que la muerte de la hija de la enferma, muerte causada por una enfermedad de Pott cervical, a la cual ni la madre ni el padre supieron prestar atención a tiempo.

En efecto, la imputación al padre de la responsabilidad de esta muerte se halla en el fondo de la estenia desplegada en la reivindicación contra él. Esta imputación se expresa abiertamente en mil declaraciones orales y escritas de la enferma, y hasta en este detalle, asombroso de simbolismo, que la enferma hace brotar de sus intenciones cargadas de odio, cuando nos dice de su acto: "He herido a mi marido en el cuello, ¡justo en el lugar del mal de que murió mi pobre hija!"

Evidente en la estructura de la psicosis, la determinación por el trauma afectivo no lo es menos en su estallido, como lo testimonia la indiferencia total que la enferma había manifestado hasta el momento sobre esos mismos puntos de interés material que luego la llevaron a tal paroxismo de pasión.

La especificidad patogénica de este trauma se explica, según las más rigurosas previsiones de nuestra doctrina, remontándonos a la *historiainfantil* de la enferma. Apegada afectivamente a una madre sumamente imperiosa, avara, moralizante, nuestra enferma, por otra parte, desempeñaba para con una hermana menor el papel de la madre que castiga y reprueba. La historia revela que, bajo el peso del oprobio que nuestra enferma creyó necesario acumular sobre la hermanita con ocasión de unos amoríos comunes y corrientes, ésta se suicidó. Es un episodio de la juventud de la enferma que ésta refiere con precisión, pero se ha mantenido y se sigue manteniendo en un desconocimiento completo de su responsabilidad.

Nos parece inútil, al final de nuestro trabajo, subrayar la relación evidente que se manifiesta entre ese desconocimiento, inveterado en la enferma, y la proyección -que ella ha sabido realizar de un solo golpe- del sentimiento de culpabilidad puesto en movimiento por la muerte de su hija, sobre el objeto situado de manera más inmediata a su alcance, o sea sobre su marido.

Semejante comportamiento, muy distinto del de la enferma Aimée, se debe probablemente a una sola cosa: el azar de la situación infantil, que hizo de nuestra futura querulante la mayor de dos hermanas y no la menor, poniéndola así en posición de castigadora y no de castigada.

Así, en ella, la *integraciónintencional* de las constricciones punitivas se realizó en *beneficio* de su energía *tensional* social, por la posibilidad que tenía de trasferir inmediatamente la presión de esta energía sobre el objeto más cercano. Y es ésta, en consecuencia, la conducta que no ha dejado de reproducir desde entonces, actualmente frente a su marido, y probablemente, antes, frente a su hija misma.

2] Cualquiera que sea el interés de la génesis afectiva que describimos, ésta seria discutible si no se tradujera claramente en la estructura actual de la pasión. Ahora bien, entre todos los "postulados" pasionales que nuestro especialista se complace en destacar en esa enferma, uno solo falta, pero es el esencial, a saber, su intención punitiva en relación con el marido.

Nosotros hemos trabajado largamente con la enferma, y el carácter absolutamente predominante de esta intención se nos ha mostrado con una evidencia abrumadora.

Pero, para que, no vaya a sospecharse que estamos maniobrando la psicología de la enferma acomodándola a nuestras intenciones propias, no aportaremos sobre este punto ningún otro testimonio que el extracto de una carta que ella le escribió al doctor Petit, y de la cual podemos demostrar que se escribió antes de iniciarse nuestra observación personal de la enferma. He aquí ese extracto:

27 de junio de 1928.

Señor Doctor,

Voy a decirle aquí de qué manera quiero castigar a mi marido en sus principales defectos, pues lo repito la muerte no es un castigo.

1. La codicia. Obligándolo a darme lo que quiere robarme.

2. *La cobardía. El* miedo que tendrá de ahora en adelante de que renueve mi gesto. No voy a tener necesidad de renovarlo, y además ni siquiera tengo intenciones de hacerlo, pero para que su cobardía sea castigada, es bueno hacer que no quede tranquilo por ese lado, pues sabe que yo soy esclava de la. palabra dada.

3 La pereza. Mi salida de casa lo ha obligado a tomarse un poco más de trabajos.

4. El egoísmo. Abandonándolo como lo he hecho, yo que lo mimaba como a un niño chiquito.

5. La vanidad. £1 que no quiere divorciarse, en parte por la opinión pública, tendrá esa humillación a pesar de todos sus esfuerzos.

6. La falsedad. Con sus palabras se esfuerza en dar la impresión de que es un buen marido. Se ha desenmascarado al hacerme detener tan despiadadamente, eso a pesar de lo ligero de su herida, e influyendo con sus palabras sobre los doctores de la Comisaría, para hacerles, creer en mi enajenación mental.

7. El vicio,, Yo me sustraje a su vicio en primer lugar; luego, en tiempos posteriores, me negué enteramente, de tanto que lo despreciaba.

S. El mal corazón. Tomando la firme resolución de abandonarlo, incluso cuando esté en la desgracia, cosa que yo no habría querido nunca hacer por caridad. Esta resolución ha sido tomada

después de su venida a Ville-Evrard. ¡A pesar del penoso espectáculo que ofrece a los profanos un manicomio, él me ha condenado a vivir aquí Y eso, estando bien convencido de mi lucidez. Ha cometido esta infamia por maldad, por codicia, por vanidad y para vengarse de que yo ya no quiero seguir siendo su cosa, a ese grado desprecio su persona. Si esta infamia fuera castigable por los Tribunales, ¡él ciertamente no la habría. cometido Es demasiado cobarde y demasiado inteligente para correr los riesgos del castigo de la justicia de los hombres. Como él no cree en la justicia divina, no hay nada que frene sus malos instintos; por eso en mi escrupuloso espíritu de justicia, yo creo que es deber mío castigarlo con los medios que tengo a mi disposición.

Convencida de mi muerte próxima, he querido matarlo, en primer lugar para. que el dinero que yo gané penosamente, con el objeto de constituir una dote para mi querida hijita, no sea dilapidado en el libertinaje. Yo quería que sirviera, como había quedado convenido después de su muerte, para atender a niños afectados de la enfermedad de Pott, de la cual murió ella. Además, según lo he sabido por la policía privada a la que le he encargado seguir a mi marido a fin de que lo agarren en falta, ¡él pasa de una muchacha a otra¡ ¡sin el menor escrúpulo de hacerles correr el riesgo de contaminarlas! Yo he creído que era justo y caritativo suprimir a un ser maléfico.

A pesar de que mi marido haya destruido mi fe en Dios, tengo la impresión de que Él no es tal vez ajeno, en primer lugar a la ligera herida que le hice a mi marido, eso justamente en el lugar de la enfermedad de Pott de mi pobre hijita, cuando yo me presenté ante él con la firme intención de no hacer el gesto que hice, no sintiéndome con las fuerzas necesarias para lograrlo, gesto que provocó él mismo con la extremada maldad de que ha dado pruebas. En segundo lugar, por la reacción, que ha sido sumamente saludable para mi pensamiento. El sentimiento de haber hecho mi -deber me ha dado tal serenidad de alma que he encontrado la fuerza moral de soportar estoicamente todas las cosas penosas que he padecido desde entonces.

Nos parece que un caso como éste hace evidente que la *paranoia de reivindicación* representa el envés, si así se puede decir, de la *paranoia de autocastigo.* Para expresamos correctamente, digamos que su estructura está dominada por la misma *intención punitiva,* es decir, por una *pulsión agresiva socializada,* pero que *su economía* energética está *invertida,* debido esto únicamente a las contingencias de la historia afectiva.

Se puede así concebir de qué manera una tendencia concreta, tan cercana de la que hemos visto manifestarse en nuestro caso fundamental, ha producido en esa otra enferma manifestaciones de la personalidad totalmente opuestas a las de dicho caso, a saber:

Al Un *carácter* no ya psicasténico, sino propiamente *paranoico,* término que aquí empleamos en el sentido que le da el uso vulgar de *querulancía agresiva.* En esta acepción, en efecto, está justificado por toda la conducta anterior de la enferma (doscientos procesos con sus inquilinas). Digamos de paso que el uso vulgar del término paranoico", como designación de ese rasgo especial del carácter, nos parece infinitamente más valedero que la definición oficial de la *constitución paranoica.* La imposibilidad de encontrar nunca una aplicación clínica rigurosa de esta definición debe consistir, en efecto, en algún vicio radical de semejante concepción, y nos la hace considerar -digámoslo al final de nuestro libro- como absolutamente mítica. Demos de ello una última prueba haciendo constar una vez más que en esta enferma se echan de menos los cuatro rasgos fundamentales de la famosa constitución, a saber:

1] el rasgo de la *sobrestímación de sí mismo:* hemos tenido, en efecto, en mil expresiones escritas y habladas, pruebas manifiestas de un sentimiento de inferioridad perpetuamente en carne viva;

2] el rasgo de la *desconfianza:* antes de su reacción delirante, la enferma no había desconfiado en modo alguno de las operaciones (bastante sospechosas en efecto) del marido para con ella;

3] y 4] la *falsedad de juicio y finalmente* la *inadaptabilidad social* imputadas a los "paranoicos": pues es un hecho que la enferma decuplicó el rendimiento de una casa de citas adquirida por el marido y que constituyó precisamente el objeto del litigio con él.

B] La misma diferencia de economía en la estructura concreta de la personalidad explica en la psicosis de nuestra enferma estos dos rasgos relativos: una reacción agresiva más eficaz y más precoz, y un delirio mucho menos lujuriante que en la psicosis de nuestro caso Aimée.

En esa correlación se manifiesta, una vez más, que el delirio es el *equivalente intencional* de una pulsión agresiva insuficientemente socializada.

El desconocimiento de esta noción de la *tendencia concreta,* subyacente al fenómeno intencional que es el delirio, es lo que echa a perder las más hermosas investigaciones sobre las *estructuras pasionales* anómalas, lo mismo que sobre todos los "mecanismos" delirantes que se pretende concebir como *objetos en sí.*

Mientras no se investiguen estas tendencias concretas, en efecto, seguirán siendo mal conocidos unos hechos tan patentes como el *platonismo* revelado por la conducta toda del erotómano, o el interés *homosexual* que manifiesta por el rival, tanto en su conducta como en sus fantasmas imaginativos, el *delirante celoso. Y* de esa manera seguirá desconociéndose radicalmente la diferencia profunda que separa la erotomanía y el delirio de celos de toda *pasión* amorosa normal.

Sabemos, por lo demás, que estos delirios se originan en patogenias muy diversas, y que no pueden ser definidos ni exclusivamente por su contenido ni exclusivamente por la consideración de aquello que Dupré, refiriéndose precisamente a ellos, llamaba su "mecanismo". Los trabajos serios sobre el *delirio de celos* han demostrado que hay que buscar en otro lado las señales de su alcance clínico verdadero: por ejemplo, las discriminaciones clínicas capitales que, de 1910 para acá, ha aportado Jaspers para el conocimiento del *delirio paranoico de celos.* Recordemos que estas discriminaciones nos enseñan a distinguir esencialmente el delirio que se manifiesta como *desarrollo* de una personalidad, y el que se presenta como un *proceso* psíquico irruptivo, que trastorna y recompone la personalidad.

Hagamos constar aquí que en el trabajo de Jaspers es donde hemos encontrado el primer modelo, de la utilización analítica de esas *relaciones de comprensión* con las cuales hemos constituido el fundamento de nuestro método y de nuestra doctrina.

Observemos que la oposición clínica establecida en ese trabajo manifiesta claramente la fecundidad de este método en la investigación de los *factores orgánicos* mismos.

En efecto, sólo el examen de la continuidad genética y estructural de la personalidad nos manifestará en qué casos de delirio se trata de un *proceso* psíquico y no de un desarrollo, es decir, en qué casos se debe reconocer en el delirio la manifestación *intencional* de una pulsión que no es de origen infantil, sino de adquisición reciente y exógena, constituyendo así una entidad cuya existencia nos hacen concebir en efecto ciertas afecciones, como la encefalitis letárgica, al demostramos el fenómeno primitivo que está en su raíz.

Pero si aportamos, según se habrá visto, apoyos a la investigación del papel de los factores orgánicos en la psicosis, es gracias a una doctrina que ofrece una concepción racional de ese papel, la única concepción capaz de fundar una observación justa. Esto quiere decir que difiere radicalmente de la doctrina clásica del *paralelismo psico-neurológico,* remozada con el nombre de "automatismo mental".

Este "paralelismo", que supone que toda representación es producida por una reacción neuronal no identificada, arruina radicalmente toda objetividad. Basta leer el libro de Taine sobre *Vin-telligence,* que lleva esta doctrina a su presentación más coherente, para convencerse de que no permite en modo alguno concebir en qué difieren, por ejemplo, la percepción y la alucinación. De ahí que Taine induzca lógicamente una definición de la percepción como "alucinación verdadera", lo cual es la definición misma del milagro perpetuo.

Esto se debe a que el señor Taine concebía las consecuencias de su doctrina. Pero sus epígonos, nuestros contemporáneos, no se sienten embarazados siquiera por tales consideraciones. Las ignoran tranquilamente. Desconociendo el alcance heurístico de los preceptos de sus antecesores, los trasforman en las frases sin contenido de una rutina intelectual y creen que, en la observación de los fenómenos, es posible sustituir los principios de objetividad por unas cuantas afirmaciones gratuitas acerca de su materialidad.

Digamos, para su gobierno, que el mecanismo fisiológico de todo conocimiento debe ser considerado así: el cerebro registra los movimientos del cuerpo propio, al igual que las impresiones del medio. Además, estos movimientos del cuerpo propio manifiestan no una simple pulsión, sino un comportamiento complejo de alcance diferido, es decir, una intención: pues bien, el cerebro registra igualmente estos procesos intencionales, y representa con respecto a ellos su papel de almacén mnésico. Pero lo que el cerebro almacena son estructuras de comportamiento, y no *imágenes,* las cuales no están localizadas en ningún lugar, sino en la sensación misma que les da toda su materia.

En otras palabras, la *personalidad* no es *"paralela"* a los procesos neuráxicos, ni siquiera al solo conjunto de los procesos somáticos del individuo: lo es a *la totalidad constituida por el individuo y por su medio propio.*

Semejante concepción del "paralelismo" debe ser reconocida, por lo demás, como la única digna de tal nombre, si no se olvida que es ésa su forma primitiva, y que tuvo su primera expresión en la doctrina spinozíana. Por lo tanto, los errores que varias veces hemos denunciado bajo este nombre no se deben más que al uso degenerado que indebidamente han hecho de él ciertos epígonos sin virtud.

Esa concepción legitima del *paralelismo* es la única que permite dar a la intencionalidad del conocimiento aquel fundamento en lo real que sería absurdo verle negar en nombre de la ciencia. Es la única que permite dar razón a la vez del conocimiento verdadero y del conocimiento delirante.

En efecto, el conocimiento verdadero se define en ella por una *objetividad* de la cual, por lo demás, no está ausente el criterio del asentimiento social propio de cada grupo.

Por lo que se refiere, en cambio, al conocimiento delirante, esta concepción permite dar de él la fórmula más general, si se define el delirio como la expresión, bajo las formas del *lenguaje* forjadas para las relaciones comprensibles de un grupo, de tendencias concretas cuyo insuficiente conformismo a las necesidades del grupo es desconocido por el sujeto.

Esta última definición del delirio permite concebir, por una parte, las afinidades observadas por los psicólogos entre las formas del pensamiento delirante y las formas primitivas del pensamiento, y por otra parte la diferencia radical que las. separa por el solo hecho de que las unas están en armonía con las concepciones del grupo y las otras no.

No es inútil plantear así estos problemas sobre el plano de rigor gnoseológico que les conviene. Hay, en efecto, en el estudio de los síntomas mentales de la psicosis, una excesiva tendencia a olvidar que éstos son fenómenos del conocimiento, y que, en cuanto tales, no pueden ser objetivados sobre el mismo plano que los síntomas físicos: mientras que éstos, en efecto, son directamente objetivados por el proceso del conocimiento, el fenómeno mismo del conocimiento no puede ser objetivado sino indirectamente por sus causas o por sus efectos, que revelan su carácter ilusorio o bien fundado.

Así pues, los síntomas mentales no tienen valor positivo más que según la medida en que son paralelos a tal o cual tendencia concreta, es decir, a tal o cual comportamiento de la unidad viviente con respecto a un objeto dado.

Al llamar "concreta" a esta tendencia, queremos decir que en ella encontramos un síntoma físico, es decir un objeto comparable con los síntomas de que usa la medicina general, con una ictericia o con una algia por ejemplo.

Que no quepa duda: quienes no llevan a cabo estas precisiones necesarias, que son -en eso estamos de acuerdo- de orden metafísico, están haciendo a su vez, sin darse cuenta, metafísica, pero de la mala, al atribuir constantemente a tal o cual fenómeno mental, definido exclusivamente por su estructura conceptual -Como la pasión, la interpretación, el fantasma imaginativo, el sentimiento de xenopatía-, el alcance de un síntoma objetivo siempre equivalente a si mismo. Se trata de un error de principio: lo único que puede tener semejante alcance es la tendencia concreta, o sea la que da a estos fenómenos su contenido intencional.

Sólo estas tendencias concretas, fundamentales de los síntomas intencionales de una psicosis, confieren a cada uno de estos síntomas y a la psicosis misma su auténtico alcance.

Es de ese modo como hemos podido fundar un tipo de psicosis paranoica sobre la tendencia autopunitiva, y reconocerle, como lo hemos demostrado en páginas anteriores, el pleno valor de un fenómeno de la personalidad. Otro tanto habría que decir de la psicosis de reivindicación, que de buena gana agruparíamos junto con la precedente con el titulo de psicosis del Super-Ego.

En cuanto a la determinación de la autonomía, la significación pronostica y patogénica, el grado de responsabilidad social de cualquier otra forma de psicosis paranoica, nos guardaremos igualmente de utilizar criterios tomados de puras formas sintomáticas -como el delirio de interpretación, por ejemplo-, o tomados exclusivamente de los contenidos -como la erotomanía o el delirio de celos.

Digámoslo una vez más: el ciclo de comportamiento revelado por la psicosis es lo esencial. En cualquier caso en que se manifieste semejante cielo, de manera plenamente comprensible y coherente con la personalidad anterior del sujeto, bajo formas distintas de la que ha quedado descrita por nosotros, otras formas psicógenas de la psicosis paranoica podrán ser individualizadas legítimamente.

Pero es evidente que a medida que las investigaciones vayan progresando hacia formas más *discordantes* de la psicosis, pasando de las formas paranoicas a las formas paranoides, la comprensibilidad y la coherencia conceptual de la psicosis, así como su comunicabilidad social, se irán mostrando cada vez más reducidas y difíciles de captar, pese a los medios de interpretación comparativa que hayan dado los estudios previos sobre las formas más accesibles.

Es preciso, sin embargo, no prejuzgar demasiado de prisa en cuanto al punto en que el método deja de funcionar. Importa, en efecto, no olvidar que investigaciones hechas según un método vecino, aunque menos rigurosamente definido, han sido aplicadas incluso a las formas avanzadas de la demencia precoz, y han revelado en ellas, por lo que se refiere al carácter comprensible de los contenidos y a su determinación por las experiencias afectivas del sujeto, datos de una evidencia notable. Todos los elogios serán insuficientes para rendir un homenaje lo bastante profundo al genio de Bleuler, por el método, tan flexible, que ha permitido analizar en la esquizofrenia por una parte los *fenómenos de déficit,* dependientes probablemente de una *disociación* de los mecanismos

neurológicos, y por otra los *fenómenos de comportamiento,* dependientes de una anomalía de los dinamismos reaccionales.

En todo caso, nuestro método es el único que en cada caso permitirá determinar bajo una forma *irreductible* los factores no psicógenos de la psicosis. Hablaremos entonces, según los casos, de factores hereditarios, congénitos u orgánicos adquiridos; será con conocimiento de causa, y refiriéndonos a elementos simples, no a complejos de síntomas de valor heterogéneo.

Pero, por otra parte, muchos de esos factores, presentados por la doctrina de las constituciones como elementos irreductibles y que parecen forjados de manera tan artificial, aparecerán, a medida que vayan progresando estas investigaciones, como representantes de un momento evolutivo o de un estadio de organización *comprensible* de las pulsiones vitales del individuo. Siendo esto así,

convendrá considerar los comportamientos fundados sobre esas pulsiones como psicógenos, en cuanto que de lo que va a tratarse es de reacciones socializadas del individuo, y, por el contrario, como orgánica o constitucionalmente determinados, en la medida en que tales comportamientos van a ser independientes de las influencias *condicionales* del medio, y particularmente del medio social. Hay aquí una zona de fenómenos en la que se lleva a cabo la juntura del plano *vital individual* y del plano *social personal;* en ella cabe hacer entrar ya, en opinión nuestra, las anomalías pulsionales e intencionales cuyo origen sea descubierto por el estudio de las psicosis en una organización de las tendencias e instintos del individuo, anterior a la constitución de los mecanismos de autocastigo. A ello se debe que propongamos, para esas anomalías más regresivas, el titulo provisional de anomalías *prepersonales,* titulo destinado a precisar que no responden sino incompletamente a la definición de un fenómeno de la personalidad, pero que están relacionados con ella como elementos arcaicos de su génesis y de su estructura.

Sólo a partir de estos datos podrá establecerse para el conjunto del campo de las psicosis una semiología de valor concreto, es decir, que esté fundada en una posología natural y tenga un auténtico valor pronóstico. Un progreso como éste nos aportará una etiología y por lo tanto una profilaxia racionales, así como una apreciación de naturaleza menos puramente empírica de la responsabilidad social.

Indiquemos que, en opinión nuestra, las bases de nuestro método resultan ser particularmente aptas para la solución de problemas semiológicos y patogénicos como el de la naturaleza del *delirio hipocondríaco.* La concepción freudiana de las fijaciones libidinales narcisistas, a pesar de sus imprecisiones, nos parece estar mucho más cerca de la realidad que la explicación por esas cenestopatías imposibles de probar.

El alcance económico de las manifestaciones de *hiperestenia* y de *depresión* deberá igualmente estudiarse de cerca desde el punto de vista especial de los fenómenos de la personalidad, y en cuanto a ese terreno contamos con aportar datos que en la presente tesis hemos mantenido completamente en reserva.

Llamemos la atención sobre la extraordinaria importancia de los marcos nosológicos normalmente constituidos, es decir, que se fundan en el concepto de *entidad mórbida* y no en el concepto inasible y perezoso del *síndrome.*

Esos marcos son los únicos que permiten dar a dos síndromes, semejantes en apariencia, su *pronóstico* respectivo. Son los que permiten, por ejemplo, fundar la oposición manifiesta del peligro reaccional eficaz e inmediato que puede representar determinada psicosis paranoica de autocastigo, con respecto a la gran benignidad social de determinado delirio de persecución, idéntico sin embargo al primero en toda su semiología. La razón es que este último representará, en efecto, una forma de curación de una psicosis con manifestaciones primitivas y predominantes de hipocondría y con una estructura "personal" mucho más arcaica: estamos aquí aludiendo a un tipo cuya descripción nos proponemos elaborar de acuerdo con varios casos que hemos observado.

Sólo en función de esos cuadros naturales, y de las anomalías regresivas a las cuales se refieren, tomará el estudio de las *estructuras conceptuales* del delirio su alcance clínico y pronóstico. No será menos su valor en cuanto a los problemas filosóficos a que hemos aludido, y que son el de las estructuras prelógicas del conocimiento, el del valor de la imaginación creadora en la psicosis y el de las relaciones de la psicosis con el genio.

Este estudio de las estructuras conceptuales debe, además, dar puntos de vista nuevos sobre el problema, falsamente resuelto a nuestro entender, del *contagio mental.* Hemos dejado constancia, en efecto, de que, para la mayor parte de los casos de *delirio a dúa*, nosotros rechazamos toda *"inducc*ión' fundada en la pretendida debilidad mental de uno de los dos; y podremos aportar hechos de *inducción* de delirante a delirante, cuya rareza misma impone una explicación de índole muy distinta.

Por último, digamos que la relación de las *reacciones* delictuosas o criminales con la psicosis no podrá elucidarse sino sobre las bases de un estudio genético y estructural de la psicosis como el que proponemos. En muchos casos es evidente que la atribución teórica de una irresponsabilidad completa a todos los actos que pueden ser cometidos por un delirante, resulta poco satisfactoria para la inteligencia.

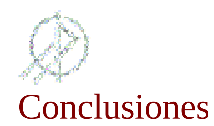
En ese terreno, en efecto, suele recurrirse a criterios empíricos de intuición y de "sentido común" que, por bien fundados que estén a menudo, en los casos difíciles pueden prestarse a discusiones espinosas. En estos casos, una solución científica no podría ser aportada más que por un estudio comparativo de la motivación del acto y de la estructura delirante. Ahora bien, falta todavía un estudio suficiente de estas estructuras en los diferentes tipos de delirio.

No nos alargaremos tampoco en cuanto a los caminos de investigación que se abren hacia el futuro.

Concluiremos ahora nuestro trabajo con la proposición spinoziana que le sirve de epígrafe.

Si recordamos el sentido que en Spinoza tiene el término *esencia,* a saber, la suma de las relaciones conceptualmente definidas de una entidad, y el sentido de determinismo afectivo que le da al término *afecto,* no podremos menos de sentimos impresionados por la congruencia de esta fórmula con el fondo de nuestra tesis. Digamos, pues, para expresar la inspiración misma de nuestra investigación, que "un afecto cualquiera de un individuo dado muestra con el afecto de otro tanta más discordancia, cuanto más difiere la esencia del uno de la esencia del otro" (Etica, 111, 57).

Lo que con eso queremos decir es que los *conflictos determinantes, los síntomas intencionales y las reacciones pulsionales* de una psicosis están en discordancia con las *relaciones de comprensión,* las cuales definen el desarrollo, las estructuras conceptuales y las tensiones sociales de la personalidad normal, según una medida determinada por la *historia* de los "afectos" del sujeto.



Conclusiones

La psicosis paranoica, que parece trastornar la personalidad, ¿consiste en su *desarrollo mismo, o* sea en una anomalía constitucional, o en deformaciones reaccionales? O bien ¿es la psicosis una *enfermedad autónoma,* que refunde la personalidad? Tal es el problema patogénico que planteamos, y cuyo alcance nosológico, diagnóstico y pronóstico será difícil no ver.

Para la solución de este problema, el estado actual de la ciencia no nos ofrece ninguna otra vía que no sea el análisis de los síntomas clínicos.

I. Conclusiones críticas

El análisis de la psicosis se ha fundado hasta el día de hoy en los síntomas del delirio; en éste ha aislado *elementos: fenómenos "elementales", contenidos sistemáticos, constitución predisponente,* a cada uno de los cuales una de las doctrinas reinantes ha querido reconocerle la preponderancia nosológica, patogénica y pronostica. El fracaso probado de todas estas tentativas manifiesta el valor de *abstracciones inadecuadas* de los elementos así concebidos.

Nosotros, sin embargo, completamos su descripción clásica con los siguientes puntos:

1] A los fenómenos elementales analizados en la psicosis paranoica -*interpretaciones, estados pasionales*- conviene añadir ilus*iones de la memoria, trastornos de la percepción y "alucinaciones"* (en el sentido actualmente recibido). Estos fenómenos, y especialmente las *interpretaciones,* se presentan en la consciencia con un alcance *conviccional* inmediato, una significación *objetiva de un solo golpe, o, si* permanece subjetiva, un carácter de *obsesión.* No son nunca el fruto de ninguna deducción "razonante".

El estudio de sus condiciones muestra que es absurdo referir ninguno de estos fenómenos a un hecho de *automatismo* específicamente neurológico. Nosotros demostramos que unos dependen de alteraciones comunes de la consciencia causadas ocasionalmente por trastornos orgánicos generales, y los otros, de estructuras conceptuales que obedecen, en nuestra doctrina, a la *fenomenología* misma de la psicosis

2] Los contenidos sistematizados del delirio no traducen tampoco *o ninguna actividad "razonante" ya* sea que se la conciba como emanada de un juicio *primitivamente* viciado, o ya como normal, pero aplicada *secundariamente* a los datos objetivos ilusorios de los fenómenos precedentes, que se suponen primarios. Nosotros demostramos que esos contenidos expresan inmediatamente *(a* saber, sin deducción lógica consciente), pero manifiestamente (a saber, mediante un simbolismo de claridad evidente), uno o varios de los *conflictos vitales* esenciales del sujeto, conflictos que demuestran así ser la causa eficiente, aunque en realidad no especifica, de la psicosis.

3] La constitución llamada paranoica, finalmente, *falta* a menudo en el terreno de los hechos, o no es sino *secundaria* al delirio. La predisposición a la psicosis se revela así como imposible de definir de manera unívoca en rasgos de carácter: nosotros demostramos que se presenta frecuentemente bajo la forma del carácter *psicasténico* de Janet o *sensitivo* de Kretschmer.

II. Conclusiones dogmáticas

1] La clave del problema nosológico, pronóstico y terapéutico de *la psicosis* paranoica debe buscarse en un análisis psicológico *concreto,* que se aplique a todo el *desarrollo de la personalidad* del sujeto, es decir, a los acontecimientos de su *historia,* a los progresos de su *consciencia,* a sus reacciones en el medio *social.*

Por lo tanto, el método implica en su base *monografías* psicopatológicas tan exhaustivas como sea posible.

Sobre un fundamento como ése es como hemos definido, en el interior del marco de la paranoia, un tipo clínico más estrecho que llamamos *paranoia de autocastigo.* Este tipo tiene para nosotros un valor clínico, y un valor dogmático en cuanto al problema de nuestra tesis.

2] El valor clínico de nuestro tipo consiste en primer lugar en el *cuadro concreto* que de él podemos dar, en la medida misma en que abandonamos las concepciones abstractas anteriores. Remitimos, pues, a su descripción (parte ir, cap. 4, parágrafo III). Además, nuestro tipo propone indicaciones pronosticas, profilácticas y terapéuticas particulares gracias a una propiedad que la especifica actualmente en las psicosis paranoicas, y que es su *curabilidad.*

3] El valor dogmático de nuestro tipo, por lo que hace a nuestro problema, consiste en los datos patogénicos que demuestra.

En efecto: si en este tipo de psicosis los *procesos* orgánicos, aunque *no específicos,* desempeñan el papel de causa *ocasional* (determinante de la declaración de los síntomas), si determinados *conflictos vitales, no ya específicos* en sí mismos, desempeñan en ellas el papel de causa *eficiente* (determinante de la estructura y de la permanencia de los síntomas), un tercer factor patogénico tiene que admitirse allí como causa *específica* de la reacción por la psicosis.

4] Este factor *específico* se demuestra:

A] Como una anomalía *específica de la personalidad,* es decir, específicamente definible en hechos concretos de la historia afectiva del sujeto, de sus progresos intencionales, de sus comportamientos sociales;

B] Como una anomalía del *desarrollo típico* de la personalidad, anomalía *comprensible* en el sentido de que descansa señaladamente sobre esas funciones intencionales en las cuales se integran las constricciones sancionadas por el grupo social, y que pueden ser designadas con el término de *Super-Ego;*

C] Como una anomalía *global* de las funciones de la personalidad, anomalía de *evolución* en el sentido de que traduce una *fijación afectiva* precisamente en aquel estadio infantil en que se forma el *Super-Ego,* mediante la asimilación a la personalidad de las constricciones parentales (de los progenitores o de sus sustitutos).

Esta fijación se afirma como global por el hecho de establecer una correlación entre la psicosis y ciertos caracteres de conjunto del *comportamiento* del sujeto, especialmente en la *esfera sexual,* que es donde se lleva a cabo la *síntesis* de los factores *orgánicos* y de los factores *sociales* de la personalidad.

Esta fijación se afirma como una detención en la evolución, en el sentido de que responde precisamente a la forma evolutiva que tienen las fijaciones eróticas en ese estadio, y acerca de la cual sólo la doctrina freudiana nos informa, a saber: erotización de la zona *anal,* en cuanto al órgano de la tendencia *sadomasoquista;* en cuanto a la intención, de los *hermanos o* de las *hermanas* (según una elección *homosexual);* en cuanto al objeto y, por último, sub*limación* de los primeros instintos sociales.

La fijación en ese estadio, designado asimismo por nosotros como estadio de *narcisismo secundario,* explica las *tendencias concretas* mayores del psiquismo del sujeto, tendencias que podemos referir con tanto más derecho a su *personalidad* cuanto que las funciones esenciales de ésta se hallan plenamente diferenciadas después de dicho estadio.

Estas tendencias- se exteriorizan *al máximo en el delirio.* Explican el papel eficiente que en el determinismo del delirio desempeñan los conflictos vinculados con el complejo *fraternal;* y explican, en la estructura del delirio, la significación de *homosexualidad reprimida* de los síntomas y temas de persecución, el alcance *altruista y social* de los temas idealistas, y la potencia de las pulsiones *agresivas y autopunitivas* manifestadas.

Antes de la psicosis, estas tendencias están *latentes* en cuanto a su potencia real, pero son sospechables, sin embargo, en ciertos hechos del comportamiento, a saber, en síntomas borrosos de *psicastenia* y de *neurosis obsesional,* en una *inversión psíquica* más o menos manifiesta, en el *alcance social predominante* de las satisfacciones que se busca alcanzar mediante la actividad personal, y en el *apragmatismo,* a base de búsqueda insatisfecha *(donjuanismo, platonismo),* de los comportamientos para con el objeto heterosexual.

Una medida válida de todas estas tendencias no podrá ser dada sino por un *estudio experimental* del sujeto; y, hasta ahora, el único que nos ofrece la *técnica aproximada* para ello es el *psicoanálisis.*

Para esta evaluación, la interpretación simbólica del material de las imágenes vale menos, en nuestra opinión, que las *resistencias* con las cuales se mide el tratamiento. En otras palabras, dado el estado actual de la técnica, y suponiéndola perfectamente manejada, los *fracasos* del tratamiento tienen, para la disposición a la psicosis, un valor diagnóstico igual y superior a sus *revelaciones intencionales.*

El estudio de estas resistencias y de estos fracasos es el único que podrá suministrar las bases de la nueva técnica psicoanalítica, de la cual esperamos, para la psicosis, una *psicoterapia* dirigida.

III. Conclusiones hipotéticas

El método puesto a prueba en nuestro estudio nos permite ya ahorra indicar las hipótesis de investigaciones que, según lo creemos, tienen que ser fecundas.

A] *Paranoia de autocastigo y paranoia de reivindicación* forman un *grupo específico* de psicosis, que están determinadas no por un mecanismo llamado pasional, sino por una *detención evolutiva de la personalidad* en el estadio genético del *Super-Ego.*

B] El marco más vasto de las psicosis paranoicas *conserva su valor* clínico gracias a la seguridad del método kraepeliniano, cuyos datos, por una vía opuesta, confirman los nuestros, fundando la autonomía de este marco sobre una patogenia rigurosamente psi*cógena.*

C] Nuestro método de *análisis psicológico concreto* tiene que permitir una visión clara no sólo de los mecanismos reaccionales y conceptuales de esa paranoia kraepeliniana, sino también de los mecanismos, tan enigmáticos, de las parafrenias y de las psicosis paranoides.

D] A medida que se vaya aplicando nuestro método a psicosis más *discordantes,* se irán revelando *procesos* orgánicos más *evidentes,* así como *reacciones* a los conflictos vitales cada vez menos *comprensibles;* pero la importancia de las *fijaciones* evolutivas, más y más *arcaicas,* seguirá siendo esencial; para esas fijaciones que se refieren al estadio del narcisismo primario, nosotros proponemos, en vista de la incompletud que en dicho estadio tienen las funciones de la personalidad, el titulo de *anomalías afectivas pre-personales.*

E] Dos síntomas, en el primer plano, sacarán de semejante estudio su explicación patogénica, al mismo tiempo que adquirirán en él todo su valor nosológico, clínico y pronóstico: las *ideas delirantes hipocondríacas y los temas delirantes de significación homosexual.*

F] Sólo un estudio así puede fundar, pira el conjunto de las psicosis, una *clasificación natural,* una *patogenia comprensible y un pronóstico racional, e* inspirar, por último, la actitud de confianza y de perseverancia que tal vez permita mejorar una *terapéutica* hasta ahora decepcionante.

Sólo un estudio fundado sobre semejante método permitirá una apreciación justa y diferenciada:

a] de las *situacionesvitales* que determinan la psicosis, y muy especialmente de las situaciones iniciales de la infancia (anomalías constantes de la situación familiar);

b] de los tipos de *estructura conceptual prelógíca* revelados por la psicosis, y particularmente del valor significativo de las creaciones estéticas, a menudo notables, o solamente imaginativas, pero singularmente enigmáticas, que produce la psicosis;

c] de las *pulsiones agresivas,* especialmente *homicidas,* que, manifestándose a veces sin epifenómeno delirante y "hablando a señas", no dejan de revelar una anomalía especifica, idéntica a la psicosis, y plantean en los mismos términos el problema de la responsabilidad del sujeto.

7 de septiembre de 1932



Primeros escritos sobre la paranoia

El problema del estilo y la concepción psiquiátrica de las formas paranoicas de la experiencia

(Publicado inicialmente en el núm. 1 de la revista *Minotaure,* junio de 1933.)

Entre todos los problemas de la creación artística, creemos que es el del estilo el que requiere más imperiosamente, y para el artista mismo, una solución teórica. No carece de importancia, en efecto, la idea que el artista se forme del conflicto -revelado por el hecho del estilo- entre la creación realista fundada sobre el conocimiento objetivo, por una parte, y por otra parte la potencia superior de significación y la alta comunicabilidad emocional de la creación que se llama "estilizada". De acuerdo con la naturaleza de esta idea, en efecto, el artista concebirá el estilo como el fruto de una elección racional, de una elección ética, de una elección arbitraria, o bien de una necesidad experimentada por él, cuya espontaneidad se impone a todo control, o que incluso conviene liberar de cualquier control mediante una ascesis negativa. Y es inútil insistir en la importancia que estas concepciones tienen para el teórico.

Ahora bien, nos parece que el sentido que en nuestros días ha tomado la investigación psiquiátrica tiene datos nuevos que aportar a esos problemas. Hemos mostrado el carácter concretísimo de esos datos en algunos análisis de detalle relativos a escritos de locos. Quisiéramos aquí indicar, en términos forzosamente más abstractos, qué revolución teórica pueden significar en la antropología.

La psicología de escuela, por ser la novísima de las ciencias positivas y haber aparecido en el apogeo de la civilización burguesa que sostiene el cuerpo de estas ciencias, no podía menos de consagrar una confianza ingenua al pensamiento mecanicista que de manera tan brillante había demostrado sus capacidades en las ciencias de la física. Esto, por lo menos, durante todo el tiempo en que la ilusión de una infalible investigación de la naturaleza continué recubriendo la realidad con la fabricación de una segunda naturaleza, más conforme a las leyes de equivalencia fundamentales del espíritu, a saber la de la máquina. Se explica así que el progreso histórico de semejante psicología, cuyo punto de arranque fue la crítica experimental de las hipóstasis del racionalismo religioso, haya culminado, en las más recientes psicofísicas, en abstracciones funcionales cuya realidad se va reduciendo más y más rigurosamente a una medida sola, que es la del rendimiento físico del trabajo humano. En las condiciones artificiales del laboratorio no había, en efecto, nada que pudiera oponerse a un desconocimiento tan sistemático de la realidad del hombre.

El papel de los psiquiatras, cuya atención está siendo reclamada de modo especialmente imperioso por esa realidad, se debiera hallar no sólo los efectos del orden ético en las transferencias creadoras del deseo o de la *libido,* sino también las determinaciones estructurales del orden nouméníco en las formas primarias de la experiencia vivida: reconocer, en otras palabras, la primordialidad dinámica y la originalidad (te esa experiencia, de esa vivencia *(Erlebnis),* en relación con cualquier objetivación de acontecimiento *(Geschehnis).*

Nos hallaríamos, sin embargo, en presencia de la sorprendente excepción a las leyes propias del desarrollo de toda superestructura ideológica, si esos hechos hubieran sido reconocidos en el momento mismo en que se encontraron, y afirmados en el momento mismo en que se reconocieron. La antropología implicada por tales hechos hace demasiado relativos los postulados de la física y de la moral racionalizantes. Ahora bien, estos postulados están ya suficientemente integrados al lenguaje corriente, de tal manera que el médico -que, entre todos los tipos de intelectuales, es el marcado de manera más constante por un ligero retraso dialéctico- ha creído, ingenuamente, encontrarlos en los hechos mismos. Además, no hay que ocultar que el interés por los enfermos

mentales nació históricamente de necesidades de orden jurídico. Estas necesidades aparecieron en el momento de la instauración formulada, a base del derecho, de la concepción filosófica burguesa del hombre como ser dotado de una libertad moral absoluta, y de la responsabilidad como atributo propio del individuo (vinculo de los derechos del hombre y de las investigaciones pioneras de Pinel y de Esquirol). De resultas de eso, el problema mayor que se le planteó prácticamente a la ciencia de los psiquiatras fue la cuestión artificial de un todo-o-nada de la invalidación mental (artículo 64 del Código penal francés).

Así, pues, era natural que, para dar con una explicación de los trastornos mentales, los psiquiatras acudieran por principio de cuentas a los análisis de la escuela y al cómodo esquema de un déficit cuantitativo (insuficiencia o desequilibrio) de una función de relación con el mundo, función y mundo procedentes de una misma abstracción y racionalización. En ese terreno, por lo demás, todo un orden de hechos, el que responde al marco clínico de las demencias, se dejaba resolver bastante bien.

Una buena muestra de lo que es el triunfo del genio intuitivo propio de la observación es el hecho de que un Kraepelin, a pesar de estar metido hasta el cuello en esos prejuicios teóricos, haya podido clasificar, con un rigor al cual no ha habido necesidad de añadir prácticamente nada, las especies clínicas cuyo enigma, a través de aproximaciones a menudo bastardas (de las cuales el público no recoge más que unas cuantas palabras genéricas: esquizofrenia, etc.), debía engendrar el relativismo numénico inigualado de los puntos de vista llamados fenomenológicos de la psiquiatría contemporánea.

Estas especies clínicas no son otras que las psicosis, propiamente dichas (las verdaderas 'locura? del vulgo). Ahora bien, los trabajos de inspiración fenomenológica acerca de esos estados mentales (por ejemplo, el recientísimo de un Ludwig Binswanger sobre el estado llamado de "fuga de ideas" que se observa en la psicosis maniaco-depresiva, o bien mi propio trabajo sobre *Lapsicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad),* al estudiar la reacción local que en esos estados se puede individualizar como trastorno mental (y que las más de las veces sólo es notable a causa de alguna discordancia pragmática), no la separan de la totalidad de las vivencias del enfermo, sino que tratan de definir la experiencia total en su originalidad. Esta experiencia no puede ser comprendida sino cuando se ha llegado al límite de un esfuerzo de asentimiento; se la puede describir válidamente como estructura coherente de una aprehensión nouménica inmediata de uno mismo y del mundo. Lo único capaz de hacer posible semejante descripción es un método analítico de grandísimo rigor; toda objetivación es, en efecto, eminentemente precaria en un orden fenoménico que se manifiesta como algo anterior a la objetivación racionalizante. Las formas exploradas de estas estructuras permiten concebirlas como diferenciadas entre sí por ciertos hiatos que hacen posible tipificarlas.

Ahora bien, algunas de esas formas de la experiencia vivida, las formas llamadas mórbidas, se presentan como particularmente fecundas en modos de expresión simbólicos que, aunque irracionales en su fundamento, no por ello dejan de estar provistos de una significación intencional eminente y de una comunicabilidad tensional muy elevada. Estas formas se encuentran en psicosis que nosotros hemos estudiado particularmente, conservándoles su etiqueta antigua -y etimológicamente satisfactoria- de "paranoia".

Estas psicosis se manifiestan clínicamente por un delirio de persecución, una evolución crónica especifica y unas reacciones crimi-nales particulares. Ante la incapacidad de detectar en ellas ningún trastorno en el manejo de la maquinaria lógica y de los símbolos espacio-témporo-causales, los autores del linaje clásico no han vacilado en relacionar paradójicamente todos esos trastornos con una hipertrofia de la función razonante.

Nosotros, en cambio, hemos podido demostrar no sólo que el mundo propio de tales sujetos está trasformado mucho más en su percepción que en su interpretación, sino que esta percepción misma no es comparable con la intuición de los objetos que es propia del individuo civilizado del término medio normal. Por una parte, en efecto, el campo de la percepción está impregnado en estos sujetos de un carácter inmanente e inminente de "significación personal" (síntoma llamado "interpretación"), y este carácter excluye la neutralidad afectiva del objeto que es exigida, virtualmente cuando menos, por el conocimiento racional. Por otra parte, la aliteración de las intuiciones espacio-temporales -alteración que en ellos es notable- modifica el alcance de la convicción de realidad (ilusiones del recuerdo, creencias delirantes).

Estos rasgos fundamentales de la vivencia paranoica la excluyen de la deliberación ético-racional y de toda libertad fenomenológicamente definible en la creación imaginativa.

Ahora bien, nosotros hemos estudiado metódicamente las expresiones simbólicas que de su experiencia dan estos sujetos: son por una parte los temas ideicos y los actos significativos de su delirio, y por otra parte las producciones plásticas y poéticas en las cuales se muestran notablemente fecundos.

Hemos podido hacer ver:

1] La significación eminentemente humana de estos símbolos, que no tiene análogo, en cuanto a los, temas delirantes, más que en las creaciones míticas del folklore, y que, en cuanto a los sentimientos animadores de esas fantasías, no tiene a menudo nada que pedirle a la inspiración de los artistas más grandes (sentimientos de la naturaleza, sentimiento idílico y utópico de la humanidad, sentimiento de reivindicación antisocial).

2] Hemos caracterizado en los símbolos una tendencia fundamental que hemos designado con el término de "identificación iterativa del objeto": el delirio, en efecto, revela una gran fecundidad en fantasmas de repetición cíclica, de multiplicación ubicuista, de periódicos retornos sin fin de unos mismos acontecimientos, en "dobletes" y "tripletes" de unos mismos personajes, a veces en alucinaciones de desdoblamiento de la persona del sujeto. Estas intuiciones están notoriamente emparentadas con procesos muy constantes de la creación poética y parecen una de las condiciones de la tipificación, creadora del estilo.

3] Pero el punto más importante que hemos deducido de los símbolos engendrados por la psicosis es éste: que su valor de realidad no queda disminuido en nada a causa de la génesis que los excluye de la comunidad mental de la razón. Los delirios, en efecto, no tienen necesidad de ninguna interpretación para expresar con sus solos temas, y a las mil maravillas, esos complejos instintivos y sociales que sólo a costa de gran trabajo consigue el psicoanálisis sacar a la luz en el caso de los neuróticos. No menos notable es el hecho de que las reacciones criminales de esos enfermos se produzcan con gran frecuencia en un punto neurálgico de las tensiones sociales de la actualidad histórica.

Todos estos rasgos propios de la vivencia paranoica le dejan un margen de comunicabilidad humana en la que ha mostrado, bajo otras civilizaciones, toda su potencia. La experiencia vital de tipo paranoico no ha perdido por completo esa potencia ni siquiera bajo esta civilización racionalizante que es la nuestra: puede afirmarse que Rousseau, a propósito del cual puede pronunciarse con la mayor certidumbre el diagnóstico de paranoia típica, debe a su experiencia propiamente mórbida la fascinación que ejerció en su siglo por su persona y por su estilo. Sepamos también ver que el gesto criminal de los paranoicos excita a veces tan hondamente la simpatía trágica, que el siglo, para defenderse, no sabe ya si despojarlo de su valor humano o bien abrumar al culpable bajo su responsabilidad.

La vivencia paranoica y la concepción del mundo engendrada por ella pueden concebirse como una

sintaxis original que contribuye a afirmar, mediante los vínculos de comprensión que le son propios, la comunidad humana. El conocimiento de esta sintaxis nos parece una introducción indispensable para la comprensión de los valores simbólicos del arte, y muy especialmente de los problemas del estilo -a saber, las virtudes de convicción y de comunión humana que le son propios-, y para la comprensión, también, de las paradojas de su génesis -problemas siempre insolubles para toda antropología que no se haya liberado del realismo ingenuo del objeto.

Motivos del crimen paranoico: el crimen de las hermanas Papin

Al doctor Georges Dumas, con respetuoso afecto.

(Publicado inicialmente en la revista Minotaure, núm. 3, diciembre de 1933. Cf. los reportajes de Jérôme y Jean Tharaud en Paris-Soir, 29 y 30 de septiembre y 8 de octubre de 1933.)

Los lectores recordarán las circunstancias horribles de la matanza de Le Mans, y la emoción que provocó en la conciencia del público el misterio de los motivos de las dos asesinas, las hermanas Christine y Léa Papin. A esta inquietud, a este interés, respondió en la prensa una información muy amplia de los hechos, a través de las inteligencias más despiertas del campo del periodismo. Aquí, pues, no haremos más que resumir los hechos del crimen.

Las dos hermanas, una de veintiocho años y la otra de veintiuno, han, estado trabajando desde hace varios años como criadas de unos honorables burgueses de la pequeña ciudad provinciana, un abogado, su mujer y su hija. Criadas modelo, se ha dicho, excelentes trabajadoras; criadas-misterio también, pues, si se ha observado que los amos parecen haber carecido extrañamente de simpatía humana, nada nos permite decir que la indiferencia altiva de las sirvientas se haya limitado a corresponder a esa actitud; de un grupo al otro, "no se hablaban". Este silencio, sin embargo, no podía estar vacío, incluso si era oscuro a los ojos de los actores.

El 2 de febrero, al anochecer, esta oscuridad se materializa debido a un trivial apagón doméstico de la electricidad. La descompostura ha sido provocada por una torpeza de las hermanas, y las patronas ausentes ya han mostrado, a propósito de nimiedades sin importancia, reacciones muy vivas de humor. ¿Qué fue lo que dijeron la madre y la hija cuando, al regresar a casa, se encontraron con el vulgar desastre? Las respuestas de Christine- han variado en cuanto a este punto. En todo caso, el drama se desata muy aprisa, y sobre la forma del ataque es difícil admitir otra versión que la que han dado las hermanas, a saber, que fue repentino, simultáneo, y llevado de golpe al paroxismo del furor: cada una se apodera de una adversaria, le saca viva los ojos de las órbitas (hecho inaudito, según se ha dicho, en los anales del crimen) y luego la remata. Después, con ayuda de cuanto encuentran a su alcance, un martillo, un jarro de estaño, un cuchillo de cocina, se ensañan con los cadáveres de sus víctimas, les aplastan la cara y, desnudándoles el sexo, acuchillan profundamente los muslos y las nalgas de una para embadurnar con esa sangre los muslos y las nalgas de la otra. Lavan en seguida los instrumentos de estos ritos atroces, se purifican ellas mismas, y se acuestan en la misma cama. "¡Buena la hemos hecho!" Tal es la fórmula que intercambian y que parece dar el tono del desemborrachamiento, vaciado de toda emoción, que sucede en ellas a la orgía de sangre.

Al juez no le darán ningún motivo comprensible de su acto, ningún odio, ningún agravio contra sus víctimas; su única preocupación parecerá ser la de compartir enteramente la responsabilidad del crimen. Ante tres médicos expertos se mostrarán sin ninguna señal de delirio, ni de demencia, sin ningún trastorno actual psíquico ni físico, y a ellos les será forzoso registrar ese hecho.

En los antecedentes del crimen figuran algunos datos demasiado imprecisos, al parecer, para que se los pueda tomar en cuenta: unas gestiones embrolladas de las hermanas ante el alcalde para obtener la emancipación de la menor; un secretario general que las ha encontrado "chifladas"; un comisario central que atestigua haberlas tenido por "perseguidas". Hay también el cariño singular que las unía, su inmunidad a cualquier otro interés, los días de descanso que pasan juntas y en su habitación. Pero ¿acaso le han preocupado a alguien, hasta entonces, semejantes rarezas? Se omite también el dato de un padre alcohólico, brutal, que, según se dice, ha violado a una de sus hijas, así como el precoz abandono de su educación.

Pasados cinco meses de encarcelamiento, Christine, aislada de su hermana, presenta una crisis de agitación violentísima, con alucinaciones terroríficas. Durante otra crisis trata de sacarse los ojos, sin conseguirlo, por cierto, pero no sin lastimarse. La agitación furiosa hace necesario esta vez el uso de la camisa de fuerza. Se entrega a exhibiciones eróticas; después aparecen síntomas de melancolía: depresión, negativa a tomar alimentos, autoacusación, actos expiatorios de un carácter repugnante; posteriormente, en varias ocasiones, suelta frases de significación delirante. Christine declaró haber simulado alguno de esos estados. Digamos, sin embargo, que esa declaración no puede tenerse en modo alguno como la clave de su índole: el sentimiento de juego suele ser experimentado en tales estados por el sujeto, sin que su comportamiento sea por ello menos típicamente mórbido.

El 30 de septiembre, las hermanas son condenadas por el jurado. Christine, al oír que le van a cortar la cabeza en la plaza principal de la ciudad, recibe la noticia de rodillas.

Mientras tanto, los caracteres del crimen, los trastornos de Christine en la cárcel, las rarezas de la vida de las hermanas, hablan convencido a la mayoría de los psiquiatras de la irresponsabilidad de las asesinas.

Ante la negativa de un contra-peritaje, el doctor Logre, cuya personalidad altamente calificada es bien conocida, decidió tomar la palabra en la sala del tribunal en calidad de defensor. ¿Fue la regla de rigor inherente al clínico magistral, o la prudencia impuesta por unas circunstancias que lo ponían en postura de abogado? El caso es que el doctor Logre adelantó no una, sino varias hipótesis, acerca de la presunta anomalía mental de las hermanas: ideas de persecución, perversión sexual, epilepsia o histero-epilepsia. Si nosotros nos creemos capaces de formular una explicación más unívoca del problema, queremos antes que nada rendir homenaje a su autoridad, no sólo porque nos protege del reproche de emitir un diagnóstico sin haber examinado personalmente a las enfermas sino también porque ha sancionado con fórmulas particularmente felices ciertos hechos muy delicados de aislar, y sin embargo, como vamos a ver, esenciales para la demostración de nuestra tesis.

Existe una entidad mórbida, la paranoia, que, a pesar de las fortunas diversas que ha sufrido con la evolución de la psiquiatría, responde grosso modo a los rasgos clásicos siguientes: a] un delirio intelectual

que varía sus temas de las ideas de grandeza a las ideas de persecución; b] unas reacciones agresivas que muy a menudo llevan al asesinato; c] una evolución crónica.

Dos concepciones se hablan opuesto hasta el día de hoy en cuanto a la estructura de esta psicosis: la primera se pronuncia por el desarrollo de una "constitución" mórbida, o sea de un vicio congénito del carácter; la segunda descubre los fenómenos elementales de la paranoia en trastornos momentáneos de la percepción, calificándolos de interpretativos a causa de su analogía aparente con la interpretación normal; el delirio es aquí considerado como una reacción pasional cuyos motivos están dados por la convicción delirante.

Por más que los fenómenos llamados elementales tengan una existencia mucho más cierta que la pretendida constitución paranoica, no es difícil ver la insuficiencia de estas dos concepciones, y nosotros hemos intentado fundar una nueva sobre una observación más conforme al comportamiento del enfermo.

Hemos reconocido así como primordial, tanto en los elementos como en el conjunto del delirio y en sus reacciones, la influencia de las relaciones sociales incidentes a cada uno de esos tres órdenes de fenómenos; y hemos admitido como explicativa de los hechos de la psicosis la noción dinámica de las *tensionessociales,* cuyo estado de equilibrio o de ruptura define normalmente la personalidad en el individuo.

La pulsión agresiva, que se resuelve en el asesinato, aparece así como la afección que sirve de base a la psicosis. Se la puede llamar inconsciente, lo cual significa que el contenido intencional que la traduce en la consciencia no puede manifestarse sin un compromiso con las exigencias sociales integradas por el sujeto, es decir sin un camuflaje de motivos, que es precisamente todo el delirio.

Pero esta pulsión está teñida a su vez de relatividad social: tiene siempre la intencionalidad de un crimen, casi constantemente la de una venganza, a menudo el sentido de un castigo, es decir de una sanción emanada de los ideales sociales, y a veces, finalmente, se identifica con el acto acabado de la moralidad, tiene el alcance de una expiación (autocastigo). Los caracteres objetivos del asesinato, su electividad en cuanto a la víctima, su eficacia homicida, sus modos de explosión y de ejecución varían de manera continua con esos grados de la significación humana de la pulsión fundamental. Son esos mismos grados los que gobiernan la reacción de la sociedad frente al crimen paranoico, reacción ambivalente, de doble forma, que determina el contagio emocional de este crimen y las exigencias punitivas de la opinión.

Tal se nos muestra este crimen de las hermanas Papin, a causa de la emoción que suscita y que sobrepasa su horror, y a causa de su valor de imagen atroz, pero simbólica hasta en sus más espantosos detalles: las metáforas más sobadas del odio-"sería capaz de sacarle los ojos"- reciben su ejecución literal. La conciencia popular revela el sentido que da a este odio al aplicarle el máximo de la pena, como la ley clásica al crimen de los esclavos. Tal vez, como luego veremos, se engañe así en cuanto al sentido real, del acto. Pero observemos, para beneficio de aquellos a quienes espanta la vía psicológica por la que estamos llevando el estudio de la responsabilidad, que el adagio "comprender es perdonar" está sometido a los límites de cada comunidad humana, y que, fuera de esos limites, comprender (o creer comprender) es condenar.

El contenido intelectual del delirio se nos muestra, según queda dicho, como una superestructura a la vez justificativa y negadora de la pulsión criminal. Lo concebimos, pues, como algo sometido a las variaciones de esta pulsión, por ejemplo al descenso resultante de su satisfacción: en el caso princeps del tipo particular de paranoia que hemos descrito (el caso Aimée), el delirio se evapora con la realización de los objetivos del acto. No hay por qué asombrarse de que otro tanto haya ocurrido durante los primeros meses que siguieron al crimen de las hermanas Papin. A lo largo de mucho tiempo, los defectos correlativos de las descripciones y de las explicaciones clásicas han hecho desconocer la existencia de tales variaciones, a pesar de tratarse de algo capital, afirmando la estabilidad de los delirios paranoicos, siendo así que lo único que hay es constancia de estructura: esa concepción conduce a los expertos a conclusiones erróneas, y explica sus aprietos en presencia de gran número de crímenes paranoicos, en los cuales su sentimiento de la realidad se abre paso a pesar de sus doctrinas, pero no engendra en ellos otra cosa que incertidumbre.

En el caso de las hermanas Papin, una sola huella de formulación de ideas delirantes anterior al crimen debe ser tenida por un complemento del cuadro clínico: y si se la sabe buscar, se la encontrará, principalmente en el testimonio del comisario central de la ciudad. Su imprecisión no puede de ninguna manera ser motivo para rechazarla: todo psiquiatra conoce el ambiente especialísimo evocado muy a menudo por no se sabe qué estereotipia de las palabras de tales enfermos, antes incluso de que esas palabras se concreten en fórmulas delirantes. Basta que alguien haya experimentado una sola vez esta impresión para que no pueda tener por desdeñable el hecho de reconocerla. Ahora bien, las funciones de selección de los centros de la policía dan el hábito de esa experiencia.

En la cárcel, Christine da expresión a varios temas delirantes. Calificamos así no sólo determinados síntomas típicos del delirio, por ejemplo el desconocimiento sistemático de la realidad (Christine pregunta cómo están de salud sus dos víctimas, y declara que las cree rencarnadas en otros cuerpos), sino también las creencias, más ambiguas, que s, traducen en frases como ésta: "Creo que en otra vida yo debería ser el marido de mi hermana." En frases como éstas, en efecto, se pueden reconocer contenidos muy típicos de los delirios clasificados. Además, es constante encontrar cierta ambivalencia en toda creencia delirante, desde las formas más tranquilamente afirmativas de los delirios fantásticos (en los que el sujeto reconoce sin embargo- una "doble realidad") hasta las formas interrogativas de los delirios llamados "de suposición" en los que toda afirmación de la realidad le es sospechosa.

En nuestro caso, el análisis de esos contenidos y de esas formas nos permitiría precisar el sitio de las dos hermanas en la clasificación natural de los delirios. Las hermanas Papin no podrían ser acomodadas en la forma muy limitada de la paranoia que, por la vía de tales correlaciones formales, hemos aislado nosotros en nuestro trabajo sobre el caso Aimée. Probablemente, incluso, se saldrían de los marcos genéricos de la paranoia para entrar en el de las parafrenias, agrupadas por el genio de Kraepelin como formas inmediatamente contiguas. Esta precisión del diagnóstico, en el estado caótico de nuestra información, sería sin embargo muy precaria. Por lo demás, sería poco útil para nuestro estudio de los motivos del crimen, puesto que, como lo hemos indicado en nuestro trabajo, las formas de paranoia y las formas delirantes vecinas siguen unidas por una comunidad de estructura que justifica la aplicación de los mismos métodos de análisis

Lo cierto es que las formas de la psicosis se nos muestran en las dos hermanas, si no idénticas cuando menos estrechamente correlativas. Se ha escuchado en el curso de los debates la afirmación sorprendente de que era imposible que dos seres estuvieran afectados, al mismo tiempo, de la misma locura (o, por mejor decir, que la revelaran simultáneamente). Es una afirmación completamente falsa. Los delirios a dúo se cuentan entre las formas más antiguamente reconocidas de las psicosis. Las observaciones muestran que se producen electivamente entre deudos muy cercanos, padre e hijo, madre e hija, hermanos o hermanas. Digamos que su mecanismo depende en ciertos casos de la sugestión contingente ejercida por un sujeto delirante activo sobre un sujeto débil pasivo. Vamos a ver que nuestra concepción de la paranoia da de ese fenómeno una noción completamente distinta, y explica mejor el paralelismo criminal de las dos hermanas.

La pulsión homicida que concebimos como la base de la paranoia no sería, en efecto, más que una abstracción poco satisfactoria si no se encontrara controlada por una serie de anomalías correlativas de los instintos socializados, y si el estado actual de nuestros conocimientos sobre la evolución de la personalidad no nos permitiera considerar esas anomalías pulsionales como contemporáneas en su génesis. Homosexualidad, perversión sádico-masoquista, tales son los trastornos instintivos cuya

existencia, en este caso, no había sido detectada más que por los psicoanalistas, y cuya significación genética hemos intentado nosotros mostrar en nuestro trabajo. Hay que confesar que las hermanas Papin parecen aportar a estas correlaciones una confirmación que se podría calificar de grosera: el sadismo es evidente en las manipulaciones ejecutadas sobre las víctimas, ¿y qué significación no toman, a la luz de estos datos, el afecto exclusivo de las dos hermanas, el misterio de su vida, las rarezas de su cohabitación, su medroso refugio en una misma cama después del crimen?

Nuestra experiencia precisa de estas enfermas nos hace vacilar, sin embargo, ante la afirmación, lanzada por algunos, de la realidad de relaciones sexuales entre las hermanas. Por eso le agradecemos al doctor Logre la sutileza del término "pareja psicológica" que da la medida de su reserva en cuanto a ese problema. Los psicoanalistas mismos, cuando hacen derivar la paranoia de la homosexualidad, califican esta homosexualidad de inconsciente, de "larvada". Esta tendencia homosexual no se expresaría sino por una negación enloquecida de si misma, que fundaría la convicción de ser perseguido y designaría al ser amado en el perseguidor. Pero ¿qué cosa es esta tendencia singular que, estando así tan cerca de su revelación evidente, permanecería siempre separada de ella por un obstáculo singularmente trasparente?

Freud, en un articulo admirable, sin damos la clave de esta paradoja, nos proporciona todos los elementos para encontrarla. Nos muestra en efecto que, cuando en los primeros estadios ahora reconocidos de la sexualidad infantil se opera la reducción forzosa de la hostilidad primitiva entre los hermanos, puede producirse una anormal inversión de esta hostilidad en deseo, y que este mecanismo engendra un tipo especial de homosexuales en los cuales predominan los instintos y actividades sociales. Se trata, de hecho, de un mecanismo constante: esa fijación amorosa es, la condición primordial de la primera integración a las tendencias instintivas de aquello que llamamos las *tensiones* sociales. Integración dolorosa, en la que se marcan ya las primeras exigencias sacrificiales que nunca más dejará de ejercer la sociedad sobre sus miembros: tal es su vinculo con esa intencionalidad personal del sufrimiento infligido, que constituye el sadismo. Esta integración se hace, sin embargo, según la ley de menor resistencia, mediante una fijación afectiva muy cercana aún al yo solipsista, fijación que merece el epíteto de narcisista, en la cual el objeto elegido es el más semejante al sujeto: tal es la razón de su carácter homosexual. Pero esta fijación deberá ser superada para llegar a una moralidad socialmente eficaz. Los magníficos estudios de Piaget nos han mostrado el progreso que se lleva a cabo desde el egocentrismo ingenuo de las primeras participaciones en las reglas del juego moral hasta la objetividad cooperativa de una consciencia idealmente acabada.

En nuestras enfermas, esta evolución no ha sobrepasado su primer estadio, y las causas de semejante detención pueden ser de ,orígenes muy diferentes, orgánicas unas (taras hereditarias), psicológicas otras (psicoanálisis infantil). Como se sabe, su acto parece no haber estado ausente de la vida de las hermanas

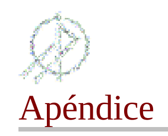
A decir verdad, mucho antes de que hubiéramos hecho estos acercamientos teóricos, la observación prolongada de un crecido número de casos de paranoia, con el complemento de minuciosas indagaciones sociales, nos había conducido a considerar la estructura de las paranoias y de los delirios vecinos como un terreno enteramente dominado por la suerte de ese complejo fraternal. Un ejemplo muy importante de tal fenómeno salta a la vista en las observaciones que hemos publicado. La ambivalencia afectiva hacia la hermana mayor dirige todo el comportamiento autopunitivo de nuestro "caso Aimée". Si en el curso de su delirio Aimée trasfiere sobre varias cabezas sucesivas las acusaciones de su odio amoroso, es por un esfuerzo de liberarse de su fijación primera, pero este esfuerzo queda abortado: cada una de las perseguidoras no es, verdaderamente, otra cosa que una nueva imagen, completa e invariablemente presa del narcisismo, de esa hermana a quien nuestra enferma ha convertido en su ideal. Comprendemos ahora cuál es el obstáculo de vidrio que hace que Aimée no pueda saber nunca, a pesar de estarlo gritando, que ella ama a todas esas perseguidoras: no son más que imágenes.

El "mal de ser dos" que afecta a esos enfermos no los libera sino apenas del mal de Narciso. Pasión mortal y que acaba por darse la muerte. Aimée agrede al ser brillante a quien odia justamente porque representa el ideal que ella tiene de sí misma. Esta necesidad de autocastigo, este enorme sentimiento de culpabilidad se lee también en las acciones de las hermanas Papin, aunque sólo sea en el arrodillamiento de Christine al escuchar su sentencia. Pero es como si las hermanas no hubieran podido siquiera tomar, respecto la una de la otra, la distancia que habría sido necesaria para hacerse daño. Verdaderas almas siamesas, forman un mundo cerrado para siempre; cuando se leen las declaraciones que hicieron después del crimen, dice el doctor Logre, "uno cree estar leyendo doble". Sin más medios que los de su islote, tienen que resolver su enigma, el enigma humano del sexo.

Es preciso haber prestado oídos muy atentos a las extrañas declaraciones de tales enfermos para saber las locuras que su conciencia encadenada puede armar sobre el enigma del falo y de la castración femenina. Entonces queda uno preparado para reconocer en las confesiones tímidas del sujeto llamado normal las creencias que está callando, y que cree estar callando porque las, juzga pueriles, cuando en realidad las calla porque, sin saberlo, sigue adherido a ellas.

La frase de Christine: "creo que en otra vida yo debería ser el marido de mi hermana", se reproduce en estos enfermos a través de gran número de temas fantásticos para cuya captación sólo basta saber escuchar. Qué largo camino de tortura ha tenido que recorrer Christine antes de que la experiencia desesperada del crimen la desgarre de su otro yo, y de que pueda, después de su primera crisis de delirio alucinatorio, en la cual cree ver a su hermana muerta, muerta sin duda por ese golpe, gritarle, ante el juez que las confronta, las palabras de la pasión desengañada: "¡Sí, di que sí!"

La noche fatídica, en la ansiedad de un castigo inminente, las hermanas entremezclan la imagen de sus patronas con el espejismo de su propio mal. Es su propia miseria lo que ellas detestan en esa otra pareja a la que arrastran en una atroz cuadrilla. Arrancan los ojos como castraban las bacantes. La curiosidad sacrílega que constituye la angustia del hombre desde el fondo de los tiempos es lo que las anima cuando desean a sus víctimas y cuando acechan en sus heridas abiertas aquello que Christine, en su inocencia, llamará más tarde, ante el juez, "el misterio de la vida".



Apéndice

Presentación general de nuestros trabajos científicos

(1933)

No daremos un análisis detallado de nuestros primeros trabajos. Algunos de ellos, según podrá verse, son de neurología pura (publicaciones 1, 3, 7). Nuestra modesta contribución al problema de la histeria (publ. 2 y 3) constituye la transición a nuestras investigaciones actuales, todas ellas de índole psiquiátrica. Nos hemos dedicado en primer lugar, según la orientación dada por nuestros maestros, a poner en evidencia las condiciones orgánicas determinantes en cierto número de síndromes mentales (publ. 4, 6, 10, 11, 13).

Hemos aguardado hasta el final de nuestros años de internado para expresar, en nuestro trabajo principal que es nuestra tesis, la importancia creciente que habían tomado ante nuestros ojos, durante esos años, los problemas de psicología patológica.

Según nosotros, el progreso de la ciencia psiquiátrica no puede prescindir de un estudio profundo de las "estructuras mentales" (término que comenzamos a emplear en nuestro trabajo l), estructuras que se manifiestan en el curso de los diferentes síndromes clínicos y cuyo análisis fenomenológico (cf. nuestro trabajo 4) es indispensable para una "clasificación natural" de los trastornos, fuente manifiesta de importantes indicaciones pronosticas y a menudo de sugerencias terapéuticas preciosas.

Hemos sido llevados a estos puntos de vista por nuestros primeros estudios sobre los delirios (publ. 8), y muy especialmente sobre los trastornos del lenguaje observados en los delirantes (publ. 9). Los trabajos de nuestros predecesores sobre este tema nos han incitado a introducir los métodos de la lingüística en el análisis de las manifestaciones escritas del lenguaje delirante (cf. nuestro trabajo 2).

Una investigación de ese tipo nos ha convencido de la imposibilidad de captar ningún fenómeno psíquico positivo (es decir, dotado de un contenido) que surgiera bajo una forma irreductiblemente independiente del funcionamiento de la personalidad en cuanto conjunto. Para decirlo con precisión, ningún fenómeno psíquico es puramente automático. Los que parecen tales están vinculados con estados muy inferiores y degradados de la actividad mental. No puede ser cuestión de asimilar a ellos los fenómenos siempre cargados de "significación personal" que constituyen la originalidad de las formas elevadas de la psicopatología (psicosis propiamente dichas).

Es así, como nos hemos visto llevados a estudiar las psicosis paranoicas en su relación con la personalidad. Designamos con este término (cap. 2 de la parte i de nuestro libro) el conjunto de las relaciones funcionales especializadas que constituyen la originalidad del animal-hombre, aquellas que lo adaptan al enorme predominio que en su medio vital tiene el medio humano, o sea la sociedad.

Hemos mostrado que la psicosis paranoica, tal como ha sido definida por los progresos de la nosología clásica, no puede concebirse de otra manera que como un modo reaccional de la personalidad, o sea altamente organizado, frente a ciertas situaciones vitales que no pueden definirse más que por su significación humana a su vez muy elevada, es decir, las más de las veces por un conflicto de la conciencia moral.

Queda, pues, subrayada esta génesis "reaccional" de las psicosis, concepción que nos opone a los teóricos de la "constitución" llamada paranoica, lo mismo que a los partidarios de un "núcleo" de la convicción delirante, que sería un fenómeno de "automatismo mental". Lo cual no quiere decir que no hayamos estudiado esas dos teorías: lo hemos hecho, y muy de cerca, como puede verse por el análisis bibliográfico y critico sumamente amplio de los trabajos franceses y extranjeros publicados sobre nuestro tema, en el cual insistimos muy especialmente acerca de los más recientes y menos divulgados en Francia (cf. cap. 3 y 4 de la parte i de nuestra obra, pp. 51-134Y.

Pero esta historia sistemáticamente presentada de las teorías nos aporta justamente la mejor critica de sus contenidos contrapuestos. Además, nos brinda la ocasión de señalar los datos de hecho que reducen la verosimilitud de algunas de ellas (estadísticas de Lange sobre la extremada diversidad de las predisposiciones de carácter manifestadas antes de la psicosis, por ejemplo). Por el contrario, estudiamos allí el desarrollo de las teorías en las cuales está inspirada la nuestra: al lado de los trabajos alemanes de Gaupp, de Bleuler, de Kretschmer, de Kehrer (analistas cada vez más avanzados de las determinaciones "reaccionales" de la psicosis), mostramos la deuda que tenemos para con autores franceses como Pierre Janet, Mignard y Petit, Guiraud, etc.

La originalidad de nuestro estudio consiste en ser el primero, cuando menos en Francia, en que se ha intentado una interpretación exhaustiva de los fenómenos mentales de un delirio típico en función de la historia concreta del sujeto, restituida por una investigación lo más completa posible (parte II, cap. 1 y 4).

Este método es el único que puede permitir la definición de aquello que en la psicosis se remonta al desarrollo reaccional de la personalidad, y de aquello que se presenta, según la expresión de Jaspers, como un proceso mórbido (neoformado) (parte II, cap. 2 y 3).

En efecto, lejos de tender a disipar la originalidad de los fenómenos mórbidos, un método como el nuestro permite, por el contrario, poner de relieve la estructura mental anómala que caracteriza hasta los fenómenos elementales de la psicosis. De esa manera destacamos, por ejemplo, el carácter intuitivo, inmediato, irracional de la interpretación mórbida -que los clásicos, como se sabe, tienden a convertir en una anomalía "razonante". De esa misma manera, en el sistema del delirio -que los teóricos clásicos conciben como explicativo-, reconocemos anomalías de la lógica y mostramos el parentesco de estas anomalías con ciertos caracteres mucho más impresionantes de las psicosis paranoicas.

Por el contrario, ponemos en evidencia el valor significativo de esta estructura, mental particular, reconociéndola como la expresión de pulsiones instintivas anormales, manifestadas muy tardíamente en el comportamiento mismo del delirante. Pulsiones agresivas de una naturaleza elaborada muy particular, que pueden ser calificadas de pulsiones primitivas, y que dan sus características tan especiales a las reacciones homicidas de los paranoicos. Pulsiones homosexuales ya reconocidas por gran número de autores (Guiraud, los psicoanalistas) en ciertos fenómenos mayores del delirio (contenido de las interpretaciones, elección del perseguidor, etc.).

Tales son los frutos que nos da un análisis de la psicosis llevado a cabo sin otro prejuicio que el de no desconocer a priori las significaciones más evidentes de los contenidos mentales y del comportamiento que constituyen el delirio. Este análisis nos permite describir mucho más exactamente una forma particular de psicosis que, a la vez que da pruebas de su autenticidad

paranoica, se revela, en varios puntos, diferente de la descripción clásica: predisposición del terreno, de indole psicasténica; iniciación brusca por sus formas interpretativas de tipo agudo; constancia de estructura pero variaciones de intensidad en la evolución; curabilidad posible. Esta noción eventual de curabilidad permite encarar la cuestión de la catarsis terapéutica. Llamamos "paranoia de autocastigo" a ese tipo clínico porque, según mostramos, es la pulsión propiamente autopunitiva la que domina en su etiología, en su aparición, en su estructura y también en su curación.

Creemos estar en posibilidad de dar también a esta pulsión un valor patogénico: en este punto de nuestro estudio, en efecto, resulta haber un acuerdo muy impresionante entre las estructuras mentales y pulsionales que hemos definido en la psicosis, y el estadio evolutivo de la personalidad que otras experiencias psicológicas, completamente distintas de la nuestra, han permitido describir como algo perteneciente a la integración infantil de la conciencia moral (trabajos de Piaget sobre la génesis del juicio moral en el niño; génesis del super-ego, inducida por los psicoanalistas del estudio de las neurosis). Así, pues, es en una detención evolutiva de la personalidad durante este estadio, detención determinada por una condición concreta de la historia del sujeto, donde encontramos la predisposición (adquirida, como se ve) que se desarrolla en la psicosis.

Más tarde (en la edad adulta por regla general) la psicosis hace explosión bajo la influencia de una. situación vital cuya acción electiva se define por su semejanza con el complejo patógeno inicial. Todas las ocasiones de estados "hipnoides" *(surmenage,* episodios tóxicos e infecciosos) podrían desempeñar un papel de detonadores, cuyo valor en el comienzo de -la psicosis (siempre brusco desde el punto de vista clínico) es preciso no desconocer.

Así, pues, según podrá verse, es de nuestro método mismo de investigación psicológica de donde creemos poder deducir la justa instancia de los factores orgánicos a los cuales les reconocemos, según podrá verse igualmente, un papel preponderante en el estallido de la psicosis sin admitir en modo alguno que puedan explicar ni su forma, ni sus contenidos mentales específicos, ni sus reacciones, ni su evolución duradera.

Una muchedumbre de detalles sintomáticos y de particularidades reaccionales de estas psicosis paranoicas vienen a quedar destacados por nuestra concepción bajo una luz, a nuestro entender, más satisfactoria que por las concepciones anteriores: indiquemos sólo aquí el valor altamente dramático y el alcance contagioso del crimen paranoico, vinculado con su valor expresivo de un conflicto eminentemente humano. Esta resonancia social de los actos y a menudo del delirio mismo del paranoico (J.-J. Rousseau) -valor propio de los escritos de los delirantes que a lo largo de un nutrido capitulo estudiamos a propósito de los de nuestro caso princeps, los cuales son muy ricos- plantea por si sola un problema: el de la comunicabilidad del pensamiento psicótico y del valor de la psicosis como creadora de expresión humana.

En nuestra opinión, el método que empleamos no agota su eficacia en el estudio de la psicosis paranoica, y, en un capitulo terminal de nuestra tesis, no hemos vacilado en deducir de él ciertos principios muy generales de investigación. Bastante claro es, por lo demás, en qué sentido esperamos continuar las nuestras.

Cualquiera que sea la suerte de nuestras esperanzas, la observación del caso clínico que constituye el fondo de nuestra tesis, o sea el caso Aimée, guardará, así lo creemos, su valor como caso princeps de una forma particular de la paranoia.



A. Comunicación a las sociedades científicas

a] a la Sociedad de Neurología

1. Fijeza de la mirada por hipertonía, predominante en el sentido vertical, con conservación de los movimientos automático-reflejos; aspecto especial del síndrome de Parinaud por hipertonía asociada a un síndrome extrapiramidal con trastornos seudo-bulbares. Sesión del 4 de noviembre de 1926.

Observación princeps publicada en colaboración con los señores Alejouanine y Delafontaine, en la *Revue Neurologíque,* 1926, t. n, pp. 410-418.

Esquemas originales continuados por los señores Alajouanine y Trenel, en su "Révision des paralysies des mouvements associés des globes oculaires (contribution á l'étude de la dissociation des activités volontaires et réflexes)", publicada en la *Revue Neurologique,* febrero de 1931.

2. Abasia en un traumatizado de guerra, en colaboración con el señor Trénel. Sesión del 2 de febrero de 1928. Publ. en *Revue Neurologíque,* 1928, t. i, pp. 233-237.

b] a la Sociedad Clínica de Medicina Mental

3. Síndrome comitio-parkinsoniano encefalitico, en colaboración con los señores Marchand y Courtois. Sesión del 17 de junio de 1929. Publ. en el *Bulletin* de la Sociedad, pp. 92-96.

4. Psicosis alucinatoria en una parkinsoniana encefalitica, en colaboración con el señor Courtois. Sesión del 10 de febrero de 1930. Publ. en el *Bulletin* de la Sociedad, pp. 49-52.

c] a la Sociedad de Psiquiatría

5. Parálisis general con síndrome de automatismo mental, en colaboración con el señor Heuyer. Sesión del 20 de junio de 1929. Publ. en L'Encéphale, 1929, t. u, pp. 802-803.

6. Novela policial. Del delirio tipo alucinatorio crónico al delirio de imaginación, en colaboración con los señores Lévy-Valensi y Migault. Sesión del 30 de abril de 1928. Publ. en L:Encéphale, t. i, pp. 550-551.

7. Trastornos mentales homócromos en dos hermanos heredosifilíticos, en colaboración con el señor Schiff y la señora Schiff-Wertheimer. Sesión del 20 de noviembre de 1930. Publ. en L´Encéphale, 1931, t. i, pp. 151-152.

8. Parálisis general prolongada, en colaboración con Targorola. Sesión del 19 de diciembre de 1929, pp. 83-85.

9. Crisis tónicas combinadas con protrusión de la lengua y con trismos ocurridos durante el sueño en una parkinsoniana post-encefalitica. Amputación de la lengua consecutiva. Sesión del 20 de noviembre de 1930. Publ. en *L:Encéphale, 1931,* t. i, pp. 145-146.

d] a la Sociedad Médico-Psícológica

10. Locuras simultáneas, en colaboración con los señores Claude y Migault. Sesión del 21 de mayo de 1931. Publ. en Annales *Médíco-Psychologiques,* 1931, t. i, pp. 483-490.

11. Trastornos del lenguaje escrito en una paranoica que presenta elementos delirantes del tipo paranoide (esquizografia), en colaboración con los señores Lévy-Valensi y Migault. Sesión del 12 de noviembre de 1931. Publ. en Annales *Médico-Psychologí-ques,* t. ri, pp. 407-408.

12. Parkinsonismo y síndromes demenciales, en colaboración con el señor Ey. Sesión del 12 de noviembre de 1931. Publ. en Annales *Médico-Psychologiques, t* . ir, pp. 418-428.

13. Espasmo de torsión y trastornos mentales post-encefaliticos, en colaboración con los señores Claude y Migault. Sesión del 19 de mayo de 1932. Publ. en Annales *Médíco-Psychologiques,* t. i, pp. 546-551.

14. Un caso de demencia precocísima, en colaboración con los señores Claude y Heuyer. Sesión del 11 de mayo de 1933. Publ. en Annales *Médico-Psychologiques, 1933,* t. i, pp. 620-624.

15. Alcoholismo subagudo de pulso normal o -retardado. Coexistencia de síndrome de A. M., en colaboración con el señor Heuyer.

Sesión del 27 de noviembre de 1933. Publ. en *Annales Médíco-Psychologíques,* 1933, t. II, pp. 531-546.



B. Informes y reseñas de Congresos

16. Congreso internacional para la protección de la infancia, 1933, en colaboración con el señor Heuyer. Importancia de los trastornos del carácter en la orientación profesional.

17. Reseña de la 84ª asamblea de la Sociedad Suiza de Psiquiatría, celebrada en Nyons-Prangins el 7 y el 8 de octubre de 1933, consagrada al problema de las alucinaciones. En *L´Encéphale,* noviembre de 1933, pp. 686-695.



C. Traducción

18. "De quelques mécanismes névrotiques dans la jalousie, la paranoia et L'homosexualité", de S. Freud, publ. en la Revue *Française de Psychonalyse,* 1932, núm. 3, pp. 391-401.



D. Trabajos originales

I. "Structure des psychoses paranoiaques", en *Semaine des Hópitaux, julio* de 1931, pp. 437-445.

2. "Ecrits 'inspirés': schizographie", en colaboración con los presentadores de la comunicación, en *Annales Médico-Psychologiques,* 1931, t. II, pp. 508-522,

3. *De la psychose parandiaque dans ses rapports avec la personnalité,* tesis de la Facultad de París, octubre de 1932, Le Francois éditeur, 381 pp. Mención *trés honorable,* con propuesta para el premio de tesis. Medalla de bronce otorgada por la Facultad.

4. "Le probléme du style et la conception psychiatrique des fonnes paranolaques de l'expérience" en *Minotaure,* núm. 1, 1933.

5. "Motifs du crime paranoiaque" en *Minotaure,* núm. 3, 1933 .



Prólogo. por Oscar Massota

El presente escrito sobre «La Familia» apareció publicado en 1938 en el volumen VII de la «Encyclopédie Francaise» (ed.. A. de Monzie) cuyo tema general era «La vie mentale de l´enfance á la víeillesse». En el año 1932 Lacan había obtenido su «Diploma estatal», el título oficial para el doctorado en Psiquiatría, con su investigación sobre la paranoia: «De la psychose paranoïaque dans ses rapports avec la personnalité» (Le François, París).

Esta tesis, en la que Lacan estudiaba la función del Ideal del Yo en lo que llamaba «paranoia de autopunición» (caso Aimée), exhibía en la primera parte una erudición aplastante, convincente, sobre la conceptualización psiquiátrica contemporánea y vicisitudes de su historia reciente; mientras que en la segunda - los surrealistas saludaron con entusiasmo su aparición -, el autor investigaba con cuidado y con seriedad los escritos de la paciente, el producto de una ambición literaria que la perturbación mental no desmentía.

Lacan ingresaría en la Sociedad Psicoanalítica de París en el año 1934, mientras que por otro lado asistiría -conjuntamente con Merleau-Ponty, Sartre, Hyppolíte, Lefevbre- al seminario que desde 1933 a 1939 Alexandre Kojéve dicta sobre la «Introducción a la fenomenología del espíritu» de Hegel. El impacto hegeliano que sin duda data de aquella época, y cuyo alcance algunos interpretaron de modo abusivo, esbozaba ya su propio limite en el trabajo de Lacan sobre el «estadio del espejo» presentado en el Congreso de Marienbad el 16 de junio de 1936. «Le State du miroir comme formateur de la fonction du Je», no sólo induce una interpretación precisa del narcisismo y la pulsión de muerte freudianos, sino que otorga su justa ubicación a la «conciencia de sí» y a la «lucha del puro prestigio» hegelianas.

En el. extenso artículo sobre la familia el autor insiste sobre el carácter central del narcisismo en la teoría, la relación de complementariedad del narcisismo con una agresividad Fundamental.

Puede desorientar al lector - quien haya ganado alguna familiaridad con los difíciles escritos de Lacan -, la referencia en el texto a los imagos del destete y nacimiento, pero uno y otro se fundamentan «apres coup» a partir del despedazamiento que corroe la síntesis, siempre dudosa, de la imagen especular: esas fantasías de dislocación del cuerpo, de desmembramiento, cuyo destino en el desarrollo sólo el complejo de castración puede reasegurar de manera paradójica. Entre los espacios «disparatados» que las formas del cuerpo sólo penosamente organizan, y el impulso de la imagen a la reconstitución de la unidad, se ve surgir la idea necesaria de esas fusiones y de esa energía que es tensión y que Freud describió en «Más allá del principio del placer. »

Por momentos el lector menospreciará en el texto la aparición de ideas que juzgará prelacanianas: las referencias a la «personalidad» o algunas frases sobre síntesis yoicas, las que, es cierto, carecen de ubicación en el desarrollo ulterior de la doctrina lacaniana. Se podrá reprochar aún a Lacan su lectura para entonces insuficiente de «Tótem y Tabú». ¿No es acaso, gracias - y no a pesar- a ese «salto» de Freud en lo «biológico» que aquel texto sorprendente entronizó en la teoría la función del Padre? El padre muerto por la borda - nos enseñará más tarde Lacan- es el padre simbólico. Pero la teoría que Lacan proponía en 1938 complicaba ya la reflexión: la función del padre no puede ser confundida con la fuerza de la amenaza paterna.

Imposible resumir, por lo demás, la capacidad de convicción de un texto que, por un recorrido riguroso a través de imagos y complejos, abre sobre la idea psicoanalítica de base: la inherencia del sujeto a la familia - más acá del relativismo de las culturas -, que constituye siempre su acceso a la profundidad de lo real.

OscarMassota

Introducción

La institución familiar

En un primer enfoque, la familia aparece como un grupo natural de individuos unidos por una doble relación biológica: la generación, que depara los miembros del grupo; las condiciones de ambiente, que postulan el desarrollo de los jóvenes y que mantienen al grupo, siempre que los adultos progenitores aseguren su función. En las especies animales, esta función da lugar a comportamientos instintivos, a menudo muy complejos. Se tuvo que renunciar al intento de hacer derivar de las relaciones familiares así definidas los otros fenómenos sociales observados en los animales. Por el contrario, estos últimos se manifiestan como sumamente diferentes de los instintos familiares: así, los investigadores más recientes los relacionan con un instinto original, llamado de Inter-atracción.

Estructura cultural de la familia humana

La especie humana se caracteriza por un desarrollo singular de las relaciones sociales que sostienen capacidades excepcionales de comunicación mental y, correlativamente, por una economía paradójica de los instintos que se presentan como esencialmente susœptibles de conversión y de inversión; sólo en forma esporádica muestran un efecto aislable: de ese modo, son posibles comportamientos adaptativos de una variedad infinita. Al depender de su comunicación, la conservación y el progreso de éstos son, fundamentalmente, una obra colectiva y constituyen la cultura: ésta introduce una nueva dimensión en la realidad social y en la vida psíquica. Esta dimensión especifica a la familia humana, al igual, por otra parte, que todos los fenómenos sociales del hombre.

En efecto, la familia humana permite comprobar en las primerísimas fases de las funciones maternas, por ejemplo, algunos rasgos de comportamiento instintivo, identificables con los de la familia biológica: sin embargo, tan pronto como se reflexiona acerca de lo que el sentimiento de la paternidad debe a los postulados espirituales que han marcado su desarrollo, se comprende que en este campo las instancias sociales dominan a las naturales: hasta un punto tal que no se pueden considerar como paradójicos los casos en los que las reemplaza, como por ejemplo en la adopción.

Cabe interrogarse acerca de si esta estructura cultural de la familia humana es enteramente accesible a los métodos de la psicología concreta: observación y análisis. Estos métodos, sin duda, son suficientes para poner de manifiesto rasgos esenciales, como la estructura jerárquica de la familia, y para reconocer en ella el órgano privilegiado de la coacción del adulto sobre el niño, a la que el hombre debe una etapa original y las bases arcaicas de su formación moral.

Sin embargo, otros rasgos objetivos, los modos de organización de esta autoridad familiar, las leyes de su transmisión, los conceptos de descendencia y de parentesco que comportan, las leyes de la herencia y de la sucesión que se combinan con ellos y, por último, sus relaciones íntimas con las leyes del matrimonio, enmarañan y oscurecen las relaciones psicológicas. Su interpretación deberá ilustrarse, así, con los datos comparados de la etnografía, de la historia, del derecho y de la estadística social. Coordinados mediante el método sociológico, estos datos demuestran que la familia humana es una institución. El análisis psicológico debe adaptarse a esta estructura compleja y no tiene nada que ver con los intentos filosóficos que se proponen reducir la familia humana a un hecho biológico o a un elemento teórico de la sociedad.

Estas tentativas, sin embargo, tienen su principio en algunas apariencias del fenómeno familiar; por ilusorias que sean, debemos examinarlas, puesto que se basan en convergencias reales de causas heterogéneas. Describiremos su mecanismo en lo referente a dos aspectos siempre. controvertidos para el psicólogo.

Herencia psicológica. Entre todos los grupos humanos, la familia desempeña un papel primordial en la transmisión de la cultura. También otros grupos contribuyen a las tradiciones espirituales, al mantenimiento de los ritos y de las costumbres, a la conservación de las técnicas y del patrimonio; sin embargo, la familia predomina en la educación inicial, la represión de los instintos, la adquisición de la lengua a la que justificadamente se designa como materna. De ese modo, gobierna los procesos fundamentales del desarrollo psíquico, la organización de las emociones de acuerdo con tipos condicionados por el ambiente que constituye, según Shand, la base de los sentimientos; y, en un marco más amplio, transmite estructuras de conducta y de representación cuyo desempeño desborda los límites de la conciencia.

De ese modo, instaura una continuidad psíquica entre las generaciones cuya causalidad es de orden mental. El artificio de los fundamentos de esta continuidad se revela en los conceptos mismos que definen la unidad de descendencia desde el tótem hasta el patronímico; sin embargo, se manifiesta mediante la transmisión a la descendencia de disposiciones psíquicas que lindan con lo innato. Para estos efectos, Conn creó el término de herencia social. Este término, bastante inadecuado por su ambigüedad, tiene al menos el mérito de señalar la dificultad que enfrenta el psicólogo para no sobrevalorar la importancia de lo biológico en los hechos llamados de herencia psicológica.

Parentesco biológico. Otra semejanza, absolutamente contingente, se observa en el hecho de que los miembros normales de la familia, tal como se la observa en la actualidad en Occidente, el padre, la madre y los hijos, son los mismos que los de la familia biológica. Esta identidad es sólo una igualdad numérica. El pensamiento, sin embargo, se ve tentado a considerarla como una comunidad de estructura basada directamente en la constancia

de los instintos, constancia que intenta observar también en las formas primitivas de la familia. En estas premisas se han apoyado teorías puramente hipotéticas de la familia primitiva que, basándose en algunos casos en la promiscuidad observada en los animales, formularon críticas subversivas del orden familiar existente; así como en otros casos se basaron en el modelo de la pareja estable, observable también entre los animales, tal como lo hacen los defensores de la institución considerada como célula social.

La familia primitiva: una institución. Las teorías a las que acabamos de referirnos no se basan en hecho conocido alguno. La presunta promiscuidad no puede ser afirmada en ningún lugar, ni siquiera en los casos llamados de matrimonio de grupo: desde un comienzo existen prohibiciones y leyes. Las formas primitivas de la familia muestran los rasgos esenciales de sus formas finales: autoridad que, si no se concentra en el tipo patriarcal, está al menos representada por un consejo, un matriarcado sus delegados masculinos; modo de parentesco, herencia, sucesión, transmitidos en algunos casos en forma diferenciada [Rivers], de acuerdo con una descendencia paterna o materna. En esos casos se trata, efectivamente, de familias humanas debidamente constituidas. Estas no nos muestran la supuesta célula social, lejos de ello; en efecto, a medida que estas familias son más primitivas, no sólo se comprueba un agregado más vasto de parejas biológicas sino, sobre todo, un parentesco menos conforme a los vínculos naturales de consanguinidad.

El primer punto fue demostrado por Durkheim -y más tarde por Fauconnet - basándose en el ejemplo histórico de la familia romana; el estudio de los apellidos y del derecho de sucesión nos demuestra que aparecieron sucesivamente tres grupos, del más vasto al más estrecho: la *gens,* agregado muy vasto de troncos paternos; la familia *agnática,* más reducida pero indivisa y, por último, la familia que somete a la patria potestad del abuelo las parejas conyugales de todos sus hijos y nietos.

En lo referente al segundo punto, la familia primitiva desconoce los vínculos biológicos del parentesco: desconocimiento solamente jurídico en la parcialidad unilineal de la filiación, pero también ignorancia positiva o, quizás, desconocimiento sistemático. (en el sentido de paradoja de la creencia que la psiquiatría otorga a ese término), exclusión total de estos vínculos que, al poder ejercerse sólo en relación con la paternidad, se observarla en algunas culturas matriarcales [Rivers y Malinowski]. Además, el parentesco sólo es reconocido mediante ritos que legitimizan los vínculos de sangre y, de ser ello necesario, crean vínculos ficticios: el totemismo, la adopción, la constitución artificial de un grupo agnático como la *zadruga* eslava, son algunos ejemplos. Del mismo modo, de acuerdo con nuestro código, la filiación es demostrada por el matrimonio.

A medida que se descubren formas más primitivas de la familia humana, se extienden en agrupamientos que, como el clan, pueden considerarse también como políticos. No se puede proporcionar prueba alguna sobre la transferencia a lo desconocido de la prehistoria de la forma derivada de la familia biológica para hacer nacer de ella, por asociación natural o artificial, esos agrupamientos; por otra parte, los zoólogos, como hemos visto, se niegan a aceptar esa génesis incluso en el caso de las sociedades animales, lo que determina que la hipótesis sea menos probable aún.

Por otra parte, si la extensión y la estructura de los agrupamientos familiares primitivos no excluyen la existencia en su seno de familias limitadas a sus miembros biológicos -el hecho es tan irrefutable como el de la reproducción bisexuada - la forma así aislada arbitrariamente nada puede enseñarnos acerca de su psicología, y no es posible asimilarla a la forma familiar actualmente existente.

En efecto, el grupo reducido que compone la familia moderna no aparece, ante el examen, como una simplificación sino más bien como una contracción de la institución familiar. Muestra una estructura profundamente compleja, en la que más de un aspecto puede ser aclarado en mayor medida por las instituciones positivamente conocidas de la familia antigua, que mediante la hipótesis de una familia elemental que no se encuentra. en lugar alguno. No queremos decir por ello que sea excesivamente ambicioso buscar en esta forma compleja un sentido que la unifique, y que dirige quizás su evolución. Este sentido se descubre, precisamente, cuando a la luz de este examen comparativo se comprende la profunda reestructuración que condujo a la institución familiar a su forma actual; se reconoce también que es necesario atribuirla a la influencia predominante que asume en ese caso el matrimonio, institución que se debe distinguir de la familia. Es así que podemos calificar como excelente el término de «familia conyugal» con el que la designa Durkheim.

Capítulo I

El complejo, factor concreto de la psicología familiar

Se debe comprender a la familia humana en el orden original de realidad que constituyen las relaciones sociales. Para fundamentar este principio hemos recurrido a las conclusiones de la sociología, pese a que los hechos mediante los cuales lo ilustra desbordan nuestro tema; hemos procedido así debido a que el orden de realidad en cuestión es el objeto específico de esta ciencia. De ese modo, el principio se plantea en un plano en el que alcanza su plenitud objetiva. Como tal, permitirá juzgar de acuerdo con su verdadero alcance los resultados actuales de la investigación psicológica. En efecto, si esta investigación rompe con abstracciones académicas e intenta, tanto en la observación del *behaviour* como en la experiencia del psicoanálisis, dar cuenta de lo concreto,

especialmente cuando se aplica a los hechos de «la familia como objeto y circunstancia psíquica», nunca objetiva instintos sino, siempre, complejos.

Este resultado no es el hecho contingente de una etapa reductible de la teoría; se debe reconocer en él, traducido en términos psicológicos, aunque conforme al principio anteriormente planteado, el siguiente carácter esencial del objeto estudiado: su condicionamiento por factores culturales, en detrimento de los factores naturales.

Definición general del complejo*.* El complejo, en efecto, une en una forma fija un conjunto de reacciones que puede interesar a todas las funciones orgánicas, desde la emoción hasta la conducta adaptada al objeto. Lo que define al complejo es el hecho de que reproduce una cierta realidad del ambiente; y lo hace en forma doble. 1° Su forma representa esta realidad en lo que tiene como objetivamente distinto en una etapa dada del desarrollo psíquico: esta etapa especifica su génesis. 2° Su actividad repite en lo vivido la realidad así fijada en toda oportunidad en la que se producen algunas experiencias que exigirían una objetivación superior de esta realidad; estas experiencias especifican el condicionamiento del complejo.

Esta definición, por si sola, implica que el complejo está dominado por factores culturales; en su contenido, representativo de un objeto; en su forma, ligada a una etapa vivida de la objetivación; por último, en su manifestación de carencia objetiva frente a una situación actual, es decir bajo su triple aspecto de relación [26]de conocimiento, de forma de organización afectiva y de prueba de confrontación con lo real, el complejo se comprende en su referencia al objeto. Ahora bien, toda identificación objetiva exige ser comunicable, es decir que se basa en un criterio cultural; por lo general, también, es comunicada por vías culturales. En lo que se refiere a la integración individual de las formas de objetivación, ella es el resultado de un proceso dialéctico que hace surgir toda nueva forma de los conflictos de la precedente con lo real. En este proceso, es necesario reconocer el carácter que especifica al orden humano, es decir, la subversión de toda rigidez instintiva, a partir de la cual surgen las formas fundamentales de la cultura, plenas de variaciones infinitas.

El complejo y el instinto*.* En su pleno ejercicio, el complejo corresponde a la cultura, consideración esencial para todo aquél que intenta explicar hechos psíquicos de la familia humana; no por ello, sin embargo, se debe considerar que no existe relación alguna entre el complejo y el instinto. Pero, curiosamente, debido a las oscuridades que contrapone el concepto de instinto a la crítica de la biología contemporánea, el concepto de complejo, aunque ha sido introducido recientemente, se adapta mejor a objetos más ricos; por ello, repudiando el apoyo que el inventor del complejo buscaba, según creía que debía hacerlo, en el concepto clásico del instinto, consideramos que, a través de una inversión teórica, es el instinto el que podría ser ilustrado actualmente por su referencia al complejo.

De ese modo, podríamos confrontar punto por punto: 1°, la relación de conocimiento que implica el complejo con la connaturalidad del organismo y el ambiente en el que se encuentran suspendidos los enigmas del instinto; 2°, la tipicidad general del complejo en relación con las leyes de un grupo social, con la tipicidad genérica del instinto en relación con la fijeza de la especie; 3°, el proteísmo de las manifestaciones del complejo que, bajo formas equivalentes de inhibición, de compensación, de desconocimiento, de racionalización, expresa el estancamiento ante un mismo objeto, con la estereotipia de los fenómenos del instinto, cuya activación, sometida a la ley del «todo o nada», permanece fija ante las variaciones de la situación vital. Este estancamiento en el complejo, al igual que esta rigidez en el instinto, mientras se los refiera solamente a los postulados de la adaptación vital, disfraz mecanicista del finalismo, nos condenan a convertirlos en enigmas; su problema exige la utilización de los conceptos más ricos que impone el estudio de la vida psíquica.

El complejo freudiano y la imago*.* Hemos definido al complejo en un sentido muy amplio que no excluye la posibilidad de que el sujeto tenga conciencia de lo que representa. Freud, sin embargo, lo definió en un primer momento como factor esencialmente inconsciente. En efecto, bajo esta forma su unidad es llamativa y se revela en ella como la causa de efectos psíquicos no dirigidos por la conciencia, actos fallidos, sueños, síntomas. Estos efectos presentan caracteres tan distintos y contingentes que obligan a considerar como elemento fundamental del complejo esta entidad paradójica: una representación inconsciente, designada con el nombre de imago. Complejo e imago han revolucionado a la psicología, en particular a la de la familia, que se reveló como el lugar fundamental de los complejos más estables y más típicos: la familia dejó de ser un tema de paráfrasis moralizante y se convirtió en objeto de un análisis concreto.

Sin embargo, se comprobó que los complejos desempeñan un papel de «organizadores »en el desarrollo psíquico; de ese modo dominan los fenómenos que en la conciencia parecen integrarse mejor a la personalidad; se encuentran motivadas así en el inconsciente no sólo justificaciones pasionales, sino también racionalizaciones objetivables. De ese modo, el alcance de la familia como objeto y circunstancia psíquica se vio incrementado.

Este progreso teórico nos incitó a proporcionar una fórmula generalizada del complejo, que permite incluir en él los fenómenos conscientes de estructura similar. Por ejemplo, los sentimientos a los que se debe considerar como complejos emocionales conscientes, y los sentimientos familiares, en particular, son, a menudo, la imagen invertida de complejos inconscientes. Por ejemplo, también, las creencias delirantes en las que el sujeto afirma un complejo como si se tratase de una realidad objetiva; lo demostraremos en particular en las psicosis familiares. Complejos, imagos, sentimientos y creencias serán estudiados en relación con la familia y en función del desarrollo psíquico que organizan, desde el niño educado en la familia hasta el adulto que la reproduce.

El complejo del destete

El complejo del destete fija en el psiquismo la relación de la cría, bajo la forma parasitaria exigida por las necesidades de la primera edad del hombre; representa la forma primordial de la imago materna. De ese modo, da lugar a los sentimientos más arcaicos y más estables que unen al individuo con la familia. Abordamos en este caso el complejo más primitivo del desarrollo psíquico que se integra a todos los complejos ulteriores; llama la atención comprobar así que se encuentra determinado por completo por factores culturales y, de ese modo, que desde ese estadio primitivo es radicalmente diferente del instinto.

El destete como ablactación. Sin embargo, se asemeja al instinto en dos aspectos; el complejo del destete, por un lado, se produce con rasgos tan generales en toda la extensión de la especie que es posible, así, considerarle como genérico; por otra parte, representa en el psiquismo una función biológica ejercida por un aparato anatómico diferenciado: la lactancia. Se pueden comprender así las razones que llevaron a considerar como un instinto, incluso en el hombre, a los comportamientos fundamentales que unen la madre al niño, pero se omite de ese modo un carácter esencial del instinto: su regulación fisiológica, que se manifiesta a través del hecho de que el instinto maternal deja de actuar en el animal cuando se ha llegado al término de la cría.

En el hombre, por el contrario, el destete se encuentra condicionado por una regulación cultural. Esta se manifiesta como dominante, aún si se lo limita al ciclo de la ablactación propiamente dicha, al que corresponde, sin embargo, el período fisiológico de la glándula común a la clase de los mamíferos. Aunque sólo en las prácticas atrasadas -que no se encuentran todas en vía de desaparición- se observa en realidad una relación netamente contra-natura, sería ilusorio, sin embargo, buscar en la fisiología la base instintiva de esas reglas, más conformes a la naturaleza, que imponen al destete, al igual que al conjunto de las costumbres, el ideal de las culturas más avanzadas. En realidad, y a través de alguna de las contingencias operatorias que comporta, el destete es a menudo un trauma psíquico cuyos efectos individuales -anorexias llamadas mentales, toxicomanías por vía oral, neurosis gástrica- revelan sus causas al psicoanálisis.

El destete: crisis del psiquismo. Traumático o no, el destete deja en el psiquismo humano la huella permanente de la relación biológica que interrumpe. Esta crisis vital, en efecto, se acompaña con una crisis del psiquismo, la primera, sin duda, cuya solución presenta una estructura dialéctica. Por primera vez, según parece, una tensión vital se resuelve en intención mental. A través de esta intención el destete es aceptado o rechazado; la intención es indudablemente muy elemental, y no puede ser atribuida siquiera a un yo todavía rudimentario. Aceptación y rechazo no pueden concebirse como una elección, puesto que en ausencia de un yo que afirma o niega, no son contradictorios. Sin embargo, como polos coexistentes y opuestos, determinan una actitud ambivalente por esencia, aunque uno de ellos prevalece. En las crisis que caracterizan el desarrollo posterior, esta ambivalencia primordial se resolverá en diferenciaciones psíquicas de un nivel dialéctico cada vez más elevado v de una irreversibilidad creciente. En ellas, el predominio original cambiará muchas veces de sentido y mostrará diversos destinos; sin embargo se lo volverá a encontrar, tanto en el tiempo como en el tono, con características que impondrá a esas crisis y a las nuevas categorías proporcionadas por la experiencia vivida en cada una de ellas.

La imago del seno materno

El rechazo del destete es el que instaura lo positivo del complejo; nos referimos a la imago de la relación nutricia que tiende a reestablecer. El contenido de esta imago está dado por las sensaciones características de la primera edad, pero su forma no existe hasta el momento en que ellas se organizan mentalmente. Ahora bien, siendo este estadio anterior al advenimiento de la forma del objeto, no es probable que estos contenidos puedan representarse en la conciencia. Sin embargo se reproducen en las estructuras mentales que, como hemos dicho, modelan las experiencias psíquicas ulteriores. Serán evocados nuevamente por asociación, cuando se produzcan estas experiencias, aunque inseparables de los contenidos objetivos que habrán *informado.* Analicemos estos contenidos y estas formas.

El estudio del comportamiento de la primera infancia permite afirmar que las sensaciones extero, propio o interoceptivas, no están aún suficientemente coordinadas después del doceavo mes como para que se haya completado el reconocimiento del propio cuerpo y, correlativamente, la noción de lo que le es exterior.

Forma exteroceptiva: la presencia humana. Muy pronto, sin embargo, algunas sensaciones exteroceptivas se aíslan esporádicamente en unidades de percepción. Estos elementos de objetos corresponden, como se podría preveer, a los primeros intereses afectivos. Lo demuestran la precocidad y la efectividad de las reacciones del niño ante el acercamiento y el alejamiento de las personas que se ocupan de él. Sin embargo, se debe mencionar aparte, como un hecho de estructura, la reacción de interés que manifiesta el niño ante el rostro humano: es extremadamente precoz, ya que se observa desde los primeros días, antes incluso de que las coordinaciones motrices de los ojos se hayan desarrollado plenamente. No puede desligarse este hecho del progreso a través del cual el rostro humano asumirá su pleno valor de expresión psíquica. Aún siendo social, no se puede considerar que este valor sea convencional. El poder reactivado, a menudo bajo una forma inefable, que asume la máscara humana en los contenidos mentales de la psicosis, señala aparentemente el arcaísmo de su significación.

De todos modos, estas reacciones electivas permiten considerar que en el niño existe un

cierto conocimiento muy precoz de la presencia que llena la función materna, y el papel de trauma causal que en ciertas neurosis y en ciertos trastornos del carácter puede desempeñar una sustitución de esta presencia. Este conocimiento, muy arcaico y al que parece adecuarse el juego de palabras de Claudel de «conaissance» *[co-nacimiento, co-nocimiento]* se distingue apenas de la adaptación afectiva. Permanece plenamente comprometido con la satisfacción de las necesidades correspondientes a la primera edad y en la ambivalencia típica de las relaciones mentales que se bosquejan en ella. Esta satisfacción aparece con los signos de la mayor plenitud con que puede colmarse al deseo humano, por poco que se considere al niño ligado al pecho.

Satisfacción propioceptiva: la fusión oral. Las sensaciones propioceptivas de la succión y de la prensión constituyen, evidentemente, la base de esta ambivalencia de la vivencia que surge de la situación misma: el ser que absorbe es plenamente absorbido y el complejo arcaico le responde en el abrazo materno. No hablaremos aquí, como lo hace Freud, de autoerotismo, ya que el yo no se ha constituido aún, ni de narcisismo, ya que no existe ninguna imagen del yo; ni menos aún de erotismo oral, ya que la nostalgia del seno nutricio, en relación con lo cual la escuela psicoanalítica se ha equivocado, se relaciona con el complejo del destete sólo a través de su reestructuración por parte del complejo de Edipo. «Canibalismo», pero canibalismo fusional, inefable, al mismo tiempo activo y pasivo, siempre presente en los juegos y palabras simbólicas que, aún en el amor más evolucionado, recuerdan el deseo de la larva (estos términos nos permitirán reconocer la relación con la realidad en la que reposa la imago materna).

Malestar interoceptivo: la imago prenatal. Esta base misma no puede ser desligada del caos de las sensaciones interoceptivas de la que emerge. La angustia, cuyo prototipo aparece en la asfixia del nacimiento, el frío, relacionado con la desnudez del tegumento, y el malestar laberíntico, que se corresponde con la satisfacción al ser acunado, organizan a través de su triada el tono penoso de la vida orgánica que, según lo señalan los mejores observadores, domina los primeros seis meses del hombre. La causa de estos malestares primordiales es siempre la misma: una insuficiente adaptación ante la ruptura de las condiciones de ambiente y de nutrición que constituyen el equilibrio parasitario de la vida intrauterina.

Esta concepción concuerda con la que el psicoanálisis encuentra en la experiencia como fondo último de la imago del seno materno. Bajo las fantasías del sueño, al igual que bajo las obsesiones de la vigilia, se dibujan con impresionante precisión las imágenes del hábitat intrauterino en el umbral anatómico de la vida extrauterina. Los datos de la fisiología y el hecho anatómico de la no-mielinización de los centros nerviosos superiores en el recién nacido determinan, sin embargo, que sea imposible considerar el nacimiento como un trauma psíquico, como lo hacen algunos psicoanalistas. Esta forma de la imago, entonces, seria un enigma si el estado postnatal del hombre no manifestase, a través de su propio malestar, que la organización postural, tónica, equilibradora, que caracteriza a la vida intrauterina, perdura con posterioridad a ella.

El destete: prematuración específica del nacimiento

Debemos señalar que el retraso de la dentición y de la marcha, un retraso correlativo de la mayor parte de los aparatos y de las funciones, determinan en el niño una impotencia vital total que perdura más allá de los dos primeros años. ¿Se debe considerar a este hecho como concomitante de aquéllos que otorgan al desarrollo somático ulterior del hombre su carácter de excepción en relación con los animales de su clase: la duración del periodo de infancia y el retraso de la pubertad? Como quiera que sea, es indudable que la primera edad muestra una deficiencia biológica positiva, y que el hombre es un animal de nacimiento prematuro. Esta concepción explica las generalidades del complejo, y su independencia en relación con los accidentes de la ablactación. Ésta -destete en sentido estricto- otorga su expresión psíquica, la primera y también la más adecuada, a la imago. más oscura de un destete anterior, más penoso y de mayor amplitud vital; el que separa en el nacimiento al niño de la matriz, separación prematura en la que se origina un malestar que ningún cuidado materno puede compensar. Recordemos, en ese sentido, un hecho pediátrico conocido, el retraso afectivo muy particular que se observa en los niños nacidos antes de término.

El sentimiento de la maternidad. Así constituida, la imago del seno materno domina toda la vida del hombre. Por su ambivalencia, sin embargo, puede saturarse en la inversión de la situación que representa, lo que, estrictamente, sólo se realiza en oportunidad de la maternidad. En el amamantamiento, el abrazo y la contemplación del niño, la madre, al mismo tiempo, recibe y satisface el más primitivo de todos los deseos. Incluso la tolerancia ante el dolor del parto puede comprenderse como el hecho de una compensación representativa del primer fenómeno afectivo que aparece: la angustia, nacida con la vida. Sólo la imago que imprime en lo más profundo de la psiquis el destete congénito del hombre puede explicar la intensidad, la riqueza y la duración del sentimiento materno. La realización de esta imago en la conciencia garantiza a la mujer una satisfacción psíquica privilegiada, mientras que sus efectos en la conducta de la madre preservan al niño del abandono que le sería fatal.

Al contraponer el complejo al instinto, no negamos todo fundamento biológico al complejo, y al definirlo mediante algunas relaciones ideales, lo ligamos, sin embargo, a su base material. Esta base es la función que cumple en el grupo social; y este fundamento biológico se observa en la dependencia vital del individuo en relación con el grupo. Mientras el instinto tiene un *soporte* orgánico que sólo es la regulación de éste en la función vital, el complejo sólo eventualmente tiene una *relación* orgánica, cuando reemplaza una insuficiencia vital a través de la regulación de una función social. Es lo que

ocurre en el caso del complejo del destete. Esta relación orgánica explica que la imago de la madre se relacione con las profundidades del psiquismo y que su sublimación sea particularmente difícil, como se comprueba en el apego del niño «a las faldas de su madre» y en la duración a veces anacrónica de ese vínculo.

Sin embargo, para que se introduzcan nuevas relaciones con el grupo social, para que nuevos complejos las integren al psiquismo, la imago debe ser sublimada. En la medida en que resiste a estas nuevas exigencias, que son las del progreso de la personalidad, la imago, beneficiosa en un principio, se convierte en un factor de muerte.

El apetito de muerte. El análisis demuestra en todos los niveles del psiquismo la realidad constituida por el hecho de que la tendencia a la muerte es vivida por el hombre como objeto de un apetito. El inventor del psicoanálisis reconoció el carácter irreductible de esta realidad; sin embargo, por seductora que sea la explicación que proporcionó en este sentido a través de un *instinto de muerte,* ésta, de todas formas, es contradictoria en sus términos; el genio mismo, en Freud, cede en efecto al prejuicio del biólogo que exige que toda tendencia se relacione con un instinto. Ahora bien, la tendencia a la muerte que especifica al psiquismo del hombre se explica en forma satisfactoria por la concepción que desarrollamos aquí, es decir, que el complejo, unidad funcional de este psiquismo, no corresponde a funciones vitales sino a la insuficiencia congénita de estas funciones.

Esta tendencia psíquica a la muerte, bajo la forma original que le otorga el destete, se revela en los suicidios muy especiales que se caracterizan como «no violentos», al mismo tiempo que aparece en ellos la forma oral del complejo: huelga de hambre de la anorexia mental, envenenamiento lento de algunas toxicomanías por vía bucal, régimen de hambre de las neurosis gástricas. El análisis de estos casos muestra que en su abandono ante la muerte el sujeto intenta reencontrar la imago de la madre. Esta asociación mental no es solamente mórbida; es genérica, tal como se la puede comprobar en la práctica de la sepultura, algunas de cuyas modalidades manifiestan claramente el sentido psicológico de retorno al seno materno; también la revelan las conexiones establecidas entre la madre y la muerte, tanto por las técnicas mágicas como por las concepciones de las teologías antiguas; como se la observa, por último, en toda experiencia psicoanalítica suficientemente profunda.

El vínculo doméstico. Aún sublimada, la imago del seno materno sigue desempeñando un papel psíquico importante para nuestro sujeto. Su forma más alejada de la conciencia, la del hábitat prenatal, encuentra un símbolo adecuado en la habitación y en su umbral, sobre todo en sus formas primitivas como la caverna o la choza.

De ese modo, todo lo que constituye la unidad doméstica del grupo familiar se convierte para el individuo, a medida que aumenta su capacidad de abstracción, en el objeto de una afección distinta de la que lo une a cada miembro del grupo. De ese modo, también, el abandono de las seguridades que comporta la economía familiar tiene el valor de una repetición del destete: así, por lo general, sólo en esa oportunidad el complejo es liquidado en forma suficiente. Todo retorno, aun parcial, a estas seguridades, puede suscitar en el psiquismo ruinas desproporcionadas con respecto al beneficio práctico de tal retorno.

Todo desarrollo pleno de la personalidad exige este nuevo destete. Hegel señala que el individuo que no lucha por ser reconocido fuera del grupo familiar nunca alcanza, antes de la muerte, la personalidad. El sentido psicológico de esta tesis aparecerá en el desarrollo de nuestro estudio. En materia de dignidad personal, la única que la familia logra para el individuo es la de las entidades nominales y sólo puede hacerlo en el momento de la sepultura.

La nostalgia del todo. La saturación del complejo funda el sentimiento materno; su sublimación contribuye al sentimiento familiar; su liquidación deja huellas en las que es posible reconocerlo; esta estructura de la imago permanece en la base de los procesos mentales que la han modificado. Si pretendiésemos definirla en la forma más abstracta en la que se la observa, la caracterizaríamos del siguiente modo: una asimilación perfecta de la totalidad al ser. Bajo esta fórmula de aspecto algo filosófico, se reconocerá una nostalgia de la humanidad: ilusión metafísica de la armonía universal, abismo místico de la fusión afectiva, utopía social de una tutela totalitaria. Formas todas de la búsqueda del paraíso perdido anterior al nacimiento y de la más oscura aspiración a la muerte.

El complejo de la intrusión. Los celos, arquetipo de los sentimientos sociales

El complejo de la intrusión representa la experiencia que realiza el sujeto primitivo, por lo general cuando ve a uno o a muchos de sus semejantes participar junto con él en la relación doméstica: dicho de otro modo, cuando comprueba que tiene hermanos. Sus condiciones, entonces, son sumamente variables ya que dependen, por un lado, de las culturas y de la extensión que otorgan al grupo doméstico y, por el otro, de las contingencias individuales. Así, de acuerdo al lugar que el destino otorga al sujeto en el orden de los nacimientos, según la ubicación dinástica, podemos decir que ocupa, con anterioridad a todo conflicto, el lugar del. heredero o del usurpador.

Los celos infantiles han llamado la atención desde hace mucho tiempo: «He visto con mis ojos, dice San Agustín, y observado a un pequeño dominado por los celos: todavía no hablaba y no podía mirar sin palidecer el espectáculo amargo de su hermano de leche» [*Confesiones,* 1, VIII]. El hecho aquí revelado para sorpresa del moralista fue reducido durante mucho tiempo al valor de un tema de retórica, utilizable con fines apologéticos.

Al demostrar la estructura de los celos infantiles, la observación experimental del niño y las investigaciones psicoanalíticas han permitido esclarecer su papel en la génesis de la sociabilidad y acceder así a su conocimiento como hecho humano. Digamos que el punto

crítico revelado por esas investigaciones es el de que los celos, en su base, no representan una rivalidad vital sino una identificación mental.

Identificación mental. *Si* se confronta en parejas, sin presencia de un tercero y abandonados a su espontaneidad, niños entre 6 meses y 2 años, se puede comprobar el siguiente hecho: en esos niños aparecen reacciones de diverso tipo en las que parece manifestarse una comunicación. Entre esas reacciones se distingue una en la que es posible reconocer una rivalidad objetivamente definible: en efecto, implica entre los sujetos una cierta adaptación de las posturas y de los gestos, es decir, una conformidad en su alternancia, una convergencia en su serie, que los ordenan en provocaciones y respuestas y permiten afirmar, sin prejuzgar la conciencia de los sujetos, que perciben la situación como si tuviese un doble desenlace, como una alternativa. En la medida misma de esta adaptación, es posible considerar que desde ese estudio se bosqueja el reconocimiento de un rival, es decir de un «otro» como objeto. Ahora bien, esta reacción puede ser sumamente precoz, pero está determinada por una condición hasta tal punto dominante que aparece como unívoca: nos referimos a la de un limite que no puede ser superado en la diferencia de edad entre los sujetos. Este límite se reduce a dos meses y medio en el primer año del período considerado y permanece igualmente estricto cuando se extiende.

Sí esta condición no se cumple, las reacciones que se observan entre los niños confrontados tienen un valor absolutamente diferente. Examinemos las más frecuentes: las del alarde, la seducción, el despotismo. Aunque en ella figuren dos compañeros, la relación que caracteriza a cada una considerada por separado no es, como la observación lo demuestra, un conflicto entre dos individuos sino un conflicto en cada sujeto, entre dos actitudes contrapuestas y complementarias. Por otra parte, esta participación bipolar es constitutiva de la situación misma. Para comprender esta estructura, examinemos, por el momento, al niño que se ofrece como espectáculo y al que lo sigue con la mirada: ¿cuál de los dos es en mayor medida espectador? O sino obsérvese al niño que prodiga sus tentativas de seducción sobre otro. ¿Dónde está el seductor? Por último, al niño que goza [46] del dominio que ejerce y a aquél que se complace en someterse a él: ¿cuál de los dos es el más sojuzgado? En dichos casos, se realiza la siguiente paradoja: la de que cada compañero confunde la parte del otro con la suya propia y se identifica con él; pero también la de que puede mantener esa relación con una participación realmente insignificante de ese otro y vivir toda la situación por sí solo, como lo demuestra la discordancia, en algunos casos total, entre sus conductas. Se comprueba así, que en ese estadio la identificación específica de las conductas sociales se basa en un sentimiento del otro, que sólo se puede desconocer si se carece de una concepción correcta en cuanto a su valor totalmente *imaginario.*

La imago del semejante. ¿Cuál es, entonces, la estructura de esta imago? La condición que hemos señalado anteriormente como necesaria para una adaptación real entre compañeros, es decir la de una diferencia de edad muy reducida, nos proporciona una primera indicación. Si nos referimos al hecho de que este estadio se caracteriza por transformaciones de la estructura nerviosa lo suficientemente rápidas y profundas como para dominar las diferenciaciones individuales, se comprenderá que esta condición equivale a la exigencia de una semejanza entre los sujetos. Se comprueba que la imago del otro está ligada a la estructura del propio cuerpo, y más precisamente a sus funciones de relación, por una cierta semejanza objetiva.

La doctrina del psicoanálisis permite aprehender el problema con mayor profundidad. Nos muestra en el hermano, en el sentido neutro, al objeto electivo de las exigencias de la libido que, en el estadio que estudiamos, son homosexuales. Pero insiste también acerca de la confusión en este objeto de dos relaciones afectivas, amor e identificación, cuya oposición será fundamental en los estadios ulteriores.

Esta ambigüedad original se observa también en el adulto, en la pasión de los celos amorosos, que nos permite captarla en toda su plenitud. Se la debe reconocer, en efecto, en el enorme interés del sujeto en lo referente a la imagen del rival, interés que, aunque se afirma como odio, es decir como negativo, y aunque se origina en el objeto supuesto del amor, se muestra de todas maneras como cultivado por el sujeto en forma absolutamente gratuita y costosa -, a menudo, incluso, domina hasta tal punto al sentimiento amoroso que induce a interpretarlo como interés esencial y positivo de la pasión. Este interés confunde en sí mismo la identificación y el amor y, aunque aparezca oculto en el registro del pensamiento del adulto, de todas formas confiere a la pasión que sostiene algo irrefutable que la asemeja a la obsesión. La agresividad máxima que se observa en las formas psicóticas de la pasión está constituida en mucha mayor medida por la negatividad de este interés singular que por la rivalidad que parece justificarla.

El sentido de la agresividad primordial. La agresividad, sin embargo, se muestra como secundaria a la identificación, sobre todo en la situación fraterna primitiva. En relación con este punto, la doctrina freudiana es incierta: en efecto, el biólogo otorga un gran crédito a la idea darwiniana de que la lucha se encuentra en los orígenes mismos de la vida; pero, sin duda, se debe reconocer aquí el principio menos criticado de un énfasis moralizante que se transmite en vulgaridades tales como: *homo homini lupus.*

Es evidente, por el contrario, que el amamantamiento constituye para los niños, precisamente, una neutralización temporaria de las condiciones de la lucha por el alimento, y esta significación es más evidente aún en el hombre. La aparición de los celos en relación con el amamantamiento, de acuerdo con el tema clásico anteriormente ilustrado con la cita de San Agustín, debe interpretarse entonces con prudencia. Los celos, en realidad, pueden manifestarse en casos en los que el sujeto, sometido desde hace ya mucho tiempo al destete, no se encuentra en una situación de competencia vital con su hermano. El fenómeno, así, parece exigir como condición previa una cierta identificación con el estado del hermano. Por otra parte, al caracterizar como sadomasoquista la tendencia típica de la libido en ese mismo estadio, la doctrina analítica señala, sin duda, que la agresividad domina la economía afectiva, pero también que es, en todos los casos y al mismo tiempo, soportada y actuada, es decir, subtendida por una identificación con el otro, objeto de la violencia.

Recordemos que este papel de doble íntimo que desempeña el masoquismo en el sadismo ha sido puesto de relieve por el psicoanálisis y que lo que condujo a Freud a afirmar un *instinto de muerte* es el enigma constituido por el masoquismo en la economía de los instintos vitales.

Si se desea seguir la idea que hemos indicado anteriormente y designar, como lo hemos hecho, en el malestar del destete humano la fuente del deseo de muerte, se reconocerá en el masoquismo primario el momento dialéctico en el que el sujeto asume a través de sus primeros actos de juego la reproducción de ese malestar mismo y, de ese modo, lo sublima y lo supera. El ojo inteligente de Freud observó con ese criterio los juegos primitivos del niño: la alegría de la primera infancia al alejar un objeto fuera del campo de su mirada y luego, después de reencontrar al objeto, renovar en forma inagotable la exclusión, significa, efectivamente, que lo que el sujeto se inflige nuevamente es lo patético del destete, tal como lo ha soportado, pero en relación con el cual es ahora triunfador al ser activo en su reproducción.

La identificación con el hermano es lo que permite completar el desdoblamiento así esbozado en el sujeto: ella proporciona la imagen que fija uno de los polos del masoquismo primario. Así, la no-violencia del suicidio primordial engendra la violencia del asesinato imaginario del hermano. Esta violencia, sin embargo, no tiene relación alguna con la lucha por la vida. El objeto que elige la agresividad en los primitivos juegos de la muerte es en efecto, sonajero o desperdicio, biológicamente indiferente: el sujeto lo elimina gratuitamente, en cierto modo por placer; se limita a consumar así la pérdida del objeto materno. La imagen del hermano no sometido al destete sólo suscita una agresión especial porque repite en el sujeto la imago de la situación materna y, con ella, el deseo de la muerte. Este fenómeno es secundario a la identificación.

El estadio del espejo

La identificación afectiva es una función psíquica cuya originalidad ha sido establecida por el psicoanálisis especialmente en el complejo de Edipo, como lo veremos luego. Sin embargo, la utilización de este término en el estadio que estudiamos no ha sido definida con precisión en la doctrina: hemos intentado solucionar el problema a través de una teoría de esta identificación cuyo momento genético designamos con el término de estadio del espejo.

El estadio así considerado corresponde a la declinación del destete, es decir al término de los seis meses, momento en el que el predominio psíquico del malestar, originado en el retraso del crecimiento psíquico, traduce lo prematuro del nacimiento que, como ya hemos dicho, constituye la base específica del destete en el hombre. Ahora bien, el reconocimiento por parte del sujeto de su imagen en el espejo es un fenómeno doblemente significativo para el análisis de ese estadio. El fenómeno aparece después de los seis meses y su estudio en ese momento revela en forma demostrativa las tendencias que constituyen entonces la realidad del sujeto. La imagen especular, precisamente a causa de las afinidades con esa realidad, otorga un buen símbolo de ella; de su valor afectivo, ilusorio como la imagen, y de su estructura, reflejo, como ella, de la forma humana.

La percepción de la forma del semejante como unidad mental se relaciona, en el ser viviente, con un nivel correlativo de inteligencia y sociabilidad. En el animal de rebaño la imitación de la señal demuestra que es reducida, mientras que las estructuras mímicas, ecopráxicas, manifiestan su infinita riqueza en el mono y en el hombre. Ese es el sentido primario del interés que ambos manifiestan ante su imagen especular. Cabe señalar, sin embargo, que aunque sus conductas en relación con esta imagen, bajo las formas de intentos de aprehensión manual, aparentemente se asemejen, en el hombre se manifiestan sólo durante un momento, al final del primer año de vida; Bühler la denomina «edad del chimpancé», debido a que en ella el hombre accede a un nivel de inteligencia instrumental similar.

Potencia segunda de la imagen especular. Ahora bien, el fenómeno de percepción que se produce en el hombre desde el sexto mes se manifiesta desde ese momento bajo una forma totalmente diferente, característica de una intuición iluminativa, es decir, con el trasfondo de una inhibición atenta, revelación repentina del comportamiento adaptado (en este caso, gesto de referencia a alguna parte del propio cuerpo); luego, el derroche jubiloso de energía que señala objetivamente el triunfo; esta doble reacción permite entrever el sentimiento de comprensión bajo su forma inefable. En nuestra opinión, estas características traducen el sentido secundario que recibe el fenómeno de las condiciones libidinales que rodean a su aparición. Estas condiciones no son sino las tensiones psíquicas originadas en los meses de prematuración y que aparentemente traducen una doble ruptura vital: ruptura en relación con la inmediata adaptación al medio que define el mundo del animal por su connaturalidad; ruptura de la unidad de funcionamiento de lo viviente que en el animal somete la percepción a la pulsión.

La discordancia, en ese estadio del hombre, tanto de las pulsiones como de las funciones, es sólo consecuencia de la incoordinación prolongada de los aparatos. Ello determina un estadio constituido afectiva y mentalmente sobre la base de una propioceptividad que entrega el cuerpo como despedazado; por un lado, el interés psíquico desplaza a tendencias que buscan una cierta recomposición del propio cuerpo; por el otro, la realidad, sometida inicialmente a un despedazamiento perceptivo - cuyo caos afecta incluso sus categorías, «espacios», por ejemplo, tan disparatados como las estáticas sucesivas del niño -, se organiza reflejando las formas del cuerpo que constituyen en cierto modo el modelo de todos los objetos.

Se trata, en este caso, de una estructura arcaica del mundo humano, cuyos profundos vestigios han sido revelados por el análisis del inconsciente: fantasías de desmembramiento, de dislocación del cuerpo, de las que las fantasías de castración son sólo una imagen valorizada por un complejo particular; la imago del doble, cuyas objetivaciones fantásticas, que se manifiestan en diversos momentos de la vida y por diversas causas, revelan al psiquiatra el hecho de que evoluciona con el crecimiento del

sujeto; por último, el simbolismo antropomórfico y orgánico de los objetos, cuyo prodigioso descubrimiento ha sido realizado por el psicoanálisis en los sueños y en los síntomas.

Desde un comienzo, la tendencia por la cual el sujeto restaura la unidad perdida de sí mismo surge en el centro de la conciencia. Ella constituye la fuente de energía de su progreso mental, progreso cuya estructura se encuentra determinada por el predominio de las funciones visuales. La búsqueda de su unidad afectiva da lugar en el sujeto a las formas en las que se representa su identidad, y la forma más intuitiva de ella está constituida en esta fase por la imagen especular. Lo que el sujeto saluda en ella, es la unidad mental que le es inherente. Lo que reconoce, es el ideal de la imago del doble. Lo que aclama, es el triunfo de la tendencia salvadora.

Estructura narcisista del yo. El mundo que caracteriza a esta fase es un mundo narcisista. Designándolo así no nos referimos solamente a su estructura libidinal mediante el término al que Freud y Abraham asignaron desde 1908 un sentido puramente energético de catexia de la libido sobre el propio cuerpo; queremos penetrar también su estructura mental con el pleno sentido del mito de Narciso, tanto si ese sentido indica la muerte -la insuficiencia vital de la que ha surgido ese mundo-, o la reflexión especular - la imago del doble que le es central-, o la ilusión de la imagen; de todas maneras y en todos esos casos, ese mundo, como lo veremos, no contiene al prójimo.

En efecto, la percepción de la actividad del otro no es suficiente para romper el aislamiento afectivo del sujeto. Mientras la imagen del semejante desempeña sólo su rol primario, limitado a la función de expresividad, suscita en el sujeto emociones y posturas similares, en la medida, al menos, en que la estructura actual de sus aparatos lo permite. Pero mientras sufre esa sugestión emocional. o motriz el sujeto no se distingue de la imagen misma. Más aún, en la discordancia característica de esta fase la imagen se limita a añadir la intrusión temporaria de una tendencia extraña. Designémosla como intrusión narcisista; de todas maneras, la unidad que introduce en las tendencias contribuirá a la formación del yo. Sin embargo, antes de que el yo afirme su identidad, se confunde con esta imagen que lo forma, pero que lo aliena de modo primordial.

Digamos que de este origen el yo conservará la estructura ambigua del espectáculo que, manifiesta en las situaciones anteriormente descritas del despotismo, de la seducción, de la ostentación, otorga su forma - sadomasoquista y escoptofílica (deseo de ver y de ser visto)- a pulsiones esencialmente destructivas del otro. Señalemos también que esta intrusión primordial permite comprender toda proyección del yo constituido, tanto si se manifiesta como mito-maníaca en el niño cuya identificación personal vacila aún, como si lo hace como transitivista en el paranoico cuyo yo regresa a un estadio arcaico, o como comprensiva cuando está integrada a un yo normal.

El drama de los celos: El Yo y El Otro

El yo se constituye al mismo tiempo que el otro en el drama de los celos. Para el sujeto se produce una discordancia que interviene en la satisfacción espectacular debido a la tendencia que ésta sugiere. Ello implica la introducción de un objeto tercero que reemplaza a la confusión afectiva y a la ambigüedad espectacular mediante la concurrencia de una situación triangular. De ese modo, apresado en los celos por identificación, el sujeto llega a una nueva alternativa en a que se juega el destino de la realidad la de reencontrar al objeto materno y aferrarse al rechazo de lo real y a la destrucción del otro; o sino, conducido a algún otro objeto, recibirlo bajo la forma característica del conocimiento humano como objeto comunicable, puesto que la concurrencia implica rivalidad y acuerdo a la vez; al mismo tiempo, sin embargo, reconoce al otro con el que se compromete la lucha o el contrato, es decir, en resumen, encuentra al mismo tiempo al otro y al objeto socializado. En este caso, una vez más, los celos humanos se distinguen de la rivalidad vital inmediata, ya que constituyen su objeto en mayor medida de lo que él los determina: se revelan así como el arquetipo de los sentimientos sociales.

El yo así concebido no alcanza antes de los tres años su constitución esencial; ésta coincide, como observamos, con la objetividad fundamental del conocimiento humano. Es notable que la riqueza y el poderío de este conocimiento se basen en la insuficiencia vital del hombre en sus orígenes. El simbolismo primordial del objeto favorece tanto su extensión fuera de los límites de los instintos vitales como su percepción como instrumento. Su socialización a través de la simpatía celosa instaura su permanencia y su sustancialidad.

Tales son los rasgos esenciales del rol psíquico [58] del complejo fraterno. He aquí algunas aplicaciones.

Condiciones y efectos de la fraternidad. *El* papel traumático del hermano en el sentido neutro está constituido así por su intrusión. El hecho y la época de su. aparición determinan su significación para el sujeto. La intrusión se origina en el recién llegado y afecta al ocupante; en la familia, y como regla general, se origina en un nacimiento y es el primogénito el que desempeña en principio el papel de paciente.

La reacción del paciente ante el trauma depende de su desarrollo psíquico. Sorprendido por el intruso en el desamparo del destete, lo reactiva constantemente al verlo: realiza entonces una regresión que, según los destinos del yo, será una psicosis esquizofrénica o una neurosis hipocondríaca o, sino, reacciona a través de la destrucción imaginaria del monstruo que dará lugar, también, a impulsos perversos o a una culpa obsesiva.

Si el intruso, por el contrario, aparece recién después del complejo de Edipo, se lo adopta,

por lo general, en el plano de las identificaciones paternas, afectivamente más densas y de estructura más rica, como veremos. Ya no constituye para el sujeto el obstáculo o el reflejo, sino una persona digna de amor o de odio. Las pulsiones agresivas se subliman en ternura o en severidad.

Pero el hermano da lugar también al modelo arcaico del yo. En este caso, el papel de agente corresponde al mayor por estar más desarrollado. Cuanto más adecuado sea este modelo al conjunto de las pulsiones del sujeto, más feliz será la síntesis del yo y más reales las formas de la objetividad. ¿El estudio de los gemelos confirma esta fórmula? Sabemos que múltiples mitos les atribuyen el poderío del héroe, por el cual se restaura en la realidad la armonía del seno materno, aunque a costa de un fratricidio. Como quiera que sea, tanto el objeto como el yo se realizan a través del semejante; cuánto más pueda asimilar de su compañero más reafirma el sujeto su personalidad y su objetividad, garantes de su futura eficacia.

Sin embargo, el grupo de la fratria familiar, de edades y sexos diversos, favorece las identificaciones más discordantes del yo. La imago primordial del doble en la que el yo se modela parece dominada en un primer momento por las fantasías de la forma, como se lo comprueba en la fantasía, común a ambos sexos, de la *madre fálica o* en el *doble fálico* de la mujer neurótica. Ella tendrá así una mayor tendencia a la fijación en formas atípicas en las que pertenencias accesorias podrán desempeñar un papel tan importante como el de las diferencias orgánicas; y, de acuerdo con el impulso, suficiente o no, del instinto sexual, esta identificación de la fase [60] narcisista dará lugar a las exigencias formales de una homosexualidad o de algún fetichismo sexual o, sino, en el sistema de un yo paranoico, se objetivará en el tipo del perseguidor, exterior o íntimo.

Las conexiones de la paranoia con el complejo fraterno se manifiestan por la frecuencia de los temas de filiación, de usurpación o de expoliación, y su estructura narcisista se revela en los temas más paranoides de la intrusión, de la influencia, del desdoblamiento, del doble y de todas las trasmutaciones delirantes del cuerpo.

Estas conexiones se explican por el hecho de que el grupo familiar, reducido a la madre y a la fratria, da lugar a un complejo psíquico en el que la realidad tiende a mantenerse como imaginaria o, a lo sumo, como abstracta. La clínica demuestra, efectivamente, que el grupo así descompletado *[decomplété]* favorece en gran medida la eclosión de las psicosis y que en él se observan la mayor parte de los casos de delirios de a dos.

I
El complejo de Edipo

Freud elaboró el concepto de complejo al descubrir en el análisis de la neurosis los hechos edípicos. Dada la cantidad de relaciones psíquicas que afecta el Complejo de Edipo, expuesto en más de un lugar de esta obra, se impone aquí a nuestro estudio, ya que define más particularmente las relaciones psíquicas en la familia humana, tanto como a nuestra crítica, en tanto que Freud considera que este elemento psicológico constituye la forma específica de la familia humana y le subordina todas las variaciones sociales de la familia. El orden metódico aquí sugerido, tanto en la consideración de las estructuras mentales como en la de los hechos sociales, conducirá a una revisión del complejo que permitirá situar en la historia a la familia paternalista e ilustrar con mayor profundidad la neurosiscontemporánea.

Esquema del complejo. El psicoanálisis ha revelado en el niño pulsiones genitales cuyo apogeo se sitúa en el 4° año. Sin extendernos aquí acerca de su estructura, digamos que constituyen una especie de pubertad psicológica, sumamente prematura, como podemos observar, en relación con la pubertad fisiológica. Al fijar al niño, a través de un deseo sexual, al objeto más cercano que le ofrecen normalmente la presencia y el interés (referidas al progenitor del sexo opuesto), estas pulsiones constituyen la base del complejo; su frustración forma su nódulo. Aunque es inherente a la esencia prematura de esas pulsiones, el niño relaciona esta frustración con un objeto tercero que las mismas condiciones de presencia y de interés le señalan normalmente como el obstáculo para su satisfacción: el progenitor del mismo sexo.

En efecto, la frustración que sufre se acompaña, por lo general, con una represión educativa cuyo objetivo es el de impedir toda culminación de estas pulsiones y, especialmente, su culminación masturbatoria. El niño, por otra parte, adquiere una cierta intuición de la situación prohibida, tanto a través de los signos discretos y difusos que revelan a su sensibilidad las relaciones parentales, como por los azares intempestivos que se las descubren. A través de este doble proceso, el progenitor del mismo sexo se le aparece simultáneamente al niño como el agente de la prohibición sexual y el ejemplo de sutransgresión.

La tensión así constituida se resuelve, por un lado, a través de una represión de la tendencia sexual que permanecerá desde entonces latente hasta la pubertad -dejando lugar a intereses neutros, eminentemente favorables a las adquisiciones educativas- ; por el otro, a través de la sublimación de la imagen parental que perpetuará en la conciencia un ideal representativo, garantía de coincidencia futura de las actitudes psíquicas y de las actitudes fisiológicas en el momento de la pubertad. Este doble proceso tiene una importancia genética fundamental, ya que permanece inscrito en el psiquismo en dos instancias permanentes: la que reprime se llama Superyó; la que sublima, Ideal del yo. Ambas representan la culminación de la crisis edípica

Valor objetivo del complejo. Este esquema esencial del complejo corresponde a una gran cantidad de datos de la experiencia. En la actualidad la existencia de la sexualidad infantil es irrefutable; por otra parte, al haberse revelado históricamente a través de las

secuelas de su evolución constituidas por las neurosis, es accesible a la observación más inmediata y su desconocimiento secular constituye una notable demostración de la relatividad social del conocimiento humano. Las instancias psíquicas que con el nombre de Superyó e Ideal del yo se han aislado en un análisis concreto de los síntomas de las neurosis, han mostrado su valor científico en la definición y la explicación de los fenómenos de la personalidad; existe allí un orden de determinación positiva que explica una gran cantidad de anomalías de la conducta humana y, al mismo tiempo, determina que en relación con estos trastornos las referencias al orden orgánico sean caducas, referencias éstas que aunque sólo sea por puro principio o simple mítica, aún son consideradas como método experimental por toda una tradición médica.

A decir verdad, el prejuicio que atribuye al orden psíquico un carácter de epifenómeno, es decir inoperante , se veía favorecido por un análisis insuficiente de los factores de este orden; estos accidentes de la historia del sujeto asumen la importacia que permite relacionarlos con los diversos rasgos individuales de su personalidad precisamente a la luz de la situación definida como edípica; se puede precisar, incluso, que cuando esos accidentes afectan como traumas la evolución de la situación edípidca, se puede precisar, incluso, que cuando esos accidentes afectan como traumas la evolución de la situación edípica, se repiten mas bien en los efectos del Superyó; si la afectan como atipias en su constitución , se reflejan sobre todo en las formas del Ideal del yo. De ese modo, como inhibiciones de la actividad creadora o como inversiones de la imaginación sexual, una gran número de trastornos, muchos de los cuales aparecen a nivel de las funciones somáticas elementales, han encontrado una reducción teórica y terapéutica.

La familia según Freud

El descubrimiento del hecho de que desarrollos tan importantes para el hombre como los de la represión sexual y el sexo psíquico se encontraban sometidos a la regulación y a los accidentes de un drama psíquico de la familia, proporcionó una preciosa contribución a la antropología del grupo familiar, en particular al estudio de las prohibiciones que este grupo formula universalmente y cuyo objeto es el comercio sexual entre algunos de sus miembros. Así, Freud llegó a elaborar muy pronto una teoría de la familia. Esta se basó en una disimetría, que se comprobó desde las primeras investigaciones, en lo referente a la situación de ambos sexos en relación con el Edipo. El proceso que va desde el deseo edípico hasta su represión aparece con la simplicidad con la que lo hemos señalado sólo en el niño varón. De ese modo, es este último el que es tomado constantemente como sujeto de las exposiciones didácticas del complejo.

El deseo edípico, en efecto, se manifiesta como mucho más intenso en el caso del niño y, así, hacia la madre. Por otra parte, en su mecanismo la represión revela rasgos que sólo parecen justificarse si en su forma típica se ejerce de padre a hijo. Es ello lo que corresponde al complejo de castración.

El complejo de castración. Esta represión se opera a través de un doble movimiento afectivo del sujeto: agresividad contra el progenitor frente al cual su deseo sexual lo ubica en postura de rival; temor secundario, experimentado como retorno de una agresión semejante. Ahora bien, estos dos movimientos se encuentran apuntalados por una fantasía tan notable, que ha sido individualizada gracias a ellos en un complejo llamado de castración. Este término se justifica por los fines agresivos y represivos que aparecen en ese momento del Edipo, pero se adecua escasamente a la fantasía que constituye su hecho original.

Esta fantasía consiste esencialmente en la mutilación de un miembro, es decir, en un tormento que sólo puede servir para castrar a un macho. Pero la realidad aparente de ese peligro, juntamente con el hecho de que su amenaza es realmente formulada por una tradición educativa, indujo a Freud a considerarlo primeramente por su valor real y a reconocer en un temor inspirado de hombre a hombre, en realidad por el padre, al prototipo de la represión edípica.

En esa dirección, Freud se vela apoyado por un dato sociológico; no sólo la prohibición del [67] incesto con la madre muestra un carácter universal, a través de las relaciones de parentesco infinitamente diferentes y a menudo paradójicas que las culturas primitivas marcan con el tabú del incesto sino que también, y cualquiera sea en una cultura el nivel de la conciencia moral esta prohibición es siempre formulada en forma expresa, y su transgresión se marca por una reprobación constante. Por ello, Frazer reconoció en el tabú de la madre la ley primordial de la humanidad.

El mito del parricidio original. Freud realiza así el salto teórico cuyo carácter abusivo hemos señalado en nuestra introducción: de la familia conyugal que observaba en sus sujetos a una hipotética familia primitiva concebida como una horda que un macho domina por su superioridad biológica acaparando las mujeres núbiles. Freud se basa en el vinculo que se comprueba entre los tabúes y las observancias en relación con el tótem, objeto alternativamente de inviolabilidad y de orgía sacrificial. Imagina un drama de asesinato del padre por parte de los hijos, seguido por una consagración póstuma de su poderío sobre las mujeres por los asesinos cautivos de una rivalidad insoluble: acontecimiento primordial de donde habría surgido, con el tabú de la madre, toda tradición moral y cultural.

Aún si esta construcción no se invalidase ya por las postulaciones que comporta - atribuir a un grupo biológico la posibilidad del reconocimiento de una ley que, precisamente, se debe instaurar -, sus premisas supuestamente biológicas, es decir la tiranía permanente ejercida por el jefe de la horda, se reducirían a una fantasía cada vez más incierta a medida que progresa nuestro conocimiento de los antropoides. Pero, sobre todo, las huellas universalmente presentes y la extendida supervivencia de una estructura matriarcal de la familia, la existencia en su área de todas las formas fundamentales de la cultura y

especialmente de una represión a menudo muy rigurosa de la sexualidad, demuestran que el orden de la familia humana tiene fundamentos que son ajenos a la fuerza del macho.

Sin embargo, consideramos que la inmensa cantidad de hechos que ha sido posible objetivar desde hace alrededor de cincuenta años gracias al complejo de Edipo, puede esclarecer la estructura psicológica de la familia en mayor medida de lo que pueden hacerlo las intuiciones excesivamente apresuradas que acabamos de exponer.

Las funciones del complejo. Revisión psicológica

El complejo de Edipo caracteriza a todos los niveles del psiquismo; los teóricos del psicoanálisis, sin embargo, no han definido en forma clara las funciones que allí desempeña. Ello se debe a no haber distinguido en grado suficiente los planos de desarrollo en los que lo explican. Consideran al complejo, en efecto, como el eje frente al cual la *evolución de la sexualidad* se proyecta en la *constitución de* la *realidad;* sin embargo, estos planos divergen en el hombre por una incidencia especifica a la que, sin duda, reconocen como *represión de la sexualidad y sublimación de la realidad,* pero corresponde integrarla en una concepción más rigurosa de estas relaciones de estructura: sólo en forma aproximativa se puede considerar como paralelo el papel de maduración que desempeña el complejo en cada uno de esos planos.

Maduración de la sexualidad

El aparato psíquico de la sexualidad se revela inicialmente en el niño bajo las formas más aberrantes en relación con sus fines biológicos, y la sucesión de estas formas demuestra que la organización genital se conforma a través de una maduración progresiva. Esta maduración de la sexualidad condiciona el complejo de Edipo, constituyendo sus tendencias fundamentales, pero, inversamente, el complejo la favorece al dirigirla hacia sus objetos.

El movimiento del Edipo, en efecto, se opera a través de un conflicto triangular en el sujeto; hemos visto ya que el juego de las tendencias surgidas del destete producía una formación de este tipo; es también la madre, objeto primero de estas tendencias, como alimento a absorber e incluso como seno en el cual reabsorberse, la que se propone inicialmente al deseo edípico. Se comprende así que este deseo se caracterice mejor en el varón, pero también que proporcione una oportunidad muy singular revelando la reactivación de las tendencias del destete, es decir, a una regresión sexual. Estas tendencias, en efecto, no constituyen sólo un callejón sin salida psicológico; se contraponen además particularmente aquí a la actitud de exteriorización, conforme a la actividad del sexo masculino.

Muy por el contrario, en el otro sexo, en el que estas tendencias presentan un desenlace posible en el destino biológico del sujeto, el objeto materno, al desviar una parte del deseo edípico, tiende, sin duda, a neutralizar el potencial del complejo y, de ese modo, sus efectos de sexualización; pero, al imponer un cambio de objeto, la tendencia genital se libera en mayor medida de las tendencias primitivas, tanto más fácilmente cuanto que nunca se ve obligada a invertir la actitud de interiorización heredada de estas tendencias, que son narcisistas. De ese modo, se llega a la siguiente conclusión ambigua: la de que, de un sexo a otro, cuanto más acusada es la formación del complejo, más aleatorio parece ser su rol en la adaptación sexual.

Constitución de la realidad

Se observa aquí la influencia del complejo psicológico sobre una relación vital y es de ese modo que contribuye a la constitución de la realidad. Lo que aporta a ella no puede ser descrito en los términos de una psicogénesis intelectualista: se trata de una cierta profundidad afectiva del objeto. Dimensión que, al constituir el trasfondo de toda comprensión subjetiva, no se distinguiría como fenómeno si la clínica de las enfermedades mentales no la hiciere aprehender como tal al proponer a los límites de la comprensión toda una serie de degradaciones.

Al constituir, en efecto, una norma de lo vivido, esta dimensión sólo puede ser reconstruida a través de intuiciones metafóricas: densidad que confiere existencia al objeto, perspectiva que nos proporciona el sentimiento de su distancia y nos inspira el respeto al objeto. Ella se demuestra, sin embargo, en las vacilaciones de la realidad que fecundan al delirio: cuando el objeto tiende a confundirse con el yo y, al mismo tiempo, a reabsorberse en fantasía, cuando aparece descompuesto de acuerdo con uno de los sentimientos que constituyen el espectro de la irrealidad desde los sentimientos de extrañeza, de *déjá vu,* de *jamais* vu, pasando por los falsos reconocimientos, las ilusiones de sosías, los sentimientos de participación, de adivinación, de influencia, las intuiciones de significación, para culminar en el crepúsculo del mundo y en la abolición afectiva que en alemán se designa formalmente como pérdida del objeto *(Objektverlust).*

El psicoanálisis explica estas cualidades tan diversas de lo vivido por las variaciones de la cantidad de energía vital que el deseo catectiza en el objeto. Por verbal que pueda parecer la fórmula corresponde, para los psicoanalistas, a un dato de su práctica; cuentan con esa catexia en las «transferencias» operatorias de sus curas; la indicación del tratamiento debe basarse en los recursos que ofrece. De ese modo reconocieron en los síntomas anteriormente citados los índices de una catexia excesivamente narcisista de la libido, mientras la formación del Edipo aparecía como el momento y la prueba de una catexia suficiente para la «transferencia ».

Este papel del Edipo seria correlativo de una maduración de la sexualidad. La actitud instaurada por la tendencia genital cristalizaría según su tipo normal la relación vital con la realidad. Se caracteriza a esta actitud con los términos de don y de sacrificio, términos grandiosos, pero cuyo sentido es ambiguo y vacila entre la defensa y la renuncia. A través de ellos, una concepción audaz reencuentra el secreto bienestar del tema moralizante: en el pasaje de la captación a la oblación, se confunden en gran medida la prueba vital y la prueba moral.

Esta concepción puede definirse como psicogénesis analógica; se relaciona con el defecto más notable de la doctrina analítica: descuidar la estructura en beneficio del dinamismo. La experiencia analítica, sin embargo, aporta una contribución al estudio de las formas mentales al demostrar su relación - tanto de condiciones como de soluciones- con las crisis afectivas. La diferenciación del juego formal del complejo permite establecer, entre su función y la estructura del drama que le es esencial, una relación más estricta.

Represión de la sexualidad

El complejo de Edipo marca la culminación de la sexualidad infantil, pero constituye también el resorte de la represión que reduce sus imágenes al estado de latencia hasta la pubertad; determina una condensación de la realidad en el sentido de la vida, pero también es el momento de la sublimación que en el hombre abre a esta realidad su expresióndesinteresada.

Las formas en las que se perpetúan estos efectos son designadas como Superyó e Ideal del yo según que sean inconscientes o conscientes para el sujeto. Ellas reproducen, se dice, la imago del progenitor del mismo sexo, y el Ideal del yo contribuye así al conformismo sexual del psiquismo. Pero en estas dos funciones, según la doctrina, la imago del padre tendría un papel prototípico debido al predominio del sexo masculino.

En lo referente a la represión de la sexualidad, esta concepción reposa, como lo hemos señalado, en la fantasía de castración. La doctrina la relaciona con una amenaza real debido a que, aunque genialmente dinámico para reconocer las tendencias, el atomismo tradicional sigue bloqueando a Freud el reconocimiento del concepto de autonomía de las formas; de ese modo, al observar la existencia de la misma fantasía en la niñita o de una imagen fálica de madre en ambos sexos, se ve compelido a explicar esos hechos por revelaciones tempranas del dominio del sexo masculino, revelaciones que conducirían a la niñita a la nostalgia de la virilidad y al niño a concebir a su madre como viril. Génesis que, aunque encuentra un fundamento en la identificación, requiere al s erutilizadamecanismos a tal punto sobrecargados que parece errónea.

Las fantasías de despedazamiento. Ahora bien, el material de la experiencia analítica sugiere una interpretación diferente; en efecto, la fantasía de castración es precedida por toda una serie de fantasías de despedazamiento del cuerpo que, regresivamente, van de la dislocación y el desmembramiento, pasando por la eviración hasta la devoración y el amortajamiento.

El examen de estas fantasías revela que su serie se inscribe en una forma de penetración con sentido destructivo e investigador a la vez que busca el secreto en el seno materno, mientras esa relación es vivida por el sujeto de acuerdo con una modalidad de ambivalencia proporcional a su arcaísmo. Sin embargo, los investigadores que han comprendido mejor el origen materno de estas fantasías (Mélanie Klein) se ocupan sólo de la simetría y de la extensión que aportan a la formación del Edipo, revelando, por ejemplo, la nostalgia de la maternidad en el niño varón. Su interés, en nuestra opinión, se basa en la evidente irrealidad de la estructura; el examen de esas fantasías que se observan en los sueños y en algunos impulsos permite afirmar que no se relacionan con cuerpo real alguno, sino con un maniquí heteróclito, con una muñeca barroca, con un trofeo de miembros en los que se debe reconocer al objeto narcisista cuya génesis hemos evocado anteriormente: condicionada por la precesión, en el hombre, de formas imaginarias del cuerpo sobre el dominio del cuerpo propio, por el valor de defensa que el sujeto otorga a estas formas contra la angustia del desgarramiento vital, hecho originado en la prematuración.

Origen materno del superyó arcaico. La fantasía de castración se relaciona con este mismo objeto. Su forma, originada con anterioridad a todo discernimiento del propio

cuerpo, con anterioridad a toda distinción de amenaza del adulto, no depende del sexo del sujeto y determina en mayor medida de lo que sufre las fórmulas de la tradición educativa. Representa la defensa que el yo narcisista, identificado con el doble especular, contrapone al resurgimiento de la angustia que en el momento inicial del Edipo tiende a quebrantarlo; crisis que no es causada tanto por la irrupción del deseo sexual en el sujeto sino por el objeto que él reactualiza, es decir, la madre. El sujeto responde a la angustia despertada por este objeto reproduciendo el rechazo masoquista que le permitió superar su pérdida original, pero lo hace de acuerdo con la estructura que ha adquirido, es decir en una localización imaginaria de la tendencia.

Esa génesis de la represión sexual no carece, sin duda, de referencias sociológicas; se expresa en los ritos a través de los cuales los primitivos manifiestan que esta represión se imbrica con las raíces del vinculo social: ritos de fiesta que, para liberar a la sexualidad, designan mediante su forma orgiástica el momento de la reintegración afectiva en el Todo; ritos de circuncisión que, al sancionar la madurez sexual, manifiestan que la persona accede a ella sólo a costa de una mutilación corporal.

Para definir en el plano psicológico esta génesis de la represión, se debe reconocer en la fantasía de castración el juego imaginario que la condiciona, situar en la madre el objeto que la determina. Se trata de la forma radical de las contra pulsiones que se revelan en la experiencia analítica por constituir el núcleo más arcaico del Superyó y por representar la represión más masiva.

Esta fuerza se reinicia con la diferenciación de esta forma, es decir con el progreso a través del cual el sujeto realiza la instancia represiva en la autoridad del adulto; de no ser así, no se podría comprender el siguiente hecho que, aparentemente, se contrapone a la teoría: nos referimos a que el rigor con que el Superyó inhibe [78] las funciones del sujeto tiende a establecerse en razón inversa a la severidad real de la educación. Aunque ya a partir de la represión materna por sí sola (disciplina del destete y de los esfínteres) el Superyó recibe huellas de la realidad, sólo supera su forma narcisista en el complejo de Edipo.

Sublimación de la realidad

Se introduce aquí el papel de este complejo en la sublimación de la realidad. Para comprenderlo, se debe partir del momento en que la doctrina muestra la solución del drama, es decir, de la forma que ella ha descubierto en él, de la identificación. En efecto, el Superyó y el Ideal del yo pueden revelar a la experiencia rasgos conformes a las particularidades de esta imago debido a una identificación del sujeto con la imago del progenitor del mismo sexo.

La doctrina lo considera como un hecho originado en el narcisismo secundario; no distingue esta identificación de la identificación narcisista: también en este caso existe una asimilación del sujeto al objeto; la única diferencia que observa es la constitución, con el deseo edípico, de un objeto con una mayor dosis de realidad, contrapuesto a un yo mejor constituido. Según las constantes del hedonismo, la frustración de este deseo darla lugar al retorno del sujeto a su voracidad primordial de asimilación y, de la formación del yo, a una imperfecta introyección del objeto. Para imponerse al sujeto, la imago se yuxtapone solamente al yo en las dos exclusiones del inconsciente y del ideal.

Originalidad de la identificación edípica. Sin embargo, un análisis más estructural de la identificación edípica permite reconocerle una forma más distintiva. Lo que se comprueba, en primer lugar, es la antinomia de las funciones que desempeña en el sujeto la imago parental. por un lado, inhibe la función sexual, pero en forma inconsciente, ya que la experiencia demuestra que la acción del Superyó contra las repeticiones de la tendencia es tan inconsciente como reprimida es la tendencia. Por otra parte, la imago preserva esta función, aunque protegida por su desconocimiento, ya que es efectivamente la preparación de las vías de su retorno futuro lo que representa en la conciencia el Ideal del yo. De este modo, la tendencia se resuelve bajo las dos formas fundamentales inconsciencia, desconocimiento, en las que el análisis ha aprendido a reconocerla, mientras la imago aparece a su vez bajo dos estructuras cuyo intervalo define la primera sublimación de la realidad.

Sin embargo, no se subraya en grado suficiente que el objeto de la identificación no es en este caso el objeto del deseo, sino el que se le contrapone en el triángulo edípico. La identificación era mimética, pero se ha convertido en propiciatoria; el objeto de la participación sadomasoquista se separa del sujeto, se distancia de él en la nueva ambigüedad del temor y del amor. Sin embargo, en este paso hada la realidad, el objeto primitivo del deseo parece escamoteado.

Este hecho define para nosotros la originalidad de la identificación edípica: nos indica, aparentemente, que en el complejo de Edipo lo que erige al objeto en su nueva realidad no es el momento del deseo, sino el de la defensa narcisista del sujeto.

Al hacer surgir al objeto que su posición sitúa como obstáculo al deseo, ese momento lo presenta con la aureola de la transgresión a la que se siente como peligrosa; le aparece al yo al mismo tiempo como el sostén de su defensa y el ejemplo de su triunfo. Por ello, este objeto ocupa normalmente el lugar del doble con el que el yo se identificó inicialmente y a través del cual puede confundirse aún con el otro; le proporciona al yo una seguridad, al reforzar ese marco, pero, al mismo tiempo, se le contrapone como un ideal que, alternativamente, lo exalta y lo deprime.

Ese momento del Edipo constituye el prototipo de la sublimación, tanto por el papel de presencia enmascarada que desempeña en él la tendencia, como por la forma con la que

reviste al objeto. En efecto, la misma forma es sensible en cada crisis en la que se produce, para la realidad humana, la condensación cuyo enigma hemos planteado anteriormente: esta luz de la sorpresa es la que transfigura un objeto al disolver sus equivalencias en el sujeto y lo propone no ya como un medio para la satisfacción del deseo, sino como polo para las creaciones de la pasión. La experiencia realiza toda su profundización al reducir nuevamente ese objeto.

Una serie de funciones antinómicas se constituye así en el sujeto a través de las crisis fundamentales de la realidad humana, ya que contiene las virtualidades indefinidas de su progreso. Aparentemente, la función de la conciencia parece expresar la angustia primordial; la de la equivalencia, refleja el conflicto narcisista; mientras la del ejemplo aparece como el aporte original del complejo de Edipo.

La imago del padre. Ahora bien, la estructura misma del drama edípico designa al padre para proporcionar a la función de sublimación su forma más eminente, por ser la más pura. La imago de la madre en la identificación edípica revela, en efecto, la interferencia de las identificaciones primordiales, marcando con sus formas y su ambivalencia tanto al Ideal del yo como al Superyó. En la niñita, del mismo modo en que la represión de la sexualidad impone más fácilmente a las funciones corporales el despedazamiento mental con que es posible definir la histeria, igualmente la sublimación de la imago materna tiende a convertirse en sentimiento de repulsión por su decadencia y en preocupación sistemática por la imagen especular.

A medida que predomina, la imago del padre polariza en los dos sexos las formas más perfectas del Ideal del yo, en relación !ton lo cual basta señalar que realizan el ideal viril en el hombre y el ideal virginal en la niña. Por el contrario, en las formas disminuidas de esta imago podemos señalar las lesiones físicas, especialmente aquéllas que la presentan como estropeada o enceguecida, para desviar la energía de sublimación de su dirección creadora y favorecer su reclusión en algún ideal de integridad narcisista. Cualquiera que sea la etapa de desarrollo en la que se produce, y según el grado de culminación del Edipo, la muerte del padre tiende también a agotar, inmovilizándolo, el progreso de la realidad. Al relacionar con esas causas un gran número de neurosis y su gravedad, la experiencia contradice así la orientación teórica que considera que su agente fundamental reside en la amenaza de la fuerza paterna.

El complejo y la relatividad sociológica

El análisis psicológico del Edipo señala que se lo debe comprender en función de sus antecedentes narcisistas; no queremos decir por ello que se instaura fuera de la relatividad sociológica. El resorte más decisivo de sus efectos psíquicos, en efecto, se origina en el hecho de que la imago del padre concentra en sí la función de represión con la de sublimación; pero se trata, en ese caso, de una determinación social, la de la familia paternalista.

Matriarcado y patriarcado

En las culturas matriarcales, la autoridad familiar no se encuentra representada por el padre sino, por lo común, por el tío materno. Un etnólogo, guiado por su conocimiento del psicoanálisis, Malinowsky, supo comprender las incidencias psíquicas de ese hecho: el tío materno ejerce el padrinazgo social de guardián de los tabúes familiares y de iniciador de los ritos tribales, mientras que el padre, aliviado de toda función represora, desempeña un rol de protección más familiar, de maestro de técnica y de tutor de la audacia en las empresas.

Esta separación de las funciones da lugar a un equilibrio diferente del psiquismo que, según el autor, puede ser demostrado por la ausencia de neurosis en los grupos que observó en las islas del noroeste de Melanesia. Este equilibrio demuestra en forma acabada que el complejo de Edipo es relativo a una estructura social, pero no otorga fundamento alguno a la ilusión paradisíaca, contra la que el sociólogo debe, cuidarse constantemente: a la armonía que comporta se le contrapone, en efecto, la estereotipia que caracteriza en las culturas de este tipo a las creaciones de la personalidad, desde el arte hasta la moral; ese reverso nos debe llevar a reconocer, conforme a la presente teoría del Edipo, cuán dominado por la represión social está el ímpetu de la sublimación, cuando estas dos funciones se encuentran separadas.

Por el contrario, la imago paterna proyecta la fuerza original de la represión en las sublimaciones mismas que deben superarla precisamente porque está investida por la represión; la fecundidad del complejo de Edipo se basa en el hecho de que articula en tal antinomia el progreso de esas funciones. Esa antinomia actúa en el drama individual, y veremos como se confirma en él a través de efectos de descomposición; pero sus efectos de progreso superan en mucho a ese drama, al estar integrados en el inmenso patrimonio cultural, ideales normales, estatutos jurídicos, inspiraciones creadoras. El psicólogo no puede descuidar esas formas que, al concentrar en la familia conyugal las condiciones del conflicto funcional del Edipo, reintegran en el progreso psicológico la dialéctica social

engendrada por este conflicto.

Que el estudio de estas formas se refiera a la historia constituye ya un dato para nuestro análisis; en efecto, el hecho de que la luz de la traición histórica sólo se observe plenamente en los anales de los patriarcados, mientras que afecta solamente en sectores reducidos -precisamente aquéllos en los que se realiza la investigación de un Bachofen- a los matriarcados, subyacentes por doquier en la cultura antigua, se origina en un problema de estructura.

Apertura del vínculo social *El* momento crítico que Bergson definió en los fundamentos de la moral se relaciona, en nuestra opinión, con este hecho. Sabemos que él reduce a su función de defensa vital ese «todo de la obligación» mediante el cual designa el vínculo que cierra al grupo humano en su coherencia; y que reconoce, en forma contrapuesta, un ímpetu trascendente de la vida en todo movimiento que abre ese grupo al universalizar ese vínculo: doble origen que descubre un análisis abstracto, que se vuelve, sin duda, contra sus ilusiones formalistas, pero que sigue limitado al alcance de la abstracción. Ahora bien, si a través de la experiencia tanto [86]el psicoanalista como el sociólogo pueden reconocer en la prohibición de la madre la forma concreta de la obligación primordial, igualmente pueden demostrar un proceso real de «apertura» del vínculo social en la autoridad paternalista y decir que, a través del conflicto funcional del Edipo, ella introduce en la represión un ideal de promesa.

Si se refieren a los ritos de sacrificio a través de los cuales las culturas primitivas, aún las que han alcanzado una concentración social elevada, realizan con el rigor más cruel -víctimas humanas desmembradas o sepultadas vivas- las fantasías de la relación primordial con la madre, podrán leer en más de un mito que al advenimiento de la autoridad paterna le corresponde el temperamento de la primitiva represión social. Este sentido, legible en la ambigüedad mítica del sacrificio de Abraham que, por otra parte, lo relaciona formalmente con la expresión de una promesa, aparece también en el mito de Edipo: para comprenderlo no se debe descuidar el episodio de la Esfinge, representación no menos ambigua de la emancipación de las tiranías matriarcales y de la declinación del rito del asesinato regio. Cualquiera que sea la forma, todos estos mitos se sitúan en el alba de la historia, muy lejos del nacimiento de la humanidad de la que los separan la duración inmemorial de las culturas matriarcales y el estancamiento de los grupos primitivos.

Según esta referencia sociológica, el hecho profético al que Bergson se refirió históricamente, en tanto que se produjo básicamente en el pueblo judío, se comprende por la situación de elegidos en la que se ubicó a este pueblo, como partidario del patriarcado entre grupos entregados a culturas maternas, a través de su lucha convulsiva por mantener el ideal patriarcal frente a la seducción irreprimible de esas culturas. A través de la historia de los pueblos patriarcales, se observa, de ese modo, como se afirma dialécticamente en la sociedad las exigencias de la persona y la universalización de los ideales: lo demuestra el progreso de las formas jurídicas que eternizan la misión que la Roma antigua vivió tanto en potencia como en conciencia y que se realizó a través de la extensión ya revolucionaria de los privilegios morales de un patriarcado a una plebe inmensa y a todos los pueblos.

El hombre moderno y la familia conyugal

Dos funciones de este proceso se reflejan en la estructura de la familia misma: la tradición, en los ideales patricios, de formas privilegiadas del matrimonio; la exaltación apoteótica que el cristianismo realiza en lo referente a las exigencias de la persona. La Iglesia integró esa tradición en la moral del cristianismo, al ubicar en el primer plano del vínculo del matrimonio la libre elección de la persona; de ese modo, determinó que la institución familiar franquease el paso decisivo hacia su estructura moderna; nos referimos a la secreta inversión de su preponderancia social en beneficio del matrimonio. Inversión que se produce en el siglo XV con la revolución económica de la que surgieron la sociedad burguesa y la psicología del hombre moderno.

En efecto, las relaciones de la psicología del hombre moderno con la familia conyugal son las que se proponen al estudio del psicoanalista; este hombre es el único objeto que ha sometido verdaderamente a su experiencia, y si el psicoanalista observa en él el reflejo psíquico de las condiciones más originales del hombre, ¿puede pretender la curación de sus flaquezas psíquicas sin comprenderlo en la cultura que le impone las más altas exigencias, sin comprender, del mismo modo, su propia posición frente a este hombre en el punto extremo de la actitud científica ?

Ahora bien, en esta época es más difícil que nunca comprender al hombre de la cultura occidental fuera de las antinomias que constituyen sus relaciones con la naturaleza y con la sociedad: no se puede comprender, fuera de ellas, ni la angustia que expresa en el sentimiento de una transgresión prometeica frente a las condiciones de su vida, ni las concepciones más elevadas en las que supera esa angustia, al reconocer que se crea a sí mismo y a sus objetos a través de crisis dialécticas.

Papel de la formación familiar*.* Este movimiento subversivo y crítico en el que se realiza el hombre encuentra su germen más activo en tres condiciones de la familia conyugal.

Para encarnar a la autoridad en la generación más cercana y bajo una figura familiar, la familia conyugal ubica esta autoridad al alcance inmediato de la subversión creadora. La observación más común puede comprobarlo a través de las inversiones que imagina el niño en el orden de las generaciones, en las que reemplaza mediante su persona al padre o al abuelo.

Por otra parte, el psiquismo se constituye tanto a través de la imagen del adulto como

contra su coacción: este efecto opera mediante la transmisión del Ideal del yo, y por lo general, como ya hemos dicho, de padre a hijo. Comporta una selección positiva de las tendencias y de los dones, una progresiva realización del ideal en el carácter. Las familias de hombres eminentes se originan en ese proceso psicológico y no en la supuesta herencia que se debería reconocer en capacidades esencialmente relacionales.

Por último, y sobre todo, la evidencia de la vida sexual en los representantes de las coacciones morales, el ejemplo singularmente transgresor de la imago del padre en lo referente a la prohibición primordial, exaltan en grado sumo la tensión de la libido y el alcance de la sublimación.

El complejo de la familia conyugal crea los logros superiores del carácter, de la felicidad y de la creación, para realizar en la forma más humana el conflicto del hombre con su angustia más arcaica, para ofrecerle el recinto más leal en el que le sea posible confrontarse con los rigores más profundos de su destino, para poner al alcance de su existencia individual el triunfo más completo contra su servidumbre original.

Al proporcionar la mayor diferenciación a la personalidad antes del periodo de latencia, el complejo proporciona a las confrontaciones sociales de ese periodo su máximo de eficacia para la formación racional del individuo. En efecto, es posible considerar que la acción educativa en ese período reproduce en una realidad más cargada y bajo las sublimaciones superiores de la lógica y de la justicia, el juego de las equivalencias narcisistas, de las que ha surgido el mundo de los objetos. Cuanto más diversas y ricas sean las realidades inconscientemente integradas en la experiencia familiar, más formativo será para la razón el trabajo de su reducción.

De ese modo, si el psicoanálisis manifiesta en las condiciones morales de la creación un fermento revolucionario que sólo puede captarse en un análisis concreto, reconoce, para producirlo, que la estructura familiar posee una fuerza que supera toda racionalización educativa. Este hecho merece ser señalado a los teóricos -cualquiera que sea el campo al que pertenezcan- de una educación social con pretensiones totalitarias, para que cada uno concluya de acuerdo con sus deseos.

Declinación de la imago paterna. El rol de la imago del padre puede ser observado en forma notable en la formación de la mayor parte de los grandes hombres. Vale la pena señalar, así, su irradiación literaria y moral en la era clásica del progreso, desde Corneille hasta Proudhon; y los ideólogos que en el siglo XIX realizaron las críticas más subversivas contra la familia paternalista no fueron los menos marcados por ella.

Pero no somos de aquéllos que lamentan un supuesto debilitamiento del vínculo familiar. ¿No es acaso significativo que la familia se haya reducido a su grupo biológico a medida que integraba los más altos progresos culturales? Un gran número de efectos psicológicos, sin embargo, estan referidos, en nuestra opinión, a una declinación social de la imago paterna. Declinación condicionada por el retorno al individuo de efectos extremos del progreso social, declinación que se observa principalmente en la actualidad en las colectividades más alteradas por estos efectos: concentración económica, catástrofes políticas. ¿El hecho no ha sido formulado acaso por el jefe de un Estado totalitario como argumento contra la educación tradicional? Declinación más íntimamente ligada a la dialéctica de la familia conyugal, ya que se opera a través del crecimiento relativo, muy sensible por ejemplo en la vida norteamericana, de las exigencias matrimoniales.

Cualquiera que sea el futuro, esta declinación constituye una crisis psicológica. Quizás la aparición misma del psicoanálisis debe relacionarse con esta crisis. Es posible que el sublime azar del genio no explique por sí solo que haya sido en Viena -centro entonces de un Estado que era el *melting-pot* de las formas familiares más diversas, desde las más arcaicas hasta las más evolucionadas, desde los últimos agrupamientos agnáticos de los campesinos eslavos hasta las formas más reducidas del hogar pequeño burgués y hasta las formas más decadentes de la pareja inestable, pasando por los paternalismos feudales y mercantiles- el lugar en el que un hijo del patriarcado judío imaginó el complejo de Edipo. Como quiera que sea, las formas de neurosis predominantes a fines del siglo pasado son las que revelaron que dependían en forma estrecha de las condiciones de la familia.

Estas neurosis, desde la época de las primeras adivinaciones freudianas, parecen haber evolucionado en el sentido de un complejo caracterial, en el que, tanto por la especificidad de su forma como por su generalización (constituye el núcleo de la mayor parte de las neurosis), podemos reconocer la gran neurosis contemporánea. Nuestra experiencia nos lleva a ubicar su determinación principal en la personalidad del padre, carente siempre de algún modo, ausente, humillada, dividida o postiza. Es esta carencia la que, de acuerdo con nuestra concepción del Edipo, determina el agotamiento del ímpetu instintivo así como el de la dialéctica de las sublimaciones. Madrinas siniestras instaladas en la cuna del neurótico, la impotencia v la utopía recluyen su ambición, tanto si él sofoca en sí mismo las creaciones que espera el mundo al que llega, como si, en el objeto que propone a su rebelión, ignora su propio movimiento.

Capítulo II

Los complejos familiares en patología

Los complejos familiares desempeñan una función formal en la psicosis: temas familiares que predominan en los delirios por su conformidad con la detención que constituye la psicosis en el yo y en la realidad; en las neurosis los complejos cumplen una función causal: incidencias y constelaciones familiares que determinan los síntomas y las estructuras, de acuerdo con los cuales, las neurosis dividen, introvierten o invierten la personalidad. Tales, en resumen, las tesis desarrolladas en este capitulo.

Es evidente que al calificar como familiares la forma de una psicosis o la fuente de una neurosis, entendemos ese término en el estricto sentido de relación social que este estudio intenta definir y, al mismo tiempo, justificar a través de su fecundidad objetiva; así, lo que corresponde solamente a la transmisión biológica debe ser designado como «hereditario» y no como «familiar», en el sentido estricto del término, aún si se trata de una acepción psíquica, pese al uso corriente en el vocabulario neurológico.

Las psicosis de tema familiar

Fue con esa intención de objetividad psicológica que hemos estudiado a las psicosis cuando, entre los primeros en hacerlo en Francia, intentamos comprenderlas en su relación con la personalidad; punto de vista al que nos conducía entonces el concepto, reconocido cada vez en mayor medida desde entonces, de que la totalidad del psiquismo es afectada por la lesión o el déficit de todo elemento de sus aparatos o de sus funciones. Esta idea, demostrada por los trastornos causados por lesiones localizables, podía ser aplicada aún en mayor medida a las producciones mentales y a las reacciones sociales de las psicosis; es decir, los delirios y las pulsiones que, aunque supuestamente parciales, evocaban, sin embargo, por su tipicidad, la coherencia de un yo arcaico, y en su discordancia misma debían traducir su ley interna.

Que se recuerde tan solo que estas afecciones corresponden al marco vulgar de la locura, y se comprenderá que no podíamos proponernos en absoluto definir en ellas una verdadera personalidad, la que implica la comunicación del pensamiento y la responsabilidad de la conducta. La psicosis, sin duda, a la que hemos aislado con el nombre de paranoia de autopunición, no excluye la existencia de una personalidad semejante, constituida no sólo por las relaciones del yo, sino también del Superyó y del Ideal del yo; pero el Superyó le impone sus efectos punitivos más extremos y el Ideal del yo se afirma en ella en una objetivación ambigua, propicia para las proyecciones reiteradas; el haber mostrado la originalidad de esa forma y, al mismo tiempo, definido por su posición una frontera nosológica, es un resultado que, por limitado que sea, constituye sin duda un logro desde el punto de vista que orientaba nuestro intento.

Formas delirantes del conocimiento. El progreso de nuestra investigación nos llevó a reconocer, en las formas mentales que constituyen las psicosis, la reconstitución de estadios del yo, anteriores a la personalidad; en efecto, si se caracteriza a cada uno de estos estadios por el estadio del objeto que le es correlativo, se observa toda la génesis normal del objeto en la relación especular del sujeto con el otro, como pertenencia subjetiva del cuerpo despedazado, en una serie de formas de detención, en los objetos del delirio.

Llama la atención que estos objetos manifiesten las características constitutivas primordiales del conocimiento humano: identidad formal, equivalencia afectiva, reproducción reiterada y simbolismo antropomórfico, bajo formas inmovilizadas, sin duda, aunque acentuadas por la ausencia o la desaparición de las integraciones secundarias, que son, para el objeto, su movilidad y su individualidad, su relatividad y su realidad.

El límite de la realidad del objeto en la psicosis, el punto de retorno *[rebroussement]* de la sublimación nos parece indicado, precisamente, por ese momento que caracteriza en nuestra opinión al aura de la realización edípica: la erección del objeto, que, según nuestra fórmula, se produce en la luz de la sorpresa. Este momento reproduce esta fase, que consideramos como constante y designamos como fase fecunda del delirio: fase en la que los objetos, transformados por una extrañeza inefable, se revelan como enigmas, encuentros repentinos, significaciones. Es en esta reproducción que se derrumba el conformismo, superficialmente asumido, mediante el cual el sujeto ocultaba hasta el momento el narcisismo de su relación con la realidad.

Este narcisismo se traduce en la forma del objeto. Esta puede producirse antes de la crisis reveladora, del mismo modo en que el objeto edípico se reduce en una estructura de narcisismo secundario; pero en este caso el objeto permanece irreductible a toda equivalencia y el precio de su posesión, su virtud de prejuicio, prevalecerán frente a toda posibilidad de compensación o de compromiso: se trata del delirio de reivindicación. O de otro modo la forma del objeto puede quedar suspendida en el acmé de la crisis, como si la imago del ideal edípico se fijase en el momento de su transfiguración; pero en este caso la imago no se subjetiviza por identificación con el doble, y el Ideal del yo se proyecta reiteradamente en objetos de ejemplo, sin duda, pero cuya acción es absolutamente externa, que son más bien reproches vivientes cuya censura tiende a la vigilancia omnipresente: se trata del delirio sensitivo de relaciones. Por último, más allá de la crisis el objeto puede encontrar la estructura de un narcisismo primario en la que se detuvo su formación.

Se puede observar en este último caso que el Superyó, no sometido a la represión no sólo se traduce en el sujeto con intención represiva sino también surge en él como objeto aprehendido por el yo, reflejado bajo los rasgos descompuestos de sus incidencias formadoras y, al azar de las amenazas reales o de las instrusiones imaginarias, representado por el adulto castrador o el hermano penetrador: se trata del síndrome de la persecución interpretativa, con su objeto con sentido homosexual latente.

En un grado más, el yo arcaico manifiesta su desintegración a través de la impresión de

ser espiado, adivinado, develado, sentimiento fundamental de la psicosis alucinatoria, y el doble en el que se identificaba se contrapone al sujeto, sea como eco del pensamiento y de los actos en las formas auditivas verbales de la alucinación, cuyos contenidos autodifamadores marcan la afinidad evolutiva con la represión moral o, sino, como fantasma especular del cuerpo en algunas formas de alucinación visual, de las que las reacciones suicidas revelan la coherencia arcaica con el masoquismo primordial. Por último, la estructura radicalmente antropomórfica y organomórfica del objeto es la que se manifiesta en la participación megalomaníaca en la que el sujeto, en la parafrenia, incorpora el mundo a su yo, afirmando que incluye al Todo, que su cuerpo se compone con las materias más preciosas, que su vida y sus funciones contienen el orden y la existencia del Universo.

Función de los complejos en los delirios

En los diversos estadios en los que lo detiene la psicosis, los complejos familiares desempeñan un notable papel en el yo como motivo de las reacciones del sujeto o, sino, como temas de su delirio. Es posible, incluso, organizar bajo estos dos registros la integración de estos complejos al yo, de acuerdo con la serie regresiva que acabamos de establecer en lo referente a las formas del objeto en las psicosis.

Reacciones familiares. Las reacciones mórbidas en las psicosis son provocadas por los objetos familiares en función decreciente de la realidad de estos objetos, a expensas de su alcance imaginario: se comprende a partir de los conflictos que enfrentan electivamente al reivindicador con el círculo de su familia o con su cónyuge - pasando por la significación de sustitutos del padre, del hermano o de la hermana que el observador reconoce en los perseguidores del paranoico- para culminar en las filiaciones secretas noveladas, en las genealogías de Trinidades o de Olimpos fantásticos en los que se desenvuelven los mitos del parafrénico. El objeto constituido por la relación familiar señala de ese modo una alteración progresiva: en su valor afectivo, cuando se reduce a ser sólo pretexto para la exaltación pasional, luego en su individualidad cuando es desconocido en su reiteración delirante, por último en su identidad misma cuando se lo reconoce en el sujeto sólo como una entidad que escapa al principio de contradicción.

Temas familiares. En lo referente al tema familiar, el alcance expresivo de la conciencia delirante se presenta como una función, en la serie de las psicosis, de una creciente identificación del yo con un objeto familiar, en detrimento de la distancia que el sujeto conserva entre sí mismo y su convicción delirante. Es fácil comprenderlo si se parte de la contingencia relativa, en el mundo del reivindicador, de las quejas que alega contra los suyos, pasando por el alcance cada vez más existencial que asumen los temas de expoliación, de usurpación, de filiación en la concepción que tiene de sí mismo el paranoico, para llegar a las identificaciones con algún heredero arrancado de su cuna, con la esposa secreta de algún príncipe, con los personajes míticos de Padre omnipotente, de Víctima filial, de Madre universal, de Virgen primordial en los que se afirma el yo del parafrénico.

Esta afirmación del yo, por otra parte, se hace más incierta a medida que se integra al tema delirante: de una stenia notablemente comunicativa en la reivindicación, se reduce en forma notable a una intención demostrativa en las reacciones e interpretaciones del paranoico, para perderse en el parafrénico en una discordancia desconcertante entre la creencia y la conducta.

De ese modo, según que las reacciones sean más relativas a las fantasías y que se objetive en mayor medida el tema del delirio, el yo tiende a confundirse con la expresión del complejo y el complejo a expresarse en la intencionalidad del yo. Los psicoanalistas dicen así, habitualmente, que en las psicosis los complejos son conscientes mientras que en las neurosis son inconscientes. No es exactamente así, ya que, por ejemplo, el sentido homosexual de las tendencias en las psicosis es ignorado por el sujeto, aunque sea traducido en intención persecutoria. Pero la fórmula aproximativa permite sorprenderse ante el hecho de que los complejos hayan sido descubiertos en las neurosis, en donde son latentes, antes de que se los reconociese en las psicosis, en donde son patentes. Ello se debe a que los temas familiares que aislamos en las psicosis, en donde son patentes. Ello se de su estructura, de las representaciones en las que se estabiliza el yo; presentan así solamente la morfología del complejo sin revelar su organización ni tampoco, en consecuencia, la jerarquía de sus caracteres.

Ello dio lugar al evidente artificio que caracterizó a la clasificación de las psicosis por los temas delirantes, y al descrédito en el que cayó el estudio de esos temas, antes de que los psiquiatras volviesen a ocuparse de ello en función del impulso hacia lo concreto determinado por el psicoanálisis. Es así que algunos, que llegaron a considerarse como los menos afectados por esta influencia, renovaron el alcance clínico de ciertos temas, como la erotomanía o el delirio de filiación, trasladando la atención del conjunto sobre los detalles de su noveleo, para descubrir allí los caracteres de una estructura. Pero sólo el conocimiento de los complejos puede proporcionar a esa investigación, con una dirección sistemática, una seguridad y un avance que supera en mucho los recursos de la observación pura.

Examinemos, por ejemplo, la estructura del tema de los interpretadores filiales, tal como la definieron Sérieux y Capgras como entidad nosológica. Caracterizándola por el resorte de la privación afectiva, manifiesta en la ilegitimidad frecuente del sujeto, y por una formación mental del tipo de la «novela de grandeza», de aparición normal entre los ocho y trece años, los autores reunirían la fábula, madurada a partir de esa edad, de sustitución de niños, fábula de acuerdo con la cual una solterona del pueblo se identifica con alguna doble más afortunada, a las pretensiones, cuya justificación parece equivalente, de algún «falso delfín». Sin embargo, aunque éste considera que puede fundamentar sus derechos a través de la descripción minuciosa de una máquina de apariencia animal, en cuyo vientre había sido necesario ocultarlo para realizar el rapto inicial (historia de Richemont y de su

«caballo extraordinario», citado por estos autores), consideramos, por nuestra parte, que esta fantasía, a la que se puede considerar sin duda como superfetatoria y atribuir a la debilidad mental, revela tanto por su simbolismo de frustración como por el lugar que le concede el sujeto en su delirio, una estructura más arcaica de su psicosis.

Determinismo de la psicosis

Debemos establecer ahora si los complejos que desempeñan esos papeles de motivación y de tema en los síntomas de la psicosis cumplen también un papel de causa en su determinismo, problema sin duda oscuro.

Por nuestra parte, y aunque hemos intentado comprender estos síntomas a través de una psicogénesis en ningún momento hemos pensado reducir a ella el determinismo de la enfermedad. Muy por el contrario, al demostrar en la paranoia que su fase fecunda implica un estado hipnoico, confusional, onírico o crepuscular, hemos señalado la necesidad de algún resorte orgánico de la subducción mental a través de la cual el sujeto se inicia en el delirio.

En otro lugar, también, hemos señalado que la causa de este estancamiento de la sublimación al que consideramos como la esencia de la psicosis debía buscarse en algún deterioro biológico de la libido. Es decir que creemos en un determinismo endógeno de la psicosis y que solamente hemos querido hacer justicia a esas patogenias falsas que en la actualidad ni siquiera pueden pretender representar alguna génesis «orgánica»: por un lado, la reducción de la enfermedad a algún fenómeno mental, supuestamente automático, que como tal no podría corresponder a la organización perceptual, queremos decir a nivel de la creencia que se observa en los sintomás realmente elementales de la interpretación y de la alucinación; por el otro, la preformación de la enfermedad en rasgos supuestamente constitucionales del carácter que se desvanecen cuando se somete la investigación acerca de los antecedentes a las exigen-cias de la definición de los términos y de la critica de la prueba.

Si se puede distinguir alguna tara en el psiquismo antes de la psicosis, se la debe entrever en las propias fuentes de la vitalidad del sujeto, en el más radical pero también en el más secreto de sus ímpetus y de sus aversiones; en nuestra opinión, consideramos que se puede reconocer un signo singular de ello en el desgarro inefable que estos sujetos acusan espontá-neamente por haber caracterizado a sus primeras efusiones genitales en la pubertad.

Si se relaciona éste deterioro hipotético con los hechos reunidos antiguamente bajo la rúbrica de la degeneración o de los conceptos más recientes sobre las perversiones biológicas de la sexualidad, se entra en el campo de los problemas de la herencia psicológica. Aquí nos limitamos al examen de los factores específicamente familiares.

Factores familiares. En muchos casos, la simple clínica señala la correlación de una anomalía de la situación familiar. El psicoanálisis, por otra parte, a través de la interpretación de los datos clínicos, o sino, a través de una exploración del sujeto que al no poder ser, en este caso, curativa, debe ser prudente, demuestra que el Ideal del yo se ha constituido, a menudo debido a esa situación, de acuerdo con el objeto del hermano. Al desviar la libido destinada al Edipo sobre la imago de la homosexualidad primitiva, este objeto da lugar a un ideal excesivamente narcisista como para no viciar la estructura de la sublimación. Además, una disposición «en circuito cerrado» del grupo familiar tiende a intensificar los efectos de adición característicos de la tansmisión del Ideal del yo, tal como lo hemos señalado en nuestro análisis del Edipo; pero mientras en ese caso se produce normalmente en un sentido selectivo, en éste esos efectos actúan en un sentido degenerativo.

El aborto de la realidad en las psicosis se origina, en última instancia, en una deficiencia biológica de la libido, pero revela también una derivación de la sublimación en la que el papel del complejo familiar es condicionado por el concurso de múltiples hechos clínicos.

En efecto, se deben señalar las anomalías de la personalidad cuya constancia en la familia del paranoico es sancionada por la designación habitual de «nido de paranoicos» que los psiquiatras aplican a esos ambientes, la frecuencia de la transmisión de la paranoia en línea familiar directa, a menudo con una agravación de su forma hacia la parafrenia y precisión temporal relativa e incluso absoluta de su aparición en el descendiente; por último, la electividad casi exclusivamente familiar de los casos de delirios de a dos, señalada ya correctamente en trabajos antiguos, como los de Legrand du Saulle en su obra el «delirio de las persecuciones», obra en la que la amplitud de la opción compensa la falta de sistematización gracias a la ausencia de parcialidad.

En nuestra opinión, los delirios de a dos son los que mejor permiten aprehender las condiciones psicológicas que pueden desempeñar un papel determinante en la psicosis. Fuera de los casos en los que el delirio emana de un pariente afectado por algún trastorno mental que lo ubica en una posición de tirano doméstico, hemos observado constantemente estos delirios en un grupo familiar al que designamos como descompletado *[décompleté],* en aquellos casos en los que el aislamiento social al que es propicio determina el máximo efecto: nos referimos a «la pareja psicológica» constituida por una madre y una hija o dos hermanas (véase nuestro estudio sobre las Papin), y con menor frecuencia por una madre y un hijo.

Las neurosis familiares

Los complejos familiares se revelan en las neurosis de un modo totalmente diferente: en ellas los síntomas no manifiestan relación alguna, salvo contingentes, con algún objeto familiar. Sin embargo, los complejos desempeñan una función causal, cuya realidad y dinamismo se contraponen diametralmente al papel que desempeñan los temas familiares en las psicosis.

Síntoma neurótico y drama individual En lo referente al descubrimiento de los complejos, la obra de Freud fue revolucionaria debido a que, como terapeuta, y más preocupado por el enfermo que por la enfermedad, intentó comprenderlo para curarlo y se ocupó de lo que se solía descuidar bajo la rúbrica de «contenido» de los síntomas y que es lo más concreto de su realidad: nos referimos al objeto que provoca una fobia, al aparato o a la función somática interesados en una histeria, a la representación o al afecto que ocupan al sujeto en una obsesión.

Fue así que llegó a descifrar en ese contenido mismo las causas de esos síntomas: aunque los progresos de la experiencia demostraron que esas causas eran más complejas, no se las debe reducir a la abstracción, sino profundizar ese sentido dramático que, en su primera fórmula, llamaba la atención como una respuesta a la inspiración de su investigación.

Como origen de los síntomas, Freud señaló inicialmente una seducción sexual a la que el sujeto fue sometido precozmente a través de maniobras más o menos perversas o, sino, una escena que en su primera infancia lo ha iniciado a través del espectáculo o de la escucha a las relaciones sexuales de los adultos. Ahora bien, una parte de estos hechos se revelaron como traumáticos por desviar la sexualidad en tendencias anormales, pero mostraba al mismo tiempo como propio de la primera infancia una evolución regular de esas diversas tendencias y su normal satisfacción por vía autoerótica. Por ello y aunque, por otra parte, estos traumas se revelaban por lo común como el producto de la iniciativa de un hermano o de la inadvertencia de los padres, se comprobó en forma creciente que la participación del niño era activa, a medida que se afirmaron la sexualidad infantil y sus motivos de placer o de investigación. Esas tendencias entonces, aparecen como construidas en complejos típicos por la estructura normal de la familia que les ofrecía sus primeros objetos. Por ello, el acontecimiento que proponía fundamentalmente esa formación en el nacimiento de un hermano, al exaltar en su enigma la curiosidad del niño, el reactivar los sentimientos primordiales de su ligazón con la madre, por los signos de su embarazo y por el espectáculo de los cuidados que prodiga al recién nacido, cristalizando, por último, en la presencia del padre en ella, lo que el niño adivina en relación con el misterio de la sexualidad, los ímpetus precoces que siente y lo que teme en relación con amenazas que le impiden su satisfacción masturbatoria. Tal es, al menos, definida por su momento, la constelación familiar que, según Freud, constituye el *complejo nodal de la neurosis. A* partir de ello deslindó el complejo de Edipo y comprobaremos luego con mayor precisión de qué forma ese origen determina la concepción que elaboró acerca de este complejo.

Concluyamos aquí diciendo que una doble instancia de causas se define por el complejo; los traumatismos mencionados que reciben su alcance por su incidencia en su evolución, las relaciones del grupo familiar que pueden determinar atiplas en su constitución. La práctica de las neurosis manifiesta en efecto la frecuencia de las anomalías de la situación familiar, pero, para definir su efecto, debemos referirnos nuevamente a la producción del síntoma.

De la expresión de lo reprimido a la defensa contra la angustia. Las impresiones surgidas del trauma, en un primer enfoque, parecían determinar el síntoma a través de una relación simple: una parte diversa de su recuerdo, sino su forma representativa al menos sus correlaciones afectivas no ha sido olvidada sino reprimida en el inconsciente, y el síntoma, aunque su producción adopte caminos no menos diversos, podía ser reducido a una función de expresión de lo reprimido, que manifestaba así su permanencia en el psiquismo. En efecto, el origen del síntoma se comprendía no sólo por una interpretación de acuerdo con una clave que, entre otras, simbolismo, desplazamiento, etc., convenía a su forma, sino que también el síntoma cedía a medida que esa comprensión era comunicada al sujeto. Que la cura del síntoma se basase en el hecho de llevar a la conciencia la impresión de su origen, al mismo tiempo que se demostraba al sujeto la irracionalidad de su forma, esa inducción confluía en el espíritu con los caminos abiertos por la idea socrática de que, el hombre llega a conocerse a través de las intuiciones de la razón. Pero la simplicidad y el optimismo de esa concepción tuvieron que modificarse en forma sucesiva y cada vez más considerable a partir del momento en el que la experiencia señaló que una *resistencia* es contrapuesta por el sujeto al esclarecimiento del síntoma y que una *transferencia* afectiva que tiene al analista como objeto es la fuerza que predomina en la cura.

De esa época, sin embargo, queda la idea de que el síntoma neurótico representa en el sujeto un momento de su experiencia en la que no sabe reconocerse, una forma de división de la personalidad. Pero a medida que el análisis aprehendió con mayor profundidad la producción del síntoma, su comprensión se alejó de la clara función de expresión del inconsciente a una más oscura función de defensa contra la angustia. En sus concepciones más recientes, Freud considera a esta angustia como la señal que al haber surgido de una situación primordial de separación se despierta ante la semejanza de un peligro de castración. La defensa del sujeto, si es cierto que el síntoma fragmenta la personalidad, consistiría así en tener en cuenta ese peligro impidiéndose un acceso dado a la realidad, bajo una forma simbólica o sublimada. La forma que se reconoce en esta concepción del síntoma no deja, en principio, más residuo que su contenido para ser comprendida a través de una dinámica de las tendencias, pero tiende a transformar en términos de estructura la referencia del síntoma al sujeto, desplazando el interés sobre la función del síntoma en lo referente a las relaciones con la realidad.

Deformaciones específicas de la realidad humana. Los efectos de interdicción de los

que se trata constituyen relaciones que, al ser inaccesibles al control consciente y manifestarse sólo como negativo en la conducta, revelan claramente su forma intencional a la luz del psicoanálisis: al mostrar la unidad de una organización, desde el aparente azar de los tropiezos de las funciones y la fatalidad de los «destinos» que hacen fracasar la acción, hasta la coacción, propia de la especie, del sentimiento de culpabilidad. La psicología clásica se engañaba así al considerar que el yo, es decir el objeto en el que el sujeto se refleja como coordinado con la realidad que reconoce como exterior comprende la totalidad de las relaciones que determinan el psiquismo del sujeto. Error correlativo a un callejón sin salida de la teoría del conocimiento y al fracaso anteriormente mencionado de una concepción moral.

En conformidad con esta psicología a la que califica como racionalista, Freud concibe al yo como el sistema de las relaciones psíquicas de acuerdo con el cual el sujeto subordina la realidad a la percepción consciente; como consecuencia de ello debe contraponerle en primer lugar bajo el término de Superyó el sistema, que acabamos de definir, de las prohibiciones inconscientes.

Pero consideramos importante equilibrar teóricamente ese sistema añadiéndole el de las proyecciones ideales que, desde las imágenes de grandeza de la «loca del edificio» hasta las fantasías que polarizan al deseo sexual y a la ilusión individual de la voluntad de poder, manifiesta en las formas imaginarias del yo una condición no menos estructural de la realidad humana. Este sistema se define en forma bastante incompleta a través de la utilización del término «Ideal del yo», que se confunde también con el Superyó, pero para comprender su originalidad basta con señalar que constituye, como secreto de la conciencia, la aprehensión misma que tiene el analista acerca del misterio del inconsciente; pero, precisamente, por ser excesivamente inmanente a la experiencia debe ser aislado en último término por la doctrina: a ello contribuye este trabajo.

El drama existencial del individuo. En un primer momento, las instancias psíquicas que escapan al yo aparecen como efecto de la represión de la sexualidad en la infancia, pero la experiencia demuestra que, en lo referente al tiempo y a la estructura, su formación es extremadamente próxima a la situación de separación que el análisis de la angustia indujo a reconocer como primordial y que es la del nacimiento.

La referencia de tales efectos psíquicos a una situación tan original presenta sin duda una cierta oscuridad. Consideramos que nuestra concepción del estadio del espejo puede contribuir a aclararla: ella extiende el trauma supuesto de esa situación a todo un estadio de despedaza miento funcional, determinado por la incompletud especial del sistema nervioso; desde ese estadio reconoce la intencionalización de esa situación en dos manifestaciones psíquicas del sujeto: la asunción del desgarramiento original a través del juego que consiste en rechazar al objeto, y la afirmación de la unidad del propio cuerpo a través de la identificación con la imagen especular. Se trata de un nudo fenomenológico que, al manifestar bajo su forma original estas propiedades inherentes al sujeto humano de mimar *[mimer]* su mutilación y de verse de modo diferente a lo que es, permite comprender también su razón esencial en las sujeciones, propias de la vida del hombre, a superar una amenaza específica y deber su salvación al interés de su congénere.

En efecto, el yo se diferencia en un común progreso del otro y del objeto a partir de una identificación ambivalente con sus semejantes, a través de la participación celosa y la competencia simpática. La realidad que inaugura ese juego dialéctico conservará la deformación estructural del drama existente que la condiciona y que se puede designar como el drama del individuo, con el acento que recibe este término de la idea de la prematuración específica.

Esta estructura, sin embargo, se diferencia plenamente sólo allí donde se la ha reconocido inicialmente, en el conflicto de la sexualidad infantil, lo que puede comprenderse ya que sólo entonces cumple con su función en lo referente a la especie: al realizar la corrección psíquica de la prematuración sexual, el Superyó a través de la represión del objeto biológicamente inadecuado que propone al deseo su primera maduración el Ideal del yo a través de la identificación imaginaria que orientará la elección sobre el objeto biológicamente adecuado a la maduración puberal.

Momento que sanciona la culminación consecutiva de la síntesis específica del yo en la edad llamada de razón; como personalidad, a través del advenimiento de los caracteres de comprensibilidad y de responsabilidad, como conciencia individual a través de un cierto cambio de orientación que opera el sujeto de la nostalgia de la madre a la afirmación mental de su autonomía. Momento caracterizado sobre todo por el *paso afectivo* en la realidad ligado a la integración de la sexualidad en el sujeto. Existe allí un segundo nudo del drama existencial que el complejo de Edipo bosqueja al mismo tiempo que resuelve el primero. Las sociedades primitivas vas, que aportan una regulación más positiva a la sexualidad del individuo, manifiestan el sentido de esta integración irracional en la función de iniciación del Totem, en tanto que el individuo identifica en éste su esencia vital y se la asimila ritualmente: el sentido del Totem, reducido por Freud al de Edipo, equivale, en nuestra opinión, en mayor medida a una de sus funciones: la del Ideal del yo.

La forma degradada del Edipo. Habiendo cumplido con nuestra intención de referir a su alcance concreto --es decir existencial- los términos más abstractos que elaboró el análisis de la neurosis, podemos definir ahora con mayor precisión el papel de la familia en las génesis de esas afecciones. Se relaciona con la doble carga del complejo de Edipo: por su incidencia ocasional en el progreso narcisista, afecta a la culminación estructural del yo; por las imágenes que introduce en esta estructura, determina una cierta animación afectiva de la realidad. La regulación de estos afectos se concentra en el complejo a medida que se racionalizan las fórmulas de comunión social en nuestra cultura, racionalización que él determina recíprocamente al humanizar al Ideal del yo. Por otra parte, la perturbación de esos efectos aparece debido a las crecientes exigencias que impone al yo esta cultura misma en lo referido a la coherencia y a ímpetu creador.

Ahora bien, las vicisitudes y los caprichos de esta regulación se incrementan a medida que el mismo progreso social, determinando una evolución de la familia hacia la forma conyugal la somete en mayor medida a las variaciones individuales. De esta «anomia» que favoreció el descubrimiento del complejo depende la forma de degradación bajo la cual la conocen los analistas, forma que definiremos por una represión incompleta del deseo hacia la madre, con reactivación de la angustia y de la investigación, inherentes a la relación del nacimiento; por un enviciamiento narcisista de la idealización del padre, que

determina el surgimiento en la identificación edípica de la ambivalencia agresiva inmanente a la primordial relación con el semejante. Esta forma es el efecto común tanto de las incidencias traumáticas del complejo como de las anomalías de las relaciones entre sus objetos. A estos dos órdenes de causas, sin embargo, corresponden respectivamente dos órdenes de neurosis, las llamadas de transferencia y las llamadas de carácter.

Neurosis de transferencia

Se debe considerar por separado la más simple de estas neurosis, es decir la fobia, en la forma en la que se la observa con mayor frecuencia en el niño; la que tiene como objeto el animal.

Ella no es más que una forma sustitutiva de la degradación del Edipo, en tanto que el animal grande representa en ella inmediatamente a la madre como gestadora, al padre como amenazador, al hermanito como intruso. Corresponde señalar sin embargo, que el individuo encuentra en ella, para su defensa contra la angustia, la forma misma del Ideal del yo que reconocemos en el tótem y a través de la cual las sociedades primitivas aseguran a la formación sexual un confort menos frágil. El neurótico, sin embargo, no sigue la huella de ningún «recuerdo hereditario», sino sólo el sentimiento inmediato, y no sin profunda razón, que el hombre tiene de animal como modelo de la relación natural.

Son las incidencias ocasionales del complejo de Edipo en el progreso narcisista las que determinan las otras neurosis de transferencia: la histeria y la neurosis obsesiva. Su tipo debe ser considerado en los accidentes que Freud precisó desde un primer momento y magistralmente como origen de estas neurosis. Su acción manifiesta que la sexualidad, al igual que todo el desarrollo psíquico del hombre, está sometida a la ley de comunicación que la especifica. Seducción o revelación, estos accidentes desempeñan su papel, en tanto que el sujeto, como sorprendido precozmente por ellas en algún proceso de su «adherencia» narcisista, los integra a él a través de la identificación. Este proceso, tendencia o forma según el aspecto de la actividad existencial del sujeto que afecta -asunción de la separación o afirmación de su identidad- será erotizado como sadomasoquismo o en escoptofilia (deseo de ver o de ser visto). Como tal, tenderá a sufrir la represión correlativa de la maduración normal de la sexualidad, y llevará consigo una parte de la estructura narcisista. Esta estructura faltará a la síntesis del yo y el retorno de lo reprimido corresponde al esfuerzo constitutivo del yo para unificarse. El síntoma expresa a la vez esa carencia y ese esfuerzo o, para ser más precisos, su composición en la necesidad primordial de huir de la angustia.

Al mostrar así la génesis de la división que introduce el síntoma en la personalidad, después de haber revelado las tendencias que representa, la interpretación freudiana, confluyendo con el análisis clínico de Janet, lo supera por su comprensión dramática de la neurosis como lucha específica contra la angustia.

La histeria. El síntoma histérico, que es una desintegración de una función somáticamente localizada (parálisis, anestesia, algia, inhibición, escotomización), basa su sentido en el *simbolismo organomórfico* -estructura fundamental del psiquismo humano según Freud -, que manifiesta a través de una especie de mutilación la represión de la satisfacción genital.

Este simbolismo, al ser la estructura mental a través de la que el objeto participa de las formas del cuerpo propio, debe concebirse como la forma especifica de los datos psíquicos del estadio del cuerpo despedazado; por otra parte, algunos fenómenos motores característicos del estadio del desarrollo que así designamos, se asemejan demasiado a determinados síntomas histéricos como para que no se busque en ese estadio un origen de la famosa *complacencia somática* que se debe admitir como condición constitucional de la histeria. La angustia es *ocultada* en este caso mediante un sacrificio mutilador: y el esfuerzo de restauración del yo se señala en el destino del histérico a través de una reproducción repetitiva de lo reprimido. Se comprende así que estos sujetos muestren en sus personas las imágenes patéticas del drama existencial del hombre.

La neurosis obsesiva. En lo referente al síntoma obsesivo, en el que Janet reconoció correctamente la disociación de las conductas organizadoras del yo (aprehensión obsesiva, obsesión, impulsión, ceremoniales, conductas coercitivas, obsesión ruminativa, escrupulosa, o duda obsesiva), su sentido se basa en el *desplazamiento del afecto* en la representación: proceso cuyo descubrimiento debemos también a Freud. Freud demuestra además a través de qué rodeos en la represión misma, que el síntoma manifiesta en este caso bajo la forma más frecuente de la culpabilidad, se compone la tendencia agresiva sometida al desplazamiento. Esta composición se asemeja en tan gran medida a los efectos de la sublimación, y las formas que el análisis demuestra en el pensamiento obsesivo -aislamiento del objeto, desconexión causal del hecho, anulación retrospectiva del acontecimiento- se manifiestan así en tan gran medida como la caricatura de las formas mismas del conocimiento, que nos vemos inducidos a buscar el origen de esta neurosis en las primeras actividades de la identificación del yo, lo que muchos analistas reconocen insistiendo en un despliegue precoz, del yo en estos sujetos; por otra parte, los síntomas están en este caso tan poco desintegrados del yo que para designarlos Freud introdujo el término de pensamiento compulsivo. Las superestructuras de la personalidad son utilizadas en este caso para *mistificar* la angustia. El esfuerzo de restauración del yo se traduce en el destino del obsesivo a través de una búsqueda tantalizante del sentimiento de unidad. Y se comprenden las razones que determinan que estos sujetos, distinguidos frecuentemente por sus facultades especulativas, muestran en muchos de sus síntomas el reflejo ingenuo de los problemas existenciales del hombre.

Incidencia individual de las causas familiares. Se observa así que lo que determina la forma del síntoma con su contenido es la incidencia del trauma en el progreso narcisista.

Sin duda, al ser exógeno, el traumatismo afectará en forma al menos pasajera a la vertiente pasiva antes que a la vertiente activa de ese progreso, y toda división de la identificación consciente del yo parece implicar la base de un despedazamiento funcional: en efecto este hecho es confirmado, por la base histérica que el analista observa en todas las oportunidades en las que es posible reconstruir la evolución arcaica de una neurosis obsesiva. Sin embargo, una vez que los primeros efectos del traumatismo han actuado de acuerdo con uno de los dos aspectos del drama existencial, asunción de la separación o identificación del yo, el tipo de la neurosis se acusa progresivamente.

Esta concepción presenta no sólo la ventaja de incitar a aprehender con mayor perspectiva el desarrollo de la neurosis, dejando parcialmente de lado la referencia a los datos de la constitución a los que se invoca con excesiva presteza: ella explica el carácter esencialmente individual de las determinaciones de la afección. La neurosis, en efecto, por la naturaleza de las complicaciones que determinan en ellas los sujetos en la edad adulta (por adaptación secundaria a su forma y también por defensa secundaria contra el síntoma mismo, en tanto portador de lo reprimido), presenta tal variedad de formas que su catálogo debe aún ser construido después de más de un tercio de siglo de análisis; pero la misma variedad se observa en sus causas. Basta con leer, por ejemplo, los relatos de curas analíticas y especialmente los admirables casos publicados por Freud para comprender la gama infinita de acontecimientos que puede inscribir sus efectos en una neurosis, como trauma inicial o como ocasiones para su reactivación; con qué sutileza los rodeos del complejo edípico son utilizados por la incidencia sexual: la ternura excesiva de uno de los padres o una severidad inoportuna pueden desempeñar el papel de seducción, al igual que el temor despertado por la pérdida del objeto parental, una disminución de su prestigio que afecta a su imagen, pueden constituir experiencias reveladoras. Ninguna atipía del complejo puede definirse a través de efectos constantes. A lo sumo, se puede observar globalmente un componente homosexual en las tendencias reprimidas por la histeria, y la marca general de la ambivalencia agresiva hacia el padre en la neurosis obsesiva; se trata, por otra parte, de las formas manifiestas de la subversión narcisista que caracteriza a las tendenciasdeterminantes de la neurosis.

La importancia tan constante del nacimiento de un hermano debe comprenderse también en función del progreso narcisista: aunque el movimiento comprensivo del análisis expresa su repercusión en el sujeto a través de algún motivo, investigación, rivalidad, agresividad, culpabilidad, no se debe considerar a estos motivos como homogéneos a lo que representan en el adulto, sino que se debe corregir su tenor recordando la heterogeneidad de la estructura del yo en los primeros años de vida; de ese modo, la importancia de este acontecimiento puede ser comprendida de acuerdo con sus efectos en el proceso de identificación: precipita a menudo la formación del yo y fija su estructura a una defensa susceptible de manifestarse en rasgos de carácter, avaricia o autoscopía, y la muerte de un hermano puede ser vivida también como una amenaza, íntimamente sentida en la identificación con el otro.

Después de este examen se comprobará que, aunque la suma de los casos así publicados pueda ser incluida dentro del expediente de las causas familiares de esas neurosis, es imposible referir cada entidad a alguna anomalía constante de las instancias familiares. Ello es cierto, al menos, en los casos de las neurosis de transferencia; el silencio en relación con ellas en un trabajo presentado en el congreso de psicoanalistas franceses en 1936 sobre las causas familiares de la neurosis es decisivo. Ello no disminuye en absoluto la importancia del complejo familiar en la génesis de estas neurosis, sino que induce a reconocer su alcance de expresión existencial del drama del individuo.

Neurosis de carácter

Las neurosis llamada de carácter, por el contrario, permiten comprobar algunas relaciones constantes entre sus formas típicas y la estructura de la familia en la que se desarrolló el sujeto. Fue la investigación psicoanalítica la que permitió reconocer como neurosis a trastornos de la conducta y del interés, que sólo se relacionaban anteriormente con la idiosincrasia del carácter; esta investigación observó en ellas el mismo efecto paradójico de tensiones inconscientes y de objetos imaginarios que se develó en los síntomas de las neurosis clásicas; y comprobó la misma acción de la cura psicoanalítica, que reemplazó en lo referente a la teoría y a la práctica la noción inerte de constitución mediante una concepción dinámica.

El Superyó y el Ideal del yo, en efecto, son condiciones de estructura del sujeto. Manifiestan en síntomas la desintegración producida por su interferencia en la génesis del yo, pero también pueden traducirse a través de un desequilibrio de su instancia propia en la personalidad: a través de una variación de lo que se podría designar como fórmula personal del sujeto. Esta concepción puede extenderse a todo el estudio del carácter que, al ser relacional, proporciona una base psicológica a la clasificación de sus variedades, es decir otra ventaja en relación con la incertidumbre de los datos a los que se refieren las concepciones basadas en la constitución en este campo predestinado a su expansión.

La neurosis de carácter se traduce así a, través de obstáculos difusos para las actividades de la persona, a través de imaginarios callejones sin salida en las relaciones con la realidad. Es tanto más pura cuanto más integrados al sentimiento de la autonomía personal se encuentran los obstáculos y los callejones. No por ello queremos decir que sea exclusiva de los síntomas de desintegración, ya que se la observa en una medida cada vez mayor como trasfondo en las neurosis de transferencia. Las relaciones de las neurosis de carácter con la estructura familiar sé origina en el papel de los objetos parentales en la formación del Superyó y del Ideal del yo. Todo el desarrollo de este estudio intenta demostrar que el complejo de Edipo supone una cierta tipicidad en las relaciones psicológicas entre los padres, y hemos insistido especialmente acerca del doble papel desempeñado por el padre, en tanto que representa a la autoridad y en tanto que es el centro de la revelación sexual; hemos referido el doble progreso, típico de una cultura, de un cierto temperamento del Superyó y de una orientación eminentemente evolutiva de la personalidad, precisamente, a la ambigüedad misma de su imago, encarnación de la

represión y catalizadora de un acceso esencial a la realidad.

Ahora bien, la experiencia demuestra que el sujeto forma su Superyó y su Ideal del yo en mayor medida sobre la base de las instancias homólogas de su personalidad que de acuerdo con el yo del padre: ello quiere decir que en el proceso de identificación que resuelve el complejo edípico, el niño es mucho más sensible a las intenciones que le son afectivamente comunicadas de la persona parental que a lo que se puede objetivar de su conducta.

Es ello lo que determina que entre los factores fundamentales de las causas de las neurosis se encuentra la neurosis parental y, aunque nuestras observaciones precedentes, referentes a la contingencia esencial al determinismo psicológico de la neurosis, implican una gran diversidad en la fórmula de la neurosis inducida, la transmisión tenderá a ser similar, debido a la penetración afectiva que abre al psiquismo infantil el sentido más oculto de la conducta parental.

Reducida a la forma global del desequilibrio, esta transmisión es patente clínicamente, pero no se la puede distinguir del dato antropológico bruto de la degeneración. Sólo el analista discierne su mecanismo psicológico, aunque refiere algunos efectos constantes a una atipia de la situación familiar.

Las neurosis de autopunición. Una primer atipia se define de ese modo por el conflicto que implica el complejo de Edipo, especialmente en las relaciones del hijo con el padre. La fecundidad de este conflicto se origina en la selección psicológica a la que da lugar al determinar que la oposición de cada generación a la precedente constituya la condición dialéctica misma de la tradición del tipo paternalista. Pero a toda ruptura de esta tensión, en una generación dada, debido a alguna debilidad individual o, sino, por exceso de dominio paterno, el individuo cuyo yo flaquea recibirá además, la carga de Superyó excesivo. Se han formulado consideraciones divergentes referentes al concepto de un Superyó familiar; este concepto, sin duda, corresponde a una intuición de la realidad. En nuestra opinión, el refuerzo patógeno del Superyó en el individuo depende de dos tipos de factores: de rigor del dominio patriarcal, y de la forma tiránica de las prohibiciones que resurgen con la estructura matriarcal de todo estancamiento en los vínculos domésticos. Los ideales religiosos y sus equivalentes sociales desempeñan en este caso con facilidad el papel de vehículos de esa opresión psicológica, en tanto que son utilizados para fines exclusivistas por el cuerpo familiar y reducidos a significar las exigencias del nombre o de la raza.

En esas coyunturas se producen los casos más notables de estas neurosis a las que se designa como de autopunición debido a la preponderancia a menudo unívoca que asume en ellas el mecanismo psíquico de ese nombre; estas neurosis que, debido a la extensión muy general de este mecanismo se podrían diferenciar con mayor precisión como *neurosis de destino,* se manifiestan a través de toda la gama de las conductas de fracasos, de inhibición, de decadencia en las que los psicoanalistas han podido reconocer una intención inconsciente; la experiencia analítica invita a extender cada vez en mayor medida y hasta la determinación de enfermedades orgánicas los efectos de la autopunición. Estos permiten aclarar la reproducción de algunos accidentes vitales más o menos graves en la misma edad en la que se produjeron en uno de los [133] padres, algunos virajes de la actividad y del carácter una vez que se franquearon límites análogos, la edad de la muerte del padre, por ejemplo, y todo tipo de conductas de identificación, incluso, sin duda, muchos casos de suicidio, que plantean un problema singular de herencia psicológica.

Introversión de la personalidad y esquizonoia. Una segunda atipia de la situación familiar se define en la dimensión de los efectos psíquicos que determina el Edipo en tanto que preside a la sublimación de la sexualidad: efectos que hemos intentado caracterizar como de una animación imaginativa de la realidad. Todo un orden de anomalías de los intereses se refiere 'a ello y justifica para la intuición inmediata la utilización sistematizada en el psicoanálisis del término de libido. En efecto, consideramos que la eterna entidad del deseo es la más adecuada para designar las variaciones que manifiesta la clínica en el interés del sujeto hacia la realidad, en el ímpetu que apuntala su conquista o su creación. Resulta igualmente llamativo observar que a medida que este ímpetu flaquea, el interés que el sujeto refleja en su propia persona se traduce en un juego más imaginario, tanto si se refiere a su integridad física, a su valor moral, como a su representación social.

Esta estructura de involución intrapsíquica, a la que designamos como introversión de la personalidad, señalando que este término es utilizado en sentidos algo diferentes, corresponde a la relación del narcisismo tal como lo hemos definido genéticamente como la forma psíquica en la que se compensa la insuficiencia específica de la vitalidad humana. De ese modo, es indudable que un ritmo biológico rige algunos trastornos afectivos llamados ciclotímicos, sin que pueda separarse su manifestación de inherente expresividad de derrota y de triunfo. Así todas las integraciones del deseo humano se realizan en formas derivadas del narcisismo primordial.

Sin embargo, hemos demostrado que en este desarrollo se distinguían dos formas por su función crítica: la del doble y la del Ideal del yo, la segunda de las cuales representa la culminación y la metamorfosis de la primera. El Ideal del yo, en efecto, reemplaza al doble, es decir a la imagen anticipatoria de la unidad del yo, en el momento en que éste se completa, mediante la nueva anticipación de la madurez libidinal del sujeto. Por ello, toda carencia de la imago constitutiva del Ideal del yo tenderá a producir una cierta introversión de la personalidad por subducción narcisista de la libido. Introversión que se expresa también como un estancamiento más o menos regresivo en las relaciones psíquicas constituidas por el complejo del destete lo que define esencialmente la concepción analítica de la esquizonoia.

Disarmonía de la pareja parental *Los* analistas han insistido acerca de las causas de neurosis constituidas por los. trastornos de la libido en la madre; en efecto, la experiencia revela muy pronto, en muchos casos de neurosis, la presencia de una madre frígida, casos en los que se observa que la sexualidad, al. derivarse en las relaciones con el niño, subvirtió su naturaleza: madre que mima y acaricia con una ternura excesiva en la qué se expresa más o menos conscientemente un impulso reprimido; o madre de una sequedad paradójica con rigores mudos, con una crueldad inconsciente en la que se traduce una fijación mucho más profunda de la líbido.

Una correcta apreciación de esos casos no puede menos que inducir a tener en cuenta una anomalía correlativa en el padre. Para calibrar su efecto, la frigidez materna debe ser comprendida en el círculo vicioso de desequilibrios libidinales que constituyen en esos casos el círculo de familia. Pensamos que el destino psicológico del niño depende en primer lugar de la relación que muestran entre si las imágenes parentales. Es por ello que las desavenencias entre los padres son siempre perjudiciales para el niño y que, aunque el recuerdo más sensible para su memoria sea la confesión formulada del carácter discordante de su unión, también las formas más secretas de esa desavenencia son igualmente perniciosas. En efecto, ninguna coyuntura es más favorable para la identificación anteriormente caracterizada como neurotizante que la percepción, muy clara para el niño, en las relaciones de los padres entre sí, del sentido neurótico de las barreras que los separan y muy especialmente en el padre debido a la función reveladora de su imagen en el proceso de sublimación sexual.

Predominio del complejo del destete. De ese modo, el predominio que conservará el complejo del destete en un desarrollo, al que podrá influir bajo diferentes modalidades neuróticas, debe atribuirse a la disarmonía sexual entre los padres.

El sujeto estará condenado a repetir en forma indefinida el esfuerzo de alejamiento de la madre - es allí donde reside el sentido de los diferentes tipos de conductas forzadas que van desde las fugas del niño hasta los impulsos vagabundos y a las rupturas caóticas que singularizan la conducta en una edad más avanzada; o, sino, el sujeto permanece cautivo de las imágenes del complejo y sometido tanto a su instancia letal como a su forma narcisista-. Se trata del caso de la consunción más o menos intencionalizada en lo que, bajo el término de suicidio no violenta, hemos indicado el sentido de algunas neurosis orales o digestivas; es lo que ocurre también en el caso de la catexia libidinal que traiciona en las hipocondrías las endoscopias más singulares, como la preocupación, más comprensible pero no menos curiosa, del equilibrio imaginario del alimento ingerido y de las pérdidas excretorias. Este estancamiento psíquico también puede manifestar su corolario social en un estancamiento de los vínculos domésticos, en el que los miembros del grupo familiar permanecen aglutinados por sus «enfermedades imaginarias» en un núcleo aislado en la sociedad, queremos decir tan estéril para su comercio como inútil para su arquitectura.

Inversión de la sexualidad. Se debe distinguir, por último, una tercer atipía de la situación familiar que, afectando también a la sublimación sexual, alcanza electivamente su función más delicada, que es la de garantizar la sexualización psíquica, es decir una cierta relación de conformidad entre la personalidad imaginaria del sujeto y su sexo biológico: esta relación se encuentra invertida en diversos niveles de la estructura psíquica, incluyendo la determinación psicológica de una patente homosexualidad.

Los analistas no han tenido necesidad de investigar muy profundamente los datos evidentes de la clínica para incriminar, también en este caso, el papel de la madre, tanto por los excesos de su ternura para con el niño como por los rasgos de virilidad de su propio carácter. La inversión se realiza a través de un triple mecanismo, al menos en lo referente al sujeto masculino: en algunos casos a flor de conciencia, casi siempre a flor de observación, una fijación afectiva a la madre, fijación en relación con la cual es fácil comprender que determine la exclusión de toda otra mujer; más profunda, pero aún penetrable, aunque, sólo sea para la intuición poética, la ambivalencia narcisista de acuerdo con la cual el sujeto se identifica con su madre e identifica al objeto de amor con su propia imagen especular, caso en que la relación de su madre consigo mismo proporciona la forma en la que se encastra para siempre en la modalidad y la elección de su objeto, deseo motivado de ternura y de educación, objeto que reproduce un momento de su doble; por último, en el trasfondo del psiquismo, la intervención realmente castradora a través de la cual la madre ha canalizado su propia reivindicación viril.

En relación con esto se manifiesta con mayor claridad el papel esencial de la relación de los padres; y los analistas subrayan de que forma el carácter de la madre se expresa también en el plano conyugal a través de una. tiranía doméstica, cuyas formas larvadas o patentes, que van de la reivindicación sentimental a la confiscación de la autoridad familiar, traicionan todas su sentido básico de protesta viril: ésta encuentra una expresión eminente, tanto simbólica como moral y material, en la satisfacción de manejar los *«cordons de la bourse»* [manejar el dinero]. Las disposiciones que en el marido garantizan regularmente una especie de armonía para la pareja se limitan a hacer manifiestas las armonías más oscuras que determinan que la carrera del matrimonio sea el lugar fundamental del cultivo de las neurosis, después de haber guiado a uno de los cónyuges o a ambos a una elección adivinatoria de su complementario, y respondiendo las advertencias del inconsciente en un sujeto sin discontinuidad a los signos a través de los cuales traiciona el inconsciente del otro.

Predominio del principio masculino. En relación con ello, también, se impone una consideración suplementaria que vincula en este caso el proceso familiar con sus condiciones culturales. La protesta viril de la mujer puede ser considerada como la consecuencia última del complejo de Edipo. En la jerarquía de los valores que, integrado con las formas mismas de la realidad, constituyen una cultura, la armonía que ella define entre los principios masculino y femenino de la vida es uno de los más característicos. Los orígenes de nuestra cultura están excesivamente ligados a lo que llamaríamos de buen grado la aventura de la familia paternalista como para que no imponga, en todas las formas a través de las cuales enriqueció el desarrollo psíquico, un predominio del principio masculino, en relación con el cual el alcance moral conferido al término de virilidad permite calibrar su parcialidad.

Es evidente que esta preferencia tiene un revés fundamental, primordialmente la ocultación del principio femenino bajo el ideal masculino, en relación con la cual la virgen, por su misterio, constituye a través de las diferentes edades de esta cultura el signo viviente. Pero el espíritu se caracteriza por desarrollar en mistificación las antinomias del ser que lo constituyen y el peso mismo de estas superestructuras puede llegar a derribar su base. No existe vinculo alguno más claro para el moralista que el que une el progreso social de la inversión psíquica a un viraje utópico de los ideales de una cultura. El analista aprehende la determinación individual de ese vínculo a través de las formas de sublimidad moral, mediante las cuales la madre del invertido ejerce su acción más categóricamente castradora.

No es casual que concluyamos este intento de sistematización de las neurosis familiares con una referencia a la inversión psíquica. En efecto, el psicoanálisis partió de las formas patentes de la homosexualidad para reconocer las discordancias psíquicas más sutiles de la inversión, pero el imaginario callejón sin salida de la polarización sexual debe comprenderse en función de una antinomia social, cuando en esa polarización se implican en forma invisible las formas de una cultura, los hábitos y las artes, la lucha y el pensamiento.



Primera parte. Reseña con interpolaciones del Seminario de la Etica

En una caja de cartón que contenía una copia estenográfica de las lecciones dictadas por Jacques Lacan en 1959-1960, se encontraron diecinueve hojas dactilografiadas que llevaban por título La Etica del Psicoanálisis, concorrecciones de su mano.

Al pie de la primera página figura la nota siguiente: Cf. acerca de la fecha del seminario de Jacques Lacan, cuya reseña es ésta, y acerca del retraso en su aparición, cf. la advertencia que se hizo figurar como prefacio de esta publicación. Esta advertencia no se encontró nunca.

Por el momento es difícil fechar este texto con más precisión que: comienzo de la década de los 60. Las dos interpolaciones señaladas por el autor son seguramente defines de la década de los 60 (después del 68).

Estas páginas no pueden considerarse como un escrito de Lacan; el texto, obviamente, está inconcluso, pero es mucho más que un borrador.

(J.A.M.)

Por qué el tema? Porque va al hilo de nuestros discursos anteriores.

Será una prueba decisiva para esas categorías de lo simbólico, de lo imaginario y de lo real de las que partimos para situar la experiencia freudiana.

Esta experiencia nos devuelve al "universo de la falta". La fórmula, como se sabe, es de Hesnard, y sólo le falta el término de mórbido con que lo califica.

La morbidez es aquí, sin duda, atinente. Pero ello no da pie a que se nos prometa que por reducir la morbidez, se va a volatizar la falta. El que un médico apasionado juegue con este espejismo no sustrae a la comicidad propia de estos tiempos el que unos religiososlo acepten.

¿A quien de los antedichos habría que recordar la atracción de la falta?

¿Cuál es esta falta? Seguramente distinta de la que comete el enfermo para castigarse o que lo castiguen...Los números entre corchetes hacen referencia al número de página en el orginal. Versión castellana de 1984

¿Será acaso aquella de la que Freud da cuenta, en los primeros tiempos de su descubrimiento, mediante el asesinato del padre, *felix culpa* de otro tipo, ya que de ella proviene la ley original, la ley por la cual la sociedad humana es cultura?

¿Será esa falta más oscura, debido a la cual el hombre resulta faltar al imperativo de la vida, la pulsión de muerte, para decirlo todo, la única por la cual Freud, al final de su obra, logra rematar con una paradoja el puesto del hombre en la naturaleza?

Pues de allí partió, o más bien, volvió a partir, del paso antiguo de la filosofía, a saber: que la ética no ha de estar referida a la obligación pura. El hombre en su acto tiende hacia un bien. El análisis revaloriza el deseo en el principio de la ética. La propia censura, al comienzo única figuración de la moral, toma de él toda su energía. Parece no haber otra raíz de la ética.

¿Basta esto para dar cuenta del punto de partida de la experiencia freudiana, a saber, el círculo cerrado, en la medida en que no logró romperlo el intento de liberación naturalista del deseo cuyo parangón produjo el siglo XVIII con el hombre del placer?

Antes de mostrar el parentesco del freudismo con lo que vino luego de este intento, señalemos, en efecto, que procede de su fracaso.

La experiencia freudiana parte del hecho de que no nos enfrentamos a un hombre menos culpable, después de la crítica con la que los libertinos quisieron reconfortarlo.

Cuanto más creen poder descargarse reduciendo la obligación a funciones de orden, tanto más aparece de hecho el carácter contrariante y hasta conflictivo de su imperativo; y estas incidencias, ya sin medida por ser más pesadas, revierten más que nunca a su cuenta la distribución de lo patológico, en el sentido kantiano del término

A decir verdad, un examen más detenido de este hombre del placer, como el que hemos realizado con la lectura de Sade, Mirabeau, y sobre todo Diderot, muestra que no había olvido alguno en su insuperable crítica. De atenernos a los dos primeros, vemos patentes en ellos el desafío y hasta las ordalías, que ponen a Dios en el banquillo de los acusados, manteniéndole así su facultad judiciaria. Si Diderot puede borrarlo de sus papeles es por inscribir en ellos el plumazo que está en el centro del placer.

Ningún asombro entonces de que el problema nos llegue intacto. Freud lo retorna por otro extremo: el que le proporcionan esas admirables teóricas a quienes se llama histéricas.

El discurso de las histéricas conduce a Freud a la perversión polimorfa en tanto reina sobre el mundo que une el niño a la mujer, y que en las facetas de este cristal se evidencia la forma de donde toma su fuerza el deseo.

¿Pero fue acaso para lo que después se hizo con eso? A saber, esa exégesis que reduce esta perversión a no ser más que vía preparatoria de quién sabe qué totalización que vendría a resolverla en un fin armónico.

La ética del psicoanálisis, entonces, no sería sino el concierto de un moralismo más comprensivo, del que podría creerse que porque amansa en cierto modo lo que hay de pervertido en el goce, considerado como fuente primordial de la culpabilidad, la apacigua.

Sin embargo, esto es propiamente desmentido, en el universo del psicoanalista, por las resistencias que encuentra cuando su práctica se guía según esta visión, y que condenan su acto a las reacciones más deplorables.

Esto, entonces, no es más que una contribución al expediente de una ética de la que ni siquiera puede decirse que hay que retomarla, ya que aún queda por enunciar su proyecto.

De ella, retengamos solamente lo que nos divorcia de ese gesto de rechazo de Aristóteles, que le permite darse por liberado, en el plano teórico, del hecho patente, tal vez más en su época que en la nuestra, de los excesos a los que algún tirano puede dar figuración pública, relegándolos al dominio de lo bestial.

Nuestro saber, al etiquetarlos con la dimensión de lo sádico, nos conmina a marcar su lugar en el cuerpo de lo sexual.

¿Habremos saldado así nuestras cuentas con la ética, por suministrarle una mitología laica, cuyo texto princeps es *Tótem y Tabú,* aunque se complete con una norma genética, que da como resultado la presunta instancia del *superyó,* entidad propicia a las trovas alegóricas y hasta a las escenas de guiñol?

¿Cómo podría génesis alguna (y menos una génesis imaginaria) satisfacer una práctica

que no admite ninguna deferencia con las exigencias del llamado superyó, aunque pueda tener que dedicarse a circunscribirlas?

¿Acaso no supo valerse de la autoridad de otro imperativo, el cual no es clandestino, que sepamos?“ *Wo es war, soll Ich werden*”, dicho en francés: “Lá ou c'était, ce qu'est Je dois venir” (“ahí donde estaba eso, lo que es Yo debo venir”). [N.T.] En todo lo que sigue, “Yo” traduce, *je*, pronombre personal sujeto de la primera persona del singular, y no *moi.**

¿Se distingue el soll alemán del schuldig de debe y haber, y del mu? que ya no da más, para que dejemos perderse el imperativo que instituye frente al superyó, y que es de otro orden?

En verdad, los psicoanalistas se dedican tanto a confundirse unos a otros sobre lo que hacen, que reducen lo que hacen de modo confeso, a lo confuso.

La advertencia contra la ambición de hacer el bien de sus pacientes, que les viene de Freud, no les impide forjar ideas sobre una norma, que no por pretenderse requetenormas, son menos ideales,

Por otra parte, el deber de no responder a la demanda que suponen todas las demás demandas de su paciente, la de saber qué quieren ellos, les resulta tan pesado, que creen que con eso se justifica que ellos mismos lo ignoren.

Por consiguiente, ¿cómo no habría de olvidar ese imperativo, por más que la gente se encomiende a su oficio en su nombre, si es precisamente el que más eluden?

Sin duda se les paga por saber que a ese deber que *Yo* venga no es seguro ni, mucho menos, que *Yo* satisfaga.

En esto como en tantas otras cosas, sería conveniente, sin embargo, que no dejaran a los neuróticos sacarles tanta ventaja.

Cuando la cuestión de saber si Yo no merezco tantos cuidados -a título de deber, entiendo Yo- como los mandamientos absurdos, obscenos o feroces que Yo recibo de mi conciencia, es a fin de cuentas el eje en torno al cual se libra la lucha ansiosa del obsesivo.

Y para decirlo todo, la pregunta sobre qué hay del deber al que ha de darse la primacía, el deber consigo mismo, con los demás, con Dios, podría calificarse como la pregunta más común (y hasta, en cierto sentido, universal), si justamente por ser el preludio de que Yo debo advenir, no fuese por ende privilegio de cada quien (y por consiguiente, lógicamente particular).

El por qué de que no se aloje finalmente sino en la particularidad, se debe a que sólo le responde lo que de ella advengo Yo.

Con esta observación, se precisa el enunciado de nuestro proyecto. El de la ética que encuentra su asiento en una lógica.

Hemos dicho que hay que entender desde el punto de vista lógico que esta ética se introduce con un enunciado particular. Solo puede ser el siguiente, aunque no pasara de ser hipotético:

Existe alguno de quien Yo ya no está por venir.

Nueve años más tarde, para el proyecto de definir el acto psicoanalítico, partimos de un enunciado de igual forma: existe un psicoanalista (en el cual, por tanto, la reserva que marca la hipótesis estaba más acentuada).

A esta pregunta, a la que no conviene sino la particularidad, el psicoanálisis sólo ha respondido hasta ahora proponiendo ideales.

El primero, que no podemos por menos que sacar de su pudibundez, es el del amor médico. Hemos denunciado su vaguedad. Es de añadir que su pudibundez, según se sospecha, es bastante buscona. Si no, su optimismo sería imbécil. Preso en este dilema de poco lustre, que se vaya a bañar.

El segundo ideal es el del desenmascaramiento. No es una garantía de autenticidad. Aunque a su favor haya que anotar que no preconiza ninguna virtud, abstención necesaria a la proscripción de la mentira, pero que no basta para asegurarla: como la comprobarnos cuando un coprófilo notorio, por ejemplo, promete la felicidad (con gato encerrado) del acceso al estadio genital del deseo, cuando solamente lo incertificable de la castración que lo constituye permite decir que no hay menos oportunidad de encontrarla en ese estadio que en los anteriores.

El tercer ideal es el de la no dependencia o, mejor dicho, el de una profilaxis de la dependencia. Sin duda, es válido para excluir de la práctica analítica el consejo educativo, es decir, el recurso a las costumbres, las buenas, por supuesto. Ya que es propiamente cerrar la puerta donde estaba que Yo no pueda someterme a ellas porque es puerta que abre a muchas malas. Pero basta con haber percibido que Yo no pueda entrar sino por ella, para que se haga más que dudoso que Yo de ella no dependa por esencia de Yo, puesto que allí donde eso estaba, era forzosamente del Otro lado.

La entrada en juego del psicoanálisis parece indicar, por el contrario, que la entrada en Yo que permite debe lo que de bueno tiene al signo que lo consagra como fallido: y por ende, aún bajo la férula de su dependencia.

Es bien conocido el chiste con que Aristóteles introduce su Etica entre ?????y?????. Y que asimismo Freud excluya todo recurso a uno y otro, marca de nuevo la distancia con que se instaura nuestro propósito.

Esta segunda coordenada no es menos indicativa que la primera por denunciar la homonimia del principio que ambos extraen del placer.

El que sea propicio en Aristóteles para suponer hasta para el propio mundo la idea de un Bien soberano, no ha de recordarse sino a fin de medir la oposición de que parte Freud al

dar por sentado que la felicidad no tiene nido que valga, ni en el macrocosmos ni en el microcosmos

En esto Freud da fe del camino recorrido por el pensamiento que los separa, y quiere que se le ubique según el mandamiento de su época.

La conversión freudiana cobra su sentido si se inserta en el límite preciso donde, a partir de la devalorización efectuada por Hegel de la posición del Amo, desde entonces reducida a la del “cornudo magnífico” de la historia, se instaura la conversión llamada utilitarista.

Su conjunción, sin embargo, se nos escaparía a no ser por una obra que muestra con qué se ordenan ambas conversiones una según la otra: con la referencia lingüística que decidió el destino de Freud y que nuestra enseñanza restaura..

A Roman Jakobson, ante quien tuvimos, por añadidura, la dicha de presentar estas palabras, debemos el haber podido ampararlas en esa obra.. Se trata de la *Theory of Fictions* de Jeremy Bentham.

En esta obra, *fictitious* no quiere decir ilusorio ni engañoso. Fictitious quiere decir ficticio sólo en la medida en que responde exactamente a lo que nosotros queremos decir cuando formulamos que toda verdad tiene una estructura de ficción.

Con lo que admite de real esta ficción verídica, Bentham logra situar como utilitario cuanto le interesa del bien -del bien en tanto real, es decir, en la medida en que el placer que reparte no dependa de una distribución regida a placer. Esta jurisprudencia, al preservar de las ficciones del cambio el valor de uso, lo separa también del placer que, igual que en Aristóteles, lo relegaría para dar paso al único Bien soberano de ser placer teórico.

Justamente allí, sin embargo, Freud hace que se devuelva el péndulo. La experiencia le demuestra que una vez que se ha delimitado el bien de esta manera, su placer se agosta por provenir de otra parte: propiamente de la ficción que está a la merced de lo simbólico.

El que el inconsciente tenga la estructura de la ficción por tener la del discurso, el que el placer que allí domina sea el de la repetición de un signo, nos obliga a darle más vueltas a la manera de hacerse valer allí lo real.

La tesis que ha de establecer este discurso es la siguiente: el acto que estructura lo simbólico encuentra el sostén de lo real puro a través de la ley moral.

Esta tesis puede parecer trivial, pero también es paradoja: de una parte, hace palpable por qué la ley moral contraría el placer, pero de otra, pareciera que hace descender la misma ley de las alturas desde donde se ofrecía como ideal.

Todo se reduce al sentido que ha de darse a lo formulado por Freud como principio de realidad.

El movimiento psicoanalítico, cuya confusión muestra de sobra que la carga lo rebasa, se hubiese disipado bajo ella a no ser por la protección que le da el prestigio del acontecimiento Freud.

Basta con formular esto para que cada quien lo suscriba.

Nótese de paso que el acontecimiento Freud no debe clasificarse como los que añaden un nombre más a la lista de los que acrecentaron el número de bondades que la humanidad ha tenido que encarar.

Nada emparenta al acontecimiento Freud con ese tipo de meteoros, ni con lo efímero de su paso, o, digamos, lo efimesmérico.

El acontecimiento Freud no ha de aprehenderse actualmente en ninguna otra parte sino en los escritos trazados por la mano de Freud: sus obras, como se dice.

Por ello mismo, queda fuera del alcance de los que se contentan con hojear dichas obras, caso, por demás, confeso y muy corriente entre los psicoanalistas: no hay porqué dar razón de él, ya que lo demuestra de sobra su producción común.

Como esta incapacidad de leer no es privilegio suyo, nos vemos en la obligación de advertir que estos escritos no representan la historia del acontecimiento. Los escritos son el acontecimiento: participan, desde luego, de la temporalidad inherente al discurso, pero el acontecimiento es un acontecimiento de discurso, y con toda adecuación, ya que no hay acontecimiento que no se sitúe respecto de un discurso. La práctica de los escritos de Freud permite apreciar que su relación con el acontecimiento es una relación de resguardo, como si se tratase de un rescoldo: porque son el acontecimiento, puede decirse que lo cobijan.

Esto, por supuesto, no puede decirse de las conferencias que lo exponen a la intemperie. En ello estriba toda la diferencia entre la palabra y el discurso; y se entiende que haya psicoanalistas, y aun almas en pena del limbro universitario, que no han leído más que la *Introducción al psicoanálisis.*

Esta interpolación explica ciertas condiciones del seminario que hemos creído preferible obviar aquí, cosa que ahora puede tomar la apariencia de un descanso en el propósito.

Hace diez años, el asunto no era involucrar a nuestros oyentes en textos que sólo explicaban realmente el atajo que formaban, es decir, sin que tuviesen la menor sospecha de ello como sujeto.

Para no quedamos en eso, fue necesario que nuestra audiencia cambiara por los oficios de aquellos que en nuestra palabra no oían más que una bendición. En efecto, nos veíamos reducidos a encontrar a esos textos, un sentido a su alcance.

Devolverlos a la época del *Proyecto,* no podía ser para demostrarles cómo, en aquella época, Freud articulaba ya la misma estructura que habría de instalar como inconsciente, en la delimitación que trazaba entre sugestión e hipnosis.

Sino para impresionarlos con la arnbigüedad presente ya en ese trabajo no reconocido,

sobre la asignación al placer de efectos que son efectos de señuelo, y que no logran con su aparejo asegurar la satisfacción que, no obstante, se pretende que presiden.

En efecto, este aparejo, en sí mismo, no garantiza nada más que la alucinación de aquello que- está hecho para volver a encontrar, a saber, el goce.

Esto equivale a subrayar el encuentro, en el sentido especificado de felicidad, de la ???? griega, a expensas del automatismo que es lo propio de toda función de adecuación.

El temperamento que se logra con los *stimuli* propios del sistema definido como neuropsíquico, o, dicho de otro modo, la homeostásis de las cantidades de placer (Q? ? que vehiculiza, se obtiene exclusivamente de los efectos de repartición intra-sistémica.

O más bien, el placer no está hecho más que de ese temperamento. Por, lo cual se justifica el uso del término al quedar reubicado en la tradición que lo fijó como hedonismo. Que en cuanto al placer, no demasiado haga falta, a no ser que comience la pena, es cosa cuya significación propiamente no es sino ética. Posición esta, la única, que concilia la ambigüedad, destacada por nosotros, de un principio del placer cuya coherencia depende de que lo sea también del displacer, porque suele no atinar, y aún más de la cuenta, con el mandato respecto de la *fruitio,* del goce de un objeto en tanto ya detectado como objeto propio a la satisfacción de una necesidad.

Con este proceso se esboza que lo que constituye su meta sólo se ordena, justamente, mediante un efecto de marca, que será propiamente el obstáculo en su camino, ya que la marca puede volver a surgir sola por el esfuerzo de encontrar la meta.

Al sujeto del placer, en efecto, nada le asegura que se trate de una captación efectiva del goce, el cual sólo puede actuar aquí como fin si se le supone como previo. Nada, sino lo que atesta de realidad, en eso que bien vemos que no puede rebasar el fantasma, el solo gusto de la cualidad sensorial que especifica, en cierto modo, cada uno de los órganos llamados de los sentidos (sistema ? en los esquemas de Freud de ese entonces).

Esto, por supuesto, sólo puede decirse del sujeto del placer. Está claro que la cantidad de estímulos que embisten su organización tiene que encontrar también una descarga por la vía de una equivalencia energética, y que el aparato nervioso es una de las centrales de la regulación del organismo.

Por consiguiente, es aún más llamativo que una parte muy probablemente ínfima de este aparato nervioso esté acaparado por una escenificación cuya relación con las funciones que definen la sobrevivencia del individuo a quien pertenece como órgano, es remotísima: que, para que quede claro, el sujeto de esa escenificación no puede no distinguirse de este individuo.

Nadie afirma más poderosamente la realidad que Freud, y lo hace precisamente a partir de la precariedad de su acceso para el sujeto. Sólo hay acceso a la realidad por ser el sujeto consecuencia del saber, pero el saber es un fantasma hecho sólo para el goce. Y encima, por ser saber, necesariamente lo falla.

Tal vez no sería superfluo señalar aquí cómo esta articulación del principio de realidad reduce a la nada al idealismo donde encalla, no menos necesariamente, el presupuesto de que hay conocimiento. Ese idealismo a donde va a parar como a su cumbre el hombre en tanto que mera hipótesis filosófica.

En cuanto empieza a cojear por experiencia elemental el que el hombre sea el mundo, que sea el micro-del-cosmos, el mundo no puede ser más que lo que de él se representa el hombre. Mas, el hombre, del mundo, sólo puede representarse ficciones.

Por esto, no era nada inútil proceder *vía* Bentham.

Al utilitarista habría que señalarle únicamente que el hombre, si es que le importa aún esa marioneta, sólo encuentra placer en sus ficciones.

Este sería un argumento blandengue, por ser *ad hominem,* es decir, dirigido al simio, el cual era especialmente apropiado para que el utilitarista lo convirtiera en su tótem.

Pues la ficción parece aclararse debido a que toda filosofía enunciada de hecho sea ubicable como ideología, es decir, correlativa a un privilegio social.

Pero entre el surgimiento de una paradoja y su demistificación, el beneficio es ínfimo, ya que al interrogar al privilegio social, sea cual fuere, nada tenemos que argüir si no que es ficción.

¿Qué quiere decir esto? Tal vez que no se confiesa, pero esto sería un error. El privilegio se confiesa tal, y aun *manumilitari,* por la mano militar de aquellos a quienes da privilegios, los cuales sólo mienten por tener en cuenta a los filósofos. No es que sostengan que los filósofos estén a su servicio, sino para que estos carguen con la mentira en la medida que no confiesan. Así se preserva la ficción a que da cuerpo un privilegio.

El ligero retardo en comprender con que se define la sombra dichosa, hizo que Pierre Janet reparara en que el sujeto de la neurosis y el filósofo cazaban por las mismas tierras. Pero el neurótico confiesa, y Pierre Janet fue el último que pudo darse el lujo de no oírlo.

El acontecimiento Freud estriba en haber leído en la neurosis la confesión del sujeto, a saber, que no es más que el agujero que separa a todo Otro del goce: entiéndase por esto todo lo que quedaría sin acceso a él de faltar su confesión. Por tanto, satisface el deseo del Otro dándole esta confesión, no sin antes haberlo causado a costa de consentir en borrarse ante el objeto que lo ha convertido en agujero.

El privilegio, a un tiempo, queda demistificado, y probado como irremplazable, al menos en toda economía regida por el saber.

El psicoanalista no puede sino someterse a esta economía, mientras no haya dado el paso de situarse en ella como ficción.

Y esto no puede hacerlo debido al vínculo que conserva con el principio de realidad, aunque de ello no tiene ni la más remota idea: de esto dan fe sus enormes divagaciones

teóricas.

Este principio propiamente lo anula por, a su vez, imponerle el estar en oposición, y de las más formales, respecto a lo que son sus recursos. Lo obliga a resumir su práctica con la más baja de las consignas: el principio de realidad, el de reducirlo todo al horizonte de su lecho profesional, el de ahogarse en lo que llama su escucha (hay que ver el éxtasis que lo embarga después de unos pocos años de práctica cuando suelta este chapoteo), cuando sólo es el deleite que figura un tapón que flota.

Hay que notar que no hay ética discernible y mucho menos ética que esté formulada como marca del psicoanalista, así se defina a éste por su práctica o por la institución de cuya autorización se vale, y que en lo que toca a nuestro propósito inédito, todo lo que ofrece resulta inactual.

En todo caso, no es más que una deontología, marcada de "considerandos" de discreción social, cuya superficie la suministra una institución de acabado bastante deficiente.

La singular extraterritorialidad de que goza esta institución respecto de la enseñanza universitaria, y que le permite calificarse de internacional, fue una buena protección, en la historia, frente a ese primer intento de segregación social en gran escala que fue el nazismo.

De ello se desprende una curiosa afinidad, perteneciente al registro del reaseguro, entre el estilo de la institución y las soluciones segregativas que la civilización está a punto de retomar ante la crisis generada en ella por la generalización de los efectos de saber.

Sería nefasto que ello generase una complicidad. Pero es fatal que así sea, si se deja fuera la elaboración de una ética propia a la subversión del sujeto anunciada por el psicoanálisis.

En nuestro seminario hay un desarrollo a partir del comentario del siguiente cuadro que figura el doble quiasma donde, tomando en este sentido el texto del capítulo VII de la *Traumdeutung,* el acontecimiento Freud traduce [20] lo que desde ese momento se postula como inconsciente.

Este desarrollo subraya la paradoja de la imputación freudiana del proceso primario, al que supone agente del principio del placer, por tender a la repetición de una percepción. A esto lo designa, entonces, como identidad de percepción.

Mas, de todas maneras, la percepción es lo que responde de la realidad manifestándose en la conciencia.

El asunto se completa con la característica del inconsciente de revelarse como lugar de un pensamiento proliferante, pero no por ello menos vedado a la conciencia como reflexión.

A Freud no le queda otro camino que atribuir al proceso secundario, en la medida en que interviene para otorgar sus derechos a la realidad, el proceder mediante las vueltas que da la búsqueda *(circa, recircare),* o sea, mediante los rodeos por donde como pensamiento cobra su sentido lo que procura volver a encontrar: lo que llama identidad de pensamiento.

Por consiguiente, entre percepción y conciencia, a lo que ha de darse la misma resonancia que entre carne y pellejo; ya que acá la conciencia no es más que la petición de principio de la realidad y la percepción aquello a lo que se confía, se aloja justamente el proceso inconsciente del pensamiento.

¿Puede procederse de otra manera que no sea atenerse así al texto para dirigirse a gente que sólo nos escuchan porque imaginan que son los ministros del proceso secundario?

Pero tomar así la vía débil del comentario equivale a aceptar lo que por naturaleza hace del pensamiento interpretación. Es arriesgarse a que en lo más directo de la pendiente propia al perro de la Escritura, el pensamiento retorne a buscar su referencia en el apetito.

Sin embargo, confiábamos en algo que registra la conciencia de psicoanalista: que del inconsciente no le llega a través del sueño más que el sentido incoherente que éste fábula para vestir de frase lo que articula.

Que por tanto eso que le viene de ahí es ya interpretación, a la que podría llamarse salvaje, y que la interpretación razonada con que la sustituye no es mejor sino porque hace aparecer la falla que la frase denota. Reléase los sueños analizados en la *Traumdeutung* con esta clave.

El jeroglífico del sueño descifrado muestra un defecto de significación, y en él y no en otra cosa, el sueño connota un deseo. El deseo del sueño no es nada más que deseo de cobrar sentido, y a ello satisface la interpretación psicoanalítica.

Pero esta no es la vía de un verdadero despertar del sujeto. Freud hizo hincapié en el hecho de que la angustia interrumpe el sueño cuando éste va a desembocar en lo real de lo deseado. Es bien cierto entonces que el sujeto despierta sólo para seguir soñando.

El año anterior, a decir verdad, con el rótulo unitario del deseo y de su interpretación, habíamos machacado que: el deseo es su interpretación, y ello desde perspectivas lo bastante variadas como para esperar que algunos hayan desentrañado en el narcisismo lo que se aferra a la realidad como a lo que da sentido a su estatuto.

El psicoanálisis está mandado a hacer. para desprender de ello al sujeto que de ello se fía, si es que el analista no deja que se quede corto. Un paso más, si piensa un poco, es que sepa que no puede dejar de pasar por las horcas caudinas del fantasma que encuadra a la realidad, en tanto está pensando.

Pareciera, sin embargo, que la función del analista tiende a sofocar este beneficio didáctico, si es que lo ha obtenido: ya que puede muy bien faltarle para identificarse con su analista que puede muy bien haberse depuesto.

Definamos aquí qué sería de un analista en la estacada de la Etica que lo supone. En lo que se repite obstinadamente como mira de su bien, olfateó que hay algo que no puede no evitar, y que eso es lo real, por volver al mismo lugar. [23]



Las cinco recensiones de enseñanza reunidas aquí por primera vez, las escribió Jacques Lacan como encargado de conferencias de la École Pratique de Hautes Études, para el anuario de esa institución.

Cada texto fue redactado el año siguiente de terminado el Seminario recensado. (J.-A.M.)

I Los cuatro conceptos fundamentales 1964

La hospitalidad de la Escuela Normal Superior y el acrecentamiento de nuestro auditorio indicaban un cambio de frente en nuestro discurso.

Durante diez años se había dosificado según las capacidades de los especialistas: es cierto que son los únicos testigos aceptables de la acción por excelencia que les propone el psicoanálisis, pero no lo es menos que las condiciones de su selección los aíslan demasiado del orden dialéctico que gobierna esta acción.

Aprestamos un ??????? para uso suyo, emitiéndolo según una propedéutica que no anticipaba ningún estadio antes de haber dejado bien sentado el fundamento del anterior.

Nos pareció que teníamos que trastocar esta presentación, al encontrar en la crisis, más que la ocasión para una síntesis, el deber de esclarecer lo abrupto de lo real que restaurábamos en el campo que Freud dejó a nuestro cuidado.

Nuestro esfuerzo, que distaba mucho de ser una reducción hegeliana de ese real (a no ser por reafirmarlo como racional), había dado su estatuto a la subversión producida en el sujeto del saber. Nuestra exposición de este año eligió los cuatro conceptos que desempeñan en esa subversión una función originante: el inconsciente, la repetición, la transferencia, la pulsión, para redefinir a cada uno y mostrarlos anudados por la topología que los sostiene en una función común.

Permanente, entonces, seguía siendo la pregunta que da radicalidad. a nuestro proyecto: la que va de ¿es el psicoanálisis una ciencia? a ¿qué es una ciencia que incluya al psicoanálisis?

El inconsciente, mantenido según nuestro propósito original como efecto de significante, y estructurado como un lenguaje, se retomó como pulsación temporal.

En *la repetición* se sacó a la luz la función de ???? que se cobija tras su aspecto de ?????????: el faltar al encuentro se aísla aquí como relación a lo real.

La transferencia como momento de cierre ligado al engaño del amor, se integraba a esta pulsación.

De la *pulsión* dimos una teoría que aún no ha sido posible delimitar, ahora que, a mediados de este año, el 65, se nos pide que resumamos.

Allí aparecieron por primera vez, la razón de su constancia, la topología llamada de *borde,* que explicaba el privilegio de los orificios, el estatuto de la acción de retorno, la disociación de la meta y del objeto.

Este cuadro de cacería no dice los recorridos necesarios para asegurar un nudo semejante, ni tampoco lo que encierra.

Allí marcamos, una vez más, el derecho a la primera opción del sujeto cartesiano, que en tanto que sujeto de la certeza se distingue del sujeto del conocimiento, y también cómo, revalorizado por el inconsciente, adquiere el rango de condición previa de la acción psicoanalítica.

Asimismo, dimos un desarrollo particular a la pulsión escópica, a fin de que nos sirviera de paradigma. Demostrar en ella la antinomia de la visión y de la mirada tenía por meta alcanzar el registro, fundamental para el pensamiento de Freud, del objeto perdido.

Este objeto lo formulamos como la causa de esa posición del sujeto que el fantasma subordina.

Empero, la aparición simultánea, piadosamente recopilada, de la obra *Lo Visible y lo Invisible,* con que se interrumpía en el momento mismo de su advenimiento la manifiesta conversión de la interrogación de Merleau-Ponty, habría de inducimos a marcar la prioridad propia de los rasgos estructurales en todo intento de alcance óntico. Suspendimos su abordaje aunque, a la vez, anunciamos para el año siguiente “las posiciones subjetivas del ser”.

Con el tiempo podrá leerse los límites que trazamos, por la implicación de nuestros decires, al efecto de relajamiento que experimentó nuestra temática a medida que, para sorpresa nuestra ante este viraje, se iba difundiendo. Esta corrección tiene que ver con el destino de todo lo que se agrupa, ya en' forma excesiva, bajo el rótulo del estructuralismo.

Esto confirma una vez más, en el progreso de la ciencia, la correlación ética cuyas llaves tiene el psicoanálisis: de ahí, la precariedad dé su suerte.

Por ello, nuestro último tiempo estuvo dedicado a un fundamento de gran lógica, efectuado por el encausamiento, basado en ese lugar del Gran Otro que promovimos como constituyente del sujeto, de la noción de alienación, envilecida por la triste deriva de la crítica política.

1965

II Problemas cruciales para el psicoanálisis1964-1965

El problema situado en el centro cabe en estos términos: el ser del sujeto, a donde nos llevaba el aguijón de nuestras referencias anteriores.

Que el sujeto esté hendido es algo que Freud nunca se cansó de decir y repetir en todas las formas posibles, después de haber descubierto que el inconsciente sólo se traduce en nudos de lenguaje y tiene, por ende, un ser de sujeto.

Por la combinatoria de estos nudos se supera la censura, la cual no es metáfora, por recaer sobre el material de estos.

Freud afirma de entrada que toda concepción de un retroceso de la conciencia hacia lo oscuro, lo potencial y aun el automatismo, resulta inadecuado para dar cuenta de estos efectos.

Se trae esto a colación simplemente para despojar de toda "filosofía" el empleo del *cogito* este año, cosa legítima, a nuestro parecer, ya que él *cogito* no funda la conciencia sino precisamente esa hendidura del sujeto.

Basta escribirlo:

Soy pensando: “luego soy”,[N.T.] Soy pensando, tan anómalo como en francés: *je suis pensant*

para comprobar que esta enunciación, procurada por una ascésis, hiende el ser; ser que sólo logra la conjunción de sus dos cabos manifestando la torsión que experimentó en su nudo. ¿Causación? ¿Inversión? ¿Negatividad? En todo caso hay que hacer la topología de esta torsión.

El paso de Piaget a Vygotzky ilustra la ganancia que produce el rechazo de toda hipótesis psicológica de las relaciones del sujeto con el lenguaje, aun tratándose del niño. Porque esta hipótesis no es más que la hipoteca que realiza un ser-de-saber, gravando al ser-de-verdad que el niño ha de encarnar a partir de la batería significante que le presentamos y que constituye la ley de la experiencia.

Pero nos estamos anticipando con esta estructura que hay que captar en la sincronía y con un encuentro que no sea ocasional. El embrague de 1 respecto de 0, que nos llega del punto donde Frege pretende fundar la aritmética, nos lo procura.

De allí se percibe que el ser del sujeto es la sutura de una falta. Precisamente de la falta que, al escamotearse en el número, lo sostiene con su recurrencia; aunque lo sostiene allí, sólo por ser lo que falta al significante para ser el Uno del sujeto, e s decir, ese término que en otro contexto llamamos rasgo unario, marca de una identificación primaria que funcionará como ideal.

El sujeto se hiende por ser a la vez efecto de la marca y soporte de su falta.

Aquí se impone retomar ciertos aspectos de la formalización donde se encuentra este resultado.

Primero nuestro axioma que funda al significante como “lo que representa un sujeto (no para otro sujeto, sino) para otro significante”.

Así se sitúa el lema, que acaba de readquirirse por otra vía: el sujeto es lo que responde a la marca con lo que le falta a ésta. Aquí se ve que la reversión de la fórmula se opera introduciendo una negatividad en uno de sus polos (el significante).

El lazo se cierra, sin quedar reducido a un círculo, al suponerse que el significante tiene su origen en el borramiento de la huella.

El poder de las matemáticas, el frenesí de nuestra ciencia, no se basan en otra cosa que la sutura del sujeto. De la delgadez de su cicatriz o, mejor todavía, de su hiancia, dan fe las aporías de la lógica matemática (teorema de Gödel), para gran escándalo de la conciencia.

No me hago ilusiones sobre esta crítica, ya que a este nivel es incapaz de limpiar los excrementos de la herida; esos excrementos con que se esmera en recubrir dicha herida, con una mayor o menor conciencia, el orden de la explotación social, que se asienta en esta abertura del sujeto (y por ende no crea la alienación). Hay que mencionar la tarea desempeñada aquí, desde el inicio de la crisis del sujeto, por la filosofía. Sirvienta de varios amos.

Queda excluido, por otra parte, que alguna crítica a la sociedad llegue a suplir a la anterior, ya que ella misma no sería más que una crítica proveniente de la sociedad, es decir, involucrada en esa especie de paños calientes de pensamientos que acabamos de mencionar.

Por. ello, sólo el análisis de este objeto puede encararlo en lo que tiene de real,... que estriba en ser el objeto del análisis (propósito del año próximo).

No nos contentamos, sin embargo, con una suspensión que sería admitir que nos retiramos del juego en lo que respecta a abordar el ser del sujeto, con la excusa de que encontramos allí su fundamento como falta.

Esta es precisamente la dimensión que desconcierta, el que nuestra enseñanza someta a prueba este fundamento en la medida en que está en nuestro auditorio.

¿Podemos acaso negamos a ver que lo que exigimos de la estructura en lo tocante al ser del sujeto tiene necesariamente que implicar a quien lo representa por excelencia (por representarlo con el ser y no con el pensamiento, igual que el *cogito*), es decir, al psicoanalista?

Es lo que hallarnos en el fenómeno, notorio aquel año, de la delantera que tomó parte de nuestro auditorio al ofrendamos el siguiente éxito: la confirmación de la teoría, correcta según creemos, de la comunicación *en* el lenguaje. Nosotros lo expresamos diciendo que no se emite el mensaje sino al nivel de quien lo recibe.

Sin duda hay que dar su puesto aquí al privilegio que debemos al lugar que nos ha dado hospitalidad.

Pero sin olvidar, respecto de la reserva que inspira la excesiva facilidad que podría haber en este efecto de seminario, la resistencia que esta reserva entraña, justificada por demás.

Justificada por consistir en compromisos de ser y no de pensamiento, y porque los dos bordes del ser del sujeto.

Se diversifican aquí según la divergencia entre verdad y saber.

La dificultad en ser del psicoanalista está en lo que encuentra como ser del sujeto, es decir, en el síntoma.

El que el síntoma sea ser-de-verdad es algo que acepta cualquiera en cuanto sabe lo que quiere decir psicoanálisis, aunque está mandado a hacer para enredarlo.

Así se ve claramente el precio que tiene que pagar el ser-de-saber, para reconocer las formas dichosas con las que sólo se aparea signado por la desdicha.

El que este ser-de-saber tenga que reducirse a ser el complemento del síntoma es algo que le horroriza, y por elidirlo, pone en juego una postergación indefinida del estatuto del psicoanálisis, como científico, por supuesto.

Por eso, ni siquiera la conmoción que produjimos al clausurar el año con este recurso, logró evitar que en su lugar se repitiese el cortocircuito. Nos llegó el rumor, lleno con la evidente buena voluntad de adornarse como paradoja, de que lo que hace el síntoma es la manera cómo lo piensa el practicante. Claro que esto es muy cierto en lo que se refiere a la experiencia de los psicólogos, la cual nos dio pie para ponerle el cascabel al gato. Pero también equivale a quedarse, como psicoterapeuta, en el nivel de Pierre Janet, quien nunca llegó a entender por qué él no era Freud.

La diosa botella es la botella de Klein. No por quererlo puede cualquiera hacer salir de su cuello lo que está en su doblez. Y es que así se construye el soporte del ser del sujeto.

5 de abril de 1966

III El objeto del psicoanálisis 1965-1966

El seminario de este año, según lo pautado, se ocupó de la función detectada ha mucho en la experiencia analítica como la relación llamada de objeto.

Se sostiene que ella domina en el sujeto analizable su relación con lo real, y se hace hincapié en el objeto oral o anal, a expensas de otros cuyo estatuto, aunque manifiesto, sigue siendo incierto.

Ocurre que los primeros se apoyan directamente en la relación de la demanda, muy propicia a la intervención correctiva, mientras los otros exigen una teoría más compleja ya que no puede desconocerse en ellos una división del sujeto, imposible de reducir con el solo esfuerzo de la buena intención, por ser la división que es soporte del deseo.

Estos otros objetos, sobre todo la voz y la mirada (si dejamos para luego el objeto en juego en la castración), forman un mismo cuerpo con esta división del sujeto y presentifican en el propio campo de lo percibido la parte suya elidida como propiamente libidinal. Como tales, hacen retroceder la apreciación de la práctica, a la que intimida su recubrimiento por parte de la relación especular, junto con las identificaciones del yo a las que se quiere respetar.

Esta acotación basta para explicar que hayamos insistido preferentemente en la pulsión escópica y en su objeto inmanente: la mirada.

Dimos la topología que permite restablecer la presencia del *percipiens* mismo en el campo donde, no obstante, es perceptible, aparte de que lo sea en alto grado en los efectos de la pulsión (exhibición y voyeurismo).

Esta topología que se inscribe en la geometría proyectiva y las superficies del *analysis situs,* no ha de tomarse como ocurre con los modelos ópticos de Freud, con rango de metáfora, sino como representando realmente la propia estructura. Es una topología que da cuenta de la impureza del *perceptum* escópico, al reencontrar lo que creímos poder indicar de la presencia del *percipiens,* irrecusable debido a la marca que trae del significante, cuando queda acuñada en el fenómeno hasta ahora no concebido de la voz psicótica.

La exigencia absoluta, en estos dos puntos, de una teoría del deseo, nos refiere a la rectificación de las flaquezas de la práctica, a la autocrítica necesaria de la posición del analista, en lo que toca a los riesgos que entraña su propia subjetivación, si es que quiere responder honestamente, así no sea más que a la demanda.

IV La lógica del fantasma 1966-1967

Nuestro retorno a Freud fustiga a todos con el vacío central del campo que instaura, y no con menos fuerza a los que lo han practicado.

Estos últimos sentirían alivio sí pudiesen reducir la consigna a la historia del pensamiento de Freud, operación clásica en filosofía, y aun a su vocabulario. Se da vuelta a los términos nuevos con que estructuramos un objeto para alimentar tareas de librero.

Llevar cada vez más lejos el primado de la lógica que está en lo verdadero de la experiencia es devolver esa vuelta al polvo que levanta.

O yo no pienso o yo no soy: presentar en esta fórmula el *ergo* de vuelta de un nuevo *cogito* implicaba un juego de manos que hay que dar por logrado.

Los destinatarios se llevaban la sorpresa de encontrar allí la virtud de nuestro esquema de la alienación (1964), que se destacaba de inmediato por abrir la juntura entre el eso y el inconsciente.

Una diferencia de aspecto morganiano se anima así por, volverla disimétrica una elección forzada. El “yo no pienso” que, en efecto, funda al sujeto en su menos peor opción, queda mochado del "soy" de la intersección negada por su fórmula. El no-yo *(je)* que allí se supone, no por no ser, deja de tener, ser. Es *eso* precisamente lo que lo designa, y mediante un índice dirigido al sujeto por la gramática. Eso es *ergo* la espuela portadora del no, nudo que se desliza por la frase para asegurar su indecible metonimia.

Pero muy distinto es el “pienso” que subsiste para complementar el “yo no soy” cuya afirmación está primariamente reprimida. Pues sólo a costa de ser como ella falso sin-sentido, puede ampliar su imperio preservado de las complicidades de la consciencia.

En la escuadra que así se dibuja, los brazos son operaciones que se denominan: alienación y verdad. Para encontrar la diagonal que une estos extremos, la transferencia, basta percatarse de que como con el *cogito* de Descartes, aquí no se trata más que del *sujeto supuesto al saber.*

El psicoanálisis postula que el inconsciente, donde el " yo no soy" del sujeto tiene su sustancia, puede evocarse con el "yo no pienso", en la medida en que se imagina dueño de su ser, es decir, no ser lenguaje.

Se trata, empero, de un grupo de Klein o simplemente de un lugar común escolástico, o sea, que hay un cuarto ángulo. Este ángulo combina los resultados de cada operación representando su esencia en su residuo. Esto significa que invierte su relación, cosa que puede leerse inscribiéndolos con un paso de una derecha a una izquierda distinguidas por un acento.

En efecto, allí tiene que clausurarse el ciclo con el cual el impase del sujeto se consuma por revelar su verdad.

La falla en ser que constituye la alienación se instala por reducir a ésta al deseo, y no porque sea no pensar (seamos en esto espinozistas), sino porque ocupa supuesto mediante esa encarnación del sujeto que se llama la castración, y mediante el órgano de la falta en que se convierte el falo. Tal es el vacío de tan incómodo acercamiento.

Resulta manejable por estar envuelto en el continente que crea. Para ello encuentra las caídas que evidencian que el sujeto no es más que efecto de lenguaje: nosotros las promovimos como objetos *a.* Sea cual fuere el número y la manera que las elabora, reconozcamos en ello por qué la noción de criatura, por tener que ver con el sujeto, es previa a toda ficción. Lo único que allí se desconoció fue el *nihil* mismo de donde procede la creación, pero la invención del *Dasein* para encubrir estos objetos poco católicos, no nos deja mejor parados ante sus ojos.

Del vacío, entonces, que los centra, estos objetos toman la función de causa que tienen para el deseo (metáfora entre paréntesis que ya no puede eludirse revisando la categoría de causa).

Lo importante es percibir que esta función que tienen en el deseo les viene únicamente por percibírseles como solidarios de esa hendidura (por no estar a su altura y, a la vez, por operar una conjunción para su disyunción), hendidura donde el sujeto aparécese ser diada o sea, donde toma el señuelo de su verdad. Se trata de la estructura del fantasma anotado por nosotros con el paréntesis cuyo contenido ha de pronunciarse: S tachado rombo *a*.

Nos encontramos así de nuevo en el *nihil* del impasse reproducido a partir del supuesto sujeto de saber.

Para hallar el pezón, reparemos en que no es posible reproducir este impasse sin que sea ya repetición al producirse.

En efecto, el examen del grupo no muestra hasta aquí en esas tres operaciones que somos: alienación, verdad y transferencia, nada que, por reduplicarlas, permita regresar a cero: ley de Klein que postula que la negación, al reduplicarse, se anula.

Ocurre todo lo contrario, ya que a ello se oponen tres fórmulas. La primera, acuñada por nosotros desde hace mucho tiempo se enuncia: no hay Otro del Otro, o, dicho de otra forma, no hay metalenguaje. La segunda que revela la inanidad de la pregunta cuyo entusiasmo denuncia ya a quien opera la cisura de nuestras palabras: ¿y por qué no dirá lo verdadero acerca de lo verdadero? La tercera procura la continuación que en ella se anuncia: no hay transferencia de la transferencia.

Es instructivo reportar a un grafo los sentidos así prohibidos pues muestra que especifica sus convergencias con un número para cada vértice.

Pero todavía hace falta que no se encubra el que cada una de estas operaciones es ya el cero producido por lo que insertó en lo real lo que elabora cada una, a saber, ese tiempo propio del campo que analiza, el que alcanzó Freud al decir que era repetición.

La preterición que contiene es cosa muy distinta de ese mandamiento del pasado con que se le vuelve fútil.

La repetición es ese acto por el cual se efectúa, anacrónica, la mixtura de la diferencia llevada al significante.

Lo que fue, repetido, difiere, y se hace sujeto de la reiteración. Con referencia al acto en tanto es lo que quiere decir, todo pasaje al acto se opera como contrasentido. Deja a un lado el acting óut donde lo que dice no es sujeto sino verdad.

Porque impusimos esta exigencia del acto, somos los primeros que pronunciamos, correctamente, lo que mal tolera un enunciado a la ligera, muy corriente por demás; el primado del acto sexual.

Este enunciado se articula por la diferencia de dos fórmulas. La primera: no hay acto sexual, con el sobrentendido: que dé la talla para afirmar en el sujeto la certeza de pertenecer a un sexo. La segunda: sólo hay acto sexual, con la implicación: del cual tenga razón el pensamiento de defenderse por ser allí donde se hiende el sujeto: *cf* más arriba la estructura del fantasma.

La bisexualidad biológica ha de dejarse para el legado de Fliess. Nada tiene que ver con esto que aquí tratamos: la inconmensurabilidad del objeto a respecto de la unidad que implica la conjunción de seres del sexo opuesto en la exigencia subjetiva de su acto.

Emplearnos el número de oro para demostrar que sólo se resuelve en forma de sublimación.

Ya articulamos en el fundamento del "tiempo lógico", la repetición y la prisa; la sublimación las completa para dar un nuevo grafo orientado por su relación, que al reduplicar el anterior, logra completar el grupo de Klein; en la, medida en que se igualan sus cuatro vértices por juntar igual número de contribuciones operacionales. Por ser dos, estos grafos inscriben la distancia a que está el supuesto sujeto del saber de su inserción en lo real.]

En esto se adecuan a la lógica que nos hemos propuesto, la cual supone que la única entrada a lo real para el sujeto es el fantasma.

A partir de esto, el clínico, el que atesta que el discurso de sus pacientes retorna todos los días el nuestro, podrá autorizarse para dar su puesto a algunos hechos con los que, de otra manera, nada se hace: el hecho, en primer lugar, de que un fantasma es una frase, del modelo *se pega a un niño,* que Freud no dejó para los cerdos. O también: que el

fantasma, ése por ejemplo y con un rasgo que Freud subraya, se encuentra en estructuras neuróticas muy diversas.

El clínico podría entonces no errar la función del fantasma, como le ocurre cuando emplea nuestra lectura de Freud, sin confesarlo, pero atribuyéndose la comprensión de sus textos sólo para repudiar mejor sus requerimientos.

El fantasma, en lo que toca a la interpretación, tiene la función del axioma, es decir, que se distingue de las leyes, variables, de deducción, que en cada estructura especifican la reducción de los síntomas, por figurar en la estructura de modo constante. Cualquier conjunto, en el sentido matemático del término, procura la enseñanza necesaria como para que un analista, con dedicación, pueda encontrar su mentor.

Devuelto así a su teclado lógico, el fantasma le hará ver aún mejor el puesto que ocupa para el sujeto. Es el mismo que designa el teclado lógico, y es el puesto de lo real.

Esto equivale a decir que está lejos del *bargain* neurótico que tomó de sus formas de frustración, agresión, etc., el pensamiento psicoanalítico hasta el punto de perder los criterios freudianos.

Pues en la actuación del neurótico se observa que al fantasma no lo aborda sino de lejito, por estar enteramente ocupado en sustentar el deseo del Otro, manteniéndolo sobre ascuas, en muy diversas formas. Al psicoanalista le sería fácil no convertirse en su oficiante.

Esto lo ayudaría a distinguir al perverso, enfrentado de mucho más cerca al impasse del acto sexual. Tan sujeto como el neurótico, desde luego, pese a convertir las redes del fantasma en el aparato de conducción con el que hurta por cortocircuito un goce, no por ello menos separado de él por el lugar del Otro.

Con esta referencia al goce surge la única óntica admisible para nosotros. Pero no es poca cosa el que haya que abordársela, aún en la práctica, por la erosión que en ella se traza del lugar del Otro.

Allí sostuvimos por primera vez que ese lugar del Otro ha de, tomarse en el cuerpo y no en otra parte, que no es intersubjetividad, sino cicatrices sobre el cuerpo, tegumentos, pedúnculos que se enchufan en sus orificios para hacer las veces de toma corriente, artificios ancestrales y técnicos que lo roen.

Le cerramos el camino al quiproquo que, tomando como tema al masoquismo, ahoga con su baba el discurso analítico y lo destina a un premio a la náusea.

Basta con la mostración del masoquismo para revelar la forma más general de abreviar los vanos intentos por donde se pierde el acto sexual; y como el masoquismo se desdobla en una demostración irónica, la mostración resulta aún más fácil.

Elidir un detalle sobresaliente de estos rasgos, calificándolo de perverso, basta para descalificar su referencia dé metáfora.

Pensamos contribuir a la represión de este abuso con la indicación de que la palabra cobardía nos la procura, como la más propia para fijar lo que designa, el mismo discurso de nuestros pacientes. Así, estos dan fe de que perciben mejor que los doctores, la ambigüedad de la relación que vincula su deseo al Otro. No es de extrañar que el término tenga sus títulos de nobleza por haber sido consignado por Freud como digno de destacarse de lo que salió de los labios del Hombre de las ratas.

No podemos omitir el momento final de un año en el cual nos fue dado invocar el número como factor de nuestro público, para reconocer en este número lo que suplía ese vacío cuya obstrucción en otra parte se reconfortaba respondiéndonos y se cuidaba mucho de cedemos.

El realismo lógico (medievalmente entendido), tan inmiscuido en la ciencia que ésta omite señalarlo, tal como lo prueban nuestros afanes. Quinientos años de nominalismo podrían entonces interpretarse como resistencia y se disiparían, a no ser por unas condiciones políticas que aún siguen agrupando a gente que sólo sobrevive porque profesa que el signo no es más que representación.

V El acto psicoanalítico 1967-1968

Nunca visto ni oído a no ser por nosotros, es decir, nunca señalado, y aún menos cuestionado, el acto analítico lo vamos a suponer a partir del momento selectivo en que el psicoanalizante pasa a psicoanalista.

Es este el recurso a lo necesario de ese pasaje, en lo que tiene de más comúnmente admitido, que hace contingente cualquier otra condición.

Aislado así a partir de ese momento de instalación, el acto está al alcance de toda entrada en psicoanálisis.

Digamos primero: el acto (a secas) ha lugar de un decir, cuyo sujeto cambia. Es acto porque anda, pero no sólo por decir “eso anda”, y ni siquiera “andemos”, sino haciendo que “a eso llegue yo” se verifique en él.

Como es acto por reproducirse del hacer mismo que, ordena, el acto psicoanalítico parece idóneo para reverberar más luz sobre el acto.

Con esto, remite al en sí de una consistencia lógica la decisión de si puede tomarse el relevo de un acto que destituye así en su final al propio sujeto que lo instaura.

Por este paso se advierte que aquí de quien hay que decir si es saber, es del sujeto.

¿Al término de la tarea que se le asignó, sabe el psicoanalizante “mejor que nadie” la destitución subjetiva a la que esta tarea ha reducido a quien se la ordenó? O sea: ese en sí del objeto a que, en este término, se evacua en el mismo movimiento con que cae el psicoanalizante por haber verificado en ese objeto la causa del deseo.

Allí hay saber adquirido, pero ¿de quién?

¿A quién le paga el precio de la verdad, cuyo incurable es, en su límite, el sujeto tratado?

¿Se concibe a partir de este límite un sujeto que se ofrezca a reproducir aquello de que ha sidoliberado?

¿Y si eso mismo lo somete a hacerse producción de una tarea que no puede prometer sin suponer el propio señuelo que para él es ya insostenible?

Pues a partir de la estructura de ficción con que se enuncia la verdad, va a hacer de su propio ser pasto de producción de un... irreal.

No hay menos destitución subjetiva por prohibirse este pase que, como el mar, ha de recomenzarsesiempre.

Se sospechará, empero, que la distancia entre el acto y la dignidad de su propósito, que aquí se revela, ha de tomarse para instruimos sobre lo que es piedra de escándalo: la falla descubierta del sujeto supuesto al saber.

Todo un adoctrinamiento, con título psicoanalítico, puede seguir ignorando que descuida aquí el punto que hace vacilar cualquier estrategia por no estar aún al día del acto psicoanalítico.

Que haya inconsciente quiere decir que hay saber sin sujeto. La idea de instinto aplasta a este descubrimiento, pero el descubrimiento sobrevive porque ese saber, a la postre, se comprueba sólo por ser legible.

La línea de resistencia se establece en ese baluarte tan desmesuradamente avanzado como puede serlo una fobia. Esto quiere decir que es empresa desesperada el hacerse oír para que entiendan que no se ha oído nada del inconsciente, cuando no se ha ido más lejos.

Es decir, que lo que de división introduce el inconsciente en el sujeto, por no determinarlo un saber que es de resto, supone, con sólo enunciarlo asi, a Otro que, a su vez, ya lo sabe antes de haberse nadie percatado. Se sabe que hasta Descartes usa a este Otro para garantizar al menos la verdad de su punto de partida científico.

En esto contradicen al inconsciente todas las - logías filosóficas, onto-, teo-, cosmo-, y también psico-. Pero como el inconsciente no se entiende sino aplastado por una de las nociones más bastardas de la psicología tradicional, no se advierte que enunciarla hace imposible esta suposición del Otro. Pero basta conque no se la denuncie y es como si el advenimiento del inconsciente no hubiese ocurrido.

Así se ve cómo los peores pueden fabricarse su consigna con el “regreso a la psicología general”.

Para resolver esto tiene que enunciarse una estructura del Otro que no permita una visión a vuelo de pájaro. De ahí esta fórmula: que no hay Otro del Otro, o nuestra afirmación de que no hay metalenguaje.

Confirmemos esta última con el hecho de que lo que en matemáticas se llama metalenguaje no es otra cosa que el discurso del cual un lenguaje quiere excluirse; es decir, procura lo real. La lógica matemática no es, y sólo la mala fe podría imputárnoslo, ocasión para rejuvenecer un sujeto de nuestra cosecha. Ella atesta desde afuera a Otro cuya estructura, y justamente por ser lógica, no llega hasta recubrirse a sí misma: es (S (Ⱥ)) de nuestro grafo.

Que este Otro se explore no lo destina a saber nada de los efectos que entraña para lo viviente que vehiculiza como sujeto-a sus efectos. Pero si la transferencia parece encontrar suficiente motivación en la primariedad significante del rasgo unario, nada indica que el objeto a no tenga una consistencia cuyo sostén sea de lógica pura.

Cabe adelantar entonces que el psicoanalista en el psicoanálisis no es sujeto, y que situando su acto con la topología ideal del objeto a, se deduce que opera por no pensar.

Un “yo no pienso” que es el derecho, de hecho suspende al psicoanalista de la ansiedad de saber dónde darle su puesto para pensar, pese a todo, el psicoanálisis, sin estar condenado a fallarlo.

La humildad del límite en que el acto se presentó a su experiencia le tapa, mediante la reprobación con que se enuncia como fallido, las vías más seguras que ella encierra para alcanzar ese saber.

Por eso mismo partimos, para darle ánimos, del testimonio que puede dar la ciencia acerca de la ignorancia en que está de su sujeto, con el ejemplo del punto de partida pavloviano, tomado como ilustración del aforismo de Lacan: que un significante es lo que representa un sujeto para otro significante. Donde vemos que por valerse de las candilejas cuando aún estaban apagadas, el experimentador, a poca costa, se hace la ilusión de haber metido el sombrero dentro del conejo. Esta ingeniosidad de lapsus es empero suficiente para dar cuenta de una adecuación bastante amplia de los enunciados pavlovianos, donde el extravío de quien sólo piensa en las riberas por donde encauzar la crisis psicoanalítica, encuentra una buena coartada universitaria.

Sigue pues pecando de ingenuo quien se hace eco de todo este apólogo para rectificar que el sujeto de la ciencia nunca está donde se piensa, puesto que en eso estriba nuestra ironía..

Falta encontrar apelación donde el asunto ha lugar. Y solo puede ser en la estructura que el psicoanalista arma en síntoma, cuando tocado repentinamente por una Gracia invertida, le da por elevar una plegaria idolátrica a “su escucha”, fetiche surgido en su seno de una voz hipocondríaca.

Hay un área de estigmas que impone la habitación del campo, por culpa del sentido detectado del acto psicoanalítico. Se ofrece de manera bastante penosa en la penumbra de los concilios donde la colección que se identifica con ellos toma un aspecto de Iglesia paródica.

No está descartado el que allí se articulen confesiones dignas de la recopilación. Tal como la fraguada con eso que se pronuncia: *the Self,* la primera acaso de esa superficie en salir de la lista de morfemas que vuelve tabú el que sean de Freud.

Y es que su peso se lo dio, por no decir que fue un hallazgo suyo, ese psicoanalista con quien encontrarse le imponía a uno el respeto por la marca que deja la pasión del psicoanálisis.

Animamos el escrito donde, a la luz del *self* que allí aparece tangible, y como resultado de un efecto de compresión, aguza el reconocimiento de que su pasión sólo encuentra su lugar y su virtud saliéndose de los límites que, como muy bien recuerda, son los de la técnica. Estos le servirían mejor, empero, inscribiéndose en la carta fundamental del acto, una vez remozada y devuelta a la hoja que no tiene vuelta sino con un gesto que cambia al sujeto, ese mismo con que el psicoanalista se califica en acto.

Ya lanzado a la palestra, este *self* va a ser, sin embargo, -pues como tema prolifera, y en el sentido del auspicio del que nació- la perdición del psicoanalista, a quien descalifica. El elemento de culto que tiene su profesión, como en otros casos, es señal de que no está a la par del acto.

Por eso el propio acto no puede funcionar como predicado. Y para imputarlo al sujeto que determina, es conveniente volver a formular a partir de nuevos términos toda la *inventio medii* a esta prueba puede someterse el objeto a.

¿Qué puede decirse de *todo* psicoanalista, que no ponga de manifiesto que por lo mismo no hay ninguno?

Si por otra parte nada puede hacer que exista un psicoanalista, a no ser la lógica con que el acto se articula en un antes y un después, es evidente que los predicados ejercen aquí el predominio, a menos que estén ligados por un efecto de producción.

Si el psicoanalizante hace al psicoanalista, todavía no se ha añadido nada sino la factura. Para que sea obligante, es preciso que se nos asegure que sí tiene de psicoanalista.

A ello responde el objeto a.

El psicoanalista se hace de objeto a. Se hace, entiéndase: se hace producir; de objeto a: con objeto a.

Estas palabras tocan tan de cerca el terreno donde parecen tener tropiezos los cuantificadores lógicos, que no pudimos evitar algunos lances con su instrumento. Reparamos en que el acto psicoanalítico consiente en zafarse de la captura en lo universal, para lo cual ellos tienen el mérito de no ser satisfactorios.

(Esto va a disculpar la oscilación de Aristóteles cuando no pudo recuperar la *??????*sino por intervalo, de manera aún más genial que al aislar el *????????????*).

Pues este acto descubre el núcleo que forma la cavidad con que se motiva la idea de todo, por ceñirla en la lógica de los cuantificadores.

De allí que permita, quizá, denominarla mejor una desaificación.

Ahí el psicoanalista encuentra compañía por hacer la misma operación ¿Será en el cuartel libre que se ofrece para este fin al discurso?

Tal es, en efecto, el horizonte que traza la técnica, pero su artificio se basa en la estructura lógica de la cual se fía con toda razón, pues nunca pierde sus derechos. La imposibilidad experimentada del discurso pulverulento es el caballo de Troya por donde entra, en la ciudad del discurso, el amo que es en ella el psicótico.

Pero, una vez más, cómo no ver que ya se ha tomado del cuerpo la muestra con la que se va a hacer psicoanalista, y que a esto hay que conformar el acto psicoanalítico.

Del acto sólo podíamos esbozar lo abrupto lógico, temperando la pasión que provoca en el campo que gobierna, aunque sólo lo haga sutrayéndose. Sin duda por no haber sabido procurar ese temperamento, Winnicott se creyó obligado a contribuir con su propio self, pero también a recibir de las manos más distantes del niño, ese objeto transicional que hemos de reconocerle aquí, pues a partir de él formulamos primero el objeto a.

Reduzcamos, entonces el acto psicoanalítico a aquello que deja a quien aligera, lo que para él echó a andar: le queda denunciado que el goce, privilegiado por gobernar la relación sexual, se ofrece con un acto prohibido, pero para encubrir que esa relación no se establece porque no es verificable, ya que exige el término medio que se distingue por faltarle: lo que llaman hacer de la castración sujeto.

El beneficio está claro para el neurótico, pues resuelve lo que representaba como pasión.

Pero lo importante es que a cualquiera se le ocurre entonces que el goce considerado perverso está de veras permitido, pues el psicoanalista se convierte en su llave, aunque, en verdad, para retirarla a los fines de su operación. Por lo cual basta con quitársela otra vez para devolverla a su uso verdadero, así se la utilice o no.

Este saldo cínico ha de recalcar bien lo secundario del beneficio pasional. El que la axiología de la práctica analítica termine por reducirse a lo sexual es cosa que contribuye a la subversión de la ética que se desprende del acto inaugural, aunque sólo por mostrarse lo sexual como negatividades de estructura.

Placer, barrera del goce (aunque no a la inversa). Realidad hecha de transferencia (aunque no a la inversa). Y principio de vanidad, supremo, de que el verbo no valga sino cara a la muerte (y subráyese esa mirada, no la muerte, que se escapa).

En la ética que se inaugura con el acto psicoanalítico, de menos etiqueta, con perdón, por haber partido del acto, que todas las que se han concebido antes, la lógica gobierna, y de seguro ya que encontrarnos en ella sus paradojas.

A menos que, seguro también, se le añadan tipos, normas, como meros remedios.

El acto analítico, para mantener su avanzada propia, no ha de mezclarse en tales asuntos.

Pues a partir de sus puntos de referencia se aclara que la sublimación no excluye la verdad de goce, con lo cual los heroísmos, al explicarse mejor, se ordenan según estén mejor o peor prevenidos.

Por eso el propio acto psicoanalítico está siempre a la merced del *acting out, y ya* antes describimos bien las caras con que hace sus muecas. Importa destacar que la manera freudiana es muy propia para prevenimos al respecto, pues lo sustenta primero no tanto en el mito sino más bien en el recurso a la escena. Tanto Edipo como Agamenon representan escenificaciones. Hoy vemos su alcance por cómo se le aferra el retardo que ha querido hacerse un nombre con una pifia, aventurándose en una exégesis del objeto *a.*

Pues el acto moral se ordena según el acto psicoanalítico para recibir lo que se juega En-Yo*[N.T.] En-Je* (En-Yo), homófono de *enjeu, (lo* que se juega) * lo que el objeto *a* coordina de una experiencia de saber.

De él cobra sustancia la insaciable exigencia que Freud fue el primero en articular con *Malestar en la Cultura.* Este insaciable, nosotros lo destacamos con otro acento, porque encuentra su medida en el acto psicoanalítico.

¿Por qué no asentar en el activo de este acto el que hayamos introducido su estatuto a tiempo?

Y el que no demoraramos ese a-tiempo profiriéndolo seis meses ha, en una proposición no sólo teórica sino efectiva a tal punto que resultó una efracción para nuestra Escuela, proposición que se adelantó a un desencadenamiento que por tocamos de muy cerca, podemos atrevernos a reconocerlo como testimonio de una cita.

¿Bastará señalar que en el acto analítico se presume que el objeto a no llega más que en forma de producción, para lo cual el *medio,* por ser requerido por toda explotación supuesta, se sustenta aquí en el saber cuyo aspecto de propiedad es propiamente lo que precipita una brecha social precisa? .

¿Vamos a preguntamos si es de veras ese hombre a quien, según dicen, un antieros reduce a una sola dimensión, el que se distingue en la insurrección de mayo?

En cambio, jugárselas a la masificación del En-yo, con una captura en el saber cuya desmesura no es tanto que aplaste, sino que más bien el apremio de su lógica hace del sujeto pura hendidura, es algo donde puede concebirse un cambio en el propio anclaje de la angustia, de la que es preciso decir que por haberla doctrinado como *no sin* objeto, captamos una vez más, justo a tiempo, lo que ya pasa más allá de la cresta de la ola.

Y esto basta y sobra para que el acto exigido en el campo del saber sufra una recaída en la pasión del significante: así haya alguien o nadie para hacer las veces de starter.

Ninguna diferencia, una vez emprendido el proceso, entre el sujeto que se entrega a la subversión hasta producir [56] lo incurable donde el acto encuentra su fin propio, y aquello que del síntoma cobra un efecto revolucionario sólo por dejar de marchar al son que le marca la batuta llamada marxista.

Lo que se quiso destacar aquí de la virtud de una toma de palabra, no es más que anticipación dudosa del acudimiento a la cita que sí ocurre, pero donde no adviene la palabra sino porque el acto ya estaba. Entiéndase: estaba allí por poco, así no hubiese llegado la palabra, estaba allí en el instante en que ésta por fin llegaba.

Por eso consideramos no haber faltado en el lugar que nos confiere en este sainete el drama de los psicoanalistas de hoy, y ello por reconocer que del asunto sabemos un poco más que aquellos que, ridículamente, no perdieron la ocasión de exhibirse en él como actores.

La encontramos siempre allí, esa delantera, y basta conque exista para que no sea poca cosa, si se recuerda la apreciación de alguien sobre el caso de donde proviene todo lo que sabemos de la neurosis obsesiva, caso del que afirmó que Freud había quedado como “rata acorralada”. En efecto, bastaba con saber leer esto en el Hombre de las ratas, para sustentarse ante la mirada del acto psicoanalítico.

¿Pero quién oirá, aun entre los que extraen de nuestra meditación sobre este acto, lo que con todo se indica a las claras en estas mismas líneas, qué vendrá mañana a relevar al psicoanalista, y también qué hizo las veces del psicoanalista en la historia?

Que se sepa que estamos muy orgullosos de ese poder de ilectura que hemos sabido mantener entero en nuestros textos, para poner coto, aquí por ejemplo, a la apertura que ofrece la historialización de una situación, apertura bendita para aquellos cuya única prisa es histrionizarla a sus anchas.

Dar a comprender demasiado es abrir paso con callejones sin salida, y nos convertimos en su cómplice si con la misma entrega que sitúa a cada cual en su extravío, procurarnos un suplemento de Allende a fin de que se apresure a encontrar su camino.

De no ser así ¿nos hubiésemos cuidado tanto de acercarnos a lo que se impone por haber situado el acto analítico: el establecer lo que determina a este acto según el goce y, a la vez, las maneras que requiere para preservarse de él? Esto podrá juzgarse por las migajas que quedaron para el año siguiente.

Tampoco allí encontramos augurio alguno que nos dispense porque el corte se haya efectuado.

El interés ha de quedar más acá, para que no falte a lo que prolifera por la simple ignorancia de un lema legado por nosotros al pasaje: al acto, de ese seminario: "que no hay transferencia de la transferencia". Esto es precisamente la piedra de tranca con que tropieza, aunque sin tener la menor idea de lo que articula, la proposición de un próximo Congreso (*cf.* “The non-transference relationship” in I.J.P., 1969, parte I, vol. 50).

Si no fuera irremediable por haberse entregado al comercio de lo verdadero acerca de lo verdadero (a las terceras de cambio), ese congreso de Roma hubiese podido recoger algo más de lo que de la función y del campo que determina el lenguaje, se profirió allí, una vez, en acto.

Comunicado el 10 de junio de 1969. [58]



Traducción de Diana S. Rabinovich

En el Instituto Francés de Nápoles,
El 14 de diciembre de 1967

¿Qué es el inconsciente? La cosa todavía no ha sido comprendida.

Habiendo sido el esfuerzo de los psicoanalistas, durante décadas, tranquilizar acerca de este descubrimiento, el más revolucionario que haya existido para el pensamiento, y considerar su experiencia como su privilegio -es cierto que lo adquirido seguía siendo de apreciación privada-, las cosas llegaron al punto en que sufrieron la recaída que les provocó este esfuerzo mismo, por estar motivado en el inconsciente: al haber querido tranquilizarse ellos mismos acerca de él, lograron olvidar el descubrimiento.

Les fue mucho más fácil en la medida en que el inconsciente nunca desorienta mejor que al ser cogido in fraganti, pero sobre todo omitieron darse cuenta de lo que Freud empero había denotado sobre él: que su estructura no dependía de ninguna representación, siendo más bien su costumbre tan sólo tenerla en cuenta para con ella enmascararse (Rücksicht auf Darstellbarkeit).
La política que supone toda provocación en un mercado sólo puede ser falsificación: se la proporcionaba entonces inocentemente, en ausencia del socorro de las "ciencias humanas". De este modo no se sabía que querer volver tranquilizante el Unheimlich era hacer una, siendo el inconsciente, por su naturaleza, muy poco tranquilizador.

Admitida la cosa, todo viene bien para servir de modelo que dé cuenta del inconsciente: el *pattern* del comportamiento, la tendencia instintiva, incluso la huella filogenética en la que se reconoce la reminiscencia de Platón -el alma aprendió antes de nacer-, la emergencia evolutiva que falsea el sentido de las fases llamadas pregenitales (oral, anal) y que despista al impulsar a lo sublime el orden genital... Hay que escuchar a la superchería analítica darse cuenta al respecto: de modo inesperado Francia se distinguió en este punto al llevarla hasta el ridículo. Se corrige porque se sabe todo lo que puede encubrirse así: dado el caso, el menos discreto, la coprofilia.

Agreguemos a la lista la teología, para escindir los fines de la vida de los fines de la muerte. Todo esto por no ser más que representación, intuición siempre ingenua y, por qué no decirlo, registro imaginario, indudablemente es aire que infla el inconsciente para todos, incluso canción que despierta las ganas de verlo en alguno. Pero es también estafar a cada quien de una verdad que espejea al ofrecerse tan sólo en falsas capturas.

¿Pero diablos, se me dirá, demostradas falsas en qué pues?. Simplemente en la incompatibilidad en que el engaño del inconsciente se denuncia, en la sobrecarga retórica con que Freud lo muestra argumentar. Estas representaciones se suman, como se dice del caldero, cuyo daño se descarta pues no me fue prestado:

1) pues, cuando lo tuve, ya estaba agujereado,
2) pues estaba perfectamente nuevo,
3) en el momento de devolverlo.

Y métete eso que me muestras donde quieras.

De todos modos no cosecharemos del discurso del inconsciente la teoría que de él da cuenta.

Que el apólogo de Freud cause risa, prueba que da en el clavo. Pero no disipa el oscurantismo que lo relega al rango de pasatiempo.

Fue así como hice bostezar durante tres meses a mi auditorio, al descolgar la araña con la que creí haberlo iluminado de una vez por todas, demostrándole en el *Witz* de Freud (chiste se lo traduce) la articulación misma del inconsciente. No fue elocuencia lo que me faltó, créaseme, ni, me atrevo a decirlo, el talento.

Palpé allí la fuerza cuyo resultado es el *Witz* sea desconocido para el batallón de los Institutos de psicoanálisis, que el "psicoanálisis aplicado" fuese asunto de Ernst Kris, el no médico del trío neoyorquino, y que el discurso sobre el inconsciente sea un discurso condenado: que sólo se sostiene, en efecto, desde el puesto sin esperanza de todo metalenguaje.

Falta decir aún que los astutos lo son menos que el inconsciente y esto es lo que sugiere el oponerlo al Dios de Einstein. Se sabe que ese Dios para nada era para Einstein una forma de expresarse, más bien hay que decir que lo palpaba a partir de lo que se imponía: ciertamente era complicado, pero no deshonesto.

Esto quiere decir que lo que Erinstein considera en la física (y éste es un hecho de sujeto) su partenaire, no es mal jugador, ni siquiera es jugador, nada hace para despistarlo, no se las da de listo.

¿Basta acaso fiarse del contraste del que se deduciría, señalémoslo, hasta que punto el inconsciente es más simple; y porque engañe a los astutos, hay que considerar que es más hábil que nosotros en lo que creemos conocer muy bien bajo el nombre de deshonestidad? Aquí es donde hay que ser prudente.

No basta con que sea taimado o al menos que lo parezca. Los novatos llegan rápidamente a esta conclusión, resultando luego recargada toda su deducción. ¡A Dios gracias! Para aquellos con quien tuve que vérmelas tenía yo a mi alcance la historia hegeliana, llamada de la astucia de la razón, para hacerles ver una diferencia que quizás nos permita comprender por qué están perdidos de antemano.

Observemos lo cómico -nunca se los señalé, pues con las disposiciones que acabamos de verles, ¿dónde habría terminado todo esto?-, lo cómico de esa razón que necesita de esos rodeos interminables ¿para llevarnos hasta qué? Hasta lo que se designa por el fin de la historia como saber absoluto.

Recordemos aquí la irrisión de un tal saber que pudo forjar el humor de un Queneau, por haberse formado en Hegel en los mismos pupitres que yo, o sea su "domingo de la vida" o el advenimiento del holgazán y del vago, ¿mostrando en una pereza absoluta el saber apropiado para satisfacer al animal?, o solamente la sabiduría que la risa sardónica de Kojève, que fue maestro de ambos, autentifica.

Atengámonos a este contraste: la astucia de la razón al fin pone sus cartas sobre la mesa.

Esto nos remite a algo que mencionamos un poco a la ligera. Si la ley de la naturaleza (Dios de la física) es complicada, ¿cómo puede ser que sólo la alcancemos al jugar la reglas del pensamiento simple, a la que entendemos así: la que no redobla su hipótesis de modo que ninguna de ellas sea superflua? ¿Lo que así asumió la imagen del filo de la navaja en la mente de Occam, no nos permitiría, gracias a lo mucho que sabemos, rendir homenaje al inconsciente por un filo que, en suma, se reveló bastante tajante?

Esto nos introduce mejor quizás a ese aspecto del inconsciente por el cual éste no se abre si primero no se cierra. ¿Se vuelve entonces más coriáceo a una segunda pulsación? La cosa es clara a partir de la advertencia donde Freud previó tan bien lo que comenzamos por destacar acerca del agravamiento de la represión que se produjo en la clínica media, fijándose en sus discípulos para agregarle al suyo, con una propensión mucho mejor intencionada, en la medida en que era menos intencional, a ceder a lo irresistible del conductismo para forjar ese camino.

El presente comentario permite percatarse de lo que se formula, al menos para quien lee a Freud en nuestra escuela: que la disciplina conductista se define por la negación *(Verneinung)* del principio de realidad.

¿No es esto dar lugar a la operación de la navaja, subrayando que mi polémica aquí, al

igual que en otros lados, no es digresiva, para demostrar que es en la juntura misma del psicoanálisis con el objeto que él suscita donde el psicoanalista abre su sentido por ser su desecho práctico?

Puesto que, donde parece que denuncio como traición la carencia del psicoanalista, ciño la aporía con la que articulo este año el acto psicoanalítico.

Acto que fundo en una estructura paradójica pues en él el objeto es activo y el sujeto subvertido, y donde inauguro el método de una teoría en tanto ésta no puede, con toda corrección, considerarse irresponsable de los hechos que se comprueban en una práctica.

Así, en el punto sensible de la práctica que hizo palidecer al inconsciente, ahora tengo que evaluar su registro.

Para ello es necesario lo que diseño de un proceso anudado por su propia estructura. Toda crítica que fuese nostalgia de un inconsciente en su primera flor, de una práctica en su audacia todavía salvaje, sería ella misma puro idealismo. Simplemente nuestro realismo no implica el progreso en el movimiento que se dibuja con la simple sucesión. No lo implica en modo alguno, pues lo considera como una de las fantasías más groseras de lo que merece ser clasificado como ideología de cada época, aquí como efecto de mercado en tanto que es supuesto por el valor de cambio. Es necesario que el movimiento del universo del discurso sea presentado al menos como el crecimiento a interés compuesto de una renta de inversión.

Sin embargo, cuando no hay idea de progreso, ¿cómo apreciar la regresión, la regresión del pensamiento naturalmente? Observemos incluso cómo esta referencia al pensamiento está puesta en tela de juicio mientras no esté definida, pero tampoco podemos definirla hasta tanto no hayamos respondido a la pregunta qué es el inconsciente. Pues el inconsciente, lo primero que se puede decir de él, lo que quiere decir su: lo que es, el *quod est*, en tanto es el sujeto de todo lo que puede serle atribuido, es lo que, en efecto, Freud dice en primer término sobre él: son pensamientos.

Asimismo, el término regresión del pensamiento tiene aquí, de todos modos, la ventaja de incluir la pulsación indicada por nuestros preliminares: o sea, ese movimiento de retiro depredador cuya succión vacía de algún modo las representaciones de su implicación de conocimiento, esto, a veces, según la propia confesión de los autores que se jactan de este vaciamiento (conductista o mitologizante en el mejor de los casos), otras por sólo sostener la burbuja al rellenarla con la "parafina" de un positivismo menos adecuado todavía aquí que en otros lados (migración de la libido, pretendido desarrollo afectivo).

La reducción del inconsciente a la inconciencia procede del movimiento mismo del inconsciente, donde el momento de la reducción se escabulle por no poder medirse al movimiento como su causa.

Ninguna pretensión de conocimiento sería apropiada aquí, ya que ni siquiera sabemos si el inconsciente tiene ser propio, y es por no poder decir "eso es" que se lo llamó con el nombre de "eso" (*Es* en alemán, o sea: eso, en el sentido en que se dice "eso anda" o "eso patina"). De hecho, el inconsciente "no es eso", o bien "es eso, pero sin valor(1)".

Nunca a las mil maravillas.

"Soy un tramposo de oficio", dice un niñito de cuatro años acurrucándose en los brazos de su progenitora ante su padre, quien acaba de responder "Eres lindo" a su pregunta "¿por qué me miras?" Y el padre no reconoce allí (aunque el niño haya fingido en el intervalo haber perdido el gusto de sí desde el día en que habló) el *impasse* que él mismo intenta sobre el Otro, jugando al muerto. Le toca al padre que me lo dijo, el escucharme o no.

Imposible volver a encontrar el inconsciente sin arremeter con *todo(2)* porque su función es borrar el sujeto. De allí los aforismos de Lacán: "El inconsciente está estructurado como un lenguaje" o también: "El inconsciente, es el discurso del Otro".

Esto recuerda que el inconsciente no es perder la memoria, es no acordarse de lo que se sabe. Pues hay que decir según el uso del no-purista: "yo me acuerdo de ello" (*je m'en rappelle(3)*) o sea: me llamo (*rappelle*) al ser (de la representación) a partir de ello. ¿A partir de qué? De un significante.

No me acuerdo más de ello. Eso quiere decir que no me encuentro allí adentro. Esto no me incita a ninguna representación donde se pruebe que habité allí.

Esa representación es lo que se llama recuerdo. Deslizar allí el recuerdo(4) se debe a la confusión que hubo hasta ahora entre dos fuentes:

1) La inserción del ser vivo en la realidad que es lo que de ella imagina y que puede calibrarse por el modo en que ante ella reacciona;

2) el lazo del sujeto con un discurso del que puede ser suprimido, es decir, no saber que ese discurso lo implica.

El formidable cuadro de la amnesia llamada de identidad debería ser edificante en este punto.

Hay que implicar aquí que el uso de nombre propio, por el hecho de ser social, no revela que éste sea su origen. De aquí en más puede perfectamente llamarse amnesia el orden de eclipse que se suspende a su pérdida: en él el enigma se distingue aún mejor, pues el sujeto no pierde para nada el beneficio de lo aprendido.

Todo lo tocante al inconsciente sólo juega sobre efectos de lenguaje. Es algo que se dice, sin que el sujeto se represente ni se diga allí: sin que se sepa qué dice.

Esta no es la dificultad. El orden de indeterminación que constituye la relación del sujeto con un saber que lo supera resulta, puede decirse, de nuestra práctica, que lo implica en la medida en que ella es interpretativa.

Pero que pueda haber en él un decir que se diga sin que *uno(5) (on)* sepa quién lo dice, es precisamente lo que se le escapa al pensamiento, es una resistencia ón-tica, una resistencia gesticulante(6).

(Juego con la palabra *on* en francés, de la que hago, no sin razón, un soporte del ser, un *óv*, un ente y no la figura de la omnitud: en suma el sujeto supuesto al saber).

Si *on*, uno, la omnitud, acabó acostumbrándose a la interpretación, lo hizo mucho más fácilmente en la medida en que desde hace añares la religión la habituó a ella.

Incluso es de este modo con cierta obscenidad universitaria, la que se denomina hermenéutica, hace su agosto con el psicoanálisis.

En nombre del *pattern* y del *filos* ya evocado, del patrón-amor que es la piedra filosofal del fiduciario intersubketivo y sin que nadie se haya detenido nunca en el misterio de esta heteróclita Trinidad, la interpretación brinda amplia satisfacción... apropósito, ¿a quién? Ante todo al psicoanalista que despliega en ella el moralismo bendecidor cuyas intimidades acabo de exponer.

Es decir, que se cubre por actuar siempre en función del bien: conformismo, herencia y fervor reconciliador constituyen la triple mama que éste ofrece al pequeño número de quienes, por haber oído su llamado, ya son elegidos.

Así, las piedras con las que tropieza su paciente no son más que los adoquines de sus propias buenas intenciones, modo, sin duda, para el psicoanalista de no renegar de la esfera de influencia del infierno a la que Freud se había resignado *(Si nequeo flectere Superos...).*

Pero no es quizá con esta pastoral, con estas palabras de pastoril poesía como Freud procedía. Basta con leerlo.

Que haya llamado mitología a la pulsión, no quiere decir que no haya que tomar en serio lo que en ella muestra.

Lo que en ella se demuestra, diremos más bien nosotros, es la estructura de ese deseo que Spinoza formuló como la esencia del hombre. Ese deseo que de la desideración que confiesa en las lenguas romances, sufre aquí la deflación que lo devuelve a su deser.

Si el psicoanalista dio en el punto justo, por su inherencia a la pulsión anal, pues el oro es mierda, es bastante bufo verlo calmar esa llaga en el flanco que es el amor, con la pomada de lo auténtico, cuyo oro es *fons et... origo.*

Por eso el psicoanalista ya no interpreta como en la *belleépoque*, se sabe. Porque él mismo mancilló su fuente viva.

Pero comoo es necesario que camine erguido, desteta, es decir corrige el deseo e imagina que desteta (frustración, agresión, ..., etc.).

Castigat mores, diremos: *¿riendo?* No, ¡desafortunadamente!, sin reír: castra las costumbres de su propio ridículo.

Remite la interpretación a la transferencia, lo que nos lleva a nuestro *uno (on)*.

Lo que el psicoanalista de hoy le ahorra al psicoanalizante es, precisamente, lo que antes dijimos: no es lo que le concierne, que está dispuesto a tragarse de inmediato, pues le dan las formas, las formas de la poción... Abrirá gentilmente su piquito de besito, lo abrirá no lo abrirá. No, lo que el psicoanalista encubre, porque con ello se cubre, es que algo pueda decirse sin que ningún sujeto lo sepa.

Mené, mené, thékel, oupharsin. Si eso aparece en la pared para que todo el mundo lo lea,, eso echa por tierra un imperio. La cosa es trasladada al lugar preciso.

Pero, sin siquiera tomar nuevo aliento, se atribuye la farsa al Todo-Poderoso, en forma tal que el agujero se vuelve a cerrar con el golpe mismo con que se lo produce; y ni siquiera se cuida de que por este artificio el estruendo mismo sirva de bastión al deseo mayor, el deseo de dormir. Aquel del que Freud hace la instancia última del sueño.

Sin embargo, ¿no podríamos percatarnos de que la única diferencia, esa diferencia que reduce a la nada aquello de lo que difiere, la diferencia de ser, ésa sin la cual el inconsciente de Freud es fútil, que se opone a todo lo que antes suyo se produjo bajo el *label* de inconsciente, pues señala claramente que un saber se libra desde un lugar que difiere de toda aprehensión *(prise(7))* del sujeto, pues sólo se entrega en aquello que es la equivocación *(méprise)* del sujeto?

El *Vergreifen* [cf. Freud: la equivocación *(méprise)* es su término para los actos sintomáticos], superando la *Bergriff* (la aprehensión o la *prise*), promueve una nada que se afirma y se impone debido a que su negación misma la indica en la confirmación que no faltará de su efecto en la secuencia.

Súbitamente surge una pregunta por aparecer la respuesta que la preveía al ser su(b)-puesta. El saber que sólo se libra a la equivocación del sujeto: ¿cuál puede ser el sujeto que lo supiese antes?

Por más que podamos muy bien suponer que el descubrimiento del número transfinito se abrió debido a que Cantor tropezó al manosear decimales diagonalmente, no por ello llegamos a reducir la pregunta acerca del furor que su construcción desencadena en un Kroenecker. No obstante, esta pregunta no debe enmascararnos otra que concierne al saber así surgido: ¿dónde puede decirse que esperaba el número transfinito, como "nada más que saber", al que resultaría su descubridor? ¿Si no es en ningún sujeto, es en algún *uno (on)* del ser?

El sujeto supuesto al saber, Dios mismo para llamarlo con el nombre que le da Pascal, cuando se precisa su contrario: no el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacobo, sino el Dios de los filósofos, despojado aquí de su latencia en toda teoría. *Teoría*, ¿sería el lugar en el mundo de la teo-logía?

De la cristiana seguramente desde que ella existe, gracias a lo cual el ateo se nos presenta como quien más se aferra a ella. Lo sospechábamos: y que ese Dios estaba un poco enfermo. No lo volverá más animoso una cura de ecumenismo ni, me temo, el Otro con una A mayúscula en francés, el de Lacan.

Convendría separarla de la *Dio-logía*, cuyos Padres se despliegan desde Moisés a James Joyce, pasando por Meister Eckhart, pero cuyo lugar, nos parece, es nuevamente Freud quien mejor lo marca. Como lo dije: sin ese lugar marcado, la teoría psicoanalítica s e reduciría a lo que es, para mejor o para peor, un delirio de tipo schreberiano; Freud no se engañó al respecto y no vacila en reconocerlo (cf. precisamente su "caso Schreber").

Ese lugar de Dios-el-Padre es el que designé como Nombre-del-Padre y el que me proponía ilustrar en lo que debía ser el decimotercer año de mi seminario (mi undécimo en Sainte-Anne) cuando un pasaje al acto de mis colegas psicoanalistas me forzó a ponerle punto final después de mi primera lección. Nunca retomaré ese tema, pues veo en él que ese sello no podría aún ser abierto por el psicoanálisis.

En efecto, la posición del psicoanalista está suspendida a una relación muy hiante. Pero no sólo a ella, pues se le requiere que construya la teoría de la equivocación esencial del sujeto en la teoría: lo que llamamos el sujeto supuesto al saber.

Una teoría que incluye una falta que debe volverse a encontrar en todos los niveles; inscribirse aquí como indeterminación, allí como certeza yformar el nudo de lo ininterpretable; en ella me esfuerzo, sin dejar de experimentar su atopia sin precedentes. La pregunta aquí es: ¿qué soy yo para osar una tal elaboración? La respuesta es sencilla: un psicoanalista. La respuesta es suficiente, si se limita su alcance a lo que tengo de un psicoanalista: la práctica.

Ahora bien, es precisamente en la práctica donde el psicoanalista debe estar a la altura de la estructura que la determina, no en su forma mental, ¡por desgracia! Allí justamente se encuentra el *impasse*, pero en su posición de sujeto en tanto que inscrita en lo real: una tal inscripción es lo que define propiamente el acto.

En la estructura de la equivocación del sujeto supuesto al saber, el psicoanalista (pero ¿quiés es y dóde está y cuándo está, agote usted la lira de las categorías, es decir, la indeterminación de su sujeto, el psicoanalista?), no obstante, debe encontrar la cereza de su acto y la hiancia que hace su ley.

¿Llegaré acaso a recordarles, a quienes algo saben de esto, la irreductibilidad de lo que queda de ello al final del psicoanálisis y que Freud indicó (en *Análisis terminable e interminable*) bajo los términos de castración, incluso de envidia del pene?

¿Acaso puede evitarse que dirigiéndome a una audiencia a la que nada prepara para esta intrusión del acto psicoanalítico, pues ese acto sólo se le presenta bajo disfraces que lo degradan y desvían, el sujeto que mi discurso delimita, no siga siendo lo que es para nuestra realidad de ficción psicologizante: en el peor de los casos el sujeto de la representación, el sujeto del obispo de Berkeley, punto muerto del idealismo; en el mejor, el sujeto de la comunicación, de lo intersubjetivo del mensaje y de la información, inútil incluso como contribución a nuestro problema?

Aunque hayan llegado al punto de decirme, para que acuda a este encuentro, que era popular en Nápoles, no puedo ver en el éxito de mis *Escritos* más que el signo de que mi trabajo emerge en este momento del presentimiento univeersal, que resulta de otras emergencias más opacas.

Esta interpretación es sin duda justa, si se comprueba que este eco produce más allá del campo francés, donde esta acogida se explica mejor por la exclusión en la que la mantuve durante veinte años.

Desde la publicación de mi libro, ningún crítico cumplió con su oficio, que es el dar cuenta, salvo uno llamado Jean-Marie Auzias, en uno de esos libritos de morondanga cuyo bajo costo no disculpa las negligencias tipográficas, que se llama: *Claves del estructuralismo*, en el que se me consagra el capítulo IX y usa mi referencia en los restantes. Jean-Marie Auzias, repito, es un crítico estimable, *avis rara*.

A pesar de su caso, sólo espero de aquellos a quienes aquí hablo que confirmen el malentendido.

Retengan al menos lo que testimonia este texto que ofrezco a vuestro ingenio: que mi empresa *(enterprise)* no supera el acto del que está presa *(prise)* y que, por ende, su única posibilidad es la de la equivocación *(meprise(8)).*

Y aún habría que decir del acto analítico que por ser, desde su revelación original, el acto que nunca triunfa tan bien como cuando es fallido, esta definición no implica (al igual en otras partes que en nuestro campo) la reciprocidad, noción tan cara a la divagación psicológica.

Esto quiere decir que no basta con que fracase para triunfar, el mero malogro no abre la dimensión de la equivocación aquí en cuestión.

Cierto retraso del pensamiento en el psicoanálisis -dejando a los juegos de lo imaginario todo lo que puede proferirse de una experiencia continuada en el lugar en que Freud la hizo- constituye un malogro sin un plus de significación.

Por eso toda una parte de mmi enseñanza no es acto analítico, sino tesis, y la polémica a ella inherente, acerca de las condiciones que redoblan la equivocación propia del acto, con un fracaso de sus incidencias.

Al no haber podido cambiar esas condiciones, dejo mi esfuerzo en el suspenso de este fracaso.

La falsa equivocación, estos dos términos anudados como en una comedia de Marivaux, encuentran aquí un sentido renovado que no implica ninguna verdad de hallazgo. Es en Roma, como recuerdo de un hito de mi empresa, donde daré mañana, como se pueda, la medida de este fracaso con sus razones.

La suerte dirá si está preñado del futuro, que está en manos de aquellos que he formado.



Primera Parte

Pregunta 1

En los Escritos *usted afirma que sin darse cuenta Freud anticipaba las investigaciones de Saussure y las del Círculo de Praga. ¿Puede explicar este punto?*

Respuesta:

Su pregunta me sorprende(9) pues comporta una pertinencia que contrasta con las pretensiones de «entrevista» que debo eliminar. Es incluso una pertinencia reduplicada, de dos grados más bien. Usted me da prueba de haber leído mis *Escritos, lo* que aparentemente no se estima necesario para lograr escucharme. Usted recoge una observación que implica la existencia de un modo de información diferente de la mediación de masas: que Freud anticipe a Saussure, no implica que algún rumor haya hecho tomar

conciencia de ello al uno más que al otro.

De tal modo que al citarme (usted), he respondido ya a su cita antes de darme cuenta: es lo que llamo sorprenderme.

Partamos del término de llegada. Saussure y el Círculo de Praga producen una lingüística que no tiene nada en común con lo que antes se designaba con este nombre; encontró ella su clave entre las manos de los estoicos, ¿pero qué hacían éstos de ella?

La lingüística, con Saussure y el Círculo de Praga, se instituye por un corte que es la barra puesta entre el significante y el significado, para que prevalezca ahí la diferencia por la cual el significante se ordena en una autonomía que no tiene nada que envidiar a los efectos de cristal: para el sistema del fonema por ejemplo, que es el primer éxito de descubrimiento.

Se piensa extender este éxito a toda la red de lo simbólico no admitiendo sentido sino al que la red responde, y sí de la incidencia de un efecto -de un contenido, no.

Es la intentona que se sostiene por el corte inaugural.

El significado será o no será científicamente pensable, según que posea o no un campo de significante que, por su material mismo, se distinga de cualquier campo físico obtenido por la ciencia.

Esto implica una exclusión metafísica, a considerar como hecho de des-ser *[desétre].* Ninguna significación será en adelante considerada como sobreentendida: que sea claro cuando es de día por ejemplo, ahí donde los estoicos nos han precedido, pero yo ya interrogué: ¿con qué fin?

Si tuviera que violentar ciertas connotaciones de la palabra, diría semiótica a toda disciplina que parte del signo tomado como objeto, pero para destacar que ahí precisamente se hace obstáculo a la aprehensión del significante como tal.

El signo supone el alguien a quien hace signo de alguna cosa. Es el alguien cuya sombra ocultaba la entrada en la lingüística.

Llame usted a ese alguien como quiera, ello será siempre una tontería. El signo basta para que ese alguien se apropie del lenguaje, como de una simple herramienta; he ahí al lenguaje soporte de la abstracción, como de la discusión media, con todos los progresos del pensamiento, ¿qué digo?, de la crítica, en clave.

Tendría que «anticipar» (retomando el sentido de la palabra de mi [moi] a mi [moi]) sobre lo que espero introducir bajo la grafía de la acosa [*achose],* a, c, o, etc., para hacer sentir en cuál efecto la lingüística toma posición.

No será un progreso: una regresión más bien. Es lo que necesitamos contra la unidad de oscurantismo que ya se suelda con el fin de prevenir la acosa.

Nadie parece advertir en torno a qué se hace la unidad, y que en los tiempos de alguien en que se recogía la «firma de cosas», al menos no se podía contar con una tontería lo bastante culta, para que se le cuelgue el lenguaje a la función de la comunicación.

El recurso a la comunicación protege, si me puedo expresar así, la retaguardia de lo que caduca la lingüística, cubriendo el ridículo que ahí reaparece a *posteriori* de su hecho. Supongámosla mostrar en la ocultación del lenguaje la figura del mito que es la telepatía. Freud mismo se presta a este hijo perdido del pensamiento: que ella se comunica sin palabras. El no desenmascara al rey secreto de la corte de los milagros cuya limpieza inaugura. Tal la lingüística permanece adherida al pensamiento de que él (el pensamiento) se comunica con la palabra. Es el mismo milagro invocado para que se telepatice con la misma madera con que se pacta [pactise]: por qué no el «diálogo» con que os ceban los falsarios, incluso los contratos sociales que ellos esperan. El afecto está ahí atento para sellar esas efusiones.

Todo hombre (¿quién no sabe lo que eso es?) es mortal (reunámonos en esta igualdad entre todas comunicable). Y ahora hablemos de «todo», es el caso de decirlo, hablemos en conjunto, escamoteando rápidamente lo que hay en la cabeza de los silogistas (no de Aristóteles, digámoslo) que de un solo corazón (a partir de él) quieren que, la menor convierta a Sócrates en cómplice. Puesto que resultaría en fin de cuenta que la muerte se administra como el resto, por y para los hombres, pero sin que estén del mismo lado en lo que concierne a la telepatía que transporta una telegrafía, por lo cual el sujeto no deja desde entonces de embrollarse.

De que ese sujeto sea de origen marcado de división, la lingüística cobra fuerza más allá del juego de la comunicación.

Sí, obliga a tener al poeta en un puño. Ya que el poeta se produce al ser... (que se me permita traducir a aquel que lo demuestra, mi amigo Jakobson en el cuño)... se produce al ser devorado por los versos que entre ellos hallan su orden sin preocuparse, resulta evidente, de lo que el poeta sabe o no. De ahí la consistencia en Platón del ostracismo con que castiga al poeta en su *República,* y de la viva curiosidad que muestra en el Cratilo por esas bestezuelas que le parecen ser las palabras que se obstinan sólo en darse tono.

Se ve hasta qué punto fue el formalismo imprescindible para sostener los primeros pasos de la lingüística.

Pero de todas maneras, fue ella «anticipada» por los tropiezos de los pasos del lenguaje, dicho de otro modo, por la palabra.

Que el sujeto no sea quien sabe lo que dice, cuando claramente alguna cosa es dicha por la palabra que le falta, pero también por lo impar(10) de una conducta que cree suya no torna fácil ubicarlo en el cerebro, del que parece servirse sobre todo puesto que duerme (aspecto que la neurofisiología actual no desmiente), he ahí evidentemente el orden de hechos que Freud llama el inconsciente.

Quienquiera que lo articule en nombre de Lacan, dice que es ello o ninguna otra cosa.

Nadie, después de él ahora, puede dejar de leerlo en Freud, y quien psicoanalice según Freud, debe a eso ajustarse, a menos que la pague escogiendo la tontería.

Para enunciar desde entonces que Freud se anticipa a la lingüística, digo yo menos de lo que se impone, y que es la fórmula que suelto ahora: el inconsciente es la condición de la lingüística.

Sin la erupción del inconsciente no hay manera de que la lingüística salga del día dudoso con que la Universidad, en nombre de las ciencias humanas, eclipsa aún a la Ciencia. Coronada en Kazan por la devoción de Baudoin de Courtenay, allí sin duda habría permanecido.

Pero la Universidad no ha dicho su última palabra, lo convertirá en tema de tesis: influencia del -,genio de Freud sobre el genio de Ferdinand de Saussure; demostrar de dónde vino al uno el viento del otro antes de que existiera la radio.

Hagamos como si no hubiera prescindido de ella desde siempre, para ensordecer otro tanto.

Y por qué se habría dado cuenta Saussure, para tomar los términos de la cita de usted, mejor que Freud mismo de lo que Freud anticipa, en particular la metáfora y la metonimia lacanianas, lugares donde Saussure genuit a Jakobson.

Si Saussure no exhibe los anagramas que descifra en la poesía saturniana, es porque éstos disminuyen a la literatura universitaria. Lo canallesco no lo estupidiza; porque no es analista.

Para el analista, por el contrario, si no participa en los procedimientos en los cuales se viste el engreimiento universitario, no le erra a su hombre (hay ahí algo como una esperanza) y lo arroja directamente a un embuste como es decir que el inconsciente es la condición del lenguaje: ahí se trata de hacerse autor a costa de lo que yo he dicho, incluso machacado, a los interesados: a saber, que el lenguaje es la condición del inconsciente.

Lo que me hace reír del personaje es un estereotipo: al punto que otros dos, ellos para uso interno de una Sociedad a la que ha matado su bastardía universitaria, han osado definir el pasaje al acto y el acting out exactamente en términos a los que al recurrir expresamente había yo opuesto el uno al otro, pero para simplemente invertir lo que yo atribuía a cada uno. Manera, pensaban ellos, de apropiares de lo que nadie había sabido articular antes.

Si yo ahora desfalleciera no dejaría como obra más que esos desperdicios escogidos de mi enseñanza, con que he obstaculizado a la información, de la cual es decirlo todo que ella la difunde.

Lo que enunciado en un discurso confidencial, no ha menos desplazado a la audición común, al punto de aportarme un auditorio que me da prueba de ser estable en su enormidad.

Recuerdo la incomodidad con la cual me interrogaba un muchacho que se mezclaba, al exigirse marxista, con un público de gentes del Partido (el único) que había afluido (Dios sabe por qué) a la comunicación de mi «dialéctica del deseo y la subversión del sujeto en el psicoanálisis».

Señalé gentilmente (gentil como soy siempre) en seguida en mis Escritos, el estupor con que me respondió ese público.

Para él, «¿es que usted cree realmente, me decía, que basta que usted haya producido alguna cosa, escrito letras en una pizarra, para esperar un efecto?».

Sin embargo este ejercicio ha tenido alcance, tuve la prueba, así no fuera más que por la repulsa que otorgó un derecho a mi libro, -de haber tenido los fondos de la Fundación Ford que motivan tales reuniones que pasar la esponja, se habrían entonces encontrado increíblemente secos como para publicare.

Ocurre que el efecto que se propaga no es de comunicación de la palabra, sino de desplazamiento del discurso.

Freud, incomprendido, aun de sí mismo, de haber querido hacerse entender, es menos favorecido por sus discípulos que por esta propagación; aquella sin la cual las convulsiones de la historia siguen siendo enigma, como los meses' de mayo con que se desconciertan aquellos que se esfuerzan en tornarlos siervos de un sentido, cuya dialéctica se presenta como escarnio.

Pregunta 2

La *lingüística, el psicoanálisis y la etnología, tienen en común la noción de estructura. Partiendo de esta noción, ¿se puede imaginar el enunciado de un campo común que unirá un día al psicoanálisis, la etnología y la lingüística?*

Respuesta

(¿para Pascua del 70, como huevo?):

Seguir a la estructura, es asegurarse del efecto del lenguaje.

No se lo logra sino eliminando la petición de principio de que la reproduce de relaciones tomadas de lo real. De lo real que habría que comprender según mi categoría.

Puesto que esas relaciones forman parte también de la realidad en cuanto que la habitan en fórmulas que ahí se encuentran bien presentes. La estructura se atrapa de ahí.

De ahí es decir, del punto donde lo simbólico toma cuerpo. Insistiré sobre ese: cuerpo.

Sería sorprendente que no se viera que si se hace del lenguaje una función de lo colectivo, se vuelve siempre a suponer a alguien gracias a quien la realidad se reduplica con lo que él se la representa, para que nosotros sólo tengamos que reproducir este forro: en suma, la tramoya del idealismo.

Me referiré a alguien que no es de la cosecha: alguien a quien apelar.

El conocimiento no se motiva en el filón indicado, sino por la adaptación de un supuesto en la existencia, que, así se produjera como yo [moi], organismo, especie incluso, nada podría decir de valor.

Si el conocimiento sólo nace al tiramollar el lenguaje, no es para que sobreviva que hay que andárselo, sino para demostrarlo abortado.

Otra estructura es el saber que, tanto posible cuanto imposible, lo real cierne. Es mi fórmula como se sabe.

De tal modo lo real se diferencia de la realidad. Y no es para decir que sea incognoscible, sino que no se trata de entender de algo, sino de demostrarlo. Vía excenta de toda idealización.

Sin embargo no hay por qué acorralar a los estructuralistas, si no es por la ilusión de que ellos toman el relevo de lo que el existencialismo ha logrado con tanto éxito: obtener de una generación que se acueste en el mismo lecho en que nació.

Nadie que no tenga su oportunidad de insurrección de localizarse en la estructura, puesto que propiamente ella traza la huella de la falta de un cálculo por venir.

Que sirva esto de prefacio de la acogida que haré al pool que usted imagina.

Vuelvo en primer lugar al cuerpo de lo simbólico que de ningún modo hay que entender como metáfora. La prueba es que nada sino él aísla el cuerpo tomado en sentido ingenuo, es decir aquel cuyo ser que en él se sostiene no sabe que es el lenguaje que se lo discierne, hasta el punto de que no se constituiría si no pudiera hablar.

El primer cuerpo hace que el segundo ahí se incorpore.

De ahí lo incorporal permanece marcar el primero, del tiempo posterior a su incorporación. Hagamos justicia a los estoicos por haber conocido ese término, rubricar en qué lo simbólico aspira al cuerpo: lo incorporal.

Incorporal es la función, que hace realidad de la matemática, la aplicación de mismo efecto para la topología, o el análisis en un sentido amplio para la lógica.

Pero es incorporada que la estructura produce el afecto, ni más ni menos, afecto solamente a considerar de lo que del ser se articula, no teniendo más que ser de hecho, o sea de ser dicho desde alguna parte.

Por lo que se comprueba que para el cuerpo, es secundario que esté muerto o vivo.

Quién no sabe el punto crítico del cual datamos en el hombre el ser hablante: la sepultura, es decir donde se afirma de una especie que al contrario de cualquier otra, el cuerpo muerto guarda lo que al viviente otorgaba el carácter: cuerpo *[corps].* Cadáver *[corpse]* queda, no se torna carroña, el cuerpo que habitaba la palabra, que el lenguaje *cadaveriza [corpsitiat].*

La zoología puede partir de la pretensión del individuo de constituir el ser de lo viviente, pero solamente para que él se disminuya, con que ella solamente lo prosiga a nivel del polípero.

El cuerpo, si se le toma en serio, constituye en primer lugar todo lo que puede llevar la marca apropiada para ordenarlo en una serie de significantes. Desde esta marca, él es soporte de la relación, no eventual sino necesaria, puesto que sustraerse a ella es todavía soportarla.

Antes de toda fecha, Menos-Uno designa el lugar dicho del Otro *[Autre]* (con la sigla de A mayúscula) por Lacan. Del Uno-en-menos, el lecho está hecho para la intrusión que avanza desde la extrusión; es el significante mismo.

Así no todo es carne. Las únicas que improntan le signo que las negativiza, ascienden, de lo que cuerpo se separan, las nubes, aguas superiores, de su goce, cargadas de rayos a redistribuir cuerpo y carne.

Repartición tal vez menos contable *[comptable],* pero de la cual no parece advertirse que la sepultura antigua figura ahí este «conjunto» mismo, en que se articula nuestra lógica más moderna. El conjunto vacío de las osamentas es el elemento irreductible donde se ordenan otros elementos, los instrumentos del goce, collares, cubiletes, armas: no hay más sub-elementos para enumerar el goce que para hacerlo entrar en el cuerpo.

¿He animado la estructura? Lo bastante pienso para anunciar de los dominios que ella uniría al psicoanálisis, que nada ahí destina especialmente las dos que usted dice.

La lingüística proporciona el material del análisis, incluso el aparato con el cual se opera. Pero un dominio no se domina más que con su operación. El inconsciente puede ser como lo decía yo la condición de la lingüística. Esta sin embargo no tiene el menor influjo sobre él.

Puesto que ella deja en blanco lo que ahí hace efecto: el objeto a del que para mostrar que es la trama *[l'enjeu]* del acto psicoanalítico, pensé aclarar todo. otro acto.

Pude comprobar esta carencia del lingüista, por una contribución que solicité al que fuera entre los franceses el más grande para ilustrar la partida de una revista a mi manera, tan poca que quedó señalada en su título: el psicoanálisis, nada menos. Se sabe la atención

que le prestaron aquellos que me vinieron a despedir con gracia de perros apaleados, prestándole de todos modos suficiente atención para barrenar la cosa a su debido tiempo.

Es bien con otra -gracia es aun poco decir-que se me acordó la atención que merecía el interés jamás antes que yo destacado por las palabras antitéticas, tal cual apreciadas por un Abel.

Pero si el lingüista no puede hacer mejorar lo que asoma en el veredicto de que la comodidad del significado exige que los significantes no sean antitéticos, esto supone que tener que hablar árabe, donde tales significantes abundan, se anuncia como impedir la crecida de un hormiguero.

Para tomar un ejemplo menos anecdótico, notemos que lo particular de la lengua es aquello por lo cual la estructura cae bajo el efecto de cristal, que dije más arriba.

Calificar a ese particular, de arbitrario, es lapsus que Saussure cometió, de eso que, de mala gana ciertamente, pero por ahí tanto más propicio al tropiezo, él se «amparaba» ahí (puesto que me dicen que es una palabra mía) del discurso universitario, cuyo encubrimiento mostré es justamente ese significante que domina el discurso del amo, el de lo arbitrario.

Es así como un discurso modela la realidad sin suponer ningún consensus del sujeto, dividiéndolo, sea lo que fuere, de que él lo enuncia a que él se plantea como el enunciante.

Sólo el discurso que se define por el giro que le da el analista, manifiesta al sujeto como otro, es decir le remite la llave de su división -mientras que la ciencia, al tornar amo al sujeto, lo sustrae, a la medida de eso que el deseo que le da cabida, como a Sócrates se pone a obstaculizármelo sin remedio.

No hay la menor barrera del lado de la etnología. Un encuestador que dejaría a su informadora contarle florecillas de sus sueños, se hará llamar al orden, si los pone a cuenta del terreno. Y el censor, actuando así, no me parecerá, fuese el mismo Lévi-Strauss, demostrar desprecio por mis almácigos.

¿Adónde iría «el terreno» si se empapara de inconsciente? eso no haría, por más que se sueñe, ningún efecto de gravamen, sino charco de nuestro caldo.

Ya que una encuesta que se limite a la compilación de un saber, es con un saber de nuestro tonel que la alimentaríamos.

No se espere, ni de un psicoanálisis, recensar los mitos que han condicionado a un sujeto por haber crecido en Togo o en el Paraguay. Ya que del psicoanálisis, al operar con el discurso que lo condiciona, y que defino este año al tomarlo por su reverso, no se obtendrá otro mito más que aquel que permanece en su discurso: el Edipo freudiano.

Escuchemos a Lévi-Strauss enunciar, del material del cual se hace el análisis del mito, que es intraducible. Esto para entenderse bien: puesto que él dice que poco importa en qué lengua son recogidos: siempre igualmente analizables, de teorizarse grandes unidades a las que articula una «mitologización» definitiva.

Se aprehende ahí el espejismo de un nivel común a la universalidad del discurso psicoanalítico, pero, y por hecho de quien lo demuestra, sin que la ilusión se produzca. Puesto que no es con el juego de los mitemas apologéticos que propagan los Institutos del que un psicoanalista hará jamás interpretación.

Que el tratamiento no pueda transcurrir más que en una lengua particular (lo que se llama: positiva), aun fingiendo traducirla, garantiza de «que no hay metalenguaje», según mi fórmula. El efecto de len-guaje no surge sino del cristal lingüístico. Su universalidad no es sino la topología reencontrada, de lo que un discurso en él se desplaza. El acceso topológico estando ahí suficientemente preñado para que la mitología se reduzca al extremo.

Agregaría que el mito, en la articulación de Lévi-Strauss, es decir: la única fórmula etnológica que motiva su pregunta, rechaza todo lo que he promovido de la instancia de la letra en el inconsciente. No opera ni por metáfora, ni por metonimia. No condensa, explica. No desplaza, habita, incluso si cambia el orden de las tiendas.

El no actúa sino para combinar sus unidades pesadas, donde el complemento, al asegurar la presencia de la pareja, hace sólo surgir un plano de fondo.

Este plano de fondo es justamente lo que repele su estructura.

En el psicoanálisis así (porque también en el inconsciente) el hombre no sabe nada de la mujer, ni la mujer del hombre. En el falo se resume el punto del mito donde lo sexual se hace.pasión del significante.

Que ese punto parezca en otra parte multiplicarse, he ahí lo que fascina especialmente al universitario quien, por estructura, detesta al psicoanálisis. De ahí procede el reclutamiento de los vicios de la etnología.

Donde se señala un efecto de humor. Negro seguramente, para pintarse de favores de sector.

¡Ah! A falta de una Universidad que sería etnia, haremos de una etnia Universidad.

De donde la intentona *[gageure]* de esta pesca con que se define el terreno como el lugar donde manifestar escrito a un saber cuya esencia es de no transmitirse por escrito.

Desesperando de no ver jamás la última clase, recreemos la primera, el eco de saber que hay clasificación. El profesor no vuelve sino al alba... esa en la que se cree ya el murciélago de Hegel.

Conservaré aún distancia, para decir la mía a la estructura: pasando el último como psicoanalista para dar la vuelta a vuestra interpelación.

En primer lugar que, bajo pretexto de que definí el significante como nadie ha osado; ¡no se imagina que el signo sea mi asunto! Bien por el contrario es el primero, será también el último. Pero este rodeo es necesario.

Lo que denuncié de una semiótica implícita de la que sólo el extravío habría consentido la lingüística, no impide que haya que rehacerla y con ese mismo nombre, puesto que de hecho es de aquélla por hacer, que a la antigua nosotros lo referimos.

Si el significante representa a un sujeto, según Lacan (no un significado), y para otro significante (lo que quiere decir: no para otro sujeto), ¿entonces cómo puede, ese significante, sucumbir al signo que de memoria de lógico, representa alguna cosa para alguien?

Pienso en el budista, al querer animar mi pregunta crucial con su: No hay [pas] humo sin fuego.

Psicoanalista, es del signo que estoy advertido. Si me señala alguna cosa de la que me debo ocupar, por haber encontrado la lógica del significante para romper el señuelo del signo, yo sé que esa alguna cosa es la división del sujeto: la cual división aspira a que el otro sea lo que constituye el significante, por lo que no podría representar a un sujeto sino a no ser uno más que del otro.

Esta división repercute las peripecias del asalto que, tal cual, la ha enfrentado al saber de lo sexual, -traumáticamente de que este asalto esté de antemano condenado al fracaso por la razón que he dicho, que el significante no es apto para dar cuerpo a una fórmula que lo sea de la relación sexual.

De donde mi enunciación: no hay relación sexual, sobreentendido: formulable en la estructura.

Esa alguna cosa donde el psicoanalista, interpretante, entromete significante, por supuesto yo me extenúo desde hace veinte años para que no lo tome por una cosa, puesto que es falla, y de estructura.

Pero que él pretenda hacer alguien con ella es la misma cosa: le queda bien a la personalidad en persona, total, como se vomita en la oportunidad.

El menor recuerdo del inconsciente exige sin embargo mantener en este lugar el algún dos, con ese agregado de Freud de que él no podría satisfacer ninguna otra reunión que aquella lógica, que se inscribe: o el uno o el otro.

Que así sea desde el principio cuyo significante vira hacia el signo, ¿dónde encontrar ahora el alguno que hay que procurarle con urgencia?

Es el hic que no se convierte en *nunc* más que para ser psicoanalista, pero también lacaniano. Pronto todo el mundo lo será, mi auditorio es prodromo, luego los psicoanalistas también. Bastaría el ascenso al cenit social del objeto llamado por mí pequeña a, por el efecto de angustia que provoca el vaciamiento con que nuestro discurso lo produce, al fracasar en su producción.

La evidencia entre nosotros que de una tal caída el significante sucumbe al signo surge de que, cuando no se sabe a qué santo encomendarse (dicho de otro modo: que no hay más significante por malgastar, es lo que suministra el santo), se compra cualquier cosa, por ejemplo un coche, con el que produce un signo de complicidad, si pudiera decirse, con su aburrimiento, es decir con el afecto del deseo de Otra-cosa (con una 0 mayúscula).

Esto no dice nada de la a pequeña ya que ella no es deducible sino en la medida del psicoanálisis de cada uno, lo que explica que pocos psicoanalistas la manipulean bien, aun debiéndola a mi seminario.

De tal manera que hablaré en parábola, es decir para desorientar.

Si se mira de más cerca el no hay humo [pas *de* Jumée], si me atrevo a decirlo, se franqueará el de' advertir que es el fuego a que ese no hay [pas] hace seña [signe].

De qué hace él seña *[signe],* se acuerda con nuestra estructura, puesto que desde Prometeo, una humareda es más bien el signo de ese sujeto que representa una cerilla para su caja, y que a un Ulises abordando una ribera desconocida, un humo en primer lugar permite presumir que no es una isla desierta.

Nuestro humo es por consiguiente el signo, ¿por qué no el fumador? Pero ocupémonos del productor del fuego: será a pedir de boca más materialístico y dialéctico.

Es dudoso que Ulises sin embargo proporcione el alguien, si tenemos en cuenta, que él también es nadie *[n'est personne].* El es en todo caso persona *[personne]* en que se engaña una fatua polifemia.

Pero la evidencia de que no es para hacer seña *[signe]* a Ulises que los fumadores acampan, nos invita a mayor rigor con el principio del signo.

Puesto que ella nos hace comprender, como de paso, que lo que peca de ver el mundo como fenómeno, es que el noúmeno, que desde entonces no puede hacer seña *[signe]* al (griego), es decir: al supremo alguien, seña *[signe]* de inteligencia siempre, demuestra de qué pobreza procede la vuestra de suponer que todo constituye signo: es el alguien de ninguna parte que debe urdirlo todo.

Que ello nos ayuda a situar el: no hay [*pas*] humo sin fuego al mismo paso [*pas*] que: no hay [*pas*] plegaria sin dios, para que se entienda lo que cambia.

Es curioso que los incendios de bosques no muestran al alguien al cual se dirige el sueño imprudente del fumador.

Y que sea necesaria la alegría fálica, la urinación primitiva con que el hombre, dice el psicoanálisis, responde al fuego, para poner en el camino, Horacio, en el cielo y sobre la tierra, que hay otras materias para hacer sujeto que los objetos que imagina vuestro conocimiento.

Los productos por ejemplo a cuya calidad, en la perspectiva marxista de la plusvalía, los productores, más que el amo, podría pedir cuenta de la explotación que sufren.

Cuando se reconozca la especie de plus-de-gozar *[plus-de-jouir]* que hace decir «ése es alguien», estaremos en el camino de una materia dialéctica quizá más activa que la carne de Partido, empleada como *baby-sitter* de la historia. El psicoanalista podrá esdarecer tal senda con su pase.

Pregunta III

¿Una *de las articulaciones posibles entre psicoanálisis y lingüística no sería el privilegio acordado a la metáfora y a la metonimia por Jakobson en el plano lingüístico, y por usted en el plano psicoanalítico?*

Respuesta

Pienso que, gracias a mi seminario de Santa Ana, del que sale quien tradujo a Jakobson al francés, más de uno de nuestros auditores de este momento sabe cómo la metáfora y la metonimia son por Jakobson situadas en la cadena significante: sustitución de un significante por otro para la una, selección en su sucesión para la otra. De donde resulta (y ello solamente para Jakobson: para mí el resultado es otro): que la sustitución se hace con similares, la selección con contiguos.

Es que se trata de otra cosa que del *lecton,* de lo que torna legible un significado, y que no es desdeñable para mantener la traducción estoica. Yo paso: es lo que denominé punto de almohadillado, para ilustrar lo que llamaría el efecto Saussure de disrupción del significado por el significante, y precisar aquí que respondía justamente a mi estima de la audiencia-colchón que me estaba reservada, bien entendido por estar en Santa Ana, aunque compuesta de analistas.

Había que gritar un poco para hacerse entender de un tropel donde fines diversos de aforo se hacía nudo en algunos.

Conforme al estilo exigido para esta época por las proezas con que la precedente supo resguardarse.

Y no es para nada que introduje mi punto de almohadillado del juego de los significantes en las respuestas hechas por Joad al colaborador Abner, acto 1, escena 1 de *Atalía*: resonancia de mi discurso que procede de una cuerda más sorda que pudiera interesarlos.

Franqueado un lustro, alguien se abalanza a hacer del punto de almohadillado, que sin duda había él retenido, el «anclaje» que hace el lenguaje en el inconsciente. El dicho inconsciente a su gusto, es decir lo más descaradamente opuesto de todo lo que había yo articulado de la metáfora y la metonimia, el dicho inconsciente que se apoya en lo grotesco figurativo del sombrero de Napoleón a encontrar en los dibujos de las hojas del árbol, y motivando su gusto en predicar el representante de lo representativo.

(Así el perfil de Hitler se desprendería de infancias nacidas en los atrincheramientos sufridos por sus padres cuando las esbirreadas del Frente Popular.)

La metáfora y la metonimia, sin requerir esta promoción de una figuratividad diarreica, procuraban el principio con el que engendraba yo el dinamismo del inconsciente.

La condición la constituye lo que dije de una barra saussureana, que no podría representar ninguna intuición de proporción, ni traducirse por una barra de fracción más que por abuso delirante, sino, como lo es para Saussure, constituir borde real, es decir saltar del significante que flota al significado que fluye.

Es lo que opera la metáfora, la cual obtiene un efecto de sentido (no de significación) de un significante que hace de adoquín en la ciénaga.

Sin duda ese significante no está ausente en lo sucesivo en la cadena más que de una manera sólo metafórica, cuando se trata de lo que se llama poesía en cuanto ella es del dominio del hacer. Como se ha hecho, puede ella deshacerse. Mediante lo cual se advierte que el efecto de sentido producido, se hacía en el sentido del no-sentido: «su gavilla no era avara ni rencorosa(11)» (cf. mi «Instancia de la letra»),' por la razón de que era una gavilla, como todas las otras, animal para comer como es el heno.

Muy diferente es el efecto de condensación en tanto que parte de la represión y regresa de lo imposible, a concebir como el límite de donde se instaura por lo simbólico la categoría de lo real. Al respecto un profesor evidentemente inducido por mis proposiciones (que cree por lo demás refutar, cuando se apoya en ellas contra un abuso con que se abusa, por placer sin duda) ha escrito cosas notables.

Más allá de la ilustración del sombrero a encontrar en el follaje del árbol, es desde el renvalso de la página que él materializa alegremente una condensación cuyo imaginario se elide por ser tipográfico: la que los pliegues del sombrero deja leer: sueño de oro *[réve d'or],* las palabras que se dislocan por llanamente escribir: revolución de octubre *[révolution d'octobre].*

Aquí el efecto de no-sentido no es retroactivo en el tiempo, como es el orden de lo simbólico, sino bien actual, el hecho de lo real.

Indicando para nosotros que el significante resurge como gallo en el significado de la cadena superior a la barra, y que si está caído de ella,` es por pertenecer a otra cadena significante que en ningún caso debe coincidir con la primera, puesto que de hacer

discurso con ella, éste cambia, en su estructura.

He ahí más de lo necesario para justificar el recurso a la metáfora de hacer apresar cómo al operar al servicio de la represión, produce ella la condensación advertida por Freud en el sueño.

Pero en lugar del arte poética, lo que aquí opera son razones.

Razones, es decir efectos de lenguaje en cuanto son previos a la significancia del sujeto, pero que la tornan presente al no poder aún actuar como representantes.

Esta materialización intransitiva, diremos nosotros, del significante al significado, es lo que se llama el inconsciente, que no es anclaje, sino depósito, aluvión del lenguaje.

El inconsciente, para el sujeto, es lo que reúne en él las condiciones: o él no es, o él no piensa.

Si en el sueño él no piensa, es para ser en el estado de puede ser. Por donde se demuestra que él permanece ser al despertar y por qué el sueño se manifiesta vía regia para conocer su ley.

No es con el sentido anterior al sujeto que actúa la metonimia (es decir con la barrera de no-sentido), es con el goce donde el sujeto se produce como corte: el que lo hace pues estopa, pero para reducirlo por ello a una superficie ligada a ese cuerpo, ya el hecho del significante.

Bien entendido no que el significante se ancle *[ancre] o* se entinte *[encre]* en el cosquilleo (siempre el truco de Napoleón), sino que lo permita entre otros rasgos con que se significa el goce y cuyo problema es saber qué se satisface en ello.

Que bajo lo que se inscribe se desliza la pasión del significante, hay que decirlo: goce del Otro, ya que al estar embelesado por un cuerpo, deviene él el lugar del Otro.

operando la metonimia con un metabolismo del goce cuyo potencial está regulado por el corte del sujeto, cotiza como valor lo que se transfiere.

Las treinta velas con que se anuncia una flota en el ejemplo vuelto célebre por ser lugar de la retórica, por más que velen treinta veces el cuerpo de promesa que porten retórica o flota, nada hará que un gramático o un lingüista haga de ello el velo de Maya.

Nada hará tampoco, que un psicoanalista confiese que al hacer su juego de mano sin levantar este velo sobre el oficio que administra, se rebaje al rango de prestidigitador.

No hay esperanza pues de que se acerque al resorte de la metonimia cuando, para hacer catecismo con una interrogación de Freud, se pregunta él si la inscripción del significante, sí o no, se desdobla de lo que hubiera del inconsciente (problema al que nadie con excepción de mi comentario de Freud, es decir de mi teoría, podría otorgar ningún sentido).

¿Es que no sería tal vez el corte interpretativo mismo, que, para el balbuceante fuera de juego, es problema por dar conciencia? Ella revelaría entonces la topología que la gobierna en un *cross-cap*, es decir en una cinta de Moebius. Puesto que solamente es de este corte que esta superficie, donde de cualquier punto, se tiene acceso a su revés, sin que deba pasarse de lado (de una sola cara entonces), se ve posteriormente provista de un recto y de un verso. La doble inscripción freudiana no pertenecería por consiguiente a ninguna barrera saussureana, sino a la práctica misma que plantea el problema, a saber el corte que el inconsciente al desistirse testimonia de que no consiste sino en él, es decir, que cuanto más interpretado es el discurso, más se confirma ser inconsciente. Hasta el punto de que sólo el psicoanálisis -a condición de interpretarlo- descubriría que hay un revés de discurso.

Digo esas cosas difíciles por saber que la ineptitud de mis auditores los pone con ellas en pie de igualdad. Que el vicio del psicoanalista de ser persona por su acto más que cualquier otra desplazada, lo torne de otra manera inepto, es lo que hace a cada uno de mis Escritos tan circunlocutorio para obstaculizar que él se sirva de ellos como de boca en boca.

Es necesario decir que el deseo de ser el amo contradice el hecho mismo del psicoanalista: es que la causa del deseo se distingue de su objeto. Lo que testimonia la metonimia del lingüista, está al alcance de otros salvo del psicoanalista.

Del poeta por ejemplo que en el pretendido realismo hace de la prosa su instrumento.

He mostrado en su momento que la ostra a tragar evocada por la oreja que Bel-Ami trata de seducir, libera el secreto de su goce de rufián. Sin la metonimia que hace mucosa de esta concha, no hay nadie a su lado [côté] para pagar la cuota [Vécot] que exige el histérico, a saber que sea la causa del deseo de ella, por este goce mismo.

Aquí se ve que el pasaje del hecho lingüístico al síntoma es cómodo y que el testimonio del psicoanalista queda ahí incluido. Uno se convence de ello desde que él comienza a exaltarse con su «audición»: histeria de su *middle age*. El molusco también oye la suya, es conocido de suyo -y que pretende ser el ruido del mar, sin duda de que se sepa que es ella que lo ha escamado.

No sufrían aún de la audición quienes querían que yo brindara a Jakobson más honores, para el usufructo que me brindara.

Son los mismos que después me objetaron de que ese usufructo no se le adecuara en la metonimia.

La lentitud en advertirlo muestra qué *cerumen* los separa de lo que oyen antes de que lo hagan parábola.

Ellos no tomarán a la letra que la metonimia es en efecto lo que determina como operación de crédito *(Verschiebung* quiere decir: traspaso de fondos) el mecanismo inconsciente mismo donde es sin embargo el ingreso-goce sobre el que se extrae.

En lo que concierne al significante que resume esos dos tropos, expreso mal, parece, de que él *desplaza*, cuando traduzco así: *es entstellt* en alguna parte de mis *Escritas.* Que desfigure, en el diccionario, se me lo manda a decir por expreso, incluso globo-sonda (todavía el truco de la figura y de lo que ahí se puede manosear). Lástima que para un retorno a Freud donde se quisiera amonestarme, ignoren ese pasaje de Moisés donde Freud decide que él entiende así la *Entstellung,* es decir como desplazamiento, porque, por más arcaico, está ahí, dice, su sentido primero.

Hacer pasar el goce al inconsciente, es decir a la contabilidad, es en efecto un redomado desplazamiento.

Por lo demás se constatará, de hacerse remitir, por el índice de mi libro, desde esa palabra a los pasajes que viran de su empleo, que la traduzco (como es debido) según cada contexto.

Es que no metaforizo la metáfora ni metonimizo la metonimia para decir que ellas equivalen a la condensación y al giro *[virement]* en el inconsciente. Sino que me desplazo con el desplazamiento de lo real en lo simbólico, y me condenso para hacer peso de mis símbolos en lo real, como conviene para seguir al inconsciente en la huella.

Pregunta IV

Usted sostiene que el descubrimiento del inconsciente conduce a una segunda revolución copernicana. ¿Es que el inconsciente es una noción clave que subvierte toda teoría del conocimiento?

Respuesta

Su pregunta va a halagar las esperanzas, ligero tinte de atemorizarme, que inspira el sentido destinado en nuestra época a la palabra: revolución. Se podría destacar su pasaje a una función de superyó en la política, a un papel ideal en la carrera del pensamiento. Advierta que es Freud y no yo que juega aquí con esas resonancias de las que sólo el corte estructural puede aislar lo imaginario como « superestructura ».

¿Por qué no partir de la ironía en que consiste poner a cuenta de una revolución (simbólica) una imagen de las revoluciones astrales que no dan de ella idea alguna? ¿Qué hay de revolucionario en el recentramiento del mundo solar en torno del sol? Si se escucha lo que este año articulo de un discurso del amo, se advertirá que éste clausura bastante bien la revolución que escribe a partir de lo real: si a lo que apunta la (griego) es en efecto a la transferencia del saber del esclavo al amo -ello al contrario del impagable escamoteo con que Hegel querría reabsorber su antinomia en el saber absoluto-, la figura del sol tiene dignidad para imaginar el significante-amo que permanece incambiado a medida misma de su ocultamiento.

Para la conciencia común, es decir para el «pueblo», el heliocentrismo, a saber que ello gira alrededor, implica que rota, sin que haya nada más que examinar. ¿Deberé poner a cuenta de Galileo la insolencia política que implica el Rey-Sol?

De que ascendientes contrariados que resultan de la báscula del eje de la esfera de los fijos sobre el plano de la eclíptica, guardasen la presencia de lo que tienen de manifiesto, los Antiguos supieron extraer las imágenes para apoyar una dialéctica guiada por dividir ahí saber y verdad: yo destacaría el fotocentrismo por ser menos esclavizante que el helio.

Lo que Freud, según su decir expreso, alegoriza con su recurso a Copérnico sobre la destitución de un centro en provecho de otro, proviene en efecto de la necesidad de disminuir la soberbia que comporta todo monocentrismo. Esto en razón de aquel con quien tiene que vérselas en la psicología, no digamos: en su época; puesto que en la nuestra continúa inexplorado: se trata de la pretensión cuyo campo se constituye a título de una «unidad» con el que pueda contrastar de nuevo. Por bufonesco que sea, es tenaz.

De ninguna manera esta pretensión se ocupa de la topología que supone: a saber la de la esfera; puesto que aún no sospecha que su topología sea un problema: no se puede suponer otra a lo que no se supone de ninguna manera.

Lo picante es que la revolución copernicana hace de metáfora apropiada más allá de lo que Freud la comenta, y es por habérsela devuelto que yo la retomo.

Puesto que la historia sometida a los textos donde la revolución copernicana se inscribe, demuestra que su nervio no es el heliocentrismo, hasta el punto de que era lo que menos preocupaba a Copérnico mismo. De tomar la expresión al pie de la letra: no es primero, ella se extenderá a los otros autores de la dicha revolución.

Ese alrededor de lo cual gira, pero precisamente es la palabra que hay que evitar, alrededor de lo cual gravita el esfuerzo de un conocimiento en tren de localizarse como imaginario, como se lo lee haciendo con Koyré la crónica de la aproximación de Kepler, desembarazarse de la idea de que el movimiento de rotación, de que engendra el círculo (es decir: la forma perfecta), puede sólo adecuarse a la afección del cuerpo celeste que es el planeta.

Introducir en efecto la trayectoria elíptica, es decir que el cuerpo planetario gira para precipitar su movimiento (igualdad de áreas cubiertas por el rayo en la unidad de tiempo: segunda ley- de Kepler) alrededor del foco ocupado por la luminaria mayor, pero de ella se vuelve al retardarlo desde más allá de otro foco inocupado, éste sin fuego que ocupe

lugar.

Aquí yace el paso de Galileo: en otra parte que en la peripecia de su proceso en el que no hay otra alternativa que la estupidez de quienes no ven que él trabaja para el papa. La teología como el psicoanálisis tiene ese premio, amortiguar semejante caída a loscanallas. El paso de Galileo consiste en que por su trujamán la ley de inercia con que se aclarará esta elipse entra en juego.

Por lo que Newton al fin -pero cuánto tiempo de comprender debe transcurrir aún antes del momento de concluir-. Newton, sí, concluye en un caso particular de la gravitación que rige la más banal caída de un cuerpo.

Pero aun ahí el verdadero alcance de ese paso está silenciado: que es el de la acción -en cada punto de un mundo donde lo que ella subvierte consiste en demostrar lo real como imposible-, de la acción, digo, de la fórmula que en cada punto somete el elemento de masa a la atracción de los otros tan lejos como se extiende ese mundo, sin que nada juegue ahí el papel de un médium que transmite esta fuerza.

Puesto que ahí reside en efecto el escándalo que la conciencia laica (aquella cuya estupidez, a la inversa, hace a la gentuza vulgar) ha terminado por censurar, simplemente al ensordecerse.

En el encontrón del momento los contemporáneos sin embargo reaccionaron vivamente, y es necesario nuestro oscurantismo para haber olvidado la objeción que todos sentían entonces: de cómo podía cada uno de los elementos de masa estar advertidos sobre la distancia a medir para que no pesase sobre ningún otro.

La noción de campo no explica nada, sino que solamente agrega negro sobre blanco, es decir supone que está escrito lo que nosotros señalamos no por ser la presencia efectiva de la relación, sino de su fórmula en lo real, es decir eso que en primer lugar señalé como perteneciente a la estructura.

Sería curioso desarrollar hasta dónde la gravitación, la primera que necesitara tal función, se distingue de otros campos, del electromagnético por ejemplo, hechos propiamente para eso a lo que Maxwell los ha llevado: la reconstitución de un universo. Sin embargo el campo de gravitación, por notable que sea su debilidad en relación con los otros, resiste a la unificación de un campo, es decir al levantamiento de un mundo.

De dónde profiero yo que el LEM alunisante, es decir la fórmula de Newton realizada en aparato, da testimonio de que el trayecto que allí lo ha conducido sin gasto, es nuestro producto, o aun: saber de amo. Hablemos de acosmonauta más bien que de insistir.

Sería también interesante señalar hasta dónde la rectificación einsteniana en su cuño (curvatura del espacio) y en su hipótesis (necesidad de un tiempo de transmisión que la velocidad finita de la luz no permite anular) despega de la estética trascendental, entiendo la de Kant.

Lo que se sostendría de lo que la impulsa, esta rectificación, al orden cuántico: donde el quantum de acción nos devuelve una oposición más breve de lo que se hubiera esperado de la física, el efecto de acto que se produce como sobra de una simbolización correcta.

Sin arriesgarnos, sostengamos que la carta de la estructura es la hypotheses non fingo de Newton. Hay fórmulas que uno no se imagina. Al menos por un tiempo, ellas están empalmadas a lo real.

Se ve que las ciencias exactas con su campo habían articulado esta carta, antes de que yo la impusiera a la corrección de las conjeturales.

Es la única palanca que puede poner fuera de estado de hacer de cobertura lo que gira del almiar: psicología de indescalzable en la que Kant se une a Wolff y Lambert, y que se sostiene en esto: que centrada en el mismo pivote se ensartan ontología, cosmología, sin que teología les dé la lección, el alma, es el conocimiento que el mundo tiene de si mismo, y precisamente lo que engalana por ser así reconocido, con la coartada de una Cosa-en-sí que se sustraería al conocimiento.

A partir de ahí se agrega a los fantasmas que gobernaban la realidad, el del capataz.

Es para retrotraer a su férula la revolución freudiana, que una camarilla delegada por la lis-Ana del análisis ha reeditado ese Golem a título de yo autónomo.

Si hay huella en Kant de haber adornado a la «cosmología» newtoniana, es que ahí en alguna parte se acepta, como de una manzana a un pez, la fórmula newtoniana y para señalar que la Vernunft o la Verstand no tienen nada que hacer de a priori. Lo que no es menos seguro de la experiencia dicha sensible, lo que traduzco: no advertida aún de la estructura.

El noúmeno proviene del espejismo cuyas funciones quieren hacerse pasar por órganos, con el efecto de enmarañar los órganos por encontrar función.

Así esta función viuda no se hace valer sino como cuerpo extraño, caída de un discurso de amo un poco caduco. Sus hermanas de razón están fuera de estado, ya se afirmen puras o prácticas, de reprochar no más que la especulación de la que preceden los sólidos que no pueden ser dichos «de revolución» sino contribuyendo a las intuiciones geométricas más tradicionales que existen.

Que sólo la estructura sea propicia a la emergencia de lo real de donde se promueve nueva revolución, lo testimonia la Revolución, alguna gran R de que la francesa la ha proveído. Ella se vio reducida a lo que es para Bonaparte o para Chateaubriand: vuelta al amo que posee el arte de tornarlas útiles (consulten el ensayo que se intitula en 1801); pasando el tiempo, a lo que ella es para el historiador bastante digno de este nombre, Tocqueville: batidor para degradar las ideologías del Antiguo Régimen; a lo que los hombres de inteligencia no entienden más que como locura con que extasiarse (Ampere) o a poner camisa de fuerza (Taine); a lo que de ella queda para el lector presente de una orgía retórica poco propicia de hacer respetar.

Y así lo sería si Marx no la hubiera repuesto en la estructura que formula en un discurso

del capitalista, pero ya que ella ha precluido " la plusvalía con que él motiva ese discurso. Dicho de otro modo es desde el inconsciente y el síntoma que pretende él prorrogar la gran Revolución: es desde la descubierta plusvalía que precipita él la conciencia dicha de clase. Lenin, pasando al acto, no logra nada más que lo que en el psicoanálisis se llama regresión: es decir los tiempos de un discurso que no han sido sostenidos en realidad, y en primer lugar por ser insostenibles.

Freud es quien nos descubre la incidencia de un saber tal que sustrayéndose a la conciencia, no se denota menos por estar estructurado, digo yo, como un lenguaje, ¿pero de dónde articula?, tal vez de ninguna parte donde sea él articulable, puesto que no es sino de un punto de falta, impensable de otro modo sino por los efectos con que él se señala, y que torna precario que alguien que conozca en el sentido en que conocer, como hace el artesano, es ser cómplice de una naturaleza a la cual nace al mismo tiempo que ella: puesto que aquí se trata de desnaturación; lo que torna falso por otra parte que alguien se reconozca en ella, lo que implicaría el modo con que la conciencia afirma un saber de ser sabiéndose.

El inconsciente, lo vemos, no es más que un término metafórico para designar el saber que no se sostiene más que presentándose como imposible, para que así se confirme por ser real (entiéndase discurso real).

El inconsciente no descalifica a nada que valga en este conocimiento de naturaleza, que es más bien nada de mito, o aun inconsistencia a demostrarse del inconsciente.

Brevemente basta recordar que la bipolaridad se revela esencial a todo lo que se propone términos de un verdadero saber.

Lo que ahí agrega el inconsciente, es suministrarle una dinámica de la disputa que se constituye en una secuencia de retorsiones, cuyo orden no debe fallarse, que hace del cuerpo mesa de juego.

Los requerimientos recurrentes, según nuestro esquema: por ser el hecho de una ficción del emisor, no es tanto de la represión de la que dan testimonio puesto que no deja de ser construida, que de lo reprimido que hace agujero en la cadena de vigilancia que no es más que perturbación del sueño.

De lo que se cuida la no-violencia de una censura que da su desmentido a todo sentido de proponerse verdadero, pero cuyo adversario se regocija de preservar el no-sentido *(non sense* más bien), único punto por donde hace naturaleza (como decir: que hace agua).

Si el inconsciente, en otra jugada, hace sujeto de la negación, el otro saber se consagra a condicionarlo de lo que como significante más le repugna: una figura representable.

En el límite se reconoce con qué el conflicto hace función para que un lugar preciso se haga a lo real, pero para que el cuerpo ahí se alucine.

Tal es el trayecto donde navegan esos barcos que me deben, señalémoslo, ser registrados como formaciones del inconsciente.

Para fijar el armazón correctamente, tuve que prestar paciencia a aquellos que de sólito la tenían, sin que por mucho tiempo en ella descubrieran la estructura.

En verdad, bastó que temieran verme surgir en lo real, para que se produjera un despertar, tal que no encuentran mejor que, del jardín donde yo cuidaba sus delicias, me expulsara yo mismo. Desde donde retorno a lo real de la E.N.S., es decir del ente *[étant] (o* del estanque *[étang])* de la Escuela Normal Superior donde el primer día que ocupé mi lugar, fui interpelado sobre el ser que acordaba a todo eso. Desde donde declinaría tener que sostener mis miras de ninguna ontología.

Es que al ser ella, apuntada, de un auditorio a adiestrar en mi logia, de su onto hacía yo lo vergonz*oso [honteux].*

Todo onto bebido" ahora, yo responderé, y no por cuatro caminos ni por bosque que oculta al árbol.

Mi experiencia no toca al ser sino para hacerlo nacer de la falla que produce el ente de decirse.

De ahí que el autor debe relegarse a hacerse medio de un deseo que lo sobrepasa.

Pero hay tercería distinta de la que ha dicho Sócrates en acto.

Él sabía como nosotros que al ente, le es necesario el tiempo de hacerse para ser.

Ese «necesario el tiempo» *[«faut le temps»],* es el ser que solicita del inconsciente para retornar cada vez que lo necesitara, si necesitara el tiempo.

Puesto que entended que yo juego con el cristal de la lengua para refractar con el significante lo que divide al sujeto.

Ahí el tiempo será necesario *[faudra le temps],* es francés que yo les causo, no pena, espero.

Lo que será necesario *[faudral* del tiempo que es necesario, ahí reside la falla con que se dice el ser, y pese a que el uso de un futuro de esta forma para el verbo, fallar *[faillir],* no esté recomendada en una obra que se dirige a los belgas, está acordado que la gramática al proscribirlo faltaría *[fau-drait]* a su deber.

Poco faltó para que ella llegara ahí, ese poco prueba que es justamente por la falta que en francés el es preciso *[falloir]* viene a reforzar a lo necesario, suplantando ahí al *il estuet de temps,* del *est opus temporis,* al empujarlo al estuario donde las anticuallas se pierden.

Inversamente ese «es necesario» *[falloir]* no es por azar equívoco dicho en el modo, subjuntivo del a falta de *[défaut]:* antes (a menos) que fuera necesario *[faille]* que él viniera...

Es así que el inconsciente se articula de lo que del ser viene al decir.

Aquello que del tiempo le presta estofa no es empréstito de lo imaginario, sino más bien de un textil donde los nudos no dirían sino de los agujeros que ahí se encuentran.

Ese tiempo lógico no tiene En-sí más que eso que de ello cae *[en choil* para sobrepujar *[enchére]* al masoquismo *[masochisme].*

Eso es lo que el psicoanalista releva por hacer ahí figura de alguien. El «es necesario el tiempo» lo soporta él bastante tiempo para que a aquel que viene a decirse, no le quede más que instruirse de que una cosa no es nada: justamente aquella con que él hace seña *[signe]* a alguien,

Es sabido que ahí introduje el acto psicoanalítico, y no pretendo que como accidente el sobresalto de mayo me haya impedido llevarlo a término.

Señalo aquí que alguien no se sienta más que de la manera *[façon],* del esguince *[effaçon]* más bien, que él impone a lo verdadero.

Un único saber procura el dicho esguince: la lógica para la cual lo verdadero y lo falso no son más que letras de un valor a operar.

Los estoicos lo presintieron con su práctica de un masoquismo politizado, pero no lo avanzaron lo suficiente para que los escépticos tuvieran que posponer su mítica invocación de una verdad de naturaleza.

Fueron los rechazos de la mecánica griega los que han obstaculizado la ruta a una lógica con, que se pudo edificar una verdad de textura.

En verdad, sólo el psicoanálisis justifica lo mítico aquí de la naturaleza que se localiza en el goce que de producirse sustituye el efecto de textura.

Sin él, basta con la lógica matemática para convertir en superstición al escepticismo, al tornar irrefutables aseveraciones tan poco vacías como:

- un sistema definido como del orden de la aritmética no logra la consistencia de provocar la partición de lo verdadero y lo falso, sino de confirmarse ser incompleto, es decir exigir lo indemostrable de fórmulas que se verifican sólo en otro lado;

- este indemostrable se asegura por otra parte una demostración que decide independientemente de la verdad a la que él interesa;

- hay un indecidible que se articula por aquello de lo que lo indemostrable mismo no podría estar seguro.

Los cortes del inconsciente muestran esta estructura, por dar testimonio de semejantes caídas a contornear.

Puesto que heme aquí vuelto al cristal de la lengua para ligar, desde que *falsus* es el caído *[chul]* en latín, lo falso, menos lo verdadero que lo refuta, que a que es necesario *[il faut]* tiempo para dejar huella de lo que ha dejado *[defailli]* de manifestarse primero. Considerando que él es el participio pasado de *fallere,* caer, del que provienen faltar *[faillir] y ser* necesario *[falloir],* cada uno según sus vueltas, que se note que la etimología no viene aquí sino como sostén del efecto de cristal homofónico.

Duplicar esa palabra es tomarla como se debe *[il faut],* cuando se trata de litigar lo falso de la interpretación. Es justamente como *falsa,"* digamos bien caída, que una interpretación opera de través, a saber: donde el ser se hace con el *lapsus linguae.*

No olvidemos que el síntoma es ese *falsus* que es la *causa* de la que el análisis se sostiene en el proceso de verificación que constituye su ser.

No estamos seguros, para lo que Freud podía saber en ese dominio, sino de su frecuentación de Brentano. Esta es discreta, es decir localizable en el texto de la *Verneinung.*

Él facilitó el camino al práctico que sepa ligarse al ludión lógico que forjé para su uso, es decir el objeto *a,* sin poder reemplazar al análisis, dicho personal, que a veces lo tornó difícil de manejar.

Un tiempo aun, para agregar a eso donde Freud se mantiene, un rasgo que creo decisivo: la fe completa que otorgaba a los judíos de no faltar al sismo de la verdad. A los judíos, a quienes por otra parte nada separa de la aversión que él confiesa por el empleo de la palabra: ocultismo, en todo lo tocante al misterio. ¿Por qué?

Por qué si no porque el judío, después del retorno de Babilonia, es quien sabe leer, es decir que por la letra se distancia de su palabra, encontrando ahí el intervalo para hacer uso de una interpretación.

De una sola, la del Midrasch que se distingue aquí eminentemente.

En efecto para ese pueblo que tiene el libro, único entre todos que se afirma como histórico, que jamás profiere mito, el Midrasch representa un modo de aproximación del que la moderna crítica histórica podría bien no ser más que la degeneración. Puesto que si él considera al Libro al pie de su letra, no es para hacer a ésta soportar intenciones más o menos evidentes, sino para, de su colusión significante tomada en su materialidad: lo que su combinación torna comprometida la vecindad (por consiguiente no querida), de eso que las variantes gramaticales imponen como elección desinencial, extraer un decir diferente del texto: incluso para implicar ahí lo que descuida (como referencia), la infancia de Moisés por ejemplo.

¿No significa nada relacionar aquello que Freud aspiraba a que fuese sabido de la muerte del mismo, hasta el punto de convertirlo en su mensaje póstumo?

Sobre todo para señalar la distancia -jamás considerada antes de mí- del trabajo de Sellin cuya coincidencia sobre este punto no le pareció que había que desdeñar, cuando su

desenvoltura por ser pluma muy calificada en la exégesis llamada crítica, arrojará escarnio sobre los goznes mismos del método.

Ocasión de pasar al anverso (es el propósito de mi seminario de este año) del psicoanálisis en cuanto éste es el discurso de Freud, él suspendido. Y, sin recurso al Nombre-del-Padre del que dije abstenerme, sesgo legítimo a tomar de la topología traicionada por ese discurso.

Topología donde sobresale el ideal monocéntrico (que sea el sol no cambia nada) con que Freud sostiene el asesinato del Padre, cuando, de permitir ver que está a contrapelo de la experiencia judía patriarcal, el tótem y el tabú lo desamparan del goce mítico. No la figura de Akhenaton.

Que en el archivo de la significancia aquí en juego de la castración sea depositado el efecto de cristal que toco: *la* guadaña del tiempo.

Nota para mi respuesta a la 4º pregunta:

Quisiera que se sepa que este texto no pretende dar cuenta de la «revolución copernicana» tal como se articula en la historia, sino del uso... mítico que se hace de ella. Por Freud especialmente.

No basta con decir por ejemplo que el heliocentrismo fue «la menor de las preocupaciones» de Copérnico. ¿Cómo darle su rango? Es cierto, por el contrario -se sabe que al respecto me he formado en los escritos de Koyré-, que le parecía admirable que el sol estuviera ahí donde él le daba su lugar porque de ahí gozaba mejor su papel de luminaria. ¿Pero estaba ahí lo subversivo?

Puesto que le ubica no en el centro del mundo, sino en un lugar bastante vecino, lo que, para el fin admirado y para la gloria del creador, es igualmente adecuado. Es falso por consiguiente hablar de heliocentrismo.

Lo más extraño es que nadie -que se entienda bien, los especialistas excepto Koyré- destaque que las «revoluciones» de Copérnico no concierne a los cuerpos celestes, sino a las órbitas. Se sobreentiende para nosotros que esas órbitas están trazadas por los cuerpos. Pero, nos ruborizamos de recordarlo, para Ptolomeo como para todos desde Eudoxio, esas órbitas son esferas que *soportan* a los cuerpos celestes y la trayectoria de cada uno está regulada por el hecho de que varias órbitas la *soportan* concurrentemente, 5 tal vez para Saturno, 3 si recuerdo bien para Júpiter. ¡Que nos importa!, como también las que agrega Aristóteles para amortiguar entre dos cuerpos celestes, los dos que acabamos de nombrar por ejemplo, el efecto para prever las órbitas del primero con aquéllas del segundo. (Es que Aristóteles quiere una física coherente.)

¿Quién no debería advertirlo, no digo leyendo a Copérnico del que existe una reproducción fototípca, sino simplemente al deletrear el título: De revolutionibus *orbium* coelestium? Lo que no impide que notorios *traductores* (gente que tradujo el texto) intitulen su traducción: Las revoluciones de los cuerpos celestes.

Es literal, lo que equivale a decir: es cierto, que Copérnico es ptolomeico, que permanece en el material de Ptolomeo, que no es copernicano en el sentido inventado que constituye el empleo de este término.

¿Se justifica mantenerse en ese sentido inventado para responder a un uso metafórico, es el problema que se plantea en toda metáfora?

Como más o menos dijo alguien, con las artes uno se divierte, se pierde el tiempo con los lagartos." No debemos perder la ocasión de recordar la esencia cretinizante del sentido a que conviene la palabra común. Sin embargo no es más que estéril hazaña, si una ligazón estructural no puede ser advertida.

A pregunta de entrevistador, vale respuesta improvisada. Lo que primero me vino de golpe -desde el fondo de una información que ruego creer no es nula-, es en primer lugar la observación de que al heliocentrismo opongo un fotocentrismo de una importancia estructural permanente. Se ve por este tilde en qué necedad cae Copérnico con ese punto de vista.

Koyré la aumenta, a esta necedad, al referirla al misticismo difundido del circulo de Marsile Ficin. ¿Por qué no en efecto? El Renacimiento fue ocultista, razón por la cual la Universidad lo clasifica entre las eras de progreso.

El verdadero giro se debe a Kepler e, insisto, en la subversión, la única digna de este nombre, que constituye el pasaje que tan penosamente pagó, desde lo imaginario de la forma llamada perfecta como siendo la del círculo, a la articulación de la cónica, de la elipsis en la oportunidad, en términos matemáticos.

Yo colapso incontestablemente lo que es el hecho de Galileo, pero resulta claro que le escapaba aquí el aporte de Kepler, y sin embargo es él quien ya conjugó entre sus manos los elementos con que Newton conjura su fórmula: entiendo por ello la ley de atracción, tal como Koyré la aísla de su función hiperfísica, de su presencia sintáctica (cf. *Études newtoniennes,* pág. 34).

Al confrontarla con Kant, señalo que no encuentra lugar en ninguna crítica de la razón imaginaria.

Es de hecho la plaza fuerte cuyo sitio mantiene en la ciencia el ideal de un universo por el cual ella subsiste. Que el campo newtoniano no se deje reducir, se designa justamente por mi fórmula: lo imposible, es lo real.

Es desde este punto una vez alcanzado, que irradia nuestra física.

Pero al inscribir la ciencia en el registro del discurso histérico, dejo entender más de lo que he dicho.

La aproximación a lo real es estrecha. Y es por merodearlo, que el psicoanálisis se perfila.

Pregunta V

¿Cuáles son las consecuencias sobre el plano.

a) de la ciencia

b) de la filosofía e) más particularmente del marxismo, incluso del comunismo?

Respuesta

Su pregunta, que sigue una lista preconcebida, no está sobreentendida después de la respuesta que precede.

Parece suponer que he consentido que «el inconsciente... subvierte toda teoría del conocimiento», para citarlo a usted, casi con las palabras que yo elido para separarlas: (el inconsciente) «es una noción clave que», etc.

Digo: el inconsciente no es una noción. ¿Que sea una llave? Se lo juzga por la experiencia. Una llave supone una cerradura. Seguramente existen cerraduras, y aunque el inconsciente hace funcionar correctamente, ¿para cerrarlas? ¿para abrirlas? no está sobreentendido que lo uno implique lo otro, *a fortiori* que sean equivalentes.

Debe bastarnos con plantear que el inconsciente es. Ni más ni menos. Es suficiente para que nos ocupemos un momento todavía después de todo el tiempo que eso dura, sin que hasta mí nadie haya dado un paso más. Puesto que para Freud se trata de volver a partir de la tabla rasa en cada caso: de la tabla rasa, ni siquiera sobre eso que es, no puede decirlo, con exclusión de su reserva de un recurso orgánico de puro ritual: sobre eso *que es* en cada caso, he ahí lo que quiere él decir. Mientras tanto, nada seguro, sino que él es, y que Freud, al hablar de él, hace lingüística. Aun cuando nadie lo percibe, y contra él, cada uno trata de hacer entrar al inconsciente en una noción de antes.

De antes que Freud dijera que él es, sin que ello sea, ni ello, y especialmente en absoluto el Ello.

Lo que respondí a vuestra pregunta IV quiere decir que el inconsciente subvierte tanto menos la teoría del conocimiento, cuanto no tiene nada que hacer con ella, por la razón que acabo de decir: a saber, que le es extraño.

Sin que nada tenga él que ver, se puede decir que la teoría del conocimiento no es, por la razón de que no hay conocimiento que no sea ilusión o mito. Esto, evidentemente, de dar a la palabra un sentido cuyo empleo valga la pena mantener más allá de su sentido mundano: a saber, que «lo conozco» quiere decir: yo le he sido presentado o yo sé de memoria lo que hace (de un escritor en especial, de un «autor» pretendido en general).

A observar, para aquellos a quienes el (griego) podría servir en la oportunidad de muleta, puesto que no es nada distinto, que este intento de azaña excluye toda teoría desde que la consigna fue esgrimida por el engañador délfico. Aquí el inconsciente no aporta refuerzo ni decepción: sino solamente que el (griego) será forzosamente escindido en dos, para el caso de que uno se inquiete todavía de alguna cosa que se parezca después de haber puesto a prueba en un psicoanálisis «su» inconsciente.

Cortemos ahí pues: no hay conocimiento. En el sentido que la acolada le permitiría oscurecer las rúbricas con que usted cree ahora plantear vuestra pregunta. No hay otro conocimiento que el mito que yo denunciaba hace un momento. Mito cuya teoría proviene de la mitología (a especificar con un trazo de unión) que necesita a lo sumo una extensión del análisis estructural con que Lévi-Strauss provee los mitos etnográficos.

No hay conocimiento. Pero saber, eso sí, a montones, para no saber qué hacer, los armarios llenos.

De ahí, que algunos (de esos saberes) se nos cuelgan al pasar. Basta con que los animen uno de esos discursos con los cuales puse este año en circulación la estructura.

La estructura, ella, es una noción: por elaborar lo que resulta para la realidad, por esta presencia en ella de fórmulas del saber, del que más arriba señalé ella es su advenimiento nocional.

Hay saberes cuyas resultas pueden permanecer detenidas, o bien caer en desuso.

Hay uno del cual nadie tuvo idea antes que Freud, del cual nadie después de él la tiene aún, salvo de saber por mí de qué lado tomarlo. Tanto es así que pude decir hace un momento que es con respecto a otros saberes que el término de inconsciente, para éste, hace metáfora. A partir de que está estructurado como un lenguaje, se me otorga una confianza fructuosa: sería preciso aun que uno no se engañe sobre eso que él es más bien, si es cierto que es un abuso pronombrarlo, a él, el inconsciente, quien por ese extremo os agarra.

Si insisto en destacar así mi retardo sobre vuestra precipitación, es que él le obliga a usted a recordar que ahí donde ilustré la función de la precipitación en lógica, señalé el efecto de señuelo del que ella puede hacerse cómplice. No es correcta más que al producir este tiempo: el momento de concluir. Todavía es necesario cuidarse de ponerla al servicio de lo imaginario. Lo que ella reúne es un conjunto: los prisioneros en mi sofisma, y su relación a una salida estructurada por un arbitrio: no una clase.

Ocurre que la precipitación al divagar en ese sentido, sirve de lleno a esta ambigüedad de los resultados, que yo entiendo hacer resonar con el término mismo de: revolución.

Puesto que no es de ayer que ironicé con la expresión tradición revolucionaria.

Brevemente, quisiera señalar la utilidad en esta huella de desembarazarse de las marcas de la seducción.

Cuando es de la producción que el asunto adquiere su contorno.

Donde señalo el paso de Marx.

Puesto que él nos pone al pie de un muro donde uno se sorprende que no haya nada distinto a reconocer, para que alguna cosa sea puesta patas arriba, no el muro seguramente, sino la manera de girar en torno.

La eficacia de los golpes de glotis en el sitio de Jericó permite pensar que aquí el muro es de excepción, para decir verdad no ahorra el número de vueltas necesario.

Es que el muro no se encuentra, en esta ocasión, donde se lo cree, de piedra, hecho más bien con lo inflexible de una vagancia extraordinaria.

Y si tal el caso, reencontramos la estructura que es el muro del que hablamos.

Al definirlo por relaciones articuladas de su orden, y tales como ahí participan, no se lo hace más que a su costa.

Costas de vida o bien de muerte, es secundario.

Costas de goce, he ahí lo primario.

De donde la necesidad de plus-de-gozar para que la máquina trabaje, no acusándose ahí el goce sino para que se le tenga de este esguince *[effaçon],* como agujero a colmar.

No se sorprenda usted entonces si aquí le doy la lata cuando ordinariamente prosigo mi camino.

Es que aquí al rehacer un corte inaugural, no lo repito, lo muestro duplicándose para recoger lo que cae.

Ya que Marx, la plusvalía que su tijera, al separarlo restituye al discurso del capital, es el precio que es preciso ponerse a negar como yo que ningún discurso pueda apaciguarse con un metalenguaje (con el formalismo hegeliano en la ocasión), pero ese precio él lo pagó al limitarse a seguir el discurso ingenuo del capitalista ascendente y con la vida infernal que se dio.

Es bien el caso de verificar lo que digo del plus-de-gozar. La *Mehrwert* es la *Marxlust,* el plus-de-gozar de Marx.

La concha para escuchar por siempre la audición de Marx, he ahí el caurí con que comercian los Argonautas de un océano poco pacífico, el de la producción capitalista.

Ya que ese caurí, la plusvalía, es la causa del deseó del cual una economía hace su principio: el de la producción extensiva, por consiguiente insaciable, de la falta-de-gozar. Por una parte se acumula para acrecentar los medios de esta producción a título de capital. Por otra extiende el consumo sin la cual esta producción sería vana, justamente por su inepcia a procurar un goce con que ella pueda retardarse.

Alguien llamado Marx, he ahí calculado el lugar del foco negro, pero también capital (es el caso de decirlo) que el capitalista (que éste ocupe el otro foco de un cuerpo para gozar de un Plus o de un plus-de-gozar para constituir cuerpo), para que la producción capitalista se vea asegurada de la revolución propicia para hacer durar su duro deseo, para citar al poeta que ella merecería.

Lo que es instructivo es que esas palabras son de dominio público (con diferencia claro de la lógica, de que yo las proveo). ¿Debemos ponerlo a cargo del inconsciente si se presentan bajo la forma de un malestar que Freud no hizo más que presentir? Ciertamente, sí: se muestra ahí que algo trabaja. Y será ocasión de observar que esto no modifica en absoluto el implacable discurso que completándose con la ideología de la lucha de clases, induce solamente a los explotados a rivalizar sobre la explotación de principio, para proteger su participación patente en la sed de carencia-de-gozar.

¿Qué esperar pues del canto de ese malestar? Nada, sino testimoniar del inconsciente que habla -tanto más gustosamente cuanto que con el no-sentido él está en su elemento-. ¿Pero qué efecto esperar puesto que, usted lo ve, señalo que es alguna cosa que es, y no una noción-llave?

De remitirnos a lo que instauré este año de una articulación radical del discurso del amo como revés del discurso del psicoanalista, otros dos discursos se motivan en un cuarto de giro para transitar de uno al otro, en especial el discurso del histérico por una parte, el discurso universitario por la otra, lo que de ahí se extrae es que el inconsciente no participa sino en la dinámica que precipita la báscula de uno de esos discursos en el otro. Ahora bien, con o sin razón, creí poder aventurarme a distinguirlos del deslizamiento -de una cadena articulada por el efecto del significante considerado como verdad en cuanto función de lo real en la dispersión del saber.

Es a partir de ahí que se debe juzgar lo que el inconsciente puede subvertir. Ciertamente ningún discurso, donde como máximo aparezca él con una dolencia de palabra.

Su instancia dinámica consiste en provocar la báscula donde un discurso gira hacia el otro, por desplazamiento de fase del lugar donde se produce el efecto de significante.

Si se sigue mi topología tallada a golpes, se encuentra ahí la primera aproximación freudiana en que el efecto de «progreso» a esperar del inconsciente, es la censura.

Dicho de otro modo, que para la continuidad de la crisis presente, todo indica la procesión de lo que yo defino como discurso universitario, es decir, contra toda apariencia que adopte en la ocasión, el ascenso de su gestión.

Es el discurso mismo del amo, fortalecido con oscurantismo.

Es por un efecto de regresión, por el contrario, que se opera el paso al discurso del histérico.

Sólo lo indico para responder a usted sobre lo que resulta de las consecuencias de su pretendida noción, en lo que atañe a la ciencia.

Por paradojal que sea la aserción, la ciencia toma sus impulsos del discurso del histérico.

Habría que penetrar por ese sesgo los correlatos de una subversión sexual de escala social, con los momentos incipientes en la historia de la ciencia.

Sería ruda puesta a prueba de un pensamiento audaz.

Este se percibe a partir de que el histérico es el sujeto dividido, dicho de otra manera, es el inconsciente en ejercicio, que pone al amo al pie del muro de producir un saber.

Tal fue la ambición inducida en el amo griego bajo el nombre de la (griego). Ahí donde la (griego) lo guiaba en lo esencial de su conducta, fue intimado -y en especial por un Sócrates histérico confeso de que dice no entender sino en asuntos de deseo, patente por sus síntomas patognómicos- a hacer gala de alguna cosa que valiera la (griego) del esclavo y justificara sus poderes de amo.

Nada que escatimara su éxito, cuando un Alcibíades sólo da prueba de esta lucidez al confesar lo que lo cautiva en Sócrates, el objeto a, al que yo he reconocido en la (griego) de la que se habla en el *Banquete,* un plus-de-gozar en libertad y de consumo más breve.

Lo curioso es que fuera la marcha del platonismo la que haya resurgido en nuestra ciencia con la revolución copernicana. Y si hay que leer a Descartes y su promoción del sujeto, su «yo pienso, yo soy por consiguiente», no hay que omitir la nota a Beeckman: «A punto de subir al escenario del mundo, avanzo enmascarado ... ».

~ Leamos el cogito al traducirlo según la fórmula que Lacan da del mensaje en el inconsciente; es entonces: «0 tú no eres, o tú no piensas», dirigido al saber. ¿Quién vacilaría en escoger?

El resultado es que la ciencia es una ideología de la supresión del sujeto, lo que el gentilhombre de la Universidad ascendente sabe bastante bien. Y yo lo sé tanto como él.

El sujeto, al reducirse al pensamiento de su duda, cede lugar al retorno en magnitud del significante amo, al duplicarlo, bajo la rúbrica de la extensión, con una exterioridad enteramente manejable.

Que el plus-de-gozar, al proveer la verdad del trabajo que vendrá, reciba una máscara de hierro (es de ella que habla el *larvatus prodeo),* ¿cómo no ver que es remitirse a la dignidad divina (y Descartes queda absuelto) por ser única garantía de una verdad que no es más que hecho de significante?

Así se legitima la prevalencia del aparato matemático, y la infatuación (momentánea) de la categoría de cantidad.

Si la cualidad no estuviera también recargada de significado, también sería propicia al discernimiento científico: que baste con verla retornar bajo forma de signos (+) y (-) en el edificio del electromagnetismo.

Y la lógica matemática (gracias a Dios, ya que yo llamo a Dios por su nombre carajo de Nombre *[nom-de-Dieu de Nom])* nos devuelve a la estructura en el saber.

Pero usted ve que si «el conocimiento» no ha recobrado aún conocimiento, es que no es por el hecho del inconsciente que lo perdió. Y es poco probable que sea él quien lo reanime.

Así como se sabe que el conocimiento ha divagado en física cuando quiso insertarse alguna partida estésica -que quedó trabada la teoría del movimiento, en tanto no se liberó del sentimiento de la impulsión-, que es solamente al retorno de lo reprimido de los significantes a que se debe en fin que se confíe la equivalencia del reposo al movimiento uniforme; también el discurso del histérico demuestra que no hay ninguna estesia del sexo opuesto (ningún conocimiento en el sentido bíblico) para dar cuenta de la pretendida relación sexual.

El goce con el que se soporta está, como cualquier otro, articulado por el plus-de-gozar por el cual en esa relación el compañero sexual sólo es alcanzado: 1) por el vir si lo identifica al objeto a, hecho sin embargo claramente indicado en el mito de la costilla de Adán, el que tanto hacía reír, y con razón, a la más célebre epistolaria de la homosexualidad femenina, 2) por la virgo si lo reduce al falo, es decir al pene imaginado como órgano de la tumescencia, es decir a la inversa de su función real.

De ahí las dos rocas: 1) la castración donde el significante mujer se inscribe como privación, 2) la envidida del pene donde el significante hombre es sentido como frustración.

Son escollos que dejan a merced del encuentro, el acceso proclamado por los psicoanalistas a la madurez de lo genital.

Ya que reside ahí el ideal bastardo, con que aquellos que se dicen «de hoy» enmascaran que aquí la causa es de acto y de la ética que anima, con su razón política.

Es también eso con que el discurso del histérico cuestiona al amo: «¡Veamos si eres hombre!». Pero la representación de cosa, como dice Freud, no es aquí más que representación de su falta. La omnipotencia no es; es por ello en efecto que ella se piensa. Y que no hay nada que reprocharle, como el psicoanalista imbécilmente se obstina.

No reside ahí el interés: en resignarse a privarse de la esencia del macho, sino en producir el saber con que se determina la causa que se constituye como desafío en su ente.

Al respecto se dirá no sin pretexto que los psicoanalistas en cuestión no quieren saber nada de la política. Lo fastidioso es que están bastante curtidos como para profesarla ellos mismos, y que el reproche les venga de quienes, por haberse instalado en el discurso del amo Marx, tornan obligatorias las insignias de la normalización conyugal: lo que debería estorbarlos en el espinoso punto de al instante.

Detalle en relación con lo que nos interesa: el inconsciente no subvertirá nuestra ciencia por hacerla confesar públicamente la falta de alguna forma de conocimiento.

Que simule a veces que la bruja que introduce, sea aquella de los nocturnos que habitan el ala derrumbada del castillo de la tradición, si el inconsciente es llave, no lo será más que cerrando la puerta que dejaría boquiabierto *[béerait]* en ese agujero de vuestro dormitorio.

Los aficionados a la iniciación no son nuestros invitados. Al respecto Freud no bromeaba. Profería el anatema del fastidio contra esos sortilegios y no entendía que Jung nos destemplara las orejas con aires de mandala.

Ello no impedirá a los oficios celebrarse con cojines para' nuestras rodillas, pero el inconsciente no aportará más que risas poco decentes.

Habría que recomendarlo para uso doméstico como tornasol que constituye el abanico del reaccionario en materia de conocimiento.

Restituye por ejemplo a Hegel el premio al humor que éste merece, pero revela su ausencia total en toda la filosofía que sucede, Marx aparte.

No mencionaré más que la última muestra que llega a mi «conocimiento», ese retorno increíble a la potencia de lo invisible, más angustiante por ser póstuma y para mí de un amigo, como si lo visible tuviera aún para alguna mirada apariencia de ente.

Esos mohínes fenomenológicos giran todos en torno del árbol fantasma del conocimiento supranormal, como si hubiera alguno normal.

Ningún clamor de ser o de nada que no se apague con lo que el marxismo demostró con su revolución efectiva: que no hay ningún progreso a esperar de verdad ni bienestar, sino solamente el viraje de la impotencia imaginaría a lo imposible que resulta ser lo real al no fundarse sino en lógica: es decir ahí donde yo advierto que reside el inconsciente, pero no para decir que la lógica de ese viraje deba apresurarse hacia el acto.

Ya que el inconsciente juega también en otro sentido: es decir a partir de la imposibilidad con que el sexo se inscribe en el inconsciente, para mantener como deseable la ley de que se connota la impotencia de gozar.

Es necesario decirlo; el psicoanalista no tiene aquí que tomar partido, sino establecer una comprobación.

Con ello doy testimonio de que todo rigor con que haya podido señalar aquí los desfallecimientos de la sutura, no encontré entre los comunistas con quienes tuve que vérmelas más que una negativa rotunda.

Yo lo explico por el hecho de que los comunistas, al constituirse en el orden burgués como contra-sociedad, sólo van a remedar todo eso con que el primero se honra: trabajo, familia, patria, trafican influencia, y sindicato contra quienquiera que de su discurso destacara las paradojas.

Para mostrar todo esto como factor de patología, es decir desde mis aseveraciones sobre la causalidad psíquica, en todas partes donde mi esfuerzo hubiera podido quitar el sello al monopolio psiquiátrico, no he jamás recogido de ellos respuesta que se opusiera a la hipocresía universitaria, de la cual sería otra historia predecir su despliegue.

Es evidente que ahora ellos se sirven de mí tanto como ella. Sin el cinismo de no nombrarme: son gente honorable.

Pregunta *VI*

¿En qué son incompatibles saber y verdad?

Respuesta

Incompatibles. Palabra bonitamente elegida que podría permitirnos responder a la pregunta con la burla que merece: pero sí, sí, ellos condolescen *[compatissent].*

Que sufran juntos, uno y la otra: es la verdad.

Pero lo que usted quiere decir, si yo le entiendo bien, es que verdad y saber no son complementarios, no hacen un todo.

Excúseme: es un problema que no me planteo. Puesto que no hay todo.

Puesto que no hay todo, nada no es todo.

El todo, es el índex del conocimiento. He dicho bastante, me parece, que a ese título, es imposiblepuntearlo.

Ello no me impedirá coordinar vivamente que la verdad lo soporta todo: se mea, se tose,

se escupe adentro. «¡Caramba!» grita ella con un estilo que yo he esbozado en otro lado. «¿Qué es lo que usted hace? ¿Cree usted que está en su casa?» Ello quiere decir que tiene en efecto una noción, una noción llave de lo que usted hace. (Pero usted no de lo que ella es, y es en eso, vea usted, que consiste el inconsciente.) Para volver a ella, que por el instante nos ocupa, diré que ella lo soporta todo, ¡rocío del discurso!, puede querer decir que no le da ni frío ni calor. Es lo que permite pensar que manifiestamente es ciega o sorda, al menos cuando os mira, o bien que usted la intimida.

Para decir la verdad, es decir, para medirse a ella, será siempre mejor munirse para aproximársele de un saber grave. Es por consiguiente más que compatible, como cont(a)bilidad *[comp(a)tabilité]* -es decir lo que a usted interesa en primer lugar puesto que el saber puede saldar los gastos de un negocio con la verdad, si le agarra la ganas.

¿Saldar hasta dónde? Ello, «no se sabe», es justamente por lo que el saber está en efecto obligado a no fiarse más que a él para lo que tiene peso.

Por consiguiente, el saber es dote. Lo que hay de admirable, es la pretensión de quien querría hacerse amar sin su colchón. El se ofrece el pecho desnudo. ¡Qué adorable debe ser su «no-saber», con cuánto gusto uno se expresa en ese caso!

¡Sorpréndase que de ahí se salga, buen perro, sosteniendo entre los dientes su propia carroña!

Naturalmente eso no ocurre más, pero eso aún se sabe. Y a causa de eso, hay quien juega a hacerlo, pero fingiendo. Usted ve «todo» lo que trafica a partir de que saber y verdad sean incompatibles.

No pienso en ello sino porque es un señuelo que, creo, fue imaginado para justificar un *amok* con respecto a mí: supongamos que una persona que se lamentara de su afición por la verdad, se manifestara como redom ... do psicoanalista [fue *psychana*lyste].

Muy precisamente yo no articulé la topología que delimite la frontera entre verdad y saber, sino para mostrar que esta frontera está en todos lados y no fija dominio más que cuando uno se pone a amar su más allá.

Los caminos de los psicoanalistas no están preservados lo suficiente como para que la propia experiencia al esclarecerlos no sea todavía más que programa.

Es por ello que yo partiré de donde cada uno convierte su aborde en un estrangulamiento: ejemplar, por estar exento de experiencia.

¿No es sorprendente que a la fórmula a la que desde más de una década he yo impulsado, aquella llamada del sujeto supuesto saber, para dar razón de la transferencia, nadie, y aún en el curso de este año donde la cosa se mostraba en la pizarra, más evidente que si la casilla estuviera inscrita separadamente de la bolita destinada a llenarla, nadie, digo yo, ha promovido la pregunta: ¿es, supuesto que él es ese sujeto, saber la verdad?

¿Advierten ustedes adónde eso conduce? No piense en ello sobre todo, arriesgaría usted matar la transferencia.

Puesto que del saber cuya transferencia hace el sujeto, se manifiesta a medida que el sometido trabaja en ella, que no era más que una «astucia» con la verdad.

Nadie sueña que el psicoanalista se haya casado con la verdad. Es precisamente por ello que su esposa cascabelea, cierto que para no moverse demasiado, pero que él la necesita ahí como barrera.

¿Barrera para qué? Contra la suposición que sería el colmo: de lo que haría el psicoanalista de novio con la verdad.

Es que la verdad con no hay relaciones de amor posibles, ni de matrimonio, ni de amor libre. No hay de seguro más que una, si usted quiere que ella bien a usted lo posea, la castración, la vuestra, bien entendido, y de ella, sin piedad.

Saber que es así, no impide que ocurra, y seguramente, aun menos, que se lo evite.

Pero se lo olvida cuando se lo evita, mientras que cuando llega, no se lo sabe menos

Es, me parece, el colmo de la compatibilidad. Rechinarían los dientes si no se hiciera: la colmatibilidad, para que os sea devuelto un eco de robo que golpetea, propiamente patibulario.

Es que de la verdad, no es necesario captar todo. Un trozo *[bout]* basta: lo que se expresa, según la estructura, por: saberlo todo *[en savoir un bout].*

En este punto supe conducir a algunos, y me sorprendo de decir tanto a la radio. Es que aquellos que me escuchan no tienen, para oír lo que yo digo, obstáculo para escucharme. Donde me aparece que este obstáculo proviene de que en otra parte he debido calcularlo.

Ahora bien no estoy aquí para formar al psicoanalista, sino para responder a sus preguntas lo que las reubica en su lugar.

Su disciplina en seguirme, lo penetra de esto: que lo real no está en primer lugar para ser sabido.

Como verdad, en efecto, es el dique que disuade el menor intento de idealismo. Mientras que de desconocerlo, éste se dignifica con los colores más diversos.

Pero eso no es una verdad, es el límite de la verdad.

Puesto que la verdad se sitúa si se supone lo que de lo real cumple función en el saber, que ahí se agrega (a lo real).

Es bien en efecto de ahí que el saber trae lo falso de ser, y aun de ser-ahí, es decir *Dasein* para golpearte hasta que pierdan el aliento todos los participantes de la ceremonia.

A decir verdad, no es más que de lo falso de ser que uno se preocupa en cuanto tal de la verdad. Al saber, que no es falso, no le importa.

No hay más que uno del que ella se manifiesta sorprendida. Y es por eso considerado de un gusto dudoso, cuando es justamente por la gracia freudiana que produce él algunos *lapsus linguae* en el discurso.

Es en esa juntura de lo real que se encuentra la incidencia política donde el psicoanalista tendría lugar si fuera de ello capaz.

Ahí residiría el acto que pone en juego con cuál saber hacer la ley. Revolución que sobreviene cuando un Saber se redujo a ser síntoma, visto desde la mirada misma que él ha producido.

Su recurso entonces es la verdad por la cual se lucha.

Donde se articula que el efecto de verdad aspira a aquello que cae del saber, es decir a aquello que se produce, impotente sin embargo de alimentar el dicho efecto. Circuito no menos destinado a no ser perpetuo tanto como cualquier movimiento -de donde aquí también se demuestra lo real de una energética diferencia.

Es él, ese real, una vez transcurrida la hora de la verdad, que se agitará hasta la próxima crisis, el lustre recobrado. Se diría aun que ahí reside la fiesta de toda revolución: que la confusión de la verdad sea arrojada a las tinieblas. Pero de lo real, no vio más que deslumbres, por más ilustrado:

Pregunta VII

Gobernar, educar, psicoanalizar, son tres tareas imposibles de sostener. A pesar de esa perpetua refutación de todo discurso, y en especial del suyo, es necesario que el psicoanalista se aferre. Se aferra a un saber -el saber analítico- que por definición él refuta. ¿Cómo resuelve usted -o no-esta contradicción? ¿Estatuto de lo imposible? ¿Lo imposible es lo real?

Respuesta

Perdón si, ni aun de esta pregunta, no logro la respuesta sino para revestirla con mis propiasmanos.

Gobernar, y educar, psicoanalizar, son tareas en efecto, pero que al llamar imposibles, no se consigue así sino prematuramente asegurarlas como reales.

Lo menos que se puede imponerles, es de dar prueba de ello.

Eso no es refutar lo que usted llama su discurso. ¿Por qué el psicoanalista tendría por lo demás el privilegio, si no tuviera él que ajustarles el paso, el mismo que recibe de lo real, para dar el suyo?

Notemos que establece ese paso *[pas]* con el acto mismo con que lo avanza; y que es en lo real donde ese paso cumple función, que él somete los discursos que pone al paso de la sincronía de lo dicho.

Asentándose con el paso que produce, esta sincronía sólo se origina en su emergencia. Ella limita el número de los discursos que somete, como hice yo concisamente al estructurarlos en número de cuatro de una revolución no permutativa en sus posiciones, de cuatro términos, el paso de lo real que así se sostiene siendo desde entonces unívoco en su progreso como en su regresión.

El carácter operatorio de ese paso [pas] consiste en que una disyunción quiebra ahí la sincronía entre términos cada vez diferentes, justamente porque ella está fija.

En verdad ahí no hay lisis para hacer con su nombre lo que, en el proverbio que se agita después de Freud, se llama curar y que hace reír demasiado alegremente.

Gobernar, educar, curar, por consiguiente, ¿quién sabe? por el análisis, el cuarto podado por figurar como maritornes: es el discurso del histérico.

¡Y qué! ¿Se propondría la imposibilidad de los dos últimos según el modo de coartada de los primeros? ¿O más bien para resolverlos en la impotencia?

Por el análisis, ahí no hay lisis, permítaseme aún este juego, más que la imposibilidad de gobernar lo que no se domina, la que debe traducirse en impotencia de la sincronía con nuestros términos: comandar al saber. Para el inconsciente, es un tanto difícil.

Para el histérico, es la impotencia del saber que provoca su discurso, para animarse del deseo -que descubre en qué educar fracasa.

Quiasma sorprendente por no ser bueno, a menos que se denuncie dónde se aflojan las imposibilidades para pronunciarse como coartadas.

¿Cómo obligarlas a que muestren su real, de la relación misma que, para ser-ahí, cumple función como imposible?

Ahora bien, la estructura de cada discurso necesita una impotencia, definida por la barrera

del goce, a diferenciarse como disyunción, siempre la misma, de su producción a su verdad.

En el discurso del amo, el plus-de-gozar sólo satisface al sujeto al sostener la realidad de la sola fantasía.

En el discurso universitario, es la abertura en que se abisma el sujeto que él produce por tener que suponer un autor al saber.

Ésas son verdades, pero en las que aún se lee que son trampas para prescribirles el camino de donde lo real viene al hecho.

Ya que no son más que consecuencias del discurso que de ellas proviene.

Pero ese discurso surgió de la báscula donde el inconsciente, yo lo he dicho, es dinámico por permitirle funcionar en «progreso», para lo peor, sobre el discurso que lo precede con un cierto sentido rotatorio.

Así el discurso del amo extrae su razón del discurso del histérico en que al hacerse el agente de lo omnipotente, renuncia a responder como hombre a aquello que al solicitarlo ser, el histérico no obtiene más que saber. Es al saber del esclavo que se entrega desde entonces para producir el plus-de-gozar, a partir del suyo (de su saber de él), él no logra que la mujer sea causa de su deseo (no digo: objeto).

De ahí se manifiesta que la imposibilidad de gobernar sólo será apremiada en su real trabajando regresivamente el rigor de un desarrollo que necesita a la falta para gozar en su partida, si la mantiene hasta el fin.

Por el contrario, es por estar en progreso sobre el discurso universitario que el discurso del analista podría permitirle cercar lo real cuya función es su imposibilidad, es decir a que quiera someter, a la cuestión del plus-de-gozar que tiene ya su verdad en un saber, el paso del sujeto al significante del amo.

Es suponer el saber de la estructura que, en el discurso del analista, ocupa lugar de verdad.

Es decir la sospecha con que ese discurso debe sostener todo lo que se presenta en ese lugar.

Puesto que la impotencia no es la guisa de la que lo imposible sería la verdad, pero tampoco es lo contrario: la impotencia haría un favor fijando la mirada si la verdad no se viera a punto de... fornicar.

Es necesario terminar con esos juegos donde la verdad soporta los gastos irrisorios.

Sólo presionando lo imposible hasta sus últimas posiciones la impotencia adquiere el poder de hacer girar el paciente hacia el agente.

Es así que ella se actualiza en cada revolución cuya estructura no haya que hacer," para que, bien entendido, la impotencia cambie de modo.

Así el lenguaje innova con eso que revela del goce y surge la fantasía de que él realiza un tiempo.

No se aproxima a lo real sino en la medida del discurso que reduce lo dicho a hacer agujero en su cálculo.

De tales discursos, en la hora actual, no hay muchos.

Advertencia(12)

Aquel que me interroga
sabe también leerme.
J. L.

[Yo digo siempre la verdad]

Yo digo siempre la verdad: no toda, porque de decirla toda, no somos capaces. Decirla toda es materialmente imposible: faltan las palabras. Precisamente por este imposible, la verdad aspira a lo real. nota(13)

He de confesar mi intento de responder a la presente comedia y que eso estaba bueno para la canasta.

Marra pues, y por ahí mismo logro en relación con un error, o para decirlo mejor, con un vagabundaje *[errement].*

Este, por ser de ocasión, sin demasiada importancia. ¿Pero cuál en primer lugar?

El vagabundaje consiste en esta idea de hablar para que los idiotas me comprendan.

La idea que naturalmente me conmueve tan poco, que debió serme sugerida. Por la amistad. Peligro.

Ya que no hay diferencia entre la televisión y el público ante el cual hablo desde hace mucho tiempo, eso que llaman mi seminario. Una mirada en los dos casos: a quien no me dirijo en ninguno, mas que en nombre de lo que hablo.

Que no se piense sin embargo que hablo para nadie. Hablo para aquellos que saben, a los no idiotas, a analistas supuestos.

La experiencia prueba, aun ateniéndose al tropel, prueba que lo que digo interesa a mucha más gente que a aquellos que con alguna razón supongo analistas. De tal suerte, ¿por qué hablaría yo aquí con tono distinto al de mi seminario?

Aparte que no es inverosímil que suponga también analistas que me oyen.

Iré más lejos: no espero nada más de los analistas supuestos, sino ser ese objeto gracias al cual lo que enseño no es un autoanálisis. Sin duda, en este punto, no hay más que ellos, de aquellos que me escuchan, que seré oído. Pero aun, de no oír nada, un analista tiene ese papel que acabo de formular. Y la televisión lo tiene desde entonces como él.

Agrego que esos analistas que sólo lo son por ser objeto -objeto del analizante-; ocurre que me dirijo a ellos, no que les hable, sino que hablo de ellos: no fuera más que para turbarlos. ¿Quién sabe? Ello puede tener efectos de sugestión.

¿Se podrá creer? Hay un caso en que la sugestión no puede nada: aquel en que el analista recibe su falla del otro, de quien lo condujo hasta «el pase» como digo yo, el de ponerse en analista.

Felices los casos en que pase ficticio por formación incompleta(14): autorizan la esperanza.

Segunda Parte

[El inconsciente, *cosa bastante precisa*]

-Me parece, estimado doctor, que no estoy aquí para rivalizar en ingenio con usted..., sino solamente para dar lugar a su réplica. De tal modo, no obtendrá de mí sino las preguntas más ligeras -elementales, incluso vulgares. Ahí va: «El inconsciente, ¡vaya palabra!».

-El mismo Freud no encontró mejor, y no hay que redundar en ello. Esa palabra tiene el inconveniente de ser negativa, lo que permite suponer cualquier cosa en el mundo, sin considerar el resto. ¿Por qué no? Para cosa inadvertida, el nombre de «en todas partes» conviene tanto como el de «en ninguna parte».

Es sin embargo cosa bastante precisa.

Sólo hay inconsciente en el ser parlante. En los animales, quienes no tienen de ser sino el ser nombrados aun cuando se impongan de lo real, hay instinto, es decir el saber que implica su supervivencia. Aunque no más que para nuestro pensamiento, quizás ahí inadecuado.

Quedan los animales carentes de hombre, por ello llamados domésticos(15) y que por esta razón recorren los sismos, por lo demás bastante breves, del inconsciente.

El inconsciente, ello habla, lo que le hace depender del lenguaje, de lo que sólo se sabe poco: a pesar de lo que yo designo como lingüistería *[linguisterie]* para reunir ahí a lo que pretende, es nuevo, intervenir en los hombres en nombre de la lingüística. Siendo la lingüística la ciencia que se ocupa de la lengua *[la-langue],* que escribo en una sola palabra, si he de especificar su objeto, como es de uso en toda otra ciencia.

Este objeto es sin embargo eminente, de ser a él a que se reduce más legítimamente que a cualquier otro la noción aristotélica misma de sujeto. Lo que permite instituir el inconsciente de la existencia de otro sujeto al alma. Al alma como suposición de la suma de sus funciones al cuerpo. Lareferida *[Ladite]* más problemática a pesar que lo sea por la misma voz desde Aristóteles a Uexkull, y que sigue siendo lo que aún suponen los biólogos, les guste o no.

De hecho el sujeto del inconsciente no toca al alma más que a través del cuerpo, introduciendo el pensamiento: esta vez de contradecir a Aristóteles. El hombre no piensa con su alma, como lo imagina el Filósofo.

El piensa ya que una estructura, la del lenguaje -la palabra lo admite-, ya que una estructura recorta su cuerpo, lo que nada tiene que hacer con la anatomía. La prueba el histérico. Esta cizalla llega al alma con el síntoma obsesivo: pensamiento con que el alma se entorpece, no sabe qué hacer.

El pensamiento es disarmónico en cuanto al alma. Y el (griego). griego es el mito de una anuencia del pensamiento al alma, de una anuencia que sería conforme al mundo, mundo *(Umwelt)* cuya alma se considera responsable, cuando no es más que la fantasía en que se sostiene un pensamiento, «realidad» sin duda, pero a entender como mueca de lo real.

-No obstante se acude a usted, psicoanalista, para poder vivir mejor en este mundo que usted reduce a la fantasía. ¿Es también la cura una fantasía?

-La cura es una demanda que parte de la voz del sufriente, de alguien que sufre de su cuerpo o de su pensamiento. Lo sorprendente es que haya respuesta, y que desde siempre la medicina haya dado en el blanco por las palabras.

¿Qué ocurría antes de que el inconsciente fuera descubierto? Una práctica no tiene necesidad de ser esclarecida para operar: es lo que se puede deducir.

-¿El análisis no se distinguiría por consiguiente de la terapia más que por «ser esclarecido»? Eso no es lo que usted quiere decir. Permítame formularle de esta manera la pregunta: «Tanto el psicoanálisis como la psicoterapia sólo actúan por medio de palabras. Sin embargo se oponen. ¿En qué?».

-Para los tiempos que corren, no existe psicoterapia de la que no se exija que sea de «inspiración psicoanalítica». Modulo la cosa con las comillas que merece. La diferencia ahí sustentada, ¿consistirá solamente en que no se va a la lona(16)..., al diván quiero decir?

Esto ayuda a los analistas carentes de pase en las «sociedades», iguales comillas, quienes por no querer saber nada, digo: del pase, lo sustituyen por formalidades de grado, bastante elegantes para ubicar permanentemente a aquellos que despliegan más habilidad en sus relaciones que en su práctica.

Por eso voy a presentar aquello por lo cual esta práctica prevalece en la psicoterapia.

En la medida en que interesa al inconsciente, hay dos vertientes que la estructura emite, es decir el lenguaje,

La vertiente del sentido, aquella de la que se creerá que es la del análisis que con el barco sexual nos inunda con olas de sentido.

Es sorprendente que este sentido se reduzca al no-sentido de la relación sexual, patente desde siempre en los decires del amor. Patente hasta el punto de ser aullante: lo que da una alta idea del humano pensamiento.

Y encima hay sentido que se hace tomar por el buen sentido, que encima se pretende sentido común. Es la cima de lo cómico, a diferencia que lo cómico conlleva el saber de la no-relación que está en el golpe, en el golpe del sexo. De ahí que nuestra dignidad asuma su descanso, incluso su relevo.

El buen sentido representa la sugestión, la comedia la risa. ¿Es decir que bastan, aparte ser poco compatibles? Es ahí que la psicoterapia, cualquiera que sea, no alcanza, no que no ejerza algún bien, sino que nos retrotrae a lo peor.

De ahí que el inconsciente, es decir la insistencia donde se manifiesta el deseo, o aun la repetición de lo que ahí es demandado -¿no es ahí que Freud lo dice en el momento mismo que lo descubre?

De ahí que el inconsciente, si la estructura que se reconoce -Por hacer el lenguaje en lalengua, como yo digo, lo exige bien, nos recuerda que a la vertiente del sentido que en la palabra nos fascina -mediante lo cual el ser hace pantalla a esta palabra, este ser del cual Parménides imagina el pensamiento-,

nos recuerda que a la vertiente del sentido, concluyo, el estudio del lenguaje opone la vertiente del signo.

¿Cómo es que el síntoma, lo que se llama tal en el análisis, no señaló ahí el camino? Eso que fue necesario hasta Freud para que, dócil al histérico, llegara él a leer los sueños, los lapsus, incluso los chistes, como se descifra un mensaje cifrado.

-Pruebe que está ahí lo que dice Freud, y todo lo que él dice.

-Que se vaya a los textos de Freud repartidos en tres mayores -los títulos son ahora triviales-, para darse cuenta de que no se trata sino de un descifre de dimensión significante pura.

Es decir que uno de esos fenómenos está articulado ingenuamente: articulado quiere decir verbalizado, ingenuamente según la lógica vulgar, empleo de la lengua simplemente recibido.

Es progresando en un tejido de equívocos, de metáforas, de metonimias, que Freud evoca una substancia, un mito fluidico que intitula *libido.*

Pero lo que él opera realmente, ahí bajo nuestros ojos fijos en el texto, es una traducción en la que se demuestra que el goce que Freud supone en el linde de procesos primarios, consiste propiamente en los desfiladeros lógicos hacia donde él nos conduce con tanto arte.

No hay más que distinguir, a lo que ya había llegado desde hace mucho tiempo la sapiencia estoica, el significante del significado (para traducir los nombres latinos como Saussure), y se aprehende la apariencia de fenómenos de equivalencia de los cuales se comprende que hayan podido configurar para Freud el aparato de la energética.

Es necesario un esfuerzo de pensamiento para que se funde la lingüística. De su objeto, el significante. No hay lingüística que no se proponga separarlo como tal, y especialmente del sentido.

Hablé de la vertiente del signo para acentuar la asociación con el significante. Pero el significante difiere en que a la batería se la encuentra ya en la lengua.

Hablar de código no conviene, justamente por suponer un sentido.

La batería significante de lalengua no suministra más que la cifra del sentido. Cada palabra adquiere según el texto una gama enorme, disparatada, de sentido, sentido cuya heteroclicidad se comprueba a menudo en el diccionario.

No es menos ciertos para miembros enteros de frases organizadas. Tal esta frase: los no-engañados(17)-erran con la cual yo me armo este año.

Sin duda la gramática hace de obstáculo de la escritura, y por lo tanto da prueba de un real, pero real se lo sabe, que permanece enigma, hasta tanto en el análisis no se zafe el resorte seudo-sexual: es decir lo real que, de no poder sino mentir al compañero, se inscribe neurosis, perversión o psicosis.

«Yo no lo amo», nos enseña Freud, llega lejos por repercusión en la serie.

En realidad, es porque todo significante, del fonema a la frase, puede servir de mensaje cifrado (personal decía la radio, durante la guerra) que él se desliga como objeto y que se descubre que es él quien hace que en el mundo, el mundo del ser parlante, haya Uno, es decir elemento, el (griego) del griego.

Lo que Freud descubre en el inconsciente yo no he podido hace un momento sino invitar a que se vaya a ver en sus escritos si digo justo, es bien diferente que advertir que se puede al por mayor dar un sentido sexual a todo lo que se sabe, por la razón que conocer presta a la metáfora bien conocida de siempre (vertiente del sentido que Jung explota). Es lo real que permite desanudar efectivamente en qué consiste el síntoma, a saber un nudo de significantes. Anudar y desanudar no son aquí más que metáforas, pero a considerar como esos nudos que se construyen realmente para hacer cadena de la materia significante.

Puesto que esas cadenas no son de sentido sino de gozo-sentido, a escribir como usted quiera conforme al equívoco que constituye la ley del significante.

Pienso haber dado alcance diferente de lo que arrastra de confusión corriente, al recurso calificado del psicoanálisis.

Tercera Parte

[Ser un santo]

-Los psicólogos, las psicoterapeutas, los psiquiatras, todos los trabajadores de la salud mental --- es desde abajo, y a la dura, que ellos se cargan al hombro toda la miseria del mundo-. Durante todo ese tiempo, ¿qué del analista?

-Es cierto que cargarse la miseria al hombro, como usted dice, es entrar en el discurso que la condiciona, así no fuera más que a título de protesta.

Por sólo decirlo, me pone en posición -que algunos entenderán como de rechazo de la política-. Lo que en cuanto a mí, sean quienes fueren tengo por excluido.

Por lo demás los psico -cualesquiera ellos fueran- que se dedican a vuestro supuesto acarreo, no están para protestar, sino para colaborar. Que lo sepan o no, es lo que hacen.

Es bien cómodo, hágome yo retorsión demasiado fácil, bien cómoda esta idea de discurso, para reducir el juicio a lo que lo determina. Lo que me asombra, es que de hecho no encuentran mejor que oponerme, se dice: intelectualismo. Lo que carece de peso, si se trata de saber quién tiene razón.

Lo es tanto menos que al referir esta miseria al discurso capitalista, yo lo denuncio.

Indico solamente que no puedo hacerlo seriamente, porque al denunciarlo lo refuerzo -lo normativizo, a saber lo perfecciono.

Interpolo una observación. No fundo esta idea de discurso sobre la existencia del inconsciente. Es el inconsciente que ahí sitúo -de no existir más que a un discurso.

Usted lo comprende tan bien que a ese proyecto que declaro ensayo vano, usted anexa una pregunta sobre el porvenir del psicoanálisis.

El inconsciente existe tanto más que por sólo revelarse claramente en el discurso del histérico, en cualquier otra parte no hay más que injertos: sí, por sorprendente que parezca, hasta en el discurso del analista donde lo que se hace, es cultura.

Aquí paréntesis, ¿el inconsciente implica que se lo escuche? A mi entender, sí. Pero él no implica, seguramente no sin el discurso en que él existe, que se lo evalúe como saber que no piensa, ni calcula, ni juzga, lo que no le impide trabajar (en el sueño por ejemplo). Digamos que es el trabajador ideal, aquel de quien Marx hizo la flor de la economía capitalista con la esperanza de verlo tomar el relevo del discurso del amo: lo que ocurrió en efecto, bien que bajo forma inesperada. Hay sorpresas en estos asuntos de discurso, es eso precisamente el hecho del inconsciente.

El discurso que digo analítico, es el lazo social determinado por la práctica de un análisis. Merece ser puesto a la altura de los más fundamentales entre los lazos que permanecen para nosotros en actividad.

-Pero de lo que constituye lazo social entre los analistas, está usted mismo, ¿no es así?, excluido...

La Sociedad -llamada internacional, aun cuando ello sea un poco ficticio, habiéndose reducido el asunto a no ser más que familiar-, yo la conocí en manos aún de la descendencia directa y adoptiva de Freud: si yo me atreviera -pero prevengo que aquí soy juez y parte, luego partidario-, diría que actualmente es una sociedad de asistencia mutua contra el discurso analítico. La SAMCDA.

¡Sacra SAMCDA!

Ellos no quieren saber nada pues del discurso que los condiciona. Pero eso no los excluye: lejos de ahí, puesto que funcionan como analistas, lo que quiere decir que hay gente que se analiza con ellos.

A este discurso, por consiguiente satisfacen, aunque algunos de sus efectos son para ellos desconocidos. En conjunto la prudencia no les falta; y aun si no es la verdadera, puede ser la buena.

Por lo demás, es para ellos que existen los riesgos.

Volvamos entonces al psicoanálisis y no busquemos subterfugios. Nos conducirían de todas maneras ahí donde voy a decir.

No podría situársele mejor objetivamente de lo que en el pasado se llamó: ser un santo.

Un santo durante su vida no impone el respeto que le vale a veces una aureola.

Nadie lo nota cuando sigue el camino de Baltasar Gracián, no ponerse de manifiesto -por donde Amelot de la Houssaye presumió que había escrito el *Homme de cour*.

Un santo, para hacerme entender, no practica la caridad. Más bien se pone a desperdiciar *[faire le dechet]: él* descarida *[décharite]. Eso* para realizar lo que la estructura impone, a saber, permitir al sujeto, al sujeto del inconsciente, tomarlo por causa de su deseo.

Es por la abyección de esa causa en efecto

7. El conocimiento temprano de Baltasar Gracián en Francia se debió a Amelot de la Houssaye, traductor de *El Príncipe* de Machiavello, quien en 1639 traduce el *Oráculo Manual* de Gracián bajo título de *L'Homme de cour* (El cortesano).

Que el sujeto en cuestión tiene oportunidad de localizarse al menos en la estructura. Para el santo no es divertido, pero imagino que, para algunas orejas de esta tele, confirma bien las rarezas de hechos de santos.

Que eso tenga efecto de goce, ¿quién no tiene el sentido con el goce? Sólo el santo permanece seco, nada que hacer para él. Es precisamente lo que sorprende más en el asunto. Sorprende a aquellos que se aproximan y no se equivocan: el santo es el desperdicio *[rebut]* del goce.

A veces sin embargo hay un relevo, del que se contenta como todo el mundo.]Él goza. Él no obra durante ese tiempo. No es que los vivillos no lo acechen entonces para sacar consecuencias y alentarse a sí mismos. Pero el santo se burla, tanto como de aquellos que ven ahí su recompensa. Lo que es para desternillarse.

Puesto que frecuentemente partió de burlarse también de la justicia distributiva.

En verdad el santo no se cree meritorio, lo que no quiere decir que carezca de moral. El único fastidio para los otros, que no se ve a dónde lo conduce.

Yo cogito desvariadamente para que haya de nuevo otros así. Sin duda por no conseguirlo Yo mismo.

Cuanto más santos hay, más se ríe, es mi principio, véase la salida del discurso capitalista -lo que constituirá un progreso-, si solamente es para algunos.

Cuarta Parte

[Esos gestos vagos de los que vuestra garantía es mi discurso]

-Desde hace veinte años que usted propuso su fórmula, que el inconsciente está estructurado como un lenguaje, se le objeta bajo diversas formas: «No son más que palabras -palabras, palabras, palabras-. Y lo que no se complica con palabras, ¿qué hace usted con eso? ¿Quid *de la energía psíquica, o del afecto, o de la pulsión?».*

-Usted imita los gestos con los cuales se finge un aire de patrimonio en la SAMCDA.

Porque, usted sabe, al menos en la SAMCDA de París, los únicos elementos de sustento provienen de mi enseñanza. Se filtra por todos lados, es un viento, que hiela cuando sopla demasiado fuerte. Entonces se vuelve a los viejos gestos, uno se calienta acurrucándose en Congreso.

Puesto que el que yo me venga de esta manera hoy con la SAMCDA no es un pito catalán, historia de hacer reír a la tele. Es expresamente a tal título que Freud concibió la organización a que legaba el discurso analítico. Sabía que la prueba sería dura, la experiencia de sus primeros seguidores lo había instruido al respecto.

-Consideremos primero la cuestión de la energía natural.

La energía natural hace de matraz de ejercicios para demostrar que en ese punto también se tiene ideas. La energía -es usted que le pone el gallardete de natural-, porque en lo que ellos dicen se sobreentiende que es natural: algo de hecho para el consumo, en tanto que

una represa puede retenerla y tornarla útil. Solamente he ahí, no es porque la represa haga de decorado en un paisaje, que la energía es natural.

El que una «fuerza de vida» pueda constituir lo que se consume, es una metáfora grosera. Porque la energía no es una sustancia, que por ejemplo se bonifica o que al envejecer se pone agria, es una constante numérica que para poder trabajar necesita el físico encontrar en sus cálculos.

Trabajar de manera conforme a lo que, de Galileo a Newton, se fomentó de una dinámica puramente mecánica: a lo que constituye el núcleo de lo que se llama más o menos propiamente una física, estrictamente verificable.

Sin esta constancia que no es más que una combinación de cálculo, no hay física. Se piensa que los físicos son cautelosos y que ordenan las equivalencias entre masas, campos e impulsiones para que resulte una cifra que satisfaga el principio de conservación de la energía. Todavía es necesario que pueda plantearse ese principio, para que una física satisfaga la exigencia de ser verificable: es un hecho de experiencia mental, como se expresaba Galileo. 0 para decirlo mejor, la condición de que el sistema sea matemáticamente cerrado prevalece aún sobre la suposición de que sea físicamente aislado.

Esto no es de mi cepa. Cualquier físico sabe claramente, es decir, presto a decírselo, que la energía no es más que la cifra de una constancia.

Ahora bien, lo que Freud articula como proceso primario en el inconsciente -esto es mío, pero que se recurra y se lo verá-, no es algo que se cifre, sino que se descifra. Yo digo: el goce mismo. Caso en el cual, no constituye energía, y no podría escribirse como tal.

Los esquemas de la segunda tópica con que Freud se tantea en eso, el célebre huevo de gallina por ejemplo, son un verdadero pudendum y servirían al análisis, si se lo analizara al padre. Ahora bien, tengo por excluido que se analice al Padre real, y para mejor el manto de Noé cuando el padre es imaginario.

De tal suerte que más bien me interrogo yo sobre lo que distingue el discurso científico del discurso histérico donde, hay- que decirlo, Freud, para recoger su miel, no lo hace inocentemente. Puesto que lo que inventa es el trabajo de las abejas como no pensando, no calculando, no juzgando, es decir lo que aquí mismo he destacado ya -cuando después de todo puede que no sea lo que piensa von Friesch.

Concluyo que el discurso científico y el discurso histérico tienen casi la misma estructura, lo que explica que Freud nos sugiera la esperanza de una termodinámica por donde el inconsciente encontraría en el porvenir de la ciencia su explicación póstuma.

Se puede decir que después de tres cuartos de siglo no despunta la más mínima indicación de una tal promesa y aun que retrocede la idea de endosar el proceso primario a cuenta del principio que, de decirse del placer, nos demostraría nada, salvo que nos aferramos al alma como la garrapata al pellejo del perro. Puesto que esta famosa tensión menor con que Freud articula el placer, ¿qué es si no la ética de Aristóteles?

Tal no podría ser el mismo hedonismo que aquel de que los epicuros se hacían portavoces. Se necesitaba que tuvieran algo muy precioso que cobijar, más secreto que los estoicos, para hacerse injuriar con el nombre de cochinos por esa insignia que no querría decir hoy día sino psiquismo.

De todos modos, me atuve a Nicómaco y a Eudemo, es decir a Aristóteles, para diferenciar rigurosamente la ética del psicoanálisis -cuyo camino facilité todo un año.

Lo mismo de la historia del afecto que yo descuidaría.

Que se me responda solamente sobre este punto: un afecto, ¿concierne al cuerpo? Una descarga de adrenalina, ¿es del cuerpo o no? Que desordene las funciones, es verdad. ¿Pero en que viene ello del alma? Es del pensamiento que descarga.

Entonces lo que hay que pesar, es si mi idea de que el inconsciente está estructurado como un lenguaje, permite verificar más seriamente el afecto -que aquella que expresa que es un despatarro del que se produjo una mejor acomodación-. Puesto que tal es lo que se me opone.

Lo que digo del inconsciente va o no más lejos que esperar que las alondras ya asadas os caigan en el pico, ¿adecuado? *Adecuatio,* más bufonesco por remitir a otra más compacta, a arredomar esta vez *rei,* la cosa, a *affectus,* al afecto en el que ella se reacomodará. Se necesitó esperar a nuestro siglo para que los médicos produjeran eso.

Por mi parte, no he hecho más que restituir lo que Freud enuncia en 1915 sobre la represión, y en otros que vuelven sobre el punto: que el afecto está desplazado. ¿Cómo podría juzgarse de este desplazamiento si no fuera por el sujeto que supone que no encaja ahí mejor que la representación?

Yo lo explico con su «cinta» 1 para como destacarlo con alfileres, pues tengo que reconocer que debo habérmelas con la misma. Solamente que yo demostré recurriendo a su correspondencia con Fliess (la única edición que se tiene de esta correspondencia expurgada) que la dicha representación, especialmente reprimida, no es nada menos que la estructura y precisamente en tanto ligada al postulado del significante. Cf. carta 52: este postulado está ahí escrito.

¿Cómo persistir diciendo que descuido el afecto, para pavonearse de hacerlo valer, sin recordar que un año, el último de mi permanencia en Saint-Anne, me ocupé de la angustia?

Algunos conocen la constelación en que le di lugar. La emoción *[l'émoi],* el impedimento *[l'empéchement],* el desconcierto *[l'embarras]* diferenciados como tales, prueban bastante que no hago poco caso del afecto.

Es cierto que escucharme en Saint-Anne estaba prohibido a los analistas en formación en

la SAMCDA.

No lo echo de menos. Afecté tan bien mi mundo para, ese año, fundar la angustia del objeto que ella concierne -lejos de estar desprovista de él, (en lo que se quedaron los psicólogos que no pudieron aportar más que su distinción del miedo ...), fundarla, digo, de este abjeto *[abjet]* como designo ahora más bien a mi objeto (a), que uno de los míos tuvo el vértigo (vértigo reprimido), de dejarme, tal objeto, caer(18).

Reconsiderar el afecto a partir de mis decires, reconduce en todo caso a lo que se dijo de seguro.

La simple resección de las pasiones del alma, como Santo Tomás nombra más pertinentemente esos afectos, la resección desde Platón de esas pasiones según el cuerpo: cabeza, corazón, véase como dice (latín) o sobrecorazón, ¿no es el testimonio ya de lo que es inevitable para su aborde, pasar por ese cuerpo, que yo digo no estar afectado más que por la estructura?

Indicaré por qué cabo se podría dar continuación seria, a entender por serial, a lo que en ese afecto prevalece del inconsciente.

Se califica por ejemplo a la tristeza de depresión, cuando se le da el alma por soporte, o la tensión psicológica del filósofo Pierre Janet. Pero no es un estado de alma, es simplemente una falla moral, como se expresaba Dante, incluso Spinoza: un pecado, lo que quiere decir una cobardía moral, que no cae en última instancia más que del pensamiento, o sea, del deber de bien decir o de reconocerse en el inconsciente, en la estructura.

Y lo que resulta por poco que esta cobardía, de ser desecho del inconsciente, vaya a la psicosis, es el retorno en lo real de lo que es rechazado, del lenguaje; es por la excitación maníaca que ese retorno se hace mortal.

Lo opuesto de la tristeza, el gay saber, el cual es una virtud. Una virtud no absuelve a nadie del pecado -original como todos saben-. La virtud de manifestar en qué consiste, que designo como gay sabor, es su ejemplo: no se trata de comprender, de mordiscar en el sentido, sino de rasurarlo lo más que se pueda sin que haga liga para esta virtud, gozando del desciframje, lo que implica que el gay saber no produzca al final más que la caída, el retorno al pecado,

¿Dónde en todo eso, lo que produce buena suerte? Exactamente en todos lados. En incluso su definición puesto que no puedo deber nada sino a la suerte *[heur],* dicho de otra manera a la fortuna, y que toda suerte le es buena para lo que lo mantiene, o sea para que él se repita.

Lo sorprendente no es que sea feliz *[heu-reux]* sin sospechar lo que lo reduce, su dependencia de la estructura, sino que se haga idea de la beatitud, una idea que llega bastante lejos para que se sienta exilado.

Felizmente *[heureusement]* que ahí tenemos al poeta para revelar la intriga": Dante que acabo de citar, y otros, fuera de los prostitutos que se venden al clacisismo.

Una mirada, la de Beatriz, o sea menos que nada, un parpadeo y el desperdicio que de eso resulta: y he ahí surgido al Otro que sólo debemos identificar al goce de ella, aquella que él, Dante, no quiere satisfacer, puesto que de ella no puede tener más que esa mirada, que ese objeto, pero de la que nos enuncia que Dios la colma; es aun de la boca de ella que él nos provoca a recibir la promesa.

A lo que en nosotros responde: fastidio *[en-nui].* Palabra con que, al hacer danzar las letras, como en el cinematógrafo hasta que ellas se reacomoden en una línea, recompuse el término: uniano *[unien].* Con que designo la identificación del Otro al Uno. Yo digo: el Uno mismo cuyo Otro cómico, que hace eminencia en el Banquete de Platón, Aristófanes para nombrarlo, nos ofrece el crudo equivalente de la bestia-de-dos-espaldas de la que imputa a Júpiter que no pueda sino, la bisección: es muy feo, ya dije yo que eso no se hace. No se compromete al Padre real en tales inconveniencias.

Queda que Freud también cae en eso: puesto que lo que imputa a Eros, en tanto que lo opone a Tanatos, como principio de «la vida», es de unir, como si, fuera de una fugaz coiteración, no se hubiera visto nunca dos cuerpos unirse en uno.

Así el afecto llega a un cuerpo cuya peculiaridad consiste en habitar el lenguaje -me pavoneo aquí de plumas que se venden mejor que las mías-, el afecto, digo, de no encontrar alojamiento, al menos no de su gusto. Eso se llama pesadumbre *[morosité]*, mal humor también. ¿Es un pecado, una pizca de locura, o una verdadera pincelada de lo real?

Los SAMCDA hubieran hecho mejor, usted ve, en tomar mi ronroneo para modular el afecto. Les hubiera permitido algo más que papar moscas.

Que ustedes comprendan la pulsión en esos gestos vagos de los que vuestra garantía es mi discurso, en otorgarme un lugar demasiado bello para que yo os agradezca, puesto que lo saben bien, ustedes que con brocha impecable han transcrito mi XI seminario: ¿quién otro que yo supo arriesgarse a decir sobre eso alguna cosa?

Por primera vez, y ante ustedes especialmente, yo sentía escucharme otras orejas que no eran taciturnas: es decir que no se escuchaba que yo Otrificaba *[Autrifiais]* el Uno, como se abalanzó a pensarlo la persona misma que me llamó al lugar que me concede vuestra audiencia.

¿Al leer los capítulos 6, 7, 8, 9, 13 y 14 de ese seminario XI, no se advierte lo que se gana en no traducir *Trieb* por instinto, y ciñendo de cerca a esta pulsión, llamarla deriva *[dérive],* en desmontar, luego remontarla, adhiriendo a Freud, la singularidad?

De seguirme, ¿quién no sentirá la diferencia que hay, entre la energía, constante en todo momento localizable de lo Uno donde se constituye lo experimental de la ciencia, y el

Drang o impulso de la pulsión que, goce, cierto, no se prende sino en los bordes corporales, -llegué hasta dar la forma matemática-, su permanencia? Permanencia que no consiste más que en la cuádruple instancia en que cada pulsión se sostiene al coexistir con las otras tres. Cuatro no da acceso más que de ser potencia, a la desunión a la que se trata de evitar, para aquellos que el sexo no alcanza para convertirlos en compañeros.

Ciertamente no hago ahí la aplicación con la que se distinguen neurosis, perversión y psicosis.

Lo hice en otra parte: no procediendo jamás sino por los rodeos con que el inconsciente abre camino al volver sobre sus pasos. Mostré lo que era la fobia de Juanito, donde él paseaba a Freud y a su padre, pero donde desde entonces los analistas tienen miedo.

Parte Quinta

[El desvarío de nuestro goce]

-Hay un rumor que canta: si se goza tan mal, es que hay represión [*repression*] *del sexo, y la culpa es primeramente de la familia, segundo de la sociedad, y particularmente del capitalismo. Se plantea la pregunta.*

-Es una pregunta -me permití decir, puesto que de vuestras preguntas yo hablo-, una pregunta que podría entenderse de vuestro deseo de saber cómo responder usted mismo en la oportunidad. Sea: si le fuera planteada, por una voz más bien que por una persona, una voz que no pudiera concebirse sino como proviniendo de la tele, una voz que no existe, ese no decir nada, la voz sin embargo, en nombre de la que hago existir esta respuesta, que es interpretación.

Para decirlo crudamente, usted *sabe* que tengo respuesta para todo, mediante lo que usted me presta la pregunta: usted se fía al proverbio de que no se presta sino al rico. Con razón.

¿Quién ignora que es por el discurso analítico que hice fortuna? En lo que soy un *self-made man.* Hubo otros, pero no en nuestros días.

Freud no dijo que la represión *[refoulement] proviene* de la supresión *[repression]* que (para hacer imagen), la castración sea debida a que papá sentencie al chiquillín que se toquetea el pitito: «Si empiezas de nuevo, seguro que te lo cortarán».

Bien natural entonces que Freud haya tenido la idea, de partir de ahí para la experiencia -a entender por lo que la define en el discurso analítico-. Digamos que a medida que avanzaba, se inclinaba más hacia la idea de que la represión era primera. Ello en el conjunto de la báscula de la segunda tópica. La gula con que denota al superyó es estructural, no efecto de la civilización, sino «malestar» (síntoma) en la civilización.

De tal suerte que es pertinente volver sobre la prueba, a partir de que sea la represión la que produce la supresión. ¿Por qué la familia, la sociedad misma, no serían ellas creación a edificarse de la represión?. Nada menos que eso, pero se podría decir que el inconsciente ex-siste, se motiva en la estructura, es decir, en el lenguaje. Freud elimina tan poco esta solución que es para abreviar *[entrancher]* que se obstina con el caso del hombre de los lobos, el cual hombre se siente más bien mal. Aun parece que ese fracaso, fracaso del caso, sea poco comparado a su éxito: el de establecer lo real de los hechos.

Si este real permanece enigmático, ¿es que hay que atribuirlo al discurso analítico, por ser él mismo institución?

No hay otro remedio entonces que el proyecto de la ciencia de apropiarse la sexualidad: la sexología no era al respecto más que proyecto. Proyecto en el que Freud confiaba. Confianza que confiesa gratuita, lo que nos dice largo sobre su ética.

Ahora bien, el discurso analítico, promete: innovar. Eso, cosa enorme, en el campo en que se produce el inconsciente, puesto que esos callejones sin salida, entre otros ciertamente, pero en primer lugar, se revelan en el amor.

No es que todo el mundo no esté al corriente de esta novedad que corre por las calles, pero que no inquieta a nadie, por la razón de que esa novedad es trascendente: la palabra debe considerarse con el mismo signo que constituye en la teoría de los números, o sea, matemáticamente.

De donde no es por nada si se sostiene con el nombre de transferencia.

Para despertar a mi mundo, articulo esa transferencia al «sujeto supuesto saber». Hay ahí explicación, despliegue de eso que el nombre no fila sino oscuramente. A saber: que el sujeto, por la transferencia, es supuesto al saber en que consiste como sujeto del inconsciente y que es eso que es transferido al analista, es decir ese saber en tanto que él no piensa, ni calcula, ni juzga, sin dejar de comportar efecto de trabajo.

Este facilitamiento vale lo que vale, pero es como si tocara la flauta, ... o peor como si les metiera miedo.

SAMCDA simplicitas: ellos no se atreven. No se atreven a avanzar hacia donde ello los

conduce.

¡No es que no me rompa e'- lomo! Profiero «el analista sólo se autoriza por sí mismo». Instituyo el «pase» en mi escuela, es decir el examen de eso que decide a un analizante a ponerse analista -esto sin forzar a nadie-. Ello no resulta todavía, debo confesarlo, sino ahí donde se ocupan de ello, y mi escuela no la tengo desde hace tanto tiempo. No es que tenga la esperanza de que en otra parte se cese de hacer de la transferencia retorno al expedidor. El atributo del paciente es una singularidad que sólo nos concierne al recomendarnos prudencia, en su apreciación en primer lugar y más que en su manejo. Aquí uno se las arregla, ¿pero allí donde iríamos a parar?

Lo que sé, es que el discurso analítico no puede sostenerse con uno solo. Tengo la suerte de que haya quienes me siguen. El discurso tiene por consiguiente su probabilidad.

Ninguna efervescencia -que también proviene de él- podría eliminar lo que da testimonio de una maldición sobre el sexo, que Freud evoca en su «Malestar».

Si hablo de fastidio, incluso de pesadumbre, a propósito de la aproximación «divina» del amor, ¿cómo desconocer que esos dos afectos se denuncian -de palabra, incluso con actos- en los jóvenes que se entregan a relaciones sin supresión *[repression],* siendo lo más curioso que los analistas en quienes ellos se motivan les oponen una afectada gazmoñería?

Aun si los recursos de la supresión familiar no fueran verdaderos, habría que inventarlos, y de ello no nos privamos. Eso es el mito, la tentativa de dar forma épica a lo que se obra de la estructura.

La encrucijada sexual segrega las ficciones que racionalizan lo imposible del que ellas provienen. Yo no digo imaginadas, yo leo ahí como Freud la invitación a lo real que a ello concierne.

El orden familiar no hace más que traducir que el padre no es el genitor, y que la madre permanece *[reste](19)* contaminar a la mujer para el hombrecito; el resto continúa.

No es que valorice el gusto por el orden que hay en ese pequeño, lo que él enuncia al decir: «personalmente (sic) la anarquía me horroriza». Lo propio del orden, donde hay el mínimo, es que no se tiene que apreciarlo puesto que está establecido.

La buena suerte ya ocurrió en otro lugar, y es suerte buena la justa para demostrar que ahí va mal hasta para el esbozo de una libertad. Es el capitalismo reordenado. Lo mismo pues para el sexo, puesto que en efecto el capitalismo, es de ahí que partió, de desecharlo.

Ustedes dieron en el izquierdismo, pero por lo que yo sé, no en el sexo-izquierdismo. Es que éste no adhiere sino al discurso analítico, tal como ex-siste por el momento. Ex-siste mal, al no hacer más que duplicar la maldición sobre el sexo. En lo que se revela teme esta ética que yo situaba del bien-decir.

¿No es reconocer solamente que no hay nada que esperar del psicoanálisis en lo que respecta a aprender a hacer el amor? Se comprende de ahí que las esperanzas se vuelquen sobre la sexología. lógica clásica, por donde él solamente da prueba de ser juguete de su inconsciente, quien de no pensar no podría juzgar ni calcular en el trabajo que produce a ciegas.

El sujeto del inconsciente embraga sobre el cuerpo. Es necesario que insista sobre lo que no se sitúa verdaderamente más que por un discurso, a saber, de eso cuyo artificio plasma lo concreto [fait *le concret].* ¡Ah tanto!

¿Qué puede de ahí decirse, del saber que ex-siste para nosotros en el inconsciente, sino que únicamente un discurso articula? ¿Qué puede decirse de que lo real nos llega por ese discurso? Así se traduce su pregunta en mi contexto, es decir que parece loca.

Si se sigue la experiencia instituida, es necesario atreverse a plantearla tal para anticipar cómo podrían sobrevenir proposiciones a de. mostrar para sostenerla. Veamos.

¿Se puede decir por ejemplo que, si El hombre quiere La mujer, no la alcanza sino cayendo en el campo, de la perversión? Es lo que se formula por la experiencia instituida del psicoanálisis. De verificarse, ¿es enseñable a todo el mundo, es decir científico, puesto que la ciencia se facilitó el camino a partir de este postulado?

Digo que lo es, y tanto más que, como lo deseaba Renan para «el porvenir de la ciencia», no tiene consecuencias puesto que La mujer no ex-siste. Pero que ella no ex-sista no excluye que se haga de ella el objeto del deseo. Bien por el contrario; de ahí el resultado.

Mediante lo cual El hombre, para equivocarse, da con *una* mujer, con la que sobreviene todo: es decir habitualmente ese fracaso en que consiste el logro del acto sexual. Los actores son capaces de las acciones más eminentes, como se sabe por el teatro.

Lo noble, lo trágico, lo cómico, lo bufonesco (a presentarse con una curva de Gauss), brevemente, el abanico de lo que reproduce la escena donde se exhibe -la que escinde de todo lugar social los asuntos de amor- el abanico, pues, se realiza -para producir las fantasías cuyos seres de palabra subsisten en lo que denominan, no se sabe muy bien por qué, «la vida»-. Puesto que de «la vida» ellos sólo tienen noción por el animal, donde no tiene que hacer su saber.

Nada testimonia [tu-émoigne], en efecto, como advirtieron los poetas del teatro, que la vida de ellos seres de palabra no fuera un sueño, fuera del hecho de que ellos matan [tu-ent] esos animales, matan-a-ti-mismo [tu-é-a-toi], es el caso de decirlo en lalengua que me es amiga por ser mí(a) [mie(nne)]. nota(20)

Puesto que en fin de cuentas la amistad, la (griego) primero de Aristóteles (que por dejarla no desestimo), justamente por donde bascula ese teatro del amor en la conjugación del verbo amar con todo lo que se sigue de devoción a la economía, a la ley de la casa.

Como se sabe el hombre habita, y aun cuando no sabe dónde, no tiene menos la costumbre. El *10o~,* como dice Aristóteles, no tiene que ver con la ética, donde observa la hominimia que tiene con ella el lazo conyugal, sin llegar a escindirla.

¿Cómo sin barrundar al objeto que pivotea en todo eso, no (griego) sino el objeto *(a)* parra nombrarlo, poder establecer su ciencia?

Es cierto que queda por acordar este objeto del matema que *La* ciencia, la única que aún ex-siste, *La* física, encontró en el número y la demostración, ¿Pero cómo no encontraría zapato mejor aún en este objeto que dije, si él es el producto mismo de ese matema a situar de la estructura, por poco que ésta sea propiamente la-garantía *[l'en-gage],* la-garantía *[l'engage]* que aporta el inconsciente a la muda *[muette]?*

¿Es necesario para convencerse volver sobre la huella que ya hay en el Menón, a saber que hay acceso de lo particular a la verdad?

Es para coordinar esos caminos que se establecen de un discurso, como también a que él no procede más que uno a uno, lo particular, se concibe uno nuevo que ese discurso transmite tan incontestablemente como el matema numérico.

Basta que en alguna parte la relación sexual cese de no escribirse, que se establezca contingencia (da lo mismo decir), para que un aliciente sea conquistado de lo que debe determinarse al demostrar como imposible esa relación, es decir al instituirla en l o real.

Esta probabilidad misma, se puede anticiparlo, de un recurso a la axiomática, lógica de la contingencia a que nos acostumbra eso de que el matema, o lo que él determina como matemático, sintió la necesidad: abandonar el recurso a evidencia alguna.

De este modo proseguiremos nosotros a partir del Otro, del Otro radical, que evoca la no-relación que el sexo encarna, -desde que se advierte que tal vez no hay Uno más que para la experiencia del (a)sexuado.

Para nosotros él tiene tanto derecho como el Uno a hacer sujeto de un axioma. Y he ahí lo que la experiencia aquí sugiere. En primer lugar que se impone para las mujeres esta negación que Aristóteles aparta por incidir en lo universal, es decir de no ser todas, (griego). Como si separando de lo universal su negación, Aristóteles no lo tornara simplemente fútil: el *dictus de omni et nullo* no asegura de ninguna ex-sistencia, como él mismo lo testimonia, esta ex-sistencia, al no afirmarlo más que de lo particular, sin, en sentido lato, darse cuenta, es decir saber por qué: -el inconsciente.

De ahí que *una mujer* -puesto que de más de una no se puede hablar-, una mujer no da con *El* hombre más que en la psicosis.

Planteamos este axioma, no que *El* hombre no ex-siste, caso de La mujer, sino que una mujer se lo prohibe, no de que sea el Otro, sino de que «no hay Otro del Otro» como lo digo yo.

Así lo universal de lo que ellas desean es locura: todas las mujeres son locas, que se dice. Es también por eso que no son todas, es decir locas-del-todo, sino más bien acomodaticias: hasta el punto que no hay límites a las concesiones que cada una hace para *un* hombre: de su cuerpo, de su alma, de sus bienes.

No pudiéndolo sino por sus fantasías de las que es menos fácil responder.

Ella se presta más bien a la perversión que tengo por la de *El* hombre. Lo que la conduce a la mascarada que se sabe, y que no es la mentira que los ingratos, por adherir a *El* hombre, le imputan. Más bien el por-si-acaso de preparse para que la fantasía del hombre encuentre en ella su hora de verdad. Eso no es excesivo puesto que la verdad es mujer ya por no ser toda, no toda a decirse en todo caso.

Pero es en que la verdad se rehusa más a menudo que a su turno, exigiendo del acto aires de sexo que él no puede sostener, es el fracaso: rayado como hoja de música.

Dejémoslo torcido. Pero viene justo para la mujer que no es fiable el axioma célebre de M. Fenouillard, y que, pasados los lindes, no hay límite: a no olvidar.

Por lo que, del amor, no es el sentido el que cuenta, sino más bien el signo, como en todo lo demás. Precisamente ahí está todo el drama.

Y no se dirá que por traducirse del discurso analítico, el amor se sustrae como lo hace en otros lados.

De ahí por lo tanto que se demuestre que es por este insensato por naturaleza que lo real hace su entrada en el mundo del hombre -es decir, los pasajes, todo comprendido: ciencia y política, que arrinconan al hombre alunado-, de aquí hasta ahí hay margen.

Puesto que es necesario suponer que hay un todo de lo real, lo que habría que probar en primer lugar puesto que no se supone jamás sujeto más que de lo razonable. *Hypoteses non fingo* quiere decir que no ex-sisten más que discursos.

-¿Qué debo yo hacer?

No puedo retomar la pregunta como todo el mundo, si no me la planteo a mí mismo. Y la respuesta es simple. Lo que hago es extraer de mi práctica la ética del Bien-decir, que ya he acentuado.

Presten atención, si ustedes creen que ésta puede prosperar en otros discursos.

Pero lo dudo. Puesto que la ética es relativa al discurso. No nos repitamos.

La idea kantiana de la máxima a someter a la prueba de la universalidad de su aplicación, no es sino la mueca con que lo real se coge las de villadiego [s'ebigne] de ser tomado por un solo lado.

El pito-catalán [pied-de-nez] para responder de la no relación al Otro cuando nos contentamos con tomarla al pie de la letra [pied de la lettre].

Una ética de soltero para decirlo todo, aquella que encarnó más cercano a nosotros Montherlant.

Ojalá mi amigo Lévi-Strauss estructure su ejemplo en su discurso de recepción a la Academia, puesto que el académico tiene la suerte de no tener más que cosquillear a la verdad para hacer honor a su posición.

Es perceptible que gracias a vuestra atención, me encuentro ahí yo mismo.

-Me gusta la malicia. Pero si usted no se rehusó a este ejercicio, en efecto, de académico, es que se siente usted estimulado. Y se lo demuestro, puesto que responde usted a la tercera pregunta.

-Para «¿qué me es permitido esperar?», le devuelvo el argumento, la pregunta, es decir que esta vez la escucho como viniendo de usted. Respondí más arriba, en lo que me atañe.

¿Cómo podría concernirme si no me dijera qué esperar? ¿Piensa usted a la esperanza como sin objeto?

Usted por consiguiente como cualquier otro a quien tratar de usted, es a usted que respondo: espere lo que le gusta.

Sepa solamente que vi muchas veces la esperanza, lo que llaman los mañanas que cantan, conducir a gentes que yo estimaba tanto como lo estimo a usted, únicamente al suicidio.

¿Por qué no? El suicidio es el único acto que tiene éxito sin fracaso. Si nadie sabe nada de él, es porque procede del prejuicio de no saber nada. Todavía Montherlant, en quien sin Claude ni siquiera pensaría.

Para que la pregunta de Kant tenga sentido, la transformaría en: ¿de dónde espera usted? En que usted quisiera saber eso que el discurso analítico puede prometer a usted, puesto que para mí está todo cocinado.

El psicoanálisis le permitiría esperar seguramente elucidar el inconsciente del que usted es sujeto. Pero todos saben, que yo no aliento a nadie, nadie cuyo , deseo no se haya decidido.

Más aún, excúseme de hablarle de los ustedes de mala compañía, pienso que hay que rehusar el psicoanálisis a los canallas: he ahí seguramente lo que Freud disfrazaba con un pretendido criterio de cultura. Los criterios éticos desgraciadamente no son seguros. Sea como fuere, es por otros discursos que ellos pueden juzgarse, y si me atrevo a articular que el análisis debe rehusarse a los canallas, es que los canallas se vuelven necios, lo que sin duda es un adelanto, pero sin esperanza, para retomar vuestro término.

Por lo demás el discurso analítico excluye al usted que no está ya en la transferencia, por demostrar esa relación al sujeto supuesto saber -que es una manifestación sintomática del inconsciente.

Yo exigiría además un don del mismo tipo con que se criba el acceso a la matemática, si ese don existiera, pero es un hecho de que no hay todavía don reconocible cuando se lo prueba, a falta sin duda de que ningún materna, excepto los míos, haya salido de ese discurso.

La única probabilidad de que ex-sista no depende más que de la buena suerte, en lo que quiero decir que la esperanza no tendrá ahí efecto, lo que basta para tornarla inútil, o sea para no permitirla.

Parte Sexta

[Lo que se enuncia bien, se concibe claramente]

-Tirite pues ante la verdad que Boileau versifica como sigue: «Lo que se concibe bien, se enuncia claramente». Vuestro estilo, etc.

-Le respondo con la misma moneda. Bastan diez años para que lo que escribo se torne claro para todos, lo vi con mi tesis en la que sin embargo mi estilo todavía no era cristalino. Por consiguiente es un hecho de experiencia. Con todo no lo remito a las calendas.

Mejoro que lo que se enuncia bien, se lo concibe claramente -claramente quiere decir que anda-. Es incluso desesperante, esta promesa de éxito para el rigor de una ética, de éxito al menos.

Ello nos haría sentir el precio de la neurosis por donde se mantiene lo que Freud nos recuerda: que no es el mal sino el bien, el que engendra la culpabilidad.

Imposible reconocerse ahí adentro sin el atisbo de lo que quiere decir la castración. Y esto

nos aclara sobre la historia que Boileau a propósito dejaba difundir, «claramente», para que nos equivoquemos, a saber, que creamos en ella.

El maldicho [médit] instalado en su reputado ocre: «No existe grado de lo mediocre a lo peor», he ahí lo que me cuesta atribuir al autor del verso que humoriza tan bien la frase.

Todo eso es fácil, pero vale más por lo que revela, si se escucha lo que rectifico con pie de plomo, por lo que es: un chiste en quien nadie ve más que artificio.

¿No sabemos nosotros que el chiste es lapsus calculado, aquel que le gana de mano al inconsciente? Es lo que se lee en Freud sobre el chiste.

Y si el inconsciente no piensa, no calcula, etc., es tanto más pensable.

Se lo capturará, si se lo puede, volviendo a oír lo que me divertí modulando en mi ejemplo de lo que puede saberse, y mejor: no tanto servirse de la buena suerte de lalengua como de estar atento a su advenimiento en el lenguaje.

Fue preciso que me dieran una mano para que yo lo advirtiera, y es ahí donde se demuestra el sitio de la interpretación.

Suponer ante el guante dado vuelta que la mano sabía lo que hacía, ¿no es devolver el guante, justamente, a alguno de los aficionados a La Fontaine y Racine?

La interpretación debe estar presta a satisfacer el entreprest.

De lo que perdura a pérdida pura a lo que no apuesta más que del padre a lo peor.



Antes de leerla, subrayo que hay que entenderla
sobre el fondo de la lectura,
a realizar o a volver a realizar,
de mi artículo: "Situación del psicoanalista en 1956"
(de mis Escritos, tomo II).

Se tratará de estructuras aseguradas en el psicoanálisis y de garantizar su efectuación en elpsicoanalista.

Esto se le brinda a nuestra Escuela, tras una duración suficiente de órganos esbozados en base a principios limitativos. Sólo instituimos una novedad en el funcionamiento. Es verdad que a partir de ella surge la solución del problema de la Sociedad psicoanalítica.

Esta reside en la distinción entre jerarquía y *gradus*.

Produciré en el inicio de este año el siguiente paso constructivo:

1) producirlo: mostrárselos;
2) ponerlos de hecho a producir su aparato, el cual debe reproducir este paso en estos dossentidos.

Recordemos qué existe en nosotros.

Primero, un principio: el psicoanalista sólo se autoriza a partir de él mismo. Este principio está inscrito en los textos originales de la Escuela y decide su posición.

Esto no excluye que la Escuela garantice que un psicoanalista surge de su formación.

Ella puede hacerlo por su propia cuenta.

Y el analista puede querer ser esa garantía, si así ocurre entonces sólo puede ir más allá: volverse responsable del progreso de la Escuela, volverse psicoanalista de su experiencia misma.

Mirado desde esta perspectiva, se reconoce que en lo sucesivo responden a estas dos formas:

I. El A.M.E. o analista miembro de la Escuela, constituido simplemente por el hecho de que la Escuela lo reconoce como psicoanalista que ha probado ser tal.

Esta constituye la garantía, distinguida primero, proveniente de la Escuela. La iniciativa le corresponde a la Escuela, en la que es admitido en base a un proyecto de trabajo y sin tomar en cuenta proveniencias o calificaciones. Un analista-practicante sólo está registrado en ella al inicio a igual título que cuando se lo inscribe como médico, etnólogo y *tutti quanti.*

II. El A.E. o analista de la Escuela, al que se le imputa estar entre quienes pueden testimoniar de los problemas cruciales en los puntos candentes en que éstos se hallan para el análisis, especialmente en la medida en que ellos mismos están en la tarea, o al menos en la brecha, de su resolución.

Este lugar implica que uno quiera ocuparlo: sólo se puede estar en él por haberlo demandado de hecho, o bien de forma.

Queda establecido pues que la Escuela pueda garantizar la relación deñ analista con la formación que ella dispensa.

Puede y, por ende, debe.

Aparece aquí el defecto, la falta de inventiva, para cumplir con un oficio (ése, del que se ufanan las sociedades existentes) encontrando en él vías diferentes, que evitan los inconvenientes (y los perjuicios) del régimen de esas sociedades.

La idea de que el mantenimiento de un régimen semejante es necesario para reglar el *gradus*, debe ser considerada en sus efectos de malestar. Ese malestar no basta para justificar el mantenimiento de la idea. Menos aún su retorno práctico.

Que haya una regla del *gradus* está implicado en una Escuela, ciertamente aun más que una sociedad. Porque, después de todo, en una sociedad no se la necesita para nada, cuando una sociedad sólo tiene intereses científicos.

Pero hay un real en juego en la formación misma del psicoanalista. Sostenemos que las sociedades existentes se fundan en ese real.

Partimos también del hecho, que parece perfectamente plausible, de que Freud las quiso tal cual son.

No es menos patente -y para nosotros concebible- el hecho de que este real provoca su propio desconocimiento, incluso produzca su negación sistemática.

Está claro pues que Freud asumió el riesgo de cierta detención. Quizá más: que vio en ellas el único refugio posible para evitar la extinción de la experiencia.

No es privilegio mío el que nos enfrentemos a la cuestión así formulada. Es la consecuencia misma, digámoslo al menos para los analistas de la Escuela, de la elección que hicieron de la Escuela.

Están agrupados en ella por no haber querido aceptar, mediante un voto, lo que éste acarreaba: la pura y simple supervivencia de una enseñanza, la de Lacan.

Miente al respecto quienquiera que, en otro lado, siga diciendo que lo que estaba en juego era la formación de los analistas. Bastó votar en el sentido anhelado por la IPA, para obtener a toda vela la entrada en ella, gracias a la ablución producida en breve tiempo por una sigla *made in English* (no se olvidará el *french group*). Mis analizados, como dicen, incluso fueron allí particularmente bien recibidos, y aún lo serían si el resultado pudiese ser hacerme callar.

Cosa que se le recuerda todos los días a quien esté dispuesto a escucharlo.

Es entonces a un grupo para el cual mi enseñanza era muy preciosa, hasta suficientemente esencial, como para que cada uno al deliberar haya indicado que prefería su mantenimiento a la ventaja ofrecida -esto sin otras previsiones, también sin más previsiones interrumpí mi seminario luego del susodicho voto-, a ese grupo deseoso de una salida le ofrecí la fundación de la Escuela.

En esta elección decisiva para quienes están aquí, se revela el valor de la prenda. Puede haber en ella una prenda que, para algunos, valga hasta el punto de serles esencial, y ellas es mi enseñanza.

Si la susodicha enseñanza no tiene rival para ellos, tampoco lo tiene para todos los demás, como lo prueban quienes se apresuran hacia ella sin haber pagado el precio, quedando en suspenso en su caso la cuestión del provecho que aún les está permitido.

Aquí sin rival no quiere decir una estimación, sino un hecho: ninguna enseñanza habla sobre qué es el psicoanálisis. En otros lados, y de manera confesa, sólo se preocupan de que éste sea conforme.

Hay solidaridad entre el atascamiento, hasta en las desviaciones que muestra el psicoanálisis, y la jerarquía que en él reina; y que designamos, estarán de acuerdo que benévolamente, como la de una coaptación de sabios.

Esto se debe a que esta coaptación promueve un retorno a un estatuto de prestancia, que conjuga la pregnancia narcisista con la astucia competitiva. Retorno que restaura el refuerzo de las recaídas que el psicoanálisis didáctico tiene como finalidad liquidar.

Este es el efecto que ensombrece la práctica del psicoanálisis: cuya terminación, objeto y finalidad misma se demuestran inarticulables luego de por lo menos medio siglo de experiencia continuada.

Llegar a remediarlo entre nosotros debe hacerse a partir de la constatación del defecto que he mencionado, lejos de pensar en ocultarlo.

Pues hay que captar en ese defecto la articulación que falta.

Ella sólo coincide con lo que se encontrará por doquier, y que se supo desde siempre, que no basta la evidencia de un deber para poder cumplir con él. Por el sesgo de su hiancia puede ser puesto en acción, y esto ocurre cada vez que se encuentra el modo de usarlo.

Para introducirlos a ella, me apoyaré en los dos momentos de empalme de lo que llamaré respectivamente en esta recreación el psicoanálisis en extensión, es decir, todo lo que resume la función de nuestra Escuela en la medida en que ella presentifica al psicoanálisis en el mundo, y el psicoanálisis en intensión, es decir, el didáctico, en tanto éste no hace más que preparar sus operadores.

Se olvida, en efecto, la razón de su pregnancia, que reside en constituir al psicoanálisis como experiencia original, llevarlo hasta el punto que figura su finitud, para permitir el *après-coup,* efecto de tiempo, como se sabe, que le es radical.

Es esencial aislar esta experiencia de la terapéutica, que no sólo distorsiona al psicoanálisis por relajar su rigor.

Señalaré en efecto que la única definición posible de la terapéutica es la de la restitución a un estado primero. Definición imposible, precisamente, de plantear en psicoanálisis.

En cuanto al *primum non nocere*, mejor ni hablar, ya que es movedizo por no poder ser determinado *primum* al principio: ¡para qué elegir no ser perjudicial! Intenten. Es demasiado fácil gracias a esta condición colocar en el haber de una cura cualquiera el no haber dañado en algo. Este rasgo forzado sólo interesa, sin duda, por sostenerse en una indecidible lógica.

Puede encontrarse perimida la época en que se trataba de no perjudicar a la entidad mórbida. Pero el tiempo del médico está más involucrado de lo que se cree en esta revolución: en todo caso se ha vuelto más precaria la exigencia de qué hace médica o no una enseñanza. Digresión.

Nuestros puntos de empalme, donde deben funcionar nuestros órganos de garantía, son conocidos: son el inicio y el final del psicoanálisis al igual que en el ajedrez. Por suerte, son los más ejemplares por su estructura. Esta suerte se debe a lo que llamamos el encuentro.

Al comienzo del psicoanálisis está la transferencia. Lo está por la gracia de aquel al que llamaremos en el linde de este comentario: el psicoanalizante(21). No tenemos que dar cuenta de qué lo condiciona. Al menos aquí. Está en el inicio. Pero, ¿qué es eso?

Me asombra que nadie nunca haya pensado oponerme, dados ciertos términos de mi doctrina, que la transferencia por si sola es una objeción a la intersubjetividad. Incluso lo lamento, ya que nada es más cierto: la refuta, es su escollo. También promoví primero lo que el uso de la palabra implica de intersubjetividad, para establecer el fondo sobre el que pudiese percibir el contraste. Este término fue entonces una manera, una manera cualquiera diría, si no se me hubiese impuesto, de circunscribir el alcance de la transferencia.

Al respecto, allí donde es necesario justificar el propio terreno universitario, se apoderan del susodicho término, que se supone es, por haber sido usado por mí, levitatorio. Pero quien me lee, puede observar el "en reserva" con el que hago jugar esta referencia en la concepción del psicoanálisis. Ella forma parte de las concesiones educativas a las que debí acceder debido al contexto de oscurantismo fabuloso en el que tuve que proferir mis primeros seminarios.

Puede acaso dudarse ahora de que al remitir al sujeto del cogito lo que el inconsciente nos descubre, que al haber definido la distinción entre el otro imaginario, llamado familiarmente pequeño otro, y el lugar de la operación del lenguaje, planteado como siendo el gran Otro, indico suficientemente que ningún
Sujeto puede ser supuesto por otro sujeto; si tomamos este término en el sentido de Descartes. Que Dios le sea necesario, o más bien la verdad con que lo acredita, para que el sujeto llegue a alojarse bajo esa misma capa que viste a engañosas sombras humanas; que Hegel al retomarlo plantea la imposibilidad de la coexistencia de las conciencias en tanto se trata del sujeto prometido al saber: no es esto suficiente para indicar la dificultad, que es precisamente nuestro *impasse* , el del sujeto del inconsciente, cuya solución ofrece a quien sabe darle forma.

Es cierto que aquí Jean-Paul Sartre, muy capaz de percatarse de que la lucha a muerte no es esa solución, pues no podría destruirse a un sujeto, y que asimismo en Hegel ella es propuesta en su nacimiento, pronuncia a puertas cerradas la sentencia fenomenológica: es el infierno. Pero como esto es falso, y de una manera que puede ser juzgada desde la estructura, el fenómeno muestra claramente que el cobarde, si no es loco, puede arreglárselas muy bien con la mirada que lo fija; esta sentencia prueba claramente que el oscurantismo no sólo tiene su puesto en los ágapes de la derecha.

El sujeto supuesto al saber es para nosotros el pivote desde el que se articula todo lo tocante a la transferencia. Cuyos efectos escapan, al utilizar como pinza para asirlos el *pun*, bastante torpe, por establecerse entre la necesidad de repetición y la repetición de la necesidad.

Aquí, el levitante de la intersubjetividad mostrará su fineza en el interrogatorio: ¿sujeto supuesto por quién? Si no por otro sujeto.

Un recuerdo de Aristóteles, un poquito de categorías, rogamos, para pulir a ese sujeto de lo subjetivo. Un sujeto no supone nada, es supuesto.

Supuesto, enseñamos nosotros, por el significante que lo represante para otro significante.

Escribamos como conviene el supuesto de este sujeto colocando al saber en su lugar como dependiente de la suposición:

$$\frac{S}{s\,(S^1, S^2 \ldots\ldots S^n)} \text{------------} \rightarrow Sq$$

Se reconoce en la primera línea el significante S de la transferencia, es decir de un sujeto, con su implicación de un significante que llamaremos cualquiera, es decir, que sólo supone la particularidad en el sentido de Aristóteles (siempre bienvenido), que por este hecho supone aun otras cosas. Si es nombrable con un nombre propio, no es que se distinga por el saber, como veremos a continuación.

Debajo de la barra, pero reducido al patrón de suposición del primer significante: el *s* representa el sujeto que resulta de él, implicando en el paréntesis el saber, supuesto presente, de los significantes en el inconsciente, significación que ocupa el lugar del referente aún latente en esa relación tercera que lo adjunta a la pareja significante-significado.

Se ve que si el psicoanálisis consiste en el mantenimiento de una situación convenida entre dos partenaires que se asumen en ella como el psicoanalizante y el psicoanalista, sólo podría desarrollarse a costa del constituyente ternario que es el significante introducido en el discurso que se instaura, en el cual tiene nombre: el sujeto supuesto al saber, formación, no de artificio sino de vena, desprendida del psicoanaliaznte.

Tenemos que ver qué califica al psicoanalista para responder a esta situación que, como se ve, no engloba su persona. No solamente el sujeto supuesto al saber, en efecto, no es real, sino que no es en modo alguno necesario que el sujeto en actividad en la coyuntura, el psicoanalizante (único que habla inicialmente), se lo imponga.

Es tan poco necesario incluso que, habitualmente, no es cierto: lo demuestra, en los primeros tiempos del discurso, un modo de asegurarse de que el traje no le va al psicoanalista; seguro contra el temor de que éste no se meta demasiado rápido en él en sus hábitos, si me permiten la expresión.

Nos importa aquí el psicoanalista, en su relación con el saber del sujeto supuesto, relación no segunda sino directa.

Está claro que nada sabe del saber supuesto. El Sq de la primera línea no tiene nada que ver con los S de la cadena de la segunda, y sólo puede hallarse allí por encuentro. Señalemos este hecho para reducir a él lo extraño de la insistencia de Freud en recomendarnos abordar cada caso nuevo como si no hubiésemos adquirido nada en sus primeros desciframientos.

Esto no autoriza en modo alguno al psicoanalista a contentarse con saber que no sabe nada, porque lo que está en juego es lo que tiene que saber.

Lo que tiene que saber puede ser delineado con la misma relación "en reserva" según la que opera toda lógica digna de ese nombre. Eso no quiere decir nada "particular", pero eso se articula en cadena de letras tan rigurosas que, a condición de no fallar ninguna, lo no-sabido se ordena como el marco del saber.

Lo asombroso es que con eso se halle algo, los números transfinitos, por ejemplo. ¿Qué ocurría con ellos *antes*? Indico aquí la relación con el deseo que les dio su consistencia. Es útil pensar en la aventura de un Cantor, aventura que no fue precisamente gratuita, para sugerir el orden, aunque no fuese él transfinito, donde el deseo del psicoanalista se sitúa.

Esta situación da cuenta a la inversa de la facilidad aparente con la que se instalan en posiciones de dirección en las sociedades existentes lo que es necesario denominar nulidades. Entiéndanme: lo importante no es el modo en que estas nadas se amueblan (¿discurso sobre la bondad?) para el exterior, ni la disciplina que supone el vacío sostenido en el interior (no se trata de idiotez), sino que esa nada (el saber) es reconocida por todos, objeto usual puede decirse, para los subordinados, y moneda corriente de su apreciación de los Superiores.

Esto se debe a la confusión sobre el cero, respecto de la cual se permanece en un campo donde no es aceptada. En el *gradus*, nadie se preocupa por enseñar qué distingue al vacío de la nada, que no so, empero, lo mismo; ni al rango delimitado por la medida del elemento neutro implicado en el grupo lógico; ni tampoco a la nulidad de la incompetencia, de lo no-marcado de la ingenuidad, a partir de lo cual tantas cosas se ordenarían.

Para remediar este defecto, produje el ocho interior y, en general, la topología en la que el sujeto se sostiene.

Lo que debe disponer a un miembro de la Escuela a tales estudios es la prevalencia que pueden captar en el algoritmo producido antes, que no por ignorarla deja de estar ahí, la prevalencia manifiesta donde sea: en el psicoanálisis en extensión así como en intensión, de lo que llamaré el saber textual, para oponerlo a la noción referencial que lo enmascara.

No puede decirse que el psicoanalista sea experto en todos los objetos que el lenguaje, no solamente propone al saber, sino a los que primero dio a luz en el mundo de la realidad, de la realidad, de la realidad de la explotación interhumana. Sería preferible que así fuese, pero de hecho se queda corto.

El saber textual no era parásito por haber animado una lógica en la que con sorpresa la nuestra encuentra qué aprender (hablo de la lógica de la Edad Media), y no es a sus expensas que pudo enfrentar la relación del sujeto con la Revelación.

No porque su valor religioso se haya tornado indiferente para nosotros debe descuidarse su efecto en la estructura. El psicoanálisis tiene consistencia por los textos de Freud, éste es un hecho irrefutable. Se sabe qué aportan, de Shakespeare a Lewis Carroll, los textos a su genio y a sus practicantes.

Este es el campo en el que se discierne a quién admitir a su estudio. Es aquel donde el sofista y el talmudista, el propalador de cuentos y el aedo, cobraron impulso, el que en todo momento recuperamos, más o menos torpemente, para nuestro uso.

Que un Lévi-Strauss en sus mitológicas le dé su estatuto científico, nos facilita hacer de él el umbral de nuestra selección.

Recordemos la guía que da mi grafo al análisis y la articulación que se aísla en él del deseo en las instancias del sujeto.

Esto para indicar la identidad del algoritmo aquí precisado con lo que es connotado en el *Banquete* como el *agalma.*

¿Dónde está dicho mejor que como lo hace allí Alcibíades, que las emboscadas del amor de transferencia tienen como único fin obtener eso cuyo continente ingrato piensa que es Sócrates?

Pero, quién sabe mejor que Sócrates que sólo detenta la significación que engendra al retener esa nada, lo que le permite remitir a Alcibíades al destinatario presente de su discurso, Agatón (como por casualidad): esto para enseñarles que al obsesionarse con lo que los concierne en el discurso del psicoanalizante, no han llegado aún a ese punto.

Pero, ¿esto es todo? Cuando aquí el psicoanalizante es idéntico al *agalma*, a la maravilla que nos deslumbra, a nosotros terceros, en Alcibíades. ¿No es acaso nuestra oportunidad de ver allí aislarse el puro sesgo del sujeto como relación libre con el significante, ése donde se aísla el deseo del saber como el deseo del Otro?

Como todos esos casos particulares que hacen el milagro griego, éste sólo nos presenta cerrada la caja de Pandora. Abierta, es el psicoanálisis, del que Alcibíades no necesitaba.

Con lo que llamé el final de la partida, estamos -por fin- en el hueso de nuestro discurso de esta noche. La terminación del psicoanálisis llamado en forma redundante didáctico es, en efecto, el paso del psicoanalizante al psicoanalista.

Nuestro propósito es plantear al respecto una ecuación cuya constante es el *agalma*.

El deseo del psicoanalista, es en su enunciación, la que sólo podría operar ocupando allí la posición de la *x*:
De esa *X* misma, cuya solución entrega al psicoanalizante su ser y cuyo valor se anota (-?), la hiancia que se designa como la función del falo al aislarlo en el complejo de castración, o *a* para lo que lo obtura con el objeto que se reconoce bajo la función aproximativa de la relación pregenital. (El caso Alcibíades la anula: es lo que connota la mutilación de los **Hermes**.)

La estructura así abreviada les permite hacerse una idea de lo que ocurre al término de la relación de la transferencia, o sea: habiéndose resuelto el deseo que sostuvo en su operación el psicoanalizante, éste ya no tiene ganas de aceptar su opción, es decir, el resto que como determinante de su división lo hace caer de su fantasma y lo destituye como sujeto.

¿No es éste el gran *motus* que debemos conservar entre nosotros que tomamos de él, psicoanalistas, nuestra suficiencia mientras que la beatitud se ofrece más allá al olvidarlo nosotros mismos?

Al enunciarlo, ¿no desalentamos a los aficionados? La destitución subjetiva inscrita en la tarjeta de entrada... ¿acaso no provoca el horror, la indignación, el pánico, incluso el atentado, en todo caso de pretexto a la objeción de principio?

No obstante, hacer interdicción de lo que se impone de nuestro ser es ofrecernos a ese retorno del destino que es maldición. Lo rechazado en lo simbólico, recordemos el veredicto lacaniano, reaparece en lo real.

En lo real de la ciencia que destituye al sujeto de un modo muy diferente en nuestra época, cuando, solos, sus partidarios más eminentes, un Oppenheimer, pierden ante ello la cabeza.

Renunciamos aquí a lo que nos hace responsables, a saber: la posición donde fijé al psicoanálisis en su relación con la ciencia, la de extraer la verdad que le responde en términos en que el resto de voz nos es asignada.

Con qué pretexto resguardamos este rechazo, cuando bien se sabe qué ligereza protege a la vez verdad y sujeto, y que prometer a los segundos la primera, deja indiferentes a quienes ya están próximos a ella. Hablar de destitución subjetiva nunca detendrá al inocente, cuya única ley es su deseo.

Nuestra única selección está entre enfrentar la verdad o ridiculizar nuestro saber.

Esta sombra espesa que recubre ese empalme del que aquí me ocupo, ese en el que el psicoanalizante pasa a psicoanalista, es aquello que nuestra Escuela puede dedicarse a disipar.

No estoy más adelantado que ustedes en esta obra que no puede ser realizadas a solas, ya que el psicoanálisis brinda su acceso.

Me contentaré aquí con un *flash* o dos para precederla.

Cómo no recordar que en el origen del psicoanálisis, como por fin lo hizo Mannoni entre nosotros, el psicoanalista Fliess, es decir, el medicastro, el cosquillador de nariz, el hombre al que se le revelan el principio macho y el de la hembra en los números 21 y 28, gústenos o no, en suma ese saber que el psicoanalizante, Freud el cientificista, como se expresa la boquita de las almas abiertas al ecumenismo, rechaza con toda la fuerza del juramento que lo liga al programa de Helmholtz y sus cómplices.

Que ese artículo haya sido entregado a una revista que casi no permitía que el término de “sujeto supuesto al saber” apareciese en ella, salvo perdido en medio de una página, no disminuye en nada el valor que puede tener para nosotros.

Recordándonos “el análisis original”, nos lleva nuevamente al pie del espejismo en el que se asienta la posición del psicoanalista y nos sugiere que no es seguro que éste sea reducido hasta tanto una crítica científica no se haya establecido en nuestra disciplina.

El título se presta al comentario de que el verdadero original sólo puede ser el segundo, por constituir la repetición que hace del primero un acto, pues ella introduce allí el

après-coup propio del tiempo lógico, que se marca porque el psicoanalizante pasó a psicoanalista. (Quiero decir Freud mismo quien sanciona allí no haber hecho un autoanálisis.)

Me permito por añadidura recordarle a Mannoni que la escansión del tiempo lógico incluye lo que llamé el momento de comprender, justamente del efecto producido (que retome mi sofisma) por la no-comprensión, y que al eludir en suma lo que constituye el alma de su artículo ayuda a que se comprenda al margen.

Recuerdo aquí que el material bruto que recogemos en base al "comprender a sus enfermos", se compromete en un malentendido que como tal no es sano.

Flash ahora sobre el punto en el que estamos. Con el final del análisis hipomaníaco, descrito por nuestro Balint como la última moda, hay que decirlo, de la identificación del psicoanalizante con su guía, palpamos la consecuencia del rechazo antes denunciado (turbio rechazo: ¿*Verleugnung*?), que sólo deja el refugio de la consigna, ahora adoptada en las sociedades existentes, que resuelve el paso a analista mediante la postulación en él, al comienzo, de dicha parte sana. Para qué sirve pues su paso por la experiencia.

Tal es la posición de las sociedades existentes. Rechaza nuestras observaciones a un más allá del psicoanálisis.

El paso del psicoanalizante al psicoanalista, tiene una puerta cuyo gozne es el resto que hace su división, pues esa división no es más que la del sujeto, cuya causa es ese resto.

En este vuelco donde el sujeto ve zozobrar la seguridad que le daba ese fantasma donde se constituye para cada quien su ventana sobre lo real, se percibe que el asidero del deseo, dispuesto a pagarlo reduciéndose, él y su nombre, al significante cualquiera.

Porque rechazó el ser que no sabía la causa de su fantasma en el momento mismo en que finalmente él devino ese saber supuesto.

"Que sepa lo que yo no sabía sobre el ser del deseo, lo tocante a él, llegado al ser del saber, y que se borre." *Sicut palea*, como dice Tomás de su obra al final de su vida: como estiércol.

Así el ser del deseo alcanza el ser del saber para renacer en su anudamiento en una banda de borde único donde se inscribe una sola falta, la que sostiene el *agalma.*

La paz no viene de inmediato a sellar esta metamorfosis en que el partenaire se desvanece por no ser ya más que saber vano de un ser que se escabulle.

Palpemos allí la futilidad del término de liquidación para ese agujero donde únicamente se resuelve la trasnferencia. No veo en él, al revés de las apariencias, más que una negación del deseo del analista.

Pues quién, al percibir en mis últimas líneas a los dos partenaires jugar como las dos alas de una pantalla giratoria, no puede captar que la transferencia nunca fue más que el pivote de esa alternativa misma.

De este modo, de aquel que recibió la clave del mundo en la hendidura del impúber, el psicoanalista no debe esperar una mirada, pero se ve devenir una voz.

Y ese otro, niño, que encontró su representante representativo en su irrupción a través del diario desplegado con el que se resguardaba el sumidero de los pensamientos de su progenitor, remite al psicoanalista el efecto de angustia en el que viva en su propia deyección.

Así, el final del análisis conserva cierta ingenuidad, y se plantea acerca de ella la cuestión de si deberá ser considerada como una garantía en el paso al deseo de ser psicoanalista.

Desde dónde podría esperarse entonces un testimonio justo sobre el que franquea ese pase, sino de otro que, al igual que él, aún lo *es*, ese pase, a saber, en quien está presente en ese momento el deser en el que su psicoanalista guarda la esencia de lo que le pasó como un duelo, sabiendo así, como cualquiera en función de didáctico, que también a ellos eso les pasará.

¿Quién más que ese psicoanalizante en el pase podría autentificar en él lo que éste tiene de posición depresiva? No aireamos aquí nada con lo que uno pueda darse aires, si uno no está allí.

Es lo que les propondré luego como el oficio a confiar para la demanda de devenir analista de la Escuela a algunos a los que llamaremos: pasadores.

Cada uno de ellos será elegido por un analista de la Escuela, que pueda aseverar que están en ese pase o que han vuelto de él, en suma, todavía ligados al desenlace de su experiencia personal.

A ellos les hablará de su análisis un psicoanalizante para hacerse autorizar como analista de la Escuela, y el testimonio que sabrán acoger desde la frescura misma de su propio pase será de esos que jamás recoge jurado de confirmación alguno. La decisión de dicho jurado será esclarecida entonces por ellos, no siendo obviamente estos testigos jueces.

Inútil indicar que esta proposición implica una acumulación de la experiencia, su recolección y su elaboración, una organización en serie de su variedad, una notación de sus grados.

Cabe a la naturaleza del *après-coup* de la significancia, el que puedan salir libertades de la clausura de una experiencia.

De todos modos esta experiencia no puede ser eludida. Sus resultados deben ser comunicados: en primer lugar a la Escuela para ser criticados, y correlativamente ser puestos al alcance de esas sociedades que, por excluidos que nos hayan hecho, no dejan por ello de ser asunto nuestro.

El jurado funcionando no puede abstenerse pues de un trabajo de doctrina, más allá de su

funcionamiento como selector.

Antes de proponerles su forma, quiero indicar que conforme con la topología del plano proyectivo, en el horizonte mismo del psicoanálisis en extensión se anuda el círculo interno que trazamos como hiancia del psicoanálisis en intensión.

Quisiera centrar ese horizonte en tres puntos de fuga perspectivos, llamativos por pertenecer cada uno a uno de los registros cuya colusión en la heterotopía constituye nuestra experiencia.

En lo simbólico, tenemos el mito edípico.

Observemos en relación al núcleo de la experiencia sobre la que acabamos de insistir, lo que llamaría técnicamente la facticidad de este punto. Depende, en efecto, de una mitogenia, uno de cuyos componentes, como se sabe, es su redistribución. Ahora bien, el Edipo por serle ectópico (carácter subrayado por un Kroeber), plantea un problema.

Abrirlo permitiría restaurar, incluso al relativizarla, su radicalidad en la experiencia.

Aclararé mis intenciones simplemente con lo siguiente: retiren el Edipo, y el psicoanálisis en extensión, diré, se vuelve enteramente jurisdicción del delirio del presidente Schreber.

Controlen su correspondencia punto por punto, ciertamente no atenuada desde que Freud la señaló al no declinar la imputación. Pero dejemos lo que mi seminari sobre Schreber ofreció a quienes podían escucharlo.

Hay otros aspectos de ese punto relativos a nuestras relaciones con el exterior, o más exactamente a nuestra extraterritorialidad: término esencial en el *Escrito*, que considero como prefacio de esta proposición.

Observemos el lugar que ocupa la ideología edípica para dispensar de algún modo a la sociología desde hace un siglo de tomar partido, como debió hacerlo antes, sobre el valor de la familia, de la familia existente, de la familia pequeña burguesa en la civilización, es decir, en la sociedad vehiculizada por la ciencia. ¿Nos beneficia o no encubrirla sin saberlo en este punto?

El segundo punto está constituido por el tipo existente, cuya facticidad es esta vez evidente, de la unidad: sociedad de psicoanálisis, en tanto tocada con un ejecutivo de escala internacional.

Lo dijimos, Freud lo quiso así, y la sonrisa embarazada con que se retracta del romanticismo de la especie de Komintern clandestino al que primero le dio su cheque en blanco (cf. Jones, citado en mi *Escrito*), sólo lo subraya mejor.

La naturaleza de esas sociedades y el modo en que obtemperan, se aclara con la promoción de Freud de la Iglesia y del Ejército como modelos de lo que concibe como la estructura del grupo. (Con este término, en efecto, habría que traducir hoy *Masse* de su *Massenpsychologie*.)

El efecto inducido de la estructura así privilegiada se aclara aun más por agregársele la función en la Iglesia y en el Ejército del sujeto supuesto al saber. Estudio para quien quiera emprenderlo: llegará lejos.

Al atenerse al modelo freudiano, aparece de modo deslumbrante el favor que reciben en él las identificaciones imaginarias, y a la vez la razón que encadena al psicoanálisis en intensión a limitar su consideración, incluso su alcance.

Uno de mis mejores alumnos remitió su trazado muy correctamente al Edipo mismo, definiendo en él la función del Padre ideal.

Esta tendencia, como suele decirse, es responsable de haber relegado al punto de horizonte anteriormente definido lo que en la experiencia es calificable como edípico.

La tercera facticidad, real, demasiado real, suficientemente real como para que lo real sea más mojigato al promoverlo que la lengua, es lo que se puede hablar gracias al término de: campo de concentración, sobre el cual parece que nuestros pensadores, al vagar del humanismo al terror, no se concentraron lo suficiente.

Abreviemos diciendo que lo que vimos emerger, para nuestro horror, representa la reacción de precursores en relación a lo que se irá desarrollando como consecuencia del reordenamiento de las agrupaciones sociales por la ciencia y, principalmente, de la universalización que introduce en ellas.

Nuestro porvenir de mercados comunes será balanceado por la extensión cada vez más dura de los procesos de segregación.

¿Hay que atribuir a Freud, considerando su introducción natal al modelo secular de este proceso, el haber querido asegurar en su grupo el privilegio de la flotación universal con la que se benefician las dos instituciones antes nombradas? No es impensable.

Cualquiera sea el caso, este recurso no facilita el deseo del psicoanalista el situarse en esta coyuntura.

Recordemos que si la IPA de la Mitteleuropa demostró su preadaptación a esa prueba no perdiendo en los dichos campos ni uno solo de sus miembros, debió a esta proeza el ver producirse después de la guerra una avalancha, que no dejaba de tener la contrapartida de una rebaja (cien psicoanalistas mediocres, recordemos), de candidatos en cuya mente el motivo de encontrar refugio ante la marea roja, fantasma de ese entonces, no estaba ausente.

Que la “coexistencia”, que podría perfectamente ella también aclararse por una transferencia, no nos haga olvidar el fenómeno que es una de nuestras coordenadas geográficas, hay que decirlo, y cuyos farfulleos sobre el racismo más bien enmascaran su alcance.



El final de este documento precisa el modo bajo el cual podría ser introducido lo que sólo tiende, abriendo una experiencia, a por fin volver verdaderas las garantías buscadas.

Se las deja enteramente en manos de quienes tienen experiencia.

No olvidamos, sin embargo, que son quienes más padecieron las pruebas impuestas por el debate con la organización existente.

Lo que deben el estilo y los fines de esa organización al *black-out* realizado sobre la función del psicoanálisis didáctico, es evidente a partir del momento en que se permite echarle una mirada: a eso se debe el aislamiento con el que se protege a sí mismo.

Las objeciones que encontró nuestra proposición no dependen en nuestra Escuela de un temor tan orgánico.

El hecho de que se hayan expresado sobre un tema motivado, moviliza ya la autocrítica. El control de las capacidades no es ya inefable por requerir títulos más justos.

La autoridad se hace reconocer es una prueba tal.

Que el público de los técnicos sepa que no se trata de discutirla, sino de extraerla de la ficción.

La Escuela freudiana no podría caer en el *tough* sin humor de un psicoanalista que encontré en mi último viaje a los U.S.A. "Por eso nunca atacaré las formas instituidas, me dice, ellas me aseguran sin problemas una rutina que es mi confort".

Traducción de Diana S. Rabinovich

Notas finales

1 (Ventana-emergente - Popup)

[Lacan usa la expresión *à la gomme* que significa literalmente borrado con goma y como locución "sin valor". Más adelante retoma el juego con el término *gomme*.]

2 (Ventana-emergente - Popup)

[Lacan retoma una expresión con la palabra *gomme, mettre toute la gomme*, que significa literalmente poner toda la goma, y metafóricamente, acelerar, darse prisa, ir a toda marcha y juega luego con la función de la goma: borrar el sujeto...]

3 (Ventana-emergente - Popup)

"De esto, dice el sujeto, *je ne me rappelle pas* (no me acuerdo -no lo vuelvo a llamar)." O sea: al llamado *(appel)* de un significante que sería necesario "que me represente ante otro significante", no respondo "presente" debido a que por efecto de ese llamado ya no me represento nada más. Soy una cámara oscura en la que se alumbró: no hay forma de que se pinte en ella a través de su ojo de alfiler la imagen de lo que pasa afuera.

El inconsciente no es subliminal, débil claridad. Es la luz que no deja lugar a la sombra ni al contorno insinuarse. Representa mi representación allí donde ella falta, donde no soy más que una falta del sujeto.

De allí el término en Freud de: representante de la representación.

[Lacan juega con distintas acepciones de *rappeler*, llamar, hacer volver, evocar, recordar. Ponemos entre paréntesis el término francés como guía para el lector. Los puristas consideran incorrecto decir en francés *je me rappelle de*, que reproduce el *je me souviens de*, donde el uso del *de* sí es correcto.]

4 (Ventana-emergente - Popup)

Es divertido señalar que *se souvenir de* (recordarse) viene del *se rappeler de* (acordarse de), recazado por los puristas, que está comprobado en el siglo XIV.

5 (Ventana-emergente - Popup)

[Lacan juega varias veces con el pronombre indefinido *on*, que no tiene equivalente en castellano y que se traduce por varios giros: uno/una, se, la persona del verbo al que acompaña en plural, etc.]

6 (Ventana-emergente - Popup)

[Lacan escribe *ontique on-tique; tiquer* significa tener tics y también reaccionar con un gesto de desagrado.]

7 (Ventana-emergente - Popup)

[Lacan juega con la inclusión de *prise* en *méprise* y *prise*.]

8 (Ventana-emergente - Popup)

[Lacan juega nuevamente con vocablos donde *prise* está persente.]

9 (Ventana-emergente - Popup)

Las cuatro primeras de estas respuestas fueron difundidas por la R.T.B. (3er programa) los días 5, 10, 19 y 26 de junio (te 1970. Fueron retomadas por la O.R.T.F. (France-Culture) el 7 de junio de 1970.

10 (Ventana-emergente - Popup)

El esp. impar no recubre completamente el fr. impair, cercano sin duda al ing. *odd:extraño,* único, insólito.

11 (Ventana-emergente - Popup)

La gerbe n'était pais avare ni haineuse: verso de Booz *endormi* de Hugo, que Lacan analiza también en su seminario "Las formaciones del inconsciente" (véase el tomo homónimo, Bs. As, Nueva Visión, 1970, pág. 73). Sin duda el significante clave del párrafo siguiente es el fr. *foin* (heno)

12 (Ventana-emergente - Popup)

1.El Servicio de Investigaciones de la Radio y Televisión Francesa quería «una emisión televisiva sobre Jacques Lacan». Sólo fue transmitido el texto aquí publicado. Difusión en dos partes bajo el título de Psicoa*nálisis,* anunciado para fines de enero. Realizador: Benoît Jacquot.

2.He pedido a aquel que os respondía que cribara lo que yo entendía de lo que él me decía. Lo escogido queda en el margen, a guisa de *manuductio.*

J.-A. MILLER

Navidad de 1973

13 (Ventana-emergente - Popup)

No hemos traducido las letras en las fórmulas que J.-A. Miller agrega al texto de Lacan. "A" significa Autre, Otro, que delimita y sitúa el registro de lo simbólico; "a" significa autre, otro con minúscula, que delimita y sitúa el registro de lo imaginario. El objeto (a) se origina en la estructura de] «a", otro con minúscula, pero no se confunde con él.

14 (Ventana-emergente - Popup)

Fr. *passe fictive pour formation inachevée.* La elipsis es evidente; carece en cambio el francés del ligero aire marcial que impregna a la versión española.

15 (Ventana-emergente - Popup)

Fr. les animaux en mal d'homme: carente s de hombre, o también, nostálgicos de hombre; de ahí la figura metabólica *d'hommestiques.*

16 (Ventana-emergente - Popup)

Fr. *qu'on n'y aille pas au tapis*; metáfora boxística donde vía tapis se está más cerca del "diván" que en español.

17 (Ventana-emergente - Popup)

Fr. *les non-dupes errent,* frase que fonéticamente denota dos semas diferentes: "los no engañados erran" y "el nombre del Padre", fr. *le nom du Pére.*

18 (Ventana-emergente - Popup)

Fr. *de me laisser, tel cet objet, tomber,* que hemos traducido palabra por palabra para llamar la atención sobre el juego que en Lacan es conceptualizante: el discípulo, un psicoanalista, que e n el comienzo de la entrevista Lacan afirmaba poner en posición de objeto ("...ser ese objeto gracias al cual..."), "deja caer" ahora al maestro, es decir que pone a éste en tal posición. Simultáneamente hay ahí un "objeto caído" (es decir, parte de la definición, en Lacan, del famoso objeto *(a).* La versión del fr. *laisser tomber* por el esp. "abandonar", que hubiera sido la correcta, no habría permitido en cambio la explicitación lacaniana de la caída de un objeto. Obsérvese, por lo demás, en el texto lacaniano, la frecuencia de aparición de lexías o menciones que denotan "caída", "desprendimiento", o lo que voluntariamente se deja de lado, el «resto" que va a la "canasta" de la primera página del texto, directas denotaciones todas del objeto *(a).*

19 (Ventana-emergente - Popup)

Fr. *la Mére reste contaminer la femme.* Aparentemente, y en primer lugar, modificación en la frase del modo verbal, inf. por ind.; y simultáneamente, parataxis, elipsis de la preposición *(reste* [a] *contaminer)* que seguramente sirve para reforzar la ligazón lógica. ¿Pero cuál? Para el ejemplo, la estructura o la definición misma del papel intrapsíquico de la madre. Esta parataxis contiene entonces una preposición elidida de signo doble, positivo y negativo a la vez: la madre "reste" para asegurar al hijo el pasaje a la mujer, y al mismo tiempo para impedírselo. La versión española de la frase de Lacan se debiera convertir en algo así como: La madre permanece para y para no contaminar a la mujer". Finalmente *Mére reste,* dice también el texto francés, a saber, aposición que evoca la escisión freudiana de la madre sobrevalorizada y de la madre desvalorizada, degradada, lugar por lo mismo del objeto *(a) y origen* del objeto fetiche. Cf. Freud, *Sobre una degradación general de la vida erótica.*

20 (Ventana-emergente - Popup)

El fr. *mie,* que significa «miga" o "migaja", evoca la múltiple fragmentabilidad del significante. E n el contexto inmediatamente anterior, contenidos en el neologismo fr. *tu-emoigne:* así como en *tu-ent* y en *tu-é-á-toi: temoine,* testigo

temoigner, testimoniar *tu est moins,* tú eres menos *toi et moi,* tú y yo

tu est moi, tú eres yo *tuez moi,* matadme

21 (Ventana-emergente - Popup)

Lo que se llama comúnmente:
el psicoanalizado, por anticipación.